SAN GREGORIO MAGNO

Comentarios al primer libro de Reyes

Commentarii in Librum I Regum

SABBATISMUS

San Gregorio Magno (540–604)
Commentarii in Librum I Regum · Comentarios al primer libro de Reyes

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

[COMENTARIOS AL PRIMER LIBRO DE LOS REYES.]

PREFACIO SOBRE EL COMENTARIO DE SAN GREGORIO MAGNO AL PRIMER LIBRO DE LOS REYES.

Puesto que Pedro Gussanville (Petrus Gussanvillaeus) juzgó que esta insigne obra debía ser adjudicada a otro que al santísimo Doctor, y lo mismo ha parecido a algunos varones eruditos, debemos exponer nuestra sentencia sobre ella, antes de que sea editada de nuevo.

I. Sobre el autor de este Comentario hay en total tres sentencias. La primera es que Gregorio Magno debe ser tenido por su verdadero e indudable progenitor. Esta ha sido seguida por cuantos se han afanado en editar las obras del eximio Doctor desde hace casi ciento cincuenta años, a excepción únicamente de Gussanville, el más reciente de todos. Pues por los editores anteriores este Comentario fue incluido en el censo de los escritos gregorianos como fruto genuino de tan gran Padre. Con su juicio concuerdan casi todos los eruditos, no solo de los nuestros, sino también de los heterodoxos, que han tejido el índice de las obras del santo Doctor; de los cuales debe conmemorarse especialmente a Guillermo Cave en la historia literaria de los Escritores Eclesiásticos editada no hace mucho tiempo.

II. La segunda sentencia, contraria a esta en todo, es la de Pedro Gussanville, que expurga totalmente este Comentario del censo de las obras gregorianas, aunque conservó el nombre de este en la edición gussanvileana, lo cual no debe ocul-

tarse aquí. Confiesa, sin embargo, este varón tan ecuánime que este comentario al libro I de los Reyes es dignísimo de Gregorio, lo cual indica suficientemente con estas palabras, con las que se concluye su juicio y decreto censorio: "ojalá pudiéramos reivindicar tan piadosa, tan santa obra para San Gregorio, salvada la verdad."

III. La tercera sentencia, casi media entre ambas, es que el alabado Comentario fue recogido y remendado a partir de las homilías pronunciadas por San Gregorio sobre el libro I de los Reyes, por Claudio su discípulo, después abad del monasterio de Classe (Classensis). Hacia esta sentencia se inclinan la mayoría de los varones doctos, máxime Thomassino en la disciplina Eclesiástica parte II, lib. II, c. 28, n. 2, y Ludovico Ellies du Pin, en la nueva Biblioteca de Escritores Eclesiásticos tomo IV, o siglo VI, en Gregorio Magno. Por esta vía media iremos más seguros, guiados especialmente por el mismo Gregorio, quien escribe en el lib. XII, indicción 5, ep. 24, estas cosas al subdiácono Juan: "Además, porque el mismo en otro tiempo carísimo hijo mío Claudio había oído algunas cosas dichas por mí sobre los Proverbios, sobre el Cantar de los cantares, sobre los Profetas, también sobre los libros de los Reyes y sobre el Heptateuco, las cuales yo no pude entregar por escrito a causa de la enfermedad, él mismo las dictó según su sentido, para que no perecieran por el olvido, a fin de que en tiempo oportuno me trajera estas mismas cosas y fueran dictadas de modo más enmendado. (Las cuales, cuando me las leyó, encontré que el sentido de mis dichos

había sido cambiado muy inútilmente.) Por lo cual es necesario que tu experiencia, cesando toda excusa y demora, acuda a su monasterio, haga reunir a los hermanos y, con toda verdad, saquen al medio cuantos papeles trajo de diversas escrituras: los cuales tú recibe y envíamelos muy rápidamente." De esto consta que San Gregorio expuso algunas cosas de los libros de los Reyes no por escrito, sino de viva voz; que Claudio las recogió y las digirió, pero no alcanzó en todas partes el sentido de su maestro Gregorio, ni siquiera el estilo; y que el santo Doctor se opuso cuanto pudo a que estas salieran a la luz pública, y mandó que le trajeran todos los ejemplares para que fueran enmendados con calma; lo cual, si lo realizó, lo aclararemos en su lugar.

IV. Por esto se entiende fácilmente qué caracteres o qué notas convienen a la colección claudiana, por las cuales no sea trabajoso reconocerla y distinguirla de cualquier otra elucubración: a saber, como está tejida con las mismas palabras y sentencias de Gregorio, debe oler a su estilo, representar su doctrina y el modo de interpretar la Sagrada Escritura, y de inclinarla hacia los sentidos morales y alegóricos: de tal modo, sin embargo, que a veces, fallando tal vez la memoria, Claudio se vio obligado a suplir algunas cosas por su cuenta; lo cual fue suficiente para nuestro Gregorio para repudiar casi este fruto.

Imaginemos a algún celebérrimo heraldo de la palabra divina, que haya pronunciado una elegante oración sobre la penitencia, la cual oye que, extractada de corrido por un notario, fue después

entregada a la imprenta y dada a la luz pública. La lee y la coteja con el autógrafo. Observa ciertamente que el argumento de la oración es el mismo, la misma partición en diversos miembros, las mismas pruebas tomadas ya de las sagradas Letras, ya de la razón, transiciones no disímiles; las mismas palabras en casi todas partes, casi el mismo género de decir: en algunos lugares, sin embargo, observa que la oración está descoyuntada y menos coherente. Aquí ocurre una voz obsoleta, allá tropieza con un lugar de la Sagrada Escritura mal explicado; aquí se alaba a uno de los santos Padres por otro; allá la virtud está delineada con colores más oscuros y con un pincel más rudo. Cosas que ciertamente bastan a este Orador para que repruebe tal fruto como supuesto, y se queje abiertamente de que la oración elucubrada por él ha sido corrompida y adulterada. De casi el mismo modo habla Gregorio sobre sus Homilías sobre el primer libro de los Reyes y otras partes de la Escritura divina menos fielmente recogidas. Veamos ahora si el Comentario al libro I de los Reyes de que aquí se trata, presenta las notas y signos que dijimos que debían descubrirse en la colección de Claudio.

V. Ciertamente, quien lea esta obra no con descuido y la coteje máxime con los libros de los Morales, no negará que huele al estilo y al lenguaje de Gregorio; lo cual, porque lo niega Gussanville, debe ser demostrado ahora.

Es familiar a Gregorio explicar las sentencias de la Sagrada Escritura que expone con maravillosa variedad, y mostrar ya el sentido literal, ya

el típico, alegórico, moral; quien no observe esto en este comentario, debe decirse que está ciego. En él ciertamente, como en los demás tratados exegéticos de Gregorio, con el mismo método los versículos individuales del libro sagrado que han de ser expuestos son de tal modo retorcidos, vueltos a retorcer y exprimidos, que se extraiga totalmente cualquier jugo y sabor que contengan.

VI. En cuanto a la dicción misma o a la construcción de la oración, Gregorio se deleita con un cierto contexto de vocablos prepuesto, con frecuentes transposiciones y como hipérbatos, de los cuales hemos mostrado muchísimos ejemplos en el Prefacio a los libros de los Morales, de los cuales hemos seleccionado unos pocos para traer aquí. Lib. XXXI Morales num. 4: "Pues sabemos aquel rinoceronte (Scimus enim rhinoceros ille), a saber el príncipe terrenal, con cuánta crueldad antes se enfureció contra el Señor." Por, "sabemos pues con cuánta crueldad antes aquel rinoceronte," etc. Hom. 8 sobre Ezequiel, num. 27: "En cuya palabra se muestra la mente del bienaventurado Jacob cómo ardía en el deseo de Jesús (In quo verbo beati Jacob mens ostenditur quomodo Jesu desiderio ardebat)." Por: "en cuya palabra se muestra cómo la mente del bienaventurado Jacob ardía en el deseo de Jesús." Homilía 32 sobre los Evang.: "Pues mientras el reino de los cielos consta que de los réprobos (Dum enim coelorum regnum constat quia reproborum)," etc. Por, "pues mientras consta que," etc. Lib. II, Diálogos c. 2: "A fin de que . . . . . reconocieran el niño Benito la gracia de la conversación desde

cuánta perfección había comenzado (agnoscerent Benedictus puer conversationis gratiam a quanta perfectione coepisset)." Por, "desde cuánta perfección el niño Benito," etc. ¿Quién negará que son totalmente semejantes a estos ejemplos los que leemos en el lib. I del Comentario c. 2, n. 10: "Veamos ya la santa Iglesia con qué alabanzas de su fecundidad se gloria en la voz de Ana (Videamus jam sancta Ecclesia quibus fecunditatis suae laudibus in Annae voce glorietur)." Donde otro diría: "Veamos ya con qué alabanzas de su fecundidad la santa Iglesia," etc. Y el num. 12: "Pero donde los vistió la fortaleza, place mirar cuán fuertes los hizo (Sed ubi eos robur induit, libet intueri quam fortes fecit)." Cuando parecería que debía decirse: "Pero place mirar cuán fuertes los hizo, donde," etc. Véase también el lib. V, c. 2, num. 18: "Considerad al Dios omnipotente, cuán terriblemente debéis temerlo y cuán devotamente debéis siempre servirle (Colligite omnipotentem Deum, quam terribiliter metuere, et quam devote ei semper servire debeatis)." Prescindimos de referir más.

Gregorio casi siempre camina con períodos bimembres y como bípedos que caen de modo semejante, lo cual también se puede observar en nuestro comentador del libro I de los Reyes, saludando su elucubración ya desde el primer umbral.

VII. Gregorio no raras veces usa verbos deponentes, como dicen los Gramáticos, en significación pasiva, máxime el verbo venerar (venerari), lo cual se demostró abundantemente en el prefa-

cio general. Lo mismo ciertamente descubrimos en el Comentario, como en el lib. IV, c. 4, num. 35: "Cuanto más tarde se le ve (al Pastor en público) más devotamente se le venera (veneratur)," esto es, se le cultiva y honra. Y el num. 51: "Afirman, pues, que poseen la palabra de sabiduría o el espíritu de profecía, no para ser venerados, sino para ser oídos."

El santo Doctor por el verbo innotescere significa habitualmente dar a conocer, como en la homilía 1 sobre los Evangelios num. 1: "Cuántas percusiones preceden al acercarse su fin (del mundo), se da a conocer (innotescit)," esto es, se muestra; lo cual se lee cien veces en el mismo sentido en los Diálogos y más a menudo en las Epístolas. Pero en este sentido también es empleado no raras veces por el escritor del Comentario, v. gr. lib. I, cap. 2, num. 16: "Lo cual también pare lo concebido, cuando se da a conocer (innotescit) a los prójimos . . . . ." Y el cap. 3, num. 8: "Pues esta insignia de fortaleza ni Moisés ni Elías pudieron tenerla, para que mientras se daban a conocer (innotescerent) signos incomparables," etc. Véase también lib. II, c. 2, num. 11: "Sin embargo entonces se dio a conocer (innotuit) que había bendecido a los suyos."

Gregorio usa de un modo casi peculiar para él el verbo deber (debere), lo cual se hará patente por algunos ejemplos. Lib. XI, ep. 33, escribe a Mariniano: "Y por eso me parece . . . . . que tu fraternidad deba venir (debeat venire) a mí antes del tiempo estival;" esto es, venga. Ibídem: "Y yo, que me veo próximo a la muerte . . . . .

deba pasar (debeam transire) entre tus manos;" esto es, pase. Ep. 34 del mismo libro: "Esto es, que cuatrocientos sueldos debieran haber sido hechos (fieri debuissent) por separado," y poco después: "Queremos que . . . . . vuestra fraternidad deba erogar (debeat erogare)," por erogue. Hom. 17 sobre los Evangelios: "Para que de la misma piedra de sal deban lamer (lambere debeant)." En la misma significación debe aceptarse el verbo deber en el lib. I del Comentario c. 3, num. 14: "Porque habían recibido todas las Escrituras para que en ellas debieran haber encontrado (invenire debuissent) los Sacramentos de la divina Encarnación:" esto es, encontraran. Y el lib. II, c. 2, num. 20: "Para que ellos mismos no debieran castigar (punire deberent) a nadie;" que es lo mismo que castigaran.

La adversidad (adversitatem) a menudo la toma Gregorio no en sentido pasivo sino activo, o por la acción de los que se nos oponen; sobre cuya materia consulta el lib. II de los Morales n. 51, y la nota a este lugar, donde lo confirmamos con muchos testimonios. Podría haberse añadido lo que leemos en el Libro de la Regla Pastoral parte III, admon. 16, o cap. 15: "¿Qué se designa por las nubes que se mueven por el viento, sino las adversidades de los hombres malvados?" Esto es, las impugnaciones e ímpetus de los malvados que se nos oponen. Y con no disímil sentido ocurre en el lib. V del Comentario c. 1, num. 15: "Porque nuestros santos predicadores son coronados con mayor victoria cuando toleran las cosas adversas

de los prójimos (adversis proximorum) (esto es, las adversidades inferidas por los prójimos)."

Quienes se han acostumbrado al estilo gregoriano no ignoran cuán frecuentemente, hablando de Cristo, usa la antítesis de los adverbios sobre (super) y entre (inter); como en el lib. XV Morales num. 20: "Siendo el unigénito del Sumo Padre Dios sobre todas las cosas, fue hecho hombre entre todas las cosas." Cosas semejantes existen en el lib. XVI, num. 37; homilía 7 sobre Ezeq., num. 19; homilía 23 sobre los Evang. y en todas partes. Y por la misma razón el autor del Comentario lib. I, c. 1, num. 4: "Porque," dice, "el que nació entre todos, brilló sobre todos." Me abstengo de proferir otros ejemplos. Quienes no son extraños en el manejo y lectura de las obras gregorianas, saben que allí frecuentemente el verbo reformar (reformare) tiene un significado casi desconocido para otros escritores, o al menos usado por pocos. Lib. XXII Morales cap. y num. 1: "Para que . . . . . la mente no caiga en la desesperación, la reforma (reformat) a la esperanza por el recuerdo de sus virtudes." Y el num. 9 del mismo libro: "Reforma la inteligencia a aquella que había perdido." Dos veces ocurre en el mismo sentido casi en el mismo umbral de los Morales, y en el lib. II sobre Ezeq., Hom. 7, num. último: "reforma el ánimo a la esperanza." En el Comentario ciertamente no lejos del inicio, a saber lib. I, c. 1, num. 20: "Pues se levantó, porque reformó el ánimo a la instancia de la predicación."

En los escritos gregorianos, máxime en los Diálogos, se lee hasta la náusea: "el hábito de la

santa conversación (sanctae conversationis habitus)." Y lo mismo tiene familiar quien escribió el Comentario. Lee especialmente el lib. IV, c. IV, num. 18.

VIII. Suele Gregorio designar al autor del libro del Eclesiástico con el nombre de "un cierto sabio": como en el lib. XXVII Morales num. 53: "Por un cierto sabio se dice: como el hielo en el tiempo sereno," etc. Y en el lib. XXXIII, num. 23: "Pues de aquí se dice por un cierto sabio: No digas: Muchas son las misericordias del Señor:" Véase también el lib. VII, num. 45, y el lib. XX, num. 51. Y del mismo modo exactamente el Comentador e Intérprete del libro primero de los Reyes lib. V, c. 4, num. 2, alabando el cap. 2 del Eclesiástico, dice: "De donde bien se dice por un cierto sabio: Hijo, accediendo a la servidumbre."

Finalmente, San Gregorio suele proferir palabras y sentencias íntegras de la Regla de San Benito, como demostramos en el lib. I de su Vida c. 3, num. 6; lo cual también mostraremos enseguida que conviene al autor del Comentario.

IX. En lo que respecta a la doctrina, es casi la misma que la del mismo Gregorio. La divinidad de Cristo se asienta egregiamente en el lib. I, cap. 3, num. 4, 5, etc. El misterio de la Encarnación se explica óptimamente en el lib. I, c. 1, num. 3. Sobre la presencia real del cuerpo y sangre de Cristo en la Eucaristía, sobre el sacrificio incruento de la nueva Ley y sobre el sacerdocio de la religión cristiana lee lib. II, cap. 1, num. 14, y lib. III, cap. 4, num. 31. Sobre la visión de Dios concedida solo a los ciudadanos del cielo (lo que a menudo prueba

San Gregorio) véase lib. I, cap. 1, num. 4. Sobre la Penitencia, Confesión de los pecados, Satisfacción y Absolución Sacerdotal consulta lib. III, cap. 5, num. 13 y 14.

Al modo de Gregorio, de tres santas mujeres funde una única María Magdalena lib. IV, cap. 4, num. 13. Lo que Gregorio afirma de que solo Cristo entre los hombres está libre de la servidumbre del diablo, lo enseña este Escritor lib. III, cap. 5, num. 9: "¿Cuál es, pues, la mano de los filisteos, sino aquella potestad de los demonios por la cual conducen a los tormentos eternos a las almas muertas en el pecado? De aquella mano de los filisteos solo había sido libre aquel que decía: viene el Príncipe de este mundo, y en mí," etc.

Estas cosas ciertamente parecen casi demostrar que no es otro el progenitor del Comentario de que disertamos que el mismo Gregorio. Sin embargo, ocurren algunas cosas, ya en el género de decir, ya en la doctrina, que huelen e indican mínimamente a Gregorio.

X. 1º.

2º.

3º. Lo que debe observarse principalmente, quien tejió el Comentario parece a veces orbitar fuera de la doctrina de Gregorio, máxime sobre el libre albedrío, al cual atribuye demasiado. Pues como si de Dios solo fueran los inicios de la fe y de la santidad, y de nosotros lo demás, dice lib. III, cap. 5, num. 20: "Porque los buenos deseos nos son administrados por la gracia divina; pero nosotros promovemos los dones de la gracia por el conato del libre albedrío a las victorias de las

virtudes." Pero no es constante consigo mismo: pues en el lib. IV, cap. 2, num. 9, declinando hacia otro extremo enseña que a veces los pecadores, aun cuando quieren, no pueden levantarse del pecado: "Porque", dice, "por la imitación del Pastor, los réprobos inciden en la servidumbre del pecado, y tampoco pueden ser soltados de su yugo cuando quieren." Lo cual confirma todavía un poco más abajo num. 10: "En la noticia de la depravada imitación, vais fluyendo paulatinamente: pero los ejemplos de su depravación, a los cuales os sometéis espontáneamente, de ningún modo podéis dejarlos espontáneamente. Pues todo el que hace pecado, siervo es del pecado (Jn. 8, 35). A aquellos, pues, a quienes dominan los pecados por sí mismos, no pueden ser liberados de su yugo. Pues a menudo vienen al Señor con preces; piden ser liberados, pero no pueden ser oídos. Pues se actúa con ellos por juicio divino, para que quienes no quisieron evitar los males cuando podían, no puedan evitarlos cuando quieren: y quienes incurren espontáneamente en males preconocidos, no puedan huir de ellos una vez experimentados." No menos duramente habla en el lib. VI, cap. 2, n. 5, aunque no podemos negar que lo mismo se lee en la Pastoral parte III, cap. 15, o admonit. 16.

Además, lib. II, cap. 1, num. 6, parece conceder solo a los santos después de la muerte descanso y seguridad, no gloria; lo cual pugna contra Gregorio, máxime lib. IV Diálogos cap. 25.

Entre los lunares de este Comentario se puede notar lo que enseña lib. V, cap. 2, num. 15, y en

otras partes, que antaño, esto es, en la antigua ley, no solo fue lícito odiar a los enemigos, sino también preceptuado. Pues eso no lo entiende de algunos pueblos a los que Dios había mandado borrar por exterminio a causa de la idolatría y otros crímenes, sino de cualesquiera enemigos, interpretando mal aquellas palabras de Cristo: "Se dijo a los antiguos: amarás," etc., "y odiarás a tu enemigo" (Mt. 5, 27); lo cual no entiende por un precepto de la ley vieja, sino por una falsa interpretación de la ley ideada por los doctores de los judíos que adulteraban la palabra de Dios.

Por tanto, aunque parezca que debe confesarse que el Comentario de que tratamos es obra de Gregorio, de ningún modo ha de negarse que este fue interpolado por Claudio su discípulo y viciado en alguna parte, ni fue después enmendado por el santo Doctor, quien evidentemente no habría dejado esos lunares. Ciertamente, después de escrita la epístola arriba alabada (Lib. XII, 24), para Gregorio, afligido por tantos males, distraído y atormentado por tantas preocupaciones, apenas fue posible reconocer esta obra de tan gran mole y volver a ponerla sobre el yunque. De aquí su consejo fue suprimirla en perpetuas tinieblas. Ni ciertamente por esa causa debe parecer despreciable: pues si se purga de las pocas manchas que indicamos, podrá competir en excelencia con las mejores elucubraciones de tan gran maestro.

XI. ¿Por qué, pues, preguntarás, pensó su primer progenitor en reprobarla y, cuanto pudo, se opuso a que saliera a la luz pública?

Respondemos que causa suficiente para que fuera repudiada fue su propia interpolación. La razón principal, sin embargo, debe buscarse en la suma modestia y humildad de ánimo de Gregorio, la cual ciertamente era tanta, que llevaba a mal que sus obras, cualesquiera que fuesen, fueran leídas y publicadas. Sobre cuya materia debe leerse íntegramente la epístola recién alabada. Ciertamente en la Vida de P. Virgilio Marón del autor Tib. Donato, leemos que este poeta, "cuando se sintió agravado por la enfermedad, a menudo y con gran instancia pidió los cofres, con la intención de quemar la Eneida: los cuales, habiéndole sido negados, mandó en su testamento que fuera quemada como cosa no enmendada e imperfecta." ¿Quién por eso pensará tan mal de la Eneida que juzgue que debe ser entregada a las llamas? Lo mismo ha de decirse de nuestro Comentario. Sobre esa obra, pues, sea este el juicio.

Consideramos que se formó a partir de las Homilías pronunciadas por San Gregorio sobre el lib. I de los Reyes, recogidas por Claudio su discípulo, y que salió con algunos errores que deben adscribirse especialmente a un fallo de memoria. Veamos ahora con qué máquinas intenta Pedro Gussanville derribar esta opinión, lo cual debe referirse con la mejor fe.

XII. 1º. Gregorio, que indica en diversas partes sus obras genuinas, guarda silencio sobre esta en todas partes.

Al contrario, Gregorio habla claramente de las Homilías pronunciadas por él y recibidas por

Claudio, y después digeridas a modo de Comentario, en el lugar ya indicado. Ni es de extrañar si quienes tejieron de algún modo manojos de sentencias gregorianas, Paterio, Tajo, Alulfo, o quienes reseñaron las obras del santo Doctor, no se acordaron de este Comentario. En primer lugar, porque sus ejemplares fueron siempre muy raros y, por tanto, menos conocidos. Confiesa el mismo Gussanville toda la diligencia empleada por él, pero en vano, para conseguir alguno en Galia, Bélgica, Inglaterra, Roma, Venecia, donde sin embargo piensa que fue impreso por primera vez en el año 1537, y en Estrasburgo, donde según testimonio de Gesnero en la Biblioteca salió con la Pastoral en el año 1496. En segundo lugar, aunque algunos de los escritores conmemorados hubieran tenido copia de algún ejemplar, condescendiendo con Gregorio que no la aprobaba, pensaron que no se debía entresacar nada de ella y juzgaron que debía pasarse por alto en el índice de las obras gregorianas.

Sin embargo, Raterio monje de Lobbes (Lobiensis) y después obispo de Verona, que floreció hacia el año 928, escribiendo "Sobre el Desprecio de los Cánones" (del Spicilegium de d'Achery, Tom. II), parte I, poco antes del final, alaba algo de este Comentario con estas palabras: "Escuche a Gregorio: la causa, dice, de la ruina del pueblo, son los malos Sacerdotes;" las cuales se leen en el lib. II, cap. 2, al versículo: "Y les dijo: ¿por qué hacéis tal cosa?" No debemos ocultar que casi lo mismo ocurre en el lib. de la Regla Pastoral parte I, cap. 2. Pero en lugar de "causa de la ruina," etc.,

se lee en la Pastoral "lazo de ruina;" de donde consta que Raterio atendió más al primer lugar que al posterior. Ni hay duda de que si fuera lícito explorar diligentemente los anaqueles de todas las bibliotecas y leer libros inéditos, tendríamos muchos otros testimonios sobre este Comentario. Ciertamente la "Exposición sobre el Cantar de los cantares" que se adscribe a Gregorio, sostiene Gussanville que también fue pasada en silencio por todos los escritores, y especialmente por Paterio. Sin embargo, en el Paterio genuino y sincero que vamos a editar se encuentra un lugar insigne de esta Exposición, como demostraremos en alguna ocasión en la advertencia (Véase abajo). Pero sigamos diluyendo las objeciones de Gussanville.

XIII. Sostiene el varón docto que el autor del Comentario usa la versión Vulgata de la Sagrada Escritura, mientras que Gregorio usa la Itálica y la Jeronimiana, lo cual cree que basta para probar la distinción de ambos escritores. Infelizmente resultó aquel género de prueba para un varón por lo demás erudito: pues solo cuatro veces dice que fue proferido por el santo Doctor ese testimonio del lib. I Reyes cap. 15: "¿Acaso cuando eras pequeño," etc. Pero en ninguno de los lugares asignados por Gussanville se lee. Además, solo hacen falta ojos para que se entienda que nuestro escritor no siempre usó la versión Vulgata; es más, muy a menudo se aparta de ella. En el mismo umbral se lee: "hubo un varón de Ramatha (fuit vir unus de Ramatha)." En la Vulgata, "de Ramathaim." En el Comentario, "hijo

de Jeroboam (filius Hieroboam);" en la Vulgata, "hijo de Jeroam." En el Comentario, "hijos de Thau (filii Thau);" en la Vulgata, "hijos de Tohu." En el Comentario versículo 4, "y dio a Fenena y a sus hijos e hijas (deditque Phenennae et filiis et filiabus ejus);" en la Vulgata, "y dio a Fenena su mujer y a todos sus hijos e hijas partes." Perseguir lo demás parece superfluo. De Habacuc cap. III se alaban estas cosas en el Comentario lib. I, cap. 3, num. 4: "Señor Dios fortaleza mía, establece mis pies en la consumación y sobre las alturas colócame; para que venza en la claridad de él;" las cuales discrepan totalmente de la versión Vulgata. Abajo, del salmo 97 se profieren muchas cosas de modo totalmente distinto a como se leen en la Vulgata. Lib. I, c. 1, n. 10, se lee del salmo 85: "Y adorarán ante ti, Señor, y honrarán (honorificabunt) tu nombre," teniendo la Vulgata "y glorificarán (glorificabunt)." Cap. 2, num. 47, por "y mi cáliz embriagante," que tiene la Vulgata salmo 22, aparece "y mi copa (poculum) embriagante." Verdaderamente en cosa tan clara perderíamos el tiempo en vano. Sin embargo, no niego que algunas cosas de las sagradas Letras se lean aquí de otro modo que en otras obras gregorianas. Sin duda Claudio, recogiendo estas cosas de corrido, no pudo devolverlas con tanta fidelidad que no pecara ni siquiera en una sílaba al representar los testimonios de la Escritura. Por el contrario, hemos observado muchas cosas proferidas en este Comentario de otro modo a como deben leerse; lo cual tal vez movió a San Gregorio a rechazar esta obra como adulterina. Sobre esas cosas, sin

embargo, vale la pena advertir en este lugar, para que no den ocasión de errar.

Al final del lib. I, cap. 1, vers. 28 del cap. I lib. I Reyes se lee así: "Lo he encomendado (Commendavi) al Señor;" y debe leerse "lo he prestado (commodavi)." Lib. II, cap. 4, este versículo 3 cap. III. "Sus ojos (de Helí) se habían nublado y no podía ver. La lámpara de Dios antes de que se apagara, Samuel," etc. Se expresa así de modo corrompido: "ni podía ver la lámpara de Dios antes de que se apagara;" a cuya lectura no apoyan ningunas versiones. Así, sin embargo, leyeron Beda, Rabano Mauro, Angelomo, el falso Euquerio; arrebatados tal vez por la autoridad de Gregorio, cuyo nombre habían leído prefijado a este comentario. Y este es ciertamente el argumento más válido de que esta obra fue conocida por los escritores alabados: ¿de qué escritor más antiguo, pues, habrían tomado esta lectura viciosa de la Escritura? Lib. V, col. 306, se lee: "apareció, pues, a la guarnición (apparuit itaque stationi);" donde debe leerse como en la Vulgata: "aparecieron ambos (Apparuit uterque) a la guarnición." Verdaderamente es vicio de los copistas, no del autor; pues en la explicación de este versículo dice: "¿Qué es eso de que se dice que Jonatán aparece a los filisteos con el escudero?" Luego leyó: "aparecieron ambos." Abajo también se lee: "aparecieron, pues, ambos," etc.

XIV. "Ni ciertamente", dice, "el estilo mismo sabe a gregoriano, aunque en algunas cosas el autor haya intentado imitarlo; lo cual tal vez dio ocasión al error. Verdaderamente, cuánto se

aleja del estilo de Gregorio, lo comprobará la sola lectura de las Homilías sobre Ezequiel." Breve prueba ciertamente, pero débil, pues se apoya en el solo testimonio del adversario no robustecido con ningunos ejemplos; máxime si se releen las cosas que hemos proferido en contrario.

"¿Pero qué más", dice Gussanville? "Si se sopesan las palabras del autor, aparecerá más claro que la luz del mediodía que fue algún monje; quien frecuentemente tiene discurso sobre los monjes y el régimen y disciplina de los monasterios;" lo cual prueba con más razones.

XV. No de mala gana cedemos al peso de las razones. ¿Pero qué de esto milita contra la sentencia que defendemos? ¿Niega acaso Gussanville que Gregorio fue monje y abad de monjes, a quien por tanto incumbía frecuentemente tener discurso sobre la disciplina monástica? Si verdaderamente lo que sobre la vida monástica dice este escritor se coteja con la Regla de San Benito, apenas quedará lugar para la duda de que estuvo adscrito a la observancia de la misma Regla. Pues en la col. 78 leemos "fervor novicio (fervore novitio)"; lo cual se encuentra en el cap. 1 de la Regla de S. Benito. Hacia el inicio de la col. 93 ocurre "en el mal de la inobediencia prevaleció la muerte (in malo inobedientiae mors praevaluit)"; con cuyas palabras se alude a estas del cap. 2 de la Regla de S. Benito: "entonces finalmente para los inobedientes sea para ellos la pena prevaleciente la muerte misma." Col. 95, al disertar el autor sobre la obediencia, parece tener ante los ojos lo que sobre la misma virtud enseña San Benito tanto en

el cap. 5 de la Regla como en el c. 7. Lib. IV, cap. 4, num. 17, se lee: "Que no den fácilmente la vía estrechísima de la conversación a los que acceden nuevamente"; las cuales se sacan casi palabra por palabra del cap. 58 de la Regla de S. Benito. Es más, de ningún modo debe dudarse que alaba a S. Benito cuando dice: "¿Por qué también el óptimo maestro de la misma vida estrechísima, discípulo erudito de la suma verdad, prescribe diciendo: Probad los espíritus si son de Dios. Y asimismo: Anúnciensele las cosas duras y ásperas por las que se va a Dios, para que sepa a qué entra"; las cuales en el capítulo 58 de la Regla existen con casi las mismas palabras.

Y de esto surge una no leve conjetura de que Gregorio no tuvo las Homilías sobre el lib. de los Reyes ante el pueblo, como finge gratuitamente Gussanville, sino ante los monjes a él sujetos, únicamente en aquel tiempo en que, tras el regreso de la ciudad regia, disfrutaba de mayor ocio en el monasterio: las cuales su hijo, o alumno y discípulo Claudio, se encargó de recoger.

XVI. Compuesta la controversia que había sobre el autor del Comentario, quedan por observar algunas cosas sobre la obra misma, aunque pocas. Que está mutilada, aunque en alguna parte mínima, consta por el hecho de que en el lib. I, cap. 2, num. 3, el escritor recuerda la explicación del nombre de Elcaná arriba traída, la cual sin embargo no se lee en ninguna parte. Sospechamos que hay una laguna entre el num. 4 y 8 del cap. 1 lib. I, donde de la explicación de aquellas palabras: "De Ramatha Sophim, del monte

Efraín," se pasa a aquellas: "Que tenía dos mujeres;" omitidas aquellas: "y su nombre era Elcaná, hijo de Jeroboam, hijo de Eliú, hijo de Thau, hijo de Zuf," sobre las cuales ni lo más mínimo se toca en el Comentario.

Ocurren muchas cosas sobre los nombres hebreos que podrían haber sido ilustradas con notas. Pero verdaderamente lo que se ofrecía decir sobre ellos apenas habría podido contenerse dentro de las metas prescritas para nosotros en estas notas. Además, quienes quieran instruirse sobre esto, nunca van a leer este Comentario, sino que más bien consultarán a Orígenes y a Jerónimo, especialmente en los libros sobre los nombres hebreos y sobre el sitio y nombres de los lugares hebreos. Por lo demás, hablando de Jerónimo en la nota b al proemio, col. 2, incautamente se nos escapó lo que dijimos sobre el libro de Samuel expuesto por él; pues quienes de los nuestros dedican un denodado esfuerzo a editar a este santo Doctor, adjudican la Exposición del libro de Samuel a otro que a Jerónimo.

XVII. Qué cosa verdaderamente de nuestro esfuerzo se ha puesto en esta edición ha de abrirse ahora brevemente. Como no nos fue posible tener copia de algún códice manuscrito en el que se contuviera este Comentario, a pesar de emplear cualquier diligencia, lo revisamos únicamente según las mejores ediciones, especialmente la gilotiana y la vaticana, con cuya ayuda expurgamos no pocos errores y restituimos algunas cosas omitidas. A veces también, donde todos los editados son viciosos, no hemos dudado en enmendarlos.

Así, lib. I, c. 1, n. 1, se leía antes: "afligiendo (affligentes) a este . . . . . por manos de los inicuos;" donde sin duda debe leerse "clavando (affigentes)", cuya lectura hemos abrazado. También en el libro II, c. 1, num. 2, antes se leía "haberse adherido a sus ojos (oculis)"; pero la serie del discurso muestra que debe leerse "besos (osculis)" en lugar de "ojos (oculis)"; como se lee todavía ahora. Cuando verdaderamente solo por conjeturas hemos alcanzado de qué modo se debía sanar la oración corrompida, nos ha bastado inscribir en el margen la lectura que nos ha parecido mejor.

También, según nuestra costumbre, distinguimos los capítulos, por ser más largos, en varios artículos con notas numerales añadidas. Con breves notas al pie de página, o bien mostramos las diversas lecturas, o bien ilustramos algunos lugares del Comentario. Ojalá el lector pueda recoger y degustar los óptimos y agradables frutos de nuestro esfuerzo, ciertamente no pequeño.

Sobre la exposición al Cantar de los cantares que seguirá a este Comentario, y sobre otras obras subsiguientes, nada atañe decir aquí, ya que hemos prefijado prefacios o advertencias a cada una. Pero en el prefacio a la Exposición del Cantar no debió omitirse el testimonio de San Columbano, quien entre las Obras de San Gregorio la reseña con el libro de la Regla Pastoral y las Homilías sobre Ezequiel, como se puede ver en la epístola del mismo Columbano entre las gregorianas (Lib. IX, última epístola).

SEIS LIBROS DE DIVERSAS EXPOSICIONES DE SAN GREGORIO MAGNO, PONTÍFICE RO-

MANO, AL PRIMER LIBRO DE LOS REYES, QUE TAMBIÉN SE LLAMA DE SAMUEL. (C,G,S)*

PROEMIO.

1. Después de los libros de Moisés y de Josué, y de los Jueces, se muestra el octavo o noveno en el canon de las santas Escrituras el primer libro de los Reyes. El cual libro ciertamente, al igual que muchísimos volúmenes de la sagrada elocuencia, porque aún no ha sido expuesto por los doctores de la santa Iglesia, algunos más sencillos juzgan que este no es místico, y que no dice nada más sublime por el espíritu cuanto más llanas cosas parece narrar por la letra. Pero si leyeran lo que los santos doctores han dicho en otros libros de explicaciones, encontrarían también de esta historia cuán inmensa es la profundidad. Pues frecuentemente en sus exposiciones lo que aquí se dice llano por la letra, se declara que es muy arduo por la inteligencia espiritual, e insinúan abiertamente que entienden de la sagrada historia mucho más sublimemente de lo que leen fuera en su superficie. Pues es llano que Elcaná, varón efrateo, se describe que tuvo dos mujeres (1 Sam. 1, 1, 2); que Helí sacerdote, mientras se disuelve de la severidad de la corrección por el afecto a sus hijos, cae de la silla y perece con el cuello roto (ibíd., 4, 18); que el rey Saúl no quiso obedecer a Dios en la demolición de los amalequitas (1 Sam. 15, 9), pero no mucho después perdió la vida y el reino (1 Sam. 31, 5). Pero estas cosas ciertamente llanas, como place a los más sencillos, los santos doctores, para percibirlas con digna sublimidad,

no buscaron su entendimiento en la sencillez de la letra, sino en el vuelo de la alegoría. De aquí es, pues, que cuando San Agustín (Lib. XVII de la Ciudad de Dios, c. 4) leyó por la historia las dos mujeres de Elcaná, mirando en la llanura de la lectura la altura espiritual, expuso a una como tipo de la Sinagoga, y a la otra porque tenía la figura de la santa Iglesia. También San Jerónimo (Contra Pelagio, lib. I, c. 8; y contra Joviniano lib. I, c. 10) la muerte de Helí sacerdote y de Saúl, no la puso en la sagrada historia solo para esto, para que la pena aterrara a los prelados inobedientes, sino también para que, mientras se lee la repulsa de los antiguos y transgresores rectores, se designe el fin de la antigua ley y del sacerdocio. Por tanto, no ha de creerse que la sagrada historia de los Reyes está vacía de sacramentos espirituales porque no haya sido expuesta por capítulos por los venerables padres, sino que es tanto más alta y profunda cuanto que, como la vastedad de un inmenso río, pudo ser extraída por cualquier pequeña parte al exponerla y, llenos sus vasitos, corre cada día por el ímpetu de su plenitud para llenar a otros. Así pues, mientras tomaban algunas cosas de esta sagrada historia para el robustecimiento de sus obras, pero pasaban por alto su plenitud indiscutida en el secreto de su sublimidad, ¿qué otra cosa parecieron hacer sino tomar algo de un inmenso río para dar de beber a las mentes sedientas de los fieles?

2. Cuya costumbre ciertamente seguimos nosotros también en la presente obra, que accedemos a esta ingente historia con la gracia de abrir

su entendimiento, de la cual sin embargo no nos atrevemos a asumir la exposición de su universalidad, distando en esto evidentemente de los prefijados venerables Padres, porque no elegimos dispersamente y de diversos lugares lo que vamos a exponer, ya que ellos no asumían según orden alguna parte de esta sagrada historia, sino dispersamente algunos testimonios que habrían de exponer para la instrucción de los fieles. Confiados, pues, en el auxilio de Dios omnipotente, nos proponemos explicar desde el principio del volumen hasta la unción del rey David, para que en esto breve que se ve, podamos experimentar si debemos progresar más al exponer. Pues muchísimos, mientras proponen cosas inmoderadas, nunca pueden llegar a ser ejecutores de su propósito, máxime cuando el tratadista de la sagrada elocuencia se comporta al modo de un varón que está en una alta atalaya, y la sagrada Escritura tiene la semejanza de un bosque más vasto. El cual varón, situado en lo alto, aunque considera la vastedad del soto con visión aguda, sin embargo, mientras mira las cumbres de los montes, mientras los extremos de los collados, mientras las alturas de los árboles, que concuerdan en una cierta igualdad para sí, no atiende cuán grandes valles, cuán dilatadas llanuras se ocultan en medio. Pero si empezara a recorrer lo que le parece breve, de repente conoce que, quien había pensado haberlo visto todo, habían quedado muchísimas cosas que no había visto. De donde también a menudo el viajero inmoderado se engaña, de modo que completa el camino tanto más peligrosamente

cuanto que, acabado el día, el error de la noche lo intercepta en la vía, él que como en el espacio de un pequeño camino ni siquiera pensó completar una parte del día. Así, así ciertamente, mientras consideramos el entendimiento de la sagrada historia en una cierta cumbre de sus sentidos, por la gracia de Dios omnipotente, miramos desde una cierta sublimidad como las altas copas de un bosque más opaco. Pero porque, mientras esos mismos sentidos empiezan a ser considerados y proferidos más sutilmente, engendran otros más múltiples que ellos mismos, como en la superficie, según parece, de todo el soto inspeccionado, pero se ocultan las concavidades de los valles y los dilatados espacios del Matino, que no se ven. Caminamos, pues, más seguros si medimos de tal modo lo que vemos, que también pensemos que ha de ser recorrido lo que vamos a ver al proceder. Así pues, mientras nos proponemos explicar una pequeña parte de la ingente historia, terminamos el curso del camino en la vecindad según el módulo de nuestra debilidad, tanto desconfiados por la delgadez de nuestro ingenio como aterrados por la profundidad del sagrado volumen.

3. Pero también primero juzgué no tanto instruir como suplicar al lector que de ningún modo sopese el peso de la sagrada historia por la inanidad de mi exposición, porque las divinas elocuencias nunca han de ser estimadas por la medida de los tratadistas. Pues ni han de ser vilipendiadas por eso, porque no se consideran sutilmente; ni por eso son excelsas y venerables porque se expongan elocuente y sutilmente. Pues

hay otra virtud que entre los sabios del siglo se tiene por tanto cuanto pueden ensalzarla los preclaros ingenios. Pero la sagrada Escritura, porque está divinamente inspirada, supera tanto más sublimemente incluso a los preclaros ingenios de los hombres cuanto los mismos hombres preclaros son inferiores a Dios, y nada ven en aquella espiritual sublimidad sino lo que les es revelado por la bondad de la misma divina dignación. Nadie, por tanto, es tan perfecto en su ciencia que no pueda aprovechar más, porque inferior es todo provecho del hombre a la altura de la divinidad que la inspira. De donde también se dice por el Salmista sobre el Señor: "Que cubre en las aguas sus partes superiores" (Sal. 103, 3). Pues si por la apelación de aguas se designan aquellas inteligencias profundas y supernas de los ángeles, mientras se dice que Dios cubre la altura de la sagrada elocuencia en las aguas, consta ciertamente que el hombre siempre es inferior a ella, a quien solo se le revelan sus partes inferiores. De aquí también se preceptúa por Moisés que el residuo del cordero sea quemado por el fuego (Éx. 12, 10), porque evidentemente las sagradas Escrituras, que fueron editadas para conocer al Redentor, por la dignidad de su sublimidad han de ser veneradas entonces también cuando no se entienden. Así pues, aunque nada se sopese de lo que digo yo, no obstante ha de sopesarse que esta sagrada Escritura, que es expuesta indignamente por mí, dice muchas cosas buenas y sublimes a aquel a quien Dios omnipotente quisiere abrirle los secretos. Pues la sagrada Escritura fue tan admira-

blemente fundada por el Dios omnipotente que, aunque parezca expuesta de múltiples modos, no le faltan sin embargo secretos por los que guarde cosas ocultas, porque casi nunca se expone de tal modo que no le queden más cosas que se expongan diariamente. Por cuya incomprehensibilidad ciertamente el Dios omnipotente miró por la mutabilidad humana con gran dispensación; pues, para que lo conocido no pueda envilecerse, así fue dispuesta admirablemente que, conocida, se ignore, y se lea tanto más gratamente cuanto diariamente se aprende; y mientras íntima siempre cosas recientes, deleite más suavemente.

4. Por tanto, la historia de los Reyes, porque fue fundada por aquel espíritu por el cual también se conocen los demás volúmenes de la santa Escritura, no debe creerse que es menor que aquellos sacramentos a los que no es inferior en título de autoridad. Pues se refiere que todos sus escritores fueron profetas, quienes cuando narran cosas históricas, señalan cosas espirituales; hablan cosas exteriores e insinúan las íntimas; proponen cosas terrenas para proseguir las celestiales. De donde también este libro primero y el segundo de la misma historia se adscriben por esto al profeta Samuel, para que por el título del autor se sienta que la historia que escribe no es tanto historia como profecía; letra simple y verdadera, pero demasiado alta y profunda por la multiplicidad de los sentidos ocultos. Nosotros, sin embargo, de tanto peso de ella, según el modo de nuestra pequeñez, asumimos las cosas que podemos llevar. Pues como es suave en la

superficie de la letra, más alta en los tipos de la alegoría, útil para instruir las costumbres, lúcida al mostrar ejemplos, sin embargo rehúyo en cada lugar tanto asentar las cosas históricas como proferir las típicas, y conferir las morales y proponer los ejemplos; aunque voy a exponer unas cosas bajo un solo entendimiento, con la ayuda del Señor, y otras bajo varios. Máxime cuando en estos tiempos he juzgado dedicar el esfuerzo a escribir, en los cuales, mientras en los corazones de algunos varones eclesiásticos se sumerge la vieja solicitud de la intención mundana, juzgan que los nuevos estudios de escribir son superfluos por esto, porque no ignoran que abundan los antiguos de los doctores venerables. Los cuales ciertamente habrían de ser convencidos por la razón si no pretendieran, con frente expuesta, el signo de la calumnia. Pues quienes desprecian las cosas nuevas por ser nuevas, aquellas viejas que aprueban las fastidian con la saciedad de los cuidados seculares. A los cuales ciertamente la Escritura expone a muchos bajo la denotación de uno solo, diciendo: "El alma saciada pisoteará el panal" (Prov. 27, 7). El panal ciertamente contiene miel nueva. Como si, pues, dijera: Mientras el cuidado de las cosas terrenas se alimenta más inmoderadamente, no se alegra en aquella dulzura reciente de las Escrituras que suele placer mucho. Pero como no encuentran ningunos comentarios de los antiguos de esta sagrada historia, actúan más rectamente si abrazan la obra de nuestro esfuerzo con aquella caridad con que se emplea para la utilidad de los pequeños de la santa Iglesia

y, en lugar de la molestia de las reprensiones, nos traen los auxilios de las oraciones a nosotros que trabajamos en tanta profundidad de la Escritura como en un piélago altísimo. De aquí ciertamente hacen suyo el fruto de nuestro sudor porque, mientras aman por benignidad, lo vuelven para sí mismos en cúmulo de remuneración eterna, tanto porque una Escritura por tanto tiempo tan cerrada e inexpuesta es conducida al entendimiento común, como porque los pequeños de la santa Iglesia, mientras reciben el esplendor de la nueva religión en las coberturas de la vieja Escritura, son ayudados en el progreso de su devoción.

5. Pero porque en las diversas obras de los santos Padres se encuentran expuestos diversos testimonios de esta historia, el lector debe notar que a veces sigo sus sentidos al tratar, pero a veces me afano por desanudar la historia de otro modo, para que tanto la obra que acometo con la esperanza de la inspiración divina sea válida por la autoridad de los antiguos padres, como no sea de ningún modo fastidiosa para el lector, mientras entre aquellas cosas viejas que conoce le representa también aquellas nuevas que no conoce. A cuya pronunciación de sentencias ciertamente me veo conducido a veces por necesidad, porque los Padres venerables también, si expusieran por orden todo lo que tocaron en parte, de ningún modo habrían podido observar aquella serie de locución que parecieron mantener. Así pues, mientras paso por alto los entendimientos de los santos Padres, uso a veces la necesidad, a veces la comodidad, porque tanto quito el fastidio al

lector como, mientras discuto todo por orden, me salen al paso muchas cosas de en medio que no permiten seguir las sentencias de aquellos. En cuya obra ciertamente suplico al lector que no considere las palabras por la comparación de los elocuentes oradores de la santa Iglesia, sino que sopese los entendimientos de las sentencias por las razones de la disciplina eclesiástica, porque aunque según la prohibición de Dios no sé plantar un bosque en su casa (Dt. 16, 21), sin embargo en nada abandono la regla por la cual se expone fielmente la santa Escritura. Pero también donde plazca menos lo que el lector perito encontrare, considere que mientras acometo como navegante extranjero las tormentas de un gran piélago, la historia espiritual y profunda en altos sentidos, no es muy reprensible si el timón del decir no se guía bellamente, cuando irrumpen las espumantes cumbres de las ondas, que a menudo obligan a soltar el timón incluso al gobierno más perito. Así, así ciertamente, ni el devoto arador que entra a cultivar lugares boscosos dispone líneas rectas de surcos si antes no las rescinde más a menudo con la reja del arado vuelta a traer, porque a la técnica no sigue ninguna facilidad si ninguna costumbre de cultivo parece preceder a la misma pericia de arar. Pero que nadie considere la llanura de la historia con esta estimación, porque frecuentemente tanto más difícilmente llegamos a los secretos de los sentidos espirituales cuanto que en la letra más llana vemos más lejos el sitio de los accesos secretos; y tanto no podemos tocar sus cumbres cuanto el escalón es más bajo

desde donde pensamos tocar las cumbres. ¿Qué es, pues, el entendimiento de la divinidad sino una cierta inefable cumbre de alteza? Y porque el Dios omnipotente es reconocido por las Escrituras, ¿qué es la misma sagrada Escritura sino un cierto escalón que se asciende para que se alcance aquella sublimidad? Cuantas veces, pues, la historia es más llana pero el entendimiento más alto, ¿qué otra cosa es sino porque aquella sublimidad tiene tal escalón desde el cual no puede ser alcanzada fácilmente? Si, pues, el lector inspeccionare algo indecente incluso en la explicación de la historia más llana, tanto más benignamente podrá otorgar el perdón cuanto más racionalmente reconoce que, mientras desde lo llano que se ve no tendemos más allá a aquellas cosas sublimes, fácilmente vacilamos. Por tanto, las partes anteriores del volumen, porque tanto contienen los sacramentos de la santa Iglesia como muestran las costumbres del hombre elegido, puesto en el estudio de la buena conversación, las explico individualmente bajo ambos entendimientos, para que cuando en los actos de los antiguos reconozcamos las razones de la nueva fe, tomemos en ellos también la edificación de nuestra conversación. Pero también porque en la salvación de los fieles la fe es anterior a las obras, anteponemos la significación típica como un sólido fundamento sobre el cual se imponga o siga la fábrica de toda la obra emprendida en la exposición moral o histórica.

(1 Re. 1:1) Hubo un varón de Ramataim de Sofim, del monte de Efraín, y su nombre era Elcaná,

hijo de Jeroboam, hijo de Eliú, hijo de Tohu, hijo de Zuf, efrateo.

1. ¿A quién, pues, nos insinúa este varón, sino a nuestro Señor y Redentor, que apareció en la debilidad de nuestra carne y, sin embargo, no sometió esa misma debilidad de la naturaleza que había asumido a los halagos de una vida más relajada? Pues «varón» (*vir*) se nombra de «virtud» (*virtus*): pero el Hombre (*homo*), creado en el paraíso, tuvo una guerra con el ángel apóstata, a quien, sin embargo, no se cuidó de resistir por la virtud con que fue dotado. Por tanto, creado fuerte, pero débilmente subyugado al enemigo, no fue varón (*vir*) por el combate, quien lo fue por don. Así, pues, el fuerte [el enemigo] se hizo tan poderoso que la naturaleza humana condenada no podría prevalecer contra el enemigo victorioso, si no la hubiera asumido Aquel que existía por encima de los hombres. Y así, nuestro Creador se hizo nuestro combatiente. Pero si fue varón (*vir*), se conoce si se le considera por la virtud que manifestó. Asumió nuestra naturaleza, para que, mientras en Él vencía, reparase su nobleza creada, y se hiciese en el Redentor fuerte lo que era débil, lo que en Adán se había hecho débil de fuerte (Mat. 4). A Él, ciertamente, mientras ayunaba en el desierto, se le presentó el tentador, preparó las armas de su antigua victoria y le arrojó los dardos de la gula, la vanagloria y la soberbia; pero lo encontró resistiéndole en todo. Por tanto, resplandeció como varón (*vir*) por la victoria, quien, superando al fuerte y ya victorioso ángel apóstata, no le mostró el poder de

su divinidad, sino la debilidad de su humanidad. Considerando a este varón, el profeta Jeremías dice: La mujer rodeará al varón (Jer. 31:22). A éste muestra Zacarías, diciendo: He aquí el varón, cuyo nombre es Oriente (Zac. 6:12). De éste, el bienaventurado apóstol Pedro, predicando a los judíos, dice: A Jesús de Nazaret, varón aprobado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales: a éste, entregado por el determinado consejo y presciencia de Dios, prendiéndole por manos de inicuos, le matasteis (Hch. 2:22-23). De aquí que Cleofás, hablando con el mismo Redentor en el camino, dice: De Jesús Nazareno, que fue profeta, poderoso en obra y en palabra (Lc. 24:19). Pues fue varón (*vir*) quien tanto en este mundo expulsó de la Iglesia al antiguo enemigo, como en el infierno, al morir, lo encadenó. Y porque quien muriendo quebrantó las fuerzas del infierno, resucitando nos abrió la puerta de la eternidad, nos mostró la grandeza de su virtud no solo viviendo, sino también muriendo y resucitando. Porque, por tanto, se conoce que nuestro Redentor obró obras de gran virtud por medio de la humanidad que asumió, con razón se dice que fue un varón (*vir*) aquel que lo significa en figura.

Pero hay que preguntar por qué se le llama *un solo hombre*. Pues si esta unidad se refiere al número, parece superflua: pues cada uno es uno, y no dos. Y de ningún modo se ha de creer que san Samuel, por quien esto se escribe, haya comenzado en vano, contra la costumbre de los escritores de la santa Iglesia. Pues el escritor de aquel volumen, al presentar la vida del bienaven-

turado Job como ejemplo para los fieles, comenzó así: 'Hubo un varón en tierra de Hus, llamado Job' (Job 1:1). También el evangelista Lucas, cuando al principio de su Evangelio hablaba en alabanza de un sacerdote justo, dice: 'Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías' (Lucas 1:5). Pues ni aquel dijo: 'Un solo varón'; ni el evangelista: 'Hubo un solo sacerdote'. ¿Qué es, pues, que el profeta elegido, contra el uso de los escritores, comenzara su escrito con tal exordio? Pero como no solo era escritor, sino también profeta, sabía de quién hablaba la historia; y aquel de quien se hablaba a través de la historia, sabía a quién significaba. Por tanto, lo que narra de la historia más allá del uso de la historia, esto lo dice para el uso de la fe católica, en el entendimiento de la alegoría. De donde también, por esta nueva costumbre, toda la Iglesia a la vez confiesa que Cristo es uno, Dios y hombre. Dice, pues: 'Hubo un solo varón'; porque hablaba del Dios-hombre, para afirmar su deidad y su humanidad, y para demostrar más abiertamente que la persona del Verbo que asume y del hombre asumido no es otra, sino una y la misma persona de Dios y hombre: unidad que, sin embargo, puede referirse convenientemente a la excelencia de su dignidad. Pues aunque la santa Iglesia no ha tenido otro Redentor, ha tenido algunos varones por la manifestación de la virtud. Por tanto, al ser llamado 'uno', se le demuestra incomparable.

Pues no tuvo igual, quien, mientras proveyó al género humano con su excelente vida y palabra, pudo por un don singular dar los dones de la

Redención. De donde también Pablo dice: 'los que reciben la abundancia de la gracia y del don y de la justicia, reinarán en la vida por uno, Jesucristo' (Rom. 5:17). Reprochando a los judíos esta dignidad de su excelencia, dice por sí mismo: 'Si no hubiese hecho en ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado' (Juan 15:24). El Salmista también, considerando la excelencia de su belleza, dijo: 'Eres hermoso sobre los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios' (Sal. 44:3). Isaías, testificando en él el bien singular de la Redención, dice: 'Verdaderamente él llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestras iniquidades' (Isa. 53:4). También el Padre eterno, mostrando su singular dignidad, clamó desde la magnífica gloria, diciendo: 'Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia' (Mat. 3:17; 17:5; 1 Pe. 2:17). Era el único varón, a quien Pedro confesando, dijo: 'No hay otro nombre dado bajo el cielo, en el que debamos ser salvos' (Hech. 4:12). Pablo afirma esta magnitud de su excelencia, diciendo: 'Dios lo exaltó y le dio un nombre que está sobre todo nombre' (Fil. 2:9). Y porque la excelencia de su poder no solo supera a los hombres elegidos, sino también a todos los ángeles bienaventurados, Pablo, predicando esto a los Hebreos, dice: 'El cual, siendo el resplandor de su gloria y la imagen de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre

que ellos'. ¿Pues a cuál de los ángeles dijo jamás: 'Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy'? Y otra vez: 'Yo seré para él un Padre, y él será para mí un Hijo' (Heb. 1:3, 4, 5). Con razón, pues, se le llama 'un solo varón', a quien nadie se compara. Pero ya que hemos reconocido cuán grande es, oigamos ahora de dónde era.

4. De Ramatha Sophim, del monte Efraím. Ramatha, Sophim y Efraím son nombres hebreos, el primero de los cuales en nuestra lengua suena «visión consumada», el segundo, «atalaya»; el tercero, finalmente, se interpreta como «fructífero» o «que fructifica». Pues, ¿qué es la visión consumada, sino el conocimiento perfecto de Dios omnipotente? A esta visión consumada alude ciertamente el doctor de los Gentiles, diciendo: «Vemos ahora por un espejo, en enigma, mas entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, mas entonces conoceré como soy conocido» (I Cor. 13, 12). ¿Y qué se entiende por «atalaya», sino aquella sublimidad de los ángeles? Pues la atalaya se elige en un lugar sublime, para una visión más clara. Además, rectamente se dice Ramatha Sophim: porque aquel conocimiento perfecto de nuestro Creador solo pueden tenerlo aquellos bienaventurados ciudadanos que habitan en aquella sublimidad soberana. Pues el resplandor de la luz eterna en su plenitud no se contempla desde lo más bajo del exilio presente, sino desde el estado de la sublimidad eterna. De ahí que se diga con razón que Ramatha Sophim está situada en el monte Efraím. Pues, ¿qué es el monte Efraím, sino el cielo? Es, en efecto, un monte fruc-

tífero, que siempre produce las flores de la belleza eterna y los frutos de un gozo indeficiente. Y con razón se dice que tanto Ramatha como Sophim están situadas en el monte Efraím, porque aquella visión eterna de Dios omnipotente, y aquella altura de los ciudadanos bienaventurados, no se tiene en la tierra, sino en el cielo. Pues, insinuando que es de Ramatha, dice: «Así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre» (Juan 10, 15). De ahí que diga de nuevo: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo» (Mat. 11, 27; Luc. 10, 22). De la atalaya, esto es, de lo sublime, fue Aquel que, increpando a los judíos, dice: «Vosotros sois de abajo, mas yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, mas yo no soy de este mundo» (Juan 8, 23). Del monte Efraím fue Aquel que dice: «Yo soy el pan vivo, que descendió del cielo» (Juan 6, 51). Que Él era del monte Efraím lo afirma Juan Bautista, diciendo: «El que viene del cielo, está sobre todos» (Juan 3, 31). De ahí que el Salmista diga: «Su salida es desde lo más alto del cielo» (Sal. 18, 7). De ahí que el doctor de los Gentiles diga: «El segundo hombre, del cielo, celestial» (I Cor. 15, 47). Por tanto, el varón que se afirma haber sido uno, se dice que provino de Ramatha Sophim, del monte Efraím: porque Aquel que, nacido entre todos, brilló sobre todos, por eso apareció tan grande en la tierra, porque vino del cielo. Ciertamente fue de Ramatha Sophim, porque aunque aquí resplandeció de modo incomparable, la magnitud de su excelencia no se comprende sino allí donde el conocimiento per-

fecto de Él se manifiesta a los ciudadanos eternos. Pues aquí lo había contemplado en la excelencia de su virtud quien decía: «Lo que hemos visto y oído, y nuestras manos palparon, del Verbo de vida» (I Juan 1, 1). Pero como no había visto la magnitud de su excelencia, nos la promete de nuevo en Ramatha, diciendo: «Cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es» (I Juan 3, 2).

Además, con el nombre de este monte, puede designarse a la beatísima siempre virgen María, Madre de Dios: pues fue un monte, ella que por la dignidad de su elección trascendió toda la altura de cualquier criatura elegida. ¿Acaso no fue María un monte sublime, quien, para llegar a la concepción del Verbo eterno, elevó la cumbre de sus méritos por encima de todos los coros de los ángeles, hasta el trono de la deidad? Pues Isaías, vaticinando la excelentísima dignidad de este monte, dice: 'Acontecerá en los últimos días que estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes' (Is. 2:2). Ciertamente, fue un monte en la cumbre de los montes, porque la altura de María resplandeció por encima de todos los santos. Pues así como un monte designa la altura, así una casa designa una morada. En efecto, con acierto se la llama monte y casa, pues, al ser ilustrada con méritos incomparables, preparó para el unigénito de Dios un sagrado vientre en el que Él pudiera reclinarse. Pues María no se habría convertido en un monte en la cumbre de los montes si la fecundidad divina no la hubiera elevado por encima de la altura de los ángeles. Y

no se habría convertido en la casa del Señor si en su vientre, a través de la humanidad asumida, no hubiera yacido la divinidad del Verbo. Pero con razón se la llama monte fructífero, de la cual se genera el mejor fruto, es decir, el hombre nuevo; a quien ciertamente, contemplándola el profeta hermosa y adornada en la gloria de su fecundidad, dice: 'Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor subirá de su raíz' (Is. 11:1). Pues sobre el fruto de este monte, David, exultando en Dios, dice: 'Te alaben los pueblos, oh Dios; te alaben todos los pueblos. La tierra ha dado su fruto' (Sal. 66:6). Ciertamente, la tierra ha dado su fruto, porque a quien la Virgen dio a luz, no lo concibió por obra material, sino por la sombra del Espíritu Santo (Lc. 1:35). De aquí que el Señor le diga al mismo rey y profeta: 'Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono' (Sal. 131:11). De aquí que Isaías diga: 'El fruto de la tierra será sublime' (Is. 4:2). Pues a quien la Virgen engendró no fue solo un hombre santo, sino también el Dios poderoso. Sobre este fruto se le dice a la misma bienaventurada Virgen, en el saludo de Isabel: 'Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre' (Lc. 1:42). Con razón, pues, se la llama monte de Efraín, pues mientras es elevada por la inefable dignidad de la generación divina, en su fruto reverdecen los áridos gérmenes de la condición humana. Por tanto, el varón de Ramataim Sofim fue hecho del monte de Efraín: porque Aquel que por el poder de su divinidad creó a los ángeles, de la carne de la excelsa Virgen tomó la forma de la humanidad. Y porque, a través de la humanidad que asumió, no

quiso nacer de los infieles, sino de los fieles, sigue: 'hijo de Jeroboam, hijo de Eliú, hijo de Tohu, hijo de Zuf.'

Ciertamente, se asignan los nombres de cuatro padres: porque al tomar el Señor carne de un pueblo fiel, tuvo por padres a través de su humanidad a aquellos a quienes la gloria de otras tantas virtudes principales había ilustrado. De donde también por promesa divina no se le dice a algún infiel, sino al fiel Abraham: 'En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra' (Gén. 22:18). De aquí que el evangelista Mateo, tejiendo el orden de su generación, diga: 'Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham' (Mt. 1:1). De aquí que Él mismo hable a la mujer samaritana, diciendo: 'La salvación viene de los judíos' (Jn. 4:22). De aquí que Pablo diga: 'De quienes es la adopción de hijos, y la gloria, y el pacto, y la legislación, y el culto, y las promesas; de quienes son los padres, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos' (Rom. 9:4-5). A quienes, en efecto, porque les asistió la prudencia en el conocimiento de las cosas; la justicia, por la cual desearan disponer rectamente lo conocido; la fortaleza, por la cual pudieran ejecutar las cosas buenas que quisieran; y la templanza, por la cual realizaran todo con discreción, se les designa apropiadamente con el número cuaternario.

7. Sigue: *Efrateo*. Pero, ¿por qué se dice que es efrateo aquel de quien se afirma que es del monte de Efraín? Esto es evidente en el sentido literal

(*ad litteram*), porque ciertamente alguien pudo ser del monte de Efraín sin haber nacido de la tribu de Efraín. Se le llama, pues, efrateo, para que quien es identificado por su lugar, sea también reconocido por el linaje de su estirpe. Y como efrateo significa "fructífero", esto se atribuye con razón a la persona del Redentor, quien es proclamado en la profecía del profeta: *Será como un árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo* (Sal. 1:3). Pues, apareciendo en la plenitud de los tiempos preestablecida, convirtió las flores de la doctrina celestial en frutos de los elegidos; y a cuantos unió a sí del género humano, los produjo como otros tantos frutos para la eternidad. En este pasaje, mientras se describe la vida del Redentor, se muestra también secretamente la perdición del diablo. Pues él fue del monte de Efraín, y sin embargo no fue efrateo: porque ciertamente cayó del cielo, pero el árbol pésimo no dio buen fruto.

(Vers. 2) *Tenía dos mujeres, el nombre de una era Ana, y el de la segunda, Fenena. Y Fenena tuvo hijos, pero Ana no tenía prole.*

8. ¿Qué se expresa por Fenena, sino la Sinagoga? ¿Y qué se figura por Ana, sino la santa Iglesia? Pues se dice que Fenena tuvo hijos: porque cuando nuestro Redentor apareció en la carne, encontró hijos nacidos en la fe de la Sinagoga por medio de la Ley que había dado y de los profetas que había enviado. Pero Ana no tenía hijos, porque la santa Iglesia, entonces novicia y recién unida a su esposo celestial, todavía no daba a luz por medio de la predicación. De ahí que también se le diga

en el Cantar de los Cantares por la voz del mismo esposo: *Nuestra hermana es pequeña, y no tiene pechos* (Cant. 8:8). O ciertamente, se dice que no tuvo hijos no por una desigualdad de edad, sino por la infecundidad de la esterilidad. ¿Cuál es, pues, la esterilidad de Ana, sino la dureza de Judea? Pues la que no pudo convertir los duros corazones de los judíos a la fe del Redentor fue, en efecto, estéril. Pero debe notarse que Fenena, de quien se dice que dio a luz primero, es nombrada la segunda esposa. La Sinagoga ciertamente engendró primero hijos en la fe, pero fue, sin embargo, menor en dignidad que la santa Iglesia. Por tanto, fue la segunda esposa, no por el tiempo de la unión conyugal, sino por la desigualdad de prerrogativa. Sigue:

(Vers. 3) *Y subía aquel varón de su ciudad en los días señalados, para adorar y sacrificar al Señor Dios de los ejércitos en Silo.*

9. Pues, ¿qué ciudad espiritual del Redentor ha existido, sino la Sagrada Escritura? Esta ciudad, ciertamente, ha conferido a sus ciudadanos tantas defensas como preceptos; les ha provisto de tantas armas como consejos de salvación. Además, ¿qué fue para nuestro Redentor ascender, sino, en la forma de la humanidad, revelar las alturas de su divinidad? Y porque es conocido en la Sagrada Escritura, con razón se dice que asciende desde su ciudad. En verdad, los días establecidos son las promesas acerca de sí mismo, puestas en las Sagradas Escrituras. Son ciertamente días, porque para los elegidos brillan para conocerlo. También son días establecidos, porque no igno-

ramos que fueron puestos por los antiguos Padres en la misma sagrada elocuencia. Pues Moisés prefiguraba el día de su ascensión cuando decía: "El Señor os suscitará un profeta de entre vuestros hijos, como a mí mismo lo oiréis" (Deut. 18:18). También establecía el día quien decía: "No se apartará el cetro de Judá, ni el caudillo de su muslo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectación de las gentes" (Gén. 49:10). Estableciendo el día de esta ascensión, dice Miqueas: "Y tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la más pequeña entre los príncipes de Judá: porque de ti saldrá un caudillo, que regirá a mi pueblo Israel" (Miq. 5:2). De aquí que Isaías diga: "He aquí que una virgen concebirá en su seno, y dará a luz un hijo, y se llamará su nombre Emmanuel" (Is. 7:14). Pues cuantas promesas de la Ley y de los profetas hay acerca de Él, tantos días establecidos para su ascensión contemplamos. Pues ascendía como en días establecidos cuando decía a los judíos: "Escudriñad las Escrituras, en las que creéis tener vida eterna, porque ellas son las que dan testimonio de mí" (Juan 5:39). De aquí que diga de nuevo: "Si creyerais a Moisés, quizá me creeríais también a mí, pues de mí escribió él" (Juan 5:46). Por tanto, ascendió en los días establecidos, porque al aparecer mostró las insignias de las promesas que había puesto en las Sagradas Escrituras. Además, los días establecidos pueden entenderse como los esplendores de los milagros prometidos en su advenimiento. Contemplando estos días establecidos, el profeta Isaías dice: "Decid a los pusilánimes: Confortaos

y no temáis; he aquí que nuestro Dios traerá la venganza de la retribución; Dios mismo vendrá y nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos oirán; entonces saltará el cojo como un ciervo, y se desatará la lengua de los mudos" (Is. 35:4-6). Pero veamos si ascendió en ellos, nosotros que hemos reconocido los días establecidos para la ascensión del Redentor. Pues, preguntado por Juan si debían esperarle a él o a otro, respondió a los discípulos enviados, diciendo: "Id y decid a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los pobres son evangelizados; y bienaventurado el hombre que no se escandalizare en mí" (Lc. 7:19). Por tanto, ascendió en los días establecidos, Él que, para expulsar de los corazones de sus elegidos la tiniebla del antiguo error, irradió con tantos esplendores de milagros prometidos. Pero ascendió para adorar e inmolar, porque para esto quiso ser conocido: para que, muriendo, redimiera a quienes, viviendo, había enseñado. Ciertamente, adoró, porque para ejemplo de los elegidos se presentó a Dios Padre totalmente humilde y abyecto por la obediencia. Pero inmoló, porque quien viviendo nos dio ejemplos de humildad, se entregó a Dios Padre en el altar de la cruz como oblación y hostia, y a quienes enseñó viviendo, redimió muriendo. Pues sabía que ambas cosas nos eran muy necesarias, y por eso no concedió una sin la otra. Pues cuando nació en Belén de Judea, Herodes lo buscó con engaño para matarlo (Mt. 2:13); pero si el Redentor hubiera muerto entonces, cierta-

mente habría inmolado, pero no adorado: porque muriendo se habría convertido en víctima, pero de ninguna manera habría enseñado viviendo a aquellos a quienes debía liberar con la muerte. Y si, enseñándonos viviendo, hubiera despreciado morir, ciertamente habría adorado y no inmolado. Por tanto, para adorar, huyó a Egipto del rey que lo perseguía, y para inmolar, reprochó a Pedro que lo disuadía, diciendo: "Vete detrás de mí, Satanás, porque no sientes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres" (Mt. 16:23). Pues, insinuando que adoraba, dice: "No he venido a hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió" (Juan 6:38). De aquí que también diga: "Hago siempre las cosas que a él le agradan" (Juan 8:29). También, insinuando que se inmolaba, dice: "Por esto me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volver a tomarla: nadie me la quita, sino que yo la pongo por mí mismo. Tengo poder para ponerla, y poder para volver a tomarla" (Juan 10:17-18). Y poco antes: "Yo soy el buen Pastor, que doy mi vida por mis ovejas" (Juan 10:11). Pablo, contemplándolo inmolar, dice: "Se entregó a sí mismo por nosotros como oblación y hostia a Dios en olor de suavidad" (Ef. 5:2). Ascendió, pues, para adorar e inmolar: porque para esto se manifestó con tantos milagros, para instruirnos con palabras y ejemplos, y para que, muriendo, superara nuestra muerte.

Pero ha de notarse que, cuando se dice que el Efrateo sube a inmolar, el Dios omnipotente a quien inmola es llamado Dios de los ejércitos. ¿Por qué se sabe que esto sucede, sino porque por

la muerte del Redentor no solo el pueblo judío, sino todas las gentes fueron redimidas? Pues, ¿qué son las fieles multitudes de las naciones, sino los ejércitos del Dios omnipotente? Ciertamente, el Salmista, exhortando a estos ejércitos a exultar en el triunfo de su rey, dice: "Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con voz de júbilo" (Sal. XLVI). Igualmente, viéndolos congregarse, dijo: "Todas las gentes que hiciste vendrán y se postrarán ante ti, Señor, y glorificarán tu nombre" (Salmo LXXXV, 9). Por tanto, se le llama Señor de los ejércitos, porque ciertamente por la muerte del Señor no solo se congrega la Judea elegida, sino que todas las gentes son conducidas al servicio del Dios omnipotente; las cuales, mientras dirigen fieles escuadrones, robustos con las armas de las virtudes, contra los enemigos ocultos, alcanzan los reinos celestiales por la gloria del triunfo.

También se declara el lugar de la inmolación, pues se dice: "En Silo". Pues Silo se interpreta como "enviado" o "misión". Pues, ¿qué se designa por esta misión, sino el precepto de obediencia impuesto al Unigénito por el sumo Padre? ¿Qué otra cosa significa que se diga que inmola en Silo, sino que no se entregó a la muerte de otra manera que como se lo había mandado el Padre? Ciertamente, no inmolaría en Silo si muriera de otra manera que como lo había preceptuado el Padre. De ahí que también dijera por sí mismo: "Como el Padre me ha mandado, así hago" (Juan XIV, 31). De aquí que Pablo diga: "Hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz" (Filipenses

II, 8). En Silo, por tanto, adoró e inmoló: porque tanto viviendo como muriendo, hizo la voluntad de su Padre. Sigue:

(Vers. 3) Estaban allí los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, sacerdotes del Señor.

Sobre los cuales se pregunta con razón por qué se les llama sacerdotes del Señor, cuando no mucho más abajo se relata que son hijos de Belial. Pero si esto se pregunta simplemente según la letra acerca de los hijos de Elí, se responde fácilmente: porque en aquel tiempo eran llamados sacerdotes del Señor, cuando los sacerdotes de los ídolos eran designados por los nombres de los dioses falsos. Por tanto, cuando se les llama sacerdotes del Señor, se les distingue por las insignias de la fe de los adoradores de ídolos. Pues con estas palabras se predica su fe, y no su vida: porque practicaban la perversidad en sus obras, pero no erraban en la fe del Creador. Esto, sin embargo, también se atribuye convenientemente a los prelados de Judea en el tiempo de la encarnación divina. Ciertamente, se relata que estos sacerdotes son dos, y esto mismo no se refiere para alabanza de la virtud, sino para reprensión de su astucia. De ahí que el Señor mismo también los amenaza, diciendo: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos!" (Mateo XXIII, 27).

Pero, ¿qué significa que se relate que estaban allí? Pues si Silo, es decir, "misión", significa aquel precepto del sumo Padre, ¿cómo estuvieron allí

los prelados de Judea, quienes no lo veneraron recibiéndolo, a él sobre quien recayó el mandato, sino que lo mataron expulsándolo? Sin embargo, allí estuvieron, porque aunque se ensañaron cruelmente en la muerte del Señor, de aquella crueldad no consiguieron lo que habían determinado con su saña, sino que cumplían el designio del Padre eterno en la muerte de su Unigénito. Pues su plan fue entregarlo a la muerte por esta razón, para que el pueblo no pudiera creer en él; pero aquel que tuvo a sus perseguidores como ayudantes en el precepto paterno que se le había encomendado, murió, resucitó, y todo el mundo creyó en él. Pues allí estaban los hijos de Elí, Ofni y Finees, es decir, en la "misión": porque nuestro Redentor, para cumplir la voluntad de su Padre, tuvo a los prelados de los judíos como fautores; aunque ellos mismos no creyeran favorecerle en modo alguno, a quien no habían temido matar. De donde también se sigue:

(Vers. 4) Llegó, pues, el día, y Elcaná inmoló, y dio a Fenena, y a sus hijos e hijas, porciones.

¿Qué día creemos que es este, sino aquel que Isaías estableció con el testimonio de la Sagrada Escritura, diciendo: "Será llevado como oveja al matadero, y como cordero mudo delante del que lo trasquila, y no abrirá su boca" (Is. 53:7)? Pues llegó el día en que la claridad del oráculo prometido manifestó el tiempo de la pasión del Señor. Entonces sacrificó Elcaná, porque nuestro Redentor se ofreció a sí mismo al Padre eterno en el sacrificio de nuestra absolución por la muerte de cruz. Entonces dio porciones a Peninná y a sus

hijos e hijas, porque sin duda llevó de vuelta a las alegrías del paraíso a los elegidos de Judea, a quienes encontró en los infiernos. Pues sus porciones son los dones de las alegrías perennes. De donde también el Salmista, eligiendo la condición de su suerte, dice: "Sea mi porción, Señor, en la tierra de los vivientes" (Sal. 141:6). Con razón, pues, se nombra por separado a Peniná y por separado a sus hijos e hijas al recibir sus porciones. Pues Peniná significa a los doctores de Judea, sus hijos a sus oyentes más fuertes, y sus hijas a los más débiles, designando a sus súbditos. Por tanto, se menciona por separado a la madre, a los hijos y a las hijas, porque debido a los méritos dispares de los antiguos elegidos, sus premios no fueron iguales. Sigue:

Pero a Ana le dio una porción, triste, porque amaba a Ana.

¿Qué significa que, cuando dio porciones a Peniná, y a sus hijos, y a sus hijas, no estuvo triste en absoluto; pero cuando dio una porción a Ana, se dice que estuvo triste? Pero, ¿qué es la única porción de Ana, sino la aflicción temporal de la santa Iglesia? Pues esta porción le daba cuando decía: "En verdad, en verdad os digo que vosotros lloraréis y os lamentaréis, mientras que el mundo se alegrará; vosotros estaréis tristes" (Jn 16:20). Esta porción le daba cuando encomendó a Pablo a Ananías, diciendo: "Ve, porque este es para mí un instrumento elegido para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel; pues yo le mostraré cuánto debe padecer por mi nombre" (Hch 9:15-16). De ahí que, al recibirla, el mismo

doctor de los gentiles se gloría, diciendo: "Completo en mi carne lo que falta a las pasiones de Cristo" (Col 1:24). De aquí dice de nuevo: "Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús" (Gál 6:17). De aquí dice: "Mas lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo" (ibíd., 14). Pues había recibido la única porción del esposo, quien disponía gloriarse solamente en la cruz. Cuando, por tanto, Elcaná dio porciones a Peniná, no estuvo triste; porque nuestro Redentor, tras el triunfo de su muerte, ya había devuelto gozoso a los elegidos de la sinagoga a las alegrías del paraíso. Pero a Ana le dio su porción con tristeza, porque no podía no compadecerse de aquella a quien dejaba como esposa de la muerte y heredera de la cruz. De ahí que también, mientras Esteban padecía, abiertos los cielos, se dice que Jesús está de pie (Hch 7:55). Pues su estar de pie es su compadecerse.

Pero lo que se añade, "porque amaba a Ana", puede entenderse convenientemente como la causa de ambas cosas. Pues ya sea que se entienda que por esto estaba triste, porque amaba a Ana, o que por eso le dio una sola porción, no carece de un buen sentido. Porque si no la amara, de ninguna manera querría compadecerse de sus padecimientos. Pues, ¿por qué es sacada de Egipto, sino porque es invitada a la pasión? Pero se le prometen lugares que manan leche y miel. Bien, por tanto, cuando se dice que le da una porción, se dice que la ama: porque, sin duda, nuestro Redentor, aunque confió a la santa Iglesia el tra-

bajo de su cruz, le constituyó en el cielo dones de retribución mucho más excelentes. Exponiendo los incrementos de esta pasión, añade y dice:

Pero el Señor había cerrado su matriz. Su rival también la afligía, y la angustiaba vehementemente, hasta el punto de reprocharle que el Señor había cerrado su matriz.

17. Ciertamente, el Señor cerró el seno de la santa Iglesia, porque por su supremo juicio, ella no pudo engendrar en la fe de nuestro Redentor al pueblo rechazado de los judíos. A la cual, ciertamente, su rival afligió, porque la sinagoga se enfureció contra ella con amenazas y reproches. Pero a aquella a quien ni las amenazas ni las injurias habían quebrantado, también le infligía castigos con tormentos. Así pues, con razón se dice que no solo la afligía, sino que la angustiaba vehementemente: porque la Judea rechazada se movió contra la Iglesia elegida con el terror de las amenazas y la hirió con plagas. De donde también se dice del entonces perseguidor Saulo, en los Hechos de los Apóstoles: "Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para Damasco, para que, si encontraba a algunos hombres de este camino, los llevara atados a Jerusalén" (Hch. IX, 1 y 2). Pues el que respiraba amenazas y muerte, ciertamente, no solo afligía, sino que también angustiaba a la Iglesia, a la que no emulaba rectamente. Pues confiesa haber sido su émulo, diciendo: "Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la Iglesia

de Dios y la asolaba; y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres" (Gál. I, 13, 14). Y porque Judea cayó en tan gran abismo de condenación que se alegra de aquello por lo que es arrojada por la eterna censura de Dios, se añade: "Hasta el punto de reprocharle que el Señor hubiera cerrado su seno". Pues todavía tenía por gran cosa el que no prevalecería para convertirse a la fe. Como si, por tanto, el profeta, admirando la magnitud de su ceguera, dijera: Está oprimida por tan grande oscuridad de error, que por ello insulta a los buenos, porque ella misma ya no puede hacerse buena. Porque la santa Iglesia se condolió de ella, que ciertamente perecía, sigue:

(Vers. 7) Mas Ana lloraba

18. Pues también expresó los lamentos de su dolor, diciendo. "Tengo una gran tristeza y un continuo dolor en mi corazón. Pues desearía yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por mis hermanos, los que son mis parientes según la carne" (Rom. IX, 2, 3). Y porque no recibió gozo de la conversión de ellos, se añade:

(Vers. 7) Y no comía.

En efecto, tomaría alimento si hubiera tenido el refrigerio de la alegría por la conversión íntegra de Judea. La que lloró, por tanto, no tomó alimento, porque la que se dolió por la Judea pereciente, no recibió gozo por su salvación. Pero el alimento de la alegría, que no se da a la santa Iglesia por la conversión de los judíos, se le ofrece por la exhortación de su esposo. Pues las palabras de su

predicación, aunque no las reciban los oyentes réprobos, no carecen, sin embargo, del galardón de la retribución. Porque Dios omnipotente remunera también aquello que se gasta en los réprobos sin su provecho; y lo que infligen de adversidad a los predicadores elegidos, Él lo sopesa para ellos como ganancia de retribución en la balanza de un justo examen. De donde aptamente se añade a continuación:

(Vers. 8) Le dijo, pues, Elcaná su marido: "Ana, ¿por qué lloras? ¿Y por qué no comes? ¿Y por qué se aflige tu corazón? ¿No te soy yo mejor que diez hijos?"

19. Como si, por tanto, el Redentor dijera a la mente del doctor, por el consuelo de la inspiración interna: En vano te quejas de la ganancia perdida de la predicación, tú que recibes un fruto tanto más abundante cuanto más extiendes el afecto de la caridad incluso a los enemigos. Por tanto, te dueles de aquello de lo que deberías haberte alegrado. Y porque Él mismo es el premio de los elegidos, pregunta diciendo: "¿No te soy yo mejor que diez hijos?" Pues Ana habría dado a luz diez hijos si la Iglesia primitiva hubiera engendrado en la fe al pueblo de los judíos, puesto bajo el decálogo de la Ley. Y porque algunos, al predicar, benefician a otros, mientras que en muchas cosas desagradan al Creador, se demuestra con razón que su marido es mejor para Ana que diez hijos. Además, por el hecho de que se pregunte por qué llora, puede designarse la perdición de la misma Judea. Como si dijera: Se la llora inútilmente, a aquella a quien de ningún modo se

le concede indulgencia por la oración de los justos. Cuando, por tanto, pregunta a continuación: "¿Por qué no comes?", ciertamente se le insinúa el gozo por la conversión de la gentilidad. Como si dijera, pues: Puesto que debes dar a luz al mundo entero, en vano no te alegras de que aquella que ha sido rechazada no abandone las tinieblas del error.

Sigue:

(Versículos 9 y 10.) Se levantó, pues, Ana, después de haber comido y bebido en Silo, mientras el sacerdote Elí estaba sentado en su silla, ante los postes del templo del Señor. Y con amargura de alma, oró al Señor, llorando abundantemente.

Pues, ¿qué fue entonces para la santa Iglesia comer, sino recibir el alimento del consuelo por la exhortación divina? Y ¿qué fue para ella beber, sino gozar de la dulzura de la consolación interna infundida en ella? Porque si el alimento conforta, la bebida alegra; por tanto, tomamos alimento cuando, vistas las recompensas eternas, nos fortalecemos en medio de las adversidades. Y, por así decirlo, bebemos después del alimento: porque donde la mente del elegido se fortalece en el pensamiento de los bienes eternos, tanto más copiosamente se goza en medio de las grandes adversidades que soporta, cuanto mayores ve las retribuciones guardadas en el cielo por sus grandes trabajos. En efecto, vuelta audaz entonces por el refrigerio celestial, renueva sus fuerzas, para despreciar con tanto más vigor las cosas terrenas, cuanto más la exalta el amor de las celestiales. Con razón, pues, se recuerda que Ana se levantó

después de haber comido y bebido. Pues se levantó porque reformó su espíritu para la urgencia de la predicación.

Y porque el pueblo judío aún tenía los ritos de los sacrificios, y aún el honor del magisterio legal y la sublimidad de la dignidad pontificia, se dice que el sacerdote Elí estaba sentado en su silla. Sin embargo, como este magisterio de la Ley no podía ejercerlo espiritualmente, sino carnalmente, no se sentaba dentro del templo, sino ante los postes del templo. Pues, ¿qué es el templo del Señor, sino la inteligencia espiritual de las Sagradas Escrituras? Los postes del templo, en cambio, son la Ley y la Profecía. De ahí que también en el monte el Señor apareció transfigurado en medio de Moisés y Elías (Mt. 17:3; Lc. 9:30): porque entonces se contempla el esplendor de su divinidad, cuando sus sacramentos no se buscan en la letra que mata (2 Pe 1), sino en el significado espiritual de la Ley y la profecía. Elí, por tanto, se sentaba ante los postes del templo, es decir, fuera, porque los doctores de la sinagoga habían sido expulsados de la inteligencia espiritual de las Escrituras y, sin embargo, en la subversión del pueblo sometido, tenían la autoridad del magisterio y la dignidad de la prelatura. Pero se escribe que Ana lloró con amargura de alma.

Y puesto que hemos referido la bebida de Ana a la alegría de la santa Iglesia, que se muestra gozosa, ¿cómo se narra que lloró con amargura de alma? Pero puede entenderse razonablemente que la contemplación de la recompensa celestial la había elevado a la alegría, y la compasión por

la Judea rechazada la conmovió, afectándola con amargura de alma. En efecto, atrapada en los torbellinos de una gran persecución, reveladas a ella las recompensas celestiales, exultó; pero cayó en la amargura porque vio perecer al pueblo antes elegido. De ahí que también se la describe orando y llorando abundantemente, para que por el don de tan gran afecto, pudiera impetrar del Señor la salvación de su pueblo. Todo esto también puede entenderse de otra manera. Pues comió en Silo, es decir, en el ministerio al que fue enviada; porque aunque no pudo ganar a todo el pueblo de los judíos, sin embargo, convirtió a muchos de ellos a la fe del Redentor predicando. De ahí que, predicando Pedro, un día creyeron cinco mil hombres (Hch. 4:4), y otro, tres mil (Hch. 2:4). Y porque lo que bebemos, lo podemos tragar más fácilmente que lo que comemos: Ana comió y bebió, porque predicando convirtió a unos con dificultad, pero a otros con facilidad. Pues en la mencionada predicación de Pedro, varios miles creyeron en un momento, pero Pablo no creyó hasta después de haberse opuesto vehementemente a los mismos predicadores con amenazas y matanzas. Pero después de que Ana comió y bebió en Silo, se levantó: porque al apartar de Judea a los que estaban predestinados a la vida eterna, se preparó para la predicación a los gentiles. Pero qué clase de hijo deseaba engendrar se muestra por lo que se añade:

(Versículo 15.) "E hizo un voto, diciendo: ¡Oh Señor de los ejércitos!, si te dignas mirar la aflicción de tu sierva, y te acuerdas de mí, y no te

olvidas de tu sierva, y le das a tu sierva un hijo varón, yo lo entregaré al Señor todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza."

¿Qué es lo que Ana pide al Señor un hijo de sexo viril, sino que desea que aquellos a quienes la santa Iglesia anhela engendrar mediante la predicación sean fuertes con la perfección evangélica? Ciertamente, en comparación con la perfección evangélica, aquellas obras de la Ley, que parecían fuertes, no fueron fuertes, sino débiles. Pues allí se manda: *Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo* (Levítico 19:18). En el Evangelio, en cambio, el Señor prescribe, diciendo: *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian* (Mateo 5:44). Allí la impureza de la fornicación es apartada del cuerpo, para que la fortaleza de la conducta, como si sobresaliera con un sexo viril, también del corazón se arranque el pensamiento impuro: *Quien mira*, dice, *a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón* (Mateo 5:82). La Sinagoga, por tanto, que por la debilidad de sus preceptos engendró al pueblo judío, no dio a luz al sexo viril, sino más bien al femenino. Así pues, cuando Ana pide que el Señor le dé un hijo de sexo viril, ¿qué otra cosa se ve que anhela, sino engendrar por el Evangelio a hombres tales que parezcan fuertes, tanto en la limpieza exterior del cuerpo como en la caridad interior?

Y porque la orden de los predicadores no busca la gloria humana por la conversión de los gentiles, se añade: *Lo entregaré al Señor todos los días de su vida.* Pues entrega el hijo al Señor quien no

usurpa para su propia alabanza nada de aquel a quien engendra predicando. También lo entrega al Señor todos los días de su vida quien nada atribuye a sus propios méritos de las virtudes en las que el súbdito progresa mejorando. Pues los días de la vida del súbdito elegido son las santas virtudes, que, resplandeciendo, iluminan su alma para que en el camino hacia la patria celestial no se vea oscurecida por la noche de los vicios.

25. Pero el orden perfecto del predicador, mientras desprecia tener favores del lucro de la predicación, no quita los bienes temporales de los súbditos ambicionándolos. De donde también allí se añade bien: Y no subirá navaja sobre su cabeza. Cuando la navaja sube sobre la cabeza, rasura los cabellos. Pues, ¿qué se designa por los cabellos, que sobran al cuerpo, sino la abundante copia de sustancia terrenal? Y, ¿qué se expresa por la navaja, sino la codicia de los malos pastores? Con esta navaja se rasura la cabeza del hijo nacido, cuando los bienes de los súbditos son arrebatados por la codicia de los predicadores. Pues de aquí también se le dice a la Judea delincuente por el profeta: Tus pastores son lobos por la tarde, que no dejan nada para la mañana (Sofonías III, 3). Pues por la tarde los pastores se hacen lobos, porque al oscurecerse y decrecer este mundo en su fin, no temen arrebatar los bienes de los súbditos. Que no dejan nada en la mañana, porque mientras anhelan lo temporal, al alborear el advenimiento del futuro juicio, no se reservan premios que deban dárseles. A quienes sin duda denota Miqueas, diciendo: Los profetas que se-

ducen a mi pueblo, que muerden con sus dientes, y predican paz; y si alguno no les da algo en su boca, santifican guerra contra él (Miqueas III, 5). Los profetas ciertamente seducen al pueblo del Señor, cuando los predicadores réprobos confunden los juicios de sus oyentes. Y mordiendo con sus dientes anuncian paz, porque en el apetito de su rapacidad, mientras suspiran por los dones terrenales de los flagiciosos, les prometen la seguridad de la indulgencia divina. Pero santifican guerra sobre aquellos que no dan algo en su boca, porque con sentencias estrictas aterrorizan aun a los justos, que no les exhiben lo terrenal conforme a su deseo. Quienes sin duda ponen la navaja sobre la cabeza del hijo, mientras con pretexto de caridad predican lo celestial, para quitarles lo terrenal por codicia. Que la santa Iglesia ciertamente no tiene esta navaja como despojo de sus súbditos, el eximio doctor lo muestra en sí mismo, diciendo: No busco la dádiva, sino busco el fruto (Filipenses IV, 17). De aquí también dice: El que anuncia el Evangelio, viva del Evangelio. Pero yo no he usado de esta potestad (I Corintios IX, 14, 15). Porque el que no se cuida de percibir de sus súbditos los alimentos necesarios, muestra claramente con qué sublimidad de desprecio mundano confutaría los lucros torpes y los dones ilícitos. Ana, por tanto, mientras vota que la navaja no subirá sobre la cabeza de su hijo, insinúa abiertamente las costumbres de la santa Iglesia, que engendrando por la palabra da a luz a los elegidos para la vida eterna, 18 pero nunca quita sus bienes temporales por avaricia. Pero porque

esto se dice de Ana cuando aún vota, y no pare, aptamente se añade:

(Vers. 12.) Y aconteció que, mientras ella multiplicaba preces delante del Señor, Elí observaba su boca.

26. ¿Qué fue para la santa Iglesia multiplicar preces delante del Señor por el deseo de parir, sino insistir con asiduas oraciones por la conversión de la Sinagoga? Y, ¿qué fue para el sacerdocio judío observar su boca, sino acechar la predicación de la santa Iglesia? Pues observó su boca, porque estudió vehementemente reprender la recta predicación de la fe. Pero se dice bien que entonces observó su boca, cuando ella multiplicaba preces, porque tanto más astutamente estudió hacerle daño, cuanto mayores reconoció sus deseos en la insistencia de la predicación. Finalmente, no observaría su boca, sino que la atendería, si hubiera querido oír la predicación de nuestra fe para el fruto de su salvación. Sigue:

(Vers. 13.) Por otra parte Ana hablaba en su corazón, y solo se movían sus labios, y su voz no se oía en absoluto.

27. ¿Qué es otra cosa el corazón de la santa Iglesia, sino aquella bienaventuranza devota y erudita de los fieles que está dentro de ella? Pero Ana hablaba en su corazón, porque la predicación de la santa Iglesia solo aprovechó a aquellos que habían de ser ilustrados por la verdadera luz por la divina predestinación. Pero, ¿qué es el movimiento de los labios, sino la promoción de signos en los santos predicadores? Quienes ciertamente, aunque parecían como labios que hablaban por

fuera y estaban en lo más bajo, al dar vista a los ciegos, oído a los sordos, vida a los muertos, exhibían grandes movimientos de méritos. De donde también aquel inmenso labio de la santa Iglesia, aunque al hablar pareciera estar en lo más bajo, porque no solo era humilde en palabra y conversación, sino también sublime en la potestad de los signos, como movimiento suyo, se exaltó hasta el cielo, diciendo: Nuestra conversación está en los cielos (Filipenses III, 20). Por tanto, Elí solo vio movidos los labios de Ana, y no oyó la voz en absoluto, porque el sacerdocio judío se admiró de las obras de los apóstoles, pero por su predicación no fue promovido a la salvación. Por tanto la voz de Ana no se oía, porque aunque por la ostensión de signos la santa Iglesia era admirable, cuando profirió las palabras de predicación, encendió a los extraños al amor del Redentor. Pero, ¿qué siente Elí de ella, a la que no entiende? Sigue:

(Vers. 13.) Por tanto, Elí la estimó embriagada.

28. Esto ciertamente también lo reconocemos según la historia de los Hechos de los apóstoles, porque en los días de Pentecostés los santos apóstoles fueron creídos ebrios, cuando, recibida la plenitud del Espíritu Santo, hablaban las maravillas de Cristo en toda lengua (Hechos II, 4). Pero espiritualmente la santa Iglesia es creída ebria, a la que Judea no estima asegurar cosas verdaderas, sino predicar cosas heréticas y falsas. Sin embargo, estaba ebria, no por bebida de error, sino por repleción del Espíritu Santo. Porque la ebriedad suele cambiar el corazón, alienar la mente. Pero proseguía con el corazón cambiado, quien

poco antes entrando en las casas, aterrorizando a todos los fieles con amenazas, despedazando con matanzas, ya predicaba que aquel Jesús al que había perseguido era el verdadero Hijo del Dios omnipotente (Hechos IX, 5, 20). De donde también gloriándose de haber perdido la insania del sentido anterior, dice: Yo que antes fui blasfemo, y perseguidor, y contumelioso, pero alcancé misericordia, porque lo hice ignorándolo (I Timoteo I, 13). Testificando que había recibido otro corazón, dice: Mas nosotros tenemos el sentido de Cristo (I Corintios II, 16). De donde también tanto más atentamente predicaba, cuanto en el sentido de Cristo había recibido la fuerza de una mayor dilección. 19 Pero mientras la santa Iglesia amaba ardientemente, mientras predicaba fielmente las cosas que amaba, el sacerdocio de los judíos tuvo sus palabras en carga de impaciencia, no en suavidad de devoción. Por lo cual también sigue:

(Vers. 14.) Y le dijo: ¿Hasta cuándo estarás ebria?

Y porque intentó imponerle silencio, añadió:

(Vers. 14.) Difiere un poco el vino del que estás empapada.

29. Ana diferiría el vino del que estaba empapada, si del fervor de la predicación la santa Iglesia, vencida por las amenazas de los judíos, se hubiese entibiado. Y porque además se esforzaban en sustraerle el sentido de la predicación, se le ordena a Ana digerir un poco el vino. ¿Acaso no ordenó entonces Elí a Ana digerir, cuando los príncipes de los judíos denunciaron a los apóstoles azotados, diciendo que no hablaran más en

el nombre de Jesús? Pero porque no quisieron digerir aquel vino del que estaban empapados, respondiendo dijeron: Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos V, 29). Y otra vez: No podemos no hablar las cosas que hemos visto y oído (Ibíd., IV, 20). Pero porque la santa Iglesia entre las palabras de libertad custodió la virtud de la mansedumbre, sigue:

(Vers. 15.) De ningún modo, señor mío.

30. Pues llamó señor a aquel, a quien exhibió el ministerio de la predicación, pero llamándole señor, niega estar ebria; para someterse a un orden superior por humildad, y contradecir una falsa objeción por la verdad. Pues llamándole señor, le honró; y negando estar ebria, mostró bastante humildemente lo que no era. Pero la objeción de embriaguez contra la santa Iglesia puede entenderse de otro modo. Pues mientras insistía en el ministerio de la predicación evangélica, mientras por el lucro de los creyentes, venía a la gran gloria de los pueblos, los sacerdotes de los judíos no pensaban que ella apeteciera el culmen de los bienes eternos, sino que deseaba la gloria de la sublimidad terrenal. Por tanto, mientras es llamada ebria, con el estado de la mente trastornado, es reprendida por posponer lo celestial y apetecer lo terrenal.

31. Pero ella, que despreció los bienes caducos del siglo, dice: De ningún modo, señor mío. Pues yo soy una mujer sumamente infeliz. Como si dijera: Tú piensas que yo apetezco la felicidad de un mundo caduco, pero yo me veo tanto más infeliz, cuanto más lejos de aquí reconozco los gozos de

mi felicidad. Pero porque allí creo que seré feliz, aquí me juzgo tan sumamente infeliz, en cuanto que no concupisco ninguna gloria. Pues ciertamente la santa Iglesia es llamada mujer por la fecundidad, sumamente infeliz por la fortaleza, porque a la vez iba a parir al mundo por la palabra, y no podría despreciar perfectamente la gloria del mundo, si el amor supremo no la fortaleciera con admirable fortaleza; o fue sumamente infeliz, porque se dolió no poco de la perdición de su pueblo. A la cual ciertamente el sabio Salomón admirando vehementemente, dice: ¿A la mujer fuerte quién la hallará? (Proverbios XXXI, 10). En cuyo lugar también es de notar que no dice mujer infeliz, sino yo soy sumamente. Pues fue sumamente infeliz, a quien ninguna lisonja del siglo le plugo. O ciertamente se asegura a sí misma ser sumamente infeliz, quien recuerda que fue expulsada de los gozos de la vida eterna por el mérito de la primera culpa, a los cuales no prevalece para volver, sino a través de muchas tribulaciones de esta vida. Pues no existiría sumamente infeliz, si hubiera podido volver a los gozos perdidos del paraíso sin tribulación presente. De aquí que Pablo, mostrando la aerumna inevitable de esta suma infelicidad, dice: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios (Hechos XIV, 21). Como si, pues, la santa Iglesia respondiendo al sacerdocio judío que la detracta dijera: Tú me atribuyes un reino en la felicidad del tiempo, pero el mío es aquel al cual no se llega sino desde la aflicción de mucha tribulación, sigue:

(Vers. 15.) No he bebido vino ni nada que pueda embriagar.

32. Pues no bebió vino, porque no pidió lucros temporales del oficio de la predicación. No bebió otra cosa que pueda embriagar, a quien la concupiscencia de la carne no trastornó en el lapso de los vicios. Mas según la sentencia superior no bebió vino, quien no tuvo nada de la pravedad herética en la refección. Bebería de otra cosa que pueda embriagar, si engañada por la elocuencia de la palabra se hubiera ensoberbecido. Pero porque con recta intención enseñó cosas verdaderas, añadiendo, dice:

(Vers. 15.) Sino que he derramado mi alma en la presencia del Señor.

33. Pues derramar el alma en presencia del Señor es predicar la ciencia de la palabra de Dios, concebida en la mente, solo por el amor del Creador. Pues el alma se derrama, cuando el intelecto innato de la palabra de Dios se divulga para la utilidad de los oyentes. Pues cualquiera que por favores humanos, cualquiera que por comodidad terrenal, predica la palabra de Dios, como se atiende a otra cosa en la predicación, en presencia del Señor aquella palabra del alma no se profiere. Por lo cual también asegura el doctor de los gentiles, diciendo: No somos como muchos, que adulteran la palabra de Dios, sino como de sinceridad, sino como de Dios, delante de Dios en Cristo hablamos (II Corintios II, 17). Ana, pues, derramó su alma en presencia del Señor, porque la santa Iglesia, perfecta en el culmen de todas las virtudes, profirió grandes palabras de

elocuencia en la erudición de los fieles, mas de las palabras de vida deseó agradar solo a Dios. Cuyo ministerio de predicación también encomienda, diciendo:

(Vers. 16.) No tengas a tu sierva por una de las hijas de Belial, porque de la multitud de mi dolor y de mi tristeza he hablado hasta el presente.

34. Como si dijera: La que te habla los bienes de la vida eterna, no merece ser despreciada como idólatra. También asegura ser su sierva, para que reconozca por el nombre de su ministerio, que apetece servirle para lucros eternos. Sigue: Porque de la multitud de mi tristeza y dolor he hablado hasta el presente. Como si hablara más abiertamente, y dijera: De aquí reconoce que nada tengo del mal espíritu, porque desde la gran pena de la persecución vengo a hablar, y no abandono la insistencia de la predicación vencida por penas algunas. También puede el dolor de Ana referirse a la afección de la santa Iglesia, su tristeza a la pasión. Ciertamente habló de la multitud de dolor, la que por afecto de compasión profirió la palabra de predicación al perecedero pueblo judío. Lo cual Pablo insinúa, diciendo: Digo la verdad en Cristo Jesús, no miento, dándome testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo, de que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón: deseaba yo mismo ser anatema por Cristo a favor de mis hermanos, que son mis parientes según la carne, que son israelitas (Romanos IX, 1, 2, seq.). Pero el que insinúa que habla de la multitud de dolor, diga si habla de una multitud: De los judíos cinco veces recibí cuarenta azotes,

menos uno, tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado (II Corintios XI, 24). Pero la santa Iglesia tolerando pacientemente las adversidades, manifestando humildemente la virtud de su inocencia y de su verdad, hablando persuadió a algunos sacerdotes de Judea del bien de su predicación. Por lo cual también se añade:

21 (Vers. 17.) Entonces dijo Elí: Ve en paz, concédate el Dios de Israel la petición que le has rogado.

35. Pues primero Elí contradijo a Ana orante con contumelias proferidas, mas después se complació en su devoción hacia él. ¿Qué es esto, sino que el sacerdocio judío, en parte por unos ministros de su oficio resistió a la Iglesia predicante, y en parte por otros consintió a la verdad de nuestra fe por fin conocida? Pues de los que resistían se dice, que denunciaron a los apóstoles azotados, diciendo que no hablaran más en el nombre de Jesús (Hechos V, 40). Pero de los que consentían el mismo Lucas recuerda, diciendo: Una inmensa multitud de sacerdotes obedecía a la fe (Ibíd., VI, 7). Entonces, pues, Elí rogó por el voto de la fecundidad de Ana, cuando aquella inmensa multitud de sacerdotes, obediente a la fe, deseó que se multiplicara el número de los elegidos por la predicación de la santa Iglesia. A la cual ciertamente deseó que fuera en paz, porque deseó que ella consiguiera el fruto de la predicación, sin el dolor de la pasión. Y porque en el voto de ellos la santa Iglesia se complació a sí misma, sigue:

(Vers. 18.) Ojalá halle tu sierva gracia a tus ojos.

Como si dijera: Según el intuito de tu deseo que la gracia de la dispensa divina siga a la obra de mi ministerio. Sigue:

(Vers. 18.) Y la mujer se fue por su camino, y comió, y bebió, y su rostro no se demudó más en forma diversa.

36. La mujer se fue por su camino, porque la santa Iglesia predicó la palabra de fe a las gentes. Lo que también los apóstoles amenazando a los judíos dicen: Puesto que os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí nos volvemos a las gentes (Hechos XIII, 46). La cual bien es llamada entonces mujer, cuando se aleja, porque por la predicación del Redentor iba a exhibir en las gentes el fruto de una gran fecundidad. Pero comió, y bebió, y sin embargo su rostro no se demudó más en forma diversa, porque tuvo grandes lucros de la conversión de las gentes, pero la persecución que había padecido en Judea, también la halló en las gentes. Pero disertando el orden por el que se fue, dice:

(Vers. 19.) Y se levantaron de mañana, y adoraron delante del Señor; y volvieron, y vinieron a su casa, en Ramatá.

37. ¿Pero qué es aquello de que arriba se dice singularmente solo de Ana: La mujer se fue por su camino, mas ahora en plural: Se levantaron de mañana, sino para que se conozca que desciende con su marido? Y porque el varón de la santa Iglesia es el Redentor del género humano, el cual ya había ascendido a los cielos, cuando dejaba a la misma Judea abrumada por la calígine de su incredulidad, ¿cómo de Ana y de su marido Elca-

ná puede entenderse ahora en el tipo de Cristo y de la Iglesia que se levantaran juntos de mañana, y volvieran a la par a su ciudad? Pero porque ya hemos dicho que la ciudad de Ramatá designa a la patria celestial, ¿cómo conviene esto a la santa Iglesia, que tan pronto como cesó de la predicación de los judíos, no ascendió a la patria celestial? Mas porque el Señor resurgiendo de entre los muertos, enviados los doctores en la predicación habla, diciendo: He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20), no es absurdo que se sienta que la santa Iglesia surge y vuelve con él. Porque el que por presencia espiritual nunca abandona a sus elegidos, tanto permanece con los que están, como retrocede con los que se van. Pero hemos dicho que Ramatá designa la patria celestial, mas no hemos dicho que no pueda significar nada más. ¿Qué otra cosa, pues, 22 significa en este lugar, sino el cumplimiento de la profecía en la vocación de las gentes? Pues Ramatá se llama visión consumada, como ya hemos dicho. Mas, ¿qué es la vocación de las gentes ya cumplida, sino la visión consumada de los profetas? Pues afirmaba una visión, pero no consumada, el que pronunciaba sobre el futuro aún lo que había visto, diciendo: Todas las gentes cualesquiera que hiciste vendrán, y adorarán delante de ti, Señor (Salmo LXXXV, 9). De aquí también promete, diciendo: Le adorarán todos los reyes de la tierra, todas las gentes le servirán (Salmo LXXI, 11). Por tanto, la visión consumada rectamente se llama promesa de los profetas, porque sin duda, siendo

Dios el autor, según sus oráculos, en el Redentor del género humano creyeron todas las gentes. Mas se dice que Ana se levanta de mañana con su marido, porque la santa Iglesia en el exorto de la luz interna pasó a las gentes con la palabra de predicación. O se levanta de mañana, porque abandonó a Judea en la noche de la infidelidad. También se levanta de mañana, porque halló próspero camino en la conversión de las gentes. Y adoró delante del Señor, porque en la repulsión de la Sinagoga veneró el incomprensible juicio de Dios omnipotente. Pues adoró, y se retiró, porque al retirarse de la predicación de su nación solo por la ordenación de Dios omnipotente, por divino juicio mediante la obediencia siguió lo que no pudo penetrar entendiendo. Mas adorando volvió, porque se propuso cumplir el ministerio de la predicación en la vocación de las gentes, pero buscó el mismo modo de dicha predicación en la suprema contemplación. Pues volver, para los predicadores, es recurrir a la luz de la divina contemplación. De allí ciertamente sacan la luz con la que también luzcan para la veneración de los fieles, y la cual, hablando, infundan en las mentes de sus oyentes. Pues de aquí es que el predicador egregio primero es elevado a los secretos del tercer cielo, y así se muestra que dispone las cosas terrenales, y entrando en los secretos del paraíso él percibe palabras, las cuales no le es lícito al hombre hablar (II Corintios XII, 4), para que pueda discernir y hablar útilmente por fuera. Se recuerda, pues, a Ana que ha vuelto, porque la santa Iglesia, mientras dispuso las cosas terrena-

les, cómo se han de disponer esas mismas cosas terrenales, es instruida en aquella contemplación de Dios a la cual acude a menudo. Y entonces por fin vino a su casa, porque en la devoción de los oyentes pudo colocarse a sí misma, cuando conoció el modo de acercarse a ellos volviendo hacia arriba. Pues la devoción de las gentes construyó la casa de la santa primitiva Iglesia, la cual, mientras se la fundó para sí en ellos, la habitó con la solicitud de la custodia. La cual casa, a saber, habiendo sido puesta, se describe en una visión consumada, porque no pudo ser fundada antes de que llegara el tiempo de su vocación predicho por los profetas. Sigue:

(Vers. 19 y 20.) Conoció, pues, Elcaná a Ana su mujer, y se acordó de ella el Señor. Y aconteció pasado el círculo de los días, Ana concibió y dio a luz un hijo.

38. Elcaná conoció entonces a Ana su mujer, cuando nuestro Redentor miró el tiempo prefijado de llamar a la gentilidad, en el cual mientras infundía la gracia del supremo amor en el seno de la nueva esposa, a saber de la santa Iglesia, generara de ella una nueva prole de fieles. Pues como si aún no la conociera, cuando los predicadores que querían pasar a Asia fueron prohibidos por el Espíritu Santo (Hechos XVI, 6). De aquí es, que al enviar a sus discípulos a la predicación de Judea, la Verdad por sí misma lo prohíbe diciendo: No iréis por el camino de las gentes, ni entraréis en las ciudades de los samaritanos (Mateo X, 5). Pero cuando 23 Elcaná conoció a Ana su mujer, entonces el Señor se acordó de ella, porque la gentilidad

entonces pareció venir a la memoria de Dios, cuando la santa Iglesia, unida al Verbo de Dios por la gracia del amor, es visitada en la salvación. ¿Qué es en este lugar el círculo de los días, sino la manifestación de la voluntad divina mostrada en los innumerables rayos del Espíritu Santo? La cual ciertamente mientras exhibe innumerables claridades de la suprema disposición a las mentes de sus predicadores, suspendidos en la contemplación, sin duda, como muchos días, un círculo de tiempos retiene encerrado. Pues el círculo de los días precede a la concepción de Ana, porque el Verbo de Dios no se infunde a la santa Iglesia para enseñar, antes que los rayos de la suprema disposición sean reconocidos más plenamente por ella. Quien concibiendo dio a luz un hijo, porque aquellos a quienes engendra en la fe del Redentor son robustos en una nueva conversación.

(Vers. 20.) Y llamó su nombre Samuel, puesto que lo había pedido al Señor.

39. Samuel se interpreta, su nombre es Dios. ¿A quién, pues, nos insinúa más convenientemente Samuel, que al orden de los predicadores, el cual es llamado a la fe desde la gentilidad? Porque en efecto es fuerte en la conversación, sublime en la potestad, y mientras en él se ve un signo especial de la gracia divina, las devotas multitudes de oyentes son deducidas a la veneración de su predicación, rectamente su nombre se declara por la apelación. De aquí es que le es dicho a Moisés por el Señor: Te he puesto por dios del Faraón (Éxodo VII, 1). De aquí también prohibiendo en la ley, dice: No detraerás de los dioses (Ibíd., XXII, 28). Y es

de notar que el que es llamado dios por nombre, fue hijo, no hija, porque ciertamente la dignidad pastoral, cuando es deprimida por una conversación enferma, no se adorna con el esplendor de tan excelso nombre. Porque, pues, el orden de los doctores promovido al ministerio de evangelizar desde la gentilidad no fue desigual por la gracia de los méritos a la dignidad de su excelencia, rectamente se dice ahora: Llamó su nombre Samuel, puesto que lo había pedido al Señor. Y es de notar que en este lugar se dice pedir lo que pidiendo mereció. Con abiertas palabras, pues, se muestra por qué el primogénito de Ana es censado con tan gran nombre. Lo cual es tal como si dijera: Por eso le impuso tan gran nombre, porque el que nace por supremo don fue grande por la gracia de los méritos. Pero para que se muestre con qué afán la madre próvida le fomenta, sigue:

(Vers. 21 y 22.) Subió, pues, su marido Elcaná, y toda su casa, para inocular la hostia solemne, y su voto; y Ana no subió. Pues le dijo a su marido: No iré, hasta que se destete al infante.

40. ¿Cuál es, pues, la inmolación de la hostia solemne, sino aquella oblación de amor de la santa Iglesia, por la cual se une al creador en la contemplación eterna? Mas a esta Elcaná ascendió entonces, cuando nuestro Redentor ya triunfando de la muerte, ya superando las tinieblas de nuestra posibilidad, sublimó a lo celestial la carne que asumió para nuestra salvación. Con el cual también toda su casa ascendió, porque a los primeros elegidos de la Sinagoga los exaltó a la altura de la inmortalidad. Entonces inmoló la

hostia solemne, cuando se exhibió a sí mismo al Padre eterno por la materia de la carne glorificada en el cielo, y alegró a la naturaleza de los ángeles, así como de nuestra redención, así también de su propia reparación. A esta hostia solemne Ana es invitada, porque la santa Iglesia por la exhortación espiritual del supremo esposo es encendida a la eterna contemplación de la divina claridad por los diarios deseos del amor. La cual, sin embargo, se abstiene de su ascenso, 24 para lactar a su hijo, porque para aprovechar aquí a los párvulos de Cristo, sostiene pacientemente la dilación de su gloria. ¿Acaso no había sido invitada a la inmolación de esta solemne hostia aquella madre que decía: Deseo ser disuelta y estar con Cristo (Filipenses I, 23)? Pero la que por los deseos del amor es atraída a la especie del esposo, ¿acaso amará lactar al hijo, diga: Pero permanecer en la carne me es necesario por vosotros (Ibíd., 24)? Con el cual alimento también insinúa que alimentó a los corintios, diciendo: Os di a beber leche, y no manjar (I Corintios III, 2). Ciertamente lactar a los párvulos de la santa Iglesia es para los pastores nutrir los corazones de los oyentes enfermos o simples con el pábulo de la Escritura más llana. A los cuales ciertamente el mismo doctor egregio dice: No me juzgué saber cosa alguna entre vosotros, sino a Cristo, y este crucificado (I Corintios II, 2).

41. Pero los infantes son destetados, cuando los párvulos de la santa Iglesia reciben incrementos tanto de erudición espiritual como de buena conversación, y ya no requieren las cosas más lla-

nas del sagrado elocuencia, sino sus altos sacramentos. Y el infante destetado es llevado para que aparezca ante el acatamiento del Señor, cuando por la exhortación de los predicadores cualquier súbdito que aproveche bien es adornado con buenas obras. Pues el que a esto es llevado para que aparezca, no solo es llevado para que vea, sino también para que sea visto. Pues porque en el fin muchos han de oír del Señor: No os conozco (Mateo XXV, 12), se dice que Samuel aparece en el acatamiento del Señor, porque el súbdito elegido, y humilde, mientras desprecia perfectamente los bienes presentes, al advenir el extremo juez no es reprobado de ninguna manera. Pero aquellos a quienes el siglo retiene clavados en su amor, no aparecen en el acatamiento del Señor. Pues los que en el honor de las cosas transeúntes apetecen ser vistos más elevados, esto ciertamente lo hacen ensoberbeciéndose, para nunca ser vistos honorables por aquel único por quien deben ser vistos. De donde también el rey elegido, y puesto en la cumbre de las cosas, para no ser engañado en la flor del siglo, implora diciendo: No me arrojes, Señor, de tu presencia (Salmo L, 13). Ana, pues, también promete destetar al hijo, y llevarle para que aparezca ante el acatamiento del Señor, porque la santa Iglesia enseña a los súbditos elegidos a los que erudita a despreciar perfectamente los bienes presentes, y a hacer obras buenas, y a apresurarse a los bienes eternos por la humildad. Y es de notar que se afirma que he es llevado desde el lugar del destete, el que se dice que debe aparecer en el acatamiento

del Señor, porque a saber, no poco importa del viaje espiritual, cuando desde lo que del celestial magisterio aprendemos tendemos al uso de la perfecta operación. Pero porque nunca se ha de cesar del estudio de la misma buena obra, sigue:

(Vers. 22.) Y aparezca allí perpetuamente.

42. Pues perpetuamente aparecemos allí de donde nunca nos apartamos. Así pues, aparecer perpetuamente en el acatamiento del Señor es no oscurecer el decoro de la buena conversación con ningunas tinieblas de vida, porque el que no fluye hacia cosas ilícitas, nunca sale del secreto de la intuición divina; y puesto como en la luz la divina bondad lo mira, porque a aquellas tinieblas de los pecados que condenó por la elección de su examen no atiende. Hasta que, por tanto, sea destetado el infante, Ana denuncia que no ascenderá para inocular la hostia solemne, porque la santa Iglesia se propone custodiar a sus hijos tanto tiempo, hasta que pueda hacerse segura acerca de su perfección, de que ellos mismos no se aparten más de la bondad aceptada. Mas el ascenso de la hostia solemne puede referirse a la altura de la santa predicación. Pues del ascenso de su marido está escrito por el Profeta: Ascendió sobre los querubines, y voló sobre las alas de los vientos (Salmo XVII, 11). Sobre los querubines ciertamente el Señor 25 ascendió, porque ascendió en las sublimes mentes de sus predicadores, y pone la altura de su ciencia. Y vuela sobre las alas de los vientos, porque ante los ojos espirituales de ellos se eleva en la altura de la admirable inteligencia por los soplos del Espíritu Santo. Y pone las tinie-

blas por su escondite (Ibíd., 12), porque esconde la sublimidad de su majestad a los réprobos. Mas en derredor suyo su tabernáculo (Ibíd.), porque a los que eleva por dones sublimes, les manifiesta la gloria de su Majestad.

43. Y bien cuando se afirma el ascenso de Elcaná, se asevera que toda su casa ascendió, porque a aquellos en cuyas mentes emine en la altura de su contemplación los tiene como domésticos y familiares. Mas, ¿cuál es de Elcaná, esto es de nuestro Redentor hostia solemne, sino en los corazones de sus santos el inefable amor de aquella erudición interna? Pues cada uno de ellos se complace inefablemente en sí mismo de esto, de que la sublime grandeza ostentada del Redentor le enseñe a sí mismo tan sublimemente. Ana, pues, niega ascender con su marido, hasta que lacte al hijo, porque la santa Iglesia por tanto tiempo evitó tocar cosas altas predicando, por cuanto conoció que sus rudos oyentes como párvulos no podían captar de ninguna manera las cosas altas. De aquí en efecto que en los mismos primordios de la santa Iglesia se hizo que, como al hijo aún párvulo de Ana, por los escritos de tres evangelistas, a saber Mateo, Lucas y Marcos, se le diera a beber leche, los cuales escribiendo la historia de la humanidad del Señor, trataron pocas cosas de su divinidad; pero como el pueblo párvulo de la Iglesia crecía, y aprovechaba hacia la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Efesios IV, 13), a quien la bebida de leche no le había bastado, requería ser apacentado con alimento sólido. Así pues, la madre Iglesia fue compelida a ascender,

para que ella misma también se hiciera querubín, y se acercara al Redentor que volaba sobre ella, asumiera alas, lo tuviera caminando sobre ellas en la altura de los sacramentos, y de su Majestad tomara lo que diera como alimento al hijo único que lo pedía. De donde se hizo que, rogado por los hermanos el evangelista Juan, superando no solo las cosas humanas sino también las angélicas, trascendiera todas las cosas creadas, y al unigénito que mereció ver en el seno del Padre lo predicara, diciendo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Entonces, pues, Ana ascendió, cuando la santa Iglesia se exaltó en la excelsitud de la divina predicación tan sublimemente. Entonces también inmoló la hostia solemne, porque sobre la cognición de la divinidad encendió en los corazones de sus oyentes una llama de admirable devoción. Pues la hostia solemne fue, del incomparable elocuencia, una singular oblación de devoción. Entonces introdujo al hijo en el acatamiento del Señor, cuando intimó en los corazones de sus oyentes la perfecta cognición de la suma divinidad. La cual ciertamente de la cognición de Dios, porque no solo ha de ser tenida por la fe, sino por la confesión, y lo que creemos, y confesamos, ni se nos permite ignorarlo más, ni callarlo, el niño destetado, que es llevado a la casa del Señor, se declara que permanece perpetuamente en el acatamiento del Señor. Sigue:

(Vers. 23.) Y le dijo Elcaná su marido: Haz lo que a ti bien te parece; quédate, hasta que lo destetes.

44. ¿Qué es que el consejo de Ana se robustece por la autoridad de su marido, sino porque el propósito de la santa Iglesia no se presume de juicio humano, sino de divino? Pues cualquier cosa que la santa Iglesia quiso disponer en las naciones sujetas a ella, entonces por fin lo tuvo por rato, cuando reconoció del juicio de la verdad interna qué había de disponerse. Y porque tenemos abogado 26 ante el Padre (I Juan II, 1), el cual intercede por nosotros, añade, y dice:

(Vers. 23.) Y ruego que el Señor cumpla su palabra.

45. ¿Qué es la palabra, que se asevera que ha de ser cumplida, sino la predestinada conversión de la gentilidad? Y porque por su sangre somos reconciliados con Dios, él mismo ruega por cumplir la palabra, por cuya obtención se perfecciona nuestra salvación. También rogar para él es exhibirse a sí mismo continuamente en la humanidad asumida por nuestra salvación al Padre eterno; lo cual mientras no cesa de ofrecerse así, hace el acceso a la vida para nuestra recepción. Mas porque perfeccionó el consejo de su disposición inquiriéndolo, aptamente se añade: Quedóse, pues, la mujer, y lactó a su hijo hasta que lo apartó de la leche. Luego sigue:

(Vers. 24.) Y lo llevó, después que lo había destetado, con tres becerros, y tres modios de harina, y un ánfora de vino; y lo llevó a la casa del Señor en Silo.

46. Pues, ¿qué se significa por el becerro en este lugar, sino el propósito de imitar la vida de los perfectos? Pero es becerro cuando nace en el

corazón del que aprovecha, mas buey cuando por la robustez de la virtud es llevado al afecto de una gran conversación. En cuyo lugar es de inquirir mucho por qué no un becerro, sino tres se asevera que son llevados al tabernáculo. Pero el infante se muestra traído en tres becerros, para insinuar la forma de los que son instruidos para el ministerio de la predicación. Pues el doctor perfecto vigila tanto para convertir a los pecadores, como para custodiar a los justos. Pues como colono del sumo padre de familia injiere a ambos bueyes a los arados, para no solo vigilar a los que están en pie para que no caigan, sino también para poder erigir a los caídos para que subsistan. Pero el que tiene dos bueyes en la solicitud de los súbditos, para poder ser perfecto, junte un tercer buey en la divina contemplación, para que tanto abra los corazones del prójimo con yugo íntegro, hablando, como arando, como a sí mismo por la singular fortaleza del amor se extienda siempre a la visión de su creador. Samuel, pues, es llevado en tres becerros a la casa del Señor, cuando cualquiera que aprovecha bien se propone que, del trabajo de la predicación, pueda aprovechar a los prójimos, y del secreto de la quietud adherirse a la íntima visión del creador. Y porque el ánimo del imperito nunca podrá exhibir bien esto, también es ofrecido en tres modios de harina. Pues de la harina cuando se hacen panes, se perfecciona la preparación de la refección. Pero que no sea ofrecido en panes, sino en modios de harina, se muestra que la buena devoción propone doctrina, no exhibir la comodidad de la doctrina misma. El modio de

harina, pues, significa la preparación de la santa predicación. Pero el infante es llevado en tres modios de harina, porque mientras nos proponemos predicar, preparamos la palabra de la ciencia a los pecadores para su conversión, a los justos para el estado de perseverancia, y a nosotros para la suprema contemplación; o ciertamente un modio es, como dijimos, para la conversión del pecador, otro para la disciplina del casado, pero el tercero para la excelente pureza del continente. Y se dicen modios ciertamente por la medida de la discreción. De donde también el bienaventurado Pablo asevera, diciendo: No saber más de lo que conviene saber, sino saber para la sobriedad (Romanos XII, 3).

47. Lo cual ciertamente, por cuanto el orden de los predicadores elegido de entre los gentiles, no tuvo por levedad de vanidad, sino por virtud de buena intención, sigue: Y un ánfora de vino. Mas la virtud de la buena intención es la caridad de Dios, que es difundida en los corazones de los elegidos, por el don del Espíritu Santo. El cual don de la caridad sin duda se figura rectamente con la apelación de vino, 27 porque ocupa la mente, y la enajena de los afectos terrenales, para que no tenga intención hacia el siglo, la cual inflama a apetecer solo lo celestial. Pero, para que se designe, no la perfección, sino el inicio también de esta virtud, se muestra que fue un ánfora de vino, y no una copa. Pues en el ánfora guardamos lo que alguna vez daremos a beber por medio de una copa. Pues de aquí es que el que había gustado la perfección de la suprema caridad, confesaba

a Dios omnipotente diciendo: Ungiste mi cabeza con óleo, y mi copa que me embriaga, ¡cuán preclara es! (Salmo XXII, 5). En un ánfora de vino, pues, se muestra ofrecido Samuel, porque todo elegido, cuando es preparado para el ministerio de la predicación evangélica, propone el bien de la predicación misma, no por la vana ambición de este siglo, sino para impenderlo solo por la caridad. En los becerros, pues, es llevado para el propósito de la fortaleza, en los modios de harina para la doctrina de la palabra, en el ánfora de vino para la intención de la caridad.

48. Cuáles ciertamente inicios de virtudes, enseña dónde han de ser perfeccionados, cuando subraya: Y le llevó a la casa del Señor en Silo. Se entiende rectamente por la casa del Señor a la santa Iglesia, la cual en verdad se asevera que está situada en Silo. Mas Silo es el lugar en el cual se afirma que permaneció el arca de Dios. ¿Qué otra cosa, pues, significa Silo en ese lugar que la tradición de la antigua ley? Pues como que contiene el arca de Dios, mientras exhibe por fuera la letra carnal, la cual tiene encerrada la ciencia espiritual en sus secretos. ¿Qué es, pues, que la casa del Señor se asevera estar situada en Silo, sino que la santa Iglesia se conoce como fundada en el sacramento de las Escrituras como en un lugar? Allí se asevera que es llevado Samuel, allí ofrecido, porque fuera de la santa Iglesia no hay lugar donde los méritos de las virtudes crezcan, y lleguen a la cumbre de la perfección. Pero cuando él mismo, que es llevado, se asevera, la causa

también de su dilación es recordada, cuando se subraya:

(Vers. 24.) Pero el niño era aún infante.

Pues si entonces no fuese infante, mientras pudiese acercarse por sí mismo, no convendría ser llevado allí por otro. Sigue:

(Vers. 25.) E inmolaron un becerro, y ofrecieron el niño a Elí.

49. Más arriba de sola Ana se decía: Y lo llevó consigo, después que le había destetado. Mas ahora de Elcaná a la par, y de Ana se subraya: E inmolaron un becerro, y ofrecieron el niño a Elí. Entonces fue inmolado el becerro, cuando fue llevado Samuel, y ofrecido. Si, pues, Elcaná estaba allí entonces, tanto cuando era llevado, como cuando era ofrecido, ¿por qué no se dijo, lo llevaron consigo, como se dijo, inmolaron, y ofrecieron? Pero porque estas cosas las hemos referido a la Iglesia y a Cristo, a ella le pertenece lactar, a ella llevar, ofrecer e inmolar a sí mismo y a Cristo. Ella en efecto insta en la palabra de la predicación, mas a quienes insinúa doctrina de ninguna manera les subministra la virtud de la operación a cumplir. Pues ella exhibe hablando la letra de la Escritura, pero el bien mismo no puede darlo a los que lo piden, sino con el esposo. Se inmola, pues, el becerro cuando la gracia divina se infunde en el corazón del que pide bien, para que los bienes que delibera destinando los impenda alegremente con el afán de la buena obra. Pues entonces se inmola el becerro, porque la víctima del propósito de la buena obra de Dios omnipotente es recibida con la oblación de la mente devota, si eso que la

mente le exhibe votando, todo le es sacrificado a Dios por la alegría. Sobre esta inmolación del becerro dice el Señor en el Evangelio: Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más 28 vuestro Padre celestial dará el buen Espíritu a los que le piden? (Mateo VII, 11; Lucas XI, 13). De aquí que Pablo diga: Quien siembra en bendiciones, de bendiciones también segará, cada uno conforme se lo propuso en su corazón, no con tristeza, o por necesidad, pues Dios ama al dador alegre (II Corintios IX, 6, 7). Pues, ¿qué es destinar en el corazón, sino proponer por deliberación? Mientras, pues, dijo destinó, como que aseveró el becerro llevado. Pero mientras añadió, no con tristeza, o por necesidad, porque Dios ama al dador alegre, expuso cómo ha de ser inmolado el becerro llevado. Son llevados, pues, los becerros cuando somos preparados para proponer bien cosas fuertes, pero el becerro es inmolado cuando la deliberación del buen propósito le es impendida a Dios en la oblación de gran devoción. Mas ambos, esto es, marido y mujer, se asevera que han inmolado el becerro, porque la misma alegría se muestra a los fieles súbditos por la voz del predicador, y en sus corazones se propaga la gracia divina. A la par, pues, inmolan el becerro cuando en el corazón del súbdito que aprovecha bien, confluye la predicación divina con la humana. Mas son llevados tres becerros, porque cuando nos proponemos llevar auxilio a los caídos y a los que se mantienen de pie, y prestarnos a nosotros mismos la ayuda de la custodia, mientras atendemos a esto con una

sola buena intención, tres en verdad son respecto a la obra, mas uno en el don de la oblación. Tres en verdad son, porque hacia nosotros, y nuestros próximos con diferente respecto y en diversos tiempos son exhibidos, pero son un solo becerro, porque juntos son propuestos, y con igual devoción de oblación son impendidos a Dios, y en ellos hay una alegría, y no se tiene otra.

50. Sigue: Y ofrecieron el niño a Elí. En Elí no solo se figuran las personas de los antiguos doctores, sino también las doctrinas. ¿Qué es, pues, que el niño Samuel se asevera ofrecido a Elí, sino esto, que abiertamente se conoce, que cualquiera que predicando se esfuerza por aprovechar a otros, no solo debe escribir cosas nuevas, sino también viejas? De donde también el Señor en el Evangelio por parábola dice: Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mateo XIII, 52). Samuel, pues, entonces se ofrece a Elí, cuando la mente del súbdito que aprovecha bien se erudita en la ciencia de la ley y de los profetas, para que en los libros de los antiguos lea la letra que mata, pero también la entienda según el espíritu que vivifica; y así reciba lo que suena por fuera, para que, además del sonido de los elementos, reconozca lo que el espíritu resuena por dentro; y para la fe tenga cosas nuevas, pero, cuantas veces fuere necesario, traiga las Escrituras viejas para confirmación del Nuevo Testamento. Pues entonces ciertamente podrá defender las nuevas, cuando su razón reconoce de las viejas. Abiertamente,

pues, se asevera que Samuel es ofrecido a Elí, porque solo predica suficientemente las nuevas el que no ignora aquella razón por la cual han de entenderse las viejas. Y porque estas mismas Escrituras viejas no las podemos entender sin un preceptor, y el doctor nada aprovecha en nosotros enseñando, si lo que él mismo habla por fuera no se infunde en nuestros corazones por la gracia divina, la madre no ofreció sola al niño, sino con su marido. Mas a aquel al cual entrega el hijo, Ana se le insinuó con la palabra del pregón, diciendo:

(Vers. 26.) Te ruego, señor mío, vive tu alma, yo soy aquella mujer que estuvo delante de ti aquí.

51. Delante de Elí Ana estuvo, porque la santa Iglesia no cayó por ningunas persecuciones de los doctores de la sinagoga. Lo cual es como si la Iglesia gloriándose dijese a los 29 prepósitos de la Sinagoga: Por eso he podido parir el orbe por el Evangelio para Dios, porque sobrellevé invicta las adversidades que me inferisteis. Pues si vencida por las penas me sometiera a la vetustez, de ninguna manera hubiese engendrado al Redentor una nueva prole de tantas naciones. Y porque habla humildemente, rogando le llama Señor. Mas porque apetece que a él se le dé la prenda de la vida eterna en la fe del Redentor, dice: Vive tu alma. Pero la que se glorió de haber estado en pie, grandes cosas profirió de sí misma. Y porque estas mismas grandes cosas las había dicho humildemente, no con soberbia, enseguida las refirió a la alabanza de Dios omnipotente, diciendo:

(Vers. 27.) Oré, y me dio el Señor la petición que le pedí, por lo cual también yo se le he prestado al Señor.

52. La gracia divina, por tanto, atribuye hijos a la santa Iglesia, para que los instruya en la doctrina de la verdad, los adorne con buenas costumbres, una pía custodia vigile sobre ellos, los haga declinar perfectamente del mal, y para preparar para la patria eterna una suficiente abundancia de buenas obras. Estas cosas ciertamente son del ministerio pastoral, pero el predicador elegido desconfía poder cumplirlas con sus propias fuerzas. Porque, pues, ni por su virtud puede a algunos engendrar por el Evangelio, ni custodiar a los que engendra, rectamente por Ana en el tipo de la Iglesia se dice ahora: Oré, y me dio el Señor la petición que le pedí. Por lo cual también yo se le he prestado al Señor, todos los días en que fuere prestado al Señor. Pues para poder engendrar ruega; y para que estos que orando obtiene permanezcan en santa conversación, a los mismos también a Dios omnipotente con preces se los encomienda. Y porque nunca cesa de las mismas preces, todos los días dice que encomienda su hijo a Dios. Pues todos los días al Señor encomendar el hijo es para ella por la salvación de los que engendra en todo el tiempo de esta vida suplicar. Pues los días en que al Señor somos encomendados los tiempos de la vida presente significan. En los cuales días ciertamente de tanto más válidos auxilios de la divina protección estamos necesitados, con cuanto más graves tentaciones de los espíritus malignos somos ata-

cados. Mas porque en muchos códices se lee no encomendado, sino prestado, no está vacío de un buen entendimiento. Pues por la madre Iglesia en esta vida los hijos son prestados. Mas cualquier cosa que prestamos, que se nos devuelva en la fe del que recibe lo esperamos. Mas los días son las claridades de las virtudes espirituales. En los cuales días ciertamente el hijo de Ana es prestado al Señor, porque a él la santa Iglesia le ofrece a los elegidos en la claridad de las virtudes, para que ellos después para aumento de su gozo eterno a sí misma el Dios omnipotente los exhiba en los esplendores de los premios. Y es de notar que todos los días es aseverado encomendado, para que a él de eso que ha de tenerse de la conversación espiritual nada le falte, a quien el predicador elegido en la vida eterna recibir tenebroso por alguna parte no podrá. Sigue:

(Vers. 28.) Y adoraron allí al Señor.

Y nosotros, miembros de la santa Iglesia, cuando por las escrituras del Antiguo Testamento somos sometidos a la veneración, y al precepto del creador, allí ciertamente al Señor adoramos, porque la fe de los antiguos Padres tenemos, y la misma fe por el amor en la buena obra ejercitamos.

CAPÍTULO II.

Estas cosas sobre el principio las hemos proferido por exposición típica; ahora en las palabras de la misma historia busquemos nuestra erudición por la significación moral.

(I Reyes I, 1.) Hubo un varón, dice, de Ramataim de Zofim.

1. Por este un varón, ¿quién más rectamente se designa que todo nuevo despreciador del siglo? Pues se llama varón, porque es fuerte en el propósito; mas uno, porque es singular en el amor; pues es varón, porque por gran virtud desprecia todas las cosas presentes; pero uno, porque codicia gozar de la sola visión de Dios omnipotente. Pues cualquiera que desprecia perfectamente las cosas terrenales, es varón por la fortaleza, pero si no desea ardientemente ver a su creador, no es uno por la intención. La perfección, pues, del varón se pone en el pregón de la unidad, para que quien desprecia potentemente el siglo no divida la mente, anhele solo las cosas supremas, suspire solo por aquellos gozos eternos que son de la visión del creador. Tal ciertamente era el que confesando a Dios dice: ¿Qué me resta en el cielo, y a ti qué he querido sobre la tierra? (Salmo LXXII, 25). De aquí también dice: Tu rostro, Señor, buscaré (Salmo XXVI, 8). Pues el que en la tierra nada quiso, ciertamente fue varón; pero el que ni en el cielo, ni en la tierra quiso algo fuera de él, quien, despreciadas todas las cosas, solo buscó su rostro, no solo fue varón, sino que también fue uno. De esta unidad el Señor en el Evangelio habla a Marta, diciendo: Marta, Marta, estás presurosa y turbada en torno a muchas cosas; pero solo una es necesaria (Lucas X, 41, 42). De aquí Lucas hablando del número perfecto de los creyentes, dice: Tenían un solo corazón y una sola alma (Hechos IV, 32). Pues ciertamente

tenían un corazón, porque por la intención de la razón habían mirado solo al creador; tenían un alma, porque por el afecto del amor deseaban ver sola su faz. De aquí es que el amante Propheta reputa consigo, diciendo: Mi alma tuvo sed de Dios, la fuente viva, ¿cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios? (Salmo XLI, 2). Para obtener esta unidad la Verdad enseñando dice: El que no renunciare a todas las cosas que posee no puede ser mi discípulo (Lucas XIV, 33).

2. Las cuales también son nuestras, porque nosotros los que, renunciando al siglo, hemos buscado el secreto de una vida más remota, somos llamados monjes. Monos ciertamente se dice en griego, mas en latín uno. Con este título de apelación, pues, somos inscritos, para que la voz de nuestro nombre nos insinúe la altura de la dignidad, y nuestro ánimo tanto más ardientemente se erija a la visión del creador, cuanto la sublimidad de la claridad, en la cual debe siempre consistir, la lleva como prelatada en la frente. Pero la sublimidad del amor divino solo en la Iglesia católica a los verdaderos elegidos se impende. Bien, pues, el varón, que se dice uno, de Ramataim de Zofim, se asevera haber sido del monte de Efraín. Pues Ramataim, como ya he dicho, es nombre hebreo, pero en locución latina se dice Visión consumada. Cuya apelación ciertamente conviene a la santa Iglesia, la cual antiguamente fue prevista por los profetas, pero en el fin de los siglos fue dispuesta en la fe del Redentor. Visión consumada, pues, se llama a la santa Iglesia, porque por el Redentor del género

humano fue erigida en la cumbre de la religión, lo cual antes solo había sido previsto por el espíritu de profecía. Mas esta Zofim se describe edificada en el monte Efraín (Arriba, en el inicio de la exposición alegórica), porque por la contemplación de Dios es altísima, y por las virtudes espirituales fecunda. Pues Zofim se dice atalaya, Efraín fructificante. Cuyos vocablos ciertamente insinúan rectamente el sitio de la santa Iglesia, la cual no solo es alta por la intención de la visión, sino por la excelencia de la conversación. Con estos vocablos también la demencia de los herejes, y la esterilidad de los demás réprobos son reprobadas. Aquéllos ciertamente, mientras se desvían de la rectitud de la fe, no tienen la especulación de la sublimidad; pero estos, porque ven las cosas rectas que deben hacer, y siempre disimulan hacerlas, tienen ciertamente atalaya, pero el monte de las virtudes 31 por una vida excelente no lo obtienen. Mas la santa Iglesia porque en Zofim, esto es, en la especulación, es sublime, se gloría, diciendo: Nuestra conversación está en los cielos (Filipenses III, 20). Porque también en el monte de las virtudes por el fruto de la buena obra ha sido constituida, reprobando la deshecha fe de los réprobos, dice: La fe sin obras está muerta (Santiago II, 20, 26). De aquí también predicando dice: Mientras tenemos tiempo, obremos el bien para con todos, pero mayormente para con los domésticos de la fe (Gálatas VI, 10). El varón, pues, que es llamado uno, se recuerda que es del monte de Efraín, porque tanto despreciar las cosas terrenales, como desear las supremas, solo aprovecha a

aquel que por la fe católica se contiene a sí mismo dentro de la santa Iglesia. Sigue:

(Vers. 1.) Y su nombre Elcaná, hijo de Jeroboam, hijo de Eliú, hijo de Tohu, hijo de Zuf.

3. Este nombre también más arriba lo mostramos, que de la lengua hebrea a la nuestra, fervor de Dios, se vertía. Cuyo nombre en verdad del varón conviene bien al orden de la exposición espiritual. Pues el que se dice un varón, es necesario que por el fervor de Dios sea censado. Pues, ¿quién podría o despreciar las cosas temporales, o amar las celestiales sin la divina gracia? Es necesario ciertamente que a este la gracia divina prevenga, en cuanto, encendido por el fuego del Espíritu Santo, cuanto más ardientemente ama las sumas, tanto más fuertemente contemne las ínfimas. Al cual también en el orden de la genealogía se le escriben los nombres de cuatro padres, porque en la fe del Redentor es engendrado por la predicación de aquellos que en el mismo Redentor del género humano por los escritos de cuatro Evangelistas de toda parte del mundo creyeron. Quien también se llama efrateo. Del monte de Efraín y efrateo es el que en tierra fértil no es estéril. Pues muchos dentro de la santa Iglesia se censan con el nombre de la fe, de la cual no producen ningunos frutos de acción. Los cuales sin duda mientras proceden de la Iglesia, como del monte fructífero se sienten ser; pero porque ellos mismos de buenas obras no tienen fruto, no son efrateos. Del monte, pues, de Efraín es, y efrateo no es, el que la fe católica en la Iglesia aprendió, pero obras dignas de la fe no impende.

A los tales ciertamente la verdad en el Evangelio omina, diciendo: Será quitado de vosotros el reino de Dios, y será dado a gente que rinda sus frutos (Mateo XXI, 43). De aquí bajo la especie de la higuera, imperando al colono de la santa Iglesia la repulsión del alma infructuosa, dice: Córtala, ¿para qué ocupa la tierra? (Lucas XIII, 7). De aquí Juan el Bautista conminando, dice: Ya el hacha está puesta a la raíz del árbol. Todo árbol que no da buen fruto es cortado, y echado al fuego (Mateo III, 10; Lucas III, 9). Del monte también de Efraín había mostrado que eran, pero no efrateos, aquellos de quienes la Verdad en el Evangelio por parábola dice: A los malos malamente los perderá, y arrendará su viña a otros labradores, que le rindan el fruto a sus tiempos (Mateo XXI, 41). El varón, pues, del monte de Efraín, se llama efrateo, porque cualquiera de nosotros que dentro de la santa Iglesia tenemos la fe católica, mientras por el ardor del afecto abyectamos las terrenales, amamos las celestiales, conviene tanto que de las terrenales que despreciamos por el trabajo de la buena obra seamos separados, como a aquellas celestiales que diligimos seamos preparados. Estar, pues, en la Iglesia, y obras buenas no hacer, porque al bien de adquirir la eterna salvación no aprovecha, el varón que se asevera del monte de Efraín, también efrateo haber sido se recuerda.

4. De donde también se describe que tuvo dos mujeres, porque a la vida activa por la fecundidad de la buena obra y a la vida contemplativa se une por el amor de la deleitación interna. Por lo cual a Penina se dice que le hubo hijos, mas a

Ana hijos no le hubo. Pues, ¿qué son los hijos de la vida activa, sino los frutos de las buenas obras? 32 Y, ¿qué es que Ana no tiene hijos, sino que la ruda contemplación aquellos gozos de la contemplación interna que ya comenzó a amar no los obtiene pronto? Hijos ciertamente son los gozos de la vida contemplativa de la visión interna. Pero la mente, que comienza a contemplar las cosas eternas, para recibir los gozos de ellas tanto más difícilmente llega, cuanto también la belleza de aquéllos no atiende. ¿Quién, pues, en la gloria de aquella belleza prevalece a gozarse la cual no ve? Mas la mente que en la contemplación de los bienes eternos se eleva nuevamente, a ellos tanto más tardíamente surge, cuanto las familiares tinieblas de su humanidad velozmente no depone, porque mientras rechazar de sí los cuidados mundanos no prevalece, como que lleva polvo en los ojos, por lo cual eso que desea ver no puede. Primero, pues, ha de ser rechazado el polvo del ojo, después el ojo fomentado. El polvo ciertamente se rechaza cuando de la intención de la mente todos los fantasmas de las cosas corpóreas son removidos, y el ojo es fomentado, cuando por el uso de la continua meditación la misma intención de la mente es elevada a las eternas. La cual ciertamente cuando por la diuturna costumbre hubiere aprendido a morar en las supremas, por la misma diuturnidad de la costumbre, obtiene puridad, por la cual mientras más claramente mira las eternas, en la gloria de ellas exultar más plenamente pueda. Ana, pues, se dice no haber tenido hijos, para que no solo

la imperfección de la incipiente se designe, sino también la celsitud de la vida contemplativa. Pues en una gran cumbre de méritos está situada, la cual en el gozo de su fecundidad fácilmente tenerse no se puede. De aquí es en efecto que Jacob desea tener a Raquel por cónyuge (Génesis XXIX, 18, seq.), pero sin embargo primero Lía se le somete, para que por obtener la especie de aquélla el número septenario de años en el servicio del suegro se duplique, porque el amador de la vida contemplativa, desea conseguir esta pronto en la ubertad del gozo eterno, pero sin embargo el Espíritu, dador de todos los dones, pronto no se la atribuye, no sea que la desprecie como vil una vez tenida, si la facilidad se la representa según su voto; sino que tanto más dulcemente la goce, y más solícitamente la custodie, cuanto más difícilmente la merece. Por lo cual también sigue:

(Vers. 3.) Y subía aquel varón en sus días estatuidos, para adorar, e inmolar al Señor de los ejércitos en Silo.

5. En los días estatuidos ciertamente subió, porque en los esplendores de la visión eterna poco a poco aprovecha. Pues, ¿qué son aquellas manifestaciones de la luz interna, sino los días de la mente elegida? y ciertamente días estatuidos son, porque en el provecho de la vida espiritual para los puestos por la ordenación divina son dispuestos; días estatuidos también son, porque en la claridad de ellos no podemos ser admitidos cuando queremos, sino cuando por la dignación divina somos elevados. Pues algunas veces nos recibe en la contemplación de la luz interna,

a veces nos deja caer hasta las tinieblas de la humanidad que se han de sobrellevar. Pues como en días estatuidos nos eleva, en los cuales la amenidad de la luz interna no nos la abre de continuo, sino que la muestra por los tiempos de su disposición. Días nuestros, pues, son, porque en grandes esplendores somos recibidos, cuando la belleza de la gloria interna se nos revela. Mas días estatuidos por eso se nombran, porque que gocemos de la luz íntima, no es de nuestro conato, sino de la divina dignación. Pues a menudo con diuturno silencio, con instantes súplicas, con frecuentes gemidos, flagitamos que nos sea abierta aquella gloria de la luz interna, y en su amenidad ser recibidos no merecemos. A menudo nada de tal por el deseo de ella hacemos, pero de súbito la divina gracia nos previno, del fondo de nuestra enfermedad nos erigió, a las supremas nos arrebató, y a los que no esperábamos la gloria de su luz nos mostró. En días estatuidos, pues, subimos, porque a la contemplación de las celestiales 33 no podemos ser sublimados por nuestro conato, sino por la divina disposición. De ascenso también días son, porque cuando de aquella luz sublime no gozamos, en lo ínfimo estamos; y cuando a la alta visión de aquella somos asumidos, cuán en lo ínfimo habíamos yacido antes de la hora de nuestra asunción, reconocemos. Nos descontentamos entonces de nosotros mismos, en lo que fuimos, pero nos placemos en lo que somos, porque la mente absorbida ya por el amor de las celestiales, mientras se alegra con la luz, de la cual goza, digna de desdén todas las

terrenales con sumo horror. De donde también el bienaventurado Pedro, mientras al monte es asumido, mientras por nube lúcida es obumbrado, mientras se le muestra la gloria del Salvador transfigurado, dice: Señor, bueno es para nosotros estar aquí (Mateo XVII, 4). Pues porque ya por el don de Dios omnipotente ser partícipe de las cosas sublimes merece, el bien incomparable inefablemente allí ama, por cuya belleza todas las que transitan como feas las reprende.

6. Pero, ¿qué es que el mismo varón se dice que sube desde su ciudad? Mas, ¿qué otra cosa es ciudad, sino defensa de los que cohabitan? Mas, ¿cuál es esta ciudad, sino la perfecta custodia de circunspección de un corazón fortificado? Ésta sin duda como que protege a los ciudadanos que cohabitan con altos muros, porque mientras solícitamente vigila para custodiar las virtudes, la paz interna de ellos no la conturba el enemigo astuto. En esta ciudad ciertamente aquel sabio nos preceptuó consistir, quien dice: Con toda custodia guarda tu corazón, porque de él procede la vida (Proverbios IV, 23). De aquí también el Señor a los discípulos preceptuó, diciendo: Pero vosotros sentaos en la ciudad, hasta que seáis investidos de la virtud de lo alto (Lucas XXIV, 49). En la ciudad ciertamente nos sentamos cuando por la cuotidiana solicitud en la defensa de la custodia interna descansamos. En la cual sentados somos investidos de la virtud de lo alto, porque preparados ya para habitáculo del Espíritu Santo por su gracia a la contemplación de la gloria suprema somos sublevados. Así que en

esto que el varón efrateo se dice que sube desde su ciudad, ¿qué otra cosa que la culpa de nuestra negligencia se indica? Pues por la contemplación queremos escudriñar las cosas celestiales, los que no solo del corazón, sino también del cuerpo no tenemos custodia. Y ciertamente a menudo indecentemente miramos, cosas ociosas oímos, cosas superfluas hablamos, sueño, comida no como refacción del cuerpo tenemos, sino para uso de deleitación. Así que cuando discutir las cosas ambiguas queremos, mirar las supremas, abandonar nuestras tinieblas, gustar el sabor de la dulcedumbre interna, de su secreto tanto más dignamente somos repelidos, cuanto más negligentemente disipamos las fortalezas de nuestra fortificación; y ya para nosotros es tanto más difícil subir, cuanto recaídos en nosotros mismos en la altitud de la custodia erigir no cuidamos las fortificaciones del corazón. Suba, pues, el varón desde su ciudad, para que quien por la interna contemplación apetece aprovechar, los sentidos exteriores ordene, la mente rija, y como si recibido en altas fortificaciones espere, donde la iluminación suprema le visite. Pues para el ascenso de los días estatuidos el que ya preparado vigila, se hace digno de la custodia de puridad, para que más a menudo por la dignación divina sea visitado. Mas mientras de dice subir, la causa también de la ascensión es recordada, cuando se subraya: Para adorar, e inmolar al Señor de los ejércitos en Silo.

7. Cualquiera que a la cumbre de la contemplación divina es sublevado, en aquella todas las

cosas, iluminando la luz, mira, tanto lo que le aterre admirablemente, como lo que le deleite inefablemente. Pues aquella suma visión, cuando a la mente elegida se abre, y el inescrutable abismo de los juicios de Dios y la abundancia de su bondad misericordiosamente muestra 34 para que al que ve lo postre con gran pavor, y con ingente gozo lo subleve; y con terror ciertamente es postrado para que el estado de la afección mundana abandone, y es acariciado con gozo para que lo pre-gustar de la bondad del creador incipiente más ardientemente codicie. Entonces ciertamente adora, cuando, considerada aquella inmensidad de la omnipotencia, a tal punto al creador se somete, que contra la espiritual conversación por los impulsos de la carnal concupiscencia no sea levantado. Mas adorando inmola, porque cuanto más humildemente por la divina veneración es postrado, por el blandimiento de aquella suma claridad más suavemente es refocilado. Adorar, pues, para el que sube, es a la divina omnipotencia con gran veneración de casto amor ser sometido; mas inmolar, por la suavidad de la divina luz ser inefablemente deleitado. Pues la mente elegida como que a espiritual inmolación a Dios se consagra, mientras en aquella inefable leticia de su elevación el fuego de la divina caridad más ardientemente la inflama. A Dios, pues, el estudio de cualquier elegido bajo el varón efrateo se muestra, y se dice adorar, e inmolar, porque la mente elegida tanto apetece las supremas mirar, para que en la espiritual visión aprovechando, y todo estado contunda de vida carnal, y la pleni-

tud capte de leticia eterna. Pues aunque a esta altitud de suprema contemplación ningún carnal sea asumido, cuanto sin embargo a aquella espiritual conversación, a la cual por aquel ascenso de contemplación aprovecha, antes de que aproveche, de cierto modo es carnal. Pues esto mismo casi carnal es, por altitud de visión de intención de cosas corpóreas ser separado no poder.

8. Pero, para que la temeridad de la audacia humana se comprima, primero se dice adorar, después inmolar. Ordenado ciertamente es el ascenso del que contempla, si comienza por el temor. Mas el temor mismo, ¿qué otra cosa es sino la preordenada purgación de la mente elegida que transita a especular la gloria divina? Pues tanto más puramente merecía intuir los rayos de la divina luz, cuanto, deyectada por terror más válido, se exhibe más purgada para la visión de la Majestad íntima. Así, pues, la conversación de este efrateo se nos muestra por fuera, para que a los que tienden a la perfección qué se ha de hacer por dentro razonablemente se les demuestre. Así que mientras apetecemos ser rociados de la claridad de la suma gloria, prefijemos la osadía de nuestra presunción en este tránsito del temor, para que cuanto más venerablemente al Señor omnipotente tenemos miedo, tanto más perspicazmente veamos la gloria de su benignidad. La magnitud de cuyo temor también a veces a la mente elegida se le infunde después de la ostensión de la visión letífica. Lo cual ciertamente mientras se hace, no se hace para que a la mente la purifique para la visión de la gloria, sino para que la custodie de la

elación. De donde también Pedro, y Jacobo, y Juan primero vieron la gloria del Señor transformado, después infundido el temor en ellos cayeron, no sea que elados perdiesen lo que humildemente asumidos ver habían merecido (Mateo XVII, 2, seq.). A veces, pues, la adoración precede a la inmolación, a veces la inmolación a la adoración, mas sin duda por la disposición divina, no por nuestro conato. El varón efrateo ciertamente, para que primero adorase, y después inmolase, ascender se describe, porque ciertamente el orden es tan perfecto, que de la veneración, que del pavor de la divina districción nace, a la especulación de la letífica majestad seamos eferados. La divina clemencia, sin embargo, a las mentes elegidas a veces de tal modo con la infusión de su dulcedumbre las exilara, que en la magnitud del temor no las induce. De donde también se subraya:

(Vers. 4.) Vino, pues, el día, e inmoló Elcaná.

9. ¿Qué es lo que dice: Vino el día, e inmoló; y no dijo: Adoró, e inmoló, sino 35 porque, como más arriba dije, de tal modo a menudo por la dignación divina a ver la gloria de la divina claridad somos extollidos, que por ninguna consideración inmiscuida de juicios seamos entonces turbados. Y aunque sin gran veneración al Dios omnipotente la electa alma nunca asista, sin embargo como que inmola, y no adora, mientras de tal modo de aquella felicidad del sumo gozo goza, que por ninguna deyeción de temor es sacudida. En este afecto ciertamente había venido, la que decía: Béseme con el beso de su boca (Cantar de

los Cantares I, 1). ¿Qué afecto de temor pretende, la que besar apetece? De aquí también acerca de Moisés está escrito: Porque hablaba a Dios, como suele hablar el varón a su amigo (Éxodo XXXIII, 11). Pues, como viniendo el día, a este la sagrada Escritura así inmolar muestra, que ninguna adoración de temor lo había postrado. En cuyo lugar esto veo que se ha de notar, que para que adorase, e inmolase, subir se dice, no sin embargo haber adorado e inmolado, viniendo el día, sino haber inmolado solum. Unos, pues, son los días en que subimos, para que adoremos, e inmolemos; otro aquel día el cual mientras hubiere venido, inmolamos. Pues mientras por nuestro conato en la meditación de las cosas divinas somos suspendidos, casi de nuestro ascenso los días estatuidos son, porque ciertos rayos de espiritual luz intuimos, algunos nosotros mismos nos ordenamos a nosotros mismos, del fondo de nuestra humanidad por cierta altitud somos sublevados. Pero porque con estas meditaciones sin la divina gracia nada se hace, y porque ni el temor infundirnos prevalecemos, ni de la divina dulcedumbre la suavidad exhibir, de ascenso ciertamente son días, en los cuales adorar e inmolar estatuimos, pero sin embargo en ellos ni adoramos, ni inmolamos. Mas otro día viene, e inmolamos, porque con súbita luz de la gracia divina somos rociados, y de la gloria de su Majestad inefable percibimos abundancia de dilección. Este día, pues, no es ninguno de aquellos, sino que a aquellos sigue, porque sin duda si por nuestra disposición de esta largura de la gracia divina recibir no valemos,

sin embargo ella nunca la pro-merecemos, a menos que del todo cuidemos, de que tanto meditando, como cotidianamente leyendo, y orando, y en aquellas espirituales claridades que estemos, nos demoremos. Mas venirse el día se dice, para que la suprema dignación se designe, porque cuando a las electas ánimas visita, no es de nuestra facultad, sino de su bondad. Sigue:

(Vers. 4 y 5.) Y dio porciones a Penina, y a sus hijos, y a sus hijas. Mas a Ana le dio una porción triste, porque amaba a Ana.

10. Pues los hijos de Penina son los consejos de la mente sagrada, que por el estudio de la piedad de la vida activa crecen. Los cuales hijos sin duda con la madre reciben porciones, cuando los consejos de piedad al esplendor de la gracia suprema en la devoción de las buenas obras engordan. Pues la mente pía, cuanto más sublimemente es elevada en la contemplación divina, tanto más devotamente se extiende en la santa operación. Pues las porciones de esta madre, y de los hijos, son las preparaciones de las santas obras. Mas a Ana exhibe una porción triste, porque por la contemplación, por la cual desea las cosas supremas, en cuanto, impedida en esta erumna del tiempo, las supremas que ama no las obtiene, en solos lloros tiene el pasto de refacción. Ayuna ciertamente se tiene, cuantas veces, recordando a sí misma proyectada de los gozos eternos, llorar no puede. Así que una porción del triste recibe, porque nunca se refocila según su voto, sino cuando se sacia llorando. La cual el varón efrateo triste le atribuyó, quien cuando a Penina la porción atribuía,

triste no fue, porque a saber se alegra en la preparación de las buenas obras, porque de los gozos supremos que ama en cuanto se difiere, 36 no se alegra. Ciertamente esta porción a Ana había atribuido, el que mirándose a sí mismo excluido de los bienes eternos hablaba, diciendo: Fueron para mí mis lágrimas mis panes de día y de noche, mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios? (Salmo XLI, 4). Pero la imperfección de la todavía incipiente se designa, mientras la otra esposa del efrateo a la otra se asevera que aflige y vehementemente angustia. Pues a cualquiera perfecto de ningún modo se comete batalla de esposas, por cuanto por firme ya experiencia sabe disponer discretamente la indigencia de la obra y la intención de la contemplación. Pues como en paz posee a ambas esposas, el que ni los tiempos de la obra a la contemplación diputa, ni los ocios de la contemplación por la intención de la obra inquieta.

(Vers 6.) La afligía también su émula, y vehementemente la angustiaba; en tanto, que le exprobraba que el Señor hubiese concluido su matriz.

11. Por la émula Ana es afligida, cuando la intención inmoderada de la buena obra turba la quietud de la visión interna. Es afligida, cuando se le antepone aquella que ser más noble se comprueba, y vehementemente es angustiada, porque la contemplación de la mente elegida se angosta, mientras el que en contemplación de las cosas sublimes ser desea, se dilata más inmoderadamente en las obras de la vida activa. Pues

angustiar es estrechar. Ciertamente la visión de la mente es estrechada, cuando, impedida por las ocupaciones de las obras, en aquella inmensidad de la luz interna de ningún modo se dilata. Y porque a esta se dice que vehementemente angustia, ha de notarse que también la inmoderada solicitud de la buena obra a la contemplación no poco daña. Penina ciertamente a Ana vehementemente angustia, porque a la mente, mientras a la vida activa inmoderadamente se impende, muy difícil le es, que cuando para disponer las cosas terrenales se ocupa, en la visión de las celestiales potentemente surja. A la cual también como si a estéril Penina exprobra, porque mientras de la vida activa los frutos de las buenas obras pronto proferimos, y a los gozos de la contemplación interna fácilmente llegar no valemos, estéril es discernida ésta, mientras nosotros rudos de su fecundidad desesperamos. Mientras, pues, por la fecundidad a Penina amamos, Ana es afligida, angustiada, y notada con oprobio de esterilidad, porque mientras la solicitud de las buenas acciones no con aquella discreción que debemos restringimos, la pureza de la contemplación tanto más difícil nos la rendimos, cuanto la más noble vida por excelente estudio de ningún modo retenemos. Pero porque a cosas más altas comenzó a ascender, si es fuerte en su propósito, tolerando tentaciones de este modo, no desespera. Pues a aquellas cosas altas de la contemplación que comenzó se apoya, y del alimento de la acción ser consolado menosprecia, quien en la sola especie

del creador ser deleitado codició. Aptamente así que se subraya:

(Vers. 7.) Porro Ana lloraba, y no captaba alimento.

12. En el lloro ciertamente el ardiente deseo de la divina contemplación se muestra, mas en el desdén del alimento el menosprecio de la leticia transeúnte. Pues la mente que con fervientes deseos desea las cosas internas, mientras rechaza el blandimiento de la leticia terrenal, mientras con instantes gemidos que se le infunda la amenidad de la luz suprema expete, llora de cierto, y alimento no capta. Pues este alimento fastidiaba, el que decía: Rehusó ser consolada mi alma (Salmo LXXVI, 3). Mas el que captar el alimento de solaz del deleite de las cosas creadas desdeñó, los banquetes de sus delicias, porque en el solo creador encontrare, dice: Acorde de Dios, y fui deleitado (Ibíd., 4). Ciertamente a estos banquetes a la esposa que lloraba exhortaba, cuando decía: ¿Por qué estás triste alma mía, y por qué me conturbas? Espera en Dios, porque 37 aún le confesaré, salvación de mi rostro y Dios mío (Salmo XLII, 5). Cuya exhortación sin duda aquí también se reconoce, porque por su varón por qué llora, y por qué no come, y tiene corazón afligido, es interrogada. Como si dijera: ¿Por qué de la, no habida perfección de la contemplación te contristas, la cual si ruda no obtienes, aprovechando obtendrás? De donde también la que afligida por la émula comer no quiso, por el varón exhortada manducó; porque la que con más sano consejo las cosas bajas menosprecia, la perfección de la

contemplación tiene en esperanza, la cual aún no tiene en virtud de experiencia. Casi para la contemplación deficiente y colapsada la leticia de la esperanza renovada es alimento. A la voz, pues, de su varón Ana es refaccionada, cuando la intención de la contemplación concutida por la tentación por aquel que había comenzado a amarse a la esperanza de su provecho es excitada. De donde tomado el alimento se levantó, al Dios omnipotente preces fundió, y a él el sexo varonil, si éste de él recibir mereciera, votó.

13. Hijo nacido al Dios omnipotente vota, el que el gozo de la contemplación al fruto de la mente expete, no al favor de vanidad. Pero a los que bien peticionan en el deseo de la contemplación los prelados carnales obstar vehementemente suelen; pues tanto más ineptamente obrar los que apetecen vida más secreta piensan, cuanto ipsos la fuerza de la interna dulcedumbre ignoran. Los cuales si alguna vez en los súbditos espirituales con voz de áspera invección se ensañan, por ellos con humildísima razón han de ser sedados. Pues si irracionalmente contra los que actúan rectamente se erigen, la reverencia de orden superior exige que entonces sean honrados, cuando el modo de la razón exceden. A los cuales de cierto a ambos, a saber a los prelados carnales, y a los súbditos espirituales, bien Elí y Ana insinúan; pues cuando aquel ante los postes del templo del Señor se sentaba, y Ana oraba, la boca de ella Elí observó, y a ella ebria vocó. Mas ésta, que las injurias pacientemente sostuvo, humildad de respuesta exhibió con verdad de razón.

De sí aseveró que era su sierva que de mucho dolor y tristeza hablaba, y el ánimo furente en él, no sólo sedó, sino también para conseguir el fruto de su anhelo a oración convirtió.

14. Pero porque estas últimas cosas las hemos dicho a la historia, no alejados del asunto actuamos si en estas palabras de la historia sagrada nuestra erudición un poco más sutilmente requerimos. Si, pues, el orden de las cosas es requerido, primero manducó, y bebió, de allí tuvo el ánimo amargo, oró al Señor llorando largamente, después votó voto, y preces multiplicó. ¿Qué significa la multiplicación de preces de Ana, sino aquella perfección de los elegidos, a la cual a nosotros el Doctor egregio nos exhorta, diciendo: Orad sin intermisión (I Tesalonicenses V, 17)? Pues orar sin intermisión sino un varón perfecto puede; pues orar sin intermisión es por el afecto de suplicación al creador siempre asistir. Mas el que de la imperfección aún por la enfermedad es deprimido, por eso sin intermisión al Señor no obsecra, porque en el mismo también tiempo de oración del conspecto de él por la vagación de la mente se elaba. Bien, empero, antes de la multiplicación de preces la santa mujer se dice haber votado voto, porque a menos que alguien todo celestial se exhiba por el rigor del propósito, tanto más a menudo del afecto de la suplicación es educido, cuanto por la movilidad de la mente es vertido en el giro de la mundana intención, y en el conspecto del Señor por la fuerte custodia no es tenido. Mas en propósito espiritual a sí misma votar los gozos celestiales la mente del elegido podrá,

si largamente llorar ya novió, si con la largura de lloros de la interna refracción gustar el sabor ya aprendió, y, en aquel gozo 38 de su interna refracción ocupada, mirar las cosas terrenales fastidia. Abierta, pues, antes de su voto haber llorado largamente Ana es descrita, porque todo a sí mismo exhibir alguien así celícola, olvidando las terrenales, no podrá, a menos que, encendido por grandes lloros, en el solaz de la mente ya muerta para el mundo sepa recibir la suavidad de la íntima deleitación. Y porque en el gozo del alma este solaz de lágrimas no es recibido, si antes no se afecta por la amargura de la compunción, y cualquier cosa que en sí vive de la leticia lábil con el puñal de la salubre tristeza transfige. Se relata que Ana había llorado antes con ánimo amargo, y así haber podido llorar largamente. Lo cual bien Salomón insinúa, diciendo: El corazón que conoció la amargura de su alma, en el gozo de él no se mezclará el extraño (Proverbios XIV, 10). Pues el extraño es el que aún de los bienes exteriores tiene intención de deleitación. El cual con certeza en el gozo del corazón amargado no es recibido, porque no puede experimentar cuál sea la leticia interna, sino el que perfectamente curar las exteriores desprecia. Mas ha de notarse aún porque antes de todas estas cosas haberse levantado es relatada y antes que se levantara, haber comido y bebido. ¿Cuál es el alimento de la electa alma, sino según la voz de la verdad: Toda palabra que procede de la boca de Dios (Mateo IV, 4)? ¿y qué es a ella levantarse, sino a estado de suprema intención erigirse? Antes, pues, de

haberse levantado, que de ánimo amargo haber estado se dice, y antes de que se levantara haber manducado y bebido, porque la electa alma de la erumna de la vida presente doler no podrá, si a aquellas que en las celestiales perdió no se extiende; y a las sumas no se eleva, si del pasto de la sagrada Escritura ayuna. Para que nos levantemos, pues, manducamos y bebemos, porque entonces a la altitud del amor supremo somos erigidos, cuando con los profundos y más planos sentidos de la Escritura sagrada somos corroborados. Luego si nos levantamos, la amargura del corazón adquirimos, porque mientras que a las sumas por el amor somos llevados, las que en lo profundo están no nos ofrecen blandimientos de gozo, sino asprura de aflicción. Mas ya del ánimo amargo a las corrientes de llantos ascendemos, porque cuando con continua y válida compunción somos transfixos, los males que en este valle de lágrimas incurrimos, y los futuros que tememos, y los bienes eternos que perdimos, llorar más copiosamente valemos. De aquí de cierto a los secretos de los votos que se han de votar procedemos, porque mientras de todo lo que por fuera place la largura de lloros nos sepulta, como que nos muestra a los celícolas todos hechos en los supremos conspectos, y votos votamos con los cuales los bienes eternos placen de tal modo, que la mente nuestra por ningunas cosas terrenales y carnales se inquine. De allí nuestros provechos la multiplicación de preces sigue, porque en ello ya más libentísimamente, más a menudo y más instantemente las cosas eternas orando indagamos,

por cuanto que solo en solaz de futuros bienes respiramos. Sin embargo por la mañana adoran, y en su ciudad revierten.

15. Después de la multiplicación de preces adorar por la mañana con la esposa Ana es entre los grandes dones de virtudes custodiar la virtud de humildad; y porque en aquella sublime visión más largo tiempo estar de pie no puede el alma que aún por este fardo de corrupción es agravada, aptamente haber revertido a su ciudad se relatan. La electa alma, cuando, agravando la enfermedad, de la contemplación de Dios es repelida, para que a la misma altitud de visión volver valga, debe tener construidos los edificios de fortificación, hasta el punto que, recaída a sí misma, en lo alto se tenga, de donde de nuevo a la misma altitud de la íntima caridad resurja. Lo cual también bajo el tipo de Jerusalén a la electa alma por el Profeta se dice: Ponte en lo excelso, y mira la jocundidad que te vendrá 39 de tu Dios (Baruc IV, 36; V. 5). Como si dijera, aunque permanecer de continuo en la contemplación de Dios no puedes, no sea que hasta lo ínfimo seas depuesta, para que desde las altas torres de tu custodia a contemplar a aquel que deseas sin dificultad puedas ascender. En Ramatá ciertamente a su ciudad revierte, si cuando de la visión de la divina Majestad es repelido, en la contemplación de los santos ángeles es retenido. Mas cuando en aquella más sutil naturaleza, esto es angélica, pensar no prevalece, si a los bienaventurados mártires, u otros elegidos, que ya por la eternidad recibidos son, meditando recurre, porque de la

perfecta gloria de ellos piensa, sin duda entonces en su ciudad es recibido, el que morar en las sublimes es prohibido. Bien empero la misma Ramatá ciudad suya se dice, porque lo que familiarmente ama, de ser suyo indubitablemente cree, pues suya esta ciudad ser había conocido, el que decía: Sabemos que si la terrestre casa nuestra de esta habitación se disuelva, que edificación tenemos de Dios, casa no manufacturada, sino eterna en los cielos (II Corintios V, 1). De aquí de nuevo dice: Jerusalén, que arriba está, madre nuestra es (Gálatas IV, 26). Mas el que a aquella sublime ciudad revertir no puede, retorne no obstante a su ciudad Ramatá; y el que de aquella altísima es depuesto, en la visión de esta Iglesia aún en lo ínfimo peregrinante, pero de la sublime vida con fulgor radiante, sea tenido. Por lo cual ciertamente de aquí de nuevo retornar a revisar el rayo de la alta y verdadera luz podrá, porque aquel sentido que el fardo de la carne del secreto de la interna luz retrae hasta lo ínfimo de la tierra no deyecta.

16. Mas, ¿qué es que después del círculo de los días Ana concibe y pare, sino porque el gozo de la perfecta devoción la contemplación a la belleza del creador una vez elevada no suscipita? Después del círculo, pues, de los días haber concebido y haber parido se dice, porque mientras por costumbre la contemplación a las supremas es arrebatada, en la visión de la luz suprema recibe el don de la tan deseada fecundidad. Pues el círculo de los días es la infusión de la divina luz. La cual ciertamente en su ámbito de muchos días se ciñe, mientras por su sola claridad la mente

irradia, pero los rayos de su esplendor a veces de dispensativa manifestación a ella insinúa, hasta que más perfecto gozo de más amplia manifestación comprenda. O ciertamente después del círculo de los días Ana concibe, porque sin duda mientras la rudeza de la contemplación la atención de la mente al giro de la mutabilidad concute, la mente misma a percibir el pleno gozo de la interna majestad no resurge. Pues como si en un cierto círculo los días transitan, cuando la mente del incipiente a la cumbre de la contemplación se eleva, pero a duras penas por el rayo de la luz del respeto a ella aún rorante y discurrente fija en su luz preserva. Después del círculo, pues, de los días concibe, porque primero del vértigo de su mutación al vigor del estar de pie el alma es ducida, y cuando a estar fija por el uso en la contemplación aprenda, el gozo de la perfecta devoción en el fruto de su fecundidad aprehende. Lo cual también concebido pare, cuando de los prójimos a la gloria de la majestad suprema se hace notoria.

17. Mas el niño nacido en tres becerros al tabernáculo es conducido, porque de la largura del don espiritual dar gracias debemos a la suma Trinidad. De los cuales becerros al Señor obsecrando el profeta dice: Quita toda iniquidad, y acepta el bien, y rendiremos los becerros de nuestros labios (Oseas XIV, 3). Como si dijera: Por la largura de los dones rendiremos sacrificios de alabanza, por el obsequio de los labios. 40 En la casa de cierto del Señor el niño que ha de ser ofrecido es aducido, cuando de la mente sagrada el provecho,

a los doctores de la santa Iglesia se revela, para que mientras por colación de sabios es discutido, por fraude del enemigo astuto de ningún modo sea maculado. Puede también la casa del Señor a la patria eterna designar. De ésta ciertamente el Salmista exultando, dice: Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, por los siglos de los siglos te alabarán (Salmo LXXXIII, 5). A la casa del Señor el niño es aducido, cuando la electa mente a lo alto es sublevada, y de todo lo que espiritualmente aprovecha al Dios omnipotente gracias referir se afana, por quien los dones de su provecho impendidos a sí misma reconoce. Bien empero un solo becerro es inmolado, aunque tres delados se relatan, porque aunque la Trinidad de personas por confesión de los fieles en las divinas alabanzas es cantada, de las mismas personas se predica inseparada unidad. Mas, ¿cuál, o cuán grande sea la alabanza, si devota no fuere? Aptamente así que a tres becerros otros tantos modios de harina se juntan, para que de lo que en de Dios las alabanzas con la boca decimos por la devoción seamos saciados. Pues sin harina un becerro ofrece, el que en las alabanzas de Dios ciertamente emite palabras, pero con mente vaga a lo que habla no atiende. Pero si las palabras a Dios alabando, u orando, profiriendo nos alegramos, mientras a la inteligencia mezclamos gozo, la ánfora de harina de aquel vino que letifica el corazón del hombre asociamos. Esto de cierto insinúa, el que exoptando dice: Bendíganos Dios, el Dios nuestro, bendíganos Dios, y témanle todos los fines de la tierra (Salmo LXVI, 7, 8). Como

si tres becerros al tabernáculo condujo, el que a Dios alabando, la divinidad de él el nombre repitiendo, de las personas las propiedades expuso. Pero cuando teman, no a ellos, sino a él dijo, de cierto el que tres becerros adujo, uno inmoló. Y porque la harina a los becerros, y el vino a la harina mezcló, se gloría, diciendo: A él con mi boca clamé, y exulté debajo de mi lengua (Salmo LXV, 17). Pues mientras clamó, como hacia la inmolación del sacrificio al becerro condujo, pero debajo de la lengua suya exultar no pudiera, si de sus preces las altas palabras no entendiera. Mientras clamó, pues, entendió lo que clamó, y cuando exultó en la oblación del Dios omnipotente, no solo un becerro tuvo, sino también modios de harina, y ánfora de vino. Así pues el becerro, la harina y el vino, alabanza es de Dios, intelecto de alabanza, y leticia de la mente devota. ¿Por qué empero modio y ánfora en de Dios la oblación se nombran, sino porque de medida son nombres? Esto también qué espiritualmente indique Pablo expone, diciendo: Cada uno su propio don tiene de Dios, uno ciertamente así mas otro así (I Corintios VII, 7). De aquí la Verdad dice: Medida buena, y conferta, y coagitada, y super-efluente darán en vuestro seno (Lucas VI, 38). Esta medida a nosotros custodiar la sagrada Escritura nos preceptuó, diciendo: Sobre ti carga no levantes. Pero a la electa alma ha de caverse mucho, de que a estas tres al omnipotente Dios con el ardor de pía devoción las ofrezca, y con estudio de manifiesta verdad. De donde también del mismo Ana el hijo al sacerdote ofrecido se asevera. Lo cual

de cierto también nosotros hacemos, si cuando en la santa conversación aprovechamos, cuando con fecundas ya mentes de los espirituales gozos el fruto proferimos, al examen de nuestros prelados conducimos todo lo que en nosotros de la suprema contemplación es generado. Y porque los hombres electos entre los dones sublimes el bien de su humildad no abandonan, sigue:

(Vers. 28.) Y adoraron allí al Señor.

18. En la casa del Señor al Señor adoran, los que y 41 con alta mente a la contemplación de la suprema patria se elevan, pero por humildad al omnipotente Dios son sub-estrados, y con todo el corazón en virtud del Espíritu tan sublimemente son elevados. Estas cosas no por orden, sino sumariamente a la historia, o la moral inteligencia exponiendo las hemos perstringido, para que del cántico espiritual las palabras que le sigue según la moral y típica explanación un poco más latamente indaguemos.

CAPÍTULO III.

(II Reyes II, 1.) Y oró Ana, y dijo: Exultó mi corazón en el Señor.

1. En la persona de Ana de la santa Iglesia el tipo latir ya ostendimos. La cual ciertamente, nato ya el niño, en el Señor exultar se asevera, porque de eso que a la fe del Redentor al gentil pueblo trajo vanamente no se entumeció, sino en él la intención de su leticia tuvo, del cual de su fecundidad los dones suscipió. Con cuyas de cierto palabras así el sitio de su leticia indica, que la causa parmente de la misma exultación

ostende. Estéril ciertamente lloró, pariendo exultó, para que de la santa Iglesia las costumbres portendiera, la cual a sí en este valle de lágrimas de los gozos del paraíso proyectada se duele, pero por lucrar almas del exilio suyo las erumnas pacientemente sostiene. En esto sólo exultar acostumbra, si en la erumna del tiempo, con la cual es apremida, por la gloria de su fecundidad, multiplicados los elegidos, de la patria celestial los daños sean reparados. Dice, pues: Exultó mi corazón en el Señor, porque el fruto de su propósito ha consecucionado. En el cual lugar ha de notarse porque esto que gloriándose habla haber orado se asevera. Pues premitido está: Y oró Ana, y dijo: Exultó mi corazón en el Señor. Mas la que nada a Dios pedir flagitando es cognoscida, ¿por qué orar se asevera? Mas porque esto haber de ser por espíritu de profecía la santa mujer conocía, y esto hacerse vehementemente opta, y exultando habla, y orando. Exultaba ciertamente por la certidumbre de las futuras, vehementemente exoptando hacerse lo que había conocido por revelación del sacramento. La santa también Iglesia de allí los divinos beneficios amando y venerando recolecciona, predica y ora, porque ciertamente eso afuera hablando ejecuta, lo que adentro con miro deseo hacerse cupide, y hecho con gran devoción venera. Dice, pues: Exultó mi corazón en el Señor, porque los dones que al fruto de la eterna leticia recibe al gozo temporal no convierte. Sigue:

(Vers. 1.) Y exaltado fue mi cuerno en mi Dios.

2. ¿Qué es el cuerno de Ana, sino la potestad de la santa Iglesia? Cuyo cuerno de cierto entonces admirablemente a sí mismo se extulió, cuando el Hijo de Dios por la humanidad asumida participe de nuestra naturaleza a sí mismo se hizo. En eso, pues, el cuerno de la santa Iglesia fue exaltado, en lo cual la naturaleza humana ya esplende sobre los ángeles elevada. Mas en esto que a este su Dios y salutífero la santa Iglesia singularmente asevera, la repulsión de la Sinagoga latentemente ostende. En el Dios, pues, salutari nuestro exaltado fue nuestro cuerno, porque la sublimidad de la potestad Eclesiástica en la humanidad a nosotros erigida fue del Redentor. De donde también del mismo Redentor por Zacarías se dice: Erigió cuerno de salvación a nosotros, en la casa de su siervo David, como habló por boca de sus santos profetas (Lucas I, 69, 70), porque su cuerno exaltado relata, latentemente indica, porque antes cuerno había tenido que exaltado no estaba. La santa ciertamente Iglesia antes del advenimiento del Redentor cuerno tuvo, porque en los patriarcas y profetas tanto el orden de rectamente 42 vivir como la potestad de a los delincuentes corregir divinamente recibió. Pero con todo cuerno exaltado no tuvo, porque aunque vivir justamente podía, no obstante a los gozos del Paraíso sin la presencia del Redentor retornar no podía. Ahora empero el cuerno de la santa Iglesia exaltado ha sido, que ya al Redentor del mundo viniente recibimos, por la gracia del cual no sólo rectamente podemos vivir, sino también a los gozos del paraíso transir, porque aquel ya

por nosotros muerto resucitó, en la muerte de quien la muerte obitó, y el paraíso a sí mismo a sus fieles se reseró. Exaltado ha sido, pues, nuestro cuerno en nuestro Dios, porque, efusa ya la gracia del santo Espíritu en la multitud de los elegidos la impresa imagen del Redentor vemos, mientras los que las terrenales todas desprecian las voluptuosidades de la carne fugan, las propias cosas dejar abandonadas, tanto de más alta potestad radian, cuanto estas tan grandes insignias de virtud en la multitud de los antiguos la santa Iglesia no tenía. Exaltado ha sido nuestro cuerno en nuestro Dios salutífero, porque cuantos a él recibimos, dio a nosotros la potestad de hijos de Dios hacernos (Juan I, 12). Este cuerno exaltar quería nuestro Salutífero, cuando decía: He aquí di a vosotros potestad de calcar sobre serpientes, y escorpiones, y toda la virtud del enemigo (Lucas X, 19). De aquí asimismo aseverando dice: Cualquier cosa que ligares sobre la tierra será ligada y en los cielos (Mateo XVI, 19). De aquí de nuevo repromete, diciendo: Os sentaréis sobre sedes juzgando a las doce tribus de Israel (Ibíd., XIX, 28). Diga, pues, Ana: Exaltado ha sido mi cuerno en mi Dios, para que a saber la gloria de la santa Iglesia sea designada, la cual el singular culmen de potestad obtiene de la presencia del Redentor. Y porque ya en todo el mundo se distiende, la cual en un tiempo dentro de Judea por persecuciones era angustiada, sigue:

(Vers. 1.) Dilatada fue mi boca sobre mis enemigos.

3. Pues, ¿qué enemigos de la Iglesia otros que los judíos han de ser entendidos? Sobre los cuales sin duda dilatada la boca tiene, porque contra la perfidia de ellos de todas las gentes ya fieles las lenguas mueve. La boca, pues, de la santa Iglesia dilatada ha sido, porque por el universo orbe se difunde, y mientras a universas naciones por predicación de verdad erudita, a de los judíos la estulticia, como con dilatada boca, reprende. Y porque esto de allí pudo, porque al veniente en la carne del mundo Redentor gozosamente exceptó, la causa de la dilatada boca expone, diciendo:

(Vers. 1.) Porque laetada he sido en tu salutífero.

4. Ya quién sea el salutífero de Dios hemos cognoscido. De quien también Isaías vaticinando dice: Verá toda carne el Salutífero de Dios; verán todos los fines de la tierra el Salutífero de Dios (Isaías LII, 10; Salmo XCVII, 3). Jesús empero en nuestro eloquio Salutífero se dice. De quien también Habacuc a sí mismo gozo repromete, diciendo: Me gozaré en Dios Jesús mío (Habacuc III, 18). He aquí por las voces de los antiguos judíos el Señor Jesús ser Dios se asevera. Pero ahora los judíos a un Salvador expectan, que Dios sea de ningún modo creen. Pero acaso esto los judíos en su boca reprobar contienden, y mientras al Jesús Salvador interpretan, a Dios Salvador no persona del Unigénito, sino del Padre entienden; con todo en el mismo lugar se subraya, de donde la persona del Unigénito más abiertamente se demuestre: Señor Dios, dice, virtud mía, constituye mis pies en consumación, y sobre las excelsas

estatúyeme, para que venza en la claridad de él (Ibíd. 19). He aquí a Dios habla diciendo: Estatúyeme sobre las excelsas. Mas porque dice: Que venza en la claridad de él, otro por cierto es de quien lo dice. ¿Quién pues es de quien lo dice sino el Unigénito Hijo de Dios, a quien no sólo hombre verdadero, sino también Dios cree? Mientras por tanto a Dios habla, diciendo: Me gozaré 43 en Dios Jesús mío, y venceré en la claridad de él, no a Dios otro, sino Dios otra persona demuestra. Estas son de la santa Iglesia las razones, estas contra de los judíos la perfidia las invencibles aseveraciones por el universo orbe difusas. Dilatada, pues, la boca tiene la santa Iglesia sobre los enemigos suyos, porque ya, con Dios como autor, ubique es cognoscida, de donde también de los judíos la perfidia se convence. La causa, pues, de la dilatada boca oigan, los que el Salutífero de Dios niegan, y del gozo de nuestro Salutífero sean heridos por el argumento de su confusión. Pero ser heridos pueden, mas de sus blasfemias cesar no quieren. Ya al Salutífero de Dios el mundo exceptó, toda carne lo vio, el judío no cree, porque, como dije, Salvador expecta, que no sea Dios. Oigan por tanto la maldición del profeta que dice: Maldito el hombre, que confía en el hombre, y del Señor recede el corazón suyo (Jeremías XVII, 5). En un hombre los judíos confían, que de creer en el Redentor refugian, mientras al Anticristo en el fin del mundo esperan. En confusión de los cuales el Salmista predica, diciendo: Vieron todos los fines de la tierra el Salutífero de Dios (Salmo XCVII, 3). Como si la perfidia de los judíos confundiera

diciendo: ¿Por qué para el porvenir visiones diferís? Al que expectáis ya vino, al que proscrito habíais ya a todos los fines de la tierra apareció, cuando cerrasteis los ojos, transió; de tal modo así ciegos hechos fuisteis, que delante de vosotros tanta luz estuvo, y no visteis. Por tanto, jubilad al Señor toda la tierra, cantad, y exultad, y salmead; salmead a nuestro Dios en cítara, y con voz de salmo, en tubas dúctiles, y con voz de tuba córnea. Jubilad en el conspecto del rey Señor; muévase el mar y la plenitud de él, el orbe de las tierras, y los universos que habitan en él. Los ríos plaudirán con la mano en lo mismo, los montes exultarán ante la faz del Señor, porque viene, porque viene a juzgar la tierra (Ibíd. IV, seq.). Como si dijera: Porque con tan inmensa ceguedad son apremidos, que de ningún modo ver merecieron, vosotros gozad más abundantemente, los que visteis. Pero cuán admirable, e inefablemente gozar se ha de hacer, signos de gozo coacervando, dice: Jubilad, cantad, y salmead. La celebridad también de la leticia insinuar gesticulando, los instrumentos de ella enumerando, dice: Salmead al Señor en cítara, y cítara, y con voz de salmo, en tubas dúctiles y voz de tuba córnea, jubilad en el conspecto del rey Señor. ¿Qué en conspecto del rey, sino en cognición del Redentor? Pero por cuántos esta solemnidad de gozos deba ser actuada expone, diciendo: Muévase el mar, y la plenitud de él, el orbe de las tierras, y los universos que habitan en él. Oh infeliz Judea, los fines de la tierra vieron el Salutífero de Dios, toda la tierra conmovida jubila, se goza el universo orbe, los ríos plauden con

las manos, los montes exultan; pero los impíos corazones de los judíos no creen, y en las tinieblas de su ceguedad de la lívidez la pena son heridos. Mas a quien blasfemar no metúan, la santa Iglesia más atentamente encomienda, diciendo:

(Vers. 2.) No hay santo como es el Señor.

5. En la descripción del Redentor todas las cosas incomparables se designan. Pues de allí el verdadero Redentor se ostende, porque en todo lo que a la gloria de él se dice a él nadie es comparado. Pues aquel redimió a todos el que a todos excede. Lo cual rectamente contra Judea se dice, la cual tanto más audazmente al Redentor desprecia, cuanto a muchos hombres haberse tenido recolecta, que grandes clarecieron con alabanza de santidad. De aquí es pues que al iluminado ciego exprobrando dicen: Tú seas discípulo de aquel, mas nosotros de Moisés discípulos somos. Sabemos, porque a Moisés habló Dios, a éste no sabemos de dónde sea (Juan IX, 28, 29). De aquí asimismo se glorían, y dicen: Simiente de Abraham somos, y a nadie servimos nunca (Juan VIII, 33). Pero hombre 44 fue Moisés, hombre Abraham, hombre Cristo. Con todo aquellos asumidos a la locución de Dios, éste asumido en la divinidad. Aquellos asumidos al ministerio, éste como unigénito asumido al reino. De donde también habla, diciendo: Todas las cosas que tiene el Padre mías son (Juan XVI, 15). No hay santo como es el Señor. Esto también la sagrada Escritura testifica, diciendo: A quien se infundió toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Colosenses II, 9). De aquí Juan dice: De la plenitud de

él todos recibimos (Juan I, 16). No hay santo como es el Señor. Porque en que Señor se asevera, de la santidad de él la excelencia se encomienda. Pero los judíos a Cristo, al que expectan, puro hombre aseveran, y no obstante que su Señor futuro y singularmente santo creen. Pero el Salmista reprobando a aquellos, a nosotros al gozo de la fe nos exhorta, diciendo: Jubilad a Dios toda la tierra, servid al Señor en leticia. Entrad en el conspecto de él en exultación, sabed porque el Señor mismo es Dios (Salmo IC, 1, 2, 3). Aquellos Señor vocan al que Dios no sea. Por nosotros, pues, ha de ser jubilado, por nosotros en leticia ha de ser servido, que a tal tenemos por Señor, que también Dios verazmente sea creído, que la majestad de la divinidad, que en sí aseró, con incomparables milagros comprobó. Así que quienes la invisible divinidad de él abniegan, por las patentes obras crean. Pero, ¿cuán mira es aquella santidad, que a los pecadores santifica? De donde también de la pecadora mujer dice: Le son remitidos los pecados muchos, porque amó mucho (Lucas VII, 47). Esta excelencia de santidad, aquella en flujo de sangre puesta conociendo, dice: Si tocare vel la fimbria de la vestimenta de él, salva seré (Mateo IX, 21). Pero, ¿quién la fe de ella aseraría, si el efecto de la fe no patiese? Pues como la vestimenta de él tocó, la sangre se detuvo. No hay, pues, santo como es el Señor, porque cualquiera que santo pudo existir, de su munere recibió para que santo ser pudiese. Pues esto la santa Iglesia por el verbo subsiguiente insinuando, al mismo Redentor de nimia caridad se convierte, diciendo:

(Vers. 2.) Y no hay enim otro fuera de ti.

6. Se subentiende, santo. Fuera de él algún santo sería, si absque don del unigénito espíritu de santificación tener hubiese podido. Pero, ¿quién esto aserar ose de los hombres, que de los Ángeles de ningún modo consta? Ciertamente escrito está: Por el verbo del Señor los cielos afirmados fueron y por el espíritu de la boca de él toda la virtud de ellos (Salmo XXXII, 6). El Verbo del Señor es el unigénito de Dios. Al cual de cierto el evangelista Juan insinuando, dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo era cabe Dios, y Dios era el Verbo (Juan I, 1). Si, pues, también los ángeles santificados son creídos en el Hijo, mucho más de los hombres se cree porque fuera de él gracia de santificación encontrar no pueden.

7. Puede también esto sin alguna subaudición entenderse. Cuando, pues, dice: Ni hay otro fuera de ti, ¿qué otra cosa en el Redentor sino de la esencia divina la inmutabilidad se designa? De donde también a los judíos blasfemantes dice: Antes de que Abraham se hiciera yo soy (Juan VIII, 58). Lo mismo en el Génesis a Moisés insinuando, dice: Yo soy quien soy (Éxodo III, 14). Pues para el Dios unigénito ser es disímilmente nunca ser. Cuyo estado ciertamente tanto más lejos está de los cunctos mortales, cuanto más claramente se conoce porque en momentos singulares por muchas cosas son variados. Puede esto también al estado de justicia 45 pertenecer, porque de los elegidos ser es en Dios por la justicia maner. Y porque el unigénito de Dios Dios es, fuera de él no hay alguno, porque nadie de los elegidos sino

en él mismo es. Porque si se refiere a la divinidad de él, para que de ningún modo el intelecto de su humanidad evacue, porque justo ser 45 no puede el que la fe de la divina Encarnación no tiene; los judíos, por tanto, por estas singulares palabras son heridos, los cuales, mientras al Redentor contemnan, al Anticristo expectan, el cual ser Dios líquidamente se comprueba que no. De donde también por el beato Job se dice: Habiten en el tabernáculo de aquel los compañeros de aquel que no es (Job XVIII, 15). El tabernáculo del Anticristo es el amor de la perfidia, con el cual contradice a la fe del Redentor. En el cual tabernáculo sin duda los judíos ahora permanecen, porque mientras el sitio de la perfidia suya amantísimamente habitan, contra el Redentor pugnan. Y se relatan ellos también de ser socios del que no es, porque en su propósito al diablo adyudan, el cual, mientras del amor de la suma de aquella esencia cayó, verdadero ser de inmediato amitió. Para el cual sin duda no ser es a la suma aquella beata esencia por la participación del amor no poder revertir. Y porque el pueblo de los judíos, no solo la ardua conversación de los padres antiguos, sino también la ostensión de los milagros para aumento de elación tuvo, se subraya:

(Vers. 2.) Y no hay fuerte como el Dios nuestro.

8. Como si inane gloriándose reprimiera a Judea, diciendo: A los que aseguraste haber hecho cosas grandes, puros hombres fueron; a quien yo predico, no solo hombre santo fue, sino también poderoso Dios. Mientras, pues, a la fortaleza se atiende, la excelencia se indica, porque sin duda

omninamente enferma es toda fortaleza de hombre en comparación de la deidad. En cuyo lugar no obstante la aseveración de la divinidad no prueba la excelencia de la obra, sino la incomparabilidad de la fortaleza ostende la verdad de la deidad. Como si dijera: En esto se conoce porque verdaderas profirió, porque la deidad que en sí aseveró por incomparables obras la comprobó. De donde por sí mismo dice: Si obras no hubiere hecho en ellos, las que nadie más hizo, pecado no tendrían (Juan XV, 24). Ya de cierto las mismas obras han de ser discutidas. Moisés el mar (Éxodo XIV, 12), Elías el río dividió (IV Reyes II, 8); nuestro Señor Jesús sobre el mar ambulaba (Mateo XIV, 24). ¿Qué es, pues, más elegante, exhibir camino en el lecho seco de lo profundo al pueblo que transita, o a la misma faz del mar calle hacer? Aquellos ciertamente, porque por el fardo de la humanidad se deprimían, en el sólido de lo profundo camino por el cual pergeñasen requerían; mas el que ser conocido por haber asumido los enfermos de la humana naturaleza en la celsitud de la divina, sobre las aguas por propia virtud era llevado. Moisés del consorcio del sermón del Señor el esplendor del rostro obtuvo (Éxodo XXXIV, 29), Josué por oraciones fijó al sol (Josué X, 12, 13); mas porque Dios es Jesús, delante de los discípulos en la virtud del sol resplandeció. En la faz de aquel los hijos de Israel intender no podían, la gloria de este los que merecieron cernir cayeron, para que abiertamente conocieses porque divino existió por donde las humanas transitaran. A este, a los que asistían en el monte, por el eterno

Padre se le dice: Este es mi Hijo amado, en quien me complací, audidlo a él (Mateo XVII, 5, 6). Y por esto también Elías, que para que no lloviera el cielo clausuró, y para que lloviera reseró (III Reyes XVII, 1) en la comparación de él, ¿qué es quien estando abiertos los cielos, al Padre testigo exhibió de su divina generación? No hay, pues, fuerte como el Señor, porque cualquier cosa de virtud que Moisés ostender pudo, el Señor, no él la hizo. Jesús empero a todas las que mirablemente gestó propias virtudes las exhibió, porque Señr también para Moisés fue. No es enim Moisés al pueblo que gradia por los desiertos, sino el Señor quien llovió maná (Éxodo XVI, 13, seq.). No Moisés, sino el Señor en columna de fuego por noche, y de nube en día, precedió al pueblo (Ibíd., XIV, 19). No Moisés, sino la palabra que hecha fue hacia él, el agua de la roca produjo (Ibíd. XVII, 6). No Moisés, sino el Señor los volátiles a los concupiscentes exhibió (Ibíd. XVI, 17). De donde también el Señor a los judíos gloriantes en la fortaleza de los padres los reprime, diciendo: No Moisés, sino mi Padre dio a vosotros pan del cielo (Juan VI, 32). 46 De aquí el Salmista no a Moisés inanimadamente effiriendo, sino al Señor laudablemente ensalzando, dice: Hizo maravillas en la tierra de Egipto, en el campo de Taneos, interrumpió el mar, y perdujo a ellos, y estatuyó aguas como en odre. Edujo a ellos en nube de día, y toda la noche en iluminación de fuego. Edujo agua de la piedra, y dedujo como flúmenes de aguas. Y mandó a las nubes desúper, y las januas del cielo abrió, y llovió a ellos maná para manducar, y llovió sobre ellos

sicut polvo las carnes, y sicut arena del mar volátiles pennatos (Salmo LXXVII, 12, seq.). El Señor empero Jesús fuerte incomparablemente no en ajena virtud apareció, sino en la suya. De donde también por sí mismo potente, al paralítico imperando, dice: A ti digo, surge (Mateo IX, 6). De aquí también escrito está: Cuantos lo tangían, salvos se hacían de cualquier languor que esteban tenidos (Marcos VI, 56). Y de nuevo: Virtud salía de él, y sanaba a todos (Lucas VI, 19). Esta insignia de fortaleza, ni Moisés, ni Elías tener pudo, para que así mientras incomparables signos innotescan, del unigénito certísimamente el advenimiento designaran. Rectamente, por tanto, la Sinagoga con perpetuo silencio se damna, cuando se subraya:

(Vers. 3.) No os multipliquéis hablar cosas sublimes. Recedan las viejas de vuestra boca.

9. Como si dijera: Mientras cosas incomparablemente nuevas cernís, las gestas de los antiguos reprensiblemente eferís. Pues como sombra aquellas habían precedido. Pero ahora abiertamente los verdaderos fieles estas obras de nuestro Redentor venerablemente adoran, porque lo que era sombreado allí por la ocultación del sacramento, en el advenimiento del Redentor patentizó, haber expectado al cuerpo de la verdad ha de ser revelada. Por tanto si a las nuevas se refieren, viejas no son, porque en el Espíritu santo entendidas, alguna vetustidad no reciben. Del cual ciertamente espíritu renovante todas las cosas, el Salmista ruega, diciendo: Emite a tu espíritu y serán creadas, y renovarás la faz de la

tierra (Salmo CIII, 30). Viejas, por tanto, son, si a las obras del Redentor se confieren; pero cuando para confirmar estas espiritualmente aquellas proferimos, por ese espíritu con el que estas entendemos aquellas se renuevan. La santa, por tanto, Iglesia mientras a los judíos de la narración de los viejos los reprende, ¿qué otra cosa sino que ellos a las actas de los Padres espirituales carnalmente entienden se designa? La Sinagoga de cierto contra la santa Iglesia tanto más temerariamente a sí misma se erige, cuanto por la ciencia de la ley y de los profetas más soberbiamente se extule, la cual a sus padres divinamente inspirada, mas a sí misma materialmente exhibida la aprendió. De donde sigue: No os multipliquéis hablar cosas sublimes, gloriándoos. Y para que dejem de entumecer, subraya, diciendo: Recedan las viejas de vuestra boca. Ya que ciertamente para ella viejas son, las cuales, como dije, por el espíritu renovante no se entienden. Tal es, por consiguiente, como si dijera: Digno es que de la narración de aquellos silencies, de los cuales los nuevos y espléndidos sentidos ignoras. Las cuales sin duda aunque sutilmente entiendes, tumor de arrogancia prestarte no deben, porque Dios de las ciencias el Señor es. El Redentor ciertamente del humano género, porque del sumo Padre es Verbo, el Señor es por cierto de todas las ciencias. Cosas altas ciertamente, y grandes habló Isaías, grandes habló Jeremías; pero de cierto nada dirían, si este Verbo Señor de las ciencias a ellos, antes de que hablaran, las ciencias no les indicara. De donde también frecuentemente en los libros

del mismo Isaías profeta se lee: La palabra que fue hecha a Isaías profeta. Frecuentemente también en el libro de Jeremías se escribe: La palabra que fue hecha a Jeremías profeta. A este Verbo Señor de las ciencias Juan en el altísimo seno del sumo Padre aspergiendo, dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo era cabe Dios, y Dios era el Verbo (Juan I, 1). De aquí Pablo al Señor de las ciencias nuestro Redentor 47 insinuando, dice: Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Colosenses II, 9). Mientras, por tanto, dice: Recedan las viejas de vuestra boca, porque Dios Señor de las ciencias es, ¿qué otra cosa es decir, sino a la Sinagoga por abierta razón mostrar, para que tanto solicitamente callar deba, cuanto no solo qué sean, sino también de quién sean esas cosas que dice ignora? Como si dijera: Aquella ciencia, que de tus padres haber sido aseras, tanta arrogancia darte no debió, cuanta no de ellos mismos, sino del unigénito Hijo de Dios fue, y tú a esa misma ciencia no la entiendes. Dice, pues: Recedan las viejas de vuestra boca. Para que los judíos de ningún modo depraven lo que entender rectamente no prevalen. Dios de las ciencias, dice, Señor es, para que lo que verazmente de Dios ser comprueban, a los hombres falazmente no ascriban. Pero mientras sobre las palabras de jactancia Judea es reprendida, porque por nulo temor compunge, a ella también sobre los ocultos de los corazones pérfidos movimientos se le anuncian tormentos. Pues sigue:

(Vers. 3.) Y preparan a sí mismos pensamientos.

10. Como si dijera: A quien blasfemar no metúas, no solo de tu lengua tendrás por juez, sino también del corazón. De donde también por Isaías conmina, diciendo: Yo, a las obras, y los pensamientos de ellos vengo para que congregue (Isaías LXVI, 18). De aquí por Moisés el Señor conminando, dice: ¿Acaso esto no está escondido en mí, y sellado en mis tesoros? (Deuteronomio XXXII, 34). Y porque con estas palabras silencio a la Sinagoga se le preceptúa, veamos ya a la santa Iglesia de la fecundidad suya con cuáles alabanzas en la voz de Ana se gloría. Pues subrayando dice:

(Vers. 4.) El arco de los fuertes superado ha sido.

11. ¿Quién, pues, es el arco de los fuertes, sino la fraudulenta sevicia de los judíos? Que de lo oculto ciertamente, como de arco al Redentor herida infligieron, a quien por manos de los gentiles mataban. Pero superado ha sido el arco de los fuertes, porque el que por la herida de ellos obitó, de los muertos resucitó, al cielo ascendió, el prometido Espíritu santo a los discípulos envió. De donde se subraya:

(Vers. 5.) Y los enfermos fajados fueron de vigor.

12. Con la apelación ciertamente de vigor, la virtud del Espíritu santo se ostende. De donde también el mismo Espíritu el Señor a los discípulos reprometiendo, dice: Vosotros empero seded en la ciudad, hasta que os induáis de virtud de lo alto (Lucas XXIV, 49). Vigor empero gracia del santo Espíritu rectamente se dice, la cual como

los elegidos reciben, contra todas las adversidades de este siglo fuertes se hacen. ¿Quiénes de cierto por los enfermos en este lugar, sino los apóstoles han de ser entendidos? Pero enfermos ciertamente, cuando el arco de los fuertes es tendido, no cuando de virtud de lo alto son vestidos. Pues en la hora de la Dominica comprehensión escrito de ellos está, que, dejado el Señor, todos fugaron (Mateo XXVI, 56). ¿Acaso no muy enfermo entonces Pedro era, cuando de la interrogante ancililla la voz temió, y al Redentor negó (Ibíd., LXIII, 74)? Ya de cierto superado había sido el arco de los fuertes, aniquilada la sevicia de los judíos, porque el Redentor, la muerte vencida, había resucitado; y con todo aún los enfermos apóstoles a los fuertes superados, clausuradas las puertas, metuaban (Juan XX, 19). Pero donde a ellos el vigor induyó liba intuir cuán fuertes los hizo. Con repentino ciertamente sonido sobre ellos el Espíritu santo vino, y la enfermedad de ellos en virtud de mira caridad permutó (Hechos II, 22, seq.). Pues empezaron a predicar a Cristo ya de vigor induidos, que las amenazas de los persecutores no se ruborizaban por fugar delitesciendo; y los que de mujeres las palabras temido habían, la autoridad de los príncipes con libertad la frangían. Venció el vigor la formidación, los terrores, las amenazas, y las caedes superó; y a los que sobreviniendo induyó, en la milicia celestial con insignias de admirable audacia ilustró, para que entre los flagelos, las caedes y los oprobios no metuaran 48, sino exultaran. Escrito ciertamente de ellos con esto ya de vigor induidos está: Iban

los apóstoles gozando del conspecto del concilio, porque dignos habidos fueron por el nombre de Jesús contumelia padecer (Hechos V, 41). De aquí ya predicando, dicen: Todo gozo existimad, hermanos, cuando en tentaciones varias incidiereis (Santiago I, 2). Bien por tanto se dice: El arco de los fuertes superado ha sido, y los enfermos fajados fueron de vigor. Porque primero de los muertos resucitó, y así al cielo el Redentor se abió, y al Espíritu santo a los discípulos envió. Pues primero había de ser superado el arco de los fuertes, y después los enfermos de vigor ser fajados. De donde también escrito está: Aún no era el espíritu dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 39).

13. En cuyo lugar ha de notarse porque esto contra Judea se dice que los milagros del Redentor tanto más soberbiamente desprecia, cuanto entre suplicios muerto lo reconoce. Dice, pues: El arco de los fuertes superado ha sido, y los enfermos fajados fueron de vigor. Como si a la muerte del Redentor calumniante a la Sinagoga responda, diciendo: No quieras despreciar que morir pudo, sino admírate más bien porque muerto resucitó, y a la sevicia de tu gente reviviendo superó. Y porque esto de lo pretérito ostende, no solo denunciando a ella le habla, sino insultándole. Pues como si a la inanimadamente insultante impropere, diciendo: ¿Qué os aprovechó haber matado a quien el lazo de la muerte no pudo tener? Vosotros matasteis, para que detrás de él todo el mundo no fuera; pero por ello detrás de él todo el mundo va, porque verdadero Hijo de Dios

a sí se probó, mientras al morir a humano género redimiese, y mientras resurgiendo viviente a sí mismo se mostrase, y al cielo conscenderese, y al espíritu santo prometido a los discípulos destinase. Y porque por el mérito de su incredulidad la Sinagoga de la participación de la prometida gracia repulsada ha sido, eso mismo la santa Iglesia improperándole a ella, subrayando, dice:

(Vers 5.) Los repletos antes, por panes a sí mismos se locaron, y los famélicos saturados fueron.

14. ¿Quiénes fueron los antes repletos, sino los que de Dios la cognición, antes que los demás pueblos, tuvieron? ¿Quiénes , pues, repletos antes han de ser entendidos, otros que los judíos, que en la fe del conditor casi desde él mismo principio del mundo fueron eruditos? Estos ciertamente por panes a sí mismos se locaron. Pues, ¿qué los panes en este lugar significan, sino los misterios de la divina Encarnación? Lugar empero de los panes que han de ser encontrados es la sagrada Escritura. De donde también el pan, que del cielo descendió, para encontrarse a sí a los que lo ignoran dice: Escrutad las Escrituras, porque ellas son las que testimonio perhiben de mí (Juan V, 39). Por panes pues a sí mismos se locaron, porque todas las Escrituras habían aceptado, para que en ellas los sacramentos de la divina Encarnación encontrar debiesen: pero cuando el pan vino, la Sinagoga, que a sí por pan había locado, el lugar dejó, en el cual encontrar pan debió al que buscó. Las Escrituras ciertamente, como dije, para conocer al Redentor tuvo, pero al que según las Escrituras había venido, viniendo lo confutó. Los

famélicos, pues, saturados fueron, porque los que creyeron de las gentes, mientras los misterios de la divina Encarnación venerablemente aceptan, celestial alimento tienen para de la interna delectación el uso. Famélicos ciertamente dichos son, porque antes del advenimiento del Redentor, por el hambre de la infidelidad proyectados, de la refección espiritual alimento ninguno tuvieron. O ciertamente famélicos se dicen, porque de espiritual alimento la dulzura con gran avidez la suscipen. Los repletos de cierto, que a sí por pan se locaron, oigan al que expectaban: Yo soy el pan vivo, que del cielo descendí (Juan VI, 33, 41, seq.). Mas porque no merecían agnocerlo, respondían: ¿Acaso no es este el hijo de José? ¿cómo dice, que del cielo descendí (Lucas IV, 22; Juan VI, 42)? Mas él mismo, que 49 todas las cosas había conocido al recumbir de su delectación que los famélicos vendrían profetizaba, diciendo: Amén digo a vosotros, que del Oriente y del Occidente vendrán, y recumbirán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mas los hijos del reino serán proyectados en las tinieblas exteriores (Mateo VIII, 11, 12). Los repletos, pues, se locaron por panes, pero los famélicos son saturados, porque de la Sinagoga los hijos en las Escrituras santas el pasto de la fe de la futura Encarnación del Redentor tuvieron; pero ahora, proyectados aquellos, mientras los gentiles en él verazmente creen, de su divinidad y humanidad los sacramentos en refección de la íntima delectación suscipen.

15. Que por cierto se dice por el egregio Doctor: Todos la misma esca manducaron, y todos

la misma espiritual bebida bebieron (bebían de la espiritual piedra que los seguía, y la piedra era Cristo) (I Corintios X, 3, 4), puede razonablemente colegirse porque aquellos manducaron, y no fueron saturados, estos manducaron, y fueron saturados. Lo cual sin duda contra la Sinagoga por la santa Iglesia rectamente se dice, para que aquellos que están bajo la gracia con mira celsitud ser designados preeminan a los puestos bajo la ley. ¿Acaso, pues, a ellos hubo por panes locado a sí mismos, sino los sacramentos del venturo Redentor en la sagrada Escritura perquirir? De los cuales por cierto cada uno manducó, y saturado no fue, porque a la futura Encarnación del sumo unigénito la creyó, pero no lo vio presente. Manducar de cierto le fue a él, la divina Encarnación en el deseo de la mente dulcemente retenerla, y no saturarse le fue para él a su deseada presencia no ver. Pero los enfermos, a los que de vigor fajados habían de ser, de su saturidad los pregones de parte de aquel pan con el que se saturaban los oían: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. Amén digo a vosotros porque muchos reyes y profetas quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron (Lucas X, 23, 24). Pues los que ver querían, ya el pan de la íntima delectación por deseo manducaban; mas porque ver no podían, el gozo del deseo tenían, pero no tenían por la fruición la saturidad. Pues aunque la Escritura diga: Que de pan toda la suavidad habiendo y toda la dulcedumbre, Dios a ellos dio (Sabiduría XVI, 20), así se dice por ellos ser recibido, como ser conocido,

así, como, por la fe conocido por ellos, a través del deseo del amor concupiscírselo se podía. A la Sinagoga por consiguiente gloriándose en los primeros padres, los fajados por el vigor son preferidos, para que mientras el nuevo culmen de los elegidos es conspecto precelso, de ningún modo inánemente más allá se gloríe. Y porque del discubito de la santa Iglesia el alimento de la vida nunca es llevado, como a las futuras, así como a las pretéritas insinuándoselo, dice:

(Vers. 6.) Hasta que la estéril parió plurísimos, y la que a muchos tenía por hijos infirmada ha sido.

16. ¿Quién es la estéril, sino la santa Iglesia, así como por encima más ampliamente en el tipo de Ana ya hemos dicho? ¿Qué es pues, a los famélicos ser saturados, hasta que la estéril pare, sino hasta en el fin del mundo al pan de la vida poseer? Lo cual y él mismo repromete, diciendo: He aquí yo estoy con vosotros siempre, hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20). Pues no hay otros sino los famélicos a los que la santa Iglesia a luz da. Luego hasta que parió, los famélicos son saturados, porque hasta el fin del mundo para Dios los hijos genera a sí mismos, a los que mientras al venido en la carne del Redentor creen, al pan de la vida, que desean, comedir, y plenitudes han de ser repletos. Pero hasta que la estéril pare a los más, la que a muchos tenía a sí como hijos es infirmada. Por el infirmado hacia la Sinagoga debe no pudiendo en la institución de la ley parir. Empero cuando la fe hacia el varón previo la perdió, el diablo es para ya y no para Dios a los

hijos dando a luz. Bien de cierto se dice: La que a muchos tenía hijos, porque mientras ella en la verdad a las Escrituras para este sujeto el pueblo 50 a él la antigüedad es rudita el venturo advenimiento de Cristo a sí le es concupido, sobre el compleyo de él al celestial e esposo de todos hijos pariesca a sus hijos la santa esposa. Mas ahora al cual de sus hijos tenía la infirmidad de sí es e, no tiene para a sí los hijos. Exhibe por cierto en a sus oyentes las Escrituras, de donde pero del para cual Redentor hacia si le la aseveración se niego lo de negar, ante de Dios ella hijos hacia no ha para a lo suyo ser nunca generado se va así. Infirme pues a de parte decir será de es ella ella decir infirmado le para lo cual infirme le e negado la sí de de le es fecundado sí es negación. Y debido de por para repulso es de cual tanto la elección así lo ser tal, incompresibles por su para del de a su juicio el cual fue de eso y sí es, se ella la dice siga para:

(Vers. 6-8.) El Señor mortifica, y vivifica, deduce hacia los infiernos, y reduce; el Señor pobre hace, y dita; humilla y subleva. Suscita del polvo al egeno, y del estiércol erige al pobre, para que siede con príncipes, y al solio de la gloria lo tenga.

17. Responde como a alguien asombrado por el rechazo de una nación tan elegida, diciendo: ¿Por qué buscas una razón en estas cosas, que la suma razón hace de modo incomprensible? El cual género de cuestionamiento también el egregio doctor reprendiendo, dice: Hombre, ¿tú quién eres para responder a Dios? ¿Acaso dice lo formado a quien lo formó: Por qué me hiciste así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para

hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra (Rom. IX, 20, 21)? Es tal, por tanto, como si dijera: Puesto que el Señor de todos es rectamente conocido, sintamos que su obra, tanto en la abyección de Judea como en la elección de las naciones, es para ser venerada y no discutida. Ciertamente el Señor mortifica, porque por un juicio incomprensible separa al pueblo de los judíos, en otro tiempo elegido, del conocimiento de la verdad, y lo condena perpetuamente. Vivifica, porque recibe a la gentilidad al reconocimiento de su unigénito temporalmente por la fe, y la conduce eternalmente a contemplar su gloria. Conduce a los infiernos, porque por su severo juicio la gehena vengadora recibe para ser castigados perpetuamente a quienes por la culpa de la perfidia se separan de la veneración del Redentor. Reduce de los infiernos, porque recibe al pueblo gentil que se acerca devotamente a la fe de su Hijo, para quien la inmensa oscuridad del error existió como una profunda cárcel del abismo. Hace pobre y enriquece, porque tanto despoja a la rechazada Judea de las virtudes espirituales, como adorna a la elegida gentilidad, tanto con el precio de la fe como con los fulgores de las buenas obras. También se dice que humilla y que subleva. Pues en efecto la Sinagoga, al alejarse del Redentor, depuso las alturas de su sublimidad, y la santa Iglesia, al venerar al Redentor, surgió desde lo profundo de la infidelidad, donde había yacido arrojada, hacia la altura de la recta fe y la celsitud de la potestad cristiana. Puesto que Judea despreció al Hijo de Dios y la gentilidad

lo mereció, rectamente se cree que aquélla fue humillada y ésta exaltada. Sigue: Suscitando del polvo al indigente, y del estiércol erigiendo al pobre, para que se siente con los príncipes, y tenga el trono de la gloria.

18. Por el indigente y el pobre se entiende al pueblo gentil, de quien se dice que es suscitado del polvo y erigido del estiércol, porque cuando es recibido en la fe del Redentor, se le perdonan tanto los pecados mínimos como los más graves. Pues porque el polvo se sacude fácilmente, y a quienes el estiércol ensucia los mancha horriblemente, el polvo significa los pecados más leves, y el estiércol los más graves. Bien se dice también que el indigente es suscitado del polvo, y el pobre erigido del estiércol. Pues en aquéllos dormía, de los cuales podía ser suscitado por un leve toque de la gracia. En éstos en cambio yacía, porque, caído en cosas más graves, necesitaba la mano de un gran auxilio. Pero escuchemos ya a qué cumbre es elevado el indigente que es suscitado del polvo, y aquel que como pobre es erigido del estiércol.

19. Para que se siente con los príncipes, y tenga el trono de la gloria. ¿Pues qué príncipes son designados en este lugar sino los santos apóstoles? De los cuales príncipes sin duda se dice a Dios por el Salmista: Los constituirás príncipes sobre toda la tierra, se acordarán de tu nombre, Señor (Sal. XLIV, 17, 18). ¿Qué es que el pobre se siente con los príncipes, sino porque el orden de los predicadores, elegido de entre las naciones, obtiene en la santa Iglesia la cumbre de la autoridad apostó-

lica? En efecto, se sienta con los príncipes, porque desde el trono del magisterio celestial ofrece la doctrina de la salvación. Y tiene el trono de la gloria, porque esparce el olor de la buena fama a quienes aventaja en dignidad. O ciertamente tiene el trono de la gloria y se sienta con los príncipes, porque tanto irradia con el honor de la sublimidad como brilla con los milagros. Pero cómo debe usarla aquel que es elevado a tan sublime dignidad, lo indica cuando añade: (Vers. 8.) Pues del Señor son los quicios de la tierra, y puso sobre ellos el orbe.

20. Los cardos de la tierra son los extremos de la tierra. Empero con el nombre de cardos a aquellos mismos predicadores elegidos de las gentes quiso designarlos. Los extremos ciertamente de la tierra se dicen, porque de una cierta vil y abyecta gentilidad son producidos. Quienes por cierto cardos del Señor se dicen ser por la mortificación de la propia voluntad. Del Señor ciertamente son, porque no lo suyo buscan, sino lo que de Jesucristo es. Pero mientras del Señor se dicen ser, singular una cierta en ellos santidad se designa. Los que de cierto del Señor son, vean que sobre ellos el orbe es puesto, no bajo ellos. ¿Pues qué con el nombre de orbe sino para la santa Iglesia sujeta de los fieles la plenitud se designa? Sobre los cardos ciertamente de la tierra Dios al orbe puso, porque los predicadores para esto de la santa Iglesia son prepuestos, para que la enfermedad de ellos releven, y a los débiles también a la celestial patria, como carga sobrepuesta los porten. No, pues, deben siempre como prelados

aspicerse, sino algunas veces como sujetos, para que en disciplina para cohibir los vicios presidan, mas con la estimación y con la obediencia del ministerio a menudo subsidan a aquellos a los que preeminan con el cuidado de la prelación. Y porque grandes son las cargas que los predicadores sustentan, subraya y dice:

(Vers. 9.) Los pies de los santos suyos servará,

21. Como si dijera: Entre cargas tan inmensas corruerían, si los pies de ellos el Señor no servara. Los pies ciertamente de sus santos son los afectos de las mentes. Que de cierto por el Señor son servados, porque por ellos mismos la gracia de la mira devoción se infunde, por la cual tanta carga gratamente feren. Servar ciertamente los pies de los santos el Señor se dice, porque la mole de tanto peso fugarían, si esto intolerablemente gravoso, la caridad infusa de lo alto no se los levigara. Pueden también con la apelación de pies ser signados los estados de la fortaleza. Los pies empero de sus santos el Señor los serva, cuando con mira fortaleza los robora, para que entre tan inmensas cargas de ninguna manera caigan. Y porque no a un pie, sino que a pies servar se dice, ¿qué en el uno y en el otro pie de los santos entendemos, sino la fortaleza y la humildad? Para que no ruamos, pues, en uno y otro pie consistimos. Pues cualesquiera que a las greyes fieles presiden, en la vía, por la cual a la patria súperna tienden, a veces prósperas, a veces adversas encuentran. Pues las prósperas mismas, porque elación a la mente le excitan, a ella al caso grandemente la impugnan; verumtamen para que el elegido monte no caiga,

de aquí por subsistir se nite con el pie de la de la fortaleza, de allí consiste con el pie de la humildad. Firme ciertamente estado entre la una y la otra tentación retendría, si, consistiendo con tan sólida humildad, ninguna prosperidad a esta la elevaría, ninguna adversidad la deyectaría. 52 ¿Qué es, pues, lo que se dice: Los pies de sus santos servará, sino porque débil es toda virtud del hombre sin el auxilio del conditor? Enferma ciertamente es nuestra humildad, y mientras con el favor de la prosperidad es acariciada, por el impulso de inane alegría es postrada. Enferma es nuestra fortaleza, mientras por la adversidad es impingida, levemente es superada. Mas por las cosas tristes somos elididos, por las alegres enervados, cuando a nosotros a nosotros mismos el omnipotente Dios nos deserta, no cuando el auxilio de su protección impende. Dice, pues: Los pies de sus santos servará, porque el omnipotente Dios a nuestra enfermedad en ferir las cargas de nuestros súbditos la adyuda, para que a nosotros ni las adversas nos atieran, ni las alegres nos seduzcan. Entonces ciertamente por el Señor nuestros pies son servados, cuando, con divino auxilio roborados, a las obviantes alegrías del mundo contemnamos, a ningunas adversas formidamos, cuando con estable paciencia gratamente los males ferimos y con inconcusa humildad al sublime ánimo de vana delectación refrenamos.

22. Pueden empero los pies de los santos la fe y el amor del Redentor ser entendidos. Con los cuales ciertamente pies graden, cuando a aquel a quien por la fe los fieles creen con amor lo consi-

guen. Estos ciertamente pies serle a él servados del Señor postulaba, el que precaba, diciendo: Sobre lo excelso estatúyeme, para que venza en la claridad de él mismo (Habacuc III, 19). Sobre lo excelso es estatuido, a quien la divinidad del Redentor se le revela. Y en la claridad de él vence, porque mientras por los rayos de la claridad de él es ilustrado, todos los tentamentos del maligno espíritu son destruidos. Estatuido ciertamente en el monte los pies tiene, el que es arduo por la contemplación de la verdad, y por el amor de aquel a quien cree el unigénito del sumo Padre está succendido. Sobre lo excelso ciertamente Pedro había sido estatuido, el cual al confesar al Señor, diciendo: Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo, de inmediato oyó: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque carne y sangre no te lo reveló, sino mi Padre, que está en los cielos (Mateo XVI, 16, 17). Fundado enim por la fe, accendido por la caridad, al que amaba también predicaba. Bien, pues, del reprobo se subraya:

(Vers. 9.) Y los impíos en las tinieblas conticescerán.

23. Pues, ¿quiénes son los impíos en este lugar, sino los judíos son entendidos, que de la piedad de la fe verdadera son extraños, y por la muerte del Redentor cruentos? De los cuales rectamente se dice: En las tinieblas conticescerán, porque los santos sobre lo excelso estatuidos al Redentor del mundo, a quien en de la divina majestad la claridad consipicen, con eternas alabanzas confiesan. En las tinieblas por tanto callan los impíos, porque los judíos por eso al Redentor no predican,

por lo que inefable de la divinidad la claridad aquella no los ilustra a ellos. Escrito ciertamente está: Tóllase al impío, para que no vea la gloria del Señor (Isaías XXVI, 10). A estos ciertamente en tinieblas damnados intuyendo, Juan dice: La luz en las tinieblas luce, y las tinieblas no la han comprehensado a ella (Juan I, 5). De aquí David no optando, sino profetizando, dice: Obscurézcanse los ojos de ellos, para que no vean, y deorsum siempre a ellos incurva (Salmo LXVIII, 24). En las tinieblas, pues, callan los impíos, porque aunque los judíos de la divina Escritura los verba en las alabanzas de Dios profieran, mientras al Hijo niegan, a Dios Padre obsequios de voces ningunos consagran. Para Dios enim calla, el que, al Padre alabando, del Unigénito la alabanza calla. Mas al que crucificado desprecian, cuando el juez viniere expavescerán. De donde también se subraya:

(Vers. 9, 10.) Porque no en la fortaleza suya será roborado el varón, al Señor formidarán los adversarios de él.

24. Ahora empero en la infidelidad es duro, fuerte en error es, y a quien Dios contemne creerlo, a él audazmente blasfemarlo no metúa. Como el varón siquienda ahora no puede ser vencido, mas entonces como varón de ningún modo será roborado, cuando el que por las insidias de ellos 53 crucificado ha sido, en la majestad suya conspecto fuere. Entonces formidarán los adversarios de él, cuando de el crucificado la virtud por la virtud moverse consipiceren todas las cosas, cuando a su juicio universales cosas ser sometidas, cuando por los excelsos cielos tronando a

juicios oyeren de su eterna damnación. De donde también se subraya:

(Vers. 10.) Y sobre ellos en los cielos tronará.

25. ¿Quiénes enim por el nombre de los cielos en este lugar, sino los santos apóstoles son designados? A los cuales cielos ciertamente de su sublimidad la gloria el Señor reprometiendo, dice: Sedeareis sobre las sedes juiciando a las doce tribus de Israel (Mateo XIX, 28). De estos de cierto los truenos de los cielos a los judíos el Señor insinuando, dice: Ellos, los juiciadores vuestros serán (Lucas XI, 19). Sobre los judíos, por tanto, impíos entonces en los cielos tronará, porque de los santos apóstoles entonces los terribles juicios de su damnación oirán, para que a el examen de ellos sientan sentencia de la muerte eterna la reciban, los cuales a los predicantes con humildad los bienes de la vida eterna los afligían con las persecuciones. Pero porque estas cosas del extremo juicio han de ser entendidas, sigue:

(Vers. 10.) El Señor juiciará los fines de la tierra.

26. ¿Quiénes son los fines de la tierra, sino las últimas cusas de este mundo? Los fines empero de la tierra el Señor juzga, para que de su equidad la sentencia impunida o irremunerada a ninguna derelinque, porque mientras en el juicio a los extremos concluye, ningunas cosas para ser discutidas de desierta.

(Vers. 10.) Entonces sublimará al cuerno del Cristo suyo.

27. Cuando a todos los elegidos en la eterna contemplación de su Unigénito los reciba, para

que a ellos aquella eterna e inefable Majestad les presida, a quienes mientras en la peregrinación de la vida presente vivían consigo no estaban. Entonces sublimará al cuerno del Cristo suyo, cuando en su celsitud 54 se aspicirá la sublimidad del Redentor. De esta sublimidad por Juan se dice: Lo veremos así como es (I Juan III, 2). Pues la potestad o el reino de nuestro Señor Jesucristo siempre es igual; pero entonces se dice ser sublimado, cuando tales seremos para que la sublimidad de él intüir valamos; pues cualquier cosa que ahora de aquella sublimidad la humana mente para sí puede fingir, omninamente nada es en la comparación de la gloria de él. Pues escrito está de ella: Lo que ojo no vio, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre ascendió, las cuales preparó Dios a los que lo diligencian a él (Isaías LXIV, 4; I Corintios II, 9). Primero, pues, a Cristo le es dado imperio, deinde el cuerno de él será sublimado, porque entonces de la sublimidad de él la celsitud se aspicia, cuando nuestra también naturaleza de de su corrupción el imo se subleva, cuando de su renovación la integridad al resurgir la suscipe, por la cual a la preexcelsa lumbre contemplar vala del Redentor.

28. Si en verdad en el cuerno aliquien quiere que el reino se entienda, por el reino de Cristo la santa Iglesia se designa. El cual de cierto cuerno será sublimado, porque nuestros imos a la igualdad de los ángeles serán perducidos. Por lo cual y de los elegidos en el Evangelio el Señor dice: Eran como los ángeles de Dios en el cielo (Mateo XXII, 30). De esa de su cuerno sublimidad iteramente

dice: Fulgirán los justos sicut el sol en el reino del Padre de ellos (Ibíd. XIII, 43). Será sublimado por tanto el cuerno de Cristo, porque la santa Iglesia en la eterna contemplación de su Redentor será extollida; y la que ahora en este valle de la miseria de su deposición por la pena es deprimida, absorteada entonces la muerte, renovada en la cumbre del eterno gozo, sublevada será. Pero a estas cosas ya por típica explanación las hemos proferido, resta que en el volumen secuencial moralmente las expresemos.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

53 1. En el superior libro, mientras de la sagrada historia el texto moralmente discutíamos, de Ana la fecundidad en de sumas contemplación la perfección la pusimos, porque concebir para la mente es de la suma de Dios omnipotente contemplación inefablemente gozar, parir empero es en la mente de la concepta caridad las insignias ocultarlas no poder. Ahora empero para la pariente a decir cántico, ¿qué es, sino al conditor, a quien inefablemente diligencia, con verdaderos pregones predicar? Dice, pues:

(I Reyes II, 1.) Exsultó mi corazón en el Señor.

2. Mas ella que comió y bebió, que amargo ánimo tuvo, que lloró largamente, que voto vovió, porque aquella mente a omnipotente Dios dignamente alabar puede, que con dignos agones a de la caridad suya la suma perviene, esta ciertamente con diuturno uso contemnar todas las cosas ha

aprendido; y mientras cunctas creadas cosas de la intención las abyecta, tanto más ampliamente en la visión de la eterna majestad goza, cuanto de alguna criatura la especie en el de sí amor a esta retener no prevale. Esta, pues, dice: Exsultó mi corazón en el Señor, que a él, contemnadas todas las cosas, sólo ama. En este por cierto afecto había venido, el que decía: ¿Qué para mí resta en el cielo, y a partir de ti qué quise sobre la tierra? (Salmo LXXII, 25). De aquí en Dios exsultando, dice: Tu rostro, tu rostro, Señor, requeriré (Salmo XXVI, 3). De aquí la esposa en los Cánticos pide, diciendo: Ósculeme con el ósculo de su boca (Cánticos I, 1). Mientras, pues, dice: Exsultó mi corazón en el Señor, ¿qué otra cosa 54 sino que en de él a sí mismos ósculos haberse inhaesado al que ardientemente diligencia se gloría? Y por idcirco ella sola estas cosas dice, que experta conoce qué fuerza de amor sea en el tálamo del esposo. Cunctitas ciertamente de las pasiones con victorias ilustrada, y prelata con el culmen de virtudes, a aquella sublimidad perviene a partir de la cual por el gozo de la mira devoción y de la exsultación el corazón suyo en Dios lo puso. Y porque el corazón suyo dice, ¿qué otra cosa sino de su mente la libertad asereó? Los reprobos ciertamente los corazones suyos no tienen, porque a aquellos el diablo los posee. De donde y del proditor se dice: Cuando el diablo ya hubiere misado en el corazón, para que lo entregara Judas de Simón Iscariote (Juan XIII, 2). Pues si Judas el corazón suyo, y no el diablo, lo poseyera, él mismo más bien en él algo bueno que el diablo algo malo lo pusiera. A lo cual al

contrario el varón elegido habla, diciendo: A mi alma la porto en las manos mías (Job XIII, 14). ¿Pues qué otra cosa las manos del elegido es sino la potestad de la interna libertad? ¿Qué, pues, le es a él, al alma en las manos portar, sino de la interna libertad la gloria en la potestad retenerla? Cuantas veces, pues, gravemente delinquimos, nuestro corazón nosotros no lo tenemos. Por lo cual y Jeremías al judaico pueblo que gravemente delinquía improperando, dice: Oye, pueblo estulte, y que no tienes corazón (Jeremías V, 21). De aquí ítem converso otro profeta a Dios confiesa, diciendo: Invenó tu siervo al corazón suyo (II Reyes VII, 27). Dice, pues: Exsultó mi corazón en el Señor, para que la libertad de la mente aseverase, sin la cual a Dios dignamente alabar no podría. Sigue:

(Vers. 1.) Exaltado es el cuerno mío en mi Dios.

55 3. En el cuerno de la elegida mente la intención se designa, la cual admirablemente se extolle cuando gozando perviene a aquel que sobre universales cosas consiste. De donde también al cuerno suyo no en otro alguién exaltado lo asevera, sino en Dios. Pues el que los transeúntes bienes ama, de este ciertamente la intención deprimida, no exaltada está, porque en lo imo se fija donde por el deseo se loca. De aquí es que en el Evangelio el Señor dice: Donde está el tesoro tuyo, allí está también tu corazón (Mateo VI, 21; Lucas XII, 34). Exaltar, pues, el cuerno nuestro quería el Señor, cuando decía: Tesorizad para vosotros tesoros en el cielo (Mateo VI, 20, 33). Exaltado cuerno tenían aquellos a los que Pablo

se conformaba, diciendo: Nuestra conversación en los cielos está (Filipenses III, 20). Pero el que las cosas celestiales solamente ama, si aquella de la íntima dulcedumbre la suavidad gustar no conoce, aunque grandemente exaltado sea, a de esta exaltación empero la sublimidad no ha pervenido. Aquel, pues, con esta exaltación sublime es, que por los incrementos de las virtudes proficiendo, la sublimidad de la suma contemplación ha obtenido, no sólo para que perfectamente las cosas celestiales ame, sino también para que con la perfección del amor en la sola del omnipotente Dios contemplación requiesca. En Dios exaltado el cuerno tiene, el que del interno lumbre por alta visión frui, en la cual por familiar una cierta singularidad se gloría. Por lo cual no dice, En el Dios nuestro, sino en el Dios mío. Pues mío de aquel dice al que familiar y singularmente diligencia. A la cual percierta dignidad de divina familiaridad había pervenido, el que decía: Mi Dios eres tú, y confesaré a ti: Mi Dios eres tú, y a ti te exaltaré (Salmo CXVII, 28). De aquí Isaías dice increpando a los incrédulos: ¿Acaso poco es para vosotros ser molestos a los hombres, por cuanto que molestos sois también a mi Dios? (Isaías VII, 13). La que, pues, por la exaltación el cuerno en Dios le es sustollido, a Dios suyo singularmente confiesa, porque la suma aquella infusión de divina dulcedumbre a la exaltada mente, y de sí a ella susceptible, y sumamente familiar la hace. Sigue:

(Vers. 1.) Dilatada es mi boca sobre los enemigos míos.

4. ¿Quiénes son los enemigos de la elegida mente, sino los espíritus malignos? ¿Qué es, pues, la boca dilatada sobre los enemigos tener, sino a todas de los malignos espíritus las persuasiones con amplísima de la infusa gracia a sí misma largura reprobarlas? Angosta ciertamente boca tiene, el que a todos los fraudes de los malignos espíritus por la consideración de la razón contraír no prevale. La boca ciertamente de la mente es la razón de ella, y hablar deliberar. Pues la boca es repletada cuando de la mente la razón por la infusa a sí gracia a la contemplación de la suma verdad es attollida. Ser repletada ciertamente para ella es por la ilustración de la suma verdad ser imbuída. Allí ciertamente discierne, y lo que eternalmente apeta, y lo que temporalmente contemna. Y porque la suma verdad el amor es, con la sutileza de la verdad es attollida la elegida alma, y de aquella cosa por la caridad, que hubiere discierto, se inflama, y tanto más estrictamente serva el magisterio, cuanto más fervientemente eso a sí le enviscera la fuerza del amor. A la que sin duda aunque los malignos espíritus le sugieren cosas malas, por la apertura de la dilatada boca son confundidos, porque, con la verdad de la suma sabiduría instruida, y por las faces del sumo amor accendida, tiene ya contra la sugestión del error inmensa luz de sabiduría, tiene y contra la oblada de este mundo pompa inefable caridad. En la inmensidad de la luz ve las cosas que reprobe, mas por la fuerza de la suma caridad ama inefables cosas reprobar las cosas ineptas que conoció. Por la sabiduría reprende

las cosas malas sugeridas, pero en la virtud de la caridad, siendo reprehendidas, las redarguye. La boca, pues, sobre los enemigos dilata, porque por la abundancia de su razón contra los demonios muchas cosas delibera; y tanto más agudamente destruye las cosas que ellos objetan, cuanto aquello por donde las cosas malas sugeridas reprobe en lo sublime lo agnosce. De donde de inmediato insinuando la causa, dice:

56 Porque me he alegrado en el salutario tuyo.

5. Lo cual ciertamente tal es como si dijera: Por cuanto exaltado es el cuerno mío en el Dios mío. Esto ciertamente es alegrarse en el salutario de Dios, que exaltado el cuerno tener en el Dios suyo. Lo cual no de cualquier alegría del salutario se recibe, sino de aquel perfectísimo gozo, con que la elegida y perfecta alma al modo de la esposa se goza en el esposo. De la cual sin duda alegría David suplica, diciendo: Devuélveme la alegría del salutario tuyo, y con espíritu principal confírmame (Salmo L, 14). La que, pues, de dilatada la boca tener sobre los enemigos suyos se gloría, en el salutario de Dios primero haberse alegrado se describe, porque aquella bienaventurada mente válidamente reprobar de los malignos espíritus las persuasiones podrá, la cual en la del Redentor divinidad por la contemplación sublimemente asumida, de él y de la sabiduría recibe la magnitud, y la plenitud de la caridad. Al cual ciertamente con dignas alabanzas predica, diciendo:

(Vers. 2.) No hay santo como es el Señor; pues ni hay otro fuera de ti, y no hay fuerte como el Dios nuestro.

6. Pues con estas de Ana voces cada cual elegida alma esto al Redentor clama en la alabanza, lo que de él cree en el don. Pero de este de la piadosa confesión orden el orden se insinúa, por el cual los mismos bienes del don que seriadamente profirió consigamos. Santo, pues, el Señor y fuerte se aserta, por el cual somos santificados, al descanso somos conducidos, y somos glorificados. La santificación del Señor recibimos en la virtud de la regeneración; el ser empero, esto es el descanso de la de esta mutabilidad corrupción, en la terminación del exilio, la fortaleza en el triunfo de la resurrección. Primero, pues, de estos dones en esta vida conseguimos, cuando de cada uno de los elegidos el alma en la carne está, pero entrambas todavía en el agón de la obra puestas; lo siguiente empero en la sola alma fuera de la carne, después de la de la carne vida, y ya de los de esta vida trabajos asumida; lo último verdaderamente, en carne y alma, pero entrambas ya por la gloria de la eternidad innovadas. Primero, pues, santo se dice, porque a los regenerados por el lavacro de la salud la caridad de Dios en los corazones nuestros es infundida, por cuya gracia a los de la eterna patria bienes somos preparados, para que mientras esta vida por el tiempo de su decorsión se desliza, aquella nos vida reciba, de cuyo gozo de aquí de los elegidos saliendo las almas sin de la muerte pavor se potien. Después el ser a él se le adscribe, porque seguros del día de nuestra consumación, a saber la claridad de la última resurrección, esperamos, mientras en aquel don del recibido descanso aprendemos de la extrema

examen la discusión no temer, sino de la prometida gloria la alegría esperar. En el último empero lugar fuerte se aserta, porque en el gozo de la futura resurrección las enfermas cosas nuestras se robustecen, cuando la carne surge del polvo; pero el mismo del polvo de la carne nuestra trasladado a la de la perpetua incorrupción gloria, a la de la fragilidad suya miseria más allá no vuelve. Pero y de notar porque en estos tres de uno a otro somos conducidos; pero cuando tener no el hábito comenzare, el que esto recibe que no tuvo, lo que antes había tenido no lo pierde. Pues cuando de la santificación al descanso somos perducidos, y del descanso de la mente somos perducidos al robustecimiento de la eterna incorrupción, y la santificación de la caridad se nos aumenta en aquel descanso, y el descanso y el amor excresce grandemente en la resurrección. Pues al Hacedor suyo cada una de las almas por el amor conjunta en tantos dones intuyendo, con las voces de Ana diga cuán bien le sabe el don de la perfecta regeneración y la fuerza del amor. Diga: No hay santo, como es el Señor. Diga cuán mejor don para sí es la promesa del descanso en la hora de su tránsito: Ni hay otro fuera de ti. Diga cuán óptimo para sí placiente premio sea la última renovación suya, en el gozo del perfecto espíritu suyo y de la glorificada carne. Diga: Y no hay fuerte, como el Dios nuestro. Y de notar porque esto en el cántico de la preces Ana lo habla. Pues a la elegida mente esto en el cántico es pedir, los dones tan grandes con gozo desear. El pedir ciertamente para ella es desear, y el gozar cantar. Pero la que tan gozosa-

mente los de la dignidad suya dones contempla, cuán fuertemente a los ocultos enemigos exprobre innotescit. Pues sigue, y dice:

(Vers. 3.) No queráis multiplicar hablar las cosas sublimes gloriándoos, recedan las cosas viejas de la boca vuestra.

7. Sublimes ciertamente y veteranas cosas los espíritus malignos hablan, cuando las altas cosas que se ven de este siglo que han de ser apetecidas a los fieles las sugieren. Quien, pues, su cuerno en Dios exaltarlo ya aprendió, quien ser tenido en el gozo de la Majestad conoció, cualquier cosa que se le ofrezca del blandimento del siglo que labil es, exprobrándolo lo desprecia, diciendo: No queráis multiplicar el hablar cosas sublimes gloriándoos, recedan las veteranas de vuestra boca. Como si abiertamente hablara, y dijera: Por esto a mí las cosas que se me ofrecen me displicen, por cuanto que por el deseo veo otras que grandemente me placen.

8. Lo cual por cierto decírselo, porque le compete al que ya idóneo para el ministerio de la predicación es agnoscido, aptamente también contra los arrogantes sapientes, y contra los negligentes de la santa vida profesores, estas cosas proferidas se sienten. Altas ciertamente cosas gloriándose habla, el que por la ciencia que acipició se gloría de entenderlas sublimemente. Veteranas en verdad habla, el que, pospuestos de la santa Escritura los elocuios, con seculares palabras se ocupa. Se dice itaque a los arrogantes: No queráis hablar cosas sublimes gloriándoos. Con las cuales ciertamente palabras se ostiende que

no el modo de la locución prohíbe, sino el afecto de la intención. Como si abiertamente dijera: sublimes cosas hablad, mas de eso que alto se dice gloriarse refugid. De donde y Pablo píamente al discípulo amonesta, diciendo: No quieras lo alto saber, mas ateme (Romanos XI, 20). No dijo No alto hablar, sino No quieras lo alto saber; así como y aquí no se dice No queráis hablar cosas sublimes, sino No queráis gloriándoos hablar, porque los sagrados elocuios más altamente han de ser exquiridos, pero cuanto más altamente exquiriendo proficien, a sí mismo cohibir del fasto de la vana gloria debe por la custodia de la humildad. Sé dice también a los que ociosamente hablan: Recedan las veteranas de vuestra boca. Veteranas ciertamente son las palabras del siglo, porque mientras en ellas del elocuente el ánimo por la intención se fija, del decoro de su devoción es expoliado. Por lo cual a aquellos sublimes gloriándoos hablar no deben, y por qué de la boca de ellos los veteranas cosas deban receder, esta causa lo demuestra, que se subraya:

(Vers. 3.) Porque Dios de las ciencias el Señor es.

9. Oiga itaque el que sabe y arrogante es que no él mismo de las ciencias el señor es, sino Dios. Pues rectamente el gloriante lo diría, si de aquella por la que se atumesce ciencia, no el omnipotente Dios, sino él mismo el señor hubiera existido. Oigamos y nosotros, cuando hablamos las palabras del siglo, que Dios de las ciencias el Señor es. Ya ciertamente de los elegidos las mentes no sólo de la del Nuevo, sino también de la del Viejo

Testamento la ciencia las innova; pues vino el que habría de decir: He aquí nuevas las hago todas las cosas (Isaías XLIII, 19). Como, pues, tantas nuevas tengamos las cuales hablar podamos, veteranas cosas hablarlas sin culpa de ninguna manera valemos. Recedan por tanto de nuestra boca las veteranas, para que cuando la culpa de la damnada vetustez también del sermón se compesca, en la del nuevo hombre pulcritud transemos. Lo cual de cierto si lo contemnemos, oigamos:

(Vers. 3.) Y de él se le preparan las cogitaciones.

10. Como si de una menor culpa, subentenida la comparación, 58 a nosotros nos terrifique, diciendo: De aquí los que ociosamente hablan cogitan cuán metuenda culpa de locución deban, si el a quien por el hablar se delinque las excedes incluso de las cogitaciones al examen de su juicio las serva. Oigan ítem los arrogantes lo que sigue:

(Vers. 4.) El arco de los fuertes superado ha sido, y los y enfermes acincteados han sido por el vigor.

11. Ya ciertamente en la alegórica exposición dijimos que los inmundos espíritus con de estos fuertes la apelación se designan. Los que sin duda porque de la celestial gloria soberbeando cayeron, aptamente a los elatos doctores para terror se proponen, para que de sí tanto ya humildemente sientan cuanto también a los ángeles de la superna gloria lapsados por el apetito de la vana gloria contemplan. Lo cual también que el Redentor nuestro en los elatos discípulos obró recolectamos, los que como a sí sujetos a los demonios

tener yactaran, de él de inmediato oyeron: Veía a Satanás, como fulgor del cielo cayendo (Lucas X, 18). El arco itaque de los fuertes es la soberbia de los espíritus malignos. Pero se dicen fuertes, o porque de sí grandes cosas sintieron, o por cuanto que al humano género con el ímpetu de grandes tentaciones venzan. Cuyo profecto arco mientras la intención impía tendió, yacer de la malicia los yáculos sobre sí en el conditor estudió. Pondré, dice el príncipe de ellos, la sede mía al Aquilón, seré semejante al Altísimo (Isaías XIV, 13, 14). Pero superado ha sido el arco de los fuertes, porque Dios de los apóstatas espíritus a la soberbia resistió, del cielo los precipitó, de la condicional gloria de la virtud los exuó, para que en los lapsados ángeles el hombre discería qué temería. Pues qué del aéreo vaso será hecho, si Dios ni a los áureos de la soberbia de fetor plenos ignosce? De donde y Pedro en la Epístola suya habla, diciendo. Dios a los pecantes ángeles no peperció, sino que con rudentes del infierno detractos al tártaro los entregó para ser reservados en el juicio (II Pedro II, 4). Como si, pues, el elegido y humilde predicador a los soberbeantes dijera: Para que ceséis de la elación, en los conformes a vosotros ángeles, a saber los lapsados, de la damnación debida las penas aspicid.

12. Y a quiénes imitar deban proponiendo, dice: Y los infirmes acinctos han sido por el vigor. Si por causa de la presunción de la estimación los malos ángeles fuertes son llamados, de los infirmes la apelación rectamente a los beatos espíritus conviene, los cuales de sí ninguna cosa

presumiendo, a la virtud suyo opífice por perpetua humildad sujetos están. Los infirmes acinctos han sido por el vigor, porque, por el mérito de la voluntaria sujeción, los santos ángeles del interno amor con el vínculo a su conditor conjuntos están. A los cuales aptamente de la accincción el nombre congrúe, porque el acincto cualquiera, con aquello con lo que es ceñido por cinctorio, de toda parte es retenido, porque a saber los beatísimos aquellos espíritus así han sido en la eternidad solidados, que no de ella caer uncuam (alguna vez) puedan. De aquí es que a Daniel en Babilonia predicando el ángel es enviado, el cual acincto por obrizo se le perhibe (Daniel X, 5). De aquí es que al ángel con el cual en el Apocalipsis Juan coloquio tuvo con áurea zona a las mamilas circundado lo conspició. Porque en verdad los propios beatos espíritus del de la humildad mérito en del amor la gloria surgieron, pero porque a la misma gloria en el complexo de la eternidad la tienen, y en el temor de la amisión no la tienen, gloriosos síquidem inefablemente son, pero aquella inefable gloria amitir nunquam (nunca) pueden. Para que itaque desine de gloriarse, oiga el arrogante: El arco de los fuertes superado ha sido. Y para que damnada la culpa de la soberbia proficijan en la humildad, se le dice: Los infirmes acinctos han sido por el vigor. El vigor pues a los infirmes se impende, cuando por el mérito de la sujeción a los mites se les infunde la virtud de la superna caridad. Somos acinctos también cuando para de la palabra el ministerio preparados somos. Bien itaque los

acinctos por el vigor infirmes en la alta locución 59 a los gloriantes se anteponen, porque los que en ministerio enviados son espíritus, por causa de los que la heredad capien de la salud, antes que fueran acinctos para el ministerio humildes fueron. Pues antes se memora la infirmitad, después en verdad la accincción del vigor. A estos de cierto para nosotros accinctos Pablo insinúa, diciendo: ¿Acaso no todos son administratorios espíritus, en el ministerio enviados, por causa de los que la heredad capien de la salud (Hebreos I, 14)? De los cuales y el profeta también habla, diciendo: Milia de milias le ministraban a él (Daniel VII, 40). Como si, pues, dijera: Primero a vosotros mismos os agnoscid, y así a vosotros para de los otros la salud os preparad, porque el bien de la predicación entonces bien impletado es, cuando el predicador que es sublime en la palabra humilde ser satagiza en el ministerio. Mas porque a los soberbios y arrogantes predicadores hablando redarguye, subda, diciendo:

(Vers. 5.) Los repletados antes, por panes a sí mismos se locaron, y los famélicos han sido saturados.

13. Los repletados antes aquellos son que, mientras del tumor los cibos (alimentos) en de la mente la refección suscipitúan (reciben), las delicias de las santas virtudes, cual con el cibo ya plenos, captar no pueden. Pero sin embargo por panes a sí mismos se locan, porque en las Escrituras que entienden juxta (junto a) la magnitud de la sabiduría a sí mismos percibir los espirituales dones de las virtudes putan (piensan). Pero ser

saturados no pueden, porque a la repletación de la arrogancia los dones del Espíritu Santo añadir de ninguna manera pueden. Él mismo pues el espíritu de la disciplina efigió lo ficto, y no habita en el cuerpo pleno de pecados (Sabiduría I, 5). De aquí también escrito está: Dios a los soberbios resiste, a los humildes empero da la gracia (I Pedro V, 5). En vano, pues, las cosas que son de Dios acipicir (recibir) gesticulan, los que en eso que soberbean al largidor de los dones a sí mismo adversante lo rinden. Ser saturados, pues, nequejen (no pueden), porque los dones de las espirituales gracias no adipiscen (alcanzan). ¿Quiénes en verdad son los famélicos, sino los de los cibos de los vicios vacuos, del tumor yeyunos (ayunos)? Los famélicos, pues, saturados han sido, porque los santos varones de la humildad del arce (cumbre) preditos, mientras de sí altas cosas no sienten, altos de las virtudes dones promerencen. Pues por de la humildad el bien, del Espíritu Santo en sedes se hacen, el cual mientras en sí manente lo recipien, con de él los dones más plenamente son repletados. De donde y por el Profeta el Señor dice: ¿Sobre quién requiesce el espíritu mío, sino sobre el humilde, y quieto, y que treme (tiembla) a los sermones míos? (Isaías LXVI, 2). Grandemente, pues, saturados son los famélicos, porque en de los dones la plenitud sobre los humildes el Espíritu Santo requiesce (descansa).

14. Lo cual sin embargo contra los negligentes del sacro altar ministros y los audaces del dominico cuerpo susceptores decirse no inconvenientemente se puede. Los repletados en verdad

antes son, y de los vicios por el cibo saturados, los que por pan a sí mismos se locan, porque el cuerpo para la susceptipulación (recepción) de la Eucaristía preparan. Los que sin duda comeden, y saturados ser no pueden, porque aunque al sacramento por la boca perciben, por la virtud del sacramento de ninguna manera son repletados. De la virtud, pues, aquella del sacramento por ideocirco yeyunjan, porque primero repletados habían estado (fueran). De la salud ciertamente el fructo no perciben en la comestión de la salutaria hostia, los que aquellas con las cuales a sí mismos los habían repletados flagicios portan en la mente. No son saturados, pues, sino los famélicos, porque de los vicios perfectamente yeyunando divinos sacramentos perciben en plenitud de la virtud. Y porque sin pecado elegidos también los varones ser no pueden, ¿qué resta, sino que de los pecados por los que a ellos la humana fragilidad macular no desina ser evacuados cotidianamente de conarse? Pues el que cotidianamente no exauripe (agota) lo que delinque, aunque mínimos son los pecados que cangere (reúne), paulatinamente el alma se repeta, y a ella meritamente aúfan (quitan) el fructo de la interna saturidad. A esta repletación de nosotros de evacuar Pablo insinuando, dice: Pruebe a sí mismo el hombre, y así de pan aquel eda (coma), y del cáliz biba (I Corintios XI, 28). ¿Pues qué es en este loco 60 probar, sino, evacuada de los pecados la nequicia (maldad), a sí probado para la dominica mesa, y puro exhibirse? De los repletados también subda: Pues el que manduca

y bebe indignamente, el juicio para sí manduca y bebe. Los que, pues, cotidianamente delinquimos, cotidianamente para de la penitencia los lamentos curramos, porque esa sola es la virtud la que evacua lo que en el vientre del alma la culpa coaduna. Y entonces verdaderamente los famélicos son saturados, porque cuanto más estudiosamente somos mundados por el lamento de la penitencia, tanto el uboror (más fértil) de divina de la gracia fructo recipiamos (recibimos) en la espiritual refección. Lo cual sin duda de los elegidos como saturidad, porque usque (hasta) en el del mundo fin se extiendese, se subda, y dice:

(Vers. 5.) Hasta que la estéril paripijó a plurímos, y la que a muchos hijos tenía se la infirmó.

15. La cual itaque con la apelación de esta estéril se designa, sino aquella de la cual Pablo habla, diciendo: ¿La cual arriba está Jerusalén libre es, la cual madre nuestra es (Gálatas IV, 26, 27)? De donde y pablo (poco) después el vaticinio de Isaías a ella se lo coaptó, diciendo: Pues escrito está: Alégrate estéril la que no pares; irrumpe y clama, la que no parturejas (das a luz), porque muchos los hijos de la deserta más que la de aquella que tiene varón (Isaías LIV, 1). Mas ¿de qué modo Jerusalén estéril, a saber de los beatos ángeles la santa sociedad, es entendida, cuando juxta el significado de la voz de ella de la eterna visión de paz con perenne gozo sea fecunda? Pero si madre es de los elegidos hombres, estéril profecto (ciertamente) era cuando el humano género en Adán había perecido. Pues velut (como sí) parturir (dar a luz) no pudo, cuando a aquel en el que el

seno de su fecundidad extender debió por las persuasiones del lapsado espíritu lo amisió (perdió). Tandiu (Tanto tiempo) son accingidos (ceñidos) los infirmes donec (hasta que) la estéril paripijje (dé a luz), porque del válido ministerio de los ángeles humildes a eso usque (hasta) indigemos, donec cuantos para la vida predestinados han sido del humano género, usque en el fin del mundo sean colligados (reunidos). Mistará pues el Hijo del hombre a los ángeles suyos, y colligarán a los elegidos suyos de los cuatro vientos (Mateo XXIV, 31; Marcos XIII, 27). Para colligarlos a ellos pues entonces han de ser enviados, en cuya salud cotidianamente son enviados, porque para el reino no los colligarán, sino a los cuales por el vigor de la suya accinción ahora la adjutoría les preban (brindan). Usque también en el fin del mundo los famélicos son saturados. Mas y bien a plurímos esta estéril paripijar se doce (dice), porque no todos los hombres, sino los elegidos solomente a los eternos gozos son perducidos. Aptamente igitur también paripijar se dice, porque por el ministerio de los ángeles somos docidos (enseñados) a petere (pedir) las supernas cosas, para que a de los de ellos bienes pervenir prevaljemos. Mas cuando esta estéril paripija, la que a muchos tenía por hijos es infirmada, porque cuanto más plenos los lucros de los elegidos por los ministerios de los ángeles de los supernos reinos perciben, los de la de esta Babilonia hijos son minuidos. Pues velut infirma en el su parto (dar a luz) está, la que por el inordinado amor de las cosas transeúntes, como suele, a los hijos gigere (engendrar) de nin-

guna manera puede. Para dondequiera pues ya a los celestiales reinos predican, los que profecto mientras de los fieles las mentes oídas los diligencian (aman), mientras a los mismos también con buenas morales los inquieren, velut en su partu Babilonia se es stringida (restringida), porque la madre nuestra Jerusalén a ellos por el orbe para Dios paripijja, a los que aquella con el laso (cansado) útero de la perdición a la gehenna paripijar consuetó (acostumbró). De los cuales sin embargo el vigor de los accingidos no a los mismos, sino a aquel a partir del cual acingidos son se le adscribe. Aptamente itaque se subda:

(Vers. 6.) El Señor mortifica, y vivifica.

16. En las cuales por cierto voces también el orden ha de ser notado. Primero ciertamente mortificar se dice, deinde (después) vivificar, porque a menos que al siglo amarlo desistimos, a Dios para por el amor vivir no valemos, Juan atestándolo, el que dice: El que diligencia (ama) al mundo, no está la caridad del Padre en él (I Juan II, 15). De donde y el que a sí mismo mortificado y vivificado, el que a sí prostrado y erecto rememoraba, 61 loqueaba (hablaba), diciendo: Para mí el mundo crucificado ha sido, y yo para el mundo (Gálatas VI, 14). Vivía, mas no con la vida del mundo, porque decía: Vivo ya, no yo, vive en verdad en mí Cristo (Ibíd., II, 20). No, pues, o de los accintos alguién, sino el Señor mortifica y vivifica. Ciertamente, pues, el ser mortificado y el ser vivificado es el ningunas presencias concupisar, y las eternas desear. A quien itaque de estos muneres (dones) hayan de ser deferidas las gracias

expone, diciendo: El Señor mortifica y vivifica. De donde y el saepe (a menudo) ya nominado de las gentes predicador dice: Ni el que planta es aliquid (algo), ni el que riega, sino el que el incremento da que es Dios (I Corintios III, 7). Mas con quo orden el omnipotente Dios esas cosas en los elegidos la operaja, la expone, diciendo:

(Vers. 6.) Duce (Lleva) hacia los ínferos, y reduce (devuelve).

17. Para que mortifique ciertamente, conduce a los infiernos; y para que vivifique, reduce de los infiernos. Pues para el omnipotente Dios conducir a los infiernos es los corazones de los pecadores con la consideración de los eternos cruciados aterrar. Para él también reducir de los infiernos es las aterradas mentes de los penitentes y de los que los pecados cometidos lugen, con la esperanza de la vida indeficiente attollere. Pues entonces de pecar desistimos cuando, con la superna gracia mollificados los corazones, los futuros tormentos formidamos. Y de los infiernos somos reducidos cuando, por el interno visitados consuelo, a la esperanza del perdón desde el lamento de la penitencia respiramos. Aptamente, pues, el Señor conducir a los infiernos y reducir se dice, porque la humana dureza en la predicación del hombre solo, ni por el terror es concutida, ni por el amor es sublevada. Pues si de los doctores fuera mortificar a cuantos de ellos la predicación tangiera, de pecar desistirían; y si de ellos fuera vivificar, cualesquiera que de ellos las cosas celestiales oyeran, a ellas nos de inmediato con todo conato para perquirirlas de su

íntimo afecto el amor accendería. Ahora empero, cuando a menudo a los pecadores los eternos suplicios amenazan, cuando aquellas que pueden para ellos celestiales bienes predican, y ni los suplicios temen, ni las cosas alegres concupiscen, clamemos con las voces de Ana en las alabanzas de Dios, y a él también aquello, que por medio de ellos algunos profician imputando, digamos: El Señor mortifica y vivifica. El Señor, pues, conduce a los infiernos, y reduce, porque aquellos pueden los futuros tormentos temer, aquellos los supernos gozos amar, en los cuales por aquellas voces que afuera el hombre habla adentro la piedad de Dios obra. Es empero en lo que cada uno a sí mismo se conozca, si ya a los infiernos conducido y reducido haya sido, si al mundo murió, para los cielos vive; pues si es elegido, proficere. Sobre el mismo, pues, provecho subraya:

(Vers. 7) El Señor pobre hace y enriquece.

18. Los ricos del siglo por eso de la larga facultad se glorían, porque con el alto e incomprensible juicio de Dios los celestiales para ellos bienes escondidos están. El Señor, pues, hace pobres, porque mientras los eternos para los elegidos bienes insinúa, tanto se tienen por más pobres, cuanto de las verdaderas riquezas se ven expulsados. De donde también aquel rey que por la posesión del siglo latidísimo era, porque para él las verdaderas riquezas el Señor había mostrado, clamaba a él, diciendo: Mira en mí, y ten misericordia de mí, porque único y pobre soy yo (Salmo XXIV, 16). De aquí el profeta Jeremías, de cada uno de los elegidos la iluminación en

sí expresando, dice: Yo soy el varón viendo la pobreza mi (Lam. III, 1). Pobre, pues, para el Señor hacer es en la contemplación de los bienes perennes de los elegidos las mentes al desprecio de todas las cosas visibles excitar. Pero a quien las sumas revela, quien las mismas sumas por más largo tiempo con el precio del trabajo han de ser buscadas insinúa, diga que el que pobres hace, también enriquece, porque sin duda mientras del omnipotente Dios el conocimiento de los bienes celestiales percibimos, de él también la virtud conseguimos, para que con digno 62 por ellos trabajo certemos. Bien empero se subraya:

(Vers. 7.) Humilla y subleva.

Porque en la contemplación de las cosas celestiales cuán abyectos están en la tierra contemplan, mas en la misma abyección de la temporal inopia por la gracia de Dios de los méritos con las plumas se sublevan a los gozos de la perenne vida. La humildad, pues, perciben en la estimación del exilio, la sublimidad empero en la preparación de la santa operación. Sigue:

(Vers. 8.) Suscita del polvo al egén, y del estiércol erige al pobre, para que se siente con los príncipes.

20. Pues polvo es la sutil deliberación del pensamiento ilícito, la cual a aquella mente en la cual insidie feda (sucia) la rinde. ¿Pues qué en el estiércol sino feda (sucia) y perpetrada del flagicio audacia se designa? De donde y el profeta a la vida de los carnales con el cieno de la feda obra obrutada intuando (mirando), dice: Se computrieron (pudrieron) los jumentos en el estiércol

suyo (Joel I, 17). Por apta igitur (pues) serie los dones de Dios en de los flagiciosos la conversión se enumeran. Pues primero suscitado es a partir del polvo el egeno (indigente) que el pobre a partir del estiércol; porque a partir del corazón antes la deliberación del inmundo pensamiento es abscindida, y postmodum (después) de la acción la culpa es resecada. Aptamente también suscitarse del polvo el egeno se dice, el pobre a partir del estiércol erigirse, porque interiormente a las pravas (depravadas) cosas deliberando duerme de la contemplación de la justicia, por fuera ilícitas cosas perpetrando en la iniquidad por el acto yace. Y porque ya cum con los fuertes de los malignos espíritus los trofeos consecute, el suscitado egeno y el erecto pobre qué merezca lo expone, diciendo: Para que se siente cum con los príncipes, y al solio de la gloria tenga.

21. Sentarse ciertamente del triunfante es. De donde y en el Apocalipsis de Juan de la victoria nuestra la dignidad el Señor ostiende, diciendo: Al que venza, lo haré a él sentarse en el trono mío, así como y yo vencí, y me senté cum con el Padre mío en el trono suyo (Apocalipsis III, 21). Lo cual y Pablo intuando, de la suscitación, atque (y) de la sesión nuestra los dones en las de Dios alabanzas enumerando, dice: Nos conresucitó, y considentarnos nos hizo en los celestiales en Cristo Jesús (Efesios II, 6). Cum con él itaque (pues) los príncipes se sientan, porque los que con de él el auxilio de los malignos espíritus las vires (fuerzas) reprimen, en el de ellos triunfo la dignidad de la sesión tienen a los cuales a partir de de la presidiendo

a sí mismo la virtud dominan. Cum con él ítem los príncipes se sientan, porque aunque estar por el cuerpo en de esta vida labente (deslizante) la erumna son cernidos (vistos), de los méritos sin embargo la sede cum con el Redentor en las sublimes (alturas) tienen, a partir de la de la cual conformidad de claridad ni en esta de fedidad (suciedad) valle son separados. Egenos (indigentes) también de rebus (cosas) y pobres son los que a causa de el Evangelio las que en el siglo tener podían, todas las dejaron. Los cuales de cierto para que cum con los príncipes puedan sentarse, a partir del polvo ser suscitados deben, y a partir del estiércol erigirse. ¿Pues qué los favores de la lengua, qué son otra cosa las de las labentes (deslizantes) dignidades las ínfulas, sino polvo? Pues a la que blandeando (halagando) sordidan (ensucian) de los verdaderos esplendores la mente ciegan. ¿Y qué las riquezas pereuntantes, y las transitorias facultades, sino estiércoles (stercora) para los a las eternas (cosas) de los diligenciantos (amantes) son? Estiércoles (Stercora) ciertamente son las que las santas almas en el desprecio de la humildad tienen, no en el apetito del deseo. De donde y Salomón en la amisión de los bienes temporales contristado del siglo al divite (rico) intuando, dice: A partir de de bueyes del estiércol lapidandus ha de ser el pigro (perezoso) (Eclesiástico XXII, 2). Como si dicera: De eo (eso) los véberes del dolor sostiene, lo cual el que para la eterna vida laborar apete velut como estiércoles contempe. De aquí Pablo dice: A todas las cosas detrimento las hice y las arbitro como estiércoles,

para a Cristo lucrifacer. A partir del polvo itaque (pues) el egeno es suscitado, y a partir del estiércol el pobre es erigido, cuando la mente, al siglo abrenunciando, quiddid a sí placer solía 63 de de la lengua humana los favores, de el honor de las dignidades, y de la abundancia de las cosas, la calca, mientras a solas las eternas cosas respice (mira), a las que solas ardientemente ama. Para él pues ser suscitado, y ser erigido, es a aquellas que de corpore (cuerpo) derelinque con de la mente la sublimidad despisciar. Y cum con los príncipes para él sentarse es, a de la superna patria los ciudadanos por el gozo de la eterna quietud intereserse (estar presente). El cual de cierto entonces de la gloria el solio tiene, porque el que tan sublimemente preside de de el conditor suyo las alabanzas nunca sileja (calla). A esta pues de la gloria sede el Salmista admirando a el Señor le habla, diciendo: Beatos los que habitan en la casa tuya, Señor, en los siglos de los siglos te alabarán (Salmo LXXXIII, 5). A esta sede de gloria Isaías predica, diciendo: El gozo y la alegría se inventará en ella, de las gracias la acción, y la voz de la alabanza (Isaías LI, 3). A esta ítem el santo Tobías la ostendiendo, dice: Y con toda lapid (piedra) preciosa y munda las plateas suyas serán estrernidas, y por todos los vicos (calles) suyos el Aleluya será cantado (Tobías XIII, 22). Mas las que siguen el erepto pobre las aspicie, porque a de los príncipes la sesión, a el de la gloria solio no estaminamente ut (en cuanto) fuere erecto es aducido:

(Vers. 8) Del Señor, dice, son los cardos (goznes) de la tierra, y puso sobre ellos al orbe.

22. Porque por el nombre de la tierra los pecadores en el sagrado elocuio se designan, los quicios de la tierra estos recibirse convenientemente pueden en los cuales por los ineptos deseos el siglo circuye, y de uno a otro conduce. Cuando, pues, a los conversos pecadores contemplamos, en la alabanza del Hacedor con estas de Ana voces erumpamos. Como si en otras palabras entonces dijéramos: Ya del Señor ser por la gracia de él comenzaron, los que por largo tiempo en la rueda de las cosas transeúntes por la concupiscencia del mundo tenidos fueron. Y cuando, ya derelictos los blandimientos de la vida secular, las fuertes tentaciones fuertemente toleran, digamos: Puso sobre ellos el orbe. El orbe ciertamente sobre ellos puso, el cual, antes que a ellos les fuera impuesto, debajo de ellos estuvo. Pues a aquel ya en el peso de las tentaciones tienen, el cual a ellos blandiendo como si sujeto les servía, cuando en él las delicias y los placeres siguiendo recumbieran. Y porque grandes de él tentaciones tienen, los que grandes en aquel oblectamientos tuvieron, se adjunta:

(Vers. 9.) Los pies de los santos suyos servará.

23. Con cuyas ciertamente palabras así el auxilio de la divina protección y de la propiciación se muestra, que los peligros de las tentaciones graves se designan. Como si ciertamente dijera: Tan grandes de aquel al que se habían adherido siglo tentaciones sustentan, que solo para ayudar aquel suficie que faltar a los fieles suyos en la

tribulación no puede. Pues los pies de los santos suyos servar, es los concutidos en la tentación afectos de los elegidos, para que no corruan, por la gracia robustecer. De donde y el que al caso había nutado, y empero por el Señor conservado había sido, el profeta dijo: Mis pies empero casi movidos están, casi efundidos están mis pasos (Salmo LXXII, 2). De aquí otra vez: Empujado fui; y evertido fui para que cayera, y el Señor me recibió. Mi fortaleza, y la alabanza mía el Señor, y se ha hecho para mí en salud (Salmo CXVII, 13, 14). Y de los enemigos la enfermedad subrayó, diciendo:

(Vers. 9.) Y los impíos en las tinieblas contices-cerán.

24. ¿Qué es empero que cuando servar los santos pies el Señor se dice, el silencio se memora de los impíos, sino porque al de pecado lapso de ningún modo somos impelidos, sino cuando las perversas para nosotros de los malignos espíritus tentaciones se sugieren? Cuando, pues, los pies nuestros el Señor serva, en las tinieblas callan los impíos, porque mientras por la gracia divina somos protegidos, la voz con la que nos precipiten darnos los inmundos espíritus de ningún modo pueden. En las tinieblas ciertamente callan, porque los caliginosos de los réprobos corazones poseen, desde cuya 64 a nosotros prograd ir obscuridad no osan. Por qué empero de los santos los pies serve expone, diciendo:

(Vers. 9.) Porque no en la fortaleza suya se robustecerá el varón.

25. Como si dijera: Por eso los tiene, porque sin él estar no podrían. Pues aunque varón de virtud se agnosce, en la fortaleza suya el temor del lapso tiene, el estado de robustez no tiene, y tantas veces por concupiscir las cosas ilícitas cae, cuantas veces los internos de él vestigios por el Señor que los tiene son desiertos. ¿O verdaderamente no varón era a quien en de las jovencitas el coro se cantaba: Saúl percutió mil, y David diez mil (I Reg. XVIII, 7)? El cual sin duda cuando entre los pesos a la fortaleza suya es relicto, en de la carne suya la culpa impulsado cayó, y en sí experimentó que el varón en sí no tenga estado de robustez, sino lapso de enfermedad. De donde y relapsar temiendo, a aquel por quien ser tenido para el estado deba expete, diciendo: No me derelincas en todo lugar (Salmo CXVIII, 8). Nadie, pues, a sí se engañe, como si en sí robustez de estar encuentre, porque aunque grandes a menudo de los ocultos enemigos guerras superamos, si dignamente a ellos en las suaciones suyas reprobando como si en fuga vueltos los insequimos, no a nosotros entonces los prófugos espíritus, sino a aquel a quien en nosotros contemplan expavescen. O ciertamente si a nosotros también temen, por eso ciertamente temen, porque en de la divina gracia la robustez asumidos nos ven. Aptamente, pues, se subraya:

(Vers. 10.) Al Señor formidarán los adversarios de él, y sobre ellos en los cielos tronará.

26. Pues cielos entonces somos, cuando hacia la altitud de la divina gracia de la presidiendo a nosotros somos sublevados. Y truenos contra

los adversarios de ella tenemos, cuando con las válidas voces de los santos deseos a todo lo que nos de la de aquellos sugestión nos espira elidemos. Pues cualquier cosa que el truñido (trueno) ferija (hiere), interfecciona (mata). Los tronidudes (truenos) pues de los cielos son los perfectos deseos de los elegidos. Pues velut a partir de de los cielos la altitud terriblemente sonado proceden, cuando a partir de de aquella de la mente cumbre a los malignos espíritus ferijan (hieren), al cual omnipotente Dios así le preside, para que con de la presidiendo amor fácilmente supere a todo lo que para la pelea mover se podía el hoste (enemigo) la audacia las malas sugiriendo. Mas premoniando (advirtiendo) Redentor novimos que el que perseverare usque en el fin, éste salvo será (Mateo X, 22). Por el eojo mismo también el Señor promitendo, didicimos que en quacunque (cualquier) hora el pecador convertijere, salvo será (Ezequiel XVIII, 21). En lo extremo itaque de suyo cántico adadija (añada) Ana, y diga de donde al pecando trerreye, diga con el quo al justo más cáuto lo rinda.

(Vers. 10.) El Señor, dice, yudicará a los fines de la tierra.

27. No dice a la tierra, sino a los fines de la tierra. Pues fines de la tierra son, los que de la vida suya las últimas con comulación de culpa causaron. Pues qui (el que) peca, y corrige quóidid y delinca, tierra es a por causa de el pecado, y fin de la tierra no es, porque delinquiendo las las cosas altas sese el redemcio posó, sino de a imitación l de se el depo de sise ánte (delante) de ju de e

recetó e e (resucitó). Porque flejoqu (lloró) lo q ha d q s id q ho y qu ho ju q u lo fu m r so u el d lo u le en d la mi n p c pe u t le la ul co u g do le to u e lo c io la re re y. P q d di a n t e di po y de lu lu vi ca cu d de tu di re le en c o pe n c n lu e do vi no pe a do do la y r f p g a m do r b l ro no su tu q in (iniciado) j us co pe. P a y as lo po p tu i in le (la cual) ca de m al d ac qu di co qu p l qu l su de ce be (cerrado es). E di e en u ci e. Si o:

(Vers. 10.) E en mi re tu i ro (emperio al rey) a co co hi a no el de ch p.

28. P un fu un en o su de re l a do. p n de y a no c si a a e in lo do m le pe p di p s l de y j m m si p in re di m el n f s qu n b l f si fu i p a os c qu u i lo u m fu q e p v in q fu lo in lu. M os el o a q e e en a pe, n v u lu fu n l cu en fu n ti le q q pu qu o lu ve pe, el le do be v p di c n o do fu lo p tu in l y o m pe: E i (E).

CAPÍTULO II.

Pues sigue el divino sermón, y dice:

(Vers. 11.) Y Elcana se fue a Ramatá, a la casa suya.

1. El cual por cierto varón, del humano género al Redentor; a Ana en verdad la cónyuge (esposa), a la de él Iglesia; al niño Samuel, de las gentes al pueblo de los creyentes; a la ciudad de Ramatá también, a la patria celestial designar ostendimos (mostramos). ¿Qué es, pues, lo que después de la cónyuge el cántico haberse ido a Ramatá ciudad suya Elcana se dice, cuando después del nacido niño a Dios el cántico Ana diciera (dijera), atque (y) antes a los cielos el Redentor ascendie-

ra, que al gentil pueblo la santa Iglesia en la fe genuisera (hubiera engendrado)? Lo cual ciertamente por de aquellos solomente se busca que tantamente de el Señor nuestro la corporal presencia saber se noscen (conocen). ¿Acaso, pues, entonces no a aquel consigo Pablo tenía al que al Padre ascendiera, cuando decía: ¿Acaso experimento buscáis del que en mí habita Cristo? (II Corintios XIII, 3)? el que ítem confiesa diciendo: Así como de Dios, ante Dios y en Cristo hablamos (II Corintios II, 17). ¿Qué es, pues, lo que a la santa Iglesia alguna vez le adestuvo (estuvo presente) por la gracia del munus (don), alguna vez a ella a sí mismo se substrajio por la dispensación de la probación? Le adestuvo pues, para que en la adquisición de las Gentes de la vida las palabras abundantemente efundiera; pero alguna vez a ella velut (como sí) ausente a sí mismo se abscondió, para que, de la palabra el munus (don) sublatado (quitado), cognosciera sin de él la presencia cuál fuera. Después del fin itaque (pues) del cántico se dice: Se fue Elcana a la casa suya, porque la santa Iglesia a partir de de él la presencia altas cosas predica, el que cuando de los mortales por la dispensación se sustrae, a los eternos sí mismo ciudadanos yugiter (continuamente) representa. Pues la casa suya ella (aquella) de los supernos ciudadanos, a la que amando, repletando y asociando el Señor inhabita, la asociación eterna es. En ella igitur (pues) vade (va) cuando a Ana desera, porque el que a nosotros adhuc (aún) proficiente saludablemente se sustrae, a los perfectos atque consumados de la eterna patria

ciudadanos en eo (ello) sí mismo incesantemente junta atque (y) exhibe, porque probar ya a los probados por de él la ausencia ulteriormente no oporteza. Aptamente itaque después de de Ana el cántico se dice: Se fue Elcana a la casa suya, porque la santa Iglesia, la que tan sublimes a los elegidos edocia (enseña), así como siempre con pía de el Señor dispensación es desierta, así y las mismas altas las cuales docea no siempre tiene. Mas los plericos (la mayoría) las palabras oyen, la preteriti (pasada) malicia detestan, y de la corrección de la vida obras proponen; pero cuando a oír desienren, y si (como sí) nunquam (nunca) las mismas de la vida palabras hubieran oído, a la iniquidad redeun (retornan). El auditorio de la santa Iglesia el gentil pueblo devoto a el audiendo (para oír) fue, y al operando pronto. Aptamente itaque se subda:

(Vers. 11.) El niño empero Samuel era ministro en el conspecto del Señor, ante la faz de Helí el sacerdote.

2. Como si abiertamente se dijera: De aquello que oyó, a Dios omnipotente complacer estudió. El cual aptamente niño se dice, porque aunque grandes para la defensa de nuestra fe cosas para hacer había recibido, empero en la misma de la fe generación todavía nuevo era. Y porque plácido al omnipotente Dios ministerio ofreció, ministro en el conspecto del hacedor fue. Pues en el conspecto del Señor está, a quien en la oblación de los obsequios la divina 66 dignación de buena gana mira. De cuyo sin duda del Señor conspecto ser expulsado grandemente temiendo

alguien, ora, diciendo: No me proyectes de tu faz (Salmo L, 13). En el cual también ser recibido vehementemente deseando, de su dilación la demora consigo reputa, diciendo: ¿Cuándo vendré, y apareceré ante la faz de Dios (Salmo XLI, 3)? De aquí Elías se gloría; y dice: Vive el Señor, en cuyo conspecto estoy (III Reyes XVII, 1). Ministro, pues, era Samuel en el conspecto del Señor, porque en los obsequios de la nueva religión al omnipotente Dios el pueblo gentil muy acepto fue. Por cuya sin duda palabra de Judea también la repulsión latente se insinúa, mientras solo Samuel, en el cual el fiel pueblo de las gentes se expresa, ante el Señor ministrar se aserta. Solo, pues, en el conspecto de él estaba, porque ciertamente para él el pueblo judaico complacer había desisitido. Lo cual ambos por Malaquías el Señor habla. Pues de Judea la repulsión insinuando, dice: No tengo voluntad en vosotros, y sacrificio no recibiré de mano vuestra (Malaquías I, 10). Pero el que de su faz la judaica perfidia expulsó, a quien de buena gana contemple, subrayando, dice: Desde el orto del sol hasta el ocaso, grande es el nombre mío en las gentes, y en todo lugar se ofrece al nombre mío oblación munda (Ibíd., 11). Pero sutilmente se ha de ver lo que se dice: Ante la faz de Helí Samuel al Señor ministró, porque de los predicadores de la santa Iglesia el ministerio la conversión del pueblo gentil, el amor y la reverencia cerca del obsequio del Redentor, de los antiguos el orden de los doctores mucho antes viendo conoció, y profetizando predicó. Pues a este prono en el ministerio del Señor había conocido, el que decía:

Lo adorarán todos los reyes de la tierra, todas las gentes le servirán (Salmo LXXI, 11). De aquí Ageo habla, diciendo: Vendrá el deseado por todas las gentes, y se repletará de gloria la casa del Señor (Ageo II, 8). De aquí Isaías dice: Habrá raíz de Jesé, que surgirá para regir las gentes; en él mismo las gentes esperarán (Isaías XI, 10; Rom. XV, 12). De aquí el Salmista dice: Alabad, todas las gentes, al Señor y colabadlo, todos los pueblos (Salmo CXVI, 1). De aquí el patriarca Jacob dice: Él mismo será la expectación de las gentes (Gén. LIX, 10). Ante la faz, pues, de Helí ministro del Señor Samuel niño fue, porque lo que digno de Dios después el pueblo gentil tuvo, de los doctores el orden de los antiguos por el espíritu de profecía previó. Y de inmediato sobre los proyectados se subraya:

(Vers. 12, 13.) Por lo demás los hijos de Helí hijos de Belial, no conociendo al Señor, ni el oficio del sacerdote para el pueblo.

3. Subentiendes eran. ¿Quiénes los hijos de Helí son otros, sino los israelitas según la carne, que la Escritura sagrada conocían por los padres editada, y empero a quien la Escritura había prometido no conocían? A los cuales sin duda por sí misma la Verdad en el Evangelio increpa, diciendo: Abrahán se exultó para que viera el día mío; lo vio, y se alegró (Juan VIII, 56). Y también: Si creyerais a Moisés, creeríais ciertamente también a mí, pues de mí aquel escribió (Ibíd. V, 46). No conocieron, pues, al Señor, que al venidero en la carne nuestra Redentor despreciaron. De donde por Isaías se queja, diciendo: Conoció el

buey a su poseedor, y el asno el pesebre de su Señor; Israel empero no me conoció (Isaías I, 3). Como si dijera: Y de mi encarnación las vías para él mucho antes por los profetas abrí, y empero aquello que había prometido exhibido no lo aceptó. Por lo cual y el oficio de los sacerdotes para el pueblo no conoció. El oficio sacerdotal ciertamente conocería, si para la redención del género humano a aquel que por la ley y los profetas había sido prometido ya haber venido predicara. En el cual ciertamente porque no solo no creyó, sino también persiguiendo se enloqueció, y al Señor no conoció, y para el pueblo el oficio de los sacerdotes. Cuya empero malicia menor sería, si quien prodesse a los menores el advenimiento del Redentor predicando no quiso, dañar hubiera temido. Sigue, pues, y dice:

67 (Vers. 13, 14.) Mas cualquiera que hubiera inmolado una víctima, venía el niño del sacerdote, mientras se cocían las carnes, y tenía una fuscinula tridente en su mano, y la metía en el lebete, o caldario, o en la olla, o en el cacabo, y todo lo que levantaba la fuscinula, lo tomaba el niño para los sacerdotes.

4. Pues ¿qué es inmolar una víctima, sino de la verdadera fe al omnipotente Dios ofrecer la confesión? ¿Y qué los vasos en los cuales inmolando la carne se cuece, sino de los fieles las mentes son? Las cuales mientras al Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús ser el verdadero Unigénito del sumo Padre creen, sin duda en estas la carne se cuece que a Dios por el obsequio de la devoción íntima se inmole. ¿Quién niño del

sacerdote es otro que a los pérfidos de la Sinagoga pastores por el obsequio el sujeto pueblo? El cual aptamente niño se dice, porque mientras las enfermas cosas de la ley a la letra tener prefirió, en varón perfecto crecer por el Evangelio recusó. ¿Qué verdaderamente es que para inferir los raptos de los alimentos es destinado? ¿Qué es otra vez que en la inferida violencia tener la fuscinula tridente se dice? Mas el alimento de la elegida alma la persona es del Redentor. El cual ciertamente alimento en los sacros vasos se cuece, mientras por el calor del santo Espíritu a la suavidad de la refección en las elegidas mentes se prepara. Pues la carne se cuece, mientras por la gracia del Espíritu santo la humanidad dominical en la de la divinidad naturaleza asumida, y firmemente creemos, y eficazmente confesamos. De donde y por Moisés del Cordero pascual las carnes que han de ser comidas insinúa, diciendo: No comeréis de él algo crudo, ni cocido con agua (Éxod. XII, 9). Pues crudo de él comer es, fuera de la gracia del Espíritu santo, al Redentor nuestro puro hombre creerlo. Con agua empero se cuece cuando del Redentor la esencia por la humana sabiduría es ventilada. Crudo, pues, los judíos comen, con agua cocido los herejes, porque aquellos de él la divinidad niegan, estos por la humana sabiduría y de la divinidad y de la humanidad de él los sacramentos evacuan. El niño, pues, del sacerdote para quitar de los fieles los alimentos es enviado, porque el pueblo de los judíos, de la fe del Redentor expulsado, el amor de la fe de él del corazón de los fieles quitar vehementemente

estudió. El cual aptamente la fuscinula tridente en la mano haber tenido se aserta, con la cual la parte de la carne que pudiera infigir educida cocer prohibiera. Pues la fuscinula en la mano del niño inferida de la santa Iglesia del pueblo judaico la persecución es. Y porque con blandimientos, penas y terrores dañar a los fieles tentó, tres ciertamente la fuscinula dientes tuvo. Bien empero se dice que lo que levantaba la fuscinula tomaba el niño para los sacerdotes, porque grande epulación de los inicuos prelados era, si al que en la sublimidad de nuestra fe estar por la confesión hubieran conocido, la turba de los blandientes o furientes satélites lo subvirtiera. Sigue:

(Vers. 14, 15.) Así hacían a todo Israel venidero en Silo, también antes que adoleran el adipe.

5. El adipe ciertamente la interna pingüedo es, en la cual sin duda aquella devoción de la mente se expresa, con la cual de los elegidos las mentes al hacedor suyo en perfectior caridad se copulan. Los cuales rectamente ya cocida la carne inmolan, porque asurgir alguien a la sublimidad de la caridad no podrá, si primero lo que cree no ama los misterios de la encarnada divinidad. Pues la humanidad del Señor Jesús en la divinidad asumida por el santo Espíritu creer, lo que se inmole a Dios la carne cocer es. Antes, pues, que se adoliera el adipe, 68 el niño la carne praeripere estudió en todo Israel, porque los aparidores de la Sinagoga a los nuevos de Cristo confesores pensaron everter antes que a ellos al omnipotente Dios la caridad perfecta asociara. Lo cual más abiertamente las mismas de la sagrada historia

palabras indican, con las cuales se dice: Mientras se cocían las carnes. Por las cuales sin duda palabras no la perfección de la cocción, sino el aparato se insinúa. Pero el orden de esta nefaria exacción se muestra por aquellas cosas que siguen:

(Vers. 15.) Venía el niño del sacerdote y decía al inmolante: Dame carne, para que cueza para el sacerdote; pues no recibiré de ti carne cocida, sino cruda.

6. Carne cruda al niño daría, quien ante los perseguidores la humanidad de Cristo pura asertara, y el niño para el sacerdote la cociera, porque por el fuego de la malicia el pueblo judaico esto pensara, que sus prelados en la refección de su mente de buena gana recibieran. Vino, pues, el niño del sacerdote, y cruda carne pidió, cuando el pueblo judaico sirviendo a la letra de la ley, negar la divinidad del Redentor a los fieles sugirió. Viniendo, pues, dice: No recibiré de ti carne cocida, sino cruda. Porque a quien puro hombre el fiel compeló a confesar, ser Dios ni oír quiso. Cuya ciertamente del pueblo importunidad se muestra, cuando las palabras sacrílegas en la nefaria exacción se geminan. Pues sigue: Pues no recibiré de ti carne cocida, sino cruda. Porque a Jesús Señor y Redentor nuestro, no Señor y hombre, sino puro solamente hombre oír grandemente deseó. Pero a los que como imperfectos en la carne tentó, perfectos encontró. Pues los que negar la divinidad del Redentor compelidos fueron, no solo no quisieron negar al Redentor, sino que a sus compelidores curaban a la vida atraer. De donde y sigue:

(Vers. 16.) Y decía a aquel el inmolante: Incéndase primero según la costumbre hoy el adipe, y toma para ti cuanto desea tu alma.

7. De un bestial ciertamente apetito al que pide cosas crudas apartar se esfuerza, quien a él a su voluntad cosas cocidas promete. Como si a los mal hambrientos judíos la santa Iglesia respuesta diera, y por la humanidad simple, que vorar por el deseo desean, el alimento de la divinidad reprometiera, diciendo: Primero cocer dejad lo que para la refección de la vida tengáis en el Espíritu santo el intelecto. ¿Acaso no entonces el niño del sacerdote cruda carne pidió, cuando al iluminado por el Señor a aquel que ciego había nacido se decía: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que este hombre pecador es (Juan IX, 24)? ¿Qué es decir, da gloria a Dios, sino no a este de tu curación las alabanzas tribuyas, porque Dios no es? y quien pecador se aserta, no solo Dios ser se niega, sino también hombre justo. Al cual ciertamente cruda la que pedía carne dar no quiso, cocida ofreció, porque a quien de su salud autor instantemente asertó, por el mostrado de tanta admiración signo, no solo hombre santo, sino verdadero Dios ser mostró. El que empero seguir a las bestias, perdida la razón, el pueblo había comenzado, cruda para sí carne ser exhibida importunamente postulaba. Pues sigue:

(Vers. 16.) Ahora darás, si no te la quitaré por fuerza. Sigue:

(Vers. 17.) Era, pues, el pecado de los niños grande sobremanera ante el Señor. Y la causa por

la que grande sería este pecado se demostrara adjunta, diciendo:

(Vers. 17.) Porque detraían a los hombres del sacrificio del Señor.

69 8. Grande sobremanera pecado ser se agnosce, que con las lágrimas de la penitencia no se dele. Pues este sobremanera grande pecado de la Sinagoga el profeta intuyendo, dice: El pecado de Judá escrito está con estilo de hierro, en uña adamantina (Jerem. XVII, 1). O ciertamente grande sobremanera ante el Señor el pecado era, porque a pecar a otros pertraía. Por lo cual y se subraya: Porque detraían a los hombres del sacrificio del Señor. Detraían ciertamente del sacrificio a los hombres, porque a la confesión de la recta fe progradir los corazones de los enfermos prohibían. Y de notar porque los que son detraídos del sacrificio hombres se dicen, porque sin duda si en de nuestra fe la verdadera confesión persistieran, a estos el divino sermón con la apelación de hijos de Dios signara. A los cuales ciertamente por el Salmista el Señor dice: Yo dije dioses sois, e hijos del excelso todos, vosotros empero como hombres moriréis (Salmo LXXXI, 6, 7). Sigue empero:

(Vers. 18.) Samuel empero era ministro en el conspecto del Señor, niño ceñido con efod línteo.

9. Más sutil que la vestidura lanea la líntea ser se agnosce. Aptamente empero Samuel con efod línteo vestido se aserta, por el cual el orden de los sacerdotes elegido de las gentes se designa. Pues en comparación de la vida legal la nueva conversación del Evangelio es la sutileza del lino. Pues allí algo animal es preceptuado, allí todo

es maldecido de quien semillas de progenie en Sión ninguna se dejan. En el Nuevo Testamento empero, porque más sutiles son todas las cosas, cualquiera que de sus preceptos usa, como con delicatior del lino vestidura es decorado: allí ciertamente del connubio la abstinencia es damnada, aquí con admirables alabanzas es cultivada; allí los sacerdotes carnalmente generan, aquí el fruto de la espiritual progenie tanto más copiosamente ofrecen, cuanto también por el bien conyugal de la pudicicia los detrimentos sentir no pueden. Bien empero mientras de Samuel la vestidura se expone líntea haber sido se aserta, para que del nuevo sacerdocio la gloria abiertamente mostrara, que de la nueva pudicicia con los nitores esplendiera. Pero mientras en el conspecto del Señor ser el ministro Samuel se dice, con efod línteo ceñido se memora, porque los divinos obsequios entonces bien se exhiben, cuando de quien los exhibe la persona de la carnal voluntad con las suciedades no se foeda; y acepto a Dios entonces es el don del ministerio, cuando por de la santa conversación la mundicia a Dios plácida es la persona del ministro. Y porque entre los primordios de su novedad proficiere, todavía sigue:

(Vers. 19.) Y una túnica pequeña hacía para él su madre, la cual le traía, cuando ascendía con su varón, para que inmolara al Señor la hostia solemne.

10. De la santa Iglesia la hostia inmolar es por los elocuios de la predicación de sus oyentes los corazones en el amor del hacedor accender. Entonces, pues, a Samuel pequeña vestidura traída

se aserta, porque mientras todavía por los incrementos de su novedad proficiere, de la Iglesia aptos para su parquedad aceptó monumentos de justicia, con cuyo esplendor radiara. Sigue:

(Vers. 20.) Y bendijo Helí a Elcana, y a su mujer, diciendo: Devuélvate el Señor simiente de esta mujer, por el fémur que encomendaste al Señor.

11. Porque en la persona de Helí el sacerdote también los buenos doctores del pueblo antiguo se designan, a Elcana y a su mujer haber bendecido se agnosce, porque sin duda de los mismos antiguos doctores el orden de Cristo y de la santa Iglesia la espiritual cópula previó, y de aquellos elegidos la prole futura digna del cielo, con devoción predicó. Lo cual aunque mucho antes hecho haya sido, empero entonces a ellos así haber bendecido innotuit, cuando, revelada ya de nuestra redención la gracia, creer cada uno de los fieles podía, porque tantos bienes 70 los padres nuestros antiguos sobre esta renovación praecinebant. Y para que el orden por el que se hacía se agnosca, subrayado está:

(Vers. 20.) Y se fueron a su lugar.

12. Al lugar suyo con su varón la santa Iglesia irse, es de la vida activa las molestias a veces huir, y a los de la superna vida gozos por la contemplación vacar. Al niño ciertamente por una hora había relicto la madre aquella, que decía: Deseo ser disuelto y estar con Cristo (Filipenses I, 23). ¿Acaso con el niño estaba, cuando al mismo egregio doctor hasta el tercer cielo la fuerza del amor lo había extollido (II Cor. XII, 2-4)? ¿Acaso

entonces estaba con el niño, cuando en el paraíso exceptuado, las palabras que no licet al hombre hablar oía, y a su lugar era raptado, porque mostró, diciendo: No tenemos aquí ciudad manente, sino la futura inquirimos (Hebr. XIII, 14)? Pero la que con el varón se iba a su lugar, de volver a esta las maternas vísceras la compelían hacia el hijo. Pues hablaba y decía: En la carne manere es para mí necesario por causa de vosotros (Filipenses I, 24). Sigue:

(Vers. 21.) Visitó, pues, el Señor a Ana, y concibió, y parió tres hijos y dos hijas.

13. En los tres hijos más perfectos cualesquiera (todo el que) de la santa Iglesia se designan, los cuales a favor de la fe de la Trinidad fuertes cosas siempre eguido (hecho) se cognoscen. Mas si a solos los perfectos la santa Iglesia gignera (engendrara), la nuestra infirmidad a de la eterna vida los premios pervenir no posería (podría). A el róbur pues de los hijos de las dos hijas la fragilidad sigue, porque la santa Iglesia aunque contra al superbiante hoste del humano género a fuertes protulo (produjo), empero a de la eterna patria los gozos también los infirmos de ella miembros por los dos de la caridad preceptos son perducidos. Y porque en de la incohación (comienzo) suya los inícios no siempre mansiado el quisquio (cualquiera que) en eo (aquel) tiempo erudirse a el sacerdotal ministerio coepera (hubiera comenzado), sigue:

(Vers. 21.) Y magnificado es el niño Samuel en el conspecto del Señor.

14. Quó (En el cual) en lugar valde (valderamente) notando es el que niño Samuel se dice y magnificado. Mas y cuando magnificado se aserta, a este de la virtud suya pregón no en el conspecto de los hombres, sino en el conspecto del Señor tener perhíbese. ¿Por qué pues niño, sino porque a de la perfección era a la celsitud sublimado? Niño itaque y magnificado en el conspecto del Señor Samuel se dice, porque el nuevo orden de los predicadores, aunque a de la magna conversación la celsitud pervenió, de la humildad suya la virtud no perdió. Magnificarse ciertamente ante Dios no le prodesería (aprovecharía), si niño ser desistiera, porque la amisa (perdida) la humildad, complacer al omnipotente Dios a partir de la de la conversación altitud no valdría. Dénique (Finalmente) magnificados ya habían sido, los que en el nombre de Jesús a partir de los obsesos a los demonios eyicían; mas porque la de la puericia suya el bien perdierant, a estos la verdad argue, diciendo: Videaba a Satanás, cuasi (como) fúlguro de el cielo cadiente (Lucas X, 18). De aquí íterum (otra vez) denuntiando, dice: Si no conversos seréis, y eficiamini de la sicuta de (así como) párvulos, no entraréis en el reino de los cielos (Mateo XVIII, 3). Porque pues de los nuevos predicadores la vida y sublime es merito (por mérito), y plana por la humildad, Samuel aptamente magnificado y niño se asevera. Y porque ex (a partir de) lo uno y de lo otro valde aceptados a Dios son, magnificado no simplemente, sino en el conspecto del Señor ser perhíbese. Sigue:

(Vers. 22.) Helí empero era sénex (anciano) valderamente, y audió (oyó) todas las que facían los filios (hijos) suyos en el universario Israel, y cuómodo dormían cum las mulieres (mujeres) las cuales observaban a el ostio del tabernáculo.

15. En la persona de Helí no solamente el viejo sacerdocio, sino también de los antiguos padres las doctrinas figúranse, 71 porque a partir de esto que en la espiritual dignidad prefúyo (presidió), esto suscepio de oficio, que con salutiferar (salutífera) la predicación instruyera a favor de los cuales placabiles (aplacadoras) hostias a el Señor ofreciera. ¿Qué es pues el que Helí sénex (anciano) se aserta, sino porque en de los réprobos judíos los corazones la fuerza infírmase de los celestiales mandatos? Joven ciertamente fue Helí cuandio (mientras) la sacra Escritura en los elegidos de la Sinagoga la fuerza de magna autoridad obtuvo, porque videlicet las promisiones de el a venir Redentor acipiera, y a eum cum magno deseo exspectaba. Entonces pues Helí senuo (envejeció), cuando Judea la devoción de de observar la promisión amisionó, ut que al desiderado por los padres suyos Redentor coram sí a los milagros se a sí probando cerniera, y omnino (completamente) ciega en tanta de él a luz de de la verdad presencia dubitara. Valde también haber sido sénex se dice, ut que profecto toda fuerza de fe en la Sinagoga emarcescidado (haberse marchitado) docea (se enseñe). Vere empero dicimos porque (que) si valde sénex (anciano) era Helí, omnino debilis vivía. ¿Pues qué entonces era a al anciano a de la Escritura vivir, sino débil valde respiración

de fe a la Sinagoga ministrar? Sénex ciertamente valde ser y vivir posea (podía), cuando de los judíos los corazones nutaban (asentían) a que al Señor Jesús ni Salvador verdadero ser crerenten, ni cuasi brasfemo a aperidamente damnararen. Cuyo namque senectud la debilitatis e angelista (evangelista) Juan ostiende, dicyen: A lo o r q bu en es n p b tu m, pe p se do t l as. (Juan VII, 12). Hinc J í psi c d id t i su ve t am pr r nt d i d: U q ni r a d g tu as ti s tu C, di i pa d ti (Ib. X, 24). De c it (a c d c) j to p e: M n do, l b p r S p e a e q tu m en (M.).

16. Pero Helí, siendo muy anciano, oyó todas las cosas que sus hijos hacían a todo Israel. Ciertamente oyó estas cosas, porque las conoció. Pues aquello que conocemos, lo tenemos guardado dentro de las aulas de la memoria. En verdad, los oráculos sagrados consultados, traen desde dentro de sí toda la perfidia de los judíos escrita por fuera, y la muestran como si hubiera sido conservada por la memoria durante mucho tiempo. Amós, como atribuyendo a Helí la noticia de este oído, dice: No hará el Señor palabra sobre la tierra, que no haya revelado a sus siervos los profetas (Amós III, 7). De aquí Habacuc confiesa al Dios unigénito, diciendo: Señor, he oído tu oído, y temí; consideré tus obras, y me espanté; en medio de dos animales serás conocido (Hab. III, 1, según la interpretación de los LXX). Pues para los antiguos doctores de la Sinagoga, oír los crímenes de los hijos es preconocerlos. Pero explica qué es lo que preconoció, pues dice: Todas las cosas que sus hijos hacían a todo Israel, y cómo dormían con las mujeres que observaban a la puerta del

tabernáculo. Pues dormir con mujeres judías es ser contaminado por varias herejías. Pero se refiere bien que esas mismas mujeres observaban a la puerta del tabernáculo. ¿Qué es la puerta del tabernáculo, sino la letra de la ley espiritual? Pero mientras los judíos entienden la sagrada Escritura según la sola letra, allí establecieron herejías, desde donde pudieron haber entrado al secreto de la verdadera fe. Pues así como por la puerta se entra a lo interior del tabernáculo, así por la letra de la sagrada Escritura se entra al conocimiento espiritual del Redentor. Porque, por lo tanto, Judea es engañada por la observancia de la letra, se refiere que las mujeres observan a la puerta, no dentro del tabernáculo. Y porque en todas las Escrituras los judíos contradicen a nuestro Redentor, no se dice que haya sido una sola mujer, sino muchas. Estas cosas ciertamente los hijos de Helí las hacen para sí mismos, porque según la voz del profeta: El alma que pecare, esa misma morirá (Ezeq. XVIII, 4, 20); pero se dice que las hacen a todo Israel, porque mientras los prelados perecen en la noche de su error, los menores son envueltos por la ceguera de su oscuridad. Con las mujeres, por lo tanto, duermen los hijos de Helí, porque los judíos réprobos, por la mezcla de sus herejías hasta el fin del mundo...

(Vers. 23.) Y les dijo: ¿Por qué hacéis tales cosas, las cuales yo oigo que son cosas pésimas de parte de todo el pueblo?

17. He aquí que Helí era anciano, y hablaba cosas agudas, porque la virtud del oráculo sagrado, aunque desfallece en el corazón de los réprobos,

sin embargo, ante los que entienden rectamente, busca sutilmente las culpas de los judíos. Pues discutiendo estrictamente, dice: ¿Por qué hacéis cosas de esta índole, las cuales yo oigo que son cosas pésimas de parte de todo el pueblo? Pero el que inquiriendo pregunta ¿Por qué hacéis? ciertamente muestra que ellos chocan contra la noche de la herejía sin la discreción de la razón. Dice que ellos mismos han hecho las cosas pésimas que oía, y aserta que esas mismas cosas pésimas son de parte de todo el pueblo. ¿Qué es esto, sino que la universalidad del pueblo judío había caído en los profundos de las herejías? Pero la causa de su misma ruina eran los sacerdotes réprobos. De donde también Oseas profetizando, dice: Causa de la ruina del pueblo son los sacerdotes malos (Oseas V, 1). Pues por eso el pueblo sujeto cayó, porque se esforzó en imitar a los prelados que caían. Cuando, por lo tanto, dice: las cuales yo oigo que son cosas pésimas de parte de todo el pueblo, debe entenderse que esas mismas cosas son hechas por el pueblo, no referidas. Lo cual es tal como si dijera: Las cosas pésimas, que oigo que se hacen por todo el pueblo, ¿por qué las hacéis? De donde también insinuando más abiertamente lo que dijo, dice:

(Vers. 24.) No queráis, hijos; no es buena fama la que yo oigo de vosotros, para que hagáis transgredir al pueblo del Señor.

18. ¿En qué, pues, transgrediría el pueblo del Señor los mandatos, si ellos mismos durmieran con las mujeres? Pero porque esto les sucedía en figura, ciertamente prefiguraba aquello que debía

hacerse al tiempo de la Encarnación del Señor. Pues cuando los sacerdotes duermen con las mujeres, los sujetos transgreden los mandatos del Señor, porque mientras los prelados son manchados por la mezcla de las herejías, la multitud réproba de la Sinagoga sujeta es sumergida en esos mismos fétidos olores. Dice, pues: ¿Por qué hacéis tales cosas, las cuales yo oigo, cosas pésimas de parte de todo el pueblo? Lo cual es tal como si dijera: Tanto más gravemente delinquís, por cuanto más torpemente mancháis a todo el pueblo con vuestro crimen. Algo semejante se dice también por el profeta: Desde Dan, dice, se oyó el estrépito de sus carros y de sus caballos (Jerem. VIII, 16). En cuyo lugar, ciertamente, no se ha de entender que refiera el sonido oído desde Dan, sino que él mismo, enfurecido con carros y caballos, hace ese mismo sonido que se oye. En cuyo lugar también se ha de notar esto, que quien refirió que había oído cosas pésimas de parte de todo el pueblo, añadió palabras de afecto manso, diciendo: No queráis, hijos; no es buena fama la que oigo de vosotros, para que hagáis transgredir al pueblo del Señor. Y ciertamente Helí reprendió con agudeza, y amonestó con mansedumbre, porque la Escritura de los antiguos padres, tanto denunciando el error del pueblo judío, lo increpa, como desde la noche de su mismo error, con afecto benigno, lo llama al día de la verdadera fe. Ciertamente los llama hijos, para que reconozcan que deben ser los herederos de la promesa paterna; y reciban al Salvador del mundo tanto más devotamente, por cuanto no ignoran que su promesa fue hecha a los

padres. Pero también deseando apartarlos de la audacia del pecado, añade la razón, diciendo:

(Vers. 25.) Si pecare el varón contra el varón, Dios puede ser aplacado con él; pero si contra Dios pecare, ¿quién orará por él?

19. Pecar el varón contra el varón es obrar cosas perversas un hombre contra otro hombre. ¿Qué es, por lo tanto, lo que dice: Dios puede ser aplacado con él, sino porque tales pecados eran leves en comparación de aquellos que los judíos pensaban cometer contra el Hijo de Dios? Ciertamente pecaban contra Dios, porque aquel a quien se esforzaban por matar se había mostrado ser Dios por la más manifiesta luz de los milagros. Pues el Señor mostró esto por sí mismo, diciendo: Si no hubiese hecho entre ellos las obras que ningún otro hizo, no tendrían pecado (Juan XV, 24). Y para mostrar la implacabilidad de Dios Padre, añade diciendo: Pero ahora no tienen excusa de su pecado, porque me vieron y me odiaron, y a mi Padre (Ibíd.). Es tal, por lo tanto, como si dijera: ¿Por la oración de quién se perdona aquel pecado que se comete contra el mismo que perdona? ¿Quién ruega por él al Padre omnipotente, que condena a muerte al Unigénito coeterno? Pues nada más claramente diría, si confesara diciendo: Este, a quien perseguís como a puro hombre, es también Dios. La ley de la razón, pues, exige que quien persigue al creador sea defraudado del perdón. Pero la divina piedad conduce la severidad de la razón; pues muestra la equidad de la ley, pero no mantuvo el vigor de la aserción proferida en la ejecución del derecho promulgado. Pues por

el rigor de la equidad se decretó que por ninguna oración alcanzara la obtención del perdón; pero para quienes ninguna oración de hombre bastó, la piedad del Redentor no faltó. Todo hombre que ore por las transgresiones es quitado; pero para quienes ningún hombre era suficiente, Dios mismo se hizo hombre, intercesor piadoso. Pues colgado en la cruz oró, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Aplacado fue, pues, Dios con aquellos que pecaron contra Dios, no por oración ajena, sino por la suya. Pero aplacado fue Dios no con todos, sino con algunos. Pues algunos perseguidores del Señor fueron convertidos por la predicación de los apóstoles, mas los otros perecieron. De estos hace mención Lucas, diciendo: Fue hecho el número de ellos cinco mil (Hech. IV, 4). De los réprobos, en verdad, se añade:

(Vers. 25.) Y no oyeron la voz de su padre, porque quiso el Señor matarlos.

20. Por el profeta el Señor denuncia, diciendo: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezeq. XVIII, 23; y XXXIII, 11). ¿Cómo, pues, le compete querer matar al pecador, y no querer la muerte del pecador? Pero en el prefado testimonio sigue aquello por lo cual la verdad sea reconocida; pues dice: Sino que se convierta y viva. Pues quien quiere que el pecador viva para que se convierta, si la divina presciencia lo conoce inconvertible, lo mata. Quiere, pues, el Señor matar, pero a aquellos que preconoce que no se quieren convertir. Pues misericordioso y justo se aserta cuando por el Profeta se clama: Señor, dice,

libra mi alma, misericordioso y justo es nuestro Dios (Sal. CXIV, 5). Por la misericordia, ciertamente, espera la conversión de los pecadores; por la justicia condena a los no convertidos. Por la misericordia quiere que los pecadores se conviertan y vivan, pero por la justicia quiere castigar a los que no quisieron convertirse; misericordiosamente no salva sino al que quiere, por la justicia condena al que no quiere. Cuando, por lo tanto, se dice que quiere matar, se muestra la impiedad máxima e irremediable de los pecadores, la cual es castigada voluntariamente por la ejecución de la divina justicia. Así por cierto vemos obrar a los muy piadosos jueces de los negocios seculares, que querrían que nadie delinquiera, para que ellos mismos no debieran castigar a nadie; pero mientras por los inicuos se cometen audazmente crímenes, voluntariamente los castigan a ellos, a quienes más de buena gana hubieran querido que no hubiesen cometido cosas que deban castigarse. Por el contrario, aquello que en este lugar se discierne es que no dice: Porque no quisieron oír la voz del padre que corregía, sino: No oyeron, porque quiso el Señor matarlos. Pero quien rectamente considera la equidad del examen divino, piensa que nada interesa si es muerto alguien, o si es dejado en aquel crimen en el cual sea destruido por la eterna reprobación. Es tal como si dijera: Tanta fue la magnitud de la culpa, que tanto recibieran los monumentos de la conversión, como que de la fosa de su muerte no pudieran de ningún modo levantarse; y los que habían bebido el piélago de la ira de Dios, tuvieran en el cúmulo

de su condenación no solo la pena del crimen cometido, sino también la añadida venganza de la despreciada predicación. Pero, ¿por qué nos maravillamos de esto respecto a lo pasado, lo cual sucede hasta ahora...

(Vers. 26.) Pero el niño Samuel aprovechaba y crecía, y complacía tanto a Dios como a los hombres.

21. Aprovechaba, ciertamente, con el lucro de la predicación, crecía con el número de los ministros. Pues de su aprovechamiento se gloria el Apóstol, diciendo: Desde Jerusalén hasta el Ilírico he llenado el Evangelio de Cristo (Rom. XV, 19). Del modo de crecer también hace mención Lucas, diciendo: Creciendo el número de los discípulos, se hizo murmullo de los griegos contra los hebreos, por el hecho de que eran despreciadas en el ministerio las viudas de ellos (Hech. VI, 1). Y poco después: Eligieron, dice, a Esteban lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Prócoro, y a los demás (Ibíd., 5). A estos pusieron ante el conspecto de los apóstoles, y orando les impusieron las manos. Asimismo de este aprovechamiento de los nuevos predicadores está escrito: A toda la tierra salió el sonido de ellos, y hasta los fines del orbe de la tierra las palabras de ellos (Sal. XVIII, 5).

22. Pero se ha de intuir sutilmente lo que se dice: Complacía tanto a Dios como a los hombres. El doctor complace a los hombres cuando se muestra ante los sujetos venerable y adornado de buenas costumbres; mas complace a Dios cuando rehúsa gloriarse vanamente de su buena conversación, y desea merecer la alabanza de Dios solo.

Dice, pues: Complacía tanto a Dios como a los hombres, porque algunos predicadores presentan un pretexto de santidad que no tienen. Estos, por lo tanto, porque aunque complazcan a los hombres, desplacen a Dios, en el tipo del nuevo y elegido predicador se dice ahora de Samuel: Complacía tanto a Dios como a los hombres. Venerables ciertamente se muestran ante sus sujetos, y ofrecen a Dios la pureza de la intención. Ciertamente se había esforzado en complacer a los hombres aquel que decía: Buen olor de Cristo somos en todo lugar (II Cor. II, 15), e igualmente: A todos me hice todo, para hacer salvos a todos (I Cor. IX, 22). También enseñaba a sus oyentes a complacer a los hombres, diciendo: Sed sin ofensa para los judíos y para las gentes, así como yo también a todos complazco en todo, no buscando lo que me es útil a mí, sino lo que a muchos (I Cor. X, 32, 33). Pero el que había insinuado que había complacido a los hombres, recomienda la pureza del corazón, diciendo: Nuestra gloria es esta, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). COMPLACÍA tanto a Dios como a los hombres. El cual nuevo orden de predicadores se mostró venerable a sus oyentes para la imitación por fuera, e interiormente acepto a Dios por la inocencia de la voluntad. Sigue:

(Vers. 27.) Vino un varón de Dios a Helí.

23. ¿Qué se expresa por este varón de Dios, sino aquel venerable conjunto de los santos apóstoles? El cual ciertamente es llamado varón de Dios, por la excelencia de la santidad, porque disponía la cumbre del orden, que había ascendido

en la prelación del orbe entero, con igual sublimidad de virtud. El cual por cierto vino a Helí entonces, cuando se acercó a sus pontífices para anunciar la repulsa de la Sinagoga. Sigue:

(Vers. 27, 28.) Y le dijo: ¿Acaso no me revelé yo abiertamente a la casa de tu padre, cuando estaba en Egipto en la casa de Faraón, y lo elegí de todas las tribus de Israel para que fuera mi sacerdote, para que subiera a mi altar, y me quemara incienso, y portara el efod delante de mí, y di a la casa de tu padre todas las cosas de los sacrificios de los hijos de Israel?

24. Porque por divino juicio Judea es repelida, se demuestra con cuán admirable disposición de equidad ha sido inferida la severidad de ese juicio. Pues primero se enumeran los dones otorgados a Helí, para que mientras el Dios omnipotente se muestra como un dador tan benigno, se conozca cuán justamente hiere a su despreciador. Aseveró que se había revelado a la casa de su padre, para que no pudiera tener excusa de ignorancia. Y enseña que le había manifestado el conocimiento de esa misma revelación en Egipto, para que Helí de ningún modo piense que lo había obtenido por sus méritos. Como si dijera abiertamente: Allí me ofrecí para ser conocido por él, donde podía olvidarse de mí, y no sabía acordarse. Y para que esos mismos dones del conocimiento divino no parecieran por ventura pequeños al réprobo, se aserta que de las demás tribus de Israel fue asumido a la cumbre del sacerdocio. Como si dijera: A él lo antepuse a aquellos de quienes no fue superior, sino igual.

25. Se ha de notar, en verdad, que en el oficio de ese mismo sacerdocio se denotan tres cosas. Para que subiera, dice, a mi altar, y me quemara incienso, y portara el efod delante de mí. ¿Qué se muestra en este altar, en verdad, sino aquella piedra que el patriarca Jacob erigió como monumento (Gén. XXVIII, 18)? ¿Y qué otra es esta piedra expresada sino aquella que Pablo predica en alabanza de los fieles, diciendo: Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo la principal piedra angular el mismo Cristo Jesús (Efes. II, 20)? El padre de Helí, por lo tanto, fue elegido por el Señor para el sacerdocio para que subiera al altar, porque el orden de los antiguos doctores presidió al pueblo a él sujeto para esto: para que predicara la reparación del género humano que habría de venir en el advenimiento del Redentor. Y quemó incienso, porque unió a aquel que predica como futuro Redentor los corazones de los oyentes por el deseo. También portó el efod, porque presentó el ornato de la conversación digna al deseo de tan gran expectación. Ciertamente quemaría incienso, y no portaría el efod, si inflamara los corazones de los oyentes en el deseo del Redentor venidero, de quien él mismo difiriera por la desigualdad de la torpe conversación. Y porque el Dios omnipotente buscaba la verdad de la religión, y no el pretexto, ante sí, y no ante el pueblo, manifestó haberle mandado portar el efod. Portar el efod ante el Señor, ciertamente, es buscar la retribución de la sola divina bondad a partir de la inocencia de la vida. Pero estas cosas

se dicen abiertamente contra Helí por medio del oprobio. Pues no subió al altar aquel sacerdocio que presidió a la Sinagoga al tiempo de la verdad manifestada, que de ningún modo predicó a los pueblos sujetos a aquel que brilló como Redentor del género humano por tan gran magnitud de señales. Y no quemó incienso a Dios, porque incitó al pueblo a la persecución de él, y no al amor. También despreció portar el efod ante el Señor, porque no resplandeció con ninguna verdad de la religión. Pues aunque aquel ornato de la vida presentara algunas insignias de honestidad, era por un pretexto de falacia, no por una intención de caridad. De donde también el Señor reprendió esto mismo en ellos, diciendo: Ay de vosotros...

(Vers. 29.) ¿Por qué habéis rechazado con el pie mi víctima y mis dones, que mandé que se ofrecieran en el templo?

26. Pues ¿por qué no dice el juez Por qué, sino aquel que discute instantáneamente? Y aquel que es reprendido por haber rechazado con el pie la víctima de Dios y los dones, es juzgado por haberle hecho injuria sin consejo de razón. Se ha de notar, en verdad, que dice en número plural: ¿Por qué habéis rechazado con el pie mi víctima?, para que lo que se dice parezca pertenecer no solo a Helí, sino a sus hijos. Pues los animales feroces suelen repeler con el pie lo que se les adhiere. ¿Qué otras víctimas fueron para los fieles, sino insistir en las alabanzas de su Redentor, predicar que Cristo Jesús murió hasta la muerte por la salvación del mundo, y que resucitando reparó la vida del género humano? ¿Y qué otros eran

los dones de ellos, sino ofrecer incesantemente acciones de gracias al Dios omnipotente por tantos beneficios conferidos a ellos? Las cuales ciertamente los hijos de Helí rechazaron con el pie, porque en el rechazo de la nueva predicación, no siguieron el consejo de la razón a través de los sagrados oráculos, sino el ímpetu de la ferocidad. Pues de la irracional saña la Verdad deseaba llamarlos a la intención del consejo racional, diciendo: Escudriñad las Escrituras, porque vosotros pensáis tener en ellas la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí (Juan V, 39). De donde también aquí se dice: Las cuales mandé que se ofrecieran en el templo. Pues en la ley, los salmos y los profetas se había escrito sobre la pasión, la resurrección del Señor y el estado de la Iglesia universal. Rechazaron, pues, con el pie los prepósitos de la Sinagoga la víctima y los dones del Señor mandados ofrecer en el templo del Señor, porque ciertamente intentaron reprobar y desechar la predicación de la santa Iglesia, no discutiéndola por la autoridad de la santa Escritura, sino solo por el ímpetu de su ferocidad. Pues si consultaran los preceptos de Dios en el oráculo sagrado con mente iluminada, habrían recibido a los santos predicadores, a quienes ferozmente rechazaron, como enviados a ellos divinamente. Pero quien reprendió a los hijos de Helí, esto es, a los antiguos doctores de orden menor, por la irracional ferocidad, también arguye al padre mismo de negligencia, diciendo:

(Vers. 29.) Honraste a tus hijos más que a mí.

27. Como si reprendiendo abiertamente dijera: Aquellos rechazaron, y tú honraste a los que rechazaban. Más que a Dios honró a los hijos, porque mientras despreciaba sus obras abiertas mostradas, proveía para ellos lucros temporales. De donde también añade:

(Vers. 29.) Para que comierais las primicias de todo sacrificio de mi pueblo.

28. Con cuyas palabras, por cierto, parece reprender al orden mayor de los doctores, el cual por eso consintió en la muerte del Redentor: porque temió perder los lucros de las antiguas oblaciones. De donde también, habiendo entrado en consejo con los fariseos, decían: ¿Qué hacemos, pues este hombre hace muchas señales? Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y quitarán nuestro lugar y nuestra nación (Juan XI, 47, 48). Y de nuevo: Ved que nada aprovechamos; he aquí que todo el mundo se va tras él (Ibíd. XII, 19). Por eso, pues, honró a sus hijos para que comieran, porque calló de la intención de predicar, no fuera que mientras asertaba la verdad de la nueva oblación, no pudiera tener más las viejas para la lujuria de su placer. Puesto que, por lo tanto, expuso la magnitud y la cualidad del reato, veamos ya con cuánta equidad de examen insinúa el modo de la venganza. Pues añadiendo dice:

(Vers. 30.) Por tanto, dice el Señor Dios de Israel: Hablando hablé, que tu casa y la casa de tu padre ministrara en mi presencia, de aquí en adelante y para siempre. Mas ahora lejos de mí esto.

29. Como si hiriendo con una sentencia abierta y congruente, dijera: Tú honraste a tus hijos para que comierais las primicias de todo sacrificio; pero por eso se os quitan los derechos de las primicias, porque indignamente fueron honrados. Pues, ¿qué es decir: Lejos de mí que tu casa ministre en mi presencia, sino: de aquella cumbre os derribo a la cual se debían los derechos de las primicias? Por tanto, por una admirable ejecución de equidad fue comprendido aquel que, de donde buscó ávidamente el comer de las primicias, de allí ayunó de la percepción de las primicias. Pues toleró que el Redentor muriera para no perder los lucros sacerdotales, pero él recibió del triunfo de la muerte aquello por lo cual destruyó los emolumentos del antiguo sacrificio. Dice, además: Hablando hablé, que tu casa y la de tu padre ministrara en mi presencia; mas ahora lejos de mí esto. Como si con palabras más abiertas dijera: Para que estuvieras en tan gran cumbre de dignidad, te amonesté frecuentemente, pero ahora no eres tal cual deseé que fueras. Lo cual, porque se dice en la reprobaicón del pueblo judío, se ha añadido sobre el orden de los nuevos predicadores:

(Vers. 30.) Pero al que me glorificare, lo glorificaré.

30. Ya por cierto vemos la gloria del que glorifica, porque los predicadores de la santa Iglesia cantan las alabanzas de Dios omnipotente con gran esplendor de vida, y se congratulan en la prelación universal del orbe. He aquí que ya toda la gentilidad se postra a las huellas de los sacer-

dotes, y se gloria de poseer en los cielos como patronos a aquellos a quienes se goza en sujetarse obedeciendo. Al que lo glorifica, por tanto, el Señor lo glorifica, porque a aquellos de quienes recibe diariamente devotas alabanzas, los eleva al honor del orbe entero. ¿O acaso no es gloria del glorificado permanecer en la tierra y cerrar el cielo? ¿Vivir los hombres la vida comúnmente, y exhibir a los sujetos las sedes supernas de los cielos por la autoridad de la potestad? Ciertamente glorificaba al Señor el que decía: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mat. XVI, 16). Pero el Señor glorificó al que lo glorificaba, porque le respondió diciendo: A ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado también en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado también en los cielos (Ibíd., 19). Pero sobre los réprobos desechados de los judíos se añade:

(Vers. 30.) Pero los que me desprecian serán innobles.

Ellos mismos ciertamente desprecian, los cuales de ningún modo creen que este sea el Redentor del mundo: sobre los cuales ciertamente la misma Verdad en el Evangelio se queja, diciendo: Pero sus ciudadanos lo odiaban, y enviaron una legación tras él, diciendo: No queremos que este reine sobre nosotros (Luc. XIX, 14). Pero ya vemos la innobilidad de ellos, porque son proscritos tanto por linaje como por condición. Por linaje, ciertamente, son innobles, porque de la misma Verdad oyeron: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII, 44). Por condición también son

innobles, porque perdidas la libertad y el reino, son deprimidos por la perpetua servidumbre de las gentes. Pero muestra más claramente el orden de las penas, diciendo:

(Vers. 31.) He aquí que vienen los días, y cortaré tu brazo, y el brazo de la casa de tu padre, para que no haya anciano en tu casa.

32. Ya por cierto está sin brazo, porque quien perdió el templo y el tabernáculo, no extiende la mano para la oblación del antiguo sacrificio. Y porque hablaba a Helí, esto es, a los mayores sacerdotes de la Sinagoga, amenaza con cortar no solo su brazo, sino también su casa, para insinuar ciertamente la destrucción universal del antiguo rito, y para que sintamos que esto que ya vemos hecho en el nuevo tiempo fue dispuesto desde la antigüedad. Y así el Señor cortó tanto su brazo como su casa, porque apartó totalmente de la antigua inmolación tanto a los sumos pontífices de Judea como a los sacerdotes menores. De donde también convenientemente se añade: Para que no haya anciano en tu casa. Pues por ancianos deben entenderse los sacerdotes, cuyo oficio, porque se desempeña con la gravedad de una gran honestidad, no se vacía del peso de la religión por ninguna levidad infantil. Por tanto, su brazo y la casa de su padre fueron de tal modo cortados, que no hubiera anciano en su casa, porque así se desvaneció el rito del antiguo sacerdocio, que no quedó absolutamente nadie que pudiera ya inmolar según la antigua costumbre. Pues después de que el Redentor del género humano se ofreció por nuestros pecados según

el nuevo rito del sacrificio, cesó de ser sacerdote según la antigua costumbre. Pero quien sufre los daños del sacerdocio perdido, tiene el tormento de una pena mayor por el dolor de la envidia. Por lo cual también se añade:

(Vers. 32.) Y verás a tu émulo en el templo, en todas las prosperidades de Israel.

33. Ciertamente ve a su émulo dentro del templo, porque él mismo ya ha sido expulsado fuera. Pues, ¿qué otro es el émulo del antiguo sacerdocio sino el orden de los nuevos predicadores? Los cuales, ciertamente, mientras se esfuerzan por igualar los estudios de los antiguos y elegidos padres viviendo y enseñando, emulan ciertamente lo bueno de Helí en el bien. De aquí que Pablo amonesta diciendo: Emulad lo bueno en el bien todos (Gál. IV, 18). Pues, ¿qué son las prosperidades de Israel sino las felicidades de este tiempo transitorio, en las cuales Israel según la carne se alegraba grandemente? En todas las prosperidades de Israel, por tanto, ve a su émulo el que contempla felices a los predicadores de la verdad en la santa Iglesia, tanto por la opulencia de las cosas como por la altura de la dignidad. Esto mismo que se afirma que ha de ser visto en el templo se declara con un entendimiento más perfecto. Pues en todas las prosperidades el émulo está en el templo, porque el orden de los predicadores dispone todo lo que le sirve de la felicidad del tiempo en la contemplación de la eternidad. Sigue:

(Vers. 33.) Sin embargo, no quitaré totalmente de ti a un varón de mi altar.

34. Pues totalmente quitaría de su altar al varón si a nadie admitiera a la unidad de nuestra fe. Por tanto, no lo quitó totalmente, porque aunque rechazó a los réprobos sacerdotes de la Sinagoga, sin embargo, a muchos de ellos los condujo misericordiosamente al conocimiento de sí mismo. De los cuales ciertamente Lucas hace mención en los Hechos de los Apóstoles, diciendo: Una gran multitud de sacerdotes obedecía a la fe (Hech. VI, 7). Pues fueron hallados dignos de tan grande y nuevo ministerio los que no quisieron permanecer en la antigüedad con los perdidos. Pero porque el sacerdocio judío tuvo para tormento de la envidia no solo a los elegidos predicadores de las gentes, sino también a aquellos que creyeron de Judea, sigue:

(Vers. 33.) Sino para que falten tus ojos y languidezca tu alma.

35. O por eso no quitó totalmente de él al varón de su altar, para que los ojos de Helí faltaran y su alma languideciera, porque a saber, no quiso asumir a los elegidos de Judea para el ministerio de la nueva predicación, para que, apartados ellos, la culpa retuviera a los réprobos para la pena. Pues faltaron los ojos de Helí cuando el sumo sacerdocio tuvo de oídas la verdad de la fe por boca de los predicadores y no la conoció. También su alma languidece porque ciertamente se marchitó por la pena de su repulsa, mientras perdió la gracia del Espíritu Santo. Sigue:

(Vers. 33.) Y una gran parte de tu casa morirá cuando llegue a la edad varonil.

36. La edad varonil es el tiempo de la Encarnación del Señor, lo cual ciertamente insinúa el Apóstol diciendo: Cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la ley, para que redimiera a los que estaban bajo la ley, y para que recibiéramos la adopción de hijos (Gál. IV, 4, 5). ¿Qué fueron, por tanto, los preceptos de Judea sino ciertas erudiciones de la infancia? Este mismo tiempo de la niñez lo insinúa el mismo Apóstol diciendo: Cuando éramos párvulos, estábamos sirviendo bajo los elementos de este mundo (Ibíd., 3). En la edad varonil, por tanto, murió, porque en la plenitud del tiempo se enfureció contra el Redentor del mundo, y se traspasó a sí misma con el puñal de la infidelidad. Pero bien se predice que no toda la casa, sino una gran parte de su casa ha de morir, porque de ellos algunos creyeron en el Redentor. Y añadiendo la causa de mayor dolor, dice:

(Vers. 34.) Y esto te será por señal, lo que ha de venir sobre tus dos hijos, Ofni y Finees. En un mismo día morirán ambos.

37. En los dos hijos de Helí mostramos arriba que se designa el doble orden del antiguo sacerdocio. Los cuales ciertamente murieron en un mismo día, porque coincidieron a la vez en la muerte del Redentor. Pero bien se recuerda la muerte de los sacerdotes puesta como señal de la casa que ha de morir, porque cuando perecen los pastores, es necesario que la grey siga hacia el mismo perecimiento. Y porque fueron engañados por una razón falsa, se dice que mueren en el día. De cuya falsedad de luz habla el bienaventurado

Job diciendo: Así en las tinieblas, como en la luz caminan (Job. XXIV, 17). Pero el que expulsó lo antiguo, preparó el nuevo sacerdocio. De donde también se añade:

(Vers. 35.) Y me suscitaré un sacerdote fiel.

38. Pues muertos los hijos de Helí, el Señor se suscitó un sacerdote fiel, porque extinguidos en la perfidia los prelados del antiguo pueblo, llamó a los elegidos para ejercer el ministerio de nuestra redención. El cual ciertamente se dice que es asumido como fiel, porque lo antiguo, a lo cual sucedió, fue reprobado por la infidelidad. Y porque aquella fe de su sacerdote se atribuye a las alabanzas que obran por el amor, las mismas obras del amor se designan por las palabras siguientes. Pues sigue:

(Vers. 35.) Que haga según mi corazón y mi alma.

39. Pues esto quiso la inefable sustancia divina que se señalara por las partes del hombre, lo cual en sí no debe entenderse según la letra. Dijo, por tanto: Que haga según mi corazón y mi alma. No porque la incorpórea e incircunscrita sustancia de Dios tenga corazón y alma, sino que así habla al hombre como el hombre suele hablar al hombre, para que por esto que el hombre conoce oyendo de su palabra, sepa claramente qué es lo que Dios también quiere. Lo cual ciertamente podría haberse dicho más sencillamente: Que haga mi voluntad. Y expone los premios de la obra diciendo:

(Vers. 35.) Y le edificaré una casa fiel.

40. Pues, ¿qué otra es esta casa sino la patria eterna? La cual casa ciertamente recomendando el Señor, dice: En la casa de mi padre hay muchas mansiones (Juan XIV, 2). Pero esta casa se dice ahora que es edificada porque se prepara por las acciones de una vida piadosa. Sin embargo, para merecerla es indigna la obra del hombre si no hace esto la gracia del Dios misericordioso. Bien, por tanto, cuando se pone la edificación de la casa, el Señor le promete que él la edificará, porque ciertamente las fuerzas humanas desfallecen ante tan gran operación si no son ayudadas divinamente. De aquí que Pablo dice: Dios es quien obra en mí el querer y el perfeccionar (Filip. II, 13). De aquí que otra vez dice: No es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16). Esta casa prometía él edificar cuando decía: Voy a prepararos un lugar, y vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, también vosotros estéis (Juan XIV, 2, 3). Pero por la libertad del albedrío había de seguir devotamente a la gracia que lo llamaba, se añade:

(Vers. 35.) Y caminará ante mi Cristo todos los días.

41. Pues para cada uno de los elegidos caminar ante Cristo es mirarse siempre en presencia del Redentor, y obrar aquellas cosas que conoce que le son aceptables. O ciertamente camina ante Cristo quien en todo lo que hace siempre mira hacia él, y dirige la rectitud de su vida en aquel que reconoce que vino por la humanidad asumida para componer la belleza de los elegidos. Pero en las tinieblas de su ceguera no siempre ha de

ser abandonada Judea, porque por el profeta se dice: Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, sin embargo las reliquias se salvarán (Isa. X, 22). De aquí que Pablo dice: La ceguera en parte aconteció en Israel, hasta que entre la plenitud de las gentes, y así todo Israel se salve (Rom. XI, 25, 26). Esta visitación de Judea, por tanto, la muestra subsecuentemente, porque dice:

(Vers. 33.) Y será que cualquiera que quedare en tu casa, venga para que se ore por él.

LIBRO III

1. Hemos recorrido estas cosas de la historia sagrada con una explicación típica, para que en las mismas palabras de la historia sagrada busquemos algo de entendimiento moral. Así pues, el niño Samuel es afirmado como ministro en presencia del Señor; cuyo ministerio, sin embargo, se recuerda que se exhibe al Señor no absolutamente, sino ante la faz de Helí. Por estas palabras, por tanto, no se muestra la perfección del ministerio, sino de la humildad. Pues la faz de Helí es la razón del albedrío de cada instructor. Pues aquel ministra al Señor ante la faz de su preceptor, que en la exhibición de su ministerio no sigue la razón de su propio albedrío, que camina por aquel sendero de obra que le es previsto por el conocimiento de su maestro. Pues todos los varones perfectos y enseñables por Dios (Juan VI, 45; Isa. LIV, 13), son ciertamente ministros en presencia del Señor, pero no son ministros suyos ante la faz del hombre. Esto es porque la misma divini-

dad los instruye interiormente sobre cómo han de disponerse exteriormente incluso en la vida, las costumbres y la doctrina. De donde también se promete al precursor del Redentor con la alabanza del oráculo paterno: Tú ciertamente, niño, serás llamado profeta del Altísimo; pues irás ante la faz del Señor para preparar sus caminos (Luc. I, 76). Se describe ciertamente que va ante la faz del Señor aquel que en su ministerio no había de seguir el albedrío de un hombre superior, sino la inspiración de la divinidad. Ante la faz de Helí, por tanto, se dice que Samuel ministra al Señor, para que todos los súbditos sean enseñados por su ejemplo, a fin de que por su ministerio procuren de tal modo agradar al Creador que no presuman hacer nada fuera del albedrío de sus prelados. Pues el que es afirmado como ministro del Señor ante la faz de su instructor, si desprecia seguir su faz por soberbia, no existe como ministro en presencia del Señor, porque se convence de ignorar al Omnipotente, a quien desprecia agradar por medio de su albedrío, a cuyo imperio se subyugó para agradarle. De donde tanto Helí como los hijos de Belial se dicen ser y no conocer al Señor, y el oficio de los sacerdotes hacia el pueblo. Pues son hijos los que son sometidos a los padres espirituales para su instrucción. Los cuales, ciertamente, cuando desprecian seguir los consejos de los mismos padres ensoberbeciéndose, rectamente son llamados hijos de Belial, porque se hacen imitadores del espíritu apóstata que cayó del cielo por la soberbia. Los cuales ciertamente tanto peor desconocen al Señor, cuanto más arro-

gantemente se atribuyen el conocimiento de él. Pues se trata de que desconozcan más peligrosamente lo que deben saber, por cuanto aquello que piensan saber no cuidan de aprenderlo siendo ignorantes. Y porque no pueden amar al Creador invisible, a quien ignoran, en el apetito de las cosas visibles disipan los mismos ministerios de Dios que usurpan para sí. De donde también aquellos que fueron referidos como sacerdotes que ignoran al Señor, se dice que también ignoran el oficio de los sacerdotes hacia el pueblo.

2. Y para que abra las causas de su reprensión, se recuerda que el niño del sacerdote ignorante venía a todo el que inmolaba con un garfio de tres dientes, y exigía violentamente la carne cruda. En cuyas palabras ciertamente se notan tres especies de gula en la avidez de su rapacidad. Pues aquel cuyo niño, antes de que se cocieran las carnes, venía a inferir violencia por ellas, no podía soportar la hora legítima del refrigerio; y aquel para quien se buscaban las carnes, no sabía usar alimentos sencillos; y porque, rehusando la cocida, exigía carne cruda, le asqueaba comer la misma carne en la preparación común. Pero cuando la perversidad de los siervos sirvió a la voluptuosidad de los sacerdotes, ¿qué es lo que no el pecado de los mismos sacerdotes, sino de los niños, se recuerda que fue grande en exceso, incluso ante el Señor? Pero por las mismas palabras se muestra la culpa mayor de los sacerdotes; pues el que afirma que el pecado de los menores fue grande en exceso ante el Señor, conoció en qué cúmulo de condenación había crecido la iniquidad de los mayores. Cuya

magnitud de reato se afirma, sin embargo, no solo por el apetito de la comida ilícita, sino también por la violencia de la rapacidad.

3. Pero a la narración del niño elegido vuelve el discurso divino, para que en él consideremos más atentamente no lo que es de reprobar, sino lo que es de imitar. Así pues, se dice que estaba ceñido con un efod de lino y que estaba en presencia del Señor. ¿Qué se muestra, por tanto, en el efod de lino sino la blancura de la continencia? Con cuyo efod ciertamente nos ceñimos cuando somos retenidos por todas partes para el esplendor de la pudicicia, cuando ninguna parte del alma y de la carne es absuelta de la ley de la severidad, por la cual pudiéramos deslizarnos hacia la tiniebla de la lujuria. Tal ministro, por tanto, está en presencia del Señor, porque no se engaña sobre la esperada visión de Dios omnipotente, a quien sirve con tan gran esplendor de su ceñimiento. Al cual niño ciertamente se dice que su madre, subiendo con su marido para inmolar la hostia solemne, le trajo una túnica pequeña. La madre, ciertamente, sube con el marido cuando la mente del predicador, por la presciencia del esposo interno, se eleva a contemplar aquellos sublimes gozos de la eternidad. Entonces, por cierto, inmola la hostia solemne, porque mientras por la inefable suavidad de aquel amor se une al Creador, se presenta una festiva devoción en los altares supernos. Y entonces, ciertamente, trae una túnica pequeña porque, aunque por la gran gracia de la visitación interna el alma del pastor es elevada a lo superno, sin embargo, debe imponer a los peque-

ños preceptos de conducta no según el modo de su propia sutileza, sino conforme a las fuerzas de ellos. De donde también Moisés, regresando del monte en el inmenso esplendor de su rostro, veló su faz para que el pueblo pudiera haber fijado en él su vista (Éx. XXXIV, 33). Traiga, por tanto, la que es madre espiritual una túnica pequeña al hijo, para que prescriba a los pequeños todavía ciertos inicios y cosas llanas, y no imponga el peso de su propia fortaleza. Pues a menudo caen entre grandes obras quienes podrían vencer al enemigo por otras menores. De donde también David, saliendo a la lucha contra el más fuerte de los filisteos, dejó la loriga, el escudo y todos los instrumentos militares; y el que no pudo ejercitarse contra el enemigo con el peso de ellos, lo postró con una sola piedra de la honda (I Rey. XVII, 39, 40, ss.). Había subido para inmolar la hostia solemne aquella madre que decía: Sé de un hombre tal que fue arrebatado al paraíso (II Cor. XII, 4). Pero de tan gran magnitud no trajo un vestido grande a los pequeños, porque dice: Oyó palabras secretas que no es lícito al hombre hablar (Ibíd.). Asimismo: Os di leche para beber, no comida (I Cor. III, 2). Traiga, por tanto, la madre una túnica pequeña al hijo pequeño, y tiéndase la medida de la vestidura según el modo del cuerpo, para que mientras lucha por la virtud de una conducta templada, el enemigo no lo derribe con una carga desigual de armas.

4. Y porque por el discreto estudio de la cura pastoral Dios multiplica al predicador los lucros de los conversos, se dice que Ana fue visitada

por el Señor, y que por la gracia del don divino mereció la gracia de la fecundidad en hijos e hijas. Ella ciertamente pare hijos cuando los gana por la palabra, a través de los cuales distribuye las semillas de la predicación a otros. Pero pare hijas cuando evoca al servicio de Dios omnipotente aquellas mentes que, aunque no son idóneas para la predicación, sin embargo nutren diligentemente la semilla de la palabra de Dios recibida de los predicadores, la cual después las hijas, como de parto, engendran por medio de las buenas obras para ejemplo de los prójimos. Pero porque primero se afirma que Samuel estaba ceñido con el efod de lino, de aquí la fecundidad de la madre en la pluralidad de los hijos puede entenderse razonablemente como aquello que vemos hacerse diariamente, porque a saber, por la buena fama del discípulo elegido crecen para el maestro los lucros de los conversos. De donde también después del nacimiento de los hermanos y de las hermanas, se dice que Samuel fue magnificado ante el Señor, porque ciertamente ante el Señor ya son grandes quienes por los ejemplos de una piadosa conducta convierten los corazones de los prójimos al servicio de Dios omnipotente.

5. Pero se nos infunde un gran temor porque Helí es condenado por la culpa de sus hijos, de quien no se refieren pecados propios. Pues a los buenos súbditos les basta vivir bien para la salvación, pero a los prelados no les basta su propia vida. Pues es muy anciano el que siempre se esfuerza por vivir irreprochablemente. De donde también está escrito: Pues la ancianidad venera-

ble no es la de mucho tiempo, ni se mide por el número de los años; pues las canas del hombre son sus sentidos, y la edad de la vejez es una vida inmaculada (Sab. IV, 8). Pero algunos sobresalen en el bien vivir, los cuales no tienen ninguna autoridad de la que exige la prelacía. Pues aunque se afanan en excitar a los súbditos a obrar el bien, sin embargo se avergüenzan de oponerse a los delincuentes por el celo de la rectitud. Los cuales, ciertamente, aunque a veces salen a reprenderlos, dañan más hablando de lo que aprovechan, porque no confunden la obstinación de ellos con la severidad debida. Pues el mismo Helí oyó las maldades de sus hijos, y cómo dormían con mujeres a la puerta del tabernáculo; el cual, como empezando por una áspera invectiva de autoridad, afirmó que había oído cosas pésimas de todo el pueblo. Pero el que debió perseguir aquellas culpas que expuso, las suavizó por las palabras siguientes, diciendo: No hagáis así, hijos míos. En cuya apelación de parentesco ciertamente queda claro cuánto disiente de la voluntad del Señor, porque llamó hijos a aquellos que el discurso divino arriba afirmó que eran hijos de Belial, esto es, de un espíritu inicuo, diciendo: Pero los hijos de Helí eran hijos de Belial. Dormir con mujeres ciertamente es pecar con seguridad y sin temor de la futura venganza. Pues las mujeres son las meretrices concupiscencias seculares. Las cuales bien se dice que observan a la puerta del tabernáculo, porque acechan a los que tienden a la entrada del reino celestial. Pero el que de tal modo sigue las concupiscencias del mundo que a

menudo se aterra por la consideración del temor divino, se mancilla ciertamente con las mujeres, pero no duerme, porque aunque cae transgrediendo, sin embargo de ningún modo descansa por la seguridad en los crímenes perpetrados. Así pues, el que duerme con mujeres no ha de ser honrado con el nombre de parentesco, porque los que, arrojado ya el temor de Dios, están obstinados en sus crímenes, no han de ser argüidos con una reprensión más leve, no sea que piensen que es un peso leve de pecado aquello en lo que caen, mientras no les suene grave aquello que se predica con autoridad. Pero los pastores remisos suelen proferir entre los fomentos de las palabras algunos argumentos de razón. De donde también se dice por la voz de Helí:

(Vers. 25.) Si pecare un hombre contra otro, Dios puede ser aplacado por él; pero si contra el Señor pecare el hombre, ¿quién rogará por él?

6. Pecar un hombre contra otro es dañarse los hombres mutuamente acerca de las cosas caducas. Pero pecar contra Dios es quitarle aquellas cosas que él creó para la eternidad. Cualquiera, por tanto, que arrastra al pecado sea su propia alma, sea la de otro hombre fiel, se convence de pecar contra Dios, porque se esfuerza en quitarle lo suyo propio. Lo cual ciertamente se muestra ser un pecado tanto más grave, cuanto más raramente se encuentra quien sea un intercesor digno para su absolución. Pues bajo la interrogación: ¿Quién rogará por él?, no se dice para que a tales se les nieguen incluso los remedios de la peniten-

cia, sino porque las heridas más profundas de los pecados se curan con más dificultad.

7. Lo cual, sin embargo, puede entenderse dicho por esto, porque se arguye a los sacerdotes. Pues el hombre peca contra el hombre cuando delinque aquel cuya culpa que ha de ser corregida mira al juicio de un hombre superior. Puesto que, por tanto, los pecados del pueblo súbdito, que miran a los sacerdotes, se borran por las preces de los mismos sacerdotes, cuando el sacerdote cae en culpa, no hay una persona superior por cuyas preces sea expiado. Lo cual también la misma Verdad insinúa por sí misma, diciendo: Si la sal se desvaneciere, ¿con qué se salará? (Mat. V, 13). Diga, por tanto: ¿Quién rogará por él? Como si dijera, ¿qué intercesor le queda cuando se precipita transgrediendo aquel que fue ordenado para interceder por los otros? Con lo cual ciertamente se muestra la magnitud de la culpa, porque muchos de ellos son arrojados por el Señor a la tiniebla de un corazón impenitente, y no se arrepienten por ninguna exhortación de hombre. Por lo cual aptamente se añadió:

(Vers. 25.) No oyeron la voz de su padre, porque quiso el Señor matarlos.

8. Pero el niño Samuel se recuerda que progresaba y crecía, y que placía tanto a Dios como a los hombres, para que se designe el estudio del oyente elegido, que dirige sus esfuerzos hacia la patria superna por el camino de una vida recta, mientras se fortalece para cosas mayores. De donde también se dice por el Salmista: Caminarán de virtud en virtud, el Dios de los dioses

será visto en Sión (Sal. LXXXIII, 8). El progreso, por tanto, de la conducta es crecer en méritos; placer a Dios y a los hombres es de una perfección consumada. Y porque la conducta pertenece a las obras, y el mérito proviene de la caridad, aquellos oyentes progresan y no crecen, que exhiben buenas obras por el estudio de la vanidad y no tienen caridad. Progresamos, por tanto, y crecemos, si con una conducta más sublime somos elevados por medio de obras mejores, y desde esa misma sublimidad de la obra tendemos solo a los gozos de la eternidad. Placer, además, tanto a Dios como a los hombres es de gran virtud, porque frecuentemente ofendemos a nuestros prójimos por nuestra buena obra si no hacemos esas mismas buenas obras con gran cautela. Tanto a Dios, por tanto, como a los hombres place el que es cauto en la buena obra que emplea en los servicios de Dios omnipotente; el que de tal modo cuida de placer a Dios que no ofende a nadie por el ministerio de Dios.

9. Y porque se dice de Samuel siendo todavía niño y puesto bajo la instrucción ajena, por esto se instruye la vida de los que viven en comunidad. Pues algunos que viven en comunidad en lugares sagrados desean vacar para sí con un fervor novicio bajo el color de una gran operación, los cuales cuanto menos útiles son a los hermanos compañeros, tanto menos les placen. El elegido Samuel, por tanto, se propone como forma a los que viven en comunidad, en la cual se impriman. Así pues, cada uno de ellos place a Dios y a los hombres cuando es útil a los hermanos y devoto a Dios. Así,

por tanto, cuiden de sí mismos de modo que no omitan las cosas que son del prójimo, a fin de que por la benignidad plazca a estos que están con él en lo ínfimo, pero a los ojos supernos por la devoción exhiba cautamente el vigor de su fortaleza, para que no abrume los corazones de los débiles mientras se apresura a lo superno por el ímpetu de su fortaleza.

10. El varón de Dios, además, se describe que vino a Helí, el cual, ciertamente, para proferir la severidad de la sentencia divina, enumeró diligentemente cuántos dones le había conferido. Y porque finalmente denuncia la pena de la venganza que merecía, ¿qué da a entender sino que las culpas de los pastores son juzgadas más sutilmente? Y no solo los pecados les agravan la pena de la venganza, sino también los dones concedidos. Asimismo, porque repite uno por uno ese mismos dones, designa algo más grave, porque cada una de las cosas vienen para tormento, las cuales se comprueba que fueron mal custodiadas. Pues mal custodia en sí los dones de Dios omnipotente el que mancha el esplendor de la cumbre pastoral por las manchas de una acción depravada. De donde también aptamente la casa de Helí es reprendida por haber rechazado con el talón los dones y las víctimas del Señor. El talón ciertamente es aquella parte del cuerpo con la que tocamos la tierra. En esta parte inferior del cuerpo, por tanto, se muestra el afecto del alma por el cual se desean las cosas terrenas.

11. Y porque, como ha parecido a algunos, por la victoria alcanzada o por alcanzar se solían ofre-

cer víctimas y darse dones a los amigos, ¿qué se designa en las víctimas y en los dones sino los votos de los que todavía progresan y las devociones de los perfectos en las alabanzas de Dios omnipotente? Pues los que progresamos por las tentaciones de los enemigos ocultos, cuando preparamos la virtud para el conflicto con ellos, ciertamente tenemos víctimas en las alabanzas de Dios omnipotente. Pero vencidas ya aquellas batallas que se nos presentan, cuando damos gracias a Dios omnipotente por la victoria alcanzada, ciertamente inmolamos víctimas al mismo Señor. Los que, además, le ofrecen el afecto del amor familiar, le entregan dones como a un amigo. Los dones, por tanto, son los afectos de la caridad, con los cuales los corazones de los elegidos se encienden en el deseo de su Creador. Y porque cuando el rector sigue las cosas terrenas, daña a muchos puestos en el conflicto espiritual, y a muchos también que ya empiezan a anhelarlo, ciertamente rechaza con el talón las víctimas y los dones de Dios, porque con el ejemplo de su propia depravación expulsa los estudios de ambos. Se rechazan, por tanto, las víctimas porque a menudo los soldados noveles de Cristo abandonan el trabajo de la lucha espiritual cuando ven que los príncipes de la expedición cristiana siguen el ocio del cuerpo en el descanso de los halagos terrenos. Se rechazan con el talón los dones porque los afectos de la caridad se enfrían en la mente de muchísimos que ya desean lo superno, mientras contemplan que sus prelados no buscan la patria superna por ningún deseo de amor, sino que yacen en los deleites

ínfimos constreñidos por el frío del cuerpo. De los cuales ciertamente hay algunos que ejercen los mismos honores espirituales carnalmente, y lo que se debe a los méritos lo atribuyen al parentesco. Los cuales ciertamente temerían el reato de su presunción si consideraran atentamente esto de lo que el Señor se queja acerca del sacerdote Helí.

(Vers. 29.) Has honrado, dice, a tus hijos más que a mí, para que comierais las primicias de todo sacrificio de mi pueblo Israel.

12. Honra ciertamente a sus hijos y parientes más que al Señor el que elige para los órdenes sagrados a personas no por la honestidad de su conducta, sino por el amor al parentesco. Por eso los hijos se refieren como honrados para que comieran las primicias del sacrificio, porque los prelados carnales por eso otorgan las cumbres del honor espiritual a los parientes carnales, para que se enriquezcan con las facultades eclesiásticas y se vean colmados de abundancia de fertilidad en la altura del orden. Ni les importa qué clase de personas son los que llegan al ministerio espiritual, sino solo anteponer con dignidad temporal a los que abrazan con afecto carnal. Se queja, por tanto, de haber honrado a sus hijos, pero a los malvados, que ni por parentesco carnal deben ser considerados cercanos si de ningún modo brillan por la conducta de la doctrina eclesiástica. Pero los que promueven a los réprobos se designan para confundir el orden mismo de la promoción, cuando por eso refiere a los hijos honrados para que comieran las primicias del sa-

crificio. Pues no predica el sacerdote para comer, sino que por eso debe comer para que predique. Lo cual también Pablo insinúa diciendo: Los que anuncian el Evangelio, vivan del Evangelio (I Cor. IX, 14). De aquí que otra vez dice: No se ponga bozal al buey que trilla (I Cor. IX, 9; I Tim. V, 18; Deut. XXV, 4), para que a saber el predicador de la santa Iglesia por eso suministre el alimento al cuerpo para que pueda sobrellevar el trabajo de la predicación. Se comprueba, por tanto, que pervierten el recto orden de la promoción quienes promueven a los parientes no para la intención del ministerio, sino para el propósito de la dignidad. Lo cual ciertamente no harían si no se amaran carnalmente a sí mismos y a ellos en la cumbre espiritual. Pero si comprenden la repulsa de Helí, teman también ellos los juicios de su propio reato. Pues por la voz divina se dice: Has honrado a tus hijos más que a mí, para que comierais todas las primicias de mi pueblo Israel.

(Vers. 30.) Por tanto dice el Señor Dios de Israel: Hablando dije que tu casa y la casa de tu padre ministrara en mi presencia hasta la eternidad. Pero ahora lejos esté esto de mí.

13. He aquí que Helí es depuesto de la altura de su dignidad por la sentencia divina, él que se convence de haber honrado a sus hijos malvados por el comer de las primicias, para que ciertamente los predicadores de la santa Iglesia comprendan que si por amor carnal encomiendan a sabiendas los ministerios espirituales a los réprobos, han caído de aquella cumbre en la que exteriormente

parecen estar por la equidad del juez interno. Y porque subsecuentemente añadió:

(Vers. 30.) Sino que a cualquiera que me glorificare, yo lo glorificaré.

14. También insinúa latencialmente que él había sido deshonrado por la audacia de ellos. A los cuales ciertamente también Pablo, reprochándoles eso mismo, dice: El nombre de Dios es blasfemado por vosotros entre las gentes (Rom. II, 24). Pues porque manchan el decoro de la dignidad recibida por las suciedades de una fama miserable, ciertamente deshonran al Señor. Pues dignamente es rechazado de la fortaleza del honor el que hace injuria a aquel por quien se comprueba que fue honrado. Por el contrario, afirma con una promesa general diciendo: Pero el que me glorificare, yo lo glorificaré. Glorifica ciertamente a Dios el pastor que brilla por el ejemplo de las buenas obras para imitación de los fieles, que desde la sublimidad del gobierno irradia con la luz inmensa de una gran conducta, que para espejo de los órdenes sagrados no acepta las personas de los ministros réprobos, sino que elige para forma de la grey súbdita a aquellos a quienes todo el que mira a la imitación no ofende, porque sigue en ellos la verdadera luz. A los cuales ciertamente la Verdad habla por sí misma diciendo: Así brille vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). El Señor ciertamente glorifica a los que le glorifican, porque lo que los elegidos pastores de la santa Iglesia llevan exteriormente de la gloria de la

cumbre, esto reciben interiormente por la gracia de la bondad divina, y el honor por el cual son sublimes a los ojos de los hombres lo merecen con un estudio digno en lo interior por la largueza de la majestad interna. Por el contrario, se queja de que la gloria de los que le deshonran no les fue otorgada por él, diciendo: Ellos reinaron, y no por mí; fueron príncipes, y yo no lo supe (Oseas VIII, 4). Pues reinan por sí mismos, y no por la elección de la suma ordenación, porque no son llamados divinamente a la gloria de la cumbre eclesiástica, sino que son conducidos por la codicia. A los cuales ciertamente el Señor no conoce, porque los reprueba por el juicio de la equidad interna. Es, por tanto, como si dijera: Y si parece ser mío el honor que tienen, no lo merecieron por la obediencia, sino que lo arrebataron por la codicia. De donde también añade subsecuentemente.

(Vers. 30.) Pero los que me desprecian serán innobles.

15. Como si hablara abiertamente, diciendo: Aunque prefieren la nobleza de la dignidad bajo el pretexto de la religión, sin embargo son innobles, porque no concuerdan con la excelencia de aquella gloria que tienen mediante la sublimidad de la vida. Pero porque todo esto se promete con una expresión de tiempo futuro, puede referirse no inconvenientemente al mérito de la retribución venidera. De la cual ciertamente Juan dice: Cuando apareciere, seremos semejantes a él (I Juan III, 2). De aquí que el evangelista Marcos, aseverando, dice: Entonces verán al Hijo del hombre con mucha potestad y gloria (Mar. XIII,

26). Pues cuando asegura que glorificará al que le glorifica, ciertamente le vuelve a prometer la gloria de su semejanza. Porque el Señor glorifica al que le glorifica, porque remunera con sublimidad eterna a aquellos que ahora brillan ante los ojos de los elegidos dentro de la santa Iglesia por los ejemplos de las buenas obras. Pero los despreciadores serán innobles, porque no merecen ser recibidos en la gloria de los elegidos. Pues porque ahora por una conducta réproba se revisten de la imagen del ángel caído, serán entonces innobles con él, cuando se asocien a él en la pena interna. Pues el Profeta, contemplando la glorificación de estos y la innobleza de aquellos, 88 dice: Se regocijarán los santos en la gloria, se alegrarán en sus lechos. Las exaltaciones de Dios en sus gargantas, y espadas de dos filos en sus manos. Para hacer venganza en las naciones, reprensiones en los pueblos. Para atar a sus reyes con grillos, y a sus nobles con esposas de hierro. Porque el Señor glorifica al que le glorifica, porque los humildes elegidos se regocijan con él en la gloria eterna. Quienes ciertamente, porque reciben la claridad de la glorificación según el modo de su propia conducta, se dice que se alegran en sus lechos por la gloria alcanzada. Pero sus despreciadores son heridos con perpetua innobleza, porque los reyes y nobles de las naciones son atados para la pena con cadenas de hierro, a saber, eternas. Pero los reyes de las naciones, y los príncipes, son los soberbios y gloriosos prelados de los carnales. Pero entonces serán innobles, cuando sean atados con cadenas de hierro, porque los que ahora

se ensalzan temporalmente contra los pequeños, son cohibidos por la pena eterna del fulgor del honor y del atrevimiento de su tiranía. De donde también aquí se añade:

(Vers. 31.) He aquí que vienen días, y cortaré tu brazo, y el brazo de la casa de tu padre.

16. Pues el brazo del despreciador es la fortaleza temporal. Y porque salió de la familia del sumo padre transgrediendo, ya comenzó a tener al ángel caído por padre en lugar de la gloria celestial. Por tanto, la casa de su padre es aquella sociedad de súbditos que le favorece en el mal. De los cuales ciertamente dice arriba: Honraste a tus hijos más que a mí. Por tanto, el brazo del despreciador y la casa de su padre son cortados cuando, por la intervención de la muerte de la carne, el prelado y los súbditos pierden por igual la violencia de su tiranía. Pues entonces ciertamente está sin brazo, cuando de ningún modo puede ejercer violencia en la opresión de los pequeños. De donde también se decreta por la equidad del juez eterno: Atados, dice, de manos y pies, echadle a las tinieblas exteriores (Mat. XXII, 13). En cuya casa también no habrá anciano. Pues la casa del hombre condenado es el infierno. Pero la verdadera ancianidad es la madurez de la sabiduría. En su casa, por tanto, no habrá anciano, porque en el infierno no se podrán encontrar ningunos consejos de salvación. De donde también la sagrada Escritura incita a las obras de la verdadera sabiduría diciendo: Todo lo que pueda hacer tu mano, hazlo instántaneamente, porque ni la razón, ni la sabiduría, ni la ciencia están entre

los muertos, a donde tú te apresuras (Ecl. IX, 10). De aquí que Pablo dice: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación (II Cor. VI, 2). En la casa del despreciador, por tanto, no habrá anciano, porque cualquiera que es rectamente sabio ha preparado para sí una mansión no en el infierno, sino en el cielo. Este despreciador también, para aumento de su pena, ve a su émulo en el templo en todas las prosperidades de Israel. Pues el templo de Dios es la patria superna, de la cual también se dice por el Profeta: El Señor está en su santo templo, el Señor tiene su sede en el cielo (Sal. X, 4). Pero Israel, que se interpreta como el que ve a Dios, significa aquella feliz multitud de ángeles de la cual el Señor dice en el Evangelio: Sus ángeles siempre ven la faz de mi Padre que está en los cielos (Mat. XVIII, 10). Pero las prosperidades de Israel son los gozos sempiternos de aquellos espíritus bienaventurados. En el templo, por tanto, el despreciador verá a su émulo, porque el predicador réprobo ya condenado reconoce que el orden de los humildes ya se regocija en las moradas celestiales. Al cual émulo ciertamente se le atribuyen todas las prosperidades de Israel; pues está escrito: Dios será todo en todas las cosas (I Cor. XV, 28). Todas las prosperidades de Israel, por tanto, designan todas las cosas que Dios es para aquellos bienaventuradísimos ciudadanos. Pues como aquella esencia eterna es ciertamente el sumo y simple bien en sí misma, sin embargo, porque por la revelación de su Majestad 89 sacia todos los deseos de aquellos espíritus bienaventurados, el egregio

Doctor demuestra que esto es así. De donde también cautamente predica que Dios no es todo en sí mismo, sino todo en todas las cosas, porque el que en su naturaleza existe inefablemente como un solo y simple bien, es tantos bienes para todos los buenos como todos ellos son llenados de gozos por la contemplación de la gloria. Todas las prosperidades de Israel, por tanto, se atribuyen al émulo, porque el orden de los humildes elegidos es recibido entre los coros de los ángeles, para que se sacie con los gozos de la contemplación divina por la percepción eterna. Quien rectamente se dice ser émulo del despreciador, porque los elegidos de Dios reciben las exhortaciones de la buena amonestación incluso de predicadores soberbios y negligentes. De donde también el Señor manda diciendo: Todo lo que os dijeren hacedlo, pero no hagáis según las obras de ellos (Mat. XXIII, 3). De aquí que Pablo dice: Emulad lo bueno en lo bueno todos (Gál. IV, 18). Pero como la Escritura diga: Sea quitado el impío para que no vea la gloria del Señor (Is. XXVI, 10), parece contrario que los que están condenados en el infierno se entienda que ven a los que se regocijan en el cielo. Pero porque el ver también pertenece al conocimiento, ve a su émulo en el templo porque, aunque el impío se mantiene constreñido por las penas del infierno, no duda que los elegidos humildes, a quienes no ve con los ojos, están presentes en el cielo en los gozos de los ángeles. Y debe notarse que se dice dos veces: No habrá anciano en tu casa, porque no se instruye para la salvación ni por la experiencia de las penas que el condenado tiene, ni por el

conocimiento de la felicidad ajena, ni por la experiencia de las penas que no tiene. Pero a veces de los pastores réprobos nacen hijos elegidos por la doctrina. A los cuales ciertamente no retiene ligados la culpa de los pastores, porque siguen las exhortaciones de su buena predicación que oyen, y no las obras perversas que ven. De donde también se añade:

(Vers. 33.) No obstante, no quitaré enteramente de ti a un varón de mi altar.

17. Pues varones son los que brillan en la ardua fortaleza de una conducta rígida. Como si dijera. Por eso no los quito de mi altar, porque son varones. Pues por el mérito de la conducta se les conserva la fortaleza y la celsitud de la potestad. De donde también por el profeta el Señor promulga los edictos de la equidad diciendo: El alma que pecare, esa morirá. El hijo no llevará la iniquidad del padre, ni el padre la del hijo (Ezeq. XVIII, 20). Por tanto, el Señor justamente quitaría de su altar a un varón de él, si el hijo llevara la iniquidad del padre. Pero por el hecho mismo de que el oyente elegido es visto en la gloria, se le acumula la pena al doctor réprobo. Por lo cual también se añade:

(Vers. 33.) Sino para que falten tus ojos y desfallezca tu alma.

18. Pues sus ojos faltan, porque son confundidos por la vida de aquel que cumplió con su exhortación. Su alma también desfallece, porque es compelido a dolerse más abundantemente, mientras reconoce que el bien que enseñó florece por la gloria de la retribución en los súbditos, y él mismo no cuidó de hacer esto. En cuyas palabras

también debe notarse que el que promete que no quitará enteramente de él a un varón de su altar, se encuentra que es raro aquel a quien recibe, porque ciertamente hay más oyentes de un doctor réprobo que sigan las cosas malas que hacen, que las rectas que enseñan. De donde también aquí se dice que una gran parte de su casa morirá en la edad varonil.

19. Pues la edad varonil es el tiempo de administrar el sacerdocio. Por tanto, el imitador del doctor réprobo es conducido a la edad varonil cuando es promovido a la celsitud del orden sagrado. A la cual edad ciertamente cuando llegare, muere, porque 90 cualquiera que se acercare indignamente a tan gran ministerio, o viviere en él indignamente, es condenado. De donde también Pablo, haciendo mención del cuerpo y la sangre del Señor, dice: El que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí (I Cor. XI, 29). Mueren, por tanto, en la edad varonil, porque perecen por la presunción y el atrevimiento de un ministerio más sublime. De aquí, pues, de aquí ya ciertamente colijan los precipicios, y no ambicionen sino que teman someterse a las cargas de tan gran ministerio. Pues el que se predice que morirá cuando llegare a la edad varonil, vive hasta que llega a ella, porque ciertamente todos los débiles, y aquellos desiguales a tan gran ministerio, si consideran la medida de su propia pequeñez, tienen en la santa Iglesia un lugar en el que se guarden para vivir. De donde también por Moisés el Señor denuncia diciendo: La bestia, si tocare el monte, sea apedreada (Éx. XIX, 12; Heb. XII,

20). De aquí es también que cuando Lot salía de Sodoma, se abstuvo del ascenso del monte y se desvió a la pequeña ciudad de Segor (Gén. XIX, 20, sig.) para que, siendo aún pequeño mientras se esfuerza por cosas más altas, no muera tropezando con la edad varonil. Pues salimos de Sodoma cuando declinamos los incendios de la ardiente concupiscencia. Quienes no ascendemos inmediatamente a las cosas sublimes, porque no tocamos las cumbres del ministerio superior, mientras consideramos midiendo nuestra propia enfermedad, para que, si despreciamos mantener la medida de nuestra edad débil, quienes vivimos como pequeños, no muramos en la edad varonil. En señal de la casa que ha de morir, se predice que ambos hijos de Helí morirán en un solo día. Los cuales hijos ciertamente dijimos que significan a aquellos que fuesen promovidos a los órdenes sagrados por parientes carnales, no con la intención de administrar el orden, sino para la gloria de la dignidad mundana. En un solo día, por tanto, ambos mueren, porque perecen en el apetito de la felicidad mundana. La gloria secular, la reverencia del honor, la potestad de la cumbre, la claridad de la dignidad, la frecuencia de los que obedecen, la afluencia de las cosas amadas secularmente, es un día, pero que mata.

20. Oigan, pues, los hijos de Helí que ambos mueren en un solo día. Pues los que de la cumbre pastoral recibida aman la felicidad de la vida caduca, tienen ciertamente una intención de gozo, pero un fruto de lamento; un propósito en la exaltación de la vida, y una llegada en el

pesar de la muerte. Por tanto, se apresuran a la muerte cada vez que vanamente se felicitan por la felicidad temporal. Lo cual también el Apóstol prueba cuando hace mención de la viuda apóstata diciendo: Pero la que está en delicias, viviendo está muerta (I Tim. V, 6). Pues afirmó que moría en este día quien mostró que la causa de la muerte de la viuda eran las delicias. Pero la muerte de los hijos sería menos pésima si ella misma no fuera causa de la muerte ajena. De donde también se predice que mueren no simplemente, sino como señal de la casa que ha de morir, porque cuando los que de cerca imitan al doctor réprobo caen en el mismo precipicio, los seguidores de los que siguen también se acumulan en la ruina. Esto, por tanto, oigan los que aman la felicidad temporal del oficio de la cumbre recibida, y teman mucho la magnitud de su culpa. Son dignos de una pena tanto más grave cuanto claramente perciben que de la vanidad que aman no mueren solos, porque mientras bajo el pretexto de la alegría mundana beben la muerte, transmiten la peste de su bebida a la multitud de los que los siguen. Con cuyas palabras, no obstante, puede intimarse a los doctores réprobos la brevedad de la presente vida. Pues en un solo día mueren porque, cuando llegan al término de esta vida, se les muestra que fue del todo breve lo que vivieron. De donde se dice por cierto sabio: El gozo del hipócrita es a semejanza de un punto (Job XX, 5). De aquí otra vez el bienaventurado Job habla de los amantes de este mundo diciendo: Pasan sus días en bienes, 91 y en un punto descienden al infierno (Ibíd. XXI,

13). Pero arrebatados los réprobos a la pena, los pastores sabios y elegidos son incitados al cuidado de la grey del Señor. Por lo cual también añade subsecuentemente:

(Vers. 35.) Y me suscitaré un sacerdote fiel.

21. Pues el Señor se suscita un sacerdote fiel porque, a saber, el lugar supremo exige para su cuidado a aquel que no solo entienda rectamente, sino que ministre fielmente. Pero entonces podrá ministrar rectamente cuando reconozca el modo de su ministerio por el sagrado elocuio. De donde también, cuando se promete un sacerdote fiel, se afirma que ha de obrar según el corazón y el alma de Dios omnipotente. ¿Qué aceptamos por el corazón y el alma de Dios sino su sagrada Escritura? Pues con el corazón pensamos para la deliberación, pero con el alma somos afectados para el amor. Porque, por tanto, en el sagrado elocuio reconocemos los consejos de Dios omnipotente, y allí encontramos el amor con el que amó al género humano, el elocuio mismo racionalmente designa su corazón y su alma. A aquel, pues, Dios omnipotente elige para su ministerio como sacerdote que obra según su corazón y su alma, porque ciertamente no otro es digno de tan gran orden sino el que aprendió su voluntad por el sagrado elocuio, y esto que aprendió lo emplea para las utilidades de los prójimos mediante el estudio de la caridad. Pero todavía debe considerarse vigilantemente lo que se dice:

(Vers. 35.) Según mi corazón y mi alma.

22. Pues en la sagrada Escritura se encuentran ciertos preceptos que ciertamente fueron manda-

dos por la dispensación de Dios, y no por el amor de Dios. Los cuales ciertamente, si el sacerdote que se promete suscitar los cumpliera, obraría según el corazón de Dios, y no según su alma, mientras habría devuelto con sus obras el consejo de la dispensación divina, y no el precepto del amor. ¿Acaso no habían sido de la dispensación de Dios aquel mandatos suyos de los cuales habla diciendo: Yo les di preceptos que no eran buenos (Ezeq. XX, 25)? Y cuando los fariseos disputaban con la Verdad misma sobre el dar el libelo de repudio, oyeron: Por la dureza de vuestro corazón os dio Moisés la ley (Mat. XIX, 8). Porque, por tanto, aquellas cosas fueron de la dispensación de su consejo, cualquiera que usó esos mismos preceptos obró según el corazón del Señor, y no según su alma. Pues aquel precepto del corazón y del alma es del que se dice: Este es mi precepto, que os améis unos a otros como yo os he amado (Juan XV, 12). Porque esto que manda por el consejo lo aprehende por el abrazo de la caridad. De aquí también dice: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian (Luc. VI, 27). De aquí también manda diciendo: Lo que queráis que los hombres os hagan a vosotros, hacedlo vosotros a ellos. Estos, pues, y otros semejantes son los preceptos del corazón y del alma de Dios, porque por la revelación se muestra aquello de su consejo secreto que es recibido en su presencia por la prueba de la caridad. El sacerdote fiel, por tanto, se conoce por este indicio. Si a saber obra según su corazón y su alma, porque ciertamente entonces es verdaderamente fiel, si no sigue la licencia

de su dispensación, sino los preceptos del amor. Pero porque es elegido no en vano, sino para el lucro de la plebe súbdita, añade y dice:

(Vers. 35.) Y le edificaré una casa fiel.

23. Pues la casa del sacerdote es la amplitud en la que moran los pueblos súbditos. La cual casa ciertamente le es edificada como fiel por el Señor, porque es erigida al estudio de la obediencia por la inspiración divina. Pues una casa infiel es aquella sociedad de súbditos que diariamente recibe la predicación del buen rector, a la cual sin embargo no intenta obedecer por el estudio de la buena obra. Pues se reconoce ser una casa infiel porque el dinero de la palabra de Dios que se le acredita por el ministerio de su predicador se disipa por la negligencia de una vida pródiga, 92 y lo que se le confía para el lucro del negocio de ningún modo se encuentra en el tiempo de rendir cuentas. Por tanto, se construye para el buen predicador una casa fiel por el Señor cuando los corazones de la plebe súbdita son preparados divinamente para obedecer a su voz, para que no solo guarde aquello que en ella se esconde del talento de la palabra, sino que lo lleve acumulado con lucro múltiple a la mesa de la eterna recepción. Y debe notarse que se dice que la casa fiel es edificada por el Señor, para que de ningún modo el predicador se gloríe vanamente por la buena conducta del pueblo súbdito. Debe notarse también que el Señor se suscita un sacerdote fiel para que los corazones de los súbditos no presuman atribuir a sus propios méritos este hecho mismo de que son gobernados por un óptimo rector. Debe notarse

también que al sacerdote que el Señor suscita lo llama fiel para sí, pero la casa que le edifica dice que será fiel para el sacerdote mismo; porque ciertamente el predicador debe obediencia a Dios, el súbdito al prelado. Pero el prelado camina entonces rectamente ante el súbdito si la Verdad misma se ve para dirigir todos los caminos de su vida. Sigue pues:

(Vers. 35.) Y caminará ante mi Cristo todos los días.

24. Pues el Cristo del Señor es el Redentor del género humano. Quien ciertamente, porque ya se cree que ascendió a los cielos, es visto ahora por sus fieles no con los ojos corporales, sino con la mente. Ante él, pues, camina todos los días quien no obra nada por pensamiento súbito. Pues para que ponga rectos pasos fuera en la obra, mira dentro hacia Cristo, a quien lleva en el corazón por la consideración. Pero porque todavía habla al pastor réprobo, añadiendo dice:

(Vers. 36.) Y sucederá que cualquiera que quedare de tu casa vendrá para que se ruegue por él.

25. Pues se dice que alguien ha de quedar de su casa, porque se afirma que una gran parte de ella ha de morir. Pues queda de la casa del pastor réprobo aquel a quien la conciencia del pecado no extingue de la esperanza de obtener el perdón. Queda, por tanto, porque el peso de la conciencia se alivia mediante el propósito de la penitencia por la esperanza de obtener la vida. Quien ciertamente viene para que se ruegue por él, y se apresura hacia Dios arrepintiéndose, de quien se alejó pecando. Viene, pues, para que se ruegue

por él, porque quien se hizo indigno de Dios, exige un intercesor digno, para que sea expiado por las oraciones ajenas quien se reconoce no poder ser limpiado por las propias. De donde también piadosamente Santiago amonesta diciendo: Confesaos unos a otros vuestros pecados, y orad unos por otros para que seáis salvados (Sant. V, 16). De aquí otra vez: Mucho vale la oración asidua del justo. Pero la oración vale para aquel que, mientras se cohíbe de la inmundicia del pecado, se reduce a sí mismo a la semejanza de Dios, de la cual se despojó pecando. De donde también aquí se añade:

(Vers. 36.) Para que ofrezca una moneda de plata.

26. En la moneda, por tanto, se esculpe la imagen del Señor, para que se reconozca ser de aquel por quien se manda ser formada. La moneda, pues, se toma por la semejanza de Dios. De donde habla en el Génesis diciendo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. I, 26). Y porque por el sagrado elocuio reconocemos la imagen y semejanza de Dios a la que hemos de ser reducidos, se afirma ser una moneda de plata. El que, pues, viene del camino del pecado para que se ruegue por él, debe ofrecer una moneda de plata, porque nada le aprovecha el compungirse arrepintiéndose, ni el confesar llorando, si, permaneciendo inenmendada e incorregible la belleza de la buena voluntad en su interior, de ningún modo se reconoce irradiar con la luz de la imagen de Dios. Pues la imagen y semejanza de Dios es odiar el mal con un odio ínclito, y amar

a Dios con un amor perfecto. De donde también el Profeta, contemplando que la claridad de la divina semejanza había perecido en el género humano, mira hacia aquel 93 que con la ínclita luz de nuestra reparación vino del cielo, diciendo: Amaste la justicia y odiaste la iniquidad (Sal. XLIV, 8). De aquí, considerándose ya renovado en la forma de la perfección por la contemplación de él, dice: Odié a los inicuos y amé tu ley (Sal. CXVIII, 113). El que, pues, viene de la casa del réprobo por la confesión, el que por la humildad pide al Señor que se ruegue por él, es del todo necesario que cuide de ofrecer una moneda de plata, a fin de que, tomado el esplendor de la buena voluntad, odie perfectamente el mal que hizo, y ame el bien con un amor íntegro que descuidó. De donde también por el examen del justo juez se promulgan los edictos de propiciación. En cualquier día, o hora, dice, que el pecador se convirtiere, vivirá por la vida y no morirá (Ezeq. XVIII, 21, 27). Pero la conversión del pecador no está en la humildad de la confesión, sino en la renovación del hombre interior, cuando al pecador, ya corregido por la inspiración divina, tanto le displace el mal que amó, como le place el bien que odió. Pues hay algunos que tanto se acusan de la maldad del crimen como no corrigen la pravidad de la voluntad. Quienes ciertamente no se cree que se conviertan al Señor, porque la verdadera conversión no se recibe en la boca, sino en el corazón. Pues convertirse es al mismo tiempo volverse. Por tanto, la conversión del pecador es verdadera entonces, cuando ambos hombres nuestros son reducidos

al beneplácito de nuestro Creador, cuando tanto nuestra carne por el odio de la iniquidad es cohibida de la perpetración del delito, como por el amor de la justicia la mente se extiende a la intención de la buena operación. Pero porque hay algunos dentro de la Iglesia que solo al término de su vida vienen a la satisfacción de la penitencia, y se dice por el juicio de la Verdad: En cualquier hora que el pecador se convierta, vive, suele preguntarse mucho por algunos si inmediatamente encuentran la vida después de la muerte de la carne quienes perpetran pecados por un largo tiempo de vida, y solo al final de la vida se acusan de haber obrado malvadamente. A lo cual debe decirse que por la fuerza de la conversión se borra la magnitud del crimen. Pues la fuerza de la conversión es el afecto de la caridad infundido al corazón por la visitación del Espíritu Santo. Y está escrito del mismo Espíritu: Que él mismo es la remisión de los pecados. Pues cuando visita dignamente los corazones de los elegidos, los purga potentemente de toda inmundicia de pecados, porque en cuanto se infunde en la mente, la excita inefablemente al punto a los odios de los pecados y los vicios y al amor de las virtudes. Hace que odie inmediatamente lo que amaba, y que ame ardientemente lo que había odiado, y que gima mucho en ambos casos, porque recuerda que amó damnablemente los males que odia, y que odió los bienes que ama. Pues ¿quién osaría decir, aunque esté agravado por toda clase de carga de pecados, que pueda perecer alguien visitado por la gracia del Espíritu Santo? Porque, por tanto, el

pecador en ninguna hora se convierte sino en la que es ilustrado por el Espíritu Santo, ¿qué queda sino que, así como abandona execrando la muerte del pecado, así viva la vida de la justicia a la que se vuelve deseosamente? Quien inmediatamente después de la muerte es recibido en la vida, si recibe tanto fuego de amor en la conversión que pueda consumir en el alma todo el herrumbre acumulado del pecado. De donde también se dice de la mujer pecadora: Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho (Luc. VII, 47). De aquí se dice por la misma Verdad pendiente en la cruz: Amén te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Ibíd., XXIII, 43). En el final de la vida, por tanto, solo estos se arrepienten saludablemente, los que tanto por la visitación interna aman perfectamente los bienes como odiaron los males que habían amado. Quienes sin embargo, si no pueden dolerse suficientemente por las iniquidades admitidas, no obstante también estos viven en la hora en que se convierten. 94 Pues los que tuvieron la perfección de la buena voluntad en la confesión del pecado, después de la muerte pasan a la vida por la pena purgatoria del pecado, si de ningún modo tuvieron suficiente fuerza de amor para borrar los pecados. De donde también Pablo dice: Así serán salvos, como por fuego (I Cor. III, 15). Pero el pecador, que allí mereció ser salvado por el fuego, cumpla aquí por la aflicción de la carne lo que reconoce faltarle de la fuerza del amor.

(Vers. 36.) Y una torta de pan.

27. Pues con el nombre de pan a veces se designa el refrigerio del deleite terreno. Por lo cual también el profeta Jeremías, mencionando al pueblo de una Judea corrompida en el apetito secular, dice: Todo su pueblo gime (Lam. I, 11) y busca el pan. Por tanto, el pecador convertido tuerce el pan cuando tortura el deleite pasado mediante la aflicción de la penitencia. Pues torcer el pan es afligir la carne por el deleite perpetrado. El que, pues, desea pasar a la salvación sin el tormento del fuego, ofrezca con la moneda de plata una torta de pan, para que quien abandona los pecados por la buena voluntad, ciertamente los extinga del todo con una válida aflicción de la carne. Pues ofrecía una moneda de plata quien, recibida ya la semejanza de Dios, confesando execraba lo que había hecho, diciendo: Se han podrido mis cicatrices ante mi insensatez (Sal. XXXVII, 6). Y también: Estoy encorvado y humillado por todas partes. Pero el que temió que la moneda de plata no le bastara para la oblación, cuidó de añadir una torta de pan. Pues confiesa y dice: Rugía por el gemido de mi corazón (Ibíd., 9). Pues el rugido insinúa el llanto de un gran dolor en la aflicción del penitente. Asociando este pan torcido a la moneda de plata, el mismo habla diciendo: Porque anunciaré mi iniquidad y pensaré por mi pecado (Ibíd., 19). Pues pensar por el pecado es proponer una digna aflicción de la carne por el deleite pasado. Torcía, pues, el pan que había de ofrecerse quien, pronunciando también las bajezas perpetradas, pensaba de qué modo podría borrarlas. Y porque de la austeridad

de la conducta a veces suele introducirse en los penitentes el deseo de alabanza, se insinúa la intención del pecador verdaderamente convertido por esto que se añade:

(Vers. 36.) Y diga: Admíteme, te ruego, a una parte sacerdotal.

28. Pues la parte sacerdotal de cada uno es la retribución del elegido en la vida eterna. Pues todos los elegidos de Dios son sus sacerdotes, porque no desisten de ofrecer siempre dones sagrados a aquel a quien sirven incesantemente por la oblación de su ministerio. De donde también aquellos, triunfando en el reino, dicen: Nos redimiste para Dios con tu sangre, y nos hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes (Apoc. V, 9, 10). Decir, pues, al pecador convertido: Admíteme, te ruego, a una parte sacerdotal, es esperar de la austeridad de la vida y de la penitencia solo la parte de la eterna bienaventuranza, para que a saber encuentre la seguridad del deleite, la cual posea con perenne disfrute, y nunca traiga tras de sí las torceduras de la penitencia. Por lo cual también se añade:

(Vers. 36.) Para que coma un bocado de pan.

29. Pues si el pan en el sagrado elocuio se toma por el deleite, un bocado de pan es el deleite infalible de la vida eterna. De cuyo oblectamiento ciertamente se dice por el profeta: Gozo y alegría se encontrará en ella, acción de gracias y voz de alabanza (Is. LI, 3). De aquí también, contemplando ya a los comensales invitados a la mesa no de la torta de pan, sino del bocado, dice: Alegría sempiterna sobre sus cabezas, obtendrán gozo y

exaltación (Ibíd. XXXV, 10). De aquí el Salmista, pronunciando con la voz del penitente corregido, dice: Me has hecho conocer los caminos de la vida, me 95 llenarás de alegría con tu rostro, deleites en tu diestra hasta el fin (Sal. XV, 10). Pues los caminos de la vida son las aflicciones de la penitencia, por las cuales ciertamente desde el baratro de su propia condenación el pecador es conducido a la patria superna, mientras es torturado espontáneamente por las iniquidades cometidas. De donde también cuando insinúa que es un pecador corregido, presume diciendo: Tú eres, Señor, quien me has restituido mi heredad (Sal. XV, 5). Y también confiando dice: Porque no dejarás mi alma en el infierno (Ibíd. 10). Pues los caminos de la vida se hacen conocidos al pecador cuando las aflicciones de la penitencia le son insinuadas divinamente, cuando a saber con la mente iluminada considera qué amargura de vida debe aplicar a cada uno de los deleites de la culpa pasada. Quien ciertamente se gloría de ser llenado de agradable alegría con el rostro de Dios omnipotente, porque es refrescado por la manifiesta saciedad de la divina contemplación, y el que en la izquierda de la vida presente se compunge por un tiempo arrepintiéndose, en la derecha de la vida eterna es saciado de deleites hasta el fin. El que, pues, ofreció la torta de pan, es conducido a comer el bocado, porque quien por amor de la vida superna tortura los deleites nocivos, se prepara para sí un perpetuo refrigerio en el convite del gozo eterno. Sigue:

CAPÍTULO IV.

(I Rey. III, 1.) Pero el niño Samuel ministraba al Señor ante Helí.

1. Pero se muestra que aquello se ha repetido en este lugar, lo cual se menciona arriba sobre el niño elegido, donde dice: Pero el niño Samuel era ministro en la presencia del Señor ante la faz de Helí. Esto es ciertamente ministrar al Señor ante Helí, lo cual es ser ministro del Señor ante la faz de Helí. Y porque allí explicamos eso más plenamente, con la ayuda del Señor, no nos demoramos en absoluto en reiterar su exposición. Pero porque es la palabra divina la que habla esto en este lugar y en aquel, se muestra que de ningún modo ha hecho esto sin utilidad de razón. Por tanto, para evitar el hastío del lector, callamos la explicación, pero decimos la causa de la repetición para su utilidad. Pues algunos, sometidos al magisterio de los prelados de la santa Iglesia, obedecen siendo rudos; pero cuando progresan un poco más alto por la conducta, de ningún modo persisten en la misma humildad de la obediencia. A los cuales Agar, la esclava de Sara, designa bien espiritualmente, quien cuando vio que había concebido de Abraham su marido, despreció a su señora (Gén. XVI, 5). Pues Agar concibe cuando la mente réproba del súbdito cree que progresa o por la instrucción de la ciencia, o por la conducta de vida. La cual ciertamente, estando encinta, se dice que despreció a su señora, porque ya desdeña estar sometida por la obediencia a la voluntad de su superior que la preside. Pero la que desprecia

a su señora se afirma ser una esclava, porque los súbditos soberbios son también débiles por la elación, y no llegan al número de los hijos de Dios. Pero se expone el progreso de Samuel porque arriba se dijo: Pero el niño Samuel progresaba y crecía y complacía tanto a Dios como a los hombres (I Rey. II, 18). Las cuales tres cosas, con qué sublimidad de conducta las recorrió, se ha expuesto arriba. Porque, por tanto, también ahora se menciona que ministra ante su maestro, ¿qué es sino que ofrece una forma a los oyentes elegidos, para que cuanto más progresen en una vida más alta, nunca olviden guardar el bien de la obediencia? Pues entonces progresan verdaderamente si se esfuerzan hacia la altura de los méritos tanto con la fortaleza de la obra como con la virtud de la humildad.

2. En este lugar hay otra cosa que debe ser notada: que se muestra que Samuel ministra al Señor ante Helí precisamente cuando él mismo es reprendido por el Señor por la negligencia de sus hijos. Pues algunos súbditos, mientras consideran la medida de su propia fortaleza, prefieren ser jueces severos de sus prelados antes que oyentes piadosos. Los cuales, ciertamente, porque se han acostumbrado a exagerar y discutir sus vidas, si observan en su conducta las manchas de un delito incluso leve, rehúsan someterse a su precepto obedeciendo. Pero existirían como verdaderamente fuertes si soportaran humildemente aquellas cosas de los mayores que consideran débiles. Pues ante Dios es reconocido como grande por el mérito aquel que se somete

en un buen precepto a quien en alguna parte no parece venerable. Pues he aquí que Helí es reprendido por la abierta sentencia de Dios por la culpa perpetrada de su negligencia, pero se menciona que el niño del Señor, Samuel, ministra al Señor ante él, para que ciertamente uno comprenda en su interior qué clase de persona es quien desprecia a su prelado por una culpa leve, si Samuel se sometió obedeciendo a aquel a quien el Dios omnipotente reprobó con tanta severidad (districtione) de su examen. Pero porque Helí es reprendido por haber honrado no poco a los súbditos pecadores, deben sopesarse las dignidades mismas de los órdenes sagrados. El rector no debe honrar al súbdito pecador a menos que haya sido corregido, pero el súbdito tampoco debe entonces despreciar al prelado, cuando se haya reconocido a sí mismo como justo y a aquel como pecador, porque el Juez eterno ha concedido el juicio de los súbditos a los rectores de la santa Iglesia, pero ha reservado a esos mismos rectores para ser discutidos por su propio examen. Sin embargo, esto mismo es muy de temer por los rectores, que sean reservados para el examen de Dios, porque deben preparar razones de su vida y doctrina tanto más sutiles cuanto más sabio es el Juez al que sostienen. Ni teman solamente su juicio futuro en la vida futura, como si estuviera situado a lo lejos, para que quien está presente en todas partes no hiera al incauto desde cerca. Pues los pastores negligentes, para evadir la pena de la venganza futura, piensan en largos espacios de la vida presente para la pena; pero el Juez,

que está en todas partes, impone la penitencia desde cerca, porque primero les retira la luz de la contemplación y luego los arrebata hacia los tormentos por la muerte. Por lo cual, sobre el mismo Helí, que poco después muere con el cuello roto, se añade:

(Vers. 1.) En aquellos días no había visión manifiesta.

3. Pues mientras el rector desprecia las cosas que debe hacer y que conoce, se procede con él con un juicio severo, para que no vea las cosas que debe hacer, porque no quiso cumplir lo que veía. Pues la visión manifiesta no es del pastor negligente, sino del que ama. Por lo cual también la Verdad dice por sí misma: El que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él mismo (Juan XIV, 21). Pues la claridad de la visión manifiesta es la revelación de la verdad amada. La cual verdad, ciertamente, si se muestra por el mérito del amor, se oculta muy dignamente a aquellos que están torpes para la buena obra, porque el signo del amor no está en el afecto del ánimo, sino en el estudio de la buena operación. Por lo cual también en el Evangelio el Señor antepuso, diciendo: El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama (Ibid.). Porque, por tanto, por la negligencia de la obra se incurre en la oscuridad de la visión interna, muy aptamente se menciona la visión oculta mientras el sacerdote es reprendido por el desprecio de los mandamientos. Sigue:

(Vers. 1.) Y la palabra del Señor era preciosa.

4. En cuanto pertenece a la verdad de la historia sagrada, puso "preciosa" por "rara". Por tanto, la palabra era preciosa porque, mientras era raro quien percibiera las cosas más altas contemplándolas, no podía ser frecuente quien predicara las cosas buenas hablándolas. Lo cual vemos que sucede también ahora en la santa Iglesia, porque mientras la mayoría ambiciona la gloria del honor por la reverencia de la cumbre, mientras descuidan los ministerios del orden sagrado, no pueden predicar a los pueblos súbditos las cosas más altas que no pueden ver; y en su familia se reconoce que la palabra es preciosa porque rara vez oyen las exhortaciones de la buena predicación, cuyos prelados no buscan por deseo las cosas celestiales que digan, sino las terrenas que hagan. A los cuales ciertamente señala la sagrada Escritura, que dice: Perros mudos, no capaces de ladrar (Is. LVI, 10). No dijo "no queriendo", sino "no capaces", porque ciertamente, mientras aman la gloria del mundo con todo su corazón, y con toda su alma, y con toda su mente y virtud, querrían decir cosas sublimes al pueblo, para que incluso de la sublimidad de la palabra pudieran tener gloria. Por tanto, los perros mudos, queriendo ladrar, no pueden, porque mientras meditan cosas terrenas con un corazón depravado, no comprenden por revelación ninguna de las cosas ocultas de la verdad que proferir. Pero porque lo que es precioso suele custodiarse con gran diligencia, puede esto que se dice: "No había visión manifiesta", referirse a la negligencia de los prelados carnales.

5. Pero lo que se añade: "Y la palabra del Señor era preciosa", se refiere al ardiente estudio de los buenos súbditos, pues los súbditos fieles, aunque no tengan quien les predique frecuentemente las cosas celestiales del tesoro de la sagrada elocuencia, abrazan con admirable devoción esto solo que alguna vez pudieron saber, y lo custodian como una cosa inefablemente preciosa, mientras por las buenas obras lo colocan en el cielo, donde de ningún modo se acercan ladrones que puedan llevárselo. Por lo cual también en el Evangelio se dice del comprador de la buena margarita: Encontrada una margarita preciosa, dio todas sus cosas y la compró (Mat. XIII, 46). Así pues, cuando en el tiempo de la visión oculta se describe que la palabra es preciosa para los elegidos, se anuncian las alabanzas de los súbditos, porque deben ser predicados con una gloria tanto más sublime cuanto ese bien, que pereció de un lugar más eminente, permaneció en los inferiores por la perfección de la gran caridad. Por cuya buena conducta ciertamente sucede a menudo que la visión que había sido oculta se manifieste, para que quienes custodian devotamente las cosas mínimas, deban saber qué hacer y las cosas mayores. Por lo cual también se añade:

(Vers. 2-4.) Sucedió, pues, un día que Helí yacía en su lugar, y sus ojos se habían oscurecido, ni podía ver la lámpara de Dios antes de que se extinguiera. Pero Samuel dormía en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios. Y llamó el Señor a Samuel.

6. Pues el niño Samuel es llamado por el Señor cada vez que se revelan a los súbditos humildes los secretos del consejo divino, y por el mérito de su humildad adquieren la luz de la contemplación, que los predicadores soberbios pierden por la retribución de su orgullo. Pero debe notarse que se muestra que esto sucedió un día determinado, en el cual día se afirma que Helí yacía en su lugar y que no podía ver. Pues es llamado "en el día" quien es elevado a conocer los secretos de la sabiduría celestial para su propia salvación y la de los demás. Por el contrario, también Salomón percibió la sabiduría en la noche, para que la oscuridad del tiempo indicara que no recibiría la misma sabiduría perseverando (III Rey. III, 5, 12). Lo cual puede entenderse también de otro modo, porque ciertamente se menciona la ceguera de Helí. Por tanto, por la posición del día, se muestra la magnitud de su ceguedad, porque ciertamente tuvo grandes tinieblas quien no vio en el día. Ahora también, si miramos al estado de la Iglesia, hay una gracia general de luz. Pues vino quien, esparciendo los rayos de la verdadera claridad, dijo: Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas (Juan VIII, 12). Y porque la gloria de su esplendor interno es inefable, no se dice de este día o de aquel, sino de "un día determinado": de cuyo día ciertamente no hay claridad [propia]; sino que la magnitud de su claridad es desconocida. Por tanto, el Pastor padece grandes tinieblas si aquel que por oficio es reconocido como el ojo de la Iglesia no tiene visión en la gracia de tan gran luz. Por lo cual la Verdad

misma por sí misma muestra que las tinieblas de ese mismo ojo son grandes, diciendo: ¿Cuán grandes serán esas mismas tinieblas? (Mat. VI, 23). Pero ya insinúa de dónde le nace tanta oscuridad, porque dice: Yacía en su lugar. Pues el lugar del predicador tiene el deber de estar en pie, no de yacer. Por lo cual también el Señor ofrece por sí mismo la forma de ello a los predicadores, diciendo: Pero yo estoy en medio de vosotros como el que ministra (Luc. XXII, 27). Pues estar en pie en medio de los hermanos es ofrecerse como ejemplo a los menores mediante una conducta laboriosa. Por tanto, estar en pie pertenece al trabajo de la obra y a la necesidad de la lucha. Por lo cual también el maestro del certamen espiritual preceptúa, diciendo: Estad, pues, en pie, ceñidos vuestros lomos con la verdad (Ef. VI, 14). Y porque yacer es propio del que descansa, es reprendido quien, en el lugar de la batalla y del trabajo, sigue la tibieza del descanso, y es mencionado yaciendo en ese lugar. Estar en pie es también propio de los justos. Por lo cual también Pablo dice: Pues por la fe estáis en pie (II Cor. I, 23). Por tanto, yacer pertenece también a la negligencia de una vida más remisa. Entonces, por tanto, Helí yace en su lugar cuando, por el desliz de la depravación, el predicador réprobo descansa en la cátedra del justo. Por tanto, los ojos del que yace en su lugar se oscurecen porque no pueden ver las cosas más altas quienes, en la cima de la cumbre pastoral, no ejecutan las obras de la virtud, sino que se sumergen en los halagos de una vida más remisa. El cual ciertamente ya no es llamado "lámpara

de Dios" por la verdad de la alabanza, sino por el oprobio de la irrisión. Pues quien ejerce la apelación de "lámpara de Dios" y se afirma que no puede ver, es más bien escarnecido por tan gran nombre por el que es considerado. Pues en la verdadera alabanza del justo se dice: Él era una lámpara ardiente y luciente (Juan V, 35). Pues el resplandor de la verdadera luz que amando había bebido, hablando lo derramaba. También el predicador carnal es llamado lámpara por el oficio, pero ciega por la intención, porque ejerce la dignidad de ofrecer luz, pero fija su mente en las tinieblas de la vanidad.

7. Cuya consumada perversidad es ciertamente designada, porque no se dice que "no veía", sino que "no podía ver". Por lo cual también el Señor, haciendo mención del árbol malo, dice: El árbol malo no puede dar frutos buenos (Mat. VII, 18). Por tanto, la lámpara de Dios no puede ser vista cuando aquel que descuella en la dignidad pastoral es oprimido por tan gran espesura de amor secular que no es elevado al intuitivo de la claridad interna por ninguna inspiración de la gracia; cuando ya, a saber, arrojado por la justa indignación de Dios, es dejado en la ceguedad de su propia oscuridad, de modo que en adelante nunca sea visitado por la infusión de la luz celestial. Pero bien se dice: Antes de que se extinguiera. Pues no ver es la pena del pecador que aún vive en este mundo, pero no poder ver es del impío muerto ya condenado a la pena eterna en el otro mundo. Por lo cual también, por el juicio del Creador, se manda que sea encerrado en las tinie-

blas exteriores, para que ciertamente nunca sea devuelto al intuitivo de la luz. Así pues, cuando se dice que no puede ver antes de que se extinguiera, el predicador réprobo que aún vive en este mundo es asemejado en su ceguedad al impío ya condenado para siempre. Pero la lámpara se extingue cuando el pastor muere. O ciertamente la lámpara se extingue porque, cuando el predicador réprobo perece por la muerte de la carne, pierde todo lo que parecía brillar en él de la gloria de la cima, y permanece como si fuera solo el casco de la lámpara sin luz, cuando la persona es obligada a ser reservada para el juicio eterno, despojada de todo esplendor del mundo. Por lo tanto, antes de que se extinga la lámpara de Dios, no puede ver, porque posee incluso el mérito de la futura condenación por la eternidad de su ceguedad, y sin embargo aún brilla ante los hombres por el esplendor de su dignidad aceptada.

(Vers. 3.) Pero Samuel dormía en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios.

8. Pero bien se dice que el prelado réprobo no "duerme", sino que "yace", y el niño súbdito y elegido no "yace", sino que "duerme", porque dormir a veces se toma en buena parte, pero yacer casi siempre en mala. Por lo cual también la Esposa en el Cantar de los cantares dice: Yo duermo, y mi corazón vigila (Cant. V, 2). Así pues, en el sueño del niño perfecto se designa el descanso de cada súbdito elegido de la obra depravada. Pues duerme en el templo y donde está el arca quien, ocupado en el deseo celestial y en la meditación de la sagrada Escritura, no atiende a aquellas

cosas que pertenecen a la perversidad. Pues algunos duermen en el templo, pero no duermen en el lugar donde está el arca de Dios, porque algunos sencillos descansan por amor en la contemplación celestial, pero no saben meditar las cosas ocultas de la sagrada elocuencia. Pero Samuel, de quien se dice que duerme no solo en el templo, sino ante el arca de Dios, designa a los súbditos igualmente eruditos y elegidos, porque mientras beben las llamas de su amor meditando más frecuentemente de la sagrada elocuencia, son elevados más alto al deseo de la patria celestial, y eligen como las partes íntimas del templo para el sueño, pues tanto más se separan de lo público de la obra terrena cuanto más secretamente se esconden por la meditación en el sagrario de la visión interna.

(Vers. 4.) Y llamó el Señor a Samuel.

9. Pues el llamar de Dios es excitar por la fuerza de una gracia mayor. Pues el Señor llama al que duerme porque excita a los que descansan de la intención terrena al aumento del conocimiento celestial. Pues mientras vigilamos por la solicitud hacia las cosas que están fuera, no sentimos las cosas internas y espirituales. Por tanto, el rechazo del cuidado terreno es nuestra preparación para la percepción de la gracia celestial, porque en los elegidos se produce una más abundante infusión del don divino cuanto más pura haya sido la mente por la custodia de la meditación interna. Sigue:

(Vers. 4-9.) Y llamó, dice, el Señor a Samuel. El cual respondiendo, dijo: He aquí que estoy yo; y

corrió a Helí, y dijo: Pues me has llamado; el cual dijo: No te he llamado, hijo mío; vuelve y duerme. Y se fue y durmió. Y añadió el Señor a llamar de nuevo a Samuel. Y levantándose se fue a Helí, y dijo: He aquí que estoy yo, porque me has llamado. El cual respondió: No te he llamado, hijo; vuelve y duerme. Por lo demás, Samuel no conocía al Señor, ni se le había revelado la palabra del Señor. Y añadió el Señor, y llamó a Samuel por tercera vez. El cual levantándose se fue a Helí, y dijo: He aquí que estoy yo, porque me has llamado. Entendió, pues, Helí que el Señor llamaba al niño, y dijo a Samuel: Ve y duerme, y si en adelante te llamare, dirás: Habla, Señor, porque tu siervo oye.

¿Qué es, pues, que el Dios omnipotente insinúa su vocación con tanto arte que la mente del llamado es retenida para que no reconozca al que le llama; que oyendo a Dios, piense que este maestro es un hombre; que emita la vocación y calle la causa; que le permita ir al maestro, volver tantas veces al descanso del sueño y, sin embargo, no permita descansar al que duerme? ¿Acaso quien llamó a quien quiso para conocer sus secretos no pudo hacerlo con una voz semejante solo a la de Helí, y no con la voz que quiso; y quien llamó cuando quiso no pudo indicar inmediatamente la causa de la vocación; y quien quiso excitarle para que oyera no pudo enseñarle cómo debía haber oído sino a través de un maestro? Pero en este asunto el Dios omnipotente utiliza una gran dispensación, para que ciertamente los corazones de los elegidos sean enseñados con una doble instrucción, de modo que tanto en la superficie

de la historia todos los súbditos vean el bien de la obediencia que deben seguir, como los prelados contemplen los misterios ocultos que lleven a la luz de la inteligencia mediante la discusión. Pero lo que creo que debe decirse en primer lugar: el niño que pensó que el Señor que hablaba era su maestro oyó una voz corpórea. Por tanto, Dios habló al niño no por sí mismo, sino por un espíritu angélico, porque quien no está ligado por una forma corpórea no se estrecha al sonido de una voz por el instrumento de un cuerpo. Lo cual ciertamente conviene a un oído infantil. Pues aunque los méritos del súbdito que comienza son grandes, porque sin embargo se reconoce que aún no está en la perfección, sino en el progreso de la conducta, no alcanza aquella locución por la cual el Dios omnipotente habla por sí mismo. Por sí mismo ciertamente el Dios omnipotente, Espíritu sumo e incircunscrito, habla espiritualmente a los hombres grandes y espirituales, cuando con una locución espiritual indica a sus mentes tanto las cosas que deben hacer como las cosas que deben saber para decirlas. Por tanto, movió una voz exterior mediante un espíritu angélico, pero por la presencia de su gracia el Espíritu Creador indicó lo que quiso. Así pues, llamando con la voz, mientras era tomado por Helí, se ocultó al conocimiento para que el niño corriera al maestro, y mientras oía que no había sido llamado, engañado mostrara en qué gran cima de virtud estaba. El niño, pues, humildemente sometido a un hombre y elevado en la ardua fortaleza de la obediencia, cuando llamado acudió y mandado volvió, ¿qué

otra cosa nos ofrece como ejemplo sino la forma de la más alta obediencia?

Porque la verdadera obediencia ni discute la intención de los superiores (*praepositorum*), ni discierne los preceptos, pues aquel que ha sometido todo juicio de su vida a un mayor se regocija en esto solo, si realiza lo que se le manda. Porque no sabe juzgar quienquiera que haya aprendido perfectamente a obedecer, pues considera solamente esto como bueno, si obedece los preceptos. Pero ante tanta gloria de su perfecta conversación nuestra vida se confunde. Pues he aquí que hemos decidido partir hacia la patria celestial bajo los caudillos del ejército cristiano, pero si se nos ordena realizar diversas obras, aun en diversos tiempos, murmuramos. ¿Pues quién se contendría de la murmuración, quién se moderaría de la ira, si se oyera llamado dos y tres veces, y sin embargo percibiera por la respuesta del que llama que no había sido llamado en absoluto? ¡Cuán gran tiniebla de nuestra desidia padecemos de hecho, porque no vemos con qué claridad de su premio responde el bien de tan gran virtud! Porque el único bien para la recuperación de la vida es si la culpa de la desobediencia fue un mal suficiente para perpetrar la muerte. Si, por tanto, en el mal de la desobediencia prevaleció la muerte, tantas veces somos devueltos a la vida cuantas obedecemos. Así pues, el niño Samuel no se ofende ni por ser llamado ni por ser rechazado, porque no quiso ver el ánimo del que llama o del que rechaza, quien en esto solo sabía gozarse: en que obedeció. Y porque levantarse para el trabajo

y volver para dormir pertenece al descanso, ¿qué insinúa esto sino que ambas cosas nos preparan la vida, si el ánimo del obediente no considera en lo que hace sino el bien de la obediencia? Pues el precepto debe considerarse solo en esto: en que es el precepto de un superior; y quien ejecuta el bien de la obediencia no debe considerar la obra mandada, sino el fruto, porque para merecer los goces de la vida eterna no se busca la calidad de la obra, sino la mortificación de la voluntad propia y la ejecución de la ajena. De donde también dice Pablo: "La circuncisión nada aprovecha, y el prepucio nada es, sino la observancia de los mandatos de Dios" (1 Cor. 7:19). Ya, por tanto, ante el Dios omnipotente ni aquellas cosas que pertenecen al trabajo, ni aquellas que pertenecen al descanso son pequeñas, si pueden preparar la vida eterna para los obedientes. Quienquiera, pues, que es regido por el arbitrio ajeno, no atienda a lo que le sucede, sino que considere esto solo: que no se aparte del precepto del superior.

Por tanto, el operador esforzado de la vida social, y piadoso émulo de los que sirven a Dios junto con él, si desea alcanzar una retribución más amplia del mérito eterno por el bien de la obediencia, reconozca que sobresale en esto solo: si antes que los demás ha sometido su propia voluntad al arbitrio del superior. Pues ni las grandes ganancias del ayuno, ni los estudios de una vida áspera deben ser muy valorados por los devotos soldados de Cristo frente al precepto de los superiores. Pues es de mayor mérito el alimento ordenado por la caridad que el ayuno

emprendido por la propia deliberación. Porque quien, habiendo sido mandado, refresca la carne, involuntariamente mereció el premio del ayuno por su devoción, y adquirió una recompensa más amplia de obediencia al comer. Llamó, pues, Dios al niño, pero con voz semejante a la del maestro, para indicar de hecho el modo de su locución. Calló la causa de la vocación para que el niño elegido mostrara por qué humildad de obediencia era sublime. Soportó ir al preceptor para ofrecer el don de su devoción. Se le permite volver al descanso del sueño para que, de hecho, no despreciemos ni siquiera las cosas que son mínimas. Lo excita repetidamente para mostrar a aquel a quien quería colocar en la forma de los elegidos, porque ni la insistencia de los mandatos lo fatigaría. Aprendió por medio de aquel que debía ser reprobado cómo debía haber escuchado, para que de hecho sepamos que los mandatos de los superiores deben ser venerados incluso entonces, cuando ellos mismos no tienen una vida laudable, porque su doctrina, que por la operación perversa puede envilecerse ante los soberbios, hace que los oyentes humildes lleguen a la altura de la familiaridad divina.

Pero porque sigue: *Por lo demás, Samuel aún no conocía al Señor,* y más arriba se afirma que servía al Señor, parece muy contrario lo que se dice, porque no podía ignorar a aquel a quien servía. ¿Pues quién serviría a aquel a quien ignora? Pero de hecho, por lo que se ha añadido abajo, queda claro que lo que suena contrario, por qué conveniencia de razón debe ser entendido. *Ni

se le había revelado la palabra del Señor.* Por lo cual, sin duda, se da a entender que a aquel que conocía por el amor y el ministerio, no lo conocía por la revelación de su palabra. Pues aún no había oído de tal modo al que llama, a quien testificaba haber conocido tanto por la devoción del ministerio como por la virtud del amor. Pero en la conversación de los fieles se acepta convenientemente; pues la mayoría progresa bien bajo la institución ajena, quienes en el tiempo de su novedad rinden ministerios al Dios omnipotente, y sin embargo por la pureza de la contemplación no llegan a la belleza de su hermosura interna. Quienes, cuando con el mérito de su sujeción reciben también el don de la contemplación divina, comprenden por la experiencia de la visión interna que aún no conocían así a aquel a quien servían. Lo cual designa bien Jacob, partiendo para tomar esposa, quien tras el trabajo del camino vio al Señor a través del sueño del descanso, pero despertando del sueño, dice: *Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía* (Gén. 28:16). Pues ni podía dudar que el Señor estaba allí antes de que durmiera, quien sentía que Él estaba en todas partes; pero porque entonces lo aprendió más perfectamente, afirmó haberlo ignorado cuando no lo conoció más familiarmente. Pues el camino por el que se va a la esposa es la intención de la obediencia devota, por la cual se desea alcanzar la fecundidad de la caridad interna. Así pues, Jacob duerme en el camino, cuando el fiel súbdito, suplantador del espíritu maligno, es recibido a través del trabajo de la obediencia en

el descanso de la visión interna. Quien de hecho confesará entonces haber conocido al Señor, porque mientras admira esa belleza de luz interna a la que ha sido recientemente asumido, reconoce cuánto no sabía antes por la experiencia de la hermosura revelada. Pues por la fe, como por fama, conocemos a Dios, pero por el amor de la contemplación aquel que fue...

Pero porque se dice por separado: *Aún no conocía al Señor, ni se le había revelado la palabra del Señor,* puede entenderse más sutilmente. Pues en una misma y sola contemplación interna de Dios, tanto se infunde una caridad maravillosa al que contempla por el fruto de tan gran gloria, como un estupor grande en la revelación de la palabra secreta. Algunos, pues, conocen al Señor y perciben la revelación de su palabra, porque tanto se llenan de una dulzura maravillosa por aquella infusión de tan gran caridad que beben por costumbre, como son instruidos con gran sabiduría por la revelación de la palabra. Por algunos, ciertamente, es conocido el Señor, a quienes de ningún modo se les revela la palabra del Señor; porque los simples, aunque sean varones perfectos por su gran conversación, perciben ciertamente de la gloria de la contemplación divina una inefable dulzura de amor al contemplar, pero sin embargo no llegan a la altura de su palabra revelada, porque han sido asumidos al orden de los amantes, no a la altura de la predicación. Se le revela, ciertamente, la palabra para que sea amada; y para que no sea predicada, se oculta. Pero bien se dice de aquel que es elevado al minis-

terio de la predicación: *Aún no conocía al Señor, ni se le había revelado la palabra del Señor,* para que mientras insinúa aquellas cosas que, como novato, aún no tiene, muestre patentemente con qué bienes debe estar enriquecido el predicador. Pues quien aún no ha percibido aquella virtud del amor íntimo, de hecho no conoce al Señor omnipotente, a quien conoció por la fe como por fama, por la presencia de aquella gran caridad. Y si ama ardientemente, y aún no sabe discutir los arcanos de los misterios por medio del Espíritu, ya ciertamente conoce al Señor, pero no ha llegado a la revelación de su palabra. *Se fue, pues, Samuel y durmió.*

Ya de hecho, una vez instruido, el niño es enviado al conocimiento de la locución divina, cuando el súbdito elegido es preparado por el consejo del superior para conocer las cosas espirituales. Y dormir para él es descansar en el deseo de la vida eterna, cuando es decir, para el alma que ya solo tiene sed de las cosas celestiales, todas las cosas presentes están en desdén, de modo que cuanto más estudiosamente se repele de su intención todo lo corpóreo, más abundantemente se llena del amor de las cosas invisibles. Y es de notar que ya por cuarta vez se le manda volver al descanso del sueño, porque mientras usamos negligentemente este mundo en torno a las cosas visibles, vigilamos en la obra, la locución y el pensamiento. Tres veces, pues, se nos manda dormir, para que seamos preparados para el conocimiento de lo celestial mediante el descanso de la obra, el silencio de la boca y el rechazo de

los pensamientos superfluos. En cuarto lugar, sin embargo, somos enviados al sueño cuando con el permiso de nuestros mayores se nos manda cesar incluso del ministerio útil, de modo que mientras no nos impide ninguna preocupación de solicitud, la mente se recoja toda ella para la intuición de la visión celestial.

Y debe notarse que el Señor excita al niño que descansa, ignorándolo Helí, pero sin embargo al que ha sido excitado, si no es por mandato del mismo Helí, de ningún modo manifiesta la causa de su vocación, porque erige a los súbdito elegidos mediante una inspiración oculta al deseo de la patria celestial, pero no permite llamarlos a través del descanso a esa patria que aman sin la licencia de los superiores. Porque por tanto, cuantas veces es llamado el niño, tantas veces se le permite ir al maestro, ¿qué otra cosa es esto, sino que los mismos deseos de los súbditos inspirados divinamente son sometidos al juicio de los superiores? Pues la obra del súbdito inspirada divinamente entonces se reconoce que es grata a Dios, si se lleva a cabo por mandato o permiso del superior. Cuatro veces, pues, es llamado el niño por el Señor, cuatro veces se manda el descanso del sueño por el maestro, porque para la templanza de la obra, el silencio de la boca, el rechazo de la solicitud interna, el cese del ministerio, somos encendidos por la inspiración divina para el amor de una vida más secreta, y sin embargo se nos prohíbe cumplir los deseos de nuestro amor sin el permiso de nuestros mayores. Así pues, el Señor llama, y calla la causa de la

vocación, para insinuarse a sí mismo al súbdito llamado con el permiso del maestro. Pues el que calló sobre escuchar después de haber llamado cuando no se le mandaba, una vez que el doctor humano mandó, el Dios que llama indicó la causa de la vocación. *Se fue, pues, Samuel y durmió en su lugar.* *Y vino el Señor y se paró; y llamó como había llamado la segunda vez: ¡Samuel!* *Y dijo Samuel: Habla, Señor, que tu siervo escucha.* *Y dijo el Señor a él.*

Sobre las cuales palabras, ciertamente —porque de la incorpórea e invisible sustancia divina se dice aquello que se sabe que pertenece al cuerpo— es necesario que se entienda racionalmente. ¿Pues a dónde vendría el que está en todas partes? ¿De qué modo se dice que está de pie y habla el que no está formado por sustancia corpórea? Pero en aquella sustancia que dicta todas las cosas, se ponen palabras de nuestra pobreza, a través de las cuales podamos elevarnos para conocer los misterios de su operación. Pues venir el Señor es tocar los corazones de los elegidos mediante la presencia de su gracia; su estar de pie es, permaneciendo el don de su misma gracia, retener aquellas mentes que toca con el don de su gracia inconcedida. Por otro lado, llamar es excitar la mente elegida al aumento de una gracia mayor. Pues el Señor viene y no se queda, cuando los corazones de los negligentes son tocados a través de la gracia, y sin embargo de ningún modo perseveran en el afecto y amor de la gracia que los toca. Pues es como si estuviera presente al venir, y se retirara al no quedarse, cuando por el toque

presente de la gracia divina de repente proponen hacer cosas buenas, e inmediatamente abandonados, desertan de la intención de ese mismo buen propósito. Pero si esto se refiere a la fuerza de la contemplación, el Señor viene y se queda cuando toca los corazones de los elegidos y de repente a través de la gracia, y a los que ha tocado no los abandona de repente, para que al venir los visite, al quedarse los confirme; y el que se muestra para gozo de la mente amada, no se retire Él mismo antes de que ella se sacie por la vida. Pero porque se dice que está de pie, se designa que alguna vez se retirará, porque aunque a veces sacie a las almas elegidas en su revelación durante alguna pequeña demora, sustrae la dulzura de su presencia para que, una vez sustraída, la codicien más ardientemente. Viene, pues, el Señor visitando, se queda suavemente mostrándose, llama al amor de su gloria mostrada excitando mediante un deseo ardientísimo. De donde también el niño es excitado tantas veces con el nombre repetido. Es llamado, porque la vocación por el nombre designa el afecto de gran caridad y familiaridad. De donde también habla a mi Moisés, diciendo: *Te he conocido por tu nombre* (Éxodo 33, 12. 17). El nombre del llamado se reitera, pues, cuando la mente del que ve es recibida en la gran familiaridad de la Majestad interna, y a los fieles que presentan sus deseos la Majestad soberana dice: He aquí que estoy presente.

También, por autoría de Dios, cuando decimos al Señor *habla,* lo decimos por su don; pero sin embargo no somos capaces de decir con qué

afecto se lo dicen a Él los elegidos más perfectos, porque aquello que pertenece al deseo inefable no se expresa con la locución de la razón. Afecto que ciertamente insinúa bien Pedro, quien cuando asistía al Señor transformado en el monte, y discernía su rostro refulgente como el sol, y había contemplado sus vestiduras blanqueando como la nieve, dijo: *Bueno es que nosotros estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y una para Elías* (Mateo 17, 4; Lucas 9, 33). Pues quien dice: *Bueno es que nosotros estemos aquí,* si pudiera, nunca habría querido ser depuesto de aquella visión de tan gran gloria. Pues mientras Pedro dice: *Señor, bueno es que nosotros estemos aquí,* y Samuel dice: *Habla, Señor, que tu siervo escucha,* las voces son ciertamente diversas, pero los afectos iguales. Pues esto significa Pedro en el monte con el Señor transfigurado: lo que Samuel es llamado por el Señor que viene, está y se queda llamando por segunda vez. Pero aunque Pedro sea reprendido por el evangelista como si no supiera lo que decía, sin embargo no parece contrario a este sentido. Pues el evangelista reprendió no el afecto de Pedro, sino su razón, porque habiendo sido llevado aparte con el Señor en gloria, así deseaba estar siempre, y por la redención común no quería que Él descendiera a la ignominia de la cruz. No sabía, pues, lo que decía, pero amaba ardientemente lo que veía, porque de hecho veía un bien tan grande que de ningún modo podía no ser amado así. De donde, aunque Pedro sea justamente reprendido, sin embargo razonablemente se le perdona,

porque era vencido por la fruición de tan gran Majestad a través del goce. No obstante, cuando se arguye a Pedro por la ignorancia al hablar, se recuerda la causa de esa misma ignorancia. Pues añadiendo, dice el evangelista: *Porque estaban aterrados por el miedo.* Pues aquella inefable belleza de la Majestad interna a veces sacude con un pavor admirable a la mente elegida a la que se muestra deleitablemente, para que no salte a la elación por la magnitud de la visión, si su propio espíritu que es elevado no se refrena con la moderación del temor ante quien la blanda contemplación arrebata a tan altas cumbres. Y dijo el Señor a Samuel: He aquí que yo hago una palabra en Israel, la cual quienquiera que la oyere, le retiñirán ambos oídos.

Ciertamente, entre los dones sublimes la mente elegida es contenida de la elación tanto más cautamente cuanto que por la justicia del Dios omnipotente contempla también rechazados a aquellos que parecían estar apoyados por dones más sublimes. Por lo cual también, acerca de la palabra que el Señor amenaza con realizar, se predice que retiñirán los oídos de los oyentes. Pues de hecho los oídos del cuerpo retiñen cuando son atacados por un sonido intolerable. Pues cuando se les infunde un clamor más allá de la capacidad de audición, este sonido que la estrechez del órgano rechaza, lo convierte en un tintineo, porque mientras la voz silba por las cavernas de los oídos, la cual infundida a la vez, no entra en el interior. Pero para los oídos de las mentes, un clamor intolerable es el rechazo (*repulsio*) de

algún gran predicador. Por tanto, no se capta la magnitud del clamor difundido, porque mientras se recuerdan los dones sublimes concedidos al predicador reprobado, se ignora con qué examen de la equidad divina es proyectado. Por tanto, la magnitud de la voz difundida se convierte en un tintineo de los oídos, porque aunque no se capte por la intención de la mente con qué juicio de Dios ocurre, mientras se sopesa largamente mediante la consideración, los corazones quedan consternados por el temor ante tal consideración. Pues como por el sonido cerrado de una gran voz retiñen los oídos, cuando los corazones de los justos se amedrentan por la reprobación largamente considerada de grandes hombres. Pero se refiere que retiñirán ambos oídos, a saber, el derecho y el izquierdo. Y porque por el derecho se designa la vida eterna, y por el izquierdo la presente, y por el oído oímos aquellas cosas que se dicen, ¿qué recibimos por el oído izquierdo sino la intención de la operación piadosa, y qué por el oído derecho sino la intención de la visión celestial? Así pues, ambos oídos del oyente retiñirán, porque cuando se muestra la ruina de los hombres más elevados, ambas intenciones de los elegidos se turban, porque con corazón tembloroso tanto se elevan a contemplar lo eterno, como no disponen lo temporal sin un pavor inmenso. Pues este tintineo de oídos lo había padecido quien hablaba al Señor diciendo: *Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un gran abismo* (Salmo 35, 7). Pues por los montes de Dios se entiende a los hombres más altos y elegidos. Pues ya le he

predicho que yo juzgaría su casa para siempre por causa de la iniquidad, porque sabía que sus hijos hacían cosas indignas y no los reprendió. Por tanto, juré a la casa de Helí que no sería expiada la iniquidad de su casa con víctimas y dones para siempre.

Porque por lo común la sentencia de la justa severidad se modera mediante la clemencia, este juicio es de gran estrechez (*districtio*), donde la sentencia del castigo se afirma por la reiteración. Pues ya se lo predijo arriba a Helí, cuando a través de un hombre de Dios, bajo nombre suprimido, anunció la sentencia de su deyección. Pero porque de hecho también ahora jura que Él actuará de la misma manera, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también se debe notar que quien no reprendió a sus hijos que actuaban inicuamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que de ningún modo será expiada con víctimas y dones para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad acerca de la iniquidad propia, si la negligencia del cuidado ajeno es una culpa irremediable? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con un reato perenne, ¿con qué penas nos liga la audacia de la propia iniquidad? Con razón, pues, retiñen los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan ante tanta severidad. Con razón retiñen ante esto los oídos del que escucha, porque ciertamente tiene una inmensidad de clamor que los corazones elegidos apenas pueden sostener. Y el oído derecho del oyente ciertamente retiñe,

porque aunque por el mérito de su perfección cada uno se eleva a contemplar lo celestial, sin embargo no confía en la altura de su vida. El oído izquierdo también retiñe, porque aunque por el don del conocimiento tiene la capacidad de ordenar perfectamente lo temporal, sin embargo no tiene confianza alguna en la perfección de su ministerio. Ciertamente, entre los dones sublimes oyen una palabra por cuyo clamor ambos oídos padecen un tintineo, bajo el cual, mientras se lleva esta vida de incertidumbre, no cesa de temer. *Durmió Samuel hasta la mañana.*

Pues duerme hasta la mañana quien, hasta que aparezca el esplendor del Redentor venidero, descansa en la conversación de la buena operación comenzada. Duerme hasta la mañana quien, durante toda la noche de la vida presente, espera mediante el propósito de la justicia iniciada, para que la claridad del Redentor prometido le resplandezca en el gozo de la retribución merecida. Pues oyó la palabra prometida en Israel, por la cual sus oídos no cesan de retiñir, porque de la severidad contemplada de la justicia divina bebió el espíritu de temor, bajo cuyo peso no podrá despertar al amor del mundo. Pero tal vez se dice que duerme hasta la mañana por el retiñir del oído derecho. Pues el oído derecho retiñe porque, mientras el amante perfecto de la vida interior duda sobre la perfección de la contemplación, desea progresar más y más en aquella sublimidad de vida en la que comenzó. Pero mientras estamos en esta carne mortal, los espíritus malignos acechan a los que tienden a lo más alto; y para

retraerlos de la visión de la gloria interna, congregan ficciones de pensamientos ineptos que proponer a sus ojos internos. Bien se dice, pues: *Durmió Samuel hasta la mañana.* La tentación de los espíritus inmundos es noche; pero quien duerme hasta la mañana no abre los ojos en toda la noche. Duerme, pues, en la noche quien desdeña mirar las ficciones de los demonios en la tentación. Duerme también toda la noche porque no es vencido por la tiniebla de la tentación, sino que soporta virilmente, hasta que es visitado por la luz de la claridad soberana mediante el advenimiento de la gracia. Y entonces ciertamente despierta como por la mañana, porque se alegra por el deleite de la luz que se le infunde de nuevo tras las tinieblas. Como despertando, pues, abre entonces los ojos, porque contempla gozoso la luz con la que es rociado, quien no se cuidó de contemplar las tinieblas que se le inferían. Por el retiñir del oído derecho obtiene que quien se apoya en lo celestial desdeñe ver lo reprobo, e insinúa la certeza de su progreso, mientras que lo que progresa en paz no lo pierde a través de guerras abiertas y violentas. *Y temió indicar la visión a Helí.*

22. Porque temió indicarle aquello que el Señor le mostró, para refrenar la temeridad de la audacia humana con el vigor de la disciplina. Pues algunos son tan precipitados que fácilmente se lanzan a la reprensión de sus prelados, y no temen amenazar con futuros suplicios por sus errores. Estos, ciertamente, porque desconocen la costumbre de la Sagrada Escritura, de ningún

modo han oído al Señor que les habla. Pues aquellos a quienes Dios omnipotente, al hablarles, insinúa las penas de sus prelados, temen decirles lo que han oído. De aquí, por tanto, colijan los reprendedores de sus prepósitos con cuánta inconsideración se precipitan, y teman profundamente los abismos de su caída. Pues si aquellos a quienes Dios omnipotente habla temen hablar a sus prelados, ¿con cuánto terror deberían esconderse bajo el silencio de su lengua aquellos a quienes Dios de ningún modo ha hablado? El temor de Samuel, por tanto, no insinúa un pavor servil, sino la reverencia debida a la cumbre pastoral. Pues aunque un predicador negligente merezca reprensión y amenazas por su propia culpa, la alteza de ese orden exige el temor de la reverencia. Sigue:

(Vers. 15.) Y abrió las puertas de la casa del Señor.

23. ¿Qué es esto de que aquel que temió hablar, abrió las puertas de la casa del Señor, sino porque no se avergonzó de obedecer quien se espantó de indicar cosas tristes? Pues arriba se dijo: Samuel dormía en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios. Se muestra que el niño, de quien se dice que durmió en el templo del Señor y que ahora abre las puertas del mismo, tenía encomendado el ministerio de abrir y cerrar las puertas a las horas congruentes. El que, por tanto, se espantó de indicar la visión y abrió las puertas de la casa del Señor, rindió doble reverencia al maestro, a saber: por el cuidado del ministerio y por la custodia del habla. Cuán estrictamente

mantuvo ciertamente esta custodia del hablar se muestra si se atiende sutilmente a lo que sigue. Pues de repente se añade:

(Vers. 16-18.) Vino, pues, Helí a Samuel, y dijo: Samuel, hijo mío. El cual respondió: Heme aquí. Y le interrogó: ¿Cuál es la palabra que te ha hablado el Señor? Te ruego que no me la ocultes. Esto te haga Dios, y esto te añada, si me hubieres escondido una palabra de todas las que te han sido dichas. Indicó, pues, Samuel todas las palabras, y no se las ocultó.

24. Pues aquel de quien se afirma que fue compelido a hablar por tanta instancia de imprecación, se declara que había estado ligado por una gran severidad de silencio. Y porque algunos súbditos suelen callar no tanto por custodia de la pureza como por obstinación de protervia, Samuel muestra la forma del súbdito electo, que calló reverentemente, pero temió callar cuando se le ordenó hablar. Así pues, brilló con una doble luz de conversación, pues mientras calló por la virtud del temor filial, alcanzó la utilidad del hablar al hablar. Sigue:

(Vers. 18.) Y él respondió: El Señor es, haga lo que es bueno a sus ojos.

25. El que considera más sencillamente de lo que debe esta respuesta de Helí, piensa que respondió tan rectamente como humildemente. Pues según se oye exteriormente, ¿qué pudo responder más humildemente quien oyó su reprobación, y ante Dios que le amenazaba, o mejor, que promulgaba la sentencia de su reprobación, ofreció lo que quisiera hacer de él? Pero cier-

tamente esa humildad de la respuesta, si se inspecciona sutilmente, no es verdadera humildad. Pues se conoce que es verdadera la que acompaña al bien de la obediencia en el cumplimiento de los mandatos del mayor. Verdaderamente sería humilde si se hubiera ofrecido a la enmienda de la culpa por la que era argüido. Pero quizá sería más verdaderamente humilde si, reprendido, de ningún modo respondiera, sino que aplicara la corrección descuidada a sus hijos criminales, si ya entonces insistiera con celo pastoral y vindicara con digna venganza los crímenes de los sacerdotes flagiciosos. Así pues, cuando dice: El Señor es, haga lo que es bueno a sus ojos, se conoce que profirió la palabra de su elección más claramente que una respuesta de humildad, porque ciertamente prefirió incurrir en las causas de las amenazas de Dios antes que condenar a sus hijos por las iniquidades perpetradas. ¡Oh, cuántos hay todavía imitadores de Helí, que aunque sienten cada día por el elocuio sacro que Dios omnipotente les amenaza, y sin embargo trepidan por desagradar a los hombres, y no temen incurrir en las amenazas de la indignación divina, y mientras temen las enemistades de los hombres como implacables, confían en la misericordia de Dios incluso pecando!

26. Pero la confianza inordinada ante Dios omnipotente puede tener lugar para la venganza, pero no puede obtener la indulgencia. Para el pecador no corregido y que perdura en el propósito de su culpa, ¿qué es decir ante Dios que le amenaza: El Señor es, haga lo que es bueno

a sus ojos, sino confiar inordinadamente en la muy ordenada misericordia de Dios? Pues confía ordinadamente en la misericordia de Dios omnipotente aquel que corrige lo que delinque pecando mediante la penitencia, y lo limpia llorando. Pecar, por tanto, y presumir de la clemencia de Dios Creador, es exponerse al piélago de su justicia. Así, ciertamente, no limpiar los pecados perpetrados mediante la penitencia y presumir de la misericordia de Dios, es ofender el juicio de su severidad. Así pues, mientras la vida de Helí se describe en la forma de los predicadores réprobos, no solo se muestra la caída por la culpa, sino también la seguridad en la precipitación de la culpa. Pues el que pudo aplacar la magnitud de la indignación divina con el temor de la penitencia, mientras descuidó lo que oyó, incurrió en lo que mereció.

27. Pues Dios omnipotente, aunque es justo por equidad, se cree sin embargo más abundante en piadosa misericordia. Por lo cual también se dice por el Profeta: Sus misericordias sobre todas sus obras (Sal. 144, 9). De aquí es que por el profeta Jonás profirió amenazas de subversión a los ninivitas, y sin embargo concedió la pena de la ciudad que debía ser destruida a los que hacían penitencia (Jon. 3, 1 ss.). De aquí es también que al rey Ezequías (4 Rey. 20, 1 ss.) se le promete por el oráculo del profeta la pena de muerte (Is. 38, 1 ss.), pero porque el rey, temiendo morir, se afligió ante el Señor con lágrimas de penitencia, no halló ante aquel a quien temió la muerte por la que moriría. Y arriba ciertamente el Señor afirmó

haber hablado para que la casa de Helí y de su padre ministrara en su presencia hasta la eternidad, pero el que había hablado cosas buenas del que obraba el bien, cambió la sentencia sobre la casa ya hecha réproba, diciendo: Pero ahora, lejos de mí tal cosa (1 Sam. 2, 30). Por lo tanto, si Dios omnipotente revoca los bienes prometidos porque aquellos a quienes había prometido cambian para mal, ¿cuánto más retira el efecto de las amenazas cuando mira bien convertidos a aquellos a quienes, por las iniquidades admitidas, les intimó la pena del castigo? ¿Qué diremos, pues, ante esto nosotros, que delinquimos cada día y estamos seguros en la obligación de nuestro reato? Por tanto, esto mismo, que no tememos la severidad de la justicia divina, nos es de gran temor, porque he aquí que aquel que es rechazado por la indignación divina por la culpa de la negligencia perpetrada, se refiere que no estuvo solicitado por ningún temor. Pero porque conocemos la repulsa del predicador réprobo para su temor, oigamos el progreso del electo. Pues sigue:

(Vers. 19.) Samuel, pues, crecía, y el Señor estaba con él.

28. Ciertamente, si esto se lee según la historia, se designa que el niño Samuel creció en la edad del cuerpo; pero si, como lo demás, escudriñamos esto con investigación espiritual, se describe que el Señor estaba con aquel de quien se recuerda que creció. Pues crece aquel que progresa hacia el varón perfecto en la edad de la mente. Por lo cual también se dice por el Profeta sobre los electos que progresan: Irán de virtud en virtud,

se verá al Dios de los dioses en Sión (Sal. 83, 8). De aquí dice Pablo: Hasta que todos lleguemos a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Ef. 4, 13). Pero hay algunos que, mientras crecen en virtudes, caen por la elación. Estos ciertamente parecen crecer, pero sin embargo el Señor no está con ellos, porque lo expulsan de sí al sentir cosas altas de sí mismos, a quien pudieron tener consigo por la humildad cuando estaban en el provecho de las virtudes. O si se entiende que creció por la dignidad exterior, se recuerda que el Señor estaba con él, porque ciertamente muchísimos son religiosos en un orden más humilde; pero cuando de repente han llegado a la cumbre de la dignidad, abandonan las primeras obras junto con la humildad. Samuel, por tanto, progresó, y progresando tuvo al Señor consigo, para presentar ciertamente la costumbre de los electos predicadores, quienes, cuando alcanzan los dones y dignidades con los que sean de provecho a otros, no descuidan agradar a Dios por sí mismos, y de aquello multiplican los dones que recibieron para otros, de donde muestran en sí mismos el bien que desean propagar en los demás al hablar. Por lo cual también se añade:

(Vers. 19.) Y no cayó en tierra ninguna de sus palabras.

29. En la tierra, ciertamente, cae la palabra del predicador cuando se envilece por la reprobable conducta del predicador. Por lo cual también se dice por la voz de la Verdad: Para nada vale ya más, sino para que sea echada fuera y pisoteada

por los hombres (Mt. 5, 13). Y debe notarse que se dice que de todas sus palabras ninguna cayó en tierra, para que ciertamente al predicador no le sea lícito hacer nada que sea lícito reprobar. Pues cualquier cosa que prohíbe hacerse, si él ciertamente la hace, la palabra cae en tierra, porque mientras es despreciada por el que habla, los que oyen de ningún modo la veneran. Pues el Señor prohibía que alguna palabra cayera en tierra cuando exponía a los predicadores negligentes la palabra de su negligencia, diciendo: Cualquiera que soltare uno de estos mandamientos mínimos, y enseñare así a los hombres, mínimo será llamado en el reino de los cielos; pero el que hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos (Ibíd. 5, 19). Pues el predicador no suelta un mandamiento, ni siquiera mínimo, cuya palabra de todas sus palabras no cae en tierra. Pero cuando se dice que de todas las palabras de Samuel ninguna palabra cayó en tierra, ¿la conducta de quién insinúa Samuel, sino de aquel que por el mérito tanto de la predicación como de la obra es grande en el reino de los cielos? Así pues, de todas sus palabras ninguna cae en tierra, porque todo lo alto que el perfecto predicador de la santa Iglesia habla, es también predicado por él con una sublime conducta, cuando, puesto como en una ardua atalaya, tanto instruye a los sabios con la palabra, como muestra a los sencillos con las obras el camino por el cual deben ingresar a la patria eterna. Por lo cual también se añade:

(Vers. 20.) Y conoció todo Israel, desde Dan hasta Bersebée, que Samuel era un fiel profeta del Señor.

30. ¿Pues qué se designa por Dan sino los sencillos, y qué por Bersebée sino los sabios? Desde Dan hasta Bersebée Samuel es reconocido como fiel profeta del Señor, cuando la vida del electo predicador se propone a los sencillos como ejemplo de salud, y a los sabios se les revelan por su doctrina los arcanos de la Sagrada Escritura. Porque como Bersebée se interpreta 'el séptimo pozo', pueden por Bersebée designarse no solo los sabios, sino también los justos. Pues ¿qué es el séptimo pozo, sino la gracia del Espíritu septiforme? Por Dan se muestra la vida de los pecadores, porque se dice por el antiguo profeta: Sea Dan una serpiente en el camino, una cerasta en la senda, que muerde la pezuña del caballo para que caiga su jinete hacia atrás (Gén. 49, 17). Desde Dan, por tanto, hasta Bersebée Samuel es conocido como profeta del Señor, mientras la vida y doctrina del electo predicador es venerable para los pecadores, y para los justos, para que en él ciertamente vean el bien los caídos, en el cual se corrijan haciendo penitencia, y los buenos admiren la alteza de vida a la cual convalezcan progresando cada día. Sigue:

(Vers. 21.) Y añadió el Señor para aparecer en Silo.

31. Arriba se dice del tiempo del pastor réprobo: En aquellos días no había visión manifiesta. Así pues, cuando por el elocuio sacro se muestra un óptimo predicador, se refiere que el Señor

aparece de nuevo, porque ciertamente el conocimiento del consejo divino, que se oculta a los réprobos, se revela a los electos por el mérito de la pureza. Pues si ni siquiera los consejos de los hombres se confían sino a los familiares, ¿ha de estimarse que Dios omnipotente patentea los secretos de su disposición a sus enemigos? Primero, por tanto, se predica la vida del justo doctor, después se dice que añadió para aparecer el Señor, porque ciertamente la ostentación de la luz divina huye de los réprobos y fingidos, y se abre a los electos y a los de limpio corazón. Por lo cual también la verdadera luz, hablando por sí misma, nos ilumina diciendo: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt. 5, 8). Por tanto, añadió para aparecer el Señor porque vio el limpio ojo de su predicador. Pero cuando añadió para aparecer en Silo, se designa que había aparecido en el mismo lugar en otra ocasión. Pero porque dijo dónde apareció, para que no se creyera que había aparecido a Helí, subsecuentemente mostró también la persona de aquel a quien apareció, diciendo:

(Vers. 21.) Porque el Señor se había revelado a Samuel en Silo, según la palabra del Señor.

32. Pues entonces se le reveló, cuando le abrió el secreto de su consejo sobre la repulsa del predicador réprobo. Lo cual ciertamente se afirma haber sido hecho según la palabra del Señor, para que esto que no mucho antes había sido dicho a Helí por el hombre de Dios, se sienta que fue cumplido también según la historia: Y me suscitaré un sacerdote fiel que haga según mi corazón

y mi alma, y andará ante mi Cristo todos los días (1 Sam. 2, 35). Y también: Verás a tu émulo en el templo, en todas las prosperidades de Israel (Ibíd. 2, 32). Lo cual, si lo escudriñamos según la inteligencia espiritual, ¿cómo añade el Señor para aparecer a los electos, sino porque el que aterra maravillosamente a sus electos con la contemplación de su justicia, también los acaricia inefablemente con la ostentación de su gloria? Pues el que apareciendo como justo sacude con terror los corazones de los santos, añade para aparecer cuando se infunde en el corazón aterrado la dulzura de su piedad. De aquí es que a Moisés no siempre le apareció en el fuego, sino a veces en el fuego, a veces en la nube. En el fuego, ciertamente, está el terror del juicio. Por lo cual también se dice sobre el segundo advenimiento de nuestro Redentor por el Salmista: Fuego precederá ante él, y en su circuito una fuerte tempestad (Sal. 49, 3). Pero en la nube se expresa la protección de la misericordia, porque el Señor, prometiendo el halago de su misma protección a sus electos, dice: Entonces verán al Hijo del hombre viniendo en una nube (Mc. 13, 26; Lc. 21, 27). En el fuego, por tanto, y en la nube aparece el Señor a los que caminan por los desiertos, porque a las mentes de los que le contemplan en esta peregrinación del exilio, aunque a veces las aterra por la justicia, a las derribadas por el pavor las erige con el halago de la protección. El Señor, por tanto, apareció a Samuel, y para aparecer añadió, porque el que es visto en el fuego del terror por las mentes de los electos, se exhibe también en la nube de la dulzu-

ra. Pues había visto interiormente la visión del fuego el que anunciaba exteriormente, diciendo: Santo y terrible es su nombre (Sal. 110, 10). Queriendo mostrarlo igualmente visto en el fuego, dijo: Venid y ved las obras del Señor, terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres (Sal. 65, 5). Pero el que le apareció en el fuego, añadió para aparecer, porque le propinó la suavidad de la gloria y de su dulzura también desde la nube. Por lo cual, alegrado el que había sido aterrado, dijo: Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has escondido para los que te temen (Sal. 30, 20). De aquí también, admirando la aparición añadida, dijo: Cuán bueno es el Dios de Israel para los que son rectos de corazón (Sal. 72, 1).

33. Pero debe considerarse atentamente lo que se subraya: Según la palabra del Señor. Por tanto, debe conocerse la palabra del Señor antes de que merezcamos llegar a la aparición del Señor, no sea que una visión de fuego y nube injusta e indiscreta no solo no nos muestre la perfección del camino celestial, sino que nos impulse a la sumersión del error. Orígenes, ciertamente, mientras quiso ver al Señor que aparece sin la palabra del Señor, contempló inordinadamente la visión de la nube, porque horrorizó la aparición del fuego. Pues mientras, negada o disminuida la justicia de Dios, predicaba su superflua clemencia, afirmó que no solo perdonaría a todos los hombres condenados, sino que incluso liberaría alguna vez de la pena eterna a los ángeles réprobos. Novato, sin embargo, amó más mirar la visión del fuego, quien mientras decía que la se-

vera justicia de Dios omnipotente era implacable, quitó a los pecadores todo remedio de esperanza de alcanzar el perdón y de la penitencia. Ni a Novato, por tanto, ni a aquel otro le apareció el Señor, porque cada uno de ellos, según lo que se discierne por la verdad del elocuio sacro, no contempló al Señor omnipotente. Entonces, por tanto, el Señor aparece según la palabra, cuando se revela a la mente con aquella ostentación que la fe de la Sagrada Escritura no reprueba. Por lo cual también aptamente se añade:

(Vers. 21.) Y vino el sermón de Samuel a todo Israel.

34. Esto ciertamente se dice para que se cree que el Samuel histórico fue hecho profeta ante todo Israel; pero si lo escudriñamos espiritualmente, ¿quién es el fiel sacerdote, sino nuestro Redentor? Por lo cual también arriba se dice por el hombre de Dios a Helí: Y me suscitaré un sacerdote fiel, que haga según mi corazón y mi alma, y andará ante mi Cristo todos los días. Este sacerdote fiel es nuestro Redentor, de quien se dice que andará ante su Cristo todos los días, porque ciertamente la humanidad de Cristo anda ante su divinidad todos los días. Pues el sermón de Samuel viene a todo Israel cuando la predicación de nuestro Redentor, por la fe de la Iglesia, se extiende a todos los que creen. Pues Cristo es el sermón de Samuel, porque Samuel se interpreta 'nombre de Dios', o 'su nombre es Dios'. ¿Y quién es el nombre de Dios, o cuyo nombre es Dios, sino aquel de quien se dice: Y su nombre será llamado Admirable, Consejero, Dios, Fuerte,

Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz (Is. 9, 6)? El sermón, por tanto, de este Samuel vino a todo Israel, porque la palabra de nuestro Redentor, a través de la predicación de los apóstoles, corrió por todo el mundo para la salvación de los que creen.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I (1 Sam. 4:1-11)

1. Y aconteció en aquellos días que se reunieron los filisteos para combatir. En aquellos días, a saber, en los que los sacerdotes del Señor, los hijos de Helí, servían al Señor con un corazón réprobo. Por los filisteos, que se interpretan 'los que caen por la bebida', se designan los demonios. Estos se reúnen para combatir cuando ven que la vida de los pastores es réproba. Pues cuando los pastores de la Iglesia se entregan a los deseos carnales y se embriagan con el amor del mundo, los enemigos invisibles, que siempre acechan, se reúnen para combatir contra el pueblo de Dios. Pues la negligencia de los pastores es la oportunidad de los enemigos.

2. Y salió Israel para encontrar a los filisteos en batalla, y acampó junto a la Piedra del socorro (Eben-ezer). Y los filisteos vinieron a Afec, y ordenaron su escuadrón contra Israel. Y trabada la batalla, Israel volvió las espaldas a los filisteos, y fueron heridos en aquel combate por los campos como cuatro mil hombres.

3. Y cuando el pueblo hubo vuelto al campamento, los ancianos de Israel dijeron: ¿Por qué nos ha herido hoy el Señor ante los filisteos? He

aquí que los ancianos de Israel, al ver la derrota del pueblo, no preguntan por qué causa han sido heridos, sino por qué los ha herido el Señor. Pues el que pregunta por qué, parece quejarse de la justicia de Dios, como si no hubiera causa para la herida. Pero ciertamente había una causa gravísima, a saber, los pecados de los hijos de Helí, que contaminaban el sacrificio del Señor. Por tanto, no debían preguntar por qué, sino reconocer sus culpas y las de sus sacerdotes. Pues el pueblo a menudo es herido por la maldad de los pastores.

4. Traigamos a nosotros de Silo el arca de la alianza del Señor, y venga a medio de nosotros, para que nos salve de la mano de nuestros enemigos. He aquí que los ancianos de Israel, no reconociendo sus culpas, buscan el auxilio exterior. Piensan que el arca de la alianza, que es el signo de la presencia de Dios, los salvará, aunque el Señor del arca esté alejado de sus corazones por sus iniquidades.

5. Envió, pues, el pueblo a Silo, y trajeron de allí el arca de la alianza del Señor de los ejércitos, que se sienta sobre los querubines; y estaban allí los dos hijos de Helí, Ofni y Finés, con el arca de la alianza de Dios. Y como el arca de la alianza del Señor hubiese llegado al campamento, todo Israel gritó con gran aclamación, y resonó la tierra.

6. Y oyeron los filisteos el clamor de la aclamación, y dijeron: ¿Qué es este clamor de gran aclamación en el campamento de los hebreos? Y conocieron que el arca del Señor había venido al campamento. Y temieron los filisteos, dicien-

do: Dios ha venido al campamento. Y gimieron, diciendo: ¡Ay de nosotros!

7. Pues no hubo tal alegría ayer ni antes de ayer. ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos librará de la mano de estos Dioses excelsos? Estos son los Dioses que hirieron a Egipto con toda plaga en el desierto. Los filisteos, ciertamente, por los cuales se designan los demonios, temen cuando ven que el pueblo de Dios recurre a los auxilios divinos. Pero notemos que llaman al Señor 'Dioses excelsos', porque los demonios, aunque conocen el poder de Dios, no confiesan su unidad por la fe, sino que lo imaginan según la multitud de sus errores.

8. Esforzaos, y sed hombres, filisteos, para que no sirváis a los hebreos, como ellos os han servido a vosotros; esforzaos y combatid. Así los demonios, cuando temen ser vencidos por la conversión de los hombres, se incitan mutuamente a combatir con más fuerza. Pues cuanto más temen perder su dominio sobre las almas, tanto más fieramente las atacan con diversas tentaciones.

9. Combatieron, pues, los filisteos, e Israel fue herido, y huyó cada uno a su tienda; y fue hecha una herida muy grande, y cayeron de Israel treinta mil peones. Y el arca de Dios fue tomada; y los dos hijos de Helí, Ofni y Finés, murieron.

10. Pero debe considerarse por qué permitió Dios que su arca fuera tomada y sus sacerdotes muertos. Ciertamente, porque Israel confiaba en el signo exterior y descuidaba la pureza interior. Pensaban que la madera del arca los salvaría, mientras ellos persistían en las iniquidades que

el Señor abomina. Por tanto, el arca fue tomada para que aprendieran que no es el lugar ni el signo lo que salva, sino la fe y la obediencia del corazón.

11. El arca de la alianza representa la forma de la religión y los sacramentos de la Iglesia. Cuando la virtud interior de la religión se pierde por la maldad de los que la profesan, el signo exterior no solo no salva, sino que es entregado a manos de los enemigos. Pues los demonios triunfan sobre aquellos que tienen la apariencia de piedad, pero han negado su virtud con sus obras. La pérdida del arca, por tanto, significa la pérdida de la gracia y la entrega de la mente a las potestades enemigas.

12. Corrió, pues, un hombre de Benjamín de la batalla, y vino a Silo en aquel día, con su vestido rasgado y esparcido de polvo la cabeza. He aquí que un mensajero de la tribu de Benjamín, que se interpreta 'hijo de la diestra', trae las noticias de la derrota. El vestido rasgado y el polvo sobre la cabeza son signos de gran luto y penitencia. Espiritualmente, esto representa al confesor fiel que, doliéndose por las pérdidas de la Iglesia, muestra exteriormente la aflicción de su espíritu por la confesión de los pecados y el recuerdo de la fragilidad humana.

13. Y cuando él llegó, Helí estaba sentado sobre un asiento frente al camino, mirando. Pues su corazón estaba tembloroso por el arca de Dios. Helí, el prelado anciano, espera con ansiedad. Su corazón tiembla no por sus hijos, sino por el arca de Dios. Esto muestra que, aunque Helí fue

un padre negligente, conservaba sin embargo un amor reverente por las cosas de Dios.

14. Entró, pues, aquel hombre en la ciudad, y anunció la noticia; y toda la ciudad clamó. Y oyó Helí el estruendo del clamor, y dijo: ¿Qué es este estruendo de este tumulto? Pero aquel hombre se apresuró y vino, y lo anunció a Helí.

15. Helí era de noventa y ocho años, y sus ojos se habían enturbiado, y no podía ver. La edad de Helí y su ceguera no solo son hechos históricos, sino que designan la falta de discernimiento espiritual en los pastores negligentes. Pues cuando el pastor llega al final de su vida sin haber corregido los errores de sus súbditos, su vista espiritual se oscurece y no puede prever los peligros que amenazan a la Iglesia.

16. Y dijo a Helí: Yo soy el que he venido de la batalla, y yo soy el que hoy he huido del combate. Al cual él dijo: ¿Qué se ha hecho, hijo mío?

17. Y respondiendo el que traía las noticias, dijo: Israel ha huido ante los filisteos, y ha sido hecha una gran herida en el pueblo; además, tus dos hijos, Ofni y Finés, han muerto, y el arca de Dios ha sido tomada. Notemos el orden de las noticias: primero la huida del pueblo, luego la gran mortandad, después la muerte de sus hijos, y finalmente la captura del arca. Este último anuncio es el más grave y el que golpea el corazón del anciano con más fuerza.

18. Y como él hubiese nombrado el arca de Dios, cayó de su asiento hacia atrás, junto a la puerta, y roto el cuello, murió. Pues era hombre

anciano y de gran peso; y juzgó a Israel cuarenta años.

19. El hombre de Benjamín representa al mensajero fiel que anuncia la verdad, por dolorosa que sea. El rasgar los vestidos significa la ruptura con los deseos carnales, y el polvo en la cabeza la humildad de reconocer que somos tierra y a la tierra volveremos. El prelado negligente oye estas cosas, pero ya es tarde para la enmienda.

Helí sentado junto al camino representa a los pastores que, aunque están en el camino de la religión, están sentados en la inacción y la negligencia. Sus ojos enturbiados son la pérdida de la luz de la contemplación. Sin embargo, su corazón tiembla por el arca, lo cual significa que incluso en los pastores negligentes puede quedar una chispa de celo por el honor de Dios, aunque no haya sido suficiente para actuar con rigor cuando era necesario.

Helí muere al oír que el arca ha sido tomada. Esto significa que para el alma religiosa, la pérdida de la gloria de Dios y de su presencia es un golpe más mortal que la pérdida de la vida de los hijos o de la propia seguridad. Cayó hacia atrás, porque los que descuidan las cosas de Dios en esta vida, caen hacia las cosas invisibles del castigo eterno. El cuello roto significa la pérdida de la soberbia o de la fuerza de la mente, que ya no puede sostenerse cuando la presencia de Dios se retira.

34. Porque la palabra de los herejes no llega. Pues fue palabra de Novato que el Dios justo de ninguna manera perdona a los fieles que han caí-

do una vez. Fue palabra de Orígenes que el Señor misericordioso no permite que ninguna criatura racional perezca por la condenación eterna. Pero como los pecadores que se vuelven al Señor de ninguna manera perecen, y los ángeles que cayeron una vez y los pecadores muertos en su pecado nunca se salvan, ciertamente la palabra de los herejes no llega. Por tanto, la palabra de Samuel llegó a todo Israel, porque se cumple la predicación del hombre católico, la cual se reconoce rectamente en la verdad del sagrado elocuio. Y debe notarse que se dice que su palabra llegó, a quien se afirma que el Señor añadió Su visión, porque sin duda su predicación es verdadera, a quien de tal modo se le muestra el terror de la justicia divina, que no se le oculta la abundante gracia de Su bondad; a saber, para que la verdad contemplada aterre de tal modo la mente del que ve, que también la bondad mostrada no permita que la mente aterrada caiga en la desesperación; para que de tal modo presuma de la bondad, que no se lance al atrevimiento de la prevaricación.

Basten estas cosas discutidas en el segundo libro de la presente obra, para que mientras nos disponemos a comenzar lo que sigue con un nuevo principio, se renueve también por la devoción el estudio del decir.

LIBRO TERCERO.

111 CAPÍTULO PRIMERO.

1. Mientras buscábamos con diligencia de qué manera el sentido de la historia sagrada conve-

nía a las costumbres de los elegidos, diferimos repetir el orden de la alegoría en la exposición. Para que, por tanto, suplamos aquellas cosas que vemos haber omitido, se pregunta: ¿Qué significa que, mientras se recuerda que Samuel ministraba al Señor ante Helí, se describe que la palabra del Señor era preciosa? Pero, como se ha dicho anteriormente, por Samuel se designa a los predicadores de la santa Iglesia, y por Helí también a los padres elegidos del Antiguo Testamento. El niño Samuel, pues, ministraba al Señor ante Helí, cuando el nuevo orden de doctores predicaba la fe del Redentor. De cuyo ministerio ciertamente habla Pablo, diciendo: Mientras soy apóstol de las gentes, honraré mi ministerio (Rom. 11, 13). De aquí dice de nuevo: Hebreos son ellos, y yo; israelitas son ellos, y yo; ministros de Cristo son ellos, y yo (2 Cor. 11, 22). 112 Ministrar al Señor, por tanto, es marchar al trabajo de la predicación. Ministerio que ciertamente se dice que Samuel prestó al Señor ante Helí, porque todo lo que el nuevo orden de predicadores afirmó sobre la religión de la nueva fe, lo robusteció con la autoridad de los Padres antiguos. Ciertamente Samuel ministraba al Señor cuando el nuevo predicador afirmaba, diciendo: Digo, pues, que Cristo Jesús fue ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, pero que las naciones honran a Dios por Su misericordia (Rom. 15, 8). Y para que también prestara ante Helí el ministerio que exhibía al Señor, añadió diciendo: Como está escrito: Alabad, todas las naciones, al Señor, y colabadle, todos los pueblos (Salm. 116, 1). Y para contenerse más es-

trechamente ante Helí en el ministerio del Señor, añadió: Pues Isaías dice: Habrá una raíz de Jesé, el cual se levantará para regir a las naciones, en Él esperarán las naciones (Rom. 15, 12; de Is. 11, 10). El niño Samuel ministraba al Señor cuando 113 Pedro afirmaba la gloria de la Resurrección del Señor, diciendo: A Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con señales y prodigios, entregado por manos de impíos le matasteis; a Éste Dios le resucitó de entre los muertos por un consejo predefinido al tercer día, como era imposible que fuera retenido por los dolores del infierno (Hech. 2, 22 y ss.).

2. Pero este ministerio, que exhibió al Señor, también lo exhibió ante Helí, porque añadió diciendo: Pues David dice: Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni darás a Tu Santo que vea corrupción (Hech. 2, 27; Salm. 15, 10). Por tanto, se dice aptamente que Samuel ministra al Señor ante Helí, porque los elegidos predicadores de la santa Iglesia, mientras erigían el estado de la nueva fe predicando, afirmaron con la autoridad de los antiguos Padres lo que intentaron aseverar por la razón.

3. Y entonces ciertamente se afirma que la palabra del Señor fue preciosa. Pues una cosa preciosa no puede comprarse por un precio pequeño. Pero el precio por el cual se compra la palabra de Dios es el trabajo de la santa operación. Pues como compramos por un precio la cosa que queremos tener, así exhibimos el trabajo de la obra a través de la palabra de predicación que recibimos. Entonces la palabra era preciosa, cuando no

se daba por cualquier trabajo de la obra, cuando todo el que mataba a un comprador de la palabra pensaba que prestaba un obsequio a Dios. Por tanto, en aquel tiempo el comprador de la palabra necesitó de mucho precio, porque no pudo conservar la palabra de la fe sin gran trabajo, aquel que por lo que creyó llegó a los tormentos. Pues era entonces el tiempo en que la palabra que se compraba se exhortaba no por el tipo de una moralidad figurada, sino por el precepto de la locución abierta, diciendo: El que quiera venir en pos de Mí, tome su cruz cada día y sígame (Salm. 16, 24). De aquí dice de nuevo: Pero el que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí (Ibíd. 10, 37). Y: El que no renunciare a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo (Luc. 14, 33). Así pues, cuando se afirma el ministerio de Samuel, se afirma que la palabra del Señor es preciosa, porque ciertamente entre los inicios de la fe, debe creerse que aquellos que creyeron a los doctores de la vida eterna que predicaban, gastaron obras de gran trabajo por la palabra de fe recibida.

Y porque el pueblo judaico ya había perdido la luz del conocimiento divino, sigue: (I Rey. 3, 1.) En aquellos días no había visión manifiesta.

4. Pues su visión sería manifiesta si hubiera creído en el Redentor, a quien había oído que había venido para su visitación. Sobre cuya ceguera ciertamente se añade: (Vers. 2.) Y aconteció que Helí yacía en su lugar, y no podía ver la lámpara de Dios, antes de que se extinguiera. Pues la visión de Helí no es manifiesta, porque el sacerdocio de

los judíos está sepultado en la ceguera de su perfidia. Helí, pues, yace en su lugar, porque tiene la letra de la ley, y en la ley y los profetas no tiene el estado de la luz, sino el lapso de la ceguera. Pues el lugar de Helí, a saber, del predicador judaico, es la ley sagrada. Porque, por tanto, el sacerdocio judaico todavía tiene la sagrada Escritura, está en su lugar. Y porque no conociendo la virtud de la sagrada Escritura no se erige al estado de la fe, ciertamente se afirma que no está de pie en su lugar, sino que yace. Porque asimismo es rechazado hasta el fin del mundo, se recuerda que no puede ver la lámpara de Dios. Por lo cual, aun cuando diariamente reciben tantos exhortos de predicación de la santa Iglesia, cuando los judíos, vencidos por tantas aserciones de la sagrada fe, no creen, ¿qué otra cosa es sino esto que en la sagrada Escritura 114 leemos sobre ellos, y que incluso comprobamos por la experiencia, que ciertamente han sido rechazados, no sólo para que no vean, sino incluso para que no puedan ver? Por lo cual también los apóstoles, reputando como trabajo superfluo el de aquellos que no podían ver, dicen en sus Hechos: Ya que os habéis hecho indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a las naciones (Hech. 13, 46). Pero lo que se refirió que no podía ver se llama lámpara de Dios. Pues el ministerio de la Sinagoga fue lámpara de Dios, cuando en los elegidos Padres brilló tanto por la luz de la verdadera predicación como por la promesa del Redentor venidero. Lámpara que ciertamente, ministrando Samuel, no pudo ser vista, porque en el tiempo de la nueva predi-

cación, el magisterio de la Sinagoga incurrió en la pena del rechazo perpetuo.

5. Y debe notarse que no se dice, no podía lucir, porque ciertamente todavía lleva para nosotros la luz de la sagrada Escritura, pero ignora lo que lleva. Por lo cual también se dice que no podía ver antes de que se extinguiera. Pues todavía no se extingue, y no puede ver, porque ciertamente, como ya he dicho, lleva la luz que no atiende; pues antes de que se extinga, existe mientras luce. And because the sacred Scripture is not taken away from him until the end of the world, if he does not see before it is extinguished, he is extended in blindness with the end of the world. Que si su encendido se refiere al celo de la perfidia, por eso mismo no puede ver, porque no se extingue. Pues si extinguiera de su mente el fuego de la perfidia, quitado el celo de la impiedad, abriría los ojos de la mente a la luz de la verdadera fe según el beneplácito de Dios. Pero mientras se dice que no puede ver, se afirma que la lámpara es indigna, y se busca a alguien digno para ver aquellas cosas. Pues añade diciendo: (Vers. 3.) Samuel, empero, dormía en el templo del Señor, donde estaba el arca del Señor, y llamó el Señor a Samuel.

6. Confirmada la ceguera de Helí, el Señor llamó a Samuel, porque, condenado el sacerdocio de los judíos, asumió a una gracia mayor al nuevo orden de predicadores. Pero El que expuso a quién llamó, también mostró de dónde lo llamó; porque refirió que Samuel dormía en el templo del Señor, donde estaba el arca. Pues el templo de Dios es el lugar donde habita Dios. Por lo cual

también se dice por el Salmista: El Señor está en Su santo templo, el Señor, Su trono está en el cielo (Salm. 10, 5). Lugar que ciertamente Pablo insinúa diciendo: El templo de Dios es santo, el cual sois vosotros (1 Cor. 3, 17). El templo de Dios, por tanto, es el alma de cada uno de los elegidos. El templo donde el arca de Dios se esconde es la mente, en la cual se reservan por la inteligencia los sacramentos del divino elocuio. ¿Qué otra cosa es para él dormir en el templo, sino persistir en su propia circunspección por la custodia de la intención? Samuel, pues, dormía en el templo de Dios, porque cada predicador de la nueva gracia, mientras despreció perfectamente todas las cosas que son del mundo, descansó en la íntima circunspección de su mente elegida. Y porque fue instruido en los sacramentos de la divina Escritura, dormía en el templo, donde estaba el arca.

7. Y debe notarse que no se dice durmió, sino dormía, porque sin duda procuró conservar esa misma circunspección de su mente no de paso, sino en la duración de la perseverancia. El sueño de Samuel, pues, designa el perfecto desprecio del mundo en la mente del doctor. Duerme, pues, el predicador en el templo mientras, rechazada de sí totalmente la solicitud mundana, se esconde por la consideración de las cosas espirituales en su mente. Pues Pedro había elegido la quietud de este sueño cuando decía: No es bueno que dejemos 115 la palabra de Dios y sirvamos a las mesas (Hech. 6, 2). De aquí Jetro el madianita reprendió justamente a su pariente Moisés, diciendo: Con necio trabajo te consumes; pero oye mis palabras,

y el Señor será contigo. Sé tú para el pueblo en aquellas cosas que pertenecen a Dios, para que refieras lo que se dice a Él (Exod. 18, 18. 19). De aquí Pablo revoca a los corintios al sueño del templo, diciendo: Ya ciertamente es un delito en vosotros que tengáis juicios entre vosotros. ¿Por qué no padecéis más bien el fraude? (1 Cor. 6, 7). Pues había visto que no podían dormir en el templo de Dios aquellos a quienes la ocupación de los juicios retiraba de la meditación espiritual. Se dice, pues, que el que duerme en el templo es llamado por el Señor, porque entonces fue asumido para conocer los secretos divinos aquel doctor que por la intención del corazón no moraba en las cosas exteriores, sino en las interiores.

Sigue: (Vers. 4. 5.) El cual respondiendo, dijo: Heme aquí. Y corrió a Helí y dijo: Pues tú me llamaste. El cual dijo: Yo no te llamé, hijo mío; vuelve y duerme.

8. ¿Por qué el que oyó al Señor que le llamaba corrió a Helí, sino porque pensó que era llamado por Helí? Y porque mantenemos el orden de la explicación típica, ¿cómo se piensa que es Helí cuando Dios habla al niño llamado? Pero todo lo que nuestros antiguos Padres hablaron en las sagradas Escrituras se refiere a la locución de Helí. Los cuales ciertamente, como no hablaron por sí mismos, mientras Dios habló por ellos lo que quiso, lo que se oye en las sagradas Escrituras se reconoce como voz de Dios que se profiere por Helí. El niño, empero, porque al hablar Dios corrió a Helí, ciertamente Dios profirió una voz semejante a la de Helí. ¿Qué es, pues, que la voz

de la locución divina no difiere de la voz de Helí, sino porque Él mismo profiere la locución incluso a través de los antiguos Padres? Pues la voz de Helí se reconoce como de Dios, puesto que los elegidos Padres recibieron lo que hablaron por los sagrados elocuio no de sí mismos, sino del Señor. Por lo cual también en los profetas se repite en casi toda locución: Esto dice el Señor, para que sintamos que aquellas cosas que la voz resuena por el oráculo del profeta no son del hombre que habla, sino de Dios que manda.

9. A veces, empero, habla Dios por la Escritura, a veces por la inspiración oculta. Por revelación oculta habla cuando a la mente elegida se le abren por el Espíritu o las cosas que debe hacer o las que debe enseñar. Samuel, pues, cuando oyó al Señor que le llamaba, corrió a Helí, porque el elegido orden de predicadores de la santa Iglesia buscaba en el sagrado elocuio de qué clase era aquello que por revelación de Dios había conocido. Pues la regla de la recta inteligencia está expresada en los libros de la sagrada Escritura, porque los consejos divinos están allí expuestos por nuestros venerables Padres que tuvieron el Espíritu Santo. Llamado, pues, tan a menudo Samuel por el Señor, corrió a Helí, porque el orden de predicadores consultó en todo lo que aprendió por revelación espiritual los dichos de los antiguos Padres, para que sólo entonces creyera que le había sido revelado por el Señor cuando hubiera reconocido que de ninguna manera difería de lo que leía en la sagrada Escritura. Pues fácilmente se engaña quien no sabe discutir en la preclara verdad de la

sagrada Escritura de qué clase es lo que recoge en la oculta contemplación. Por lo cual también el Apóstol denuncia diciendo: Satanás se transfigura en ángel de luz (2 Cor. 11, 14). ¿Cómo, empero, se disciernen las cosas falsas en la claridad de la verdadera luz? Corre, pues, Samuel a Helí cuantas veces es llamado por el Señor, porque los santos predicadores, para no ser engañados por la imagen de la falsa luz en la íntima contemplación, discuten el modo de la revelación oculta en 116 la abierta verdad de la sagrada Escritura.

13. Tres veces, pues, fue llamado Samuel por el Señor, porque mientras el orden de predicadores de la Iglesia aún ruda se extiende a los estudios celestiales, apeteció la verdad por la razón del consejo, y la bondad por la elección de la voluntad, y el verdadero gozo por la intención del afecto. Tres veces también, llamado, acudió a Helí, porque de todo su deseo consultó la sagrada Escritura con la prontitud de la meditación. Tres veces asimismo, oyó que no era llamado por él, porque meditando aprendió que nuestros Padres nos transmitieron para nuestra erudición las sagradas elocuciones escritas; sin embargo, de ninguna manera pueden darnos los dones espirituales. ¿Qué es, pues, decir 'No te llamé', sino que yo no di el deseo de los dones espirituales? Pues si la sagrada Escritura, o alguno de los escritores confiriera los dones espirituales, cuantos leyeran las sagradas elocuciones, cuantos oyeran a los tratadistas de la sagrada Escritura, serían adornados con dones espirituales. Pero ahora, como muchos leen la sagrada Escritura, y oyen

a los predicadores que la tratan, y después del estudio de la lectura, y de la exhortación de la predicación, unos permanecen en el antiguo frío de sus vicios, otros por la gracia hierven en el amor de las santas virtudes; claramente consta que 117 el orden de los venerables Padres nos muestra los dones de las virtudes por las Escrituras publicadas, pero solo el creador nos otorga el amor de las virtudes que insinúa. Por lo cual también Santiago amonesta piadosamente diciendo: Toda dádiva óptima y todo don perfecto es de lo alto, descendiendo del Padre de las luces (Sant. 1, 17). De aquí Pablo dice: Ni el que planta es algo, sino Dios que da el incremento (1 Cor. 3, 7). ¿Qué otra cosa es, pues, decir: 'No te llamé', sino mostrar por abierta erudición que esto, el que el alma fiel se eleve a los deseos celestiales, se genera de la sola infusión de la gracia divina? Porque, pues, es llamado tres veces por el Señor, y es mandado tres veces por su maestro volver a dormir, insinúa cómo se adquieren aquellos tres grados del amor. Pues porque hemos adaptado el consejo al corazón, y el consejo ciertamente desea encontrar la verdad, un gran sueño es por cierto necesario, para que el amante no despierte antes de que se encuentre la verdad buscada. Vuelva, pues, el niño y duerma, para que quien desea encontrar la luz de la verdad, se guarde por la quietud, para no admitir en sí las tinieblas de los errores. Duerma también por segunda vez, para que rinda el obsequio del amor a Dios omnipotente con toda su mente, para que los bienes que ama estén revestidos de pura simplicidad y de

ningún velo de males. Lo cual ciertamente, como no se conoce sino por gran sutileza de discreción, el niño llamado por el Señor es mandado por Helí volver para que duerma. Pues si descuida dormir por ascender a ese grado del amor, no adquiere lo que desea acerca de la virtud, porque aunque ya podamos amar las cosas buenas, aspirándonos Dios, si no es por gran quietud de la mente, no discernimos de qué clase son esos mismos bienes que queremos. Tres veces, pues, es enviado Samuel a dormir, porque ciertamente el nuevo orden de predicadores es amonestado a amar con toda su fuerza. Y porque hemos referido la fuerza al afecto, y el afecto de la mente se perfecciona por el gozo espiritual, Samuel tuvo una gran quietud de sueño; y mientras el orden de predicadores aprendió con certeza las cosas espirituales por la quietud, no recibió un gozo extraño bajo la especie del verdadero gozo. Pues como de las demás virtudes, así también del progreso de la contemplación, la mente del que contempla muchas veces se alegra vanamente. Durmió, pues, otra vez Samuel, porque ciertamente si el orden de doctores no se circunspeccionara cautamente en la contemplación, a veces alegrándose vanamente pensaría que se alegraba con el verdadero gozo. Primero, pues, durmió, porque mientras dirigió su ánimo a la verdad que debía conocer, por gran sutileza de consejo reprobó todas las cosas erróneas. Segundo durmió, porque cuando aprendió a amar al creador con toda su mente, dispuso con gran quietud en sí que no mezclara algunas cosas réprobas con los bienes que desea-

ba. Tercero también durmió, para que mientras percibía el supremo gozo de la divina contemplación, hubiera podido reprobar la vana alegría con mente consultada.

(Vers. 7.) Pero Samuel aún no conocía al Señor, ni le había sido revelada la palabra del Señor.

14. Pues el orden de predicadores no conoció entonces al Señor con aquella perfección en la que después progresó. O tal vez por eso se dice que no conoce al Señor, porque las cosas altas y profundas que conocía no las abría aún a los oyentes débiles y rudos. Por lo cual también a los que querían conocer el día del advenimiento del Señor, aquellas cosas que conocía todas, y no quería indicar, dice la Verdad: Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre (Mar. 13, 32). ¿Qué es que sabiendo el Hijo todas las cosas no sabe el día del juicio, 118 sino que entre todo lo que sabía, sabiendo el día, no lo sabía para decirlo, sino que sabía su tiempo y calidad? De aquí Juan el Bautista, que había conocido al Señor perfectamente, enviaba a él a sus discípulos como no sabiendo, diciendo: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? (Luc. 7, 20). Pues como no sabiendo al Señor predicaba Samuel, cuando el evangelista Mateo, pasando por alto la divinidad del Redentor, comenzó por su sola humanidad, diciendo: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham (Mat. 1, 1. sigs.). Pero ciertamente conocía al Señor, y le había sido revelada la palabra del Señor, cuando Juan, asumiendo exponer su divinidad en lo alto, dijo: En

el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y Dios era el Verbo (Juan 1, 1). No conocía al Señor cuando Pablo hablaba diciendo: Me he hecho todo para todos, para hacer salvos a todos (1 Cor. 9, 22). Pues el que para los débiles se hacía débil, y para los párvulos se hacía párvulo, y todo para todos, sin duda también no sabía con los que ignoraban. Pues para usar la palabra de esa misma ignorancia, hablando a los corintios, dijo: Nada juzgué saber entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado (Ibíd., 2, 2). Pues con los sabios conocía tanto al Señor como tenía revelada su palabra. Por lo cual también dice: Pero nosotros, contemplando la gloria del Señor con la cara revelada, somos transformados en la misma imagen, como por el espíritu del Señor (2 Cor. 3, 18). De aquí asimismo habla diciendo: Hablamos sabiduría entre los perfectos, no la sabiduría de este mundo, ni de los príncipes de este siglo, sino que hablamos la sabiduría de Dios, que está escondida en el misterio (Ibíd., 6, 7).

(Vers. 9.) Entendió, pues, Helí que el Señor llamaba al niño.

15. Pues si no entendiera, de ninguna manera le hubiera suministrado los consejos de salud por las sagradas elocuciones. Pues entendió, porque previó. Pues todo lo que Dios omnipotente dispuso hacer en la construcción de la futura Iglesia, lo reveló a los antiguos Padres por el santo espíritu de la profecía. Pues por el profeta Amós se dice: No hará el Señor Dios palabra que no haya revelado a sus siervos los profetas (Amós 3, 7). ¿Pues qué otra cosa sino la vocación de los nuevos pre-

dicadores había entendido el que decía: En lugar de tus padres te han nacido hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Sal. 44, 17). Pero a aquel que entendió que debía ser llamado también le suministró el consejo, diciendo:

(Vers. 9.) Ve y duerme, y si de aquí en adelante te llamare, dirás: Habla, Señor, porque tu siervo oye.

Ya ciertamente se ha mostrado bastante, según creo, acerca del sueño de Samuel, que designa la quietud de la meditación interna. El cual sueño ciertamente es mandado por Helí a Samuel, porque el doctor es enseñado por el sagrado elocuio a vacar para contemplar los misterios internos. Pero ¿qué es que cuantas veces es llamado Samuel, tantas veces es remitido a dormir, y sin embargo aún no se le manda que diga a Dios: Habla, Señor, porque tu siervo oye? Pues allí se le manda dormir, pero no sin embargo hablar; aquí, empero, incluso cuando se le impone la licencia del sueño, también se le añade la de la locución. 119 Allí también al que es enviado a dormir no se le dice: Ve (Vade), sino: Vuelve (Revertere); aquí asimismo de ninguna manera se dice Vuelve, sino Ve. ¿Pues qué quiere decir tanta variedad de mandatos? Cuya variedad ciertamente reconocemos más claramente si atendemos a lo que el sueño de Samuel significa en este lugar. Y porque hemos referido los modos superiores del sueño a la prueba de los dones del santo amor (Supra, núms. 11, 12), ¿qué es en este lugar dormir para Samuel, esto es para el nuevo predicador, sino poseer esos mismos dones ya

probados y conocidos con la quietud de la seguridad? Merecidamente, pues, antes no se le decía Ve, sino Vuelve; ahora, empero, no Vuelve, sino Ve. Pues el que aún examinaba era mandado volver, para que con tranquilidad de la mente discutiera otro don, quien ya hubiera conocido otro por la misma quietud de la mente. A él, empero, porque ya había probado todas las cosas examinando, se le dice Ve, porque era enviado a poseer las cosas conocidas con intención ya segura. ¿Por qué, pues, antes se manda el sueño sin locución, ahora, empero, el sueño con locución, sino porque no era lícito decir Habla, sino a aquel que por verdadera cognición existiera cierto de que el que hablaba a los afectos de su mente era Dios? Al que examina, pues, no se le dice, porque si no juzga perfectamente al que habla dentro, no debe desear todavía la locución espiritual que le es incierta, y recibirla como cierta. Pues decir a la mente de Dios Habla, es recibir seguramente su interna aspiración. Por tanto, esto compete al que conoce perfectamente, no al que prueba, porque antes del juicio del examen interno, así como la locución divina no se prueba, así lo que de Dios nos es incógnito no se recibe como por cierto y conocido. Pues se dijo a Samuel: Ve y duerme, porque cuando el orden de los santos predicadores aprendió los dones espirituales por la prueba del sagrado elocuio, lo conoció por la erudición de la misma sagrada escritura, para que descansara en sus dones tanto más seguramente por el amor, cuanto hubiera conocido su virtud por más abierta razón. Se le mandó también que al

Dios que llamaba dijera Habla, Señor. Porque fue enseñado por el estudio de la sagrada locución, no solo a oír devotamente al Señor que habla por la gracia de la visitación interna, sino también, cuando calla, a implorar con grandes deseos que se digne hablar.

(Vers. 9.) Se fue, pues, Samuel, y durmió en su lugar.

17. Tantos lugares tiene el predicador de la santa Iglesia cuantos progresos de la vida. Por lo cual también consagrando los lugares de su progreso con divinas alabanzas, el bienaventurado Job dice: Por cada uno de mis grados lo pronunciaré (Job 31, 37). Pues ya no se sitúa en el lugar del examen, sino de la cognición cierta, cuando es elevado a cosas más altas. Pues el lugar del predicador es la cognición cierta de las cosas que deben conocerse. Pues de los predicadores réprobos dice el Señor: Teniendo mi ley, no me conocieron (Jer. 2, 8). En su lugar, pues, durmió Samuel, cuando el orden de doctores retuvo la cognición de las cosas espirituales con la certidumbre de la verdad. Pero a qué grado progresa se muestra, porque de repente se subañade.

(Vers. 10.) Vino, pues, el Señor, y se detuvo.

Porque se dice que el Señor no vuelve, sino que viene, se designa la destitución de Judea y la visitación de la santa Iglesia. Por lo cual no solo se presenta como viniendo, sino como deteniéndose. Insinúa que había venido a la visitación de Judea diciendo: No he sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel (Mat. 15, 24). Pero viniendo no se detuvo, porque desamparó a

la que despreciaba el bien de su salud. Por lo cual también amenaza a los príncipes de la Sinagoga diciendo: Se os dejará vuestra casa desierta (Ibíd., 23, 38). De aquí asimismo denunciando dice: En verdad os digo que se os quitará 120 el reino, y se dará a una gente que haga sus frutos. A Samuel, pues, vino, y se detuvo, porque una vez asumió a los predicadores de la santa Iglesia, de los cuales por la custodia de su gracia no se retira más. Pues había venido a Samuel cuando, presentando nuevos predicadores al mundo, decía: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura; el que creyere y fuere bautizado, será salvo; pero el que no creyere, será condenado (Mar. 16, 15. sigs.). Pero si debe detenerse el Señor que vino, diga: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. 28, 20). Había venido, pues, el Señor, no para retirarse, sino para detenerse, porque eligió nuevos ministros de la fe, a quienes protege sucediéndole por el patrimonio de las santas virtudes hasta el fin del mundo. Pero oigamos qué añade el que viene visitando por la gracia, el que se detiene perseverando por la inmutabilidad de su elección.

(Vers. 10.) Y llamó, como había llamado por segunda vez, Samuel, Samuel.

Por segunda vez llamó ciertamente, porque le proporcionó un doble oficio en el ministerio de la predicación, a saber: para que reprimiendo la soberbia de la Sinagoga la quebrantara, y llamando la humildad de la gentilidad la elevara hasta el fin. O ciertamente es llamado por segunda vez, porque es excitado para la destrucción del

hombre viejo y para la edificación del nuevo. Fue llamado, pues, una vez cuando era instruido por el espíritu sobre cómo habría podido borrar los pecados y vicios en los corazones de los pecadores; llamado por segunda vez, cuando Dios lo instruyó con el documento del magisterio interno, para que, destruida la edificación de la impiedad en la mente de los conversos, debiera erigir una nueva fábrica de santas virtudes. Cuyo magisterio ciertamente, porque el orden de los santos predicadores lo aprendió de buena gana, y se ofreció devotamente para obedecer, se subañade:

(Vers. 10.) Dijo, pues, Samuel: Habla, Señor, porque tu siervo oye.

Oír a Dios que habla es cumplir sus preceptos con las obras. Lo cual, por el contrario, dice la Verdad por sí misma en el Evangelio a los réprobos: El que es de Dios, oye las palabras de Dios; por eso vosotros no oís, porque no sois de Dios (Juan 8, 47). Pero al que oye añade lo que desea insinuar; pues sigue:

(Vers. 11.) Y dijo el Señor a Samuel: He aquí que yo hago una palabra en Israel, que a cualquiera que la oyere le retiñirán (tinnient) ambas orejas. Y abriendo la misma palabra, dice:

(Vers. 13 y 14.) Pues le predije que yo había de juzgar su casa para siempre por la iniquidad, por cuanto había conocido que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso juré a la casa de Helí que no se expiaría la iniquidad de su casa con víctimas y dones para siempre.

21. ¿Pues qué otra cosa se designa con estas palabras sino la ya tantas veces explicada repulsa

de los judíos? Pues la casa del predicador es la multitud del pueblo sujeto, la cual habita como poseyendo, mientras la guarda por el cuidado de su solicitud. La casa de Helí, pues, esto es del antiguo sacerdocio, fue Judea, la cual mientras cultivó por una conversación réproba, la hizo inmunda con las manchas de su depravación. El cual ciertamente vio que sus hijos actuaban indignamente, porque el sumo sacerdocio vio a los sacerdotes del orden menor ensañarse contra el Redentor, y no los corrigió, ni con autoridad alguna los revocó de la efusión de tanta sangre. Por eso se le promete por divina conminación que su casa sea juzgada para siempre. Pues juzgar para Dios es condenar. Por tanto, es 121 juzgada para siempre, porque se decreta que perezca por la pena eterna.

(Vers. 15.) Durmió Samuel hasta la mañana.

22. ¿Qué otra cosa se designa con el nombre de mañana sino la luz del Evangelio, la cual disipó la sombra de la ley? Pues Samuel durmió hasta la mañana, porque el orden de predicadores descansó en la quietud de la meditación interna, hasta que surgió en el mundo la claridad del Redentor. Pero levantándose por la mañana, se dice que abrió las puertas de la casa del Señor.

(Vers. 15.) Y abrió las puertas de la casa del Señor.

23. Abrir las puertas de la casa del Señor es abrir a los pueblos fieles el acceso al reino celestial. Pues porque dice: Yo soy la puerta; si alguno entrare por mí, será salvo (Juan 10, 9); él ciertamente abre las puertas de la casa del Señor, el

cual muestra la entrada del reino celestial a los que vienen a la fe. Por lo cual también al primero de los predicadores se le dice: Te daré las llaves del reino de los cielos (Mat. 16, 19). Pues había recibido las llaves de las puertas que debía abrir a los otros. Pero porque se dice que Samuel temió contar la visión a Helí, se subañade:

(Vers. 15.) Y temió Samuel contar la visión a Helí.

24. Pues la visión de Samuel era la severa repulsa de Helí. Porque, pues, los nuevos predicadores veían que el antiguo pueblo debía ser rechazado por su iniquidad, al principio temieron mostrarles la severidad de la repulsa. Pues deseaban más bien encontrarlos tales que pudieran consolarlos con la misericordia del Redentor, que tales que se vieran compelidos a aterrorizarlos con la severidad del juez. Pero oigamos cómo Helí llama hacia sí al niño, para que aprenda la palabra de la visitación divina.

(Vers. 16.) Llamó, pues, Helí a Samuel, y dijo: Samuel, hijo mío. El cual respondiendo, dijo: Heme aquí.

25. Llama hijo a aquel que sabía que debía ser antepuesto a sí mismo. Pues porque había conocido por el espíritu de la profecía que debía elevarse el nuevo orden de predicadores, amaba como a hijo a aquel a quien ya servía como a Señor. Al cual también añadió diciendo:

¿Cuál es la palabra que te ha hablado el Señor? Te ruego que no me la ocultes. Esto te haga Dios, y esto te añada, si me ocultares palabra de todas las palabras que se te han dicho.

¿Por qué Helí insiste tan fuertemente en que no se le oculte nada de la locución divina, sino porque los antiguos Padres deseaban conocer el orden de la futura Iglesia incluso con su propia repulsa? Pues sabían que ellos debían pasar, pero deseaban conocer la claridad de la que venía detrás. Al cual Samuel, compelido, se lo contó todo.

Contó, pues, Samuel todas las palabras, y no se las ocultó.

27. Cuenta todas las palabras y nada oculta el que muestra al antiguo pueblo tanto la gracia del Redentor que viene como la severidad de su propia repulsa. Cuyas palabras recibiendo Helí, dijo:

(Vers. 18.) El Señor es: haga lo que es bueno a sus ojos.

28. Cuya voz es de quien consiente al juicio divino. Pues el antiguo pueblo, aunque cayó en las tinieblas de su perfidia, sin embargo en sus Padres conoció que justamente era rechazado, y por eso no contradijo a la sentencia divina, porque sabía que quien juzgaba era el Señor.

22. ¿Por qué se describe con tanto detalle en el sagrado elocuencia el sueño de Samuel? Y puesto que ya se dice que ha repetido el sueño por cuarta vez, mucho desatina quien no cree que esto ha sido dicho espiritualmente por el Espíritu de Dios. Pues aunque se entiende correctamente que durmió tantas veces según la verdad de la historia, se escribe para esto: para que en la verdad de la letra se presenten los entendimientos de la alegoría. ¿Qué designa, pues, este quinto sueño de Samuel? Pero puesto que referimos el primer sueño a la

inquisición de la verdad, el segundo a la prueba de la obra verdadera, el tercero a la exploración del gozo verdadero, el cuarto a la perfruición de la perfección hallada, probada y conocida; la quinta especie de sueño se refiere al estudio de disponer la locución. Samuel, por tanto, durmió por quinta vez, porque el orden de los predicadores, aunque aprendió la verdad por el consejo del corazón, eligió los bienes por la voluntad de la mente, recibió el gozo verdadero por el afecto de la virtud, y descansó en la seguridad de las virtudes sublimes por la certeza de la bienaventuranza hallada y conocida; sin embargo, esto mismo que conoció en sí mismo no pudo predicarlo a los súbditos sin la dispensación de un gran consejo. Pues frecuentemente el doctor tiene en sí mismo lo que ha de predicar, pero sin embargo no puede predicar lo que tiene tal como debe, porque si ya aprendió por revelación del Señor lo que ha de decir, no conoce el modo en que ha de ser expuesto al pueblo. Durmió, pues, Samuel de nuevo, porque el orden de los predicadores dispuso en sí mismo con gran intención de quietud no esparcir inútilmente la semilla de la palabra de Dios al predicar, la cual había recogido con útil contemplación. Pues mientras el predicador se ve compelido a considerar qué y cuánto, o cuándo, habla; qué dice a todos simultáneamente, de qué manera amonesta a algunos en particular; puesto que utiliza una gran quietud de santa meditación, se dice con mucha propiedad en tipo del nuevo predicador que Samuel durmió de nuevo. Dormir para él es, ciertamente, disponer con mente tran-

quila el modo de hablar. Y despertar para él es salir de la quietud de la meditación para hablar. Y porque razonablemente no despierta antes de disponer lo que ha de decir, se sigue: Hasta la mañana. Pues la mañana es el conocimiento perfecto de pronunciar la palabra.

(Vers. 15.) Y temió contar la visión a Helí.

23. ¿Qué es lo que temía, sino lo que había aprendido durmiendo? Pues quien meditando ordena la palabra, establece por la razón cuándo ha de decir también la palabra. Samuel vio ciertamente la visión, y temió contársela a Helí, porque el orden de los doctores de la santa Iglesia percibió la debida repulsa de Judea, y temió objetársela antes de los tiempos de su repulsa. Por lo cual también la exhorta más bien al remedio de la penitencia, diciendo: Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros (Hech. 2, 38). Por lo cual también se subañade:

(Vers. 15.) Abrió las puertas de la casa del Señor.

24. ¿Qué otra es la casa del Señor sino la santa Iglesia? ¿Y cuáles son las puertas de esta casa, sino las virtudes espirituales? Samuel abrió las puertas de la casa del Señor cuando el orden de los predicadores manifestó los dones de las virtudes espirituales a los que concurrían a la unidad de la verdadera fe. Pues las puertas de la casa estaban como cerradas cuando las virtudes de la santa Iglesia eran ignoradas. Pero se menciona acertadamente que Samuel abrió las puertas de la casa del Señor cuando temió contar la visión a Helí, porque antes de que el orden de los

predicadores indicara la abierta repulsa de Judea, mientras amonestaba a la penitencia, reveló los secretos de las virtudes espirituales a los elegidos que acudían a la fe. Pues quien en el tiempo de la misericordia temió decir lo que había visto, en el tiempo de exigir la justicia indicó la visión de la justicia, diciendo: Puesto que os hicisteis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a las naciones (Hech. 13, 46). De lo cual surge ciertamente una cuestión, a saber: que la visión de Samuel se dice que fue manifestada a Helí más bien por su ruego e imprecación.

(Vers. 16-18.) Vino, pues, Helí a Samuel, y dijo: Samuel, hijo mío. Él respondió: Heme aquí. Y le preguntó: ¿Cuál es el discurso que te ha hablado el Señor? Te ruego que no me lo ocultes. Esto te haga Dios, y esto te añada, si me ocultares palabra de todo lo que te ha sido dicho. Indicó, pues, Samuel a él todos los discursos, y nada le ocultó.

¿Cómo aprendió de aquel que ejecuta la sentencia divina la visión de su propia repulsa, quien no oyó esto tanto de quien amenazaba como de aquel que era más bien compelido por los ruegos? Pero quienes preguntan esto comprendan primero que discutimos esto no según la letra, sino según la significación espiritual y típica. Pues en este lugar, el venir de Helí no se refiere ni al movimiento del cuerpo del sacerdocio judaico, ni al afecto de la mente; sino que, sin embargo, venir para él fue esto mismo: el aparecer ante los predicadores en cuanto es criatura racional de Dios. Vino, pues, cuando fue visto en la naturaleza humana, y movió los corazones de los doctores

a tener misericordia de él. Por tanto, el venir de Helí no es un acceso de la mente o del cuerpo en el antiguo pueblo, sino la manifestación de la condición humana. O quizás venir para él fue por el hecho de que fue elegido de entre todos los pueblos para el culto de Dios. Llamó también hijo a aquel que es mirado por aquel que, en los Padres elegidos, se recuerda haber sido el institutor de la santa Iglesia. Llama, pues, hijo no por afecto de la apelación, sino por la manifestación de la dignidad perdida. Y porque se le mira en la tiniebla de la ceguera, se dice que pidió que se le manifestara la visión. Suplicar para él es, ciertamente, por respeto a la común naturaleza, provocar las mentes de los predicadores a la misericordia. El cual también añadió la imprecación a los ruegos, porque el orden de los predicadores, al considerar el sacerdocio de los judíos puesto en tanta miseria, temió que el Dios omnipotente se airara contra él si no le socorría con la palabra. Por lo cual acertadamente se subyuga: Indicó Samuel a él todos los discursos, y nada le ocultó. Ciertamente le manifestó todo lo que había visto para que, oído lo que merecía, la magnitud del temor lo convirtiera a la solicitud de impetrar la divina misericordia. Le indicó todos los discursos del Señor para que, mientras se reconocía arrojado en su antigüedad, se apresurara por las lágrimas de la penitencia a la renovación de la verdadera fe. El cual ciertamente respondió, diciendo:

(Vers. 18.) El Señor es, haga lo que es bueno a sus ojos.

26. Con cuyas palabras, ¿qué otra cosa se reconoce más claramente sino la perfidia del pueblo judaico? Pues quien llama Señor al Dios omnipotente, todavía estima que le sirve. Por tanto, cuando se insinúa al pueblo judaico su repulsa por los doctores de la santa Iglesia, dice: El Señor es, haga lo que es bueno a sus ojos. Porque mientras cree agradar a Dios por la antigua institución, de ninguna manera se espanta por las amenazas de la santa Iglesia. Como si con voz más abierta la perfidia judaica afirmara, y dijera a los predicadores de la santa Iglesia que la amenazan: Con vuestras amenazas no nos infundís terror alguno, por cuanto creemos que le servimos en la fe a aquel de cuya gracia predicáis que nosotros hemos caído. Por tanto, cuando añade: Haga lo que es bueno a sus ojos, más bien se burla de los doctores de la santa Iglesia que ofrecerse a la divina sentencia. Como si hablara con otra intención y dijera: No nos hace tal cosa, por cuanto es nuestro Señor aquel que nos proponéis para la venganza.

Sigue:

(Vers. 19.) Creció, pues, Samuel, y el Señor estaba con él.

27. ¿Por qué se dice que creció Samuel después de que expuso la visión a Helí, sino porque el orden de nuestros doctores, después que rechazó con la palabra a los hijos de la Sinagoga, encontró la gloria de una mayor reverencia entre la gentilidad? Creció, pues, porque quien por el ministerio de la palabra se contuvo primero en una sola nación, después dilató la fama de su santidad y doctrina en todo el mundo. Por lo cual se dice por

el Salmista: Por toda la tierra salió el sonido de ellos, y hasta los confines del orbe de la tierra sus palabras (Sal. 18, 5). De aquí, hablando de nuevo a la santa Iglesia, dice: En lugar de tus padres te nacieron hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Sal. 44, 17). Creció, por tanto, cuando radió en todo el mundo. Con el cual también se menciona que está el Señor, porque todo lo que olió de la fama de la santidad, todo lo que brilló claro por la palabra, lo recibió de la presencia del Redentor, a quien tuvo consigo. Pues aunque Pablo penetra con la palabra no solo lo débil y terreno, sino también lo sumo y celestial, obtiene esta virtud de decir de aquel que afirma estar con él, diciendo: ¿Buscáis una prueba de aquel que habita en mí, Cristo? (2 Cor. 13, 3). Pues el que hablaba en él, estaba con él. Huele a todo el mundo por la vida, pero de él extrae el olor de la vida que manifiesta, diciendo: Somos buen olor de Cristo en todo lugar (2 Cor. 2, 15). Juan insinúa que todas las cosas son de la presencia del Redentor, porque dice: De su plenitud todos recibimos (Juan 1, 16). Se menciona, pues, que el Señor está con Samuel cuando se dice que creció, porque el orden de los doctores, cuando resplandeció en todo el mundo con la gracia de la gran santidad y doctrina, pudo aparecer tan grande por aquel que no lo dejó puesto en el mundo.

Sigue:

(Vers. 20.) Y conoció todo Israel, desde Dan hasta Berseba, que Samuel era fiel profeta del Señor.

28. Con cuyos nombres de tierras se designa ciertamente la universidad de Judea. ¿Qué se designa, pues, en toda Judea sino toda la Iglesia? Por tanto, la universidad de Israel reconoce que Samuel es profeta del Señor, porque ciertamente todo el que es fiel cree que el orden de los santos predicadores dice la verdad sobre las cosas futuras. Pues el oficio del profeta es tanto predecir lo futuro como revelar lo oculto. Los predicadores de la santa Iglesia, mientras descubren cualquier vicio latente en la mente, mientras abren los secretos de las virtudes espirituales, mientras presentan a la noticia común los entendimientos latentes de las sagradas Escrituras, mientras prometen a los fieles elegidos los futuros gozos de la patria celestial, utilizan el ministerio del profeta. Por todo Israel, pues, se conoce que Samuel es fiel profeta del Señor, porque no puede ver al Señor omnipotente por la fe quien no presta fe a los doctores de la santa Iglesia. And because the same glory of divine knowledge remained in the holy Church, which opened itself to the first teachers, it is subjoined:

(Vers. 21.) Y añadió el Señor a aparecer en Silo.

29. Silo, ciertamente, se interpreta como enviado. Y porque hasta el fin del mundo envía al ministerio de la predicación, el Señor aparece en Silo, porque se manifiesta a ellos más claramente por medio de quienes abre a otros la gloria de su luz. Pero bien se dice: Añadió a aparecer, porque incesantemente son elegidos aquellos a quienes se infunde la claridad de la luz divina. Por lo cual

añade la causa por la que afirma haber oído la visión, diciendo:

(Vers. 21.) Porque el Señor se había revelado a Samuel.

Por esto añade que aparezca, porque el Señor, que se había revelado, se revela una y otra vez, y de ninguna manera retrae de la santa Iglesia el don de su manifestación, la cual no ha cesado de exhibirle desde su exordio. Pero de aquel que se afirma haber sido revelado a Samuel, no se refiere cuántas veces añadió el aparecer, porque ciertamente la santa Iglesia es conducida hasta el fin del mundo, a la cual presiden los predicadores, que por esto predican desde lo ínfimo los altos gozos de la eternidad, por cuanto ven en la alta manifestación de Dios las cosas sumas que predican. Cuya aparición se menciona ciertamente que fue hecha según la palabra del Señor. ¿Qué es la palabra del Señor sino la promesa del Redentor? Añadió, pues, a aparecer según la palabra del Señor, porque no deja de exhibir la verdad de su promesa. Pues la palabra del Señor en la adición de la aparición es: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo (Mat. 28, 20). Sigue:

(Vers. 21.) Y vino la palabra de Samuel a todo Israel.

Se conoce que la palabra viene cuando se cumple la promesa de nuestros predicadores. Pues la promesa de la palabra es el gozo que ha de permanecer sin fin. Por tanto, a todo Israel vino la palabra de Samuel, porque toda la multitud de la santa Iglesia llega al gozo de la eterna bien-

aventuranza, y lo que ahora se promete en la fe de la palabra por sus santos predicadores, se le exhibe por la verdad de la realidad en los reinos celestiales. Pues la palabra de los doctores en la promesa de los fieles es: Todo el que cree en él no perece, sino que tendrá vida eterna (Juan 3, 15). O ciertamente la palabra de los doctores en la promesa de los dones es: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni en corazón de hombre ascendió, las que preparó Dios para los que le aman (Isa. 64, 4; 1 Cor. 2, 9). La palabra de Samuel, por tanto, vino a todo Israel, porque cualquiera que cree a los santos predicadores, tanto cuando persuaden a la religiosa conversación de la vida presente como cuando prometen los gozos eternos a los justos, pasó por la muerte de la carne a los gozos eternos que esperó viviendo piadosamente. Por lo cual aquel en cuya fe había prometido afirma, diciendo: Amén os digo, el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mar. 13, 31). O ciertamente la palabra de Samuel ya vino a todo Israel, porque por el efecto de la divina animadversión se conoce cumplida la repulsa general de los judíos. Por lo cual, exponiendo más ampliamente el orden por el que esa misma palabra vino a todo Israel, dice:

CAPÍTULO II.

(1 Reg. 4, 1-3.) Pues salió Israel al encuentro de los filisteos para la batalla, y acampó junto a la Piedra del Socorro. Por su parte, los filisteos vinieron a Afec, e instruyeron su línea de batalla contra Israel. Iniciado el certamen, Israel volvió

la espalda, y fueron muertos en aquel certamen, por aquí y por allá por los campos, cuatro mil hombres. Y volvió Israel al campamento.

1. El bienaventurado Apóstol muestra que existen batallas espirituales, mientras exhorta a la victoria al campamento de la santa Iglesia, diciendo: No es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, y contra las malicias espirituales en los cielos (Efés. 6, 12). Sobre cuyas batallas también ofrece el consejo para conseguir la victoria, diciendo: Y asumid el escudo de la fe, en el cual podáis extinguir todos los dardos ígneos del malvado, y el yelmo de la salud, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Efés. 6, 16, 17). De aquí Pedro exhortando dice: Sed solícitos, y vigilad en las oraciones, porque vuestro adversario el diablo ronda buscando a quién devorar; al cual resistid fuertes en la fe (1 Ped. 4, 7; 5, 8). Por tanto, mientras se refieren según la letra las batallas a los israelitas, se designan las internas y espirituales. Pues los filisteos se interpretan como cayendo por la copa; con cuyo nombre se expresan ciertamente los ángeles réprobos, porque por el abundamiento de la copa de la soberbia perdieron el estado de la vida eterna. Pues para ellos caer por la copa fue asumir el trago de la soberbia sin ninguna demora de retracción. Pues lo que se bebe, se toma fácilmente. De cuyo príncipe, ciertamente de los que caen, como de alguien que bebe, dice el Señor: Porque no permaneció en la verdad (Juan 8, 44). Como por un trago cayó, pues, quien, ebrio por la velocidad de su soberbia,

no permaneció ni por un momento en aquella verdad en la que había sido creado.

2. Pero debe preguntarse seriamente cómo se entiende que Israel según la carne salga a la batalla contra esos que caen por la copa (cadentes poculo). Pues nadie lucha con quien le está sometido. ¿Cómo, por tanto, el pueblo judío, que está sometido a los espíritus malignos por la infidelidad, se dice que sale a la batalla contra ellos? Sin embargo, se afirma que lucha no por la verdad de la fortaleza, sino por la falacia de la estimación. Pues por la verdad de la fortaleza fue vencido por los espíritus malignos, pero, no obstante, mientras conserva las tradiciones de los antiguos Padres, estima que tiene un certamen con los espíritus malignos. Por lo cual se liga tanto más estrechamente bajo los vínculos de su cautiverio, cuanto la misma confianza de la libertad que no tiene le es sugerida por la astucia de ellos. Pues los astutos adversarios, mediante sugerencias ocultas, le predican la fortaleza de una falsa libertad, para que no advierta aquella tiniebla por la que es oprimido, y ya lo posean engañado tanto más seguramente cuanto que él no se cuida de ser desatado de los vínculos de infidelidad por los que es retenido, creyendo en nuestro Redentor. Y debe notarse que se dice del pueblo rechazado: Israel salió. 126 Entonces salió rectamente cuando abandonó los monumentos de la sagrada fe. Por lo cual también de aquellos que se habían desviado errando de los misterios de la Sagrada Escritura, dice Juan: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros (1 Jn 2, 19). Salir, por tanto,

para Israel según la carne es traspasar errando los términos de la fe recta. Pero porque no dejan de esperar a otro Cristo, ponen su campamento junto a la Piedra del socorro (Lapis adjutorii). Con razón, pues, se dice que Israel volvió las espaldas, porque también se refiere que había salido. Pues si permaneciera dentro, de ningún modo habría podido ser vencido, porque si se guardara dentro de las fortificaciones de la fe, vencería a los espíritus armados del error. Y porque es superado por el fraude, se refiere que los filisteos dispusieron su línea de batalla en Afec. Pues para los espíritus malignos disponer la línea de batalla es ordenar los argumentos del engaño en los incautos corazones de los judíos. Pero iniciado el certamen, Israel vuelve las espaldas, porque mientras teme morir, no resiste a los espíritus malignos. Pues por eso los prófugos de la batalla vuelven las espaldas a los enemigos, para no morir resistiendo. Pero porque, si los judíos creen en el Redentor, tiemblan de morir, por eso no resisten, para vivir, porque no creen en el Redentor, para ser salvados en la antigua circuncisión. Ciertamente resistirían a los espíritus malignos si hubieran tenido las armas de su fortaleza en la fe de nuestro Redentor. Pero huyen por esto, para no morir, y mueren por esto, porque huyen. Pues el enemigo que persigue mata tanto más fácilmente al que huye, cuanto que quien es herido huyendo no resiste a la espada de su inminente vencedor. Por lo cual también en ese mismo certamen se mencionan cuatro mil judíos muertos. Pues, ¿qué son estos cuatro mil, sino quienes no quisieron

recibir la verdad de los cuatro Evangelios? Por lo que también se refiere que mueren en los campos, porque permanecen en la latitud de sus errores. Y porque de ningún modo abandonan todavía los escondrijos de su error, se afirma que Israel regresó al campamento. Pues, como ya dije, estima que todavía tiene un certamen con los espíritus malignos cuando más bien obedece a la voluntad de ellos que les opone resistencia.

3. Pero porque también en un buen sentido se acepta la copa, los que caen por la copa (cadentes poculo) pueden entenderse como los predicadores de la Santa Iglesia. De cuya copa ciertamente se gloria el Profeta, diciendo: Ungiste con óleo mi cabeza, y mi copa embriagadora, ¡cuán excelente es! (Sal 22, 5). Pues la copa embriagadora es la abundante gracia del Espíritu Santo, que aptamente se llama copa, porque con su plenitud los corazones de los elegidos se embriagan en un momento. Por lo cual también de los primeros pastores de la Santa Iglesia se dice: Se produjo de repente un sonido del cielo, como de un viento impetuoso que venía, y llenó toda la casa donde estaban sentados (Hch 2, 2). Por cuya copa ciertamente los predicadores caen, porque mientras reciben abundantemente la gracia del Espíritu Santo, abandonan del todo el estado de la vida carnal. Diariamente, pues, por esta copa caen como bebiendo en exceso, porque aunque a veces los movimientos carnales los incitan a perpetrar culpas, sin embargo, por la virtud del espíritu embriagado no se encuentran en estado de pecado. Con los cuales ciertamente, porque el pueblo

judío tiene un certamen de fe contra esos filisteos, el Israel carnal sale diariamente al campo de batalla.

4. Pueden además entenderse por la apelación de los filisteos los predicadores de la Santa Iglesia, porque por la misericordia de Dios han sido conducidos del error de los gentiles a la gracia de la fe. Con los cuales ciertamente Israel, combatiendo, vuelve las espaldas, porque no resiste al espíritu que habla por la boca de los predicadores. Pues Israel había salido a la batalla contra los filisteos cuando los judíos se oponían a Esteban que predicaba, y disputaban sobre la razón de nuestra fe. Pero combatiendo volvió las espaldas, porque no pudo resistir disputando. Pues de los que vuelven las espaldas se dice en los Hechos de los Apóstoles: No podían resistir a la sabiduría y al espíritu que hablaba (Hch 6, 10). Pero para los israelitas ser muertos es ser separados de la vida de infidelidad. Bien también se refiere que mueren en los campos; pues los campos del certamen son los verdes entendimientos de la palabra sagrada. En los campos, por tanto, se asignan los miles de combatientes israelitas muertos, porque quienes por el ministerio de los santos predicadores se convirtieron de Judea, creyeron en el Redentor del género humano por los documentos de las Sagradas Escrituras. Se menciona que fueron cuatro mil los muertos, porque consagraron la misma autoridad de la palabra sagrada de la Ley, los Profetas, los Salmos y el Evangelio. Pero mientras otros están ciegos, otros regresan al campamento, porque algunos de Judea fueron

conducidos al conocimiento del Redentor por el ministerio de los predicadores, pero la plenitud de la misma nación se opone tanto más audazmente a las aserciones de la Santa Iglesia cuanto que, arrojada más profundamente en las tinieblas de su infidelidad, no es conducida a la luz de la verdad. Pues para ellos regresar al campamento es no dejar de oponerse. Y porque acusan a los que habían creído como si fueran necios y superados por ninguna razón suficiente, sigue:

(Vers. 3) Y dijeron los ancianos de Israel: ¿Por qué nos ha herido hoy el Señor ante los filisteos?

5. Pues Por qué en este lugar no es una interrogación de inquisición, sino una queja de admiración. Bajo admiración, por tanto, preguntan sobre la herida, porque no eran capaces de alcanzar aquella razón por la cual habían visto que hombres de su religión habían recibido la fe del Redentor. Y debe notarse que quienes preguntan con admiración se menciona que fueron los ancianos de Israel, porque ciertamente todos los soberbios, gloriándose en su propia sabiduría, de ningún modo pudieron alcanzar el conocimiento de los misterios divinos. Por lo cual también en el Evangelio el Señor habla al Padre, diciendo: Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñitos (Mt 11, 25). Quienes ciertamente se quejan de haber sido heridos, porque mientras veían que por medio de los que creyeron se disolvía la antigua costumbre de la Ley, pensaron que ciertas llagas de herida les habían sido infligidas por el incom-

prensible juicio de Dios, las cuales proclamarían con dolor común. Pero los que se quejan de que otros han caído, para prepararse para resistir con qué consejo, añaden:

(Vers. 3) Traigamos a nosotros de Silo el arca de la alianza del Señor, y venga en medio de nosotros, y nos salve de la mano de nuestros enemigos. Y sobre el afecto del mismo consejo se añade inmediatamente:

(Vers. 4) Envió, pues, el pueblo a Silo, y trajeron de allí el arca de la alianza del Señor de los ejércitos que está sentado sobre los querubines.

6. Este es ciertamente el consejo, esta la obra de Israel contra el certamen de los que caen por la copa (cadentes poculo), pero ciertamente un consejo y una obra inaudita, porque no es del Israel según el espíritu, sino del Israel según la carne, a saber, no de quien ve que ve a Dios, sino de quien estima que ve al Dios que desprecia. Pues, ¿qué es enviar a Silo, sino recurrir a la ley de Moisés, a quien dice el Señor: Ven, te enviaré a Faraón (Ex 3, 10)? ¿Qué es traer el arca del Señor, sino aducir recordando los sacramentos de la antigua ley para reprobar la verdad de la nueva fe? Y porque no permiten que ninguno de los suyos ignore esa misma ciencia de la ley, se manda que el arca sea conducida al medio de ellos. 128 ¿Qué es asimismo lo que dicen: Y nos salve de la mano de nuestros enemigos, sino que mientras defienden pertinazmente lo antiguo, rechazan lo nuevo, y tienen esto en confianza de salvación, si no pueden ser atraídos a la razón de la verdadera fe por el estudio de los buenos predicadores?

Porque, por tanto, se jactan de tener la verdad del conocimiento divino por la antigua ley, confirman que esa misma arca, que mandan llevar para su salvación, es del Señor de los ejércitos. Y porque estiman que sobresalen por la incomparable ciencia de esa misma ley, mientras se dice que el arca es llevada, se refiere que es del Señor de los ejércitos que está sentado sobre los querubines.

(Vers. 5) Y cuando llegó el arca, todo Israel gritó con un gran clamor.

7. Porque ciertamente sobre el hecho de que reciben carnalmente la ciencia de la ley, parlotean en reproche de la Santa Iglesia, sin mostrar la razón. Pues quienes se dice que gritaron, y que no dijeron nada, ciertamente expresan por esto lo que hacen, porque mientras se afanan por hablar las cosas espirituales carnalmente, tienen ciertamente el clamor en el parloteo, pero no tienen la razón de la verdad. Con la voz dicen ciertamente muchas cosas, pero, hablando sin razón, en nada estorban a los elegidos de la Santa Iglesia, y la Sinagoga hablando en sí misma se conmueve con vana devoción, porque la Santa Iglesia no se mueve por sus palabras. Por lo cual muy aptamente se refiere que solo la tierra resonó. Pues la tierra de Judea se llama ahora tierra, no porque dé fruto a Dios, sino por la carnalidad, porque ciertamente, como no quiso recibir la fe del Redentor, perdió totalmente la conversación celestial. Pero mientras se conmueve por su propio griterío, se exulta en esa estimación por la que se considera

a sí misma como terrible para los predicadores de la Santa Iglesia.

(Vers. 6) Y oyeron los filisteos la voz del clamor, y dijeron: ¿Qué vociferación es esta en el campamento de los hebreos?

8. Pues los filisteos oyen el sonido de la tierra y la vociferación del campamento, porque quienes han sido refrescados en la Santa Iglesia por la copa del Espíritu Santo conocen tanto el parloteo como la vana devoción de la perfidia de Judea. Y porque tienen su estimación en desprecio de burla, se añade:

(Vers. 6, 7) Conocieron que el arca del Señor había llegado al campamento, y temieron los filisteos, diciendo: Ha venido Dios al campamento, y gimieron.

Que el arca llegara al campamento de los hebreos, y que los que caen por la copa temieran y gimieran, se dice por ironía, porque para el conflicto de la Santa Iglesia los defensores carnales de la Sinagoga exponen carnalmente los sacramentos de la antigua ley. Pues disputan sobre aquello que, si fueran sabios según el espíritu de Dios, podrían haber sido en verdad terribles para sus enemigos, si tuvieran alguno. Mientras, por tanto, se dice que temieron y gimieron los que caen por la copa, la Escritura no muestra las pasiones de las mentes en los santos predicadores, sino la mofa de la disputa judía; la cual se conoce como tanto más despreciable y más digna de risa, cuanto que el pueblo judío recibió del Señor una ley espiritual para la conversación espiritual, y esto que había recibido por el don del Espíritu, no

lo atendió en el espíritu. Por lo cual, añadiendo las palabras de la misma burla judía, dicen:

(Vers. 8) ¡Ay de nosotros! No hubo tal regocijo ayer y antes de ayer.

Y porque son más abundantemente dignos de burla, añadiendo dicen: (Vers. 8) ¿Quién nos librará de la mano de estos dioses sublimes?

129 9. Y debe notarse que con la apelación de dioses son burlados quienes, apartándose de la fe de los antiguos Padres, confían en que existen en la verdad de la fe y en el número de los hijos de Dios. Afirman que en ellos mismos han sido proferidas aquellas alabanzas divinas que el Señor pronuncia por medio del Profeta, diciendo: Yo dije: dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo (Sal 81, 6). Si, pues, por una mendaz estimación todos los israelitas según la carne son dioses de nombre, los dioses sublimes de esa misma mentira de la estimación judía son los sabios de los judíos. Y porque los peritos de la Sinagoga vienen al conflicto de la Santa Iglesia, ellos mismos son burlados por la voz de los santos predicadores, que se glorían de aquella virtud de doctrina que no tienen. Y porque se enorgullecen de la antigua conversación de los antiguos Padres, se añaden las palabras de burla.

(Vers. 8) Estos son los dioses que hirieron a Egipto con toda plaga en el desierto.

10. Ellos mismos lo serían si ilustraran la nobleza que traen del origen de la carne con las virtudes de la fe recta. Ahora, sin embargo, porque por la propagación de la carne son hijos de aquellos cuyas virtudes no tienen, son burlados

sobre la perdida sucesión de esas mismas virtudes por palabras contrarias: Estos son, dicen, los dioses. Como si por abierta burla el orden de nuestros doctores reprobara a los sabios de los judíos, diciendo: Por la carne se glorían de ser hijos de grandes hombres, pero no alcanzan la nobleza de la fe de aquellos de cuya generación se enorgullecen. Ellos son, por tanto, dioses por la subsiguiente generación, pero porque ellos mismos no lo son por la imitación de la virtud, cuando se dice que son los mismos que brillaron en virtud, son más bien burlados que alabados. Y porque los doctores de la Santa Iglesia tienen en nada sus aserciones, sigue:

(Vers. 9) Esforzaos y sed hombres, filisteos, para que no sirváis a los hebreos como ellos os sirvieron a vosotros.

11. Contra las vanas aserciones de los judíos, los doctores de la Santa Iglesia no preparan nada nuevo más fuertemente, pues consideran como nada cuanto falsamente se afirma por los judíos sobre el desprecio del Redentor. Contra su encuentro ciertamente se esforzarían y lucharían como con fortaleza viril si hubieran temido que las fortificaciones de su aserción fueran quebrantadas como por hombres más sabios y que disputan razonablemente. Como si dijera: Contra sus objeciones no tenemos que buscar nada robusto y agudo, ya que ellos de ningún modo objetan cosas sutiles y temibles, sino débiles y despreciables. Pero, como dije, aunque los predicadores de la Santa Iglesia no preparen nada nuevo contra las habladurías de los judíos, sin embargo, ven-

cen el ímpetu de los defensores de la Sinagoga de cualquier modo por la razón llana y humilde de nuestra verdadera fe. Por lo cual también añade:

(Vers. 10, 11) Pelearon, pues, los filisteos, e Israel fue rechazado, cada uno a su tienda, y se produjo una mortandad muy grande, y el arca de Dios fue capturada. También murieron los dos hijos de Elí, Ofní y Finés.

12. Los filisteos, es decir, los que caen por la copa, pelean cuando los doctores de la Santa Iglesia salen al encuentro de los judíos que los impugnan con el estandarte de la fe católica. Pero Israel es rechazado, porque en toda disputa la astucia de los judíos es superada. Pues ser rechazado para ellos es no poder oponerse con igual virtud. Pero el que peleando es rechazado está ciertamente en la batalla, pero huyendo, aunque desfalleciendo en virtud, no perdiendo sin embargo el deseo de dañar. Pues así es todo Israel rechazado. Huye, pues, porque no alcanza a responder a los doctores de la Santa Iglesia; pero huyendo querría resistir, porque vencido y confuso desearía tener a mano de donde hubiera podido contradecir la verdad por la que es vencido. Bien, por tanto, se dice que Israel fue rechazado; cautamente se añadió: Cada uno a su tienda. Pues la tienda de cada israelita es el corazón rodeado por el cerco de la perfidia. Puesto que, por tanto, vencidos por los predicadores de la Santa Iglesia, repiten los escondrijos de su error, cada uno huyendo de la batalla regresa a su propia tienda. Y porque todo esto se dice sobre el cumplimiento de la palabra de Samuel, a saber, sobre la amenaza de la Iglesia

primitiva, se refiere que se produjo una mortandad muy grande, la cual mortandad ciertamente, según el arbitrio del lector, puede tomarse convenientemente tanto según una herida espiritual como según una material.

13. Pues sobre la espiritual llaga de ellos dice el Señor a los discípulos destinados a la predicación: Quienquiera que no os recibiere, al salir fuera de la casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. Amén os digo: será más tolerable para la tierra de los sodomitas y gomorreos en el día del juicio que para aquella ciudad (Mt 10, 14). De aquí otra vez dice: El que creyere y fuere bautizado, será salvo; pero el que no creyere, será condenado (Mc 16, 16). Según la material herida también insinúa una mortandad grande, cuando habla a Jerusalén, diciendo: Vendrán días sobre ti, y tus enemigos te rodearán con una valla, y te estrecharán por todas partes y a tus hijos, y te derribarán por tierra, y no quedará en ti piedra sobre piedra (Lc 19, 43, 44). De aquí a las mujeres que se compadecen de él y lloran, yendo a la dignidad de su pasión, habla diciendo: Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, porque he aquí vendrán días sobre ti en los cuales dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. Porque si en el leño verde hacen esto, ¿en el seco qué sucederá? (Lc 23, 28 y ss.). Por cuyas palabras se designa ciertamente tanto la muerte

como el cautiverio que fue infligido al pueblo de los judíos por los príncipes romanos Vespasiano y Tito. Pues entonces se produjo una mortandad grande, cuando con el exterminio del pueblo la ciudad de los judíos fue capturada y destruida, cuando por la venganza de la sangre divina, el pueblo cayó por la espada enemiga, y el que pudo escapar al hierro sufrió la pena del cautiverio eterno. Cuya inmensidad de la llaga se refiere a un Israel ya rechazado, porque el pueblo judío fue antes vencido y reprobado por los doctores de la Santa Iglesia que conquistado, aniquilado y llevado al cautiverio por el ejército romano. Pues de allí pudo ser conquistado, muerto y llevado al cautiverio temporalmente, porque no recibió la seguridad de la libertad eterna que le ofrecían los doctores de la Santa Iglesia. Pero también esa misma llaga en el antiguo Israel es decretada por la alta dispensación de la divina bondad para que el arca de Dios fuera capturada por los gentiles, y los fieles de la Santa Iglesia percibieran el entendimiento de los divinos sacramentos tanto más seguramente bajo la explicación espiritual cuanto que vieran que nada permanecía en Judea que se exhibiera carnalmente. Pues queriendo Dios, el antiguo pueblo perdió la ciudad, el templo, el arca de la alianza, para que el nuevo pueblo de la Santa Iglesia reconozca tanto más plenamente el misterio del verdadero y nuevo sacrificio cuanto que considera que en los judíos, al aparecer lo nuevo, lo antiguo ha decaído totalmente. Se afirma, pues, que el arca de Dios fue capturada por los filisteos porque, destruida la costumbre de la

antigua Escritura, los sacramentos son recibidos fielmente por los gentiles según la verdad del espíritu. Pues captura el arca de Dios quien comprende los misterios del conocimiento divino en la palabra sagrada por la verdad 131 de la inteligencia, con devoción de la mente. Pero capturada el arca, mueren inmediatamente los dos hijos de Elí porque ciertamente tanto los sacerdotes de orden mayor como los de menor en ninguna parte viven en el oficio de la antigua inmolación. Pues se dice que mueren los que han cesado del todo de ofrecer cosas sagradas. Sigue:

(Vers. 12, 13) Y corriendo un hombre de Benjamín de la línea de batalla, vino a Silo en aquel día, con el vestido rasgado y esparcido de polvo la cabeza. Y cuando él llegó, Elí estaba sentado sobre la silla, mirando hacia el camino. Pero aquel hombre, después que entró, dio la noticia a la ciudad, y toda la ciudad aulló.

14. ¿Qué se expresa por este hombre que huye de la línea de batalla, sino aquella parte del pueblo judío que, viniendo al conocimiento del Redentor, abandonó la perfidia judía? Pues correr fue para él desistir de la depravación de su error con la velocidad de la devoción. Pero porque dispuso obrar fuertemente en la profesión del Redentor, fue un hombre. El cual ciertamente corre de la batalla en aquel día en que fue vencido, porque con aquella iluminación de la fe con la que abandonó las tinieblas de la perfidia, se acercó a predicar la verdad que había conocido. Por lo cual también se refiere que vino a Silo, porque es enviado a la predicación. Rasgó el vestido porque

se despojó del hombre viejo; esparció polvo sobre su cabeza porque de ningún modo se enorgulleció del esplendor del hombre nuevo con el que se vistió. Pues el vestido rasgado pertenece al decoro de la santa conversación, la aspersión de polvo a la estimación de la humildad. Porque, por tanto, a los santos predicadores ni la limpieza de vida les basta sin la humildad, ni la humildad sin la santa conversación, el hombre que vino en tipo de los doctores a anunciar la destrucción de Israel, tanto rasgó el vestido como esparció polvo sobre su cabeza. ¿Acaso no llevaba la cabeza esparcida con este polvo quien, hablando al Señor, dijo: Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gén 18, 27)? Igualmente con la cabeza esparcida hablaba el Profeta cuando suplicaba diciendo: Acuérdate, Señor, de que somos polvo (Sal 102, 15). También había rasgado el vestido quien, confesando, dijo: Rasgaste mi saco y me ceñiste de alegría (Sal 29, 12).

15. Pero cuando se recomienda la humildad del predicador eclesiástico, igualmente se expresa también la soberbia del doctor judío, porque a saber se refiere que Elí está sentado sobre la silla. En este lugar ciertamente Elí insinúa no a los pontífices, sino a los leguleyos de la Sinagoga. ¿Qué es, pues, que esté sentado sobre la silla, sino que se ensalza soberbiamente por la doctrina? ¿Y qué es que mire hacia el camino, sino que mientras recibe soberbiamente las Escrituras, contradice a aquel por quien debió ir a la patria eterna? Pues el camino de la salvación es aquel que afirma de sí mismo diciendo: Yo soy el Camino, la Verdad y

la Vida (Jn 14, 6). No mira, pues, al camino, sino hacia el camino, porque no conoce al Redentor a quien contradice. And bien se dice que el padre está sentado sobre la silla habiendo muerto los hijos, porque la Sinagoga no tiene a quienes sacrifiquen según la antigua costumbre, y sin embargo tiene todavía a quienes enseñen según la antigua costumbre. Y porque por los sabios doctores eran instruidos para el ministerio, mientras cesó quien sacrificara y todavía permanecía quien enseñara, aptamente se refiere que los hijos han muerto y el padre está sentado sobre la silla; pero de aquella anunciación del Redentor que oyó, la multitud de la Sinagoga no tuvo gozo, sino dolor. Por lo cual también, después que el hombre vino de la batalla y anunció la captura del arca, se dice que toda la ciudad aulló. Cuya tristeza ciertamente, porque llegó hasta los doctores, sigue:

(Vers. 14) Y oyó Elí el sonido del clamor, y dijo: ¿Qué sonido es este de este tumulto?

132 16. Tumulto es la vociferación del pueblo, pero confusa, cuando a saber, sin disciplina de oír, hablando muchos a la vez, se produce una magnitud de murmullo sin mostrar la razón. Elí, pues, cuando oyó el aullido de la ciudad, dijo: ¿Qué es el sonido de este tumulto? Porque a saber el magisterio de la Sinagoga, doliéndose por la predicación de Jesucristo los pérfidos a él sujetos, mientras quiso oír la causa del dolor, no percibió una respuesta razonable, sino la confusión de la queja. Pero para que no pudiera tener excusa de ignorancia, quien de la circuncisión se había acercado al ministerio de la predicación eclesiás-

tica le abrió la verdad del asunto. Por lo cual también se añade:

(Vers. 14) Pero aquel se apresuró y vino, y dio la noticia a Elí.

Pero porque el mismo Elí recibió inmediatamente muerto la noticia del hombre que venía, qué clase de oyente era él se da a conocer posteriormente:

(Vers. 15) Elí, pues, era de noventa y ocho años, y sus ojos se habían nublado, y no podía ver.

17. Pues sería de una perfecta vejez si hubiera completado en su vida el número centenario de años. Al cual número, porque se ve que le faltan dos años, ¿qué otra cosa es sino que existiría en una perfecta madurez si hubiera conocido el doble sacramento en la encarnación de nuestro Redentor, a saber, la verdadera divinidad en su humanidad y la verdadera humanidad en su divinidad? Ahora, sin embargo, porque entiende rectamente muchas cosas de la antigua ley y muchísimas de los mandatos celestiales, es de noventa y ocho años. Y mientras cree que Dios pudo nacer de una Virgen según la carne, y sin embargo niega que la naturaleza de su humanidad fuera asumida en la divinidad, no es de cien años. Por lo cual también, oída la relación del hombre, muere justamente, porque sin la fe del Redentor las cosas buenas que conoce y otras de ningún modo le aprovechan. Y porque por el alto e incomprensible juicio de Dios la ceguera de la ignorancia se infunde en su mente, se menciona que se había nublado y no podía ver. Sigue:

(Vers. 16) Y dijo a Elí: Yo soy el que vine de la batalla, yo el que hui hoy de la línea de batalla.

18. Como si en la batalla hubiera estado se mencionaba aquel que decía: Habéis oído mi conversación en otro tiempo en el judaísmo; que perseguía sobremanera a la Iglesia de Dios y la asolaba, y aventajaba en el judaísmo a muchos de mis iguales en mi nación, siendo más abundantemente celoso de mis tradiciones paternas (Gál 1, 13. 14). Pero viene de la batalla quien dice: Que antes fui blasfemo y perseguidor; pero alcancé misericordia porque lo hice ignorando (1 Tim 1, 13). Huir, pues, de la línea de batalla para un judío, ¿qué otra cosa es sino separarse del error de los pérfidos? ¿Y venir de la batalla qué es, sino anunciar a otros el bien de la fe recta? Pues huir es de quien teme; venir, de quien quiere. En cuyo lugar, porque se dice primero venir de la batalla que huir de la línea de batalla, cuando primero se abandona la perfidia que se predica la verdad, no es de admirar. Pues esto de que dice después que huyó de la línea de batalla no se dice según el orden en que se hizo, sino por la certeza de la palabra que envió delante. Lo cual también se demuestra según el orden de la historia, porque a menos que primero hubiera huido de la línea de batalla, de ningún modo habría podido venir de la batalla.

19. Pero nosotros, que buscamos según el espíritu las cosas espirituales incluso en los hechos de los judíos realizados carnalmente, atendamos a aquel hombre que introdujimos hablando un poco más arriba. Pues fue oído por la Iglesia que

aquel que en otro tiempo perseguía evangelizaba, como ya está escrito de él evangelizando: Pero cuando llegó a Jerusalén, intentaba 133 unirse a los discípulos, y todos le temían, no creyendo que fuera discípulo (Hch 9, 26). De aquí igualmente al discípulo Ananías, apareciéndosele el Señor en Damasco, le dijo: Levántate, ve a la calle que se llama Recta, y busca en casa de Judas a Saulo de nombre, natural de Tarso, e imponle la mano para que recupere la vista (Ibíd., 11 y 12). Quien ciertamente al instante respondió al Señor diciendo: Señor, he oído de muchos cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén, y tiene potestad de los príncipes de los sacerdotes para encadenar a todos los que invocan tu nombre (Ibíd., 13 y 14). Cuando, pues, predicaba a los judíos a aquel a quien solía impugnar con amenazas y muertes, ciertamente venía de la batalla. Pero mientras todos los discípulos temían unirse a él cuando predicaba, dudaban de que hubiera huido de la línea de batalla. Venía de la batalla, pues, cuando por el Señor que le llamaba se le había dicho, estando postrado en tierra: Levántate, entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer (Ibíd., 7). Pero que hubiera huido de la línea de batalla no lo creyó Ananías, quien comunicó al Señor que se lo mandaba aquellos males que había hecho a los santos en Jerusalén y la potestad que había recibido. Para que, pues, demostrara verazmente que él había venido de la batalla y huido de la línea de batalla, el Señor manda al mismo Ananías diciendo: Ve, porque instrumento de elección es para mí este, para que lleve mi nombre ante las naciones,

y los reyes, y los hijos de Israel (Hch 9, 15). Y debe notarse que en aquel día en que anunciaba estas cosas, afirmaba que había venido de la batalla y huido de la línea de batalla. Huyen en el día, pues, porque, atestiguando la Verdad: El que está en tinieblas no sabe a dónde va (Jn 12, 35). De aquí también está escrito: Los que duermen, de noche duermen; y los que se embriagan, de noche se embriagan (1 Tes 5, 7). Y porque en el ejemplo del bienaventurado apóstol Pablo comenzamos a ver al hombre que huye de la línea de batalla, atendamos a esto de que huya en el día. Pues era de noche cuando construía la línea de batalla contra la Santa Iglesia, cuando recibidas las cartas de los príncipes de los sacerdotes para Damasco, respirando amenazas y muerte contra los discípulos, se apresuraba (Hch 9, 1. 2). Pero el que en la noche preparó la guerra, en el día huyó; porque en el camino una luz del cielo le rodeó de repente con su resplandor, y lo postró en tierra, lo aterró con un pavor inefable, para que reconociera las tinieblas de su inmenso error, y luchara en la luz del día por aquella Iglesia que impugnaba en la noche. Huyó, pues, en el día aquel a quien, para que abandonara la noche de la perfidia, rodeó el resplandor del Redentor mostrado desde el cielo. ¿Qué es, pues, que en aquel día confiese que viene de la batalla en que huyó de la línea de batalla, sino que se designa la intención de la recta predicación? Pues algunos huyen de la línea de batalla en aquel día, pero en otro vienen de la batalla: porque abandonan los errores antiguos por el amor de la vida eterna, pero, cuando son asumidos para el minis-

terio de la predicación, apetecen retribuciones temporales por la elocuencia de su predicación. En otro día, pues, que aquel en que habían huido vienen: porque ciertamente son rectos por la conversación, pero perversos por la intención de la predicación. Los santos predicadores, pues, que por la gracia de nuestro Redentor creyeron de la circuncisión, no en otro día, sino en aquel en que habían huido de la línea de batalla vinieron de la batalla: porque ciertamente consiguieron ambos dones en el esplendor del amor superno, a saber, la verdad de la conversación con la predicación de la palabra. Y porque el magisterio judío, aunque no con la intención de conocer la verdad, sin embargo con la solicitud de la curiosidad quiso oír las aserciones de los santos predicadores, sigue:

(Vers. 16) Al cual aquel dijo: ¿Qué ha sucedido, hijo mío?

20. Bajo la descripción de uno habla a todos, porque vio a los hombres de su nación, a quienes en otro tiempo instruyó la doctrina de la Ley. O tal vez lo llamó hijo, no por afecto de amor, sino por la adulación de la astucia: 134 para captarlo tanto más fácilmente mediante el engaño cuanto que demostrara amarle con afecto paterno. Lo llama, pues, hijo, de quien desea saber qué ha sucedido: para que ciertamente aquel, por el honor otorgado de la adulación, pervirtiera la serie de la verdad. El honor de la apelación, por tanto, no se refiere al amor, sino a la astucia. Pero aquel que rechazó el favor de la alabanza ofrecida, manifestó constantemente la verdad. Por lo cual también se añade:

(Vers. 17) Y respondiendo el que traía la noticia: Israel, dijo, ha huido ante los filisteos, y se ha producido una gran ruina en el pueblo. Además también tus dos hijos han muerto, Ofní y Finés. Y el arca de Dios ha sido capturada.

21. Pues esto anunció el hombre que huía, lo que aprendió por experiencia. ¿Qué es, pues, que afirme que Israel ha huido, sino que afirma constantemente que, mientras el pueblo judío retiene el sentido de la Ley carnalmente, no puede resistir a los doctores espirituales de la Santa Iglesia disputando? ¿Qué es que predique que se ha producido una gran ruina en el pueblo, sino que confirma que todos los que del pueblo judío rechazaron la palabra de la fe han perecido por la muerte eterna? ¿And qué es que se refiera que los dos hijos de Elí han muerto, sino que se afirma que ambos órdenes del antiguo sacerdocio han decaído? ¿Qué es que diga que el arca de Dios fue capturada, sino que afirma que el conocimiento de los divinos sacramentos ha sido quitado a los judíos y aprehendido fielmente por los gentiles? porque por los gentiles ya, llamando la gracia de Dios, son conocidos por los fieles los divinos misterios. Sigue:

(Vers. 18) Y cuando él hubo nombrado el arca de Dios, cayó Elí de la silla hacia atrás, junto a la puerta, y roto el cuello, murió.

22. ¿Por qué Elí, oída la huida de Israel, referida la ruina del pueblo, comunicada la muerte de los hijos, de ningún modo cae de la silla; pero conocida la captura del arca, tanto cae de la silla como pierde la vida? Pero porque dijimos que en Elí se

designan los sabios de los judíos y los leguleyos, oída la huida de Israel no cayó de la silla porque considera como poco que los sencillos hijos de la Sinagoga sean superados por los doctores de la Santa Iglesia en la predicación. No cae referida la ruina del pueblo porque, mientras oye perecer a los que mueren en el judaísmo, de ningún modo se aterra. Comunicada la muerte de los hijos no cae porque, aun objetándosele el cese de ambos sacerdocios, no deja de enorgullecerse. Pero cae al comunicársele la captura del arca porque, mientras ve que los sacramentos de su Escritura son conocidos profunda y espiritualmente por los predicadores y fieles de la Santa Iglesia, no se atreve a enorgullecerse de la erudición de la palabra sagrada, de la cual entiende solo carnalmente. Cae, pues, de la silla porque, conocido lo espiritual, no presume de enorgullecerse del magisterio carnal. Pero, porque oye que las cosas verdaderas se predican de forma sublime y de ningún modo cree, mientras se confunde y no se salva, cae y muere. Cae ciertamente de la silla porque deja de ensalzarse por la doctrina. Pero cayendo muere porque, si es vencido por la razón, sin embargo por el juicio de esa misma razón no merece llegar a los goces eternos.

23. En lo cual debe notarse que quien cayendo muere, cae junto a la puerta. ¿Qué es, pues, que caiga junto a la puerta, sino que, mientras yerra ciego, tropieza con el Redentor? El cual ciertamente afirma sobre sí mismo diciendo: El que cayere sobre esta piedra, será quebrantado; pero sobre quien ella cayere, lo desmenuzará (Mt 21,

44). Él mismo también dice de sí mismo: Yo soy la puerta; si alguno entrare por mí, se salvará; y entrará y saldrá, y hallará pastos (Jn 10, 9). Junto a la puerta, pues, murió Elí porque el magisterio de la Sinagoga 135 pereció por esto, porque ofendió al Redentor. Pues allí cayó donde pecó. El cual también, cayendo, se rompió el cuello. En el cuello se designa la hinchazón de la potencia temporal. Roto el cuello, pues, muere quien por la magnitud de la perfidia, perdida la potencia del reino, es condenado.

24. Puede también designarse por la puerta la letra de la Sagrada Escritura. Pues como por una puerta somos conducidos a los atrios del templo eterno, mientras por la letra de la palabra sagrada somos elevados a la inteligencia alegórica y espiritual. Dentro también se distingue al Rey: porque el Redentor prometido del género humano se encuentra en la inteligencia espiritual de la Sagrada Escritura. Elí, pues, cayó muerto junto a la puerta: porque ciertamente el magisterio de la Sinagoga pereció por esto, porque a través de la Escritura espiritual buscó no espiritualmente, sino carnalmente, a aquel que en el espíritu había sido prometido como Redentor del género humano. Pues junto a la puerta murió: porque pereció sobre aquello de que entendió la promesa espiritual del Redentor no según la inteligencia espiritual, sino según la simple locución de la historia. Y porque por el estudio de su doctrina presidió a Judea por mucho tiempo, la cual obraba el bien no por amor, sino que declinaba del mal por temor, sigue:

(Vers. 18) Pues era anciano y de gran edad: y él mismo juzgó a Israel cuarenta años.

25. Pues fue anciano y de gran edad por la diuturnidad de los tiempos. Pero presidió cuarenta años por el temor de los mandatos legales. Pues el número cuadragenario pertenece a los pecadores. Por lo cual también el tiempo de la Cuaresma (Quadragesima) en la Santa Iglesia ha sido consagrado con el mismo número de días, para que a saber procuremos limpiar aquellos pecados que cometemos arrepintiéndonos. Pues el número cuadragenario se consuma a partir del diez y del cuatro. Y porque, pecando, transgredimos el Decálogo de la divina Ley, y contraemos la misma facultad de pecar de aquella compactación de los cuatro elementos por la que consistimos; bajo el número cuadragenario, mientras permanecemos en el pecado, somos contenidos. Elí, pues, juzgó a Israel por cuarenta años porque exhibió el magisterio de la Sinagoga y la austera disciplina de la Ley para el temor del pueblo sujeto: para que retuviera la materia de la condición humana, frágil por la concupiscencia, en el estado de justicia mediante el temor. Pero ya ha muerto Elí, ya yace junto a la puerta con el cuello roto; pero sin embargo el veneno de su depravada doctrina permanece en la semilla. Pues ya ha sido juzgado quien no cree de entre los sabios de los judíos; pero porque en su instrucción las mentes conciben semillas de depravación, quienes nacen como hijos por su doctrina no abandonan la locura de su perfidia. Por lo cual también se añade:

(Vers. 19, 20) Pero su nuera, la mujer de Finés, estaba encinta y cercana al parto: la cual, oída la noticia de que el arca había sido capturada y que su suegro y su marido habían muerto, se encorvó y dio a luz. Pues irrumpieron en ella dolores súbitos. En el mismo momento de su muerte le dijeron las que estaban junto a ella: No temas, porque has dado a luz un hijo. La cual no respondió ni les hizo caso.

26. ¿Y quién fue la nuera de Helí, sino el pueblo de los judíos, sujeto a sacerdotes réprobos? La cual, porque por la predicación de ellos había recibido en su mente las semillas de la perfidia, estaba encinta. Y porque ella misma también pensaba en derramar la malicia concebida, no sólo se dice que estuvo encinta, sino también cercana al parto. ¿Pero qué significa que, oída la captura del arca y la muerte de su suegro y de su marido, se diga que dio a luz, sino que el resto del pueblo judaico, mientras reconoce que los sacramentos espirituales de las Escrituras han pasado a la instrucción de los gentiles, mientras contempla que los sabios de la Sinagoga han perecido ya junto con ambos sacerdocios, no deja de derramar al hablar las semillas de su herejía que concibió? Pues dar a luz, para ella, es abrir a otros hablando la depravación concebida. Y porque predica cosas réprobas, mientras se afirma que da a luz, se la recuerda encorvada. Pues como los que hablan cosas celestiales dan a luz sin encorvarse: porque en el estado de la fe elevan los corazones de sus oyentes al estudio de la buena obra. Por tanto, la que afirma cosas depravadas, da a luz

encorvada: porque ciertamente esto se hace para ella al hablar, que cuanto más atentamente habla, más profundamente es arrojada en el abismo de su condenación. Rectamente, pues, mientras se encorva para el parto, se dice que muere. Pues pariendo muere, porque es condenada en el mérito de su blasfemia. Y porque no prevé los tormentos de su muerte, se dice que irrumpieron en ella dolores súbitos. Pues los dolores súbitos son las aflicciones repentinas de la muerte que viene sin previsión. Pues de repente irrumpirían los dolores, cuando al pueblo judaico le salen al encuentro las retribuciones de los suplicios perennes: el cual, puesto ahora en el desprecio de la verdad, no teme. Porque por la observación de las tradiciones paternas, estima que muriendo pasa a la vida eterna, cae entonces en dolores súbitos, cuando comienza a soportar tormentos que no esperaba. Y debe notarse que se dice de la que muere: 'Irrumpieron en ella dolores súbitos': porque a saber, mientras es obligada al fin de la vida por las molestias de la carne, entonces comienzan a irrumpir en ella temporalmente los flagelos de los dolores, con los que su impiedad sea castigada con venganza eterna; y porque con el fin cercano de los réprobos sus mentes son entregadas a suplicios eternos, antes de exhalar el espíritu, ya sienten los dolores del infierno.

(Vers. 21, 22) Y llamó al niño Icabod, diciendo: Trasladada es la gloria del Señor, porque capturada es el arca de Dios.

27. El arca ciertamente es capturada: porque ya, por autoridad de Dios, los sacramentos de la

Sagrada Escritura son retenidos por los verdaderos fieles con la capacidad de la verdadera inteligencia. Y la gloria de Israel es trasladada: porque, después de que cayó de la verdadera religión, cesó de oler bien por la opinión de la buena fama. Pero bien se dice que la gloria de Israel no perece, sino que se traslada: porque la fama de la religión, que perdió, pasó a la gentilidad. Pues trasladada es la gloria: porque en la Santa Iglesia huele la fragancia de la verdadera religión, la cual, puesta en la fe del Redentor, por la certeza del esplendor eterno que espera, tiene el don del Espíritu Santo como prenda. Por eso rehúsa alegrarse por el hijo nacido: porque ciertamente, mientras contempla que la gloria pasada ha pasado a los gentiles, gime porque da a luz para la cautividad. Por la traslación también de la gloria nombra al hijo: porque ciertamente representa perpetuamente la impiedad en la que permanece, como por un nombre preferido. Pero por esto, que el nombre le es impuesto por la madre, puede entenderse abiertamente lo que vemos. Pues de ella recibió el nombre, de quien le vino el mérito de la impiedad. Sigue:

CAPÍTULO III.

(I Rey. 5, 1-3) Los filisteos, pues, tomaron el arca, y la llevaron desde la Piedra del Socorro a Azoto. Tomaron los filisteos el arca de Dios, y la metieron en el templo de Dagón, y se levantaron los azotios al otro día, y hallaron a Dagón postrado ante el arca, boca abajo en tierra.

1. ¿Qué es que el arca sea llevada desde la Piedra del Socorro, sino porque los heraldos de la verdad quitan los misterios de las Escrituras de aquel a quien los judíos esperan con falsa opinión, Cristo? Pues mientras convierten los testimonios de la Sagrada Escritura al conocimiento del verdadero Redentor, quitan sin duda el arca de aquel en quien los judíos habían puesto la esperanza de su auxilio. Y porque a los gentiles se les confían los misterios de la fe, el arca de Dios es conducida a Azoto. La cual arca ciertamente es introducida en el templo. ¿Qué fue, pues, el templo de Dagón, sino cada alma infiel, antes contaminada por la superstición de la idolatría? ¿Qué designa el simulacro de Dagón, sino la superstición de toda la idolatría? ¿Qué era, pues, otra cosa, intimar los misterios de la fe a los corazones de los gentiles, que introducir el arca de Dios en el templo de Dagón? Pues como junto a Dagón se colocaba el arca, mientras los predicadores de la Santa Iglesia amonestaban a los gentiles para que, para probar la verdad de la fe, discutieran tanto la predicación que oían como los errores de la idolatría que mantenían. Bien, por tanto, al otro día los azotios hallaron a Dagón postrado en tierra ante el arca. Pues un día tuvo Azoto en la audición de la predicación de la verdad, otro en el conocimiento de la fe. Pues el primer día el arca de Dios se coloca junto a Dagón, porque en la audición de la predicación del Redentor, detectan las tinieblas del antiguo error. Pero al otro día, levantándose, hallaron a Dagón postrado en tierra ante el arca: porque también en el conocimiento

de la verdad la idolatría perdió su estado. Por lo cual también bien, cuando se afirma la caída de Dagón, se recuerda que yace postrado en tierra. Cae ante el arca, porque por el conocimiento de los misterios divinos se da a conocer. Pero yace postrado en tierra porque, siendo ya Dios el autor, no tiene ante la vista de los fieles imagen de razón simulada. Pues quien yace postrado en tierra, oprime el rostro contra la tierra. Por el rostro del simulacro se expresa la simulación de la razón. Yacer postrado en tierra, por tanto, es para los que ya conocen lo verdadero, no poder de ningún modo burlar con los fraudes de su simulación. Pero sin embargo, para que los gentiles conocieran lo verdadero con más certeza, discuten de nuevo con más sutil deliberación la misma razón oída de nuestra fe y los vanos fingimientos de su superstición. Por lo cual también se dice:

(Vers. 3) Tomaron a Dagón, y lo restituyeron a su lugar.

2. Es decir, en el templo, donde el arca de Dios había sido puesta. ¿Qué es, pues, restituir a Dagón a su lugar, sino investigar el estado de la idolatría con sutil consideración junto a la ya conocida verdad de los sacramentos espirituales? Y porque cuanto más sutilmente se mira el error de la idolatría, más verdaderamente es condenado, se añade:

(Vers. 4) Y levantándose de nuevo al amanecer, hallaron a Dagón postrado sobre su rostro ante el arca del Señor.

3. Pues ¿qué otra cosa es la cabeza de Dagón, es decir, de la idolatría, sino el mismo inicio de toda

iniquidad, el diablo? ¿Qué son las palmas de sus manos, sino todas las obras de la idolatría? Por tanto, perdió la cabeza de Dagón: porque por el culto de los ídolos los espíritus malignos dejan de reinar en el corazón de los gentiles. También las palmas de sus manos fueron cortadas, porque en ninguna parte se ofrecen ya sacrificios a los vanos ídolos. Y porque su deformidad es vista en todas partes por todos los fieles, se recuerda que el tronco de Dagón permaneció en su lugar. Pero la cabeza y las manos se recuerdan cortadas y puestas sobre el umbral: porque ciertamente todo el que entra en la verdadera fe recibe el precepto de repeler los principios de la persuasión diabólica, y de renunciar a todas las obras del mismo Satanás. Por tanto, estas cosas fueron puestas en el umbral para que fueran pisoteadas por los que entran: porque no podrá ser verdaderamente fiel quien no se proponga tanto oponerse a los depravados consejos del espíritu maligno como renunciar a las obras inicuas. Pues quien evita quebrantar la cabeza y las manos de Dagón, aunque parezca estar contenido en el número de los fieles, se convence de que es en cierto modo idólatra. Pues en el deleite de los demonios no sólo se ofrecen sacrificios exteriores, sino también deseos inicuos por sus cultores. Por tanto, quien ha sido recibido en el conocimiento de la verdadera fe, y no se ha alejado de los deseos inmundos y de las obras depravadas, porque desprecia quebrantar la cabeza y las manos de Dagón, hace una ofrenda al espíritu maligno, a quien desprecia en la oblación de las ceremonias, por medio de la

inmundicia de la concupiscedencia interna y de la vida exterior. Por lo cual también se añade:

(Vers. 5) Por esto los sacerdotes de Dagón no pisan sobre el umbral hasta el día de hoy.

4. Ciertamente insinúan que son sacerdotes de Dagón quienes no pisan sobre el umbral. En cuyas palabras debe inspeccionarse cautamente, porque no dijo 'el umbral', sino 'sobre el umbral', para que se enseñe que deben ser pisoteadas la cabeza y las manos de Dagón, que se relatan cortadas sobre el umbral. Por eso los sacerdotes no pisan sobre el umbral, porque evitan triturar con el pie sus manos y cabeza cortadas. Pues los sacerdotes de Dagón permanecen hasta el día de hoy: porque todavía hay quienes sacrifican al antiguo enemigo por medio de deseos inmundos. Los cuales ciertamente rehúsan pisar sobre el umbral del templo: porque no resisten ni a las sugestiones inmundas ni a las malas obras. Así pues, son sacerdotes de Dagón, porque aunque no se humillan ante ídolos hechos por manos humanas, sin embargo se encorvan ante los simulacros de las concupiscencias por medio de obras nefarias. Sigue:

(Vers. 6) Agravada fue la mano del Señor sobre los azotios.

5. La mano del Señor es la virtud de la potestad divina. Y porque en los azotios se designan los comienzos de la gentilidad, ¿qué es que se diga que la mano del Señor se agravó sobre los azotios? Pero agravó la mano sobre Azoto cuando movió los corazones de los gentiles a la conversión por la virtud de su potencia. Pues mientras por la

aspiración interna les dio a conocer la fuerza de la muerte eterna, hirió las mentes de los gentiles con un terror admirable por las iniquidades perpetradas. Porque, por tanto, mientras se dice que la mano del Señor se agravó, se relata que los azotios son muertos, esta gravedad de la mano se entiende en la multiplicación de los conversos. Pues morir para los gentiles fue separarse de la infidelidad. Ser muerto también por la mano del Señor es merecer el mismo conocimiento de la verdadera fe, no por el ministerio de los hombres, sino por la virtud divina. Así pues, leve era la mano del Señor sobre Azoto, cuando todavía por pocos ministros de la fe pocos abandonaban el error de la gentilidad. Por lo cual también, como para orar por el agravamiento de la mano, el Señor amonesta a los ministros de la palabra, diciendo: 'La mies es mucha, pero los obreros pocos: rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies' (Mat. 9, 38). Como si dijera de otro modo: Vosotros que por pocos ministros, como con mano leve, separáis a pocos de la infidelidad, rogad para que multiplique los ministros, para que como en la multitud de los conversos agrave la mano. Pero también se expone el modo de la muerte: porque quienquiera que se dice que muere por esta muerte, cuando salía a purgar el vientre, se relata que es mordido por ratones en la parte más secreta de las nalgas. Según la letra se muestra aquí una sola percusión, pero en la exposición típica se duplica. Pues por la significación de la letra, tanto el agravamiento de la mano del Señor como las mordeduras de los ratones

pertenecen al efecto de la misma muerte: porque para esto se dice que la mano del Señor se agrava sobre los azotios, para que sean muertos por las mordeduras de los ratones.

6. Pero porque por la significación espiritual hemos reconocido dos muertes: una a saber por la cual los pecadores de la justicia mueren pecando, la otra por la cual los justos resurgen de los pecados en que habían vivido por la penitencia; una que entra en los corazones humanos por sugerencia del diablo, la otra que la virtud de Dios omnipotente opera: es necesario, por tanto, que atendamos a ambas muertes en este lugar espiritualmente. La muerte ciertamente por la cual los pecadores resurgen de los pecados por la penitencia, se designa porque dice: 'Agravada fue sobre los azotios la mano del Señor'. Pero aquella muerte por la cual los gentiles se exhibieron como siervos de la inmundicia y de la iniquidad, se designa cuando se dice que son mordidos por los ratones y muertos. Pues el ratón es un animal inmundo, y prohibido por la Ley para ser comido (Lev. 11, 29). ¿Qué se designa, pues, por los ratones, sino los demonios? ¿Qué es ser mordido por los ratones, sino ser lacerado por la pena del pecado? Pero eran mordidos por los ratones cuando salían a purgar el vientre. ¿Qué es, pues, purgar el vientre, sino por el cumplimiento del pecado, proferir el hedor de la miserable fama? Por tanto, quien sale a purgar el vientre, perece por la mordedura de los ratones: porque quien pecando se extiende a la noticia de otros por el ejemplo de la depravación, es retenido también para la muerte

eterna por la grave obligación de los demonios. En la parte más secreta de las nalgas se relata que fueron heridos: porque cada pecador recibe la herida del alma por aquella parte que encorva hacia el deleite del pecado. Cuando, por tanto, la mano del Señor se agrava sobre Azoto, se afirma que es herido por los ratones: porque mientras los doctores de la vida eterna predicaban y los gentiles se convertían de la infidelidad, conocieron por qué muerte de pecados habían sido obligados por la sugerencia de los demonios. Ser mordidos, pues, para los azotios después de agravada la mano del Señor, es, después del conocimiento de la verdadera fe, no estar sujetos a los demonios, sino contemplar por la iluminación de la fe con qué hedores de pecado se habían ofrecido a la pena de la muerte. Pues como si entonces fueran mordidos, cuando conocieron las mordeduras de sus pecados. Sigue:

(Vers. 7) Viendo, pues, los hombres de Azoto esta clase de plaga, dijeron: No permanezca el arca de Dios entre nosotros, porque dura es su mano sobre nosotros, y sobre Dagón nuestro dios.

(Vers. 8) Y enviando, congregaron a todos los sátrapas de los filisteos, y respondieron los geteos: Sea llevada en derredor el arca de Dios.

8. Porque se dice que congregaron a los sátrapas de los filisteos, por qué los congregaron no se dice. Pero porque se dice que respondieron los sátrapas, y que dieron el consejo de llevar en derredor el arca, se reconoce abiertamente que habían sido llamados para dar consejo por la misma arca.

¿Quiénes son, pues, los sátrapas de los filisteos, sino los elegidos predicadores de los gentiles? Los sátrapas ciertamente son llamados príncipes. De los cuales príncipes se dice por el Salmista: 'Los príncipes de los pueblos se han congregado con el Dios de Abraham' (Sal. 46, 10). Pues con la apelación de pueblos se designa a los gentiles. El que, por tanto, puso el nombre de pueblos y de príncipes, sin duda designó a aquellos de quienes habla como los sátrapas de los filisteos. Los cuales príncipes de los pueblos ciertamente se reunieron con el Dios de Abraham, cuando para la salvación de los gentiles que debían convertirse, los predicadores sonaron esto con la palabra, lo que Dios omnipotente les inspiraba con el deseo interno. Pues como si en los corazones de los oyentes gentiles hubiera una maravillosa conveniencia de Dios y de los príncipes, cuando recibían simultáneamente de los santos predicadores la razón de la recta predicación, y del Señor el fruto de la buena voluntad. Y porque se reconoce que son adversarios los que habían dicho: 'no permanezca el arca de Dios entre nosotros': ¿cómo congregan a los príncipes enviando? Pero enviar, y congregar a los príncipes, es provocar las mentes de los santos predicadores a la instancia de la predicación: porque allí se debía predicar más atentamente, donde los corazones de los gentiles se hundían más profundamente en el error. De aquí es que el egregio doctor se gloria de haber elegido para sí una victoria más noble sobre los enemigos indómitos, diciendo: 'Desde Jerusalén por el circuito hasta el Ilírico he llenado el Evangelio de Cristo:

pero así he predicado este Evangelio, no donde ya había sido anunciado, para no edificar sobre fundamento ajeno' (Rom. 15, 19, 20). Provocados fueron, por tanto, los príncipes no por el deseo, sino por el error de los infieles, cuando pensaron obtener de allí un lucro mayor para Dios, de donde la tiniebla de los errores era llevada más alto por el soplo de la soberbia. Por lo cual también se designa la instancia de la santa predicación, cuando se añade: 'Y respondieron los geteos: Sea llevada en derredor el arca de Dios'.

(Vers. 9) Y mientras ellos la llevaban en derredor, se hacía la mano del Señor por cada una de las ciudades una mortandad muy grande, e hería a los hombres de cada una de las ciudades desde el pequeño hasta el mayor, y se pudrían sus partes secretas prominentes.

9. Pues el arca es llevada en derredor cuando los misterios de la fe se predican abiertamente y sin temor. Y porque entre los inicios de la fe innumerables se convertían, se relata que se hizo una mortandad muy grande por cada una de las ciudades. Asimismo, porque no sólo los simples, sino también los sabios se convirtieron: se afirma que la misma mortandad se hizo desde el pequeño hasta el mayor. Pero por la misma percusión se relata que se pudrieron las partes secretas. Pues pudrirse las partes secretas es que los conductos del pecado perezcan totalmente por la efusión del hedor acostumbrado. Pues bien herido está aquel cuyas partes secretas prominentes se pudren: porque sin duda hay algunos que, tras la limpieza de la conversión, se envuelven

en la antigua suciedad de la maldad. Las partes secretas prominentes de estos ciertamente no se pudren: porque se vuelven al flujo acostumbrado de los pecados por medio de obras inicuas. A estos, sanados mal de una percusión imperfecta, los reprende aquel que insinúa a los devueltos a los hedores antiguos: 'El perro volvió a su vómito, y la cerda lavada al revolcadero del lodo' (Prov. 26, 11; 2 Ped. 2, 22). Pues como para pudrir las partes secretas hería aquel que, introduciendo la espada de la palabra, dice: 'No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que obedezcáis a sus concupiscencias' (Rom. 6, 12).

10. Pero por esto, que los azotios dicen: 'No permanezca el arca entre nosotros', puede designarse la perversidad de aquellos que, de los mismos gentiles, oyeron la palabra de la fe y, no estando para nada predestinados a la vida eterna, no quisieron creer. Por tanto, llevar en derredor el arca de Dios fue para los sátrapas, los santos predicadores, retirar de ellos la palabra de la verdad y revelar los misterios de la fe a los que eran dignos. Así pues, el arca fue llevada en derredor: porque los sacramentos de nuestra fe fueron quitados de la noticia de unos y revelados a otros. Por lo cual también, cuando era llevada en derredor, se relata que se hacía una mortandad muy grande por cada una de las ciudades: porque dondequiera que llevaban la palabra de la fe, se multiplicaba la gracia de la conversión. Y porque dondequiera que predicaban, entre los que creían había quienes no estaban predestinados a la vida eterna, sigue:

(Vers. 10, 11) Enviaron el arca de Dios a Ecrón. Y cuando el arca de Dios hubo llegado a Ecrón, exclamaron los ecronitas, diciendo: Han enviado a nosotros el arca de Dios, para matarnos a nosotros y a nuestro pueblo. Enviaron, pues, y congregaron a todos los sátrapas de los filisteos, los cuales dijeron: Despedid el arca del Señor a su lugar.

11. Los sátrapas, como hemos dicho, se entienden como los santos predicadores. Los ecronitas, que se traduce como 'estériles', designan a los gentiles inconvertibles. Los cuales predicadores sin duda dieron el consejo de despedir el arca para que, si rechazaban su salvación por la divina predicación, no estorbaran a los fieles que tienden a la patria eterna con los sacramentos de la fe. Pues el lugar del arca, a saber, de los divinos sacramentos, se reconoce que está allí donde todo lo que ahora se dice sobre Dios omnipotente por el misterio de las Escrituras, se revela después a nosotros por el conocimiento abierto. Pues había conocido el lugar propio del arca aquel que decía: 'Vemos ahora por un espejo en enigma, pero entonces cara a cara: ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido' (1 Cor. 13, 12). Así pues, el consejo de los sátrapas fue que permitieran que el arca de Dios volviera a su lugar: para que, a saber, quienes no daban ningún fruto de fe por la predicación de la palabra, al menos la dejaran para aquellos que de ella se prepararan fruto en la eternidad. Bien, por tanto, los que reciben el consejo de remitir el arca son llamados ecronitas. Pues ecronitas se traduce

como 'estériles'. Porque de la verdad de la fe oída no habían dado ningún fruto de credulidad o de buena obra, eran estériles. Por tanto, los príncipes dieron el consejo de quitar el arca, pero de los estériles; para que, a saber, la semilla de la palabra de Dios, que no podía germinar en la peor tierra, se reservara para la tierra óptima, la cual, de este trabajo del invierno, diera fruto centuplicado de verano en la vida perenne. Y muestran enseguida la causa de liberar el arca, cuando los predicadores añaden:

(Vers. 11) Para que no nos mate con nuestro pueblo.

12. Los ecronitas clamaron: 'Han enviado el arca de Dios a nosotros, para matarnos a nosotros y a nuestro pueblo'. Los sátrapas dan el consejo diciendo: 'Despedid el arca del Dios de Israel, para que no nos mate con nuestro pueblo'. ¿Quién es el pueblo del cual los sátrapas, es decir, los príncipes, dicen: 'para que no nos mate con nuestro pueblo'? ¿Quién es el pueblo, sino el pueblo cristiano? Dicen, pues, los príncipes: 'Despedid el arca del Dios de Israel, para que vuelva a su lugar'. Como si dijera esto: De donde vosotros teméis morir, no nos prohibáis a nosotros ejercitarnos para el mérito de la vida eterna. Pero lo que añaden: 'Para que no nos mate con nuestro pueblo', los corazones de los gentiles réprobos se confunden ciertamente en su error por esta respuesta, mientras estos afirmaban que escapaban de la muerte de donde aquellos temblaban de morir. También los santos predicadores quitan el arca de Dios: porque mientras se abren las cosas

espirituales a los despreciadores, se obra para la condenación del predicador indiscreto si los mismos divinos misterios son abandonados no para ser imitados por los pérfidos, sino para ser escarnecidos y concluidos. Pues como para el traslado del arca no tanto los sátrapas como el Señor de los sátrapas ponía el precepto diciendo: 'No deis lo santo a los perros, ni pongáis vuestras perlas ante los cerdos, no sea que se vuelvan y las pisoteen con sus pies' (Mat. 7, 6). De aquí dice de nuevo: 'Si os persiguen en una ciudad, huid a otra' (Mat. 10, 23). Así pues, quitan el arca para no morir: porque ocultan las cosas espirituales a los despreciadores por esta razón, para que por el desprecio de ellos no sean castigados por indiscreción los que temerariamente las proferían. Pero porque se manda despedir el arca ante los ecronitas, esto ciertamente insinúa lo que prometí: que en tiempo de persecución se hizo la exhortación de los santos predicadores para que ellos mismos creyeran; pero a veces, para que si ellos mismos no recibían la palabra de vida, no estorbaran a los que la recibían: y si ellos mismos, por el miedo a los tormentos, no tomaban el camino de la salvación, no fueran impedimento para aquellos que no habían dejado de apresurarse a los reinos celestiales ni por amenazas ni por penas. Sigue:

(Vers. 12) Pues había temor de muerte en cada una de las ciudades, y muy gravísima la mano del Señor.

(Vers. 12) También los hombres que no habían muerto, eran heridos en la parte más secreta de

las nalgas: y subía el alarido de cada una de las ciudades al cielo.

13. Sobre la percusión de las nalgas, porque ya lo dijimos arriba, no habría que decirlo aquí si aquí no se dijera nada distinto de allí. ¿Qué es, pues, lo que dice: 'También los hombres que no habían muerto, eran heridos'? ¿Acaso los que habían muerto debieron ser mordidos de nuevo por la pena del arca? Pero también cuando se dice que el clamor de los heridos subió al cielo, se pudo mostrar suficientemente que se decía de los vivos, y no de los muertos. Pues no podía subir al cielo el clamor de los hombres muertos. Pero porque la percusión de las nalgas la referimos arriba al conocimiento de los pecados, son ciertamente hombres los que no están muertos. Pues son hombres los que por la vida eterna que desean, han decretado obrar valientemente. Pero todavía no son hombres muertos los que deliberan obrar grandes cosas, y sin embargo de ningún modo sopesan los males pasados para el dolor de la compunción. Son mordidos, pues, por los ratones para que mueran: porque recuerdan en qué cosas cayeron inicuamente, y por sus actos pasados creen que merecen la pérdida de la vida eterna. Porque, por tanto, son hombres, no desesperan de la misericordia de Dios: y porque son mordidos para que mueran, no se exaltan por aquello en lo que comienzan a ser grandes.

14. El clamor de los cuales ciertamente sube al cielo porque Dios omnipotente recibe clementemente los gemidos de los conversos. Y porque en el tiempo de la conversión de los gentiles hubo

una gran concurrencia a la fe, se relata que el clamor subió no de alguna sola, sino de muchas ciudades. Por lo cual también en la persona de la Iglesia universal el profeta suplica diciendo: 'Atiende a mi oración, desde los confines de la tierra clamé a ti' (Sal. 60, 2, 3). Y mostrando que el clamor del que clama desde los confines de la tierra subió al cielo, dice: 'Escuchó desde su santo templo mi voz, y mi clamor en su presencia entró en sus oídos' (Sal. 17, 7). Cuando, por tanto, se dice que cada ciudad clamó al cielo, se encomienda la penitencia universal de la conversión.

14. El clamor de los cuales ciertamente sube al cielo porque Dios omnipotente recibe clementemente los gemidos de los conversos. Y porque en el tiempo de la conversión de los gentiles hubo una gran concurrencia a la fe, se relata que el clamor subió no de alguna sola, sino de muchas ciudades. Por lo cual también en la persona de la Iglesia universal el profeta suplica diciendo: 'Atiende a mi oración, desde los confines de la tierra clamé a ti' (Sal. 60, 2, 3). Y mostrando que el clamor del que clama desde los confines de la tierra subió al cielo, dice: 'Escuchó desde su santo templo mi voz, y mi clamor en su presencia entró en sus oídos' (Sal. 17, 7). Cuando, por tanto, se dice que cada ciudad clamó al cielo, se encomienda la penitencia universal de la conversión. Que si la percusión se refiere a la conversión, y el clamor a la devoción de la alabanza divina; esto ciertamente leemos en los misterios de las Escrituras, lo que vemos. Pues en las alabanzas de Dios omnipotente cada ciudad clama: porque el orbe

entero de ningún modo calla los pregones del Redentor; al cual no predica ocultamente, sino que lo alaba con el júbilo de una alegría inefable. Pues ¿a qué otra cosa que a las ciudades universales exhortaba al clamor aquel que decía: 'Todas las gentes, aplaudid con las manos, jubilad a Dios con voz de exultación, porque Dios es sumo y terrible, y rey grande sobre todos los dioses' (Sal. 46, 2, 3). De aquí de nuevo amonestando, dice: 'Jubilad a Dios toda la tierra, servid al Señor con alegría' (Sal. 99, 2). De aquí de nuevo, expresa tanto la plaga de los ratones mordedores como el clamor de las ciudades, diciendo: 'Conmuévase ante su faz toda la tierra, decid en las gentes que el Señor reinó' (Sal. 95, 9, 10). Pues había dicho antes: 'Cantad al Señor cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra' (Ibíd. 1). Pues la conmoción de la tierra pertenece al dolor de la penitencia: cantar al Señor, o anunciar en las gentes que el Señor reinó, al estudio de la predicación y a la devoción de la alabanza divina. El clamor de cada ciudad sube al cielo: porque en el universo orbe tanto la verdad de la predicación como las alabanzas de las devociones son declamadas por los fieles de la Santa Iglesia.

CAPÍTULO IV.

(I Rey. 6, 1) Estuvo, pues, el arca del Señor en la región de los filisteos siete meses.

1. ¿Qué son estos siete meses sino que designan toda la prolijidad de la vida presente? Aunque los azotios y los ecronitas clamaran: 'Sea llevada en derredor el arca del Dios de Israel', y 'no

permanezca el arca de Dios entre nosotros'; sin embargo por la verdad de la santa historia se dice, lo que reconocemos en el tipo de la Santa Iglesia, que el arca de Dios estuvo en la región de los filisteos por siete meses. No, pues, la voluntad de los hombres malos e impíos, sino la dispensación de Dios en la salvación de los gentiles se cumplió. Ya ciertamente han sido quitados de la gentilidad los impíos, ya han muerto los que perseguían a los confesores de Cristo, y sin embargo el arca de Dios no es quitada de la región de los filisteos: porque los divinos sacramentos se reservan por medio de la estudiosa solicitud entre los gentiles, embriagados con el cáliz del Espíritu Santo. Pero bien se dice 'siete meses', porque los misterios de las Sagradas Escrituras perdurarán con los fieles de Cristo hasta el fin del mundo. Pero quienquiera que aprehende los misterios de la misma Sagrada Escritura por la gracia de la caridad íntima, no estuvo solícito por el lugar en el que temporalmente se deja el arca, sino por aquel en el que eternamente se coloca. Por lo cual también se añade:

(Vers. 2) Y llamaron los filisteos a los sacerdotes y a los adivinos diciendo: ¿Qué haremos con el arca de Dios? Indicadnos. Y cómo la remitiremos a su lugar.

3. ¿Qué es el arca vacía, sino la ciencia divina sin el buen obrar? Pues remitir el arca vacía es no dar ningún fruto de buena obra por el conocimiento de los sacramentos espirituales. El arca se remite vacía, pues, cuando la mente de quien viene a la fe desea ya pasar a la eterna contempla-

ción de Dios, y sin embargo no cuida en absoluto de afanarse en buenas obras en esta vida. Por lo tanto, por la voz de los predicadores se prescribe que, cuando el arca sea enviada, no se suelte vacía, para que, si cualquiera que es fiel no multiplica las buenas obras, no presuma confiar en que ha de pasar al eterno conocimiento de Dios omnipotente.Â 145Â

Pero el arca no se deja ir vacía si se le devuelve por el pecado aquello que se le debe. ¿Qué es lo que se le debe al arca por el pecado, sino la aflicción de la penitencia devota? En este lugar debe notarse que habla a aquellos que han sido mordidos por ratones (*muribus*). Pues, ¿quiénes son los mordidos por ratones, sino aquellos que, situados en la iluminación de la fe católica, recuerdan haber cometido acciones depravadas antes o después del conocimiento de esa misma fe? Pues el que antes de la gracia de la regeneración no admitió crímenes, y conservó el don de la regeneración con una conducta digna, debe ciertamente al arca, pero no le debe por el pecado. Por el conocimiento de la divina palabra, se ve obligado a devolver el fruto de la buena obra, pero no se le urge a la satisfacción de la penitencia por la deuda de los crímenes que rechazó. Aquellos, pues, que aún son mordidos, devuelvan la deuda del arca por el pecado; para que, por el recuerdo de sus crímenes, restituyan a Dios omnipotente una humilde ofrenda de penitencia. Y entonces ciertamente se curan; porque entonces se cubre la herida de la conciencia, cuando la mente afligida se eleva por la penitencia a la seguridad del

perdón esperado. Entonces también saben por qué la mano del Señor no se aparta de ellos: porque entonces comprenden la utilidad de la compunción, o el bien de la carne afligida, cuando se alegran inefablemente por la confianza de la indulgencia divina. ¿Qué es, en efecto, el dolor de la penitencia, sino la molestia de la herida por el golpe de los demonios? Pues como en el dolor de una herida que aún pincha agudamente, suspiraba aquel convertido al decir:Â *Me he vuelto en mi angustia, mientras se clava la espina*Â (Sal. XXXI, 4). ¿Qué insinúa, pues, la angustia, sino la aflicción de la penitencia? Pero afirma que se ha vuelto en la misma angustia, mientras siente la clavadura de la espina. Como si dijera: Mientras soy mordido por el recuerdo de mi ignominia, no ceso de devolver la deuda del arca. La espina se clava, ciertamente, cuando por la dispensación de Dios omnipotente, el alma de los convertidos se inflama en lágrimas por el recuerdo de sus crímenes. Y se paga la deuda del arca cuando, según la calidad del crimen, se extiende la medida de la lamentación: cuando tras prolongadas lágrimas se infunde la luz del consuelo interno en la mente afligida por mucho tiempo, y es aliviada por el don divino del peso de la herida íntima: cuando Dios omnipotente se acerca ya a la mente purificada por la gracia de su inspiración, y la alegra por la confianza de la indulgencia obtenida, que le suministra por la gracia de su presencia. Pues es entonces curada, por así decirlo, de la herida, cuando por la gracia de la indulgencia derramada

se quita la magnitud del dolor de la mente afligida del penitente.

4. De donde también aquel que se convertía en su angustia mientras se le clavaba la espina, en el mismo salmo se dirige gozosamente a Dios omnipotente, autor de su curación, diciendo:Â *Tú eres para mí refugio de la opresión que me ha rodeado, exultación mía*Â (Sal. XXXI, 7). Llama, pues, "opresión" a la mano del Señor, que es muy pesada. De esta herida de la pesadísima mano habla también Pablo, diciendo:Â *Pues el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables*Â (Rom. VIII, 26). Aquel, pues, que insinúa haber hallado de la opresión refugio del Señor, y exultación, manifiesta que de la herida del dolor interno ha sido curado por el gozo de la indulgencia divina. De aquí que, todavía doliéndose, confiese diciendo:Â *Contra Ti solo pequé, e hice el mal ante Ti*Â (Sal. L, 6). Pero porque presume de la curación, insinuando, dice:Â *A mi oído darás gozo y alegría, y exultarán los huesos humillados*Â Â (Ibíd., 7). Se devuelve, pues, la deuda del arca por el pecado, cuando los pecadores, por el conocimiento de la sagrada Escritura, se afligen y se esmeran en limpiar con el suplicio las culpas que contrajeron por el deleite de la carne. Pero se curan cuando, cumplida ya la medida de la aflicción, son aliviados hacia la confianza de la indulgencia divinaÂ 146Â por el auxilio del consuelo interno. De donde también el Salmista habla diciendo:Â *Nos alimentarás con pan de lágrimas, y nos darás de beber en lágrimas con medida*Â (Sal. LXXIX, 6). En efecto, da la

bebida de las lágrimas con medida: porque ciertamente el pecador, aunque por la inspiración interna de Dios es compungido por la culpa, por la misma aflicción de la compunción es aliviado por el mismo que le consuela. De donde también por Moisés el Señor dice:Â *Yo mataré, y Yo haré vivir: heriré, y Yo sanaré*Â (Deut. XXXII, 39). Pues hiere y sana: porque a quienes llagaba por la compunción, los cura por la seguridad de la indulgencia. Con razón, pues, se dice a los que ya han sido curados:Â *Y sabréis por qué su mano no se aparta de vosotros.* Pues antes de que cure, no pueden saber por qué la mano del Señor no se aparta de ellos: porque entonces comprenden el bien de la penitencia cuando reconocen la gracia del Espíritu Santo en un corazón ya purificado, y desean los dones de la indulgencia divina, por los cuales dan gracias con inefable exultación. Pues había visto que quienes ya estaban siendo curados conocían la causa de la mano del Señor, por la cual no se había apartado de la aflicción, aquel que expresa las exultaciones de los heridos, hablando a Dios y diciendo:Â *Hemos sido llenados por la mañana con Tu misericordia, exultamos y nos deleitamos por los días en que nos humillaste, los años en que vimos males*Â (Sal. LXXXIX, 14, 15). Como si en la noche de la penitencia hubieran recibido el luto, los que por la mañana, a saber, al aparecer la claridad de la dignación divina, se regocijaban de estar llenos de misericordia, y afirmaban haberse deleitado por los días en que habían sido humillados: por el don de la curación, se demuestra que conocen la gravedad

de la mano del Señor, por qué no se había apartado de ellos. Pero porque todavía los príncipes dicen por consejo que lo que se debe por el pecado se devuelva al arca; y no se expone qué es aquello que se debe, se añade:

(Vers. 4, 5.)Â Quienes respondiendo dijeron: ¿Qué es lo que debemos devolver por el delito? Ellos les respondieron: Según el número de las provincias de los filisteos, haréis cinco anos de oro, y cinco ratones: porque una sola plaga hubo sobre vosotros y sobre vuestros sátrapas. Y haréis semejanzas de vuestros anos, y semejanzas de los ratones que han demolido la tierra, y daréis gloria al Dios de Israel, por si acaso alivia su mano de vosotros, y de vuestros dioses, y de vuestra tierra.

5. ¿Qué es el que se manden hacer cinco semejanzas de anos (*anorum*), y otras tantas semejanzas de ratones, según el número de las provincias, y que así se pague la deuda del arca? Estas cosas, ciertamente, si se consideran a la manera judía según la bajeza de la letra, no solo son despreciables, sino que ni siquiera son dignas de oírse. Las recibe dignamente, en efecto, quien cuanto más bajas las oye por el sonido de la letra, tanto más comprende que son más útiles por su significación espiritual. Pues el Espíritu Santo, por cuya inspiración se escribe toda esta sagrada historia, nunca produciría cosas tan bajas si no significara en el secreto de esta bajeza ciertos misterios grandes y muy preciosos. De donde el egregio doctor confiesa diciendo:Â *Todas estas cosas les sucedían en figura; pero han sido escritas para nosotros, sobre quienes han llegado los

fines de los siglos*Â (I Cor. X, 11). Por lo tanto, han de ser buscadas más profundamente por el Espíritu cuanto más bajo se ve lo que dicen en la expuesta carne, por así decirlo, de la letra. ¿Qué son, pues, las semejanzas de los anos, qué las imágenes de los ratones? Y porque estas cosas las hemos referido arriba tanto a los demonios tentadores como a los miembros de los pecadores expuestos a los fétidos olores, ¿con qué significación se doran las semejanzas de los anos y de los ratones? Pero ciertamente la deuda del arca por el pecado se paga bien entonces si las semejanzas de los anos y de los ratones se fabrican de oro.

En la semejanza del ano (*ani*) se ve el miembro para emitir elÂ 147Â fétido olor:Â Â y sin embargo, porque es semejanza, no verdad, ya no se mancha con ningún fétido olor. Y porque se hace de oro, esto ciertamente insinúa que la apariencia de la deformidad se cambia por el esplendor de la hermosura. Por lo tanto, el pecador convertido hace una semejanza de un ano cuando trae a la memoria con qué fétidos olores de pecado había dejado sus miembros. Por lo tanto, fabricar una semejanza de un ano es recordar con corazón penitente la torpeza de sus miembros recientemente pecadores. No fabrica, pues, el ano, sino la semejanza del ano, quien tanto lava sus miembros de los fétidos olores del pecado como no omite recordar esos mismos miembros que había sometido a los pecados. Y ciertamente se ve que la semejanza del ano se hace de oro porque las torpezas de los pecados se desgastan para el precio de la salvación eterna. O

tal vez recordando se hacen las semejanzas de los anos, llorando se doran: porque tanto recordando lo que hicimos, las forjamos; como mientras lloramos más atentamente lo cometido, doramos los miembros con el esplendor de la justicia. Se ve, pues, la semejanza de los anos, no la verdad, porque entonces el pecador mira hacia atrás la ignominia de su deformidad cuando no solo no ejercita las obras depravadas cometiéndolas, sino que también le duele vehementemente haberlas cometido en el pasado. Se mandan hacer cinco anos, además, porque se ordena la satisfacción universal de todos los gentiles. De donde también se ha notado con cautela:Â *Según el número de las provincias de los filisteos.* ¿Por qué, en efecto, son cinco las provincias de los filisteos, sino porque se designa la vida carnal de los gentiles? Porque puso los cinco sentidos del cuerpo no para alabanza del Creador, sino para la vida carnal, por el número quinario se expresan las provincias de los filisteos. Se manda que hagan cinco anos de oro para que se compunjan por todos los sentidos: y porque todos pecaron, por lo tanto reduzcan todos los miembros a la claridad de la vida superna, los cuales mancharon con toda clase de suciedad de ignominia por los deleites de la carne. En el oro, ciertamente, se muestra el fulgor de la conversación superna, porque se dice por Juan sobre la ciudad superna:Â *La ciudad misma era de oro puro, semejante al vidrio puro*Â (Apoc. XXI, 18). Se doran, pues, los miembros cuando el cuerpo, deformado por la torpeza terrena y cenagosa de las concupiscencias, se cambia en

el esplendor de la vida eterna: cuando, a saber, brilla por la hermosura de la santa conversación lo que en el apetito del deleite mundano estaba sucio por el fétido olor de los pecados. A ese dorado amonestaba el bienaventurado Pablo a sus oyentes diciendo:Â *ComoÂ Â ofrecisteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad para la iniquidad, así ofreced vuestros miembros para servir a la justicia para la santificación*Â (Rom. VI, 19). Y como obligándolos a mirar hacia las semejanzas de los anos, introdujo diciendo:Â *¿Qué fruto tuvisteis, pues, en aquellas cosas de las que ahora os avergonzáis? Pues el fin de ellas es la muerte.* Se hacen, pues, semejanzas de los anos para el rubor: porque ciertamente traemos a la memoria las manchas de nuestra torpeza para que nos confundamos por esas mismas manchas. Pero se doran para la seguridad: porque ciertamente mientras cubrimos nuestra deformidad con la claridad de la vida superna, aguardamos con cierta seguridad el examen del juicio divino.

6. También los ratones, que han demolido la tierra, se mandan hacer de oro: porque también los espíritus inmundos, que sugieren a nuestra carne los deleites de la corrupción, se recuerdan para nuestra justificación. ¿Qué es, en efecto, hacer semejanzas de ratones, sino recordar aquellas victorias que los espíritus malignos tuvieron sobre nosotros? Pero también las semejanzas de los ratones se doran cuando suspiramos por haber sido abatidos por sus fuerzas. Pues mientras lloramos haber sido vencidos por sus

fraudes,Â 148Â tenemos ciertamente semejanzas de ratones de oro, mientras no tenemos los pasados consejos de los demonios en el halago de la obra, sino en el desprecio de la reprobación. Por lo tanto, las semejanzas de los ratones se hacen de oro, porque los pasados fraudes de los demonios nos sirven para el fulgor de una buena vida. Pues somos tanto más humildes cuanto más brilla nuestra conducta por el fulgor de la conversación superna; y nosotros mismos, que ahora por el auxilio de Dios omnipotente actuamos con fortaleza, vemos que habíamos sido postrados por los fraudes de los espíritus inmundos. Cuyo consejo, ciertamente, porque lo atribuyen a muchos, también muestran la razón del mismo, porque dicen:Â *Porque una sola plaga hubo sobre vosotros y sobre vuestros sátrapas.* Como si dijeran abiertamente: Porque todos habéis estado sometidos al pecado, es necesario que preparéis por igual vuestros corazones para el estudio de una vida mejor.

De donde también Pablo dice:Â *Todos pecaron, y necesitan la gloria de Dios, justificados gratuitamente por su gracia*Â (Rom. III, 23).

7. Y para encomendar más atentamente el propósito de una vida mejorada, repiten inculcando:Â *Haréis semejanzas de vuestros anos, y de los ratones que han demolido la tierra, y daréis gloria al Dios de Israel, por si acaso alivia su mano de vosotros, y de vuestros dioses, y de vuestra tierra.* Dar gloria a Dios, una vez hechas las antedichas semejanzas, es no gloriarse vanamente en sí mismo por el estudio de la buena

obra y por la estimación de la humildad; sino emplear todo lo que se hace en las alabanzas de Dios omnipotente. Y porque dicen:Â *Por si acaso alivia su mano de vosotros*Â (I Reg. VI, 5): ¿qué otra cosa se entiende en esta palabra de duda, sino que se muestra difícil la reconciliación de los criminales? De donde también se dice por Jonás:Â *¿Quién sabe si Dios se convertirá y perdonará?*Â (Jon. III, 2). Porque, pues, se dice "por si acaso alivia su mano", debemos conmovernos a las lágrimas de la penitencia con gran fortaleza: porque si aun los que hacen una penitencia austera apenas hallan la confianza de la salvación, ¿qué de los negligentes que dejan de salvarse cuando pueden? Cuya dificultad de reconciliación, ciertamente, si se tiene en la estimación de los penitentes, de ninguna manera se halla en Dios omnipotente: porque aun mientras los ninivitas se postraban con grave penitencia como para una reconciliación difícil, merecieron fácilmente la misericordia de Dios omnipotente. Y cuando por la voz del profeta Joel el pueblo se postraba ante Dios con agudo lamento, ciertamente logró que Quien parecía difícil de aplacar aliviara su ira. Pues inmediatamente está escrito en ese lugar:Â *El Señor celó su tierra, y perdonó a su pueblo*Â (Joel II, 18). Así pues, la mano se alivia cuando la mente, válidamente compungida en la penitencia, es elevada por la inspiración divina al don de la misericordia obtenida. Y porque, como dije, al inicio de la Iglesia naciente, así como la conversión de los pecadores era general, así también era general la reconciliación

de los convertidos: la mano de Dios,Â Â que se afirma que ha de ser aliviada, se dice que ha de ser aliviada tanto de los oyentes, como de sus dioses, y de la tierra. Por los "dioses", en efecto, se designan los hombres sublimes y sabios. Pues también a Moisés el Señor le dice:Â *Te he puesto como el dios de Faraón*Â (Ã‰x. VII, 1). Y en el mandato de la Ley también se prescribe:Â *No maldecirás a los dioses*Â (Ã‰x. XXII, 28). Por la "tierra", ciertamente, se expresa la vida de los sencillos: porque mientras reciben la predicación de los superiores, como la lluvia del cielo que cae sobre ellos, producen el fruto de la buena obra por el riego de la palabra. De los dioses, pues, y de la tierra se alivia la mano del Señor cuando tanto los sabios como los sencillos son conducidos a la certeza de la indulgencia divina, ya sea por el consuelo oculto y espiritual, o por el juicio de los predicadores. De donde también aquel que poco antes había amonestado a dorar los miembros,Â Â diciendo:Â *Ofreced vuestros miembros para servir a la justicia para la santificación*Â (Rom. VI, 19), como profiriendo el juicio de la mano aliviadaÂ 149Â del Señor, dice:Â *Mas ahora liberados del pecado, hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto para la santificación, y el fin la vida eterna*Â (Ibíd., 22). De aquí que de nuevo se maravillara del íntegro fulgor del oro en aquellos convertidos de la deformidad de una vida más inicua, diciendo:Â *Fuisteis en algún tiempo tinieblas, mas ahora luz en el Señor*Â (Ef. V, 8). De aquí que el mismo, alabando a los suyos, diga:Â *En medio de una nación depravada y per-

versa, en medio de la cual brilláis como lumbreras en el mundo*Â (Fil. II, 15). Hechas, pues, de oro las semejanzas de los anos y de los ratones, y dada gloria a Dios, se alivia la mano del Señor: porque tras el luto de la penitencia, tras la mejora de la vida y la humildad de la estimación, los pecadores son conducidos a la plena misericordia de Dios omnipotente. Y porque todas aquellas cosas todavía se prescriben por consejo; pero el consejo de los predicadores unos lo cumplen devotamente, mientras que otros ciertamente lo desprecian, aquellos que ensalzan con alabanzas a los buenos por el esplendor de una buena vida se encienden contra los soberbios por la invectiva de la reprensión. Pues sigue: (Vers. 6.)Â ¿Por qué agraváis vuestros corazones, como Egipto y Faraón?

8. Porque endurece su corazón como Egipto y Faraón aquel que, ya por el conocimiento de la palabra sagrada, entiende las heridas de sus pecados, y sin embargo, por la mejora de la vida, por la amargura de la penitencia, no dirige su ánimo a los verdaderos gozos de la vida futura. Bien, pues, es comparado a los egipcios en la gravedad del corazón. Pues Egipto se dice que es "tinieblas". ¿Qué se entiende, pues, por el nombre de Egipto, sino la multitud de ángeles caídos de las sedes celestiales? ¿Y qué en Faraón, rey de Egipto, sino el mismo autor de las tinieblas, el diablo, es designado? Bien, pues, los que disimulan la penitencia son comparados a Egipto y Faraón en el endurecimiento del corazón. Pues los ángeles réprobos, caídos una vez de las cosas celestiales, así como no reciben el amor de la bienaventuranza perdi-

da, así tampoco pueden nunca hacer penitencia por la soberbia perpetrada. Mientras, pues, los santos predicadores se lanzan contra los pecadores impudentes por la aguda reprensión, traen a colación la semejanza de Egipto y Faraón; para que sus oyentes se apresuren tanto más fácilmente a la satisfacción, cuanto que por el hecho de que no quieren hacer penitencia, no ignoran que son semejantes a los ángeles condenados. De donde también instantáneamente los instan al estudio de cumplir el consejo, mientras añaden:

(Vers. 7-9.) Tomad, pues, y haced un carro nuevo, y dos vacas que hayan parido, sobre las cuales no se haya puesto yugo, uncidlas al carro, y encerrad a sus terneros en casa: y tomaréis el arca del Señor, y la pondréis en el carro, y los vasos de oro, que le habéis pagado por el pecado, los pondréis en un cofre a su lado, y dejadla ir. Y observaréis: y si ciertamente sube por el camino de sus confines hacia Betsames, él nos ha hecho este gran mal. Pero si no, sabremos que de ninguna manera su mano nos tocó, sino que sucedió por azar.

9. ¿Pues qué es designado por el nombre de carro, sino o bien toda la santa Iglesia a la vez, o bien cada alma de cada fiel? Las ruedas de este carro son, ciertamente, ambos Testamentos. Pues mientras la santa Iglesia, o cualquier mente elegida instruida por el Antiguo y el Nuevo Testamento, se apoya hacia la vida eterna, es llevada al lugar propuesto por las alturas, como por ruedas sublimes puestas delante. Pero se manda que el carro sea hecho nuevo, para que, evidentemente,

quien desea llegar a los gozos eternos sea revestido con el esplendor del nuevo hombre por el precepto del amor. El Señor mandaba que este carro fuera renovado, diciendo: *Este es mi precepto, que os améis unos a otros, como yo os he amado* (Juan 15:12). De aquí que Pablo mande, diciendo: *Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y revestíos del nuevo hombre, que ha sido creado según Dios* (Ef. 4:23). De aquí que, hablando a los romanos, diga: *No en comilonas y borracheras, no en contiendas y envidias, no en lechos e impurezas, sino revestíos del Señor Jesucristo* (Rom. 13:13). Hace, pues, un carro nuevo el que entiende rectamente ambos Testamentos, y revestido del esplendor de la santa conversación, se extiende hacia los deseos celestiales.

10. Las ruedas, por las cuales este carro anda, pueden también designar el doble deseo de cada uno de los elegidos: porque quienquiera que ya, con la ayuda de Dios, tiene la presente vida como la miseria de la peregrinación, por eso desea llegar a la futura bienaventuranza; para hacerse impasible e inmortal: para que, evidentemente, por lo uno, abandone la miseria que aborrece; por lo otro, no pierda nunca la bienaventuranza que merece. Pero las vacas son los santos predicadores. Quienes, porque se distinguen por el doble precepto de la caridad, y engendran las almas de los conversos en una nueva conversación, son designados rectamente tanto por el número dos como por el género femenino. Pero los terneros son los deseos terrenales. Por lo tanto, cuando las vacas tiran del carro, encierran a los terneros

en casa: porque mientras ofrecen guía a los fieles elegidos hacia la patria celestial, prohíben que aquellos deseos que les sugieren una vida réproba salgan a efecto. Pues encierran a los terneros cuando ya destruyen los deseos soberbios en el mismo inicio de su sugerencia, dentro de la conciencia, y no permiten que avancen al efecto de la obra. De donde también las vacas, sobre las cuales no se ha puesto yugo, se dice que son buscadas para tirar del carro: porque se han de proveer predicadores para los fieles elegidos, que no estén sujetos al imperio del poder diabólico por ninguna carga de crimen. De cuyo yugo ciertamente se dice por el profeta: *Se pudrirá el yugo ante la presencia del aceite* (Is. 10:27). Pero bien concuerda el proceso de los sentidos con el orden de las palabras: porque aunque están libres de la dominación adversa, es necesario que siempre sospechen de su futura conversación. Por lo tanto, las vacas están tanto sin yugo, como sus terneros están encerrados en casa: porque los santos predicadores dominan a los espíritus adversos por la virtud: pero no quitan la intención de domar los deseos depravados, pues no pueden tener seguridad perpetua en esta vida acerca de la santidad con que se ven adornados. Y porque a tales se les abre más ampliamente la gracia del conocimiento divino, se manda aptamente que el arca del Señor sea tomada y puesta sobre el carro. Pero que se mande poner el arca sobre el carro por los oyentes, esto ciertamente insinúa, a saber, que en la santa Iglesia encontramos muchos órdenes de prelados: porque mientras unos son

más dignos que otros por prerrogativa, también obtienen la autoridad de mandar en la cumbre de un orden superior. Cuando, pues, se manda que el arca del Señor sea devuelta, se dice que ha de ser puesta sobre un carro nuevo: porque ciertamente camina rectamente hacia la patria eterna con el conocimiento de los sacramentos espirituales aquel que no deja atrás lo que aprendió de la sagrada Escritura por la belleza de una nueva conversación.

11. Al lado, pues, de la misma arca se manda poner los vasos de oro, que le fueron devueltos por el pecado. Pues llama "vasos de oro" a los que mencionó arriba, diciendo: *Haréis las semejanzas de vuestros anos y de vuestros ratones.* En cuyos vasos ciertamente habíamos dicho que se designa la memoria de los pecados y de las tentaciones. ¿Qué es, pues, lo que arriba afirmó que eran semejanzas de anos y de ratones, y ahora llamó vasos de oro? Pero allí se trataba de aquello que se debía pagar al arca por el pecado, pero aquí de la remisión del arca. ¿Qué es, pues, que estas mismas cosas se expresan con un nombre más honroso, sino porque los pecados, que no han sido limpiados por los llantos de la penitencia, han de ser vistos y llorados más atentamente en su deformidad: pero aquellos que ya han sido lavados por grandes llantos, no han de ser mirados más atentamente, ni en su deformidad, sino que a veces han de ser pensados con la estimación de la humildad? Pues como si en la mente del penitente, y de quien se duele amargamente, estuviera la semejanza del ano y de los ratones: cuando, para

llorarla más atentamente, ve ante los ojos de su mente acumulada la masa del pecado congregado. Pero cuando, ya por grandes y duraderos llantos, de algún modo seguro acerca de la remisión de sus pecados, ha comenzado a apresurarse con el curso de una gran conversación hacia la patria celestial, los contempla como vasos ya de oro: porque ve los pecados, no aquellos a los que se había visto ligado, sino aquellos que emplea para las alabanzas de Dios omnipotente. Pero bien se guardan esos mismos vasos en un cofre al lado del arca. Pues si el arca insinúa el secreto del conocimiento divino, al lado penden los vasos: porque mientras la altura del conocimiento divino eleva la mente, nuestras flaquezas pasadas han de ser traídas a la memoria para la virtud de la humildad. No han de ponerse, pues, delante del arca; para que, mientras miramos nuestras flaquezas demasiado inmoderadamente, no podamos ser elevados a las cosas celestiales. Consta, pues, que penden del lado: para que veamos libremente las cosas celestiales y, cuando convenga, retiremos los ojos de la mente hacia nuestras flaquezas.

12. ¿Pero qué es lo que se les manda: *Y dejadla ir*? Pero el arca es dejada ir cuando las mentes instruidas de los súbditos son permitidas por sus rectores vivir libremente: para que, evidentemente, se apresuren a la patria eterna, ya no por el mando de un superior, sino por el arbitrio de su propia razón. Ha de ser sostenida, pues, para ser puesta sobre el carro; una vez puesta, también es dejada ir: porque ciertamente la licencia de disponer de su propia vida no ha de ser dada

por los prelados a los súbditos elegidos antes de que perciban la instrucción de la doctrina espiritual y una firme costumbre de buena obra. Pues ni a los súbditos sencillos y que viven bien, ni a los instruidos y débiles se les concede rectamente la libertad de vivir. Aquellos, en efecto, podrán ser engañados tanto más fácilmente por el astuto adversario, cuando de ninguna manera han aprendido a detectar sus asechanzas por medio de la instrucción espiritual: estos, en cambio, conservan tanto más difícilmente el bien de la instrucción, cuanto que siendo instruidos ven los lazos del tentador, y siendo instruidos no pueden evitar sus vínculos. Entonces, pues, competentemente el arca es dejada ir, cuando el carro sobre el que debe ser puesta es fabricado antes, cuando los vasos de oro que se deben por el pecado penden de su lado: porque ciertamente entonces podrá ser segura la vida del súbdito que vive libremente, cuando haya aprendido por largo uso a custodiar la renovación del hombre interior; cuando por la pureza de vida aprehende la altura de la instrucción divina, y entre los dones sublimes, no descuida recordar aquello que recuerda haber hecho mal alguna vez, para la humildad. Cuya libertad de vivir, ciertamente, porque se emplea en los buenos súbditos para el solo estudio del amor celestial, añade también aptamente la causa por la que la misma arca es dejada ir: *para que vaya*, dice. Como si dijera en otras palabras: Para esto solo se les ha de permitir vivir más libremente, para que partan más rápidamente hacia la patria celestial. Pero por-

que algunos súbditos son perfectos en el juicio humano, tanto en conversación como en ciencia, no en el divino; se ha de proveer por el estudio de los buenos rectores que no pasen por alto enteramente su cuidado entonces, cuando esos mismos súbditos se piensan despedidos de su cuidado, sino que con piadosa astucia exploren cómo viven los ya libres, cuyo bien de sujeción habían conocido más plenamente. Por lo cual también se subraya: *Y observaréis, y si ciertamente sube por el camino de sus confines hacia Betsames, él nos ha hecho este gran mal.* Pero si no, sabremos que de ninguna manera su mano nos tocó, sino que sucedió por azar.

13. Betsames, como ya hemos dicho, se interpreta como la "casa del sol". Pero los predicadores observan el arca que ha sido dejada ir, si marcha por el recto camino hacia Betsames: porque también cuando los súbditos son despedidos por su propio juicio, los prelados deben explorar si convierten el bien de la libertad al provecho del camino celestial. Pero también ha de notarse cautamente: porque entonces el arca sube rectamente hacia Betsames, cuando no desierta del camino de los confines en su marcha. Pues nuestros confines son los elegidos anteriores: pues son "vecinos" (confines) los que tienen sus posesiones dispuestas unas junto a otras. Por lo tanto, los confines de los elegidos son los coherederos perpetuos del reino eterno. Pues habitan como con posesiones dispuestas unas junto a otras, los que, llamados a la misma sociedad de la patria eterna, han obtenido por suerte los derechos de

la herencia eterna de una sola y misma majestad del Creador. O por esta razón se llaman confines: porque puesto que los elegidos llegan a los gozos de la vida perenne a través de una buena conversación, los que viven rectamente en este mundo son vecinos de los ciudadanos celestiales. ¿Cuál es, pues, el camino de los confines, sino la aflicción temporal? El mismo Señor demuestra este camino a Betsames por sí mismo, diciendo: *Estrecho es el camino, que lleva a la vida* (Mat. 7:14). Este mismo encomienda cuando, reprendiendo a los discípulos, dice: *¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer! ¿no era necesario que Cristo padeciera esto, y así entrara en su gloria?* (Luc. 24:25). De aquí que Pablo diga: *Por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios* (Hech. 14:21). Hacia Betsames, pues, se dirige entonces el arca, cuando se ve que sube por el camino de los confines: porque en la conversación celestial aquel aprovecha más verdaderamente que busca llegar a los gozos eternos no a través de deleites mundanos, sino a través de las aflicciones de la carne y las adversidades del mundo. Pero porque el arca dejada ir se dice no que va, sino que sube, se indica un camino más alto a los súbditos despedidos en libertad: porque no caminan rectamente por el camino de Betsames, si no aprovechan diariamente de lo bueno a lo mejor. Pues subir por los méritos de las virtudes es aprovechar diariamente para lo mejor. Pero cuando el arca es conducida rectamente hacia Betsames, atribuyen el gran mal que habían padecido a las obras de Dios omnipoten-

te. Pues llaman "gran mal" a aquella percusión de la que se lee arriba: *Se hacía la mano del Señor sobre cada una de las ciudades de una matanza muy grande.* Y porque hemos referido la misma matanza tanto a la conversión de los gentiles como a la saludable compunción de los fieles delincuentes, cuando el arca marcha rectamente hacia Betsames, se indica que aquel gran mal que había sucedido proviene de Dios: porque ciertamente el fin de cada uno de los elegidos indica cómo el ánimo del predicador reconoce sus primeras obras.

14. Pues si al final fallan, se conoce abiertamente que sus buenos principios no fueron del Señor. Por lo cual también se subraya: *Pero si no, sabremos que de ninguna manera su mano nos tocó, sino que sucedió por azar.* ¿Qué es la "mano del Señor", sino el Unigénito del Padre eterno? Por la "mano del Señor" no son tocados los que se separan de su antigua conversación no por la inspiración de la palabra divina, sino por una súbita deliberación de su propio corazón. Los cuales ciertamente fallan tanto más rápidamente de la bondad comenzada, cuanto que no supieron premeditar con qué fortaleza había de ser ejecutado aquello que se habían propuesto emprender por el camino estrecho hacia la patria eterna. Por lo cual se dijo aptamente: *Sucedió por azar.* Pues lo que sucede por azar, ocurre de repente y sin consejo ni provisión. Cuando, pues, estos que parecían haber partido del amor del mundo, o los que de la infidelidad parecían haberse convertido, reviven a la maldad de su vida anterior,

se conoce abiertamente que no fueron heridos por la mano del Señor, como parecían, sino que fueron separados de su antigua conversación por un azar accidental. Sigue:

(Vers. 10, 11.) *Hicieron ellos de este modo: y tomando dos vacas, que tenían terneros, las uncieron al carro, y encerraron a sus terneros en casa, y pusieron el arca de Dios sobre el carro, y el cofre que tenía los ratones de oro y las semejanzas de los anos.*

Puesto que estas cosas han sido expuestas más ampliamente arriba, veamos qué contiene ya en sí acerca de la instrucción espiritual la partida misma del arca. Pues sigue:

(Vers. 12.) *Y las vacas tomaron el camino recto que lleva a Betsames, e iban por un mismo camino, caminando y mugiendo: y no se desviaban ni a la derecha ni a la izquierda.*

15. Ir en derechura por el camino que conduce a Betsames es, en el afán de la perfección celestial, mantener la aflicción de la carne mediante la virtud de la discreción. Pues las vacas de ningún modo caminan en línea recta si no se guarda la discreción en la aflicción de la carne. En efecto, mientras la carne se aflige más allá de la medida, esa misma carne, enteramente agotada, no basta para prestar auxilio al espíritu. Y si no se aflige dignamente, mientras se enorgullece, como indómita, se desdeña de servir a la mente como si fuera libre. Por tanto, bien se ha añadido, mientras se relata que las vacas van en derechura por el camino de Betsames: *Porque no se desviaban ni a la derecha ni a la izquierda.* Ciertamente, des-

viarse a la derecha es insistir inmoderadamente en la virtud de la abstinencia: porque a través de un bien que se ve, abandonamos el camino, mientras seguimos de tal modo la necesaria virtud de la abstinencia que sustraemos otros auxilios a la carne. Desviarse a la izquierda también es entregarse a la carne con más abundancia. Pues por el vicio de una abierta remisión nos desviamos del camino de Betsames, mientras conducimos la carne por las delicias, nosotros que habíamos conocido el camino del paraíso dispuesto en la aflicción.

16. Y porque ninguna es la sinceridad de una vida más austera si la simplicidad de la intención no concuerda con la limpieza de la buena obra, se expresó cautamente: *E iban por un mismo camino.* Pues camina por un solo camino quien conserva la virtud que ostenta en la buena obra en una recta intención. Por el contrario, se dice de cada uno de los réprobos: *¡Ay del pecador que entra en la tierra por dos caminos!* (Eclo 2, 14). En efecto, el pecador entra en la tierra por dos caminos cuando parece que es de Dios lo que hace, pero de todo lo que muestra religiosamente por fuera, mantiene por dentro una intención mundana. Pero el Señor insinúa que sus elegidos caminan por un solo camino, diciendo: *Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado* (Mt 6, 22). De aquí dice Pablo: *Nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia* (2 Cor 1, 12). De aquí David: *Toda la gloria de esa hija del rey es por dentro* (Sal 44, 14). Por tanto, por un solo camino caminan las vacas hacia Betsames,

porque los elegidos, apresurándose hacia la patria eterna, obran el bien exteriormente, pero de esas mismas buenas obras no buscan los premios del mundo.

17. ¿Qué es aquello que se dice de esas mismas vacas, que *iban caminando y mugiendo*? Se dice que caminan porque los varones santos hacen el bien incesantemente; pero mugen porque no pueden extinguir los deseos carnales en sí mismos sin una gran tribulación cotidiana. Pues mugir pertenece al trabajo de domar la carne; pero caminar, a la perseverancia de la buena voluntad. Pues mientras la carne es obligada contra naturaleza a comprimir los movimientos carnales, como si mugiera mientras camina, porque se le prohíbe cumplir sus propios deseos. Bien se describen estas dos cosas en la partida de los santos, a saber, caminar y mugir. Porque aunque haya en ellos una gran instancia de deseo al apresurarse hacia la patria celestial, hay, no obstante, una invencible paciencia de trabajo. Pues de estas vacas que caminan se dice por Ezequiel: *No se volvían cuando caminaban* (Ez 1, 12). También Pablo expresa el mugido de las vacas y la causa, diciendo: *Veo otra ley que contradice a la ley de mi mente, y que me lleva cautivo en la ley del pecado. ¡Infeliz hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* (Rom 7, 23. 24). Mugen, pues, las vacas, pero caminan: porque los varones santos, aunque sean grandes las tentaciones que soportan, sin embargo no abandonan el camino de la patria celestial. Caminan igualmente, pero mugen: porque aunque con grandes deseos se

apresuran a lo celestial, sin embargo no obtienen el progreso del camino celestial por la quietud de la paz, sino por el triunfo de la tentación. Sigue:

(Vers. 12.) *Y los sátrapas de los filisteos las seguían hasta los términos de Betsames.* 18. ¿Cuáles son los términos hasta los cuales es necesario que los prelados sigan al arca de Dios que parte, y en los cuales no es congruente progresar en el acompañamiento del arca de Dios? Ciertamente, si tomamos estos términos en la instrucción de la sagrada elocuencia y en la buena obra, no parece contrario. Pero estos términos de Betsames son ciertamente los términos de los príncipes que siguen, cuando cada uno, según su medida, es perfecto sobre sus súbditos por la doctrina de la sagrada elocuencia y por el uso de la buena obra. Pues por esto el pastor ya se hace seguro acerca de aquel, por cuanto ya percibe cautamente las cosas espirituales y aprehende con la fortaleza de la buena obra aquellas cosas que descubrió por la razón. Tales términos, ciertamente, se dicen ser términos de Betsames: porque, sin duda, mientras reciben dignamente a los instruidos operarios de Dios, los introducen a la contemplación de la patria celestial. Pues son términos: porque reciben a los dignos para la contemplación y expulsan a los indignos. Pues los indoctos, si presumen levantarse para contemplar más sutilmente lo celestial, más bien se desvían errando que aprehenden la luz de la verdad. Y a menos que uno anteponga las buenas obras, hace ciertamente esto: que nunca encuentre aquella claridad de la visión interna que apetece. Por lo cual también

el Señor en el Evangelio, como enviando a los términos de Betsames a los amadores de la vida contemplativa, dice: *El que tiene mis palabras y las guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a mí mismo a él* (Jn 14, 21). Pues el que dice que no se manifestará sino a los que le aman, y enseña abiertamente que le aman los que guardan sus mandamientos, enseña que no concede la luz de su oculta visión sino por la retribución de la buena obra. Sigue:

(Vers. 13.) *Por lo demás, los de Betsames segaban el trigo en el valle.*

Pues, ¿quiénes pueden ser rectamente entendidos como los de Betsames sino estos que ya son varones perfectos en la sublimidad de la contemplación? Pues son como de la casa del sol los que, despreciadas todas las cosas terrenas, son ilustrados por los esplendores de la verdadera luz. Son ciertamente de la casa del sol los que, ya sepultados para todo el mundo, se inflaman con una llama de admirable amor para ver la claridad de su Creador. Los cuales ascienden a su ciudad de dos modos: los que son conducidos a la claridad de la patria celestial, tanto ahora por la contemplación como al fin por la verdad de la gloria, ahora vuelan hacia la casa del sol contemplando; pero lo que ahora miran con la pureza de la mente, lo aprehenden entonces como la verdad de la retribución eterna a través de la alegría presente. Por tanto, el arca de Dios es conducida a Betsames cuando la mente elegida se sublima a los gozos eternos, ya sea por la altura de la

contemplación, ya sea por la asunción de la retribución. Nosotros, pues, que no podemos conocer aquel eterno e inefable sitio del arca, oigamos aquellas cosas que se dicen de este que conocemos. ¿Qué es, pues, que los de Betsames siegen el trigo en el valle, sino que los dedicados a la vida contemplativa recogen las delicias del refrigerio interno en la virtud de la humildad? Pues el valle en la sagrada elocuencia designa la estimación de los humildes, como atestigua el Salmista, quien hablando del Señor dice: *Tú que envías las fuentes en los valles* (Sal 103, 10). Pues infunde la efusión de la gracia soberana en las mentes dispuestas por la humildad. Por tanto, los de Betsames siegan el trigo en el valle: porque, vacando a la contemplación, mientras por el mérito de la humildad miran más claramente lo celestial, atan manojos de gozos para el más dulce refrigerio de sus mentes. Pues el pan de trigo, así como es más blanco a la vista, así también es más deleitable al sabor.

20. Pero tal vez puestos todavía en esta vida no tomamos el pan, sino que segamos las espigas; en aquella vida soberana de la bienaventuranza, sin embargo, no comemos las espigas, sino el pan. En esta vida, en efecto, cuando somos levantados para contemplar lo eterno, nos esforzamos por captar las semejanzas de las cosas celestiales a partir de estas cosas ínfimas y visibles: para que, según la voz del egregio doctor, *conozcamos lo invisible de la criatura del mundo por medio de las cosas que han sido hechas visibles* (Rom 1, 20). Por lo cual también aquel verdadero de

Betsames, y doméstico del sol de justicia exultando, dice: *Me deleitaste, Señor, en tu creación, y en las obras de tus manos me alegraré. ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! muy profundos se han hecho tus pensamientos* (Sal 91, 5. 6). Pero mientras recibimos los gozos de las cosas invisibles en las cosas visibles, como que todavía tenemos el trigo dentro de la paja. Entonces, sin embargo, tendremos el trigo puro, o el pan de trigo. Pues cuando, absorbida ya la muerte, en la vida eterna, con la faz revelada, veamos más claramente al Redentor, no necesitaremos de estuches de semejanzas para su conocimiento. Bien se dice, pues, de los de Betsames que segaban el trigo en el valle: porque los varones perfectos, aunque por el mérito de la humildad reciben la sublimidad de la contemplación soberana, no pueden llegar a contemplar aquella pura sustancia de Dios omnipotente de tal modo que todavía siegan el refrigerio de su mente como entre pajas. Cuyo bien de la humildad se designa ciertamente cuando se añade:

(Vers. 13.) *Y alzando los ojos, vieron el arca de Dios.*

Ciertamente alzan los ojos: porque mientras no sienten cosas altas de sí mismos, están como en lo llano en su propia estimación. Alzan los ojos: porque contemplan a aquellos a quienes ven dignos de la gracia divina, puestos en la alta cumbre de los méritos. Pero alzando los ojos ven el arca: porque cuanto más humildemente se rebajan por la estimación, mejor pueden conocer los bienes de los prójimos. En efecto, aquella verdad,

que por sí misma abandona los corazones de los soberbios, les esconde también aquellos dones que confiere a los humildes; de modo que, como enteramente cegados, ni vean el sol ya difundido en la tierra, ellos que dejaron de ver los rayos de su claridad en el cielo. Pero porque hemos referido el regreso del arca de Dios al propósito de la vida contemplativa, también la elevación de los ojos puede referirse no inconvenientemente al estudio de discernir los espíritus. Pues los de Betsames alzan los ojos cuando, con el propósito de una vida más secreta, consideran con sutil inspección los dones de los que afluyen a ellos; cuando con mente atenta discuten si siguen con intención recta y válida el propósito de una vida más alta, que piden al acercarse. Alzar, pues, los ojos es para ellos considerar más profundamente el espíritu de los novicios. Pero alzando los ojos miran el arca de Dios: porque mientras discuten más sutilmente sus conversiones, perciben que brillan por la gracia de las virtudes espirituales. Y porque por el afecto del amor se alegran de sus bienes conocidos, se añade aptamente: (Vers. 13.) *Y se alegraron cuando hubieron venido.* Sigue:

(Vers. 14.) *Y vino el carro al campo de Josué Betsamita, y se paró allí.* Si Betsames se interpreta como casa del sol, la casa del sol es la ciudad celestial. Aquí Josué Betsamita no tanto por tipo como por el nombre mismo y dignidad significa al Redentor del género humano. Pues Josué, en nuestra lengua, se dice salvador. Y de sí mismo el Señor dice: *Vino el Hijo del hombre a buscar y a salvar lo que había perecido* (Lc 19, 10). De aquí

es también lo que se promete a José en sueños por el ángel: *Él salvará a su pueblo de sus pecados* (Mt 1, 21). También manifiesta por sí mismo que es Betsamita, diciendo: *Yo soy el pan vivo que descendí del cielo* (Jn 6, 41). De aquí Juan el Bautista dice: *El que viene del cielo, sobre todos es* (Jn 3, 31). ¿Qué es, pues, el campo de Josué Betsamita sino la amenidad de la vida contemplativa? Pues allí se ven tanto los verdores de las hierbas, como los olores de los aromas, y la diversa belleza de las flores; porque ciertamente cuanto más claramente se mira aquella sociedad celestial, lo que florece incorruptible para los ángeles, lo que verdece inmarcesible para los santos, lo que huele inviolable en las vírgenes, se muestra más grato a los ojos de los que contemplan. Bien se afirma que el mismo campo es del Salvador; porque los amadores de la vida contemplativa, cuanto más secretamente conversan, más gratos y familiares son a nuestro Redentor. Al campo también de Josué Betsamita viene el carro cuando la mente elegida, dividida de la intención del mundo, atiende a lo solo celestial, cuando ya goza de la amenidad de la visión celestial; porque desdeña mirar atrás lo terreno por el amor. Y hay que notar que este carro fue nuevo, lo que no poco arriba se relató; porque ciertamente la mente relajada por la vejez de los crímenes no merece ser recibida para tanta gloria.

23. Pero la vida más secreta tiene delicias en la amenidad de la visión, tiene un ingente trabajo en la fortaleza del certamen; porque ciertamente así como conseguimos los premios divinos como de

un triunfo, así también los custodiamos luchando esforzadamente. Bien se añade, pues, acerca del carro que viene al campo de Jesús: *Y se paró allí.* Pues pararse pertenece a la custodia de la batalla, no a la quietud de la paz. Se paró el carro en el campo; porque aunque la mente habite viendo y amando aquella patria soberana y siempre verde; sin embargo, lo que posee deleitablemente del amor de la visión, de ningún modo lo conserva sin la solicitud de un incesante cuidado. Pero sin duda la mente humana puesta en tanto agone desfallecería, si aquel que robusteció la flaqueza humana en su divinidad no le prestara el auxilio de su presencia. Por lo cual también, exponiendo la causa por la cual el carro pudo estar parado en el campo, añadió diciendo:

(Vers. 14.) *Pues había allí una piedra grande.* Se entiende por piedra grande al Redentor del género humano. De la cual piedra se dice por el Salmista: *La piedra que desecharon los edificadores, esta fue hecha cabeza de esquina* (Sal 117, 22). De aquí el egregio doctor alabando dice: *Sobreedificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo el mismo sumo angular la piedra Cristo Jesús* (Ef 2, 20), *en el cual también vosotros como piedras vivas sois sobreedificados* (1 Pe 2, 5). Y ciertamente se dice piedra grande porque se predica con incomparable fortaleza. Cuando, pues, se dice que el carro vino y se paró en el campo, se añadió: *Había allí una piedra grande:* para que designara por latentes misterios: que los dedicados a la vida contemplativa pueden conservar dones tan ingentes por

esto, porque por la gracia están junto a aquel de quien recibieron los mismos dones. Sigue:

(Vers. 14.) *Y cortaron las maderas del carro, y pusieron las vacas sobre ellas en holocausto al Señor.* 25. ¿Qué son las maderas del carro del arca de Dios sino las sentencias de la sagrada Escritura y los ejemplos de los justos? Ciertamente los de Betsames cortan las maderas cuando los prepuestos de la vida más secreta abren más sutilmente a las mentes de sus súbditos los sentidos de las Escrituras, cuando proponen para su imitación los más excelentes ejemplos de los Padres; para que la llama del amor soberano arda tanto más fervientemente en sus corazones, cuanto más rápidamente suministran el fomento del incendio, como maderas cortadas. Son maderas del carro porque la mente renovada por la gracia de Dios las retiene por la memoria. De cuyas maderas ciertamente decreta el santo legislador diciendo: *El fuego en mi altar siempre debe estar: el cual nutra el sacerdote, suministrando maderas por la mañana cada día* (Lev 6, 12). Porque se mencionan las maderas cortadas, indican más abiertamente que a los que buscan la pureza de la vida contemplativa no se les deben abrir las cosas comunes de la sagrada elocuencia, sino todas las cosas más altas y excelentes; para que tanto más fuertemente se eleven viendo lo alto, cuanto más les placen las cosas más nobles que oyen. Por lo cual también bien se añade: *Porque pusieron las vacas sobre ellas en holocausto al Señor.* Pues holocausto se dice lo quemado. Cuando, pues, se cortan las maderas, se hacen holocaustos con

las vacas puestas encima: porque los que reciben con mente devota cosas eximias de las Escrituras, cuanto más se extienden en los deseos soberanos, tanto nada se deja en ellos que no sea quemado por la llama del amor divino. Y entonces ciertamente es necesario que el doctor cuide que los súbditos religiosos consideren cosas altas, y sin embargo no tengan cosas altas de sí mismos por la estimación; no sea que, cuanto más excelsamente aprovechan viendo lo sumo, cayendo por la elación, se estrellen más peligrosamente. Por lo cual también aquí se añade:

(Vers. 15.) *Pero los levitas bajaron el arca de Dios, y el cofre que estaba junto a ella, en el cual estaban los vasos de oro, y los pusieron sobre una piedra grande.* Levitas se interpretan como "asumidos". ¿Quiénes son, pues, los levitas sino los que están tan confirmados por la gracia divina que nunca pueden ser abandonados por el Espíritu Santo? Ciertamente los levitas bajan el arca cuando los predicadores perfectos amonestan a sus súbditos para que la ciencia espiritual de ningún modo los infle. También bajan el cofre con los vasos de oro cuando también los convocan acerca del esplendor de la vida, para que sientan tanto más humildemente de sí mismos, cuanto más cada uno de ellos ya aprendió que nuestro Redentor ya llegó al premio de su exaltación, porque no sintió vanamente cosas altas de sí mismo. Bien, pues, se mencionan el arca bajada y los vasos de oro puestos sobre la piedra grande: porque entre los dones sublimes pueden saber de sí mismos humildemente aquellos que más frecuentemente

aprendieron a recordar la magnitud y humildad del Redentor. Pues quería bajar el arca de Dios y ponerla sobre una piedra grande aquel que decía: *Sientan esto en ustedes, que también en Cristo Jesús. El cual, estando en forma de Dios, no consideró como rapiña ser igual a Dios; sino que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho en semejanza de hombres, y en el hábito hallado como hombre; se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte de cruz* (Fil 2, 5). Pero los que por el ministerio de la predicación inmolan a Dios la hostia del amor de los corazones de los súbditos, representan de sus propias mentes también dones muy excelentes de oblaciones. Por lo cual también se añade: *Pero los varones de Betsames ofrecieron holocaustos e inmolaron víctimas aquel día al Señor.*

27. ¿En qué día, sino en aquel en el que pusieron las vacas sobre las maderas del carro como holocausto al Señor? ¿Cuál es, pues, aquel día, sino la iluminación de la divina predicación? Pues en aquel día los de Betsames ofrecen holocaustos al Señor, en aquel día inmolan víctimas, en el que cortan las maderas, en el que ponen sobre ellas las vacas en holocausto al Señor; porque los santos predicadores, por aquella luz de la palabra con la que brillan para los súbditos, también se administran a sí mismos el oficio de la visión para la rectitud del camino soberano, y despreciadas las cosas ínfimas, por la fuerza del amor se exhiben a Dios omnipotente tanto más libremente, cuanto más ven también a sus oyentes ya unidos a Él con gran familiaridad. Pero porque se relata que

los varones de Betsames no solo ofrecieron holocaustos, sino que inmolaron víctimas, se designa la oblación espiritual de los varones perfectos. Pues ofrecen holocaustos cuando por el ascenso de la contemplación se unen a Dios omnipotente con inefable afecto. Pero asocian las víctimas a los holocaustos: porque sin duda refieren el bien de tan gran jocundidad no a sus méritos, sino a la bondad divina. Sin duda ofrece holocausto sin víctimas quien ya se une a las cosas soberanas en gran deleite; y al surgir los movimientos de la elación oculta, de ningún modo los domina por la virtud de la humildad. Por tanto, en las oblaciones de los perfectos se describe que han concurrido a la vez los holocaustos y las víctimas: porque tanto son dignos de gozar de la dulzura divina, como en todo lo que ya se hacen totalmente celestiales, son ignorantes de la elación.

(Vers. 16.) Y los cinco sátrapas de los filisteos vieron, y volvieron a Ecrón aquel día. 28. Los sátrapas de los filisteos, como ya dije arriba, son los predicadores elegidos de los gentiles. Los cuales ciertamente están contenidos en el número de cinco; porque presiden ya sea a los fieles todavía rudos o a los carnales para refrenar los cinco sentidos del cuerpo. Estos ciertamente acompañan al carro con el arca de Dios; porque prosiguen con el cuidado de su solicitud a los discípulos ya instruidos que pasan al estudio de la vida espiritual. Pero al llegar el carro al campo de Josué, e inmoladas las vacas, vuelven a Ecrón: porque cuando ya han considerado la perfección de ellos, no exploran más los caminos de su conversación. Pero

vuelven a Ecrón, porque se vuelven a convertir a otros. Pues Ecrón se dice "estéril" en nuestra lengua. Estériles también son quienes o carecen de fe o de buena conversación. Pero bien se añade cuando se dice que los príncipes volvieron: En aquel día: porque si no reconocerían en ellos la claridad de tanta perfección, no volverían de su solicitud con la certidumbre de la seguridad. Sigue:

(Vers. 17, 18.) Estos son los anos de oro que los filisteos devolvieron por el pecado: por Azoto uno, por Gaza uno, por Ascalón uno, por Get uno, y por Ecrón uno. Y los ratones de oro, según el número de las ciudades de los filisteos, de las cinco provincias, desde la ciudad amurallada hasta la aldea que estaba sin muro, y hasta Abel-magnum, sobre el cual pusieron el arca del Señor, que estuvo hasta aquel día en el campo de Josué de Betsames.

29. Qué designan todas estas cosas, se ha expuesto ampliamente arriba. Pero ¿qué es lo que, cuando se manda devolver lo debido al arca por el pecado, se mencionan a la vez cinco anos de oro y cinco ratones; pero cuando se afirma que ya se ha devuelto lo que se debía, se relata que cada ciudad devolvió uno por separado? Pero se mencionan a la vez arriba porque se demostraba a la vez el ornato de todos los miembros en la conmutación de las buenas obras; pero aquí, cuando se describe lo debido devuelto al arca, se muestra cautamente que cada ciudad ofreció cada uno de los anos de oro y ratones: para que ciertamente se insinúe al pecador convertido que abandone

de una vez los pecados, los cuales no busque más por la acostumbrada perversidad. Pues cada ciudad devuelve cada uno de los anos y ratones cuando los pecadores convertidos no repiten los pecados una vez limpiados por las lágrimas de la penitencia. Por lo cual también la sagrada Escritura amonesta diciendo: *No repitas la palabra en la oración* (Ecl 7, 15). Pues repite la palabra en la oración quien ha intentado purgar los pecados con ruegos; pero sin embargo no omite cometer otros por los cuales ore. El cual ciertamente no ofrece a Dios un ano y un ratón por el delito: porque aunque se compunge arrepintiéndose, multiplica las suciedades que representa a Dios al confesárselas. Por tanto, cuando se describe que cada una de las ciudades o provincias de los filisteos devolvió un ano y un ratón, ¿qué otra cosa designa sino la perfección de la verdadera conversión? Pues se convierte perfectamente quien, cuando una vez llora lo que había obrado perversamente, no repite más lo que deba llorar de nuevo. Por tanto, ofrece un ano y un ratón por el pecado quien de tal modo lamenta las cosas pasadas cometidas, que se precave perfectamente de las futuras. Y porque esta forma de conversión ha de ser observada en la santa Iglesia tanto por los sabios como por los indoctos, tanto por los fuertes como por los débiles, bien se afirma que esta solución de la deuda se extendió desde la ciudad amurallada hasta la aldea sin muro. Pues a nadie constituido dentro de la santa Iglesia le es libre pecar, a nadie es inocuo cometer cosas perversas. Por lo cual el Señor amenaza

por el profeta diciendo: *El alma que pecare, ella misma morirá* (Ez 18, 4). Ciertamente las ciudades amuralladas son las mentes rodeadas por la erudición de las sagradas Escrituras. Las aldeas sin muro, en cambio, son las mentes simples. Por tanto, no solo cada una de las ciudades devuelve un ano de oro, sino también las aldeas; para que cualquiera que se convierte a la vida religiosa, por autoría de Dios, no se manche más una vez lavadas ya las hediondeces. Y porque nadie es tan santo que no tenga en sí algo de suciedad que llorar, la solución de esta deuda se extiende hasta Abel-magnum, sobre el cual habían puesto el arca de Dios. Pues Abel se interpreta como "llanto". Con cuyo nombre ciertamente se llamaba la piedra en la que habían puesto el arca de Dios. Pero este nombre ciertamente conviene a nuestro Redentor: porque, aunque no tuvo cosas propias que llorar, sin embargo purgó nuestros pecados con ruegos y llantos cotidianos. Hay también en la santa Iglesia varones perfectos, y aquellos unidos a aquella suma Piedra por la consumación de la caridad. Pues a esta piedra estaba unido aquel que decía: *Nadie me separa de la caridad de Cristo* (Rom 8, 35); al cual oigamos si paga la deuda del arca: *Primero*, dice, *fui blasfemo y perseguidor* (1 Tim 1, 13). De aquí de nuevo confesando dice: *No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios* (1 Cor 15, 9). Ha de notarse también que se lee que la deuda del arca llegó hasta la piedra que se menciona que permanece hasta aquel día en el campo de Josué, y en la que se recuerda que fue puesta

el arca de Dios. En lo cual, ¿qué otra cosa sostenemos sino lo que vemos en la santa Iglesia: porque también satisfacen a Dios por la culpa aquellos que no solo fueron arrancados de los pecados por la gracia de Dios, sino que también fueron asumidos en su tabernáculo por las grandes cumbres de las santas virtudes? Sigue:

(Vers. 19.) Pero el Señor hirió de los varones de Betsames, porque habían visto el arca del Señor, e hirió del pueblo a setenta varones y a cincuenta mil de la plebe.

30. ¿Quiénes son los de Betsames heridos, sino los heréticos engañados por una falsa contemplación? Pues fueron de Betsames no por la verdad, sino por la presunción. Mientras, pues, presumían ver el arca en la piedra, fueron heridos: porque mientras discutían indignamente los sacramentos de nuestro Señor y Redentor, fueron abatidos por los lazos de la condenación eterna a través de la falacia de su propio error. ¿Pero qué es lo que del pueblo fueron heridos setenta varones, y de la plebe cincuenta mil? Pero porque bajo la denominación de "pueblo" se contienen también los nobles de las ciudades, mientras que la "plebe" es el vulgo restante sin los nobles, puede colegirse esto: que algunos entre los heréticos sobresalieron entre los demás como nobles, por así decirlo, quienes perecieron en la limpieza de las obras por el solo error; pero los demás, siguiendo como la rusticidad de la plebe, se oscurecieron con la suciedad de la perversa operación junto con el error de la fe. Por lo cual también unos se expresan con el número cincuentenario,

otros con el septuagenario: porque aquellos ciertamente perfeccionaron las maldades concebidas por los cinco sentidos del cuerpo; mientras que aquellos, al atribuirse falsamente los dones del Espíritu septiforme, fueron sepultados por la eterna tiniebla de la ceguera. Y porque de la herida de ellos se entristecieron los verdaderos fieles, sigue:

(Vers. 20.) Y dijeron los de Betsames: ¿Quién podrá estar en presencia del Señor Dios santo este? Pues como si los verdaderos fieles, pero simples, dijeran: Si tan sabios y filósofos se engañan en el conocimiento de la suma verdad, ¿cuándo los indoctos y simples pueden llegar a su noticia? Pero aunque desconfíen de su medida, sin embargo no desconfían de que el don del conocimiento divino asista a la Iglesia. Por lo cual también se añade: (Vers. 20.) ¿Y a quién subirá de nosotros?

31. De nosotros ciertamente sube el Señor cuando aquello que de su conocimiento se nos oculta es predicado por la voz de los fieles elegidos. Pues como si subir de nosotros fuera revelar a los corazones sublimes por la humildad lo que ocultó a los más simples o a los más débiles sobre la contemplación eterna. ¿Qué es, pues, decir: ¿A quién subirá de nosotros?, sino buscar un doctor digno que de tal modo predique las cosas divinas que no yerre del camino de la verdad? En cuyas palabras también, si requerimos el sentido histórico, reconocemos abiertamente: que quienes murieron por esto, porque vieron el arca del Señor, entendemos ciertamente que no fueron dignos de la misma visión. Con razón, pues, quie-

nes miran a los heridos dicen: ¿Quién podrá estar en presencia del Señor Dios santo este? Pues si estos que son indignos mueren viendo, los que la tocan, ¿cómo viven? Los de Betsames ciertamente son los sacerdotes muertos en la santa Iglesia, y los ministros del sagrado altar reprobados; porque son de la casa del Sol de justicia ciertamente por la dignidad del ministerio, no por la virtud y gracia de la santidad. De Betsames son ciertamente: porque por el oficio de la sagrada oblación conversan en la casa de Dios; pero han de ser heridos con una condenación tanto más acre, cuanto que no solo se atreven a ver los sagrados misterios, sino a tocarlos, cuanto que ya no miran el arca del Antiguo Testamento, sino que, lo que supera todo, se introducen indignamente al cuerpo y sangre del Redentor: a quienes Pablo insinúa como heridos diciendo: *Quien come y bebe indignamente, juicio para sí come y bebe* (1 Cor 11, 29). Pues los verdaderos fieles dicen: ¿Quién podrá estar en presencia del Señor Dios santo este? Ciertamente consideran la altura de tan gran administración, y temen la dignidad de tan gran sacramento. Pero mientras temen someterse al oficio de tan gran cosa, buscan a otros más dignos que puedan desempeñarlo. Por lo cual también sigue: ¿Y a quién subirá de nosotros? Como si, pues, huyendo humildemente de los sagrados misterios, dijeran: Porque nosotros somos heridos por una débil conversación, han de buscarse ministros de una vida más alta, a quienes mientras la conversación sublime los eleva a la altísima santificación de las virtudes, puedan

asistir a Dios por el oficio de tan gran oblación. Sigue:

(Vers. 21.) Enviaron, pues, mensajeros a los habitadores de Cariatiarim, diciendo: Devolvieron los filisteos el arca del Señor, bajen y llévenla de nuevo a ustedes.

32. Cariatiarim se dice su ciudad. ¿Cuál es la ciudad de los santos sino aquella Jerusalén que está arriba? ¿Quiénes son, pues, sus habitadores, sino los varones perfectos separados del amor del mundo por una alta conversación? De los cuales ciertamente uno más eficaz que los demás dice: *Nuestra conversación está en los cielos* (Fil 3, 20). A estos ciertamente han de enviarse mensajeros para que reciban el arca de Dios: porque para la elección de los sacerdotes los varones santos no solo han de ser recibidos, sino también invitados. Y ha de notarse que se dice a los varones más sublimes por medio de mensajeros: *Bajen y llévenla de nuevo*. Bajan ciertamente porque obedecen: de ningún modo bajarían si rehusaran con mente soberbia conceder aquello que el amor fraterno espera de ellos. Entonces ciertamente son verdaderamente sublimes cuando no se apartan de Cristo; cuando no repelen aquello que se les impone por el juicio fraterno. Por lo cual aptamente se añade:

CAPÍTULO V.

(1 Sam 7, 1.) Vinieron, pues, los varones de Cariatiarim, y llevaron el arca del Señor, y la introdujeron en casa de Aminadab en Gabaa: y

santificaron a Eleazar su hijo, para que custodiase el arca del Señor.

1. Aminadab se interpreta como "pueblo mío espontáneo"; Gabaa como "sublime". Y ciertamente a tales ha de encomendarse el arca de Dios. Pues es "pueblo espontáneo" aquel al que solo la buena voluntad atrae a ejercitar las obras de las virtudes, al que la necesidad no impele a cumplir los mandatos de Dios. A los cuales ciertamente el bienaventurado Pablo predica bajo la descripción de uno solo diciendo: *Dios ama al dador alegre* (2 Cor 9, 7). ¿Qué es la casa del pueblo espontáneo sino el baluarte de la santa dilección? Pues no podría ser espontáneo en el ministerio de las virtudes si no construyera para sí una mansión de dilección. La cual casa ciertamente se reconoce situada en Gabaa, esto es, en lo sublime: porque por la altura de la caridad somos elevados a las cosas celestiales. O ciertamente la casa está en lo sublime porque la caridad se antepone a todas las virtudes. Pues insinuando la altura de esta sublimidad, Pablo dice: *Todavía les muestro un camino más excelente.* *Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tuviera caridad, he venido a ser como metal que suena o címbalo que retiñe* (1 Cor 12, 31; 13, 1). ¿Pero qué es lo que santifican a Eleazar para custodiar el arca de Dios? Pero esto ciertamente lo sabemos por el uso de la santa Iglesia, que el ministro elegido recibe primero la bendición de la consagración de los varones sumos antes de desempeñar el ministerio de la oblación. Porque Eleazar se dice "ayuda de Dios", ciertamente se

muestra que los ministros de Dios no solo deben ser sanctificados, sino también inspeccionados qué tales son los que han de ser promovidos al orden de la misma consagración. ¿Pues quiénes son el "auxilio de Dios" sino los que concurren con la gracia divina ministrando, y a quienes la dignación de Dios omnipotente visita por dentro, la cual ellos mismos confirman por el ministerio exterior viviendo bien y enseñando? Por lo cual también dicen con Pablo, no gloriándose vanamente: *Pues somos ayudadores de Dios* (1 Cor 3, 9). Los cuales ciertamente, fortísimos en la conversación, eruditos en la ciencia, fervientes en el amor, robustos en la constancia, no solo no necesitan del auxilio ajeno, sino que a donde quiera que se dirigen pueden socorrer a otros. Bien, pues, se dice: *Santificaron a Eleazar para que custodiase el arca*. Porque estos para quienes todavía son necesarios los auxilios ajenos, no han de ser promovidos para socorrer a otros. Bien asimismo se dice que el mismo Eleazar es hijo de Aminadab: porque ciertamente quien es elegido para el ministerio de la predicación, puesto en la imitación de los santos, todo el auxilio que presta debe ser por dilección.

2. Porque arriba hemos dicho que el carro es la sagrada Escritura, el arca en cambio su ciencia espiritual, las vacas también las almas elegidas, el temor de los de Betsames, que mostramos que estaba en los elegidos en la oblación del sacramento, puede referirse también a la carga de la prelacía. Pues no es necesaria menor santidad para instruir a las almas que para ofrecer

los sagrados misterios. Y por ello se afirma que los de Betsames fueron heridos: porque muchos viven como súbditos que mueren como prelados. Pues el arca de Dios tiene también hermosura exterior, la cual si un ministro débil mira no para la veneración espiritual, sino para la concupiscencia secular, de ningún modo vive. Bien, pues, se declara la causa de la herida de ellos cuando se dice: *Porque vieron el arca de Dios*. ¿Pues qué es "vieron", sino que al verla codiciaron su gloria? Pero ahora, por autoría de Dios, la gloria de la santa Iglesia es copiosa por todo el orbe. La cual gloria ciertamente, porque es apetecida secularmente por los sacerdotes réprobos, los varones de Betsames mueren viendo el arca de Dios por fuera. Pues no apetecen su honor espiritual en vez de la gloria interna de las virtudes, sino para arrebatar el esplendor del arca de Dios, y llevar el fulgor de la prelacía eclesiástica en sus propios cultos en la flor del siglo. También el arca de Dios se mira mal por fuera para la herida cuando los superiores facinerosos, vencidos por la especie exterior de las personas súbditas, son arrastrados a la concupiscencia carnal. Los varones, contemplando con temor la ingente multitud postrada por el dardo de la concupiscencia, dicen: *¿Quién podrá estar en presencia del Señor Dios santo este?* Está, pues, en presencia de Dios quien es fuerte en el orden del divino ministerio. Pues estar es de la fortaleza, ministrar de la obediencia. Por tanto, se dice que está en presencia de Dios quien dispone el orden del oficio soberano en la altura de una digna conversación; quien en el

ministerio que desempeña no es engañado por ningún apetito de honor eclesiástico, ni vencido por ninguna concupiscencia carnal. Porque ciertamente tales ministros idóneos raras veces se hallan, con razón dicen: *¿Quién podrá estar en presencia del Señor Dios santo este?* Y porque los pequeñuelos de Cristo dejan tan gran carga a los varones más fuertes, añaden: *¿Y a quién subirá de nosotros?* Pero cómo enviaron a los habitadores de Cariatiarim, cómo introdujeron el arca de Dios en casa de Aminadab, cómo santificaron a Eleazar, tal como se expuso arriba, no lo cambiamos.

(Vers. 2.) Y sucedió que desde que el arca de Dios permaneció en Cariatiarim, se multiplicaron los días. Si miramos a la historia, los días de la estancia del arca se multiplicaron porque estuvo allí mucho tiempo. Por lo cual también se añade: (Vers. 2.) Pues era el año vigésimo. Y para qué introdujo aquella multiplicación de los días, añadiendo dice: (Vers. 2.) Y descansó todo Israel tras el Señor. Cual descanso ciertamente en aquel antiguo pueblo ha de entenderse no de las buenas obras, sino de la buena devoción. Pues sigue:

(Vers. 3.) Pero Samuel habló a toda la casa de Israel, diciendo: Si de todo su corazón se vuelven a Dios, quiten los dioses ajenos de en medio de ustedes, a Baalim y Astaroth; y preparen sus corazones para el Señor, y sírvanle a Él solo, y los librará de la mano de los filisteos. 3. ¿Los que no habían quitado los dioses ajenos de en medio de sí, sino por buena voluntad, cómo descansaban tras el Señor? Cosas todas las cuales ciertamente,

si se inquieren espiritualmente, los días de la estancia del arca se multiplican. Pero cuando permanece en Gabaa; cuando permanece bajo la custodia de Eleazar; porque cuando el cuidado de las almas fieles se esconde en los predicadores religiosos, la perfección de la religión, que se presta por la doctrina sublime, se cumple por el estudio de las buenas obras. Por lo cual también se relató que entonces instaba el año vigésimo. Pues si el número diez designa la perfección de la antigua Ley, ¿qué significa el veinte sino la más espléndida religión de la nueva vida? Pues el número veinte es el diez duplicado. El cual número ciertamente se perfecciona en la conversación de los elegidos, cuando por el amor evitan lo prohibido por la Ley y cumplen los sublimes mandatos del Evangelio.

4. Porque hemos referido la partida del arca a la perfección de la vida contemplativa, el arca de Dios permanece en Cariatiarim cuando las mentes instruidas de los contemplativos perfeccionan el don de su propia instrucción en el deleite de la claridad soberana revelada a ellos. Ciertamente por veinte años permanece allí ahora el arca de Dios, porque las almas elegidas, elevadas a la cumbre de la íntima exaltación, tienen el número diez en la perfección de la ciencia, pero el veinte en el deleite soberano. Puede también la multiplicación de los días referirse a los incrementos de las virtudes espirituales. Cuando, pues, se dice más expresamente la causa por la que los días se multiplican, se afirma que es el año vigésimo: porque evidentemente las mentes ele-

gidas de los contemplativos, cuanto más abundantemente se alimentan de la contemplación soberana, tanto más plenamente son ilustradas por los fulgores de las virtudes espirituales.

5. ¿Pero qué es que en el año vigésimo se diga que todo Israel descansa tras el Señor, sino porque la sublimidad de la perfección de los elegidos no consiste en la fortaleza de la buena obra, sino en la virtud de la contemplación? Pues descansar tras el Señor es retener la imitación de nuestro Redentor con una caridad invencible. Y quienquiera que no aprendió a amar fuertemente contemplando aquellos inefables gozos de la ciudad soberana, porque más frecuentemente puede ser derribado al amor del mundo, de ningún modo descansa tras el Señor. Por tanto, cuando el arca permanece en Cariatiarim y los días se multiplican, todo Israel descansa tras el Señor: porque ciertamente mientras la ciencia de la mente elegida se eleva a la experiencia del deleite soberano, mientras por la luz de la gloria reflejada se le agrupan las claridades de las virtudes espirituales, puede mantener la imitación dominicana tanto más perseverantemente cuanto que, ilustrada por inmensas claridades, no puede sentir aquellas tinieblas por las que sea dividida de la verdadera luz. Por lo cual también bien se afirma que quien descansa tras el Señor es Israel, a saber, "viendo a Dios": porque cuanto más alto es arrebatado el contemplador a las cosas divinas, tanto menos es vencido por las humanas que refrena poderosamente.

6. Pero porque, por autoría de Dios, hemos conducido su arca viajera hasta el sitio de su sublimidad, veamos con qué afán el predicador vigila la corrección de los súbditos. Pues sigue: *Y dijo Samuel a toda la casa de Israel: Si de todo su corazón se vuelven al Señor, quiten los dioses ajenos de en medio de ustedes*. ¿Y a quiénes acostumbra la sagrada Escritura llamar "dioses ajenos", sino a los demonios que habitan en los simulacros hechos por manos? Dijimos que en Samuel se designan los nuevos predicadores de la santa Iglesia. Rectamente, pues, mandó quitar de en medio de sí los dioses ajenos en toda la casa de Israel: porque en los gentiles que acceden a la fe, el orden de los predicadores pidió no solo la verdad de la recta partida, sino también la condensación de la antigua superstición. Pues de nada les aprovecharía cultivar la verdad profesándola, o por la obediencia, si antes no hubieran dejado las cosas falsas que han de ser detestadas. Quienquiera que incluso ahora está puesto dentro de la santa Iglesia por la fe, pero es rebelde a Dios por la inicua operación, ha de ser amonestado para que quite los dioses ajenos de en medio de sí. Pues aunque deteste los simulacros hechos por manos, sin embargo se somete a los imperios de los demonios por la acción perversa. Quita, en cambio, de en medio de sí los dioses ajenos quien de tal modo se convierte a Dios, que por las malas obras nunca venera a los espíritus inmundos.

7. También se puede designar el estudio de una vida más cautelosa a través de estas palabras de exhortación. Pues, ¿qué hay en medio de no-

sotros, sino nuestro corazón? Hay, sin embargo, algunos que están limpios en la operación del mundo, pero por la debilidad del corazón, se manchan con el uso del pensamiento depravado. Ciertamente hacen cosas buenas incesantemente, pero nunca dejan de pensar cosas reprobables. Como, en verdad, en sus corazones descansan tantos demonios como deseos inmundos hay, son instados urgentemente a quitar los dioses ajenos de en medio de sí: para que rindan al Dios todopoderoso no solo la rectitud de la obra, sino también la gloria de la pureza interna. Por lo cual también se añade aptamente: Y preparad vuestros corazones para el Señor. En efecto, prepara su corazón para el Señor quien no solo separa su mente del pensamiento inmundo, sino que también la ilustra con los resplandores de los pensamientos santos y de las virtudes: de modo que, como si los ídolos hubieran sido arrojados y destrozados, se haga templo de Dios; mientras erige allí el asiento de la gracia divina, donde no permitió que permanecieran los espíritus reprobables a través de los deseos perversos sujetos a ellos. Bien, por lo tanto, amonesta primero a los israelitas a quitar los dioses ajenos de en medio de sí, y luego a preparar sus corazones para Dios; porque el orden recto de la religión iniciada es que cada uno repruebe primero lo perverso, y luego se acerque al Dios todopoderoso con el estudio de la buena intención. Pero finalmente es necesario que quien ya ofreció a Dios el propósito de la buena voluntad y la limpieza del corazón puro, exponga en la rectitud de la buena obra aquello

que delibera en su interior viviendo bien. Por lo cual también se añade: Y servid solo a Dios.

8. Pues sirve solo al Señor quien no inserta cosas perversas en las obras buenas. Porque quien así actúa bien que no abandona las cosas malas, de ninguna manera sirve solo a Dios: porque exhibe obediencia al espíritu malo, cuya voluntad no teme cumplir. De donde ocurre que incluso haciendo cosas buenas no sirve a Dios: porque Aquel que se cree que creó al hombre entero, no se digna tenerlo en común con el adversario. Pues de aquí es que la Verdad misma denuncia por sí misma, diciendo: Nadie puede servir a dos señores (Mt 6, 24). De aquí Pablo, inquiriendo, dice: ¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad, o qué sociedad tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué acuerdo tiene Cristo con Belial? ¿O qué parte tiene el fiel con el infiel, o qué consenso tiene el templo de Dios con los ídolos? (2 Cor 6, 14-15). Por lo tanto, se nos manda servir solo al Señor, para que quienes ya empezamos a hacer cosas buenas por inspiración de Dios para obtener la remisión de nuestros pecados, no mezclemos nada perverso con esas mismas obras buenas. Porque entonces somos desatados de la obligación de nuestros pecados, cuando las cosas buenas que pagamos para su absolución no están mezcladas con males. Pues el predicador, hablando a los penitentes devotos, dice: Si de todo vuestro corazón os volvéis al Señor, quitad los dioses ajenos de en medio de vosotros, y servid solo a Dios. Como si dijera: Entonces podréis ser desatados de los pecados, cuando no manchéis con otros crímenes

sobrevenidos las cosas buenas del corazón y de la obra, que pagáis a Dios para vuestra absolución. Por lo cual también prometiendo, dice: Y él os librará de la mano de los filisteos.

9. ¿Quiénes son designados en este lugar por los filisteos sino los espíritus malignos? Quienes, por cierto, mientras se embriagaron en un momento con el cáliz de su propia soberbia, cayeron hinchándose del estado de la gloria. ¿Qué es, pues, la mano de los filisteos, sino aquel poder de los demonios, con el que conducen a las almas muertas en el pecado a los tormentos eternos? De aquella mano de los filisteos solo estuvo libre quien decía: Viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Jn 14, 30). De aquí Pablo dice: Todos pecaron, y necesitan la gloria de Dios (Rm 3, 23). De aquí otra vez dice: Éramos también nosotros hijos de ira, como los demás (Ef 2, 3). ¡Oh, qué grande don es aquella promesa, por la cual se dice: Él os librará de la mano de los filisteos! Pues solo aquel se mantuvo libre de esta mano, el cual no cometió pecado. De ella ciertamente todos somos librados contra el mérito. Por lo cual también Pablo dice: Justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de su justicia, a causa de la redención de los delitos precedentes, en la sustentación de Dios para la manifestación de su justicia en este tiempo, para que sea él mismo justo, y justificando a aquel que es de la fe de nuestro Señor Jesucristo (Rm 3, 24-26). De aquí asimismo dice: Por gracia habéis sido librados (Ef 2, 8). Es como si dijera: Él os librará de la potestad de los espíritus malignos, para que, como si

los crueles enemigos fueran ahuyentados del camino, mientras interviene la muerte de la carne, alcancéis más seguramente aquellos gozos eternos que deseáis. Grandes cosas prometió, pues, quien enseñó mandando grandes cosas, para que la magnitud del don incitara a la fortaleza del trabajo. Pues es una cosa grande servir solo al Señor, a saber, hacer cosas buenas incesantemente, y no mezclar cosas reprobables con los actos buenos. Pero ¡oh, cuán máximo es, en el tránsito de esta vida, no incurrir en la potestad de los espíritus sanguinarios, no ver ningunas horribilidades en el camino, no encontrar ningunas contrariedades de objeciones, escapar de las penas eternas, sentir los auxilios de nuestro liberador, perder la luz momentánea del mundo, sino de repente encontrar la inefable claridad de la eternidad! Oigan, pues, oigan, quienes desean ser librados de la mano de los filisteos: Preparad vuestros corazones para el Señor, y servid solo a él.

(Vers. 4.) Quitaron, pues, los hijos de Israel de en medio de sí a Baalim y Astaroth, y sirvieron solo al Señor.

10. Pues es costumbre de los elegidos que, cuando reciben las exhortaciones de la predicación divina, se enciendan en el estudio de la buena operación oída. Porque los reprobados frecuentemente oyen las palabras de Dios, y sin embargo con esas mismas palabras no proponen ninguna obra buena. Perezosos, permanecen en sus acciones: porque proyectados fuera de la luz divina, no ven con contemplación interna la gloria del Dios todopoderoso, cuyas palabras oyen.

Rectamente, por lo tanto, quienes obedecen son llamados hijos de Israel: porque en cuanto contemplan la majestad con una manifestación más abierta, se reconocen para obedecer sus preceptos más devotamente. Pero porque habla a los conversos, oigamos qué ve que todavía les falta: pues sigue:

(Vers. 5, 6.) Dijo además Samuel: Congregad a todo Israel en Masfath (Masphath), para que ore por vosotros al Señor. Y se congregaron en Masfath.

11. Masfath significa especulación o contemplación. Cuya especulación ciertamente expone el bienaventurado Pablo diciendo: Vemos ahora por un espejo, en enigma (1 Cor 13, 12). Especular, en efecto, para nosotros es contemplar los bienes eternos desde la altura de las Escrituras. Pues especulamos, por así decirlo, lo que ya conocemos por la verdad de la fe, y todavía no vemos con la cara revelada. Pero para los pecadores conversos, convenir en Masfath es confiar en la misericordia del Dios todopoderoso a través de la intención de la mente. Pero de tal modo presuman de la misericordia de Dios, que sin embargo no descuiden borrar por la penitencia aquello que recuerdan haber hecho inicuamente. Por lo cual también allí de repente se subraya:

(Vers. 6.) Y sacaron agua, y la derramaron en presencia del Señor.

12. Pues, ¿qué es sacar agua sino producir torrentes de lágrimas desde la profunda confusión del alma penitente? Pues sacamos agua, por así decirlo, cuando lloramos considerando en

qué profunda iniquidad caímos. Cuya agua ciertamente derramamos en presencia del Señor, si cuando somos punzados por el arrepentimiento, no buscamos el favor del mundo por el llanto de esa misma compunción, sino solo el fruto de la aplacación divina. Pero mientras el alma es punzada por el llanto, es necesario que también la carne que estuvo sujeta a los deleites sea afligida. Por lo cual también se añade:

(Vers. 6.) Y ayunaron en aquel día.

13. El "día" del alma pecadora es la esperanza de conseguir la indulgencia en la promesa de la palabra divina. Por lo cual también el Señor promete a través del profeta, diciendo: No quiero la muerte del pecador: sino más bien que se convierta y viva (Ez 18, 32. 33. 11). En aquel día, por lo tanto, ayunan quienes por eso desgastan la carne arrepintiéndose: porque en la luz de la esperanza creen indudablemente que han de llegar a la indulgencia. Cuya aflicción de penitencia, sin embargo, es entonces finalmente idónea para borrar los pecados cuando ha sido mandada por el juicio del sacerdote, cuando por él, discutidos los actos de los que confiesan, según la medida del crimen, se les decreta el peso de la aflicción. Bien, por lo tanto, sigue:

(Vers. 6.) Y dijeron: Te pecamos, Señor. Y juzgó Samuel a los hijos de Israel en Masfath (Masphath).

En Masfath, por cierto, juzga el sacerdote cuando no sigue el arbitrio humano, sino el divino; cuando en todo lo que se ha de disponer se eleva en alta contemplación, y dispone esto

en el juicio de los súbditos: lo que conoce que es equitativo en la visión superna. Pues de aquí es que en casi todo negocio Moisés consulta al Señor en el tabernáculo de la alianza (Éx 33, 8): porque, ciertamente, el predicador de la santa Iglesia debe mirar en la íntima contemplación de la verdad, para que pueda ordenar fuera irreprensiblemente la vida de los súbditos. Pues entonces puede más verdaderamente tanto retener como perdonar los pecados, cuando en lo arcano de la especulación, hablando el Señor, oye lo que dice. Por lo cual también, resurgiendo de entre los muertos, el Señor primero insufló en la cara de los discípulos, y después dio la autoridad de perdonar y retener los pecados (Jn 20, 21. 23): para que ciertamente mostrara que quien no tiene aquella especulación de la mente, no debe ser juez de almas. Insuflar el Señor en la cara de los predicadores elegidos es revelarles a través del Espíritu Santo las íntimas y secretas vías del examen espiritual. De aquí Pablo dice: El espiritual juzga todas las cosas (1 Cor 2, 15). De aquí asimismo, recomendando la largueza de la gracia divina, dice: Nosotros no tenemos el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos las cosas que Dios nos ha dado (Ibíd., 12). Quien, en cambio, tiene el espíritu de este mundo, no puede juzgar a los súbditos en Masfath, esto es, en la especulación: porque mientras no penetra lo interior por el espíritu, en las causas de examen que busca, yerra fuera con espíritu mundano. Rectamente, por lo tanto, se dice que Samuel juzgó a los hijos de Israel en Masfath: porque,

ciertamente, los santos predicadores no definen nada fuera en los juicios de los súbditos sino lo que dentro se les revela por inspiración divina. Pero mientras los buenos súbditos se someten al juicio de los mayores, encienden más fuertemente contra sí las iras de los enemigos espirituales. Por lo cual también se añade:

(Vers. 7.) Y subieron los sátrapas de los filisteos contra Israel.

15. Pues después de haber quitado los dioses ajenos, cumplido el ayuno, exhibida por el predicador la censura del examen del juicio, los príncipes de los filisteos suben contra Israel: porque cuando progresamos en una vida más alta, los espíritus malignos, que siempre envidian a los que actúan bien, nos son más hostiles. Y porque desean deponernos de la sublimidad de la vida inocente, se dice que suben. Pues subir, para los espíritus malignos, es elevarse para expugnar los corazones elevados por el deseo celestial. Porque también contra los más perfectos soldados de Cristo se excitan los combates no de cualquier espíritu malo, sino de demonios más fuertes; no se dice que suben contra Israel simplemente los filisteos, sino los "sátrapas de los filisteos". Los príncipes también presiden a más. Por esto, pues, que se dice que los sátrapas suben contra Israel, puede recogerse razonablemente que para probar la paciencia de los elegidos, no se diputó un solo espíritu malo a cada uno de los elegidos, sino innumerables; para que de la victoria conseguida por estos, sea tanto más copiosa la gloria de los fieles, cuanto más graves les hubieran sido

infligidos los combates. Sin embargo, entre estos mismos combates, los recientemente conversos suelen temer vehementemente: pues de repente se encuentran en el campo del trabajo, más allá de la experiencia de la costumbre. Por un lado ven los deseos armados contra sí, que hace poco les servían en paz: por otro lado el amor superno les invita a no desertar de los bienes comenzados. Por aquí el espíritu eleva la mente, por allá la carne la deprime; y mientras no pueden saber la medida de su fin, temen vehementemente por la incertidumbre de su elección. Por lo cual también aquí se añade aptamente:

(Vers. 7.) Lo cual oyendo los hijos de Israel, temieron de la cara de los filisteos.

16. Pues temen de la cara de los filisteos, para que no teman sus partes posteriores (posteriora). ¿Qué es la cara de los espíritus malos, sino la concupiscencia secular? Pues en esta especie cualquiera que es compuesto se conforma a la imagen de ellos. Pero porque no de la cara de los filisteos, sino "de la cara" (a facie) se dice que temió Israel; así insinúa las mentes de los elegidos que también reprueba por razón latente la estulticia de los reprobados. Pues no temieron la cara, sino "de la cara": porque, a saber, para los varones santos, una cosa es lo que contemplan fuera, otra lo que temen dentro. Pues aunque a veces consideran el mundo floreciente por razón humana, de repente elevan los ojos de la mente retirándolos hacia aquellos males que siguen a los gozos del mundo, y tiemblan como de la cara, quienes por las penas siguientes evitan los deleites presentes.

Pero al contrario los reprobados, que de ninguna manera temen esta cara de los filisteos, no escapan a los siguientes ímpetus de ferocidad de ellos. Pues mientras reciben con toda su fuerza los vanos gozos del mundo, capturan aflicciones perpetuas por la potencia de los demonios. A quienes ciertamente la Verdad amenaza, diciendo: Ay de vosotros, ricos, porque recibisteis vuestro consuelo en vuestra vida (Lc 6, 24). De aquí asimismo denunciando, dice: Ay de vosotros los que reís, porque lloraréis (Ibíd., 25). Como si dijera de otro modo: Porque de ninguna manera teméis de la cara de los filisteos, cuando las fuerzas siguientes irrumpen, no podéis encontrar refugio de salvación. Entonces ciertamente el temor está presente, pero el que ayude no está presente. La venganza se da por el flagelo sin esperanza de liberación; y sienten cuán horribles son las partes posteriores de los filisteos quienes quisieron los halagos de su cara en el amor del mundo. Bien, por lo tanto, de los israelitas, en tipo de los elegidos, se dice: Temieron de la cara de los filisteos: porque, ciertamente, mientras ordenan solícitamente su modo de vivir, no disponen temer los males eternos cuando vienen; sino que tiemblan de la concupiscencia temporal, por cuyo mérito son infligidos. Y porque creen que pueden obtener esto no tanto por sus propios méritos como por la intercesión de los mayores, sigue:

(Vers. 8.) Y dijeron a Samuel: No ceses de clamar por nosotros al Señor Dios nuestro de Israel, para que nos salve de la mano de los filisteos.

17. Pero a los súbditos tentados los pastores buenos no solo les confieren los auxilios de las oraciones, sino también de los sacrificios. De donde se añade:

(Vers. 9.) Tomó además Samuel un cordero de leche (agnum lactentem), y lo ofreció holocausto íntegro (holocaustum integrum) al Señor; y clamó Samuel.

¿Qué es el clamor de Samuel sino la gran virtud del deseo en la súplica del pontífice? De donde a Moisés, callando con los labios pero deseando la salud del pueblo súbdito con ferviente devoción, se le dice por el Señor: ¿Por qué clamas a mí? (Éx 14, 15). ¿Pero quién es el cordero de leche sino aquel que su precursor mostró, diciendo: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Jn 1, 29)? Y se dice de leche porque en su inocencia se predica la verdadera humanidad. Pero se ofrece un solo cordero porque, fuera de él, no se encuentra de ninguna manera quien quite los pecados del mundo. Al cual ciertamente ofreció íntegro (integrum). Pues la integridad del cordero pertenece a la solidez de la profesión católica. Pues como que divide al cordero quien se separa del canon de la fe por la espada del error. El cordero, por tanto, se dice por la inocencia, de leche por la asunción de la naturaleza, uno por la singularidad de la potencia, íntegro por la firmísima solidez de nuestra fe.

18. Que si alguien quisiera referir esto no a él, sino a su imitador, puede. Pues ofrecemos un cordero cuando por el bien de la castidad y de la inocencia somos conformados a nuestro Reden-

tor; y cuando somos alimentados con la doctrina de nuestros inocentes Padres, como que mamamos de los pechos con los que somos nutridos para la vida eterna. También ofrecemos un solo cordero si, después de los inicios de la conversación religiosa, no somos manchados por ninguna inquinación de depravación. Pues ofrece un solo cordero quien del propósito de inocencia no fluye de ninguna manera a las manchas de la vida manchada, de las cuales regrese por la iteración de la buena operación. Ofrecer también el cordero íntegro es preparar para la vida eterna no solo la continencia de la carne, sino la integridad de la mente. De ninguna manera ofrece al Señor el cordero íntegro quien consagra la carne a Dios por la continencia, pero no refrena los secretos de su mente de la lascivia de los pensamientos inmundos. Pues como que sustrae una parte del cordero al sacrificio quien no junta la pureza del corazón a la continencia del cuerpo. Por lo cual también el Cordero mismo, mandando a los discípulos ofrecer íntegro, dice: Oísteis que fue dicho a los antiguos: No adulterarás; pero yo os digo, que cualquiera que viere a una mujer para codiciarla, ya adulteró en su corazón (Mt 5, 27. 28). De aquí también se notan en el Evangelio las vírgenes necias, que prepararon las lámparas, y no prepararon el aceite (Mt 25, 3). Pues tienen las lámparas preparadas quienes guardan el bien del pudor (pudicitiae) en el cuerpo: tienen también el aceite quienes mantienen el brillo de la pureza en la circunspección de su mente. Dígase, por tanto, de Samuel: Ofreció el cordero íntegro al

Señor: porque para que el bien del pudor baste para la aplacación divina, no solo debe guardarse en el candor del cuerpo, sino en el esplendor de la pureza interna. Merecidamente, por lo tanto, se añade:

(Vers. 9.) ---Y lo exaudió el Señor.

19. Pues aquel puede ser exaudido por el Señor orando por otros, quien en alguna parte no es odioso al Señor a quien suplica. Pues si todavía es deprimido por la propia enfermedad, de ninguna manera es exaudido para obtener la fortaleza de los prójimos: y no eleva su deseo a la cumbre de la celsitud divina en aquello en que él mismo no cuida de subir desde lo más bajo, donde yace por el lapso, por el conato de un estudio más ferviente. Pero también se expone el modo de la exaudición cuando se añade:

(Vers. 10. 11.) Sucedió que, mientras Samuel ofrecía el holocausto, los filisteos iniciaron el combate contra Israel. Pero tronó el Señor con un gran estruendo en aquel día sobre los filisteos, y los aterró, y fueron heridos por los hijos de Israel. Y saliendo los hijos de Israel de Masfath (Masphath), persiguieron a los filisteos, y los hirieron hasta el lugar que estaba debajo de Bet-car (Bethchar).

20. Mientras Samuel ofrecía el holocausto, los filisteos iniciaron el combate contra Israel: porque los espíritus malignos conmueven entonces tentaciones más graves contra los fieles súbditos, cuando ven a los Pastores estar más insistentemente contra ellos. Pero el Señor truena sobre los filisteos: porque a los doctores que oran y a los

fieles súbditos, la gracia divina les administra la fortaleza. Pues los truenos suelen producirse por las nubes. Y por las nubes sublimes se entienden el deseo celestial del alma. Por lo cual también el profeta, admirando las mentes de los elegidos elevadas en el amor de las cosas celestiales, dijo: ¿Quiénes son estos, que vuelan como nubes (Is 60, 8)? ¿Y qué son los truenos de las nubes, sino aquellos fervientes y supernos deseos de los elegidos: por los cuales, mientras su mente es encendida por la gracia divina, expulsan totalmente de ella todo lo que los espíritus malignos sugieren engañando? Bien, por tanto, se dice: Tronó el Señor sobre los filisteos, y los aterró. Pues mientras por su gracia infunde los deseos supernos en las mentes elegidas, porque también hace despreciar todas las cosas terrenas, el espíritu inicuo pone en fuga incluso a aquellos que les sugieren apetecerlas. Pues como aterrados por el trueno huyen, mientras en las mentes elegidas, a las que habían golpeado tentando, temen el ingente sonido de la virtud divina. Pero porque se dice que el Señor tronó con gran estruendo, ¿qué otra cosa es, sino que los deseos imperfectos de los cristianos no son terribles para los demonios? Pues el gran estruendo del trueno es el deseo perfecto de cada uno de los elegidos. Cuando, por tanto, el Señor truena con gran estruendo sobre los filisteos, entonces son heridos por los hijos de Israel: porque mientras la perfecta devoción erige la mente de los elegidos a los gozos supernos, corta totalmente de sí todo lo que milita para la parte adversa. Bien también se recuerda que

primero fueron aterrados los filisteos, y después heridos por los hijos de Israel: pues son aterrados por la devoción de los elegidos, son heridos por la obra. Y porque la devoción es anterior a la obra, rectamente se afirma que primero fueron aterrados, y después heridos. Pues primero recibimos del Señor el don de la buena voluntad, para que después podamos refutar los consejos de los espíritus malignos. Bien también se dice que el Señor truena sobre los filisteos y los aterra, y se afirma que los hijos de Israel los hieren: porque los buenos deseos se nos administran por la gracia divina, pero nosotros promovemos los dones de la gracia por el conato del libre albedrío hacia las victorias de las virtudes. El orden, por tanto, de la milicia celestial es que primero se oiga a Dios tronando con gran estruendo, y después el soldado avance a herir las filas de los enemigos: para que, ciertamente, vea primero en sí los dones de la gracia, y luego irrumpa con más fuerza en el campo del certamen, y espere seguro el resultado de la victoria aquel que está apoyado por las fuerzas con las que será coronado antes de los tiempos de la batalla.

21. Bien también, se afirma que quienes hieren a los filisteos salieron de Masfath. Pues en Masfath, que se llama "especulación" (contemplación), permanecen quienes persisten en la contemplación de las cosas divinas. Pero salen a herir a los filisteos cuando, viniendo como consultados desde el secreto de la meditación interna, reprimen las fuerzas de la dominación adversa. Pues dentro ordenan latente cómo irrumpir fuera, en

la obra preparada, las cuñas de los enemigos. Ciertamente les exhiben combates tanto más graves al avanzar, cuanto, mientras piensan las cosas internas, yacen más quietos dentro de sí mismos. Y porque los espíritus malignos siempre deben ser reprimidos por los elegidos de Dios, se recuerda que los filisteos fueron heridos hasta el lugar debajo de Bet-car (Bethchar). Pues Bet--car se interpreta como "casa del cordero". Isaías, insinuándonos este cordero, dice: Como cordero será llevado al matadero, y como oveja ante el que la trasquila, sin voz (Is 53, 7). ¿Qué fue, por tanto, la casa del cordero, sino aquella sublime y singularmente munida conversación del Redentor, que mientras careció de culpa, existió inaccesible a todos los espíritus inicuos? A Bet-car, esto es, a la casa del cordero, nadie puede llegar: porque quienquiera que aprovecha mucho, es inferior a la santidad del Redentor. Por lo cual también el egregio predicador, insistiendo en las alabanzas del mismo Redentor, dice: Tal nos convenía que fuera el pontífice, santo, inocente, impoluto, segregado de los pecadores, y hecho más excelso que los cielos, que no tiene necesidad, como los sacerdotes, de ofrecer primero hostias por sus propios delitos (Heb 7, 26. 27). ¿Cuál es, por tanto, el lugar debajo de Bet-car, hasta el cual debemos herir y perseguir a los filisteos? Pero si Bet-car significa la perfección de la conversación del Señor, el lugar debajo de Bet-car expresa la suma común de la santidad de los Santos. Quienes también se humillan obedeciendo al mismo Redentor, y se aproximan a su gloria por el estudio de una vida

inocente. Pues el lugar que se muestra situado debajo de Bet-car se reconoce tanto ser inferior al mismo lugar al que está sometido, como ser vecino de él: porque los varones santos, en cuanto son vecinos de Dios por la altura de la vida, en tanto están sometidos por un pensamiento más humilde. Mientras, por tanto, se muestra el triunfo de los fieles novicios bajo las gestas de los israelitas, se dice que los extranjeros fueron heridos hasta el lugar debajo de la casa del cordero: porque, ciertamente, por el incesante conato del certamen, debemos contender hacia la cumbre de la perfección: donde ya seamos tanto más terribles para nuestros enemigos, cuanto más cercanos a nuestro Redentor. Pues allí ya hay una cierta seguridad, que no puede ser perturbada por el pavor de los enemigos. Pues el Señor, insinuando los dones de la virtud concedida a tales personas, dice: He aquí, os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda virtud del enemigo (Lc 10, 19). Por lo cual también aquel que había llegado al lugar vecino a la casa del cordero dice: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o el hambre (Rm 8, 35), u otras cosas tales? La casa del cordero también puede designar la patria celestial. Por lo cual también Juan dice: Vi sobre el monte Sión al cordero de pie, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían su nombre, y el nombre de su padre escrito en sus frentes (Ap 14, 1). ¿Cuál es, por tanto, el lugar que está bajo la casa del cordero, sino el término de la vida temporal, desde el cual los elegidos son asumidos

a los gozos de la patria superna? Pues quienes somos llevados hasta el término que nos ha sido fijado, el cual no podemos pasar viviendo, llegamos como a un lugar desde donde seamos trasladados a otra parte. Pero el término de la vida del varón elegido se muestra situado bajo la casa del cordero: porque desde donde se sumerge por las angustias de la mortalidad, desde allí es elevado a los gozos de la vida que no falta. Pues también el cordero mismo, que habita alegre su casa en medio de los citaristas que tocan la cítara y cantan, estuvo bajo la casa antes de ser llevado a la alegría de esta casa. Pues de aquí es que, al tiempo de su inmolación, dice: Triste está mi alma hasta la muerte (Mt 26, 38; Mc 14, 34). El fin de cada uno de los elegidos, mientras se muestra por el lugar, se recuerda que está debajo de Bet-car, esto es, de la casa del cordero; porque los varones santos, cuando por la pena de la muerte desamparan las cosas temporales, ascienden desde lo cercano a la patria superna que les preemina. Pues Pablo, afirmando confiadamente, dice: Sabemos que si nuestra casa terrestre se disuelve, tenemos una habitación de parte de Dios, no manufacturada en el cielo (2 Co 5, 1). Por tanto, herimos a los filisteos hasta el lugar que está debajo de la casa del cordero si, mientras estamos en esta vida, triunfamos sobre los espíritus malignos.

(Vers. 12.) Tomó pues Samuel una piedra, y la puso entre Masfath y Sen; y llamó su nombre "Piedra del Socorro" (Lapis Adjutorii), y dijo: Hasta aquí nos ha ayudado el Señor.

22. La "Piedra" en el sagrado elocuio significa al Señor y a nuestro Redentor. Ciertamente, Samuel toma una sola piedra, puesto que la fortaleza del Redentor es predicada singularmente por el predicador de la santa Iglesia. La cual ciertamente se prefija entre Masfath y Sen: porque al término de la vida protege a los elegidos y quebranta a los réprobos. Pues Sen se llama "sacudida" (excussio). Y los réprobos son los sacudidos, esto es, los separados de la sociedad de los fieles. Por tanto, mientras se afirma que los filisteos fueron heridos hasta el lugar debajo de Bet-car, se asegura que la piedra fue prefijada entre Sen y Masfath: porque mientras los elegidos de Dios perciben el título de su victoria al final, son separados de la sociedad de los malos por el juicio del Redentor. Ahora, ciertamente, estamos juntos como el trigo y la paja en la era, pero mientras somos llevados al término de la vida, los elegidos son divididos de los réprobos por la virtud del Señor, y tienen como una piedra media entre sí, mientras aquellos sostienen el peso del Redentor en el juicio de su condenación, y estos tienen las palmas de la gloria eterna en su fortaleza. Por Sen también pueden designarse los espíritus malignos. Pues son los sacudidos, porque fueron proyectados desde el secreto celestial por la soberbia. Y porque ahora combaten con nosotros en esta vida, bien se afirma que la piedra fue puesta entre nosotros y ellos cuando se asegura el tiempo de nuestra victoria: porque cuando recibimos los dones de nuestra milicia, de ninguna manera se nos renuevan sus combates más. Pero

Samuel pone esta piedra en medio: porque el doctor de la santa Iglesia nos muestra la bondad de nuestro Redentor. Y porque todo lo que se hace prósperamente por nosotros en toda nuestra vida se adscribe a la gracia divina, aptamente se llama "Piedra del Socorro" a aquella piedra que se coloca en medio. Pues Él es la Piedra del Socorro, quien, si no quisiera auxiliarnos, podemos ser vencidos, y no podemos vencer. De la cual, ya puesta en medio, se dice: Hasta aquí nos ha ayudado el Señor; porque sus auxilios persiguen a sus elegidos hasta los tiempos de la retribución eterna. Y porque, como hemos dicho, ya entonces no se conmueve ningún combate por parte de los enemigos deprimidos cuando somos recibidos por nosotros en el descanso eterno, sigue:

(Vers. 13). Y fueron humillados los filisteos, y no volvieron a venir más a los términos de Israel.

23. Estas cosas ciertamente expresan los hechos de cada uno de los elegidos de tal modo que también insinúan la preparación de la guerra y los gozos de la remuneración para la santa Iglesia católica. Pues el bienaventurado Pablo mostró esta victoria de la Iglesia universal, que ha de ser ya después de la gloria de nuestra resurrección; quien, como presente ante la futura incorrupción, insultaba a la muerte, diciendo: ¿Sorbida es la muerte en victoria? ¿dónde está, muerte, tu victoria? ¿dónde está, muerte, tu aguijón? (1 Co 15, 54. 55). También vio humillados a los filisteos: porque, recordando a los ángeles apóstatas, encendió a los elegidos al amor de la futura dignidad, diciendo: ¿No sabéis que juzgaremos a los

ángeles? (1 Co 6, 3). Pues entonces los filisteos son humillados, cuando los demonios son enviados a los incendios del fuego eterno preparados para ellos desde el origen del mundo. Y no vuelven a venir más a los términos de Israel: porque no salen a tentar los corazones de los elegidos. Pero ¿cuáles son los términos de Israel, sino los cielos? ¿Y cómo vendrán los espíritus malignos a los términos de Israel, que están tan condenados en lo profundo del infierno que nunca resurgen de la sumersión de las penas? Porque, por tanto, son abatidos por la opresión eterna, aptamente se añade: (Vers. 13). La mano del Señor, dice, estuvo sobre los filisteos todos los días de Samuel.

24. ¿Pues qué son los días de un buen doctor, sino aquellos vernantes rayos de la fulgurante eternidad? Los cuales aptamente se refieren como de Samuel: porque aunque son comunes a todos los elegidos, lucen con una cierta gracia especial para los gozos de los predicadores. O ciertamente son de los predicadores, porque lucen más especialmente en las mentes de aquellos por cuya predicación se demuestran ahora a la santa Iglesia. Y se afirma que la mano del Señor estuvo sobre los filisteos todos los días de Samuel, porque la potestad divina siempre oprime a los espíritus malignos, y nunca desiste de alegrar incluso a los elegidos en la gloria de la eterna claridad. Entonces ciertamente se reparan los daños de los ángeles, cuando todo lo que de la orden de los espíritus creados había sido quitado de la bienaventuranza por su soberbia, se completa con los hombres elegidos. Por lo cual sigue: (Vers.

14.) Y fueron restituidas las ciudades que los filisteos habían quitado a Israel.

25. Las ciudades quitadas son aquellas perdidas multitudes de ángeles. Pero entonces son restituidas, cuando de la naturaleza humana elegida se asume aquello con lo que se supla lo que pereció de los ángeles. Lo cual también puede entenderse convenientemente en la conversión de los hombres flagiciosos. Pues los filisteos quitan ciudades cuando engañan las mentes de la unidad de los fieles tentando, y se las someten sumergiéndolas en los pecados. Pero las ciudades quitadas son restituidas a Israel: porque los penitentes en esta vida satisfacen de tal modo que en la gloria perenne se exhiben espléndidos para el gozo de los elegidos. Pero porque no solo quienes descuidan hacer cosas buenas, sino también quienes hacen iniquidad abundantemente, se salvan arrepintiéndose, se añade: (Vers. 14.) Desde Ecrón (Accaron) hasta Gat (Geth).

26. Ecrón se llama "estéril", Gat "lagar". Estériles ciertamente son quienes no hacen buenas obras. Y en el lagar se prensa la uva, y se produce el vino. ¿Y qué es la concupiscencia secular, sino la uva de la mente réproba? ¿Y qué es el fervor de pecar, sino el licor del vino, que hace a la mente del pecador olvidadiza de los bienes eternos? Pues mientras por la concupiscencia del corazón se genera el pecado, como en el lagar de la uva se produce el vino. Desde Ecrón, por tanto, hasta Gat, las ciudades quitadas son restituidas a Israel: porque las mentes de los que descuidan obrar bien y de los que perpetran el mal audazmente,

que ahora vuelven al Señor arrepintiéndose, entonces se demuestran espléndidas en la gloria común de los elegidos. Pues sus males de ninguna manera vienen a la memoria de Dios, los cuales ellos mismos no olvidaron borrar con la aflicción de la penitencia. Sigue: (Vers. 14.) Y hubo paz entre Israel y el amorreo (Amorrhaeum).

27. ¿Qué es esta paz, sino la que el profeta Miqueas afirma, diciendo: Y será este la paz en la tierra, cuando viniere (Miq 5, 5). De aquí Pablo dice: Él es nuestra paz, que hace de ambos uno (Ef 2, 14). ¿And qué es esto, que se muestra la paz entre Israel y el amorreo? ¿Y qué por el amorreo, sino que se designa la parte réproba de los hombres? ¿Y quiénes por Israel son figurados, sino los elegidos? Y porque los elegidos estarán a la derecha de Dios, y los réprobos a la izquierda (Mt 25, 33), mientras se afirma que hay paz entre ambos, se demuestra la ínclita bienaventuranza de los santos; quienes concuerdan con tanta equidad con la justicia del Creador, que no se mueven por ninguna compasión por la pena vista de los réprobos. Mientras, por tanto, se muestra que hay paz entre Israel y el amorreo, no se demuestra un bien que los réprobos tengan en común con los santos, sino con el que se protejan los elegidos. Por lo cual también bajo la especie de Israel se promete de nuevo a la santa Iglesia por el profeta: El que puso la paz en tus términos, y te sacia con la grosura del trigo (Sal 147, 14). Pues pone la paz en los términos de la Iglesia: porque mientras la potencia del Redentor la erige a la celsitud de la íntima equidad, la miseria de los perdidos no

la aflige por el dolor de la compasión. Pero a cuán gran bienaventuranza sean promovidos los buenos súbditos por el estudio de los pastores, lo expone diciendo: (Vers. 15.) Juzgó también Samuel a Israel todos los días de su vida.

28. ¿Qué son los días de la vida de cada doctor, sino las claridades de las virtudes espirituales? Pues juzga a Israel todos los días de su vida quien representa con la perfección de la buena conversación la luz de la justicia, que afirma hablando, para ejemplo de los fieles súbditos. Pero quien no tiene la luz de las virtudes espirituales, porque asume para enseñar los bienes de una conversación extraña, ciertamente juzga en los días de una vida ajena. De los cuales ciertamente dice el Señor por el profeta: He aquí, yo contra los profetas, que hurtan mis palabras, cada uno de su prójimo (Jr 23, 30). Pues hurtan las palabras quienes no siguen obrando el bien que predican enseñando: porque toman como a hurtadillas de lo ajeno lo que de ninguna manera hacen suyo dando el precio del propio trabajo. Después de anunciada, pues, la futura bienaventuranza, se muestra cómo debe ser mientras tanto el pastor de los fieles: porque se afirma que Samuel juzgó a Israel todos los días de su vida. Pues mal insinúa el camino de la perfección si, queriendo abrir con la voz el camino de la luz, se oscurece con la acción. Pues quien había dedicado todos los días de su vida a juzgar a Israel, dice: No me atrevo a decir cosa alguna de las que Cristo no hace por mí, para la obediencia de los gentiles, de palabra y de obra (Rm 15, 18). Juzgue, pues, el doctor, pero

el que tiene los días de su vida ínclitos: para que, ciertamente, fomente primero en sí los rayos de las virtudes espirituales viviendo bien, los cuales administra hablando para proveer los itinerarios de los súbditos: porque también la lámpara entonces se muestra útilmente a los que están en la casa, si ella misma está previamente bien llena de la luz que ha de esparcir.

(Vers. 16.) Rodeaba cada año por Betel, y Gálgala (Galgal), y Masfath, y juzgaba a Israel en los sobredichos lugares.

29. Betel se llama "casa de Dios"; Gálgala, "rueda"; Masfath, como ya se ha replicado arriba, se interpreta como "especulación" (contemplación). ¿Qué significa, pues, Betel, sino a los varones diputados al oficio del sagrado altar; quienes, mientras son inherentes a los estudios espirituales, son como familiares domésticos de Dios omnipotente? ¿Y qué designa Gálgala, que se llama "rueda", sino el orden de los casados? Pues como en una rueda dan vueltas, mientras no pueden carecer totalmente de los cuidados del mundo voluble. ¿And qué se expresa por Masfath, que se interpreta como "especulación", sino aquellos que, vacando a la contemplación divina, se encienden solo con los gozos supernos? ¿Qué es, por tanto, lo que se dice que Samuel rodeaba Betel, Gálgala y Masfath, y juzgaba a Israel en los mismos lugares, sino porque el predicador elegido sigue los ejemplos de todos los órdenes de los elegidos, para poder ser un censor docto de los fieles súbditos? Pues no podrá ser de un examen

justo si se digna a asumir de los ejemplos de los elegidos precedentes lo que decreta.

Pero también rodee estas cosas cada año, para que el doctor providente vea individualmente la perfección de cada uno de los órdenes: para que, cuanto más sutilmente vea los bienes de los precedentes, más decentemente pueda disponer las cosas presentes.

Allí, pues, allí juzgue a Israel, para que corrija con la rectitud de aquellos que cree indudablemente que han agradado a Dios, a los fieles súbditos a quienes instruye para la visión de Dios. También puede designarse por Betel, que se llama casa de Dios, la Iglesia universal de los elegidos: por Gálgala, que se interpreta como rueda, la Sagrada Escritura. Pues todo lo que el doctor exhibe en el provecho de los súbditos, o lo recibe del ejemplo de los elegidos, o del magisterio del sagrado elocuio, o de la revelación de la interna y secreta contemplación.

30. Samuel, pues, rodea Betel, cuando el predicador de la Iglesia busca la autoridad para disponer las obras a partir de los ejemplos de los mayores. Rodea Gálgala (Galgal), esto es, la rueda, cuando comprende la autoridad de su doctrina a partir del magisterio de la sagrada Escritura. También rodea Masfath (Masphath), cuando por la meditación de la secreta contemplación, merece recibir la revelación de la verdad. Pues allí juzga a Israel: porque todo lo que propone a los súbditos para norma de rectitud, o lo recibe de los ejemplos de los elegidos, o de la doctrina del sagrado elocuio, o de la revelación

de la interna contemplación. Con cuyas palabras se muestra, ciertamente, no solo lo que el doctor perfecto debe hacer, sino también que no sería perfecto si no pudiera hacer estas cosas. Pues si solo conociera los ejemplos de los buenos, o si alguien estuviera incluso instruido en la sagrada Escritura y careciera de la revelación de la contemplación, no sería un varón perfecto en el orden de la predicación. Pues la contemplación es la virtud por la cual no solo se reconoce la misma Escritura ya fundada, sino por la cual se fundaría lo que aún no está fundado: y por la cual lo ya fundado se dispone diariamente según la voluntad de Dios. Bien se dice, pues: Y juzgaba a Israel en los sobredichos lugares. Pues no solo en Betel y Gálgala, sino también en Masfath: para que quien se esfuerza por la perfección de la predicación, mientras sigue por humildad los ejemplos de los mayores, y mientras se apoya en la instrucción por el estudio del sagrado elocuio, es necesario que cuide totalmente de conocer contemplando, con pureza de mente, aquellas cosas que han de disponerse. Pues debe ser dócil a Dios quien, asumido el oficio de la predicación, desea enseñar a los hombres. Sin embargo, presuma de tal modo de aquel que es instruido por la instrucción de la secreta contemplación, que ni desprecie las Escrituras publicadas por el Espíritu Santo, ni se digne a dejar de seguir los ejemplos de los elegidos. Pues se describe que Samuel rodeaba Betel, Gálgala y Masfath; para que uno de ningún modo se divida de lo otro por discordia: para que, ciertamente, reciba tanto los ejemplos que la sagrada

Escritura aprueba, como reconozca aquellas sagradas Escrituras que varones elegidos habían escrito: y también refiera aquellas revelaciones de la contemplación a la regla de las mismas Escrituras.

(Vers. 17.) Y se volvía a Ramatha: pues allí estaba su casa, y allí juzgaba a Israel.

31. Como ya dijimos mucho más arriba, Ramatha se interpreta como visión consumada: y significa aquella bienaventurada y perfecta sociedad de los ciudadanos supernos: a la cual Samuel se vuelve, para no ser oprimido por la carga de su trabajo. Pues Samuel se vuelve a Ramatha cuando la mente del predicador es aliviada por el amor de las cosas celestiales. Pues sucumbiría entre tan inmensas cargas de su oficio si no regresara al amor de las cosas celestiales por el deseo de su esperanza. Pues volverse, para los predicadores, es reducir la intención de su mente a los gozos de la patria celestial. Y allí juzgan a Israel: porque se esmeran en hacer a los fieles súbditos conformes, predicando, a la belleza de la patria superna que retienen en la mente. Allí juzgan a Israel: porque de aquella ciudad ya perfecta extraen la forma que ven, la cual imprimen hablando en las mentes de los hijos: y todo lo que ven indigno de aquella belleza, se esfuerzan por cortarlo de sus mentes. Y porque descansan con todo el afecto en la gloria de aquella patria bienaventurada, allí se afirma que está su casa. Pues se conoce que es su casa aquella en la que conversa amando. De donde también aquel egregio predicador se gloría, diciendo: Nuestra conversación está en los

cielos. Pues rodea Betel, Gálgala y Masfath, y en ninguna de ellas tiene casa, pero en Ramatha tiene casa: porque los doctores de la santa Iglesia, todo lo que ahora reciben de los ejemplos de los elegidos, todo lo que de la instrucción de los sagrados volúmenes, todo lo que de la altura de la revelación superna escudriñan transitoriamente, lo tienen para ayuda del camino, no para el amor de la remuneración. Aquello, en cambio, que aman en la ciudad superna, no es para el provecho del camino, sino para la suficiente, incluso para la abundante generosidad de la recompensa. Y porque allí se congregan todos los bienes, sigue:

(Vers. 17). Edificó allí también un altar al Señor.

32. ¿Qué es, pues, el altar del Señor, sino el corazón del justo? Por el juicio de la Verdad se dice: Donde está tu tesoro, allí también está tu corazón (Mt 6, 21). Pero quien obra el bien por el amor de la patria superna, mientras desea ardientemente llegar a aquellas cosas que congrega arriba, ciertamente edifica un altar, sobre el cual queme las hostias del deseo cotidiano. Bien se dice, sin embargo: Edificó allí un altar al Señor: porque del incremento del estudio celestial, así como la llama crece en el corazón del buen deseo, así también, como con piedras añadidas, el altar se construye hacia arriba, donde se ofrezcan a Dios holocaustos de amor. Lo cual también puede referirse convenientemente al lucro de las almas. Pues el doctor edifica un altar al Señor en Ramatha, cuando coloca los méritos de los súbditos en el cielo, y mientras por su estudio cotidiano las

almas elegidas ascienden a los reinos celestiales, se envían como piedras a la estructura del altar superno. Dígase de Samuel, dígase: Edificó allí un altar al Señor: porque sin duda muy ocioso es el estudio del doctor si por esto que hace él en la tierra, no aumenta el edificio celestial.

LIBRO C

UARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los hechos de los santos varones precedentes son a menudo consuelos para los elegidos subsiguientes. Pues, por una admirable dispensación del consejo divino, fueron tan sublimados a la cumbre de la más alta vida, que realizaron obras fuertes para sí y proveyeron cosas rectas para sus súbditos; pero a veces fueron de tal modo dejados a sí mismos, que las cosas que disponían con recta intención no eran rectas según la providencia de Dios; a fin de que la debilidad de aquellos se convirtiera en la firmeza de los elegidos subsiguientes: porque aunque como hombres puedan engañarse al disponer los asuntos de la santa Iglesia, no por ello deben abandonarse las disposiciones eclesiásticas mismas. Pues he aquí que se dice:

(1 Sam. 8, 1-3.) Y aconteció que, habiendo envejecido Samuel, puso a sus hijos por jueces de Israel; y el nombre de su hijo primogénito era Joel, y el nombre del segundo, Abías, jueces en Berse-

ba. Y sus hijos no anduvieron por los caminos de él.

2. He aquí que aquel que había estado lleno del espíritu de profecía, no conoció que aquellos a quienes ponía como jueces en Israel habían de desviarse después tras la avaricia, y recibir dones, y pervertir el juicio. ¿Qué tiene, pues, de extraño que puedan engañarse al disponer los órdenes quienes no reciben la gracia de la profecía, si aquellos que tienen el espíritu de profecía no tienen ese mismo espíritu para disponer todas las cosas? ¿Pero quién dudaría de tan gran varón que, si hubiera conocido de antemano la futura perversidad de sus hijos, ciertamente no los habría antepuesto a los honores públicos? Por lo tanto, quienes promueven a sabiendas a los réprobos, de ninguna manera pueden halagarse a sí mismos con este ejemplo del profeta: porque solo entonces se actúa inocuamente cuando en ellos, en el momento en que fueron promovidos, no aparecieron signos de la iniquidad subsiguiente. Por lo cual, acertadamente aquellos que fueron puestos por Samuel como jueces en Israel, al ser puestos, eran llamados sus hijos: para que por ello se crea que fueron engendrados no solo por la carne, sino también adornados con los esplendores de su vida. Por lo cual también se asignan cuidadosamente sus nombres: para que por el título del nombre se conozca la forma de virtud que entonces había en ellos. El nombre de uno, dice, Joel, el del otro Abías, jueces en Berseba. Pero de aquellos que, tras haber recibido la dignidad, se dice que se desviaron hacia la avaricia, se muestra

claramente que, antes de alcanzar la cumbre de dicha dignidad, no se veían en ellos signos de futura depravación. Pero he aquí que, mientras atendemos a los consuelos de los pastores, observamos no pequeños peligros de la grey del Señor. Pues los súbditos se mantuvieron en pie, pero los hijos del profeta, puestos en la cumbre de la prelatura (praelatio), cayeron: para que si a nosotros, puestos bajo el cuidado de los mayores, nos sonríe el incesante estudio de la vida santa o la seguridad de una gran vida, no tengamos, sin embargo, el presidir a otros en el apetito del deseo, sino en la magnitud del temor. Pero los carnales, mientras atienden solo a las cosas visibles, no merecen conocer la vida espiritual de los santos. Miran la cumbre de los pastores de la santa Iglesia, pero no saben pensar cuán de mala gana llevan aquellos por dentro el decoro que ostentan por fuera en el esplendor de la cumbre, que soportan la sublimidad del honor como la opresión de una gran carga, que huyen con gran deseo de lo que prosiguen por el ministerio exterior. Pues, según el testimonio del insigne doctor, hemos aprendido que el hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios (1 Cor. 2, 14). Por lo cual también yerra tanto más dementemente siguiendo las cosas carnales, cuanto que ya no penetra en ninguna cosa espiritual por la virtud de la discreción (discretio). Y algunos de ellos progresan tanto en el mal de la demencia, que no temen conmover incluso el estado mismo de la cumbre eclesiástica. Por lo cual también sigue:

(Vers. 4, 5.) Congregados, pues, todos los ancianos de Israel, vinieron a Ramatha, y le dijeron: He aquí que tú has envejecido, y tus hijos no andan por tus caminos. Constituye sobre nosotros un rey, para que nos juzgue como tienen todas las naciones.

(Vers. 4, 5.) Se congregaron, pues, todos los ancianos de Israel y vinieron a Samuel en Ramatha, y le dijeron: He aquí que tú has envejecido, y tus hijos no andan por tus caminos; constitúyenos un rey para que nos juzgue, como tienen todas las naciones.

3. Pero para estos que vivían bajo un régimen espiritual, pedir un rey, ¿qué otra cosa es sino pretender transferir la misma prelatura espiritual a una dominación secular? Pero los santos varones, cuando ven que son despreciados por los súbditos, no les disgusta tanto el ser despreciados, cuanto que quienes los desprecian no agradan a Dios. Pues ven que por el desprecio de ellos se dan incrementos a su gloria interna, pero gimen porque sus méritos aumentan por los defectos de los súbditos, a quienes querrían ver aprovechar de tal modo en los méritos que, en la eterna retribución de los méritos, hubieran podido tener consigo a aquellos sobre quienes presiden. Por lo cual también se añade:

(Vers. 6.) Displació el discurso a los ojos de Samuel, por aquello de que habían dicho: Danos un rey para que nos juzgue.

4. Pues esto le displació, por lo cual pensó que los que hablaban displacían a Dios. Porque no se dice simplemente: 'displació el discurso a

Samuel', sino 'a los ojos de Samuel', e inmediatamente se añade:

(Vers. 6.) Y oró Samuel al Señor por el pueblo.

Conviene que consideremos esto un poco más sutilmente. Los santos varones, que temen mucho displacer a Dios omnipotente, no son fáciles en sus juicios, sino que primero ordenan todo racionalmente en su interior, para disponerlo después irreprensiblemente en la obra exterior. Pues no aceptan ninguna elección de juicio si no es probada por la contemplación de la razón. El Señor quería, ciertamente, abrir estos ojos del profeta cuando decía: Ve con tus ojos, y oye con tus oídos (Ez 40, 4). Por esto dijo a los discípulos en el Evangelio: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis (Lc 10, 23). Pues los ojos de los santos son los entendimientos de la razón, abiertos por la gracia del Espíritu Santo. Y por ello se dicen ser de Samuel: porque todos los carnales, aunque por la sabiduría humana parezcan ser racionales, son tanto más ciegos respecto a esta luz de la razón cuanto que ven solo con aquellos ojos que la serpiente abrió. Pues si vieran el fulgor de las virtudes espirituales, ciertamente desearían tenerlo en el ornato de su mente. Tan grande es, en efecto, el decoro de ellas, que la vista nunca puede dejar de ser codiciada por el deseo del que la ve. Los sabios del mundo, pues, cuando consideran que tienen ojos de razón, pueden conocer por esto cuán dementemente deliran: porque no ser atraídos por la belleza de las santas virtudes es, ciertamente, no solo no divisar su gloria, sino ni siquiera soñarla. Los santos varones, pues, que

por la iluminación del Espíritu Santo ya están ligados en el amor de las cosas internas, tienen los ojos de su mente tanto más claros para ver la gloria de la claridad íntima, cuanto menos tienen de deseo por la calígine del mundo; y pueden discernir las cosas carnales tanto más rectamente cuanto que, elevados lejos de las cosas carnales, han aprovechado más profundamente en la gracia del Espíritu Santo. De donde también el apóstol Pablo profirió una sentencia de la experiencia de tan gran visión, diciendo: 'El espiritual lo juzga todo' (1 Cor 2, 15). Bien se dice, pues: 'Displació el discurso a los ojos de Samuel'. Porque nada es antes despreciado por los varones espirituales, sino aquello que se juzga que debe ser despreciado por el espiritual intuito de la mente. Y porque cuanto más llenos están de la más abundante gracia del Espíritu Santo, de...

(Vers. 7, 8.) Dijo, pues, el Señor a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te dicen; pues no te han desechado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos, conforme a todas sus obras que han hecho desde el día en que los saqué de Egipto hasta este día.

5. Porque se le dice al profeta que ora: Constituye sobre ellos un rey; se muestra claramente que él pidió que se le revelara si esto debía hacerse. Y porque, añadiendo, dice: No te han desechado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos, se muestra acertadamente cuánto le desagrada la palabra que se refiere que desagradó a los ojos de Samuel. Esta conveniencia de juicio en los santos nace de la virtud de la caridad: porque mientras

aman al Creador con toda su mente y se esfuerzan devotamente por obedecer su voluntad, reciben como premio de la retribución celestial el no discrepar, sintiendo de otro modo, de esa misma voluntad de Dios omnipotente que siempre mantienen en las buenas obras. Pues escrito está: El que se adhiere a Dios, es un solo espíritu (1 Cor. 6, 17). Se adhiere al Señor, ciertamente, quien siempre procura cumplir los preceptos de su voluntad. Pero se hace un solo espíritu con él: porque por la larga devoción de la obra piadosa es asumido en tal gracia del conocimiento divino, que ya no puede disentir de la equidad de su juicio interno por el error del espíritu mundano. Pero es muy difícil responder si se pregunta por qué Dios omnipotente se queja de ser rechazado en la petición de un rey y, sin embargo, decreta que se haga lo que se pedía; y de nuevo, si la dignidad real debía ser ordenada, por qué fue permitida como si la majestad de Dios estuviera indignada; y cuando se decreta elegir al rey previsto, ¿por qué se elige al que ha de ser reprobado? ¿Qué otra cosa podemos responder a esto sino lo que el apóstol Pablo respondía a los que se atrevían a escudriñar el inefable abismo de los juicios de Dios: Hombre, dijo, ¿quién eres tú para que respondas a Dios? (Rom. 9, 20). Pero si no podemos definir esto eficazmente, podemos tocarlo inquiriendo. ¿Acaso se queja de ser rechazado en la petición de un rey? Por la voluntad réproba del pueblo que pide mal, el rey pedido es concedido como venganza. Lo cual, si se dice razonablemente, al poner ambas cosas, mostró tanto la culpa como la venganza

por igual. Ciertamente, por la voluntad réproba se convence de haber pedido cosas injustas quien se muestra haber desechado al Creador al pedir. Por lo tanto, a la culpa de la mala petición siguió la pena de la severa equidad (districta aequitas). Pues es una gran venganza la que procede del rigor del examen interno, cuando la mente réproba es de tal modo arrojada, que se le permite realizar lo que mal delibera. Por lo tanto, aquellos que fueron convictos de haber desechado al Señor al pedir un rey, al permitirseles hacer aquello por lo cual desechaban al Señor de sí mismos, no había pena más grave con la que debieran haber sido castigados aquí.

179 6. En este lugar debe notarse que el Señor hace suya la abyección del profeta. Pues no dice simplemente: Me han desechado para que no reine sobre ellos; sino: no te han desechado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos. Para que de hecho muestre que en la persona del prelado elegido Él mismo preemine sobre sus súbditos; y cuando un rector carnal es asumido a la cumbre espiritual de los elegidos, Él mismo parece ser desechado, cuyos preceptos se disipan. Por tanto, queda claro cuán venerables son los mejores pastores de la santa iglesia. Pues he aquí que mientras sirven fielmente a Dios, se unen a Él con un vínculo de amor tan grande que cualquier cosa que se les inflija se atribuye a una injuria divina. De donde también en el Evangelio dice a los primeros pastores de la Iglesia: El que a vosotros os desprecia, a mí me desprecia (Lc 10, 16). Donde también se discierne algo más grave:

porque cuando se queja del pastor desechado, se recuerdan todos los pecados de los que lo desechan, e incluso los males de sus padres. Según todas, dice, sus obras, las cuales hicieron desde el día en que los saqué de la tierra de Egipto. Pues se reconoce el crimen supremo, para cuya discusión se reducen a la memoria de Dios todos los pecados pasados. Y así el Señor se queja de ser desechado, y sin embargo concede ordenar aquello en lo que es desechado: porque cuando ejecuta la virtud de su severa equidad, los deseos de los carnales de ninguna manera se prohíbe por su misericordia que se cumplan por Él. Pero también la dignidad que pudo concederse como venganza no debió concederse con la tranquila majestad de la divinidad, sino como indignada. De hecho, no afirmamos que la majestad de Dios sea indignada en sí misma, la cual no está sujeta a la pasión: sino porque mientras discute las culpas, dice palabras de indignación a través de las Escrituras. Asimismo, porque es asumido como figura de los prelados carnales, se elige un rey que ha de ser reprobado, no uno elegido. O tal vez por eso se elige un rey réprobo, para que su sucesor elegido, el rey David, reconociera en él lo que debió haber evitado. Así ciertamente leemos de aquella corte de los ángeles, porque se escribe del primer ángel apóstata: Él es el principio de los caminos de Dios (Job 40, 14): pero el que fue creado antes de todas las cosas, cayó por la soberbia, y en su ruina los santos ángeles aprendieron con qué virtud habrían podido permanecer. Lo cual ciertamente, quien pueda contemplar con los ojos abiertos de

la recta fe, atiende igualmente: porque Dios omnipotente incluso entonces otorga dones de gran misericordia cuando inflige la venganza; porque mientras castiga a los réprobos, instruye a los santos: para que de donde aquellos fallan, estos sean ayudados en sus progresos.

7. Ciertamente, por un juicio severo permite que se hagan males, pero misericordiosamente provee de estos males, que inflige por el juicio, qué cosas buenas dispone hacer. Pues ¿qué mayor culpa que aquella por la que todos morimos? ¿And qué mayor bondad que aquella por la que somos librados de la muerte? Y ciertamente, si Adán no pecara, no convendría que nuestro Redentor asumiera nuestra carne. Porque no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia (Mc 2, 17). Si por tanto vino por los pecadores, si faltaran los pecados, no convendría que Él viniera. Si los pecados, para cuya destrucción se cree que ha venido, se sienten como permitidos por la justicia de Dios: mientras que por los pecadores Dios habría de nacer como hombre, de aquel mal por el que habían de morir, Dios omnipotente había provisto que Él mismo haría un bien que venciera a aquel mal. Cuya magnitud de bien, de hecho, ¿qué fiel no vea cuán maravillosamente sobresale? Pues grandes son los males que padecemos por el mérito de la primera culpa, pero ¿qué elegido no querría padecer cosas peores que no tener a tan gran Redentor? Elíjase, pues, el rey; pero que ha de ser reprobado: elíjase 180 como por indignación, no por voluntad de Dios: siga, pues, un rey según el corazón

de Dios; para que de la severidad de su juicio proceda el mal de la venganza sobre los réprobos; y el bien, que había de hacer del mal, redunde en los piadosos por la largueza de la gracia divina, mientras se permite que aquellos caigan en el mal que desean. Pero de donde aquellos se precipitan, se actúa para que otros de ninguna manera caigan. Pero porque con estas palabras se afirma el juicio de la severidad divina, veamos ya cuánta dispensación usa, para que no hagan aquello los que deliberan mal, por lo que sean castigados. Pues sigue:

(Vers. 9.) Ahora, pues, oye su voz: pero sin embargo dales testimonio, y anúnciales el derecho del rey que ha de reinar sobre ellos.

8. Como por una abierta ostentación de clemencia dijera: Oye de tal modo sus voces, que sin embargo ellos mismos oigan primero acerca del derecho del rey que piden aquello que teman; y como si entonces desertaran de sus malos comienzos cuando se conoce cuán onerosa es la cosa que pedían. Sigue:

(Vers. 10-17.) Dijo, pues, todas las palabras del Señor al pueblo que le había pedido un rey, y dijo: Éste será el derecho del rey que ha de mandar sobre vosotros. Tomará a vuestros hijos y los pondrá en sus carros, y los hará para sí jinetes y precursores de sus cuadrigas: y se constituirá para sí tribunos, y centuriones, y aradores de sus campos, y segadores de sus cosechas, y herreros de sus armas y de sus carros: a vuestras hijas también las hará para sí perfumistas, y cocineras, y panaderas. Vuestros campos también, y

viñedos, y los mejores olivares tomará y los dará a sus siervos. Pero también diezmará vuestras cosechas y los réditos de vuestros viñedos, para dar a sus eunucos y sus servidores. A vuestros siervos también, y criadas, a vuestros mejores jóvenes y vuestros asnos los arrebatará y los pondrá en su obra. También diezmará vuestras rebaños, y vosotros mismos seréis sus siervos.

9. Cuando de parte de los carnales se busca la sujeción, ciertamente cualquier cosa que se les manda es pesada, aunque no sea difícil: porque dado que por la hinchazón de la soberbia tienen el seguir el arbitrio de su propia voluntad, cualquier cosa que se oponga a su deliberación la pesan como gravísima. Ahora bien, cuando se mandan cosas duras y contrarias, ¿qué mole de carga es para ellos? ¿qué hinchazón del corazón? Siendo que apenas podrían soportar aun las cosas blandas y ligeras siendo contrarios, las cuales, si quisieran, habrían llevado muy fácilmente. Veamos, pues, a la necia audacia del hombre, cuán dignamente responda la piadosa dispensación del Creador. Los derechos de los hombres se proponen a los que desprecian los derechos de Dios; y a aquellos que habían despreciado los suaves y saludables consejos de la divinidad, se les anuncian las duras e insoportables cargas de la servidumbre humana: para que de estas hicieran cuenta consigo mismos de cuán intolerables fueran los mandos del hombre para aquellos que no hubieran querido obedecer a los consejos de Dios, no tanto mandando como advirtiendo que no pidieran aquello. Pero los corazones de

los carnales tienen temeridad por el incremento de la audacia, tienen dureza por la razón de la simulación. Por la temeridad ciertamente deliberan fácilmente las cosas que deben hacerse; pero porque no entienden lo que mal proponen, no pueden ser ayudados por los consejos de hombres mejores. Por lo cual también aquí se añade:

(Vers. 19.) El pueblo no quiso oír la voz de Samuel. Y dijeron: De ninguna manera: pues habrá un rey sobre nosotros, y seremos nosotros también como todas las gentes, y nuestro rey nos juzgará, y saldrá delante de nosotros, y peleará nuestras batallas por nosotros.

10. Resultó de gran temeridad pedir un rey contra la voluntad de Dios; de gran dureza, no poder ser vencido por los consejos del profeta. Fue de gran temeridad 181 proponer razones a aquel que sabían que conocía de antemano todas las cosas que habrían de hacerse, por revelación del Señor. De gran dureza, no asentir a aquel que sabían que mandaba solamente aquellas cosas que había aprendido por revelación del Señor. Pues ¿qué es lo que, respondiendo, dicen: De ninguna manera, sino que habrá un rey sobre nosotros? Pero quienes dicen «De ninguna manera», de hecho niegan aquello que oyen. Claramente, pues, en esta palabra se muestra que para esto el profeta expuso el gravoso derecho del rey, para que de ninguna manera fuera pedido. Oyen ciertamente el derecho del rey, y detestan aquello por lo cual se expone; para que se exprese el progreso de los corazones réprobos, en los cuales está la consu-

mación del mal propósito y la inconvertibilidad de la voluntad.

Pero nosotros reprendemos los tiempos antiguos, nosotros que no nos cuidamos de ver los nuestros. Los cuales tiempos ciertamente, por cuanto envejeciendo el mundo son más antiguos, por tanto son más remisos en muchas cosas por el vicio del tiempo y de la negligencia. Pues tanto más audazmente proponemos ahora males, cuanto ya con la robusta juventud del siglo, se secó el vigor de la condición humana: tanto más difícilmente revocamos lo que está mal propuesto, cuanto por el relajado vigor del espíritu, nuestra mente se hace carnal. Pues de tal modo son los lapsos humanos, que lo que falta en la virtud espiritual, se robustece en la vida carnal. Todo esto ciertamente según la voz del insigne doctor: Todo esto les acontecía en figura: pero están escritas por nosotros (1 Cor 10, 11). Ya ciertamente conocemos claramente la audacia de estos israelitas, a la cual siguieron los juicios de la indignación divina: y sin embargo no tememos proponer cosas que deben hacerse contra la voluntad de Dios, contra el consejo de los prelados de la santa Iglesia. Reprendidos en el mal propósito resistimos, y nos esforzamos por vencer los saludables consejos de los mayores con el mal insuperable de la pervicacia. Vemos de cuánto mal sea el incremento mirar a los que perecen, y no temer seguir hacia la perdición sus huellas: discernir a los que incurren en los lazos penales de la muerte, y de ninguna manera temer ser enredados en esos mismos lazos. Y aquellos

ciertamente pidieron un rey contra la voluntad del Señor; pero por la dignidad regia después se actuó de modo que el pueblo, que había desechado a Dios, rindiera culto a los ídolos, adorara simulacros.

Cuán venerables, pues, sean los consejos de los mayores discernimos si consideramos esto solícitamente: porque quienes se atrevieron a despreciarlos no previeron que hacían esto por lo cual habrían podido ser sumergidos en tan profundo pélago de error. Merecidamente, pues, el Señor se queja de haber sido desechado en la petición del rey, merecidamente concede la dignidad regia indignado. Tan grande era ciertamente la iniquidad de los que pedían, que como pedían aquello por lo cual se apartarían de Dios, pudo ser permitido por el juicio de Dios, no pudo ser prohibido. Pero porque hemos dicho esto según la letra, veamos también qué designan espiritualmente aquellas cosas que se contienen en el derecho regio.

CAPÍTULO II.

1. Pues al ser desechado Samuel, se pide un rey: cuando la reprobada multitud del pueblo desprecia al pastor espiritual, y busca que esté sobre él uno carnal. Con quienes a menudo se actúa por la severidad de la equidad divina, para que por eso mismo que desprecian al predicador elegido, se permita que estén bajo uno réprobo: por cuya imitación perezcan tanto peor, cuanto con mayor soberbia despreciaban más audazmente aquello por lo que podían vivir eternamente. Por tanto,

cuando se anuncia de antemano el derecho del rey, ciertamente en la conversación de un solo prepósito carnal se muestra lo que los demás carnales han de hacer por tiranía, no lo que los elegidos deban imitar. Pues en la misma historia de los Reyes se lee: que cuando el rey Acab arrebató la viña de Nabot, incurrió en la ira de Dios omnipotente 182 (3 Re 21, 2 sig.). Pero aquí, cuando se anuncia de antemano el derecho del rey, se recuerda que deben ser arrebatados campos, viñedos y los mejores olivares. Puesto que, por tanto, aquí se anuncia de antemano lo que allí fue castigado al ser cometido: muestra que no se manda por juicio divino. Por lo cual también el elegido rey David, cuando pidió para edificar un altar al Señor la era de Ornán el Jebuseo, no quiso usar aquel derecho regio de los tiranos (1 Cr 21, 24): ya que de ninguna manera consintió en recibirla, a menos que antes hubiera dado por ella un precio digno.

Ya que, por tanto, aquellas cosas que se contienen en el derecho regio se anuncian como cosas que deben evitarse antes que imitarse, deben ser consideradas tanto más sutilmente cuanto que no pueden evitarse si se ignoran. Dice, pues: Tomará a vuestros hijos, y los pondrá en sus carros. Los hijos de los elegidos son aquellos que imitan sus virtudes. Los carros también son el fausto de la elación mundana de los prelados carnales. Pues mientras se glorían de ser más sublimes que los demás, como llevados en carros, caminan por las alturas. En los carros, pues, se ponen los hijos de los fieles, cuando siguen a pastores réprobos

por el apetito de la gloria mundana: cuando abandonados los estudios espirituales, buscan las comodidades de la vida carnal: y depuesta aquella sublime intención de las cosas celestiales, se esfuerzan por alcanzar las alturas del siglo. Bien, pues, se dice que los hijos de los israelitas han de ser puestos no en un carro, sino en carros: porque de todo lo que sobresale en la cumbre de los prelados carnales, aprovechan en la elación: y como por tantos carros sublimes se elevan a lo alto, cuantas cosas altas ven, por las cuales se piensan superiores a los demás. El rey pone a los hijos de los buenos en los carros cuando el rector carnal atrae a los imitadores de los elegidos con el ejemplo de su propia depravación a los vicios de la elación; para que pospongan lo celestial, busquen lo terreno, y se gocen en esto solo, si por aquello que temporalmente rueda en lo alto, son preferidos a los demás.

31. Y porque contra los menores no solamente están erguidos, sino que también son fuertes, sigue: Y hará para sí jinetes. Pues como sobre caballos se enfurecen quienes son a la vez sublimes en dignidad y feroces en poder. También son jinetes porque, mientras dirigen los feroces movimientos de su corazón contra los impotentes, son veloces para todo lo que desean ejercer por tiranía. Jadean ciertamente con ímpetu, espuman de rabia, y a quienes atacan en la carrera de la tiranía, los aplastan. Pero mientras en los pastores réprobos unos emulan el fausto de la elación mundana, otros por el ejemplo de ellos oprimen a quienes pueden: hay también algunos

que, para ejercer los males que no pueden inferir a los buenos por sí mismos, introducen a otros más inicuos que ellos. De donde también sigue: Y precursores de sus cuadrigas.

4. Pues ¿qué son las cuadrigas del rey, sino las mentes perversas de los malos súbditos, en cuyos consejos el prelado réprobo descansa? Pues son cuadrigas las que llevan a los reyes: mientras por los inicuos consejos de los malvados se ayudan los actos de los rectores depravados. En ellas ciertamente, como por un lugar sublime, el rey es llevado, mientras por aquellos que les favorecen para los honores temporales, los prepósitos carnales ejecutan en el deseo cualquier cosa que quieren de la altura del siglo. Los cuales rectamente se designan con el nombre de cuadrigas. Pues la cuadriga por eso se mantiene firme, por lo cual rueda: porque la mente réproba tiene como fin de su intención la volubilidad del siglo. De ahí ciertamente descansa, de donde por las innumerables preocupaciones de la mente que gira no cesa de ventilar los negocios del mundo. Son, pues, cuadrigas de los reyes, mientras por todo lo que piensan al rodar cosas altas, llevan en sí los mandatos de los prepósitos carnales. Pero quienes tienen lugar de familiaridad junto a los prelados carnales, tienen a menores a quienes manden. Ellos, pues, son como las cuadrigas del rey, aquellos otros 183 los precursores de las cuadrigas; porque de aquel modo en que llevan al prepósito carnal para oprimir a los humildes, ellos mismos también son conducidos a dañar a quienes pueden, por el ministerio de otros. Pues

es como un precursor de las cuadrigas quien por la inicua astucia de su mente piensa el arte por el cual introduzca a aquel a inferir males a los mansos. Si en verdad, como tienen muchísimos códices, leemos no precursores, sino perseguidores de las cuadrigas, ciertamente son aquellos que imitan a los réprobos que corren hacia el mal. La cuadriga también suele llevarse para los reyes por causa de honor. Como si, pues, en una cuadriga se colocara al rey, cuando el rector carnal se gloría de las adulaciones de los grandes que se ven junto a él. Quien en verdad precede o sigue a estos en sus alabanzas, es precursor o perseguidor de las cuadrigas, porque estos profieren adulaciones o después o antes, las cuales aquellos esparcieron en los oídos del pueblo yendo delante o siguiendo después.

5. Sigue: Y se constituirá para sí tribunos y centuriones. Se hacen tribunos y centuriones cuando llegan a tanto progreso del mal que para ejecutar los mandos del tirano, presiden a impíos satélites, cuando ordenan las filas de las fuerzas mundanas, las cuales saquen a las batallas de los inocentes. Los tribunos ciertamente son quienes por medio de muchos favorecedores ponen acechanzas a los que viven rectamente. Los centuriones en verdad son quienes no omiten ningún género de daño. Pues de esto obtienen la perfección de la iniquidad, por lo que siempre procuran inferir muchos y grandes males que pueden. De hecho, por el número centenario se dice centurión. Y porque el número centenario significa perfección, se perfecciona en la parte mala cuan-

do por los impíos se llega a la suma de la maldad. Quienes ciertamente por la astucia son suaves, por el terror violentos. Suavemente ciertamente halagan a otros, para que con el auxilio de ellos puedan aterrar a otros ferozmente. Bien, pues, se añade: Y los aradores de sus campos, y los segadores de sus mieses.

6. Los campos del prepósito carnal son las mentes de los súbditos: los aradores en verdad de estos campos son quienes por el arte del ingenio secular les sugieren los actos de depravación. Pues como si abrieran la solidez de los campos al hablar, quienes por los réprobos consejos corrompen los corazones de los simples. Y siegan las mieses cuando los corazones de los menores, engañados por la semilla del mal consejo, rinden el fruto de la mala operación. Las cuales obras ciertamente se designan con la apelación de mieses: porque la perversidad del súbdito réprobo, mientras es recibida gozosamente por los rectores carnales, es como su elegido alimento de la mente. En la cual perversidad ciertamente, porque aprovechan poco a poco, sigue: Y los herreros de sus armas y de sus carros. ¿Qué son las armas y los carros de los tiranos, sino todos aquellos instrumentos de daño que se preparan para subvertir los corazones de los menores? Pero porque por el carro se llega a donde se hiera con las armas, se hacen herreros de las armas y de los carros del rey cuando por la nequísima maquinación de sus corazones encuentran tanto los males que hagan, como de qué modo infieran esos mismos males encontrados. Fabricar armas ciertamente

es reunir los géneros de daño con mente réproba. Y fabricar carros es encontrar el arte por el cual puedan acceder a inferir esos mismos males.

7. Sigue: También hará a vuestras hijas perfumistas, y cocineras, y panaderas. Con el nombre de hijas se designan las mentes de los débiles situadas dentro de la santa Iglesia. Las cuales se hacen perfumistas del rey: porque mientras miran a los prepósitos carnales en la altura de la gloria transitoria, se esfuerzan por deleitarlos con adulaciones. Reprobando el Salmista ciertamente el uso de estos ungüentos, dice: El aceite del pecador no improvise mi cabeza (Salmo 140, 5). Las hijas, pues, se hacen perfumistas: porque mientras los débiles temen desagradar a los prepósitos carnales, suavizan con el halago su ferocidad, a la cual están sujetos por el temor. Y debe notarse que de los hijos se dice primero que son tomados por el rey, y así que se hacen jinetes, y centuriones, o herreros de armas: de las hijas en verdad, no que son tomadas, sino simplemente que se hacen perfumistas y panaderas. Pues ser tomado es propio de la violencia. Los hijos, pues, son tomados, porque los robustos difícilmente son subvertidos. Mientras, por tanto, se dice que las hijas no son tomadas, sino que se hacen perfumistas, ¿qué es esto sino que los que son débiles en el bien se disipan fácilmente por los ejemplos de los malvados? Las cuales también se hacen cocineras y panaderas del rey: porque quienes sirven a los tiranos adulando, mientras agradan favoreciendo, ofrecen como alimentos. Pues las cocineras son las que cuecen en los fogones lo que

los reyes comen. Son, pues, cocineras las que por los obsequios del favor encienden en el prepósito carnal el tumor del corazón: para que reciban los favores tanto más audazmente, cuanto se preparan para sí como alimentos más delicados por el fuego de la devoción excitada. Las cuales también se hacen panaderas: porque mientras alaban la vida réproba, robustecen la mente carnal del tirano para ejercitar la depravación.

8. Sigue: También tomará vuestros campos, y vuestras viñas, y vuestros olivares, y los dará a sus siervos. ¿Qué son los campos de los buenos, sino las mentes devotas de los súbditos? las cuales, mientras escuchan de buena gana sus palabras, rinden un fruto abundante de buenas obras. ¿Cuáles son sus viñas, sino las mentes de aquellos que de tal modo aprovechan por la imitación, que también ofrecen a otros la palabra de vida, y a quienes hablando encienden en el amor del Creador, como embriagándolos al darles de beber? ¿Qué son en verdad los olivares, sino los corazones de los oyentes, que por el ejemplo y la exhortación de los buenos aprovechan en la obra de la misericordia? Pero mientras se constituye el rey, los campos son arrebatados: porque mientras los carnales llegan a la cumbre del régimen, no pocos oyentes de los buenos reciben ejemplos de depravación. Se arrebatan, pues, los campos cuando los corazones recientemente devotos son seducidos, cuando de la semilla de la maldad rinden fruto en una maligna conversación. Los olivares y las viñas son arrebatados cuando por el ejemplo del mal prepósito se abandonan las obras de miseri-

cordia y las palabras de la santa predicación que debían mostrarse y decirse. Bien, además, se recuerda que los campos, y viñas, y olivares arrebatados se dan a los siervos del rey. Pues siervos son los que, siempre sujetos al derecho de los señores, no pueden escapar de los yugos de la dominación. Así son siervos del rey los que por la abundante iniquidad de tal modo se obligan a las voluntades de los tiranos, que ya no se apartan de ellos. Los campos, pues, y viñas, y olivares arrebatados los reciben los siervos: porque los réprobos favorecedores de los prelados carnales, mientras trasladan los corazones engañados al propósito de la obra depravada, imponen como el título del poder tiránico sobre los campos, viñas y olivares de los elegidos. Sigue: Pero también diezmará vuestras mieses, y los réditos de las viñas, para dárselos a sus eunucos y familiares. Cuando los malos mandan, es muy difícil que quien les está sujeto no sufra ningún daño de la religión. Pues las mentes de algunos perecen del todo: pero aquellos a quienes no pueden pervertir por completo, mientras miran incesantemente tanto las palabras como las obras depravadas de ellos, se manchan con cualquier clase de suciedad. Bien, pues, se dice: Diezmará vuestras mieses, y los réditos de vuestras viñas. Como si dijera: Bajo un pastor réprobo, ni siquiera los bienes de los elegidos están íntegros.

9. Sigue: También diezmará vuestros rebaños, y vosotros seréis sus siervos. Como si dijera: Mientras se os antepone un prepósito carnal, se infieren presas de virtudes no solo a vuestras

cosas, sino incluso a vosotros mismos. Pues los rebaños de los elegidos son las turbas de las virtudes espirituales. Pero porque también estas mismas virtudes espirituales se disipan por el ejemplo de los malvados, el rey toma los diezmos del rebaño cuando aquel que descuella carnalmente aniquila algunas virtudes en los corazones de los santos. Toma los diezmos: porque mientras disipa la integridad de la mente, deja imperfecto el número de las virtudes. Pues con el número denario se designa la perfección. De donde también, cuando el Señor mostraba los daños de nuestra humanidad caída con una abierta comparación, trae al medio a la mujer que de diez dracmas había perdido una (Luc. 15, 4 y sig.); para que por esto, que se muestra que el número denario ha perecido, se enseñe que aquella sociedad celestial, que permaneció en el número novenario en los ángeles, es imperfecta sin la reparación de nuestra condición. Y porque los diezmos se exigen cada año, se dice aptamente que son siervos del rey quienes no cesan de ofrecer los diezmos. Pues les sirven cada año, por cuyo ejemplo a menudo se hacen peores. También por esto, que después de dados los diezmos se afirma esta servidumbre, pueden mostrarse los malos progresos. Pues quienes desfallecen poco a poco, actúan diariamente para ser conducidos a las profundidades de la iniquidad. Dice, pues: Diezmará vuestras rebaños, y vosotros seréis sus siervos. Como si dijera: Por el ejemplo de los malos decaeréis poco a poco, pero al caer actuáis para no apartaros nunca de su imitación. Pues

escrito está: Por quien uno es vencido, de ese se hace siervo (2 Pe. 2, 19). Porque ciertamente por la imitación del pastor réprobo inciden en la servidumbre del pecado, tampoco pueden ser librados de su yugo cuando quieren. De donde también se añade: (Vers. 18.) Y clamaréis en aquel día a causa de vuestro rey, que os habéis elegido, y no os escuchará el Señor en aquel día: porque os pedisteis un rey. 10. Como si dijera, os deslizáis poco a poco hacia el conocimiento de su depravada imitación: pero las pautas de su depravación, a las cuales os sometéis espontáneamente, de ningún modo podéis abandonarlas espontáneamente. Pues todo el que comete pecado, siervo es del pecado (Jn. 8, 34). Por tanto, quienes están dominados por los pecados, no pueden ser liberados de su yugo por sí mismos. Pues a menudo vienen al Señor con ruegos, piden ser liberados, pero no pueden ser escuchados. Ciertamente se actúa con ellos por juicio divino, para que quienes no quisieron evitar los males cuando podían, no puedan evitarlos cuando quieren: y quienes incurren espontáneamente en males ya conocidos, no puedan huir de ellos una vez experimentados. Por lo cual, insinuando también la causa por la que se les prohíbe ser escuchados, dice: Porque os pedisteis un rey. Como si dijera abiertamente: Porque pedisteis que se os diera aquello en lo cual conocisteis que ocurrirían todas estas cosas, al predecirlas yo. Estas cosas, como dije arriba, se predican en figura de los prelados carnales sobre la futura conducta del rey: para que desistieran de su petición, en quien habían conocido tan

grandes males. Pero los corazones de los réprobos tienen esto: que rápidamente proponen el mal, y no más rápidamente se arrepienten del mal propósito. Por lo cual también se añade: (Vers. 19, 20.) Pero el pueblo no quiso oír la voz de Samuel, sino que dijeron: De ningún modo. Pues habrá un rey sobre nosotros, y seremos nosotros también como todas las gentes, y nos juzgará nuestro rey, y saldrá delante de nosotros, y peleará nuestras batallas por nosotros.

11. Con cuyas palabras ciertamente se describen abiertamente las costumbres de los súbditos carnales: porque mientras apetecen las cosas exteriores, no atienden a los daños interiores incluso expuestos. Pero los que mandan carnalmente, por la misma ostentación de la potencia temporal dan a los súbditos menores que les están sujetos gran esperanza de tutela. Cuando, pues, dicen: Habrá un rey sobre nosotros, y peleará nuestras batallas por nosotros, ¿qué otra cosa sino las costumbres de los súbditos réprobos insinúan, que desprecian a los humildes y espirituales predicadores, para ser ayudados temporalmente por los carnales? Lo cual ciertamente de ningún modo harían, si antes no hubieran perdido la luz del corazón. Pues si desprecian fuera la humildad de los varones espirituales, pero qué sublimidad de poder tengan dentro, no merecen verlo; en aquellos también ven la tiranía externa del poder, pero por qué flaqueza sea oprimida dentro, no lo ven. Estos, porque se adhieren a Dios, cuando quieren, son potentes incluso en las cosas exteriores: aquellos, que se apartan del Señor, la esperanza

que prometen sobre la potencia secular, no pueden exhibirla con la fortaleza de la operación. Pues, para tomar ejemplos de cerca, Saúl es elegido para pelear las batallas de los que pedían rey, fuerte y potente: de tal modo que, siendo testigo esta sagrada historia (1 Sam. 9, 2), sobresaliera por el hombro y hacia arriba a todo el pueblo. Elegido, pues, por Dios para el gobierno del reino, siendo bueno, y no habiendo otro mejor que él de los hijos de Israel, sin embargo, cuando tanto y tal varón es dejado a la fortaleza carnal, perdió las batallas que había aceptado para pelear, e igualmente perdió la vida (1 Sam. 31, 1). Samuel, en cambio, que no existió sublime por la potencia del siglo, que humildemente sirvió no solo a Dios, sino también a los hombres, exhibió potentemente trofeos incluso de las batallas exteriores. Pues no mucho más arriba se dijo de él: Tomó Samuel un cordero de leche, y lo ofreció como holocausto íntegro al Señor, y clamó Samuel al Señor por Israel, y lo escuchó el Señor. Y sucedió que, mientras Samuel ofrecía el holocausto al Señor, los filisteos entablaron combate contra Israel. Pero tronó el Señor con gran fragor en aquel día sobre los filisteos, y los aterró (1 Sam. 7, 9. 10). (Vers. 21.) Y oyó Samuel todas las palabras del pueblo.

12. Esto ciertamente oyó Samuel, lo que el pueblo habló, pero el pueblo no lo oyó a él. Pues para el pueblo réprobo hablar y no oír, fue proferir palabras contra la voluntad de Dios, pero de ningún modo prever la pena de la depravada locución. Samuel, en cambio, oyó las palabras del

pueblo: porque los varones espirituales, mientras oyen las voces de la soberbia locución, reconocen en ellas el futuro mérito de la divina venganza. Diga, pues: Oyó Samuel todas las palabras del pueblo, porque los santos y espirituales varones, cualquier cosa que los carnales suenan soberbiamente fuera, sopesan dentro cuál sea en el juicio divino. Pero porque, mientras encuentran la vida condenable de los súbditos carnales, interceden por la eliminación de sus crímenes: Sigue: (Vers. 21.) Y las habló a los oídos del Señor.

En los oídos de aquellos hablamos, ante quienes tenemos la gracia de una gran familiaridad. Los varones santos, sin embargo, porque están unidos a Dios omnipotente en el vínculo de un gran amor, le hablan a los oídos: porque reclaman el oído de su divina propiciación tanto más confiadamente, cuanto más sublimemente han recibido ante su misericordia el lugar de obtenerla. Hablan los pecados del pueblo por la humildad de la confesión, pero hablan a los oídos del Señor: porque con gran afecto de súplica golpean la puerta de la propiciación dominical. Pero tal vez se dice hablar a los oídos del Señor porque, mientras los varones santos suplican por los pecadores, no revelan a los hombres las preces que ofrecen a Dios por ellos. De donde también en el Evangelio el Señor prohíbe a los discípulos, diciendo: Cuando oréis, no seáis como los hipócritas tristes, que aman orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para ser vistos por los hombres (Mt. 6, 5). Hablan, pues, las palabras o las obras del pueblo, cuando exponen al Señor

las faltas de la palabra y de la obra que han de ser eliminadas por las oraciones. Las hablan ciertamente a los oídos del Señor para que, mientras huyen de los testimonios de los hombres al orar, sean escuchados más rápidamente por aquel que mira lo oculto. Mientras, pues, se dice que Samuel habla a los oídos del Señor, insinúa ciertamente el modo por el cual uno merezca el oído de la divina dignación. Pues de ningún modo puede llegar a Dios la oración que se profiere con la intención de ser reconocida por los hombres. De donde también aquel de quien se afirma que habló a los oídos del Señor, se dice que también percibió sus respuestas. Pues sigue: (Vers. 22.) Dijo, pues, el Señor a Samuel: Oye la voz del pueblo, y constituye sobre él un rey.

13. En lo cual ha de notarse que Samuel habló a los oídos del Señor las palabras del pueblo, con las que había pedido rey: y el Señor afirma que él es el rechazado en aquello que el pueblo pide rey. Mientras, pues, responde al que ora, y manda al que ora hacer un rey, ¿qué otra cosa insinúa sino que la devota oración del varón elegido nunca es infructuosa? Pues si no obtuvo la corrección del pueblo, obtuvo el bien de su propia instrucción, al conocer que el pueblo era rechazado por su mala petición, 188 pero también sabiendo, no obstante, qué debía hacer él mismo con los arrojados. El profeta, pues, pudo ser escuchado y no ser escuchado: porque orando supo cómo debía ser él, pero no quitó la dureza de corazón al pueblo que pedía cosas réprobas. Pero esto pudo obtenerlo aquel que habló a los oídos del

Señor: porque los varones santos por eso mismo, que devotamente suplican al Señor por los pecadores, son protegidos por el auxilio de la divina propiciación, de modo que de ningún modo se manchen con los crímenes de aquellos cuyas suciedades no pueden eliminar con preces. ¿Qué es, en verdad, lo que el Señor dice: Oye sus voces, cuando más arriba se ha dicho: Oyó Samuel todas las palabras del pueblo? Pero había oído las palabras del pueblo para saber qué se decía, no para conceder lo que se pedía. Mientras, pues, le dice el Señor: Oye la voz del pueblo, y constituye sobre él un rey, mandó al profeta favorecer la voluntad del pueblo. Y he aquí, como se ve claramente, el profeta que ora no es escuchado: el pueblo que rechaza a Dios y pide rey, es escuchado. ¿Qué diremos que es esto, sino que por un admirable y tremendo juicio de la divina incomprensibilidad los varones santos que oran por los réprobos no pueden ser escuchados: pero en el cumplimiento de sus propias depravaciones, los mismos réprobos delincuentes pueden ser escuchados ellos mismos: para que a aquellos la libre iniquidad les aumente el mérito de la eterna venganza, y a estos por el afecto de la compasión les crezca el premio de la perpetua retribución? Y comenzando inmediatamente a mostrar aquel orden por el cual se llegó a la constitución del mismo rey, dice: (Vers. 22.) Y dijo Samuel a todos los hijos de Israel: Vaya cada uno a su ciudad.

14. Cuando queremos discutir cosas espirituales, es necesario que apartemos de nuestra intención las cosas carnales: porque la mente interna

no penetra lo que el polvo de los actos exteriores ciega. Mientras, pues, el profeta del Señor manda a todo el pueblo irse a sus propios lugares, repele de sí el tumulto de las cosas carnales: para que vea tanto más claramente las cosas espirituales que han de disponerse, cuanto la intención de los actos terrenos no oscurece la agudeza de su mente. Pero insinuando cómo es aquel que es previsto por el juicio divino, dice:

CAPÍTULO III.

(1 Sam. 9, 1, 2.) Había un varón de Benjamín, llamado Cis, hijo de Abiel, hijo de Seror, hijo de Becorat, hijo de Afía, hijo de un varón de Benjamín, valiente y robusto. Y tenía un hijo llamado Saúl, elegido y bueno, y no había varón entre los hijos de Israel mejor que él: desde el hombro arriba sobresalía sobre todo el pueblo.

1. Cuando se expone la persona del rey que ha de ser ordenado, ¿por qué se describen los nombres de sus padres, sino para que no se sienta que su reino sea duradero? Pues sobre el reino que Moisés había previsto que sería en el futuro, dice: No faltará el cetro de Judá, ni el guía de su muslo, hasta que venga el que ha de ser enviado: y él mismo será la esperanza de las naciones (Gén. 49, 10). Puesto que, por tanto, la tribu de Judá había sido prevista para la diuturnidad del reino, se menciona la generación de Cis; para que la dignidad regia, que se establecía en el hijo, se supiera abiertamente que era dispensatoria, no permanente. Pero el que engendra a un rey carnal, Cis, esto es, duro se dice en nuestro len-

guaje, y es proclamado como fuerte en robustez. También ahora hay muchos carnales dentro de la santa Iglesia que parecen hacer grandes cosas: pero son carnales porque no tienen la gracia del Espíritu Santo. Son fuertes en robustez, por tanto, porque todo lo que parecen hacer de grande es corporal. Pues también Cis, padre de Saúl, se dice por eso fuerte en robustez, para que se sienta que tuvo grandes fuerzas corporales. Fuerte en robustez, por tanto, es duro: porque el que exhibe grandes cosas carnalmente, no tiene un corazón blando por la compasión en la caridad fraterna. Actúa valientemente en cosas que los hombres de fuera no pueden imitar, pero no sabe unirse por dentro a las mentes fraternas por el afecto de la dilección. Hace cosas fuertes que Dios reprueba; y no se cuida de exhibir el afecto de caridad que Él aprueba. Es duro, por tanto, porque mientras realiza cosas corporales con corazón soberbio, la gracia del Espíritu Santo no ablanda su mente. Por el contrario, el varón santo se gloría diciendo: Dios ha ablandado mi corazón, y el Omnipotente me ha turbado (Job 23, 16). Y a menudo, los que imitan las costumbres de tales hombres llegan a ser rectores por el juicio de Dios. De donde también aptamente se recuerda que Saúl fue hijo de Cis.

2. Pero ha de preguntarse ¿por qué el mismo Saúl se dice elegido y bueno, siendo presentado como hijo de un hombre duro? Pero se dice elegido no según la gracia, sino según el juicio. Se dice también bueno, para que se recomiende la disposición de la equidad divina. Pues también

los males que a menudo padecemos por nuestros pecados, porque se nos imponen por la justicia divina, son buenos. Ciertamente es bueno todo lo que es justo. Pues por la justicia de Dios se permite que pastores réprobos asciendan al régimen de la santa Iglesia; pero los que son malos por la iniquidad, son buenos por la disposición divina; y por la oculta ordenación de Dios son ahora elegidos los que al final han de ser reprobados en el juicio universal. El pastor réprobo, pues, porque se decreta por la indignación de Dios que exista, llámese elegido: y porque justamente se permite, llámese bueno. Asimismo, porque se provee como más útil que los demás para ejecutar los juicios divinos, no se dice que nadie entre los hijos de Israel sea mejor que él. También se recuerda que sobresale desde el hombro arriba sobre todo el pueblo: porque el que sigue en su vivir las costumbres de los carnales, se esfuerza mucho por hacer aquello que otro no pueda hacer. Pues el rector carnal sobresale a todo el pueblo desde el hombro arriba, cuando en las cosas exteriores es fuerte sin comparación.

3. Todas estas palabras de alabanza pueden también entenderse como aquellas por las cuales, mientras se proclama la persona del rey que ha de ser ordenado, se confunda la intención de los que piden rey. Pues dicen: Habrá un rey sobre nosotros, y nos juzgará, y peleará nuestras batallas por nosotros (1 Sam. 8). Se dice elegido y bueno, y que no hay nadie mejor que él entre los hijos de Israel, para que todas las cosas buenas sobresalgan en la persona del rey pedido: pero mientras

no es suficiente para aquello que el pueblo había propuesto, la presunción humana se confunda, para que vencida se consuma. Y ciertamente, como dije arriba, el rey que es elegido para preceder al pueblo para pelear sus batallas, cuando es desamparado por el auxilio divino, murió abatido en la guerra, y fue entonces para el pueblo, al cual precedió a esas mismas batallas, causa no de salvación, sino de muerte. Lo cual finalmente el pueblo atribuiría a Dios, si aquel que por el juicio de Dios había sido elegido rey, no hubiera resultado tan idóneo para realizar lo que el pueblo quería. Puede también entenderse como elegido y bueno mientras se afirma, no como se preveía que sería en el futuro. Se dice, pues, elegido y bueno, para que se sienta que tal fue el elegido por el Señor que después fue reprobado por la desobediencia. Por lo cual también la razón misma exige que sintamos en buena parte lo que se dice de él como elegido y bueno hasta los tiempos de su reprobación.

CAPÍTULO IV.

1. Resumiendo, pues, todo brevemente, veamos qué edificación contienen en sí, según otra significación. Puesto que dijimos que en Samuel se designa el nuevo sacerdocio, ¿qué es que envejeció, sino que, mientras la santa Iglesia es conducida a través de los espacios de los tiempos que transcurren, en no pocos sacerdotes se marchita la belleza de la vida? Envejeció Samuel porque el vigor de la autoridad se marchitó. Pues Samuel era como un joven cuando el orden de los

sacerdotes, anhelando solo los deseos celestiales, mientras no buscaba nada terrenal, tanto más eficazmente podía predicar las cosas celestiales cuanto que encendía las mentes de los súbditos no menos con palabras que con ejemplos. Pues prevalecía por su fuerza y radiaba con belleza juvenil, mientras mostraba la fuerza de la palabra celestial en el esplendor de una vida santa: porque todo lo que podía predicar con vigor al hablar, se esforzaba también por mostrarlo viviendo sublimemente. Pues también vivificaba las almas muertas con la palabra; pero, brillando con la admirable flor de la juventud, resucitaba los cuerpos muertos con su mandato. Cuando también concedía la vista a los ciegos, el paso a los cojos y el remedio a todas las enfermedades, y de tal modo radiaba con la belleza de una vida santísima, que era de mayor virtud poder vivir de este modo que socorrer a otros de aquel. Samuel, pues, como si floreciera en la juventud cuando en el orden de los sacerdotes resplandecía juntamente tanto la admirable virtud de la obra como la tan inmensa belleza de la vida santa. Pero ya hace mucho tiempo que Samuel envejeció. Pues han pasado muchos tiempos desde los cuales muchos de ellos siguen el amor del mundo, por cuya virtud debieron haber sido expulsados los gozos del mundo de los corazones de otros. Lo cual, sin embargo, no decimos para que la santa Iglesia no tenga varones religiosos, sino porque son pocos los que en la cumbre de la predicación han sabido perfectamente despreciar el mundo e inherirse a los supremos deseos. Por lo cual

acertadamente Samuel es dicho anciano y que profetiza. Es anciano, ciertamente, porque perdió en muchos el rigor de la áspera vida; sin embargo, no cesa de profetizar, porque mientras tiene algunas fuerzas espirituales, exhibe valientemente la virtud de un espíritu providente. Lo cual puede entenderse convenientemente en un mismo predicador. Son ancianos, ciertamente, y profetizan, quienes de tal modo se relajan por la negligencia que enseñan bien, pero viven mal. Quienes ponen a sus hijos como jueces, cuando constituyen en la dignidad del sacerdocio a aquellos que contemplan los tiempos de su vida más remisa. Por los ancianos, sin embargo, son ordenados los jóvenes: porque quienes vienen para ser promovidos, prometen cosas fuertes. Pues prometen una fortísima profesión de vida sacerdotal, cuya virtud no tienen en su futura conversación. Por lo tanto, los jóvenes son promovidos: porque quienes los ordenan, antes de recibir de ellos la profesión de la virtud, no los asumen a la celsitud de tan gran orden. Pues primero les insinúan tanto cuán sublimemente deben vivir como cuán sutilmente deben enseñar: que por eso deben vivir sublimemente para que puedan predicar útilmente, para que dirijan siempre el propósito de su vida hacia lo celestial, para que del trabajo de la predicación no busquen premios temporales, para que no acepten personas en el juicio, sino que lo dispongan todo con la justa balanza de la equidad: a fin de que oigan las dificultades de los caminos de Dios y digan si quieren someterse a sus trabajos.

2. Muchos, mientras ambicionan las órdenes sagradas, profesan que caminan por estas difíciles vías: pero cuando llegan a aquello que ambicionan, omiten mantener la fortaleza de su promesa. De donde también se relata aptamente que los hijos de Samuel no caminaron en sus vías, sino que recibieron dones y pervirtieron el juicio. Pues las vías de Samuel son las que se exponen por el oficio del predicador. Los hijos, pues, no caminan en las vías de su padre cuando aquellos que llegan ambiciosamente a las órdenes sagradas desertan de los arduos caminos de la religión que les fueron mostrados por sus mayores, y por una perversa intención se sumergen más profundamente en el apetito de las cosas terrenas. De donde también se afirma abiertamente que declinaron tras la avaricia, recibieron dones y pervirtieron el juicio. Pues quienes descuidan trabajar por las cosas celestiales, es necesario que se inserten más estrechamente en el apetito de las terrenas. Declinar tras la avaricia es, ciertamente, desbordarse con toda la intención en la ambición de las cosas terrenas. Pues hay algunos que buscan los lucros terrenos por avaricia, pero sin embargo no declinan tras la avaricia: porque apetecen lo temporal, pero en su apetito evitan incurrir en crimen. Declinan, pues, tras la avaricia, aquellos que por las cosas terrenas, que ambicionan ardientemente, no temen de ningún modo incurrir en crimen. Pues estiman que su propia alma es inferior a toda cosa que puedan concupiscer. De aquí es, en efecto, la rapiña violenta, de aquí se producen los hurtos latentes: porque a aquellos

sobre quienes los avaros prevalecen, los oprimen violentamente, y contra aquellos a cuyas cosas no pueden inferir violencia, se esfuerzan por inferir hurtos. A menudo también contra quienes no prevalecen por el hurto de las manos, acechan por la falsedad de las palabras. De donde también los hijos de Samuel, por un proceso ordenado, son denotados en la desordenada confusión de la avaricia, cuando se dice: (1 Sam. 8, 3.) Declinaron tras la avaricia, recibieron dones, pervirtieron el juicio.

3. Pues aquellos que pervirtieron el juicio para recibir dones, para inferir el hurto de la cosa codiciada, no buscaron la oscuridad de la noche, sino las tinieblas de la razón. Y ha de notarse que el ardor de la avaricia es la causa de recibir dones, y recibir dones es la causa de pervertir el juicio: para que por la narración del profeta se muestre la depravación de este vicio, no sólo cómo progresa en los corazones de los réprobos, sino cómo puede ser extirpado de raíz de las mentes de los santos. Pues si esta perversidad del juicio nace de recibir dones, el que no recibe dones no pervierte el juicio; y rechaza ligeramente los dones ofrecidos el que ha extirpado plenamente de su corazón la raíz de la avaricia. Pero esta culpa de los hijos de Samuel la captamos más plenamente viendo que hablando. Pues si miramos a los lugares desolados de las Iglesias, donde el padre envejece, los hijos incurren en la nota de la avaricia, del don recibido y del juicio pervertido: porque donde por lucros torpes se disuelve la persona del rector, los corazones de la grey sujeta se disipan fácilmente,

de modo que vivan malvadamente en sí mismos y den ejemplos de depravación a otros. Pero place admirar grandemente en estas cosas los juicios de Dios omnipotente. Pues los hijos de Samuel, mientras declinan tras la avaricia, mientras por causa de pervertir el juicio reciben dones, ofrecen ejemplos de depravación al pueblo al cual presiden. El pueblo mismo, por su parte, mientras pide rey, arroja de la cumbre de la potestad a los hijos del profeta. Dios omnipotente, en verdad, tanto acoge las preces de los que piden rey, como se aira de que se pida. Por cuyas cosas ciertamente podemos turbarnos, si no vemos sutilmente la razón de ellas. Pues ¿qué hay más justo que, por el juicio del pueblo, caiga aquel que con el réprobo juicio de su mente así se afanó que el pueblo que le seguía pereciera? Pero, sin embargo, cuando los sacerdotes viven mal, no han de ser juzgados por los laicos. Dignamente, pues, reciben a uno más indigno los que presumieron arrojar indignamente a un indigno. Pues de los hijos de Samuel se dice: Recibieron dones y pervirtieron los juicios. Pero de aquel rey que los hijos de Israel piden, se profieren amenazas muy terribles, porque se dice: Tomará vuestros campos y olivares, y los dará a sus siervos (1 Sam... [truncated]

(1 Sam. 10, 25.) Habló Samuel al pueblo la ley del reino, y la escribió en un libro y la depositó ante el Señor.

4. ¿Qué es que se diga que los hijos de los israelitas han de ser puestos en los carros del rey? Pero los carros de los prelados de la santa Iglesia son sus deseos devotos. Pues mientras apetecen

fervientemente los gozos celestiales, son llevados como en carros por las alturas. De aquí es que se afirma que Elías fue elevado al cielo en un carro de fuego (4 Rey. 2, 1): porque ciertamente no podrá ser elevado a los gozos celestiales quien no los busca por medio de altos y fervientes deseos. Cuando, pues, los buenos oyentes comienzan, por los ejemplos de los predicadores, a despreciar lo terreno y a amar lo eterno, ciertamente los hijos de los israelitas son puestos en los carros de los reyes. Y ha de notarse que se dice que son tomados y puestos en los carros: porque primero deben ser abstraídos de los deseos carnales, para que puedan bien ser inflamados por los fuegos del amor celestial. Los cuales deseos terrenos, ciertamente, porque no se abandonan fácilmente, se afirma que los hijos son tomados. Pues debe hacerse por una gran violencia que el oyente elegido abandone plenamente los deseos terrenos y se eleve sublimemente en las cosas celestiales. Sobre esta violencia, en efecto, dice el Señor: El reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo arrebatan (Mt. 11, 12). Sobre esta dice Pablo: Nadie será coronado si no hubiere luchado legítimamente (2 Tim. 2, 5). Lo cual también se muestra latencialmente por estas palabras, porque se afirma que los hijos que son tomados son puestos no en asientos, sino en carros. En carro, ciertamente, acostumbraban luchar los antiguos. Pero también el que es llevado en carro, es conducido sublime y terrible contra el enemigo. Pues los varones elegidos son tanto más sublimes y terribles para los enemigos ocultos, cuanto más

profundamente han progreso en la altura del amor interno. Son sublimes, ciertamente, porque hasta su intención no llega la sugerencia de los espíritus malignos. Son también terribles, porque tanto más fácilmente pueden reprobar sus consejos, cuanto por el vigor del afecto íntimo permanecen en la contemplación del gozo celestial. Esto, ciertamente, cuantas veces se dice a aquellos que todavía son carnales, se les exhibe la bondad de las piadosas amenazas. Lo cual es tal como si dijera: Porque pedís una persona de virtud, bajo su disciplina no podéis vacar al ocio de la vida. Por lo cual también los jinetes r... [truncated]

(1 Sam. 8, 12.) Y se constituirá para sí tribunos y centuriones.

5. Son tribunos cuando comienzan: centuriones, cuando se perfeccionan en el magisterio espiritual. Pues, como dijimos arriba, del número centenario se dice centurión. Por tribunos también pueden entenderse varones espirituales, simples en ciencia, pero inflamados por el amor de Dios y del prójimo. Los cuales, aunque no sepan hablar cosas altas y espirituales, sin embargo, por los ejemplos de los elegidos que conocen, se esfuerzan por encender en el amor del Creador a quienes pueden. Ciertamente se llama tribu a la cognación o curia. Si, pues, se llaman tribunos por la tribu, los que para provecho de los prójimos proponen ejemplos de los santos, son llamados tribunos. Para destruir nuestra rusticidad, ciertamente, vienen como una curia, cuando nos proponen aquellas cosas por las cuales los

varones santos agradaron a Dios omnipotente. Y cuando exponen las virtudes propias de muchísimos santos, nos abren como la nobleza de las cognaciones espirituales. Por centuriones, pues, pueden entenderse varones más perfectos, que mientras progresan bien por el magisterio de los predicadores, se hacen oyentes y cooperadores de ellos. De los cuales ciertamente dice el Señor en el Evangelio: Todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mt. 13, 52). Tales, en efecto, no sólo son principales en la obra, sino también eruditos en la ciencia de la palabra de Dios. De donde también tanto más útilmente pueden exhortar a los prójimos al conflicto de la milicia espiritual, cuanto muestran también en la obra de la virtud las cosas altas que saben predicar. Tienen palabras en la erudición, tienen obras para ejemplo de los simples: para que los sabios entiendan las cosas altas que dicen; y los que no ven los secretos de las palabras en lo íntimo, imiten las obras que ven fuera. Se constituyen, pues, centuriones cuando, por la perfección de la virtud, obtienen la cumbre de la dignidad: para que vivan sublimemente, y cuanto más alto vivan, más útilmente enseñen.

6. Pero los que son centuriones, cuando ordenan tiempos de guerra, deben progresar: para que se conozca que dan también frutos de paz. Después de los tribunos, pues, y de los centuriones, se hacen aradores de los campos y segadores de las mieses; para que abran los corazones de los ya vencidos con el arado de la exhortación,

de los cuales sieguen más abundantemente el trigo de las buenas obras. Como en paz aran ya ciertamente quienes excitan a ejercitar las obras de piedad aquellos corazones que habían vencido las impugnaciones espirituales. Y siegan las mieses cuando se congratulan de que del germen de la palabra divina, que habían esparcido en los corazones de los oyentes, han brotado obras elegidas. Pues como siegan el trigo del campo con las hoces, cuando por el abrazo de la caridad reciben aquello de la conducta celestial con lo que se sacien en la devoción interna.

7. Pero mientras vivimos en esta vida, nada poseemos en paz. Pues dado que el antiguo enemigo siempre se opone a los que actúan bien, es necesario que siempre defendamos aquellas cosas que hacemos bien. Por lo cual también, rectamente, después de los aradores de los campos y de los segadores de las mieses, se dice que son hechos los fabricantes de armas y de los carros del rey. Fabrican armas y carros para defender los mismos campos que cultivan y aquellas mieses que siegan. Fabrican, en efecto, un carro para ser veloces en el encuentro con los adversarios; pero armas, para ser potentes. Montan, ciertamente, el carro para desgastar los campamentos de los demonios con gran ímpetu; y llevan armas para extinguir a quienes atacan. En esta sublimidad del carro estaba, en efecto, aquel que decía: Nuestra conducta está en los cielos (Flp. 3, 20). De donde también ya seguro, aquel que aparecía superior a todos sus enemigos, afirmando dijo: Ninguna criatura podrá separarnos de la caridad

de Cristo (Rom. 8, 39). Pero el que había montado el carro empuñaba armas; de donde también explica, diciendo: Mas yo así corro, no como a la ventura; así peleo, no como quien azota el aire, sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre (1 Cor. 9, 26, 27).

¿Qué, pues, se expresa más rectamente en este carro que la sublimidad de la recta intención? Fabricar un carro, por lo tanto, es erigir en las mentes de los oyentes la altura de la recta intención. Pues los que por los ejemplos de los mejores obtienen el ministerio de la predicación, fabrican carros tras el estudio del arado y de la siega, cuando enseñan a los súbditos que actúan bien a esperar solamente los premios de la retribución eterna de todas las buenas obras que hacen. En efecto, despreciar las cosas terrenas, no desear nada transitorio, amar las cosas eternas y apresurarse hacia ellas con grandes deseos, es ya ciertamente presidir un carro sublime. Acerca de tales carros se dice, sin duda, por el Salmista: El carro de Dios es multiplicado por diez mil, miles de los que se alegran; el Señor asciende en ellos (Sal. 67, 18). Sus armas, en verdad, son consejos agudos, con los cuales golpean a los enemigos tanto más válidamente cuanto más rápido descubren sus astucias. De donde también hablaba como armado aquel poderoso: No ignoramos sus astucias (2 Cor. 2, 11). También fabricaba armas cuando decía: Y tomad el escudo de la fe, en el cual podáis extinguir todos los dardos de fuego del maligno, y el yelmo de la salud, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef. 6, 16, 17).

Puestos en aquellos carros y armas, ciertamente, los elegidos son veloces y potentes. Veloces, ciertamente: porque mientras desean las cosas espirituales, descubren en un momento las malicias espirituales. Pero son potentes: porque mientras desean más ardientemente las cosas supremas, consideran como nada cualquier cosa que se les sugiera desde el ínfimo amor del mundo: y como llevados por el peso de un carro, tienen un gran ímpetu contra los enemigos, quienes, llenos de santas virtudes y de consejos agudos, destruyen en un momento todas las tentaciones que se les presentan. Ni carece de este sentido el que el carro, mientras se desplaza por la tierra, levante hacia arriba la parte inferior y deprima hacia abajo la parte superior. Así, sin duda, también la recta intención de los varones santos, mientras de las cosas terrenas que hace espera las celestiales, dirige como hacia lo sumo la parte que arrastra por la tierra. Y porque se humilla en presencia del Creador tanto por la buena obra como por la expectativa de la retribución eterna, sumerge como hacia la tierra la parte que levanta hacia arriba. En sus ruedas, ciertamente, nuestro carro se desplaza incesantemente, si de la buena obra siempre pretendemos las cosas eternas, y de toda la altura de nuestro progreso nos cuidamos de ser humildes.

Tales armas y carros son, en efecto, entonces del rey, cuando se ve que no discrepan en nada de la forma y doctrina de los predicadores de la santa Iglesia. Por lo tanto, los predicadores elegidos fabrican carros y armas cuando enseñan a

sus oyentes a apresurarse hacia la patria celestial, tanto por la rectitud de la intención como por la munición de la virtud.

Pero en todas estas cosas que hemos mostrado en el progreso de uno solo, nada obsta si las percibimos como distribuidas por sí mismas en muchos. Hemos mostrado que los elegidos, que progresan por los grados de las virtudes, son puestos primero en carros; luego son ordenados jinetes y precursores de las cuadrigas reales; constituidos tribunos, centuriones, aradores y segadores; y finalmente son hechos fabricantes de armas. Pero porque la santa Iglesia usa diversos ministerios de los elegidos, quien quiera puede atribuir cada uno de los dones de las gracias a cada uno de los órdenes, para que cada una de ellas sea propia de aquellos que se insertan más estrictamente en sus afectos.

8. ¿Qué es, pues, lo que añade: que tomará a las hijas de los israelitas para ser ungüentarias, y focarias, y panificas?

Pero con el nombre de hijas a veces se designa la debilidad, a veces la fecundidad.

¿Quiénes son, pues, las hijas de los israelitas sino las mentes elegidas, preparadas para la concepción de la palabra divina? Las cuales se hacen ungüentarias del rey: porque mientras progresan por la instrucción de su predicador, perciben en sí la abundante gracia del Espíritu Santo, por la cual pueden sanar saludablemente los corazones contritos. También se hacen focarias: porque mientras están llenas del fervor del Espíritu Santo, encienden con su ejemplo los corazones de los

prójimos en el amor del Creador. Se hacen panificas cuando recrean las mentes elegidas con el alimento de la palabra de Dios. Las hijas, pues, se hacen ungüentarias cuando curan las heridas de los pecados. Focarias, cuando inflaman los corazones, purificados de las suciedades de los pecados, al estudio de la buena obra por el ejemplo de su virtud. Pero son panificas cuando, para los que ya progresan mediante ejemplos, ya no proponen ejemplos, sino que profieren palabras de alta ciencia; para que, alimentados como con alimento sólido, actúen tanto más fuertemente cuanto que, ya instruidos espiritualmente, desean más fervientemente las cosas eternas.

Sigue: (Vers. 14.) También tomará vuestros campos, y viñas, y los mejores olivares, y los dará a sus siervos. ¿Quiénes son los campos, qué las viñas, qué los olivares que por el derecho de los prelados nos son quitados? Pero los predicadores santos, cuando hablan para la corrección de los pecados, reprenden las delicias de la carne, las concupiscencias de la mente, las simulaciones de las buenas obras. Pues si las delicias de la carne no fueran campos de inicua posesión, el Apóstol de ninguna manera diría: El que siembra en la carne, de la carne segará corrupción (Gál. 6, 8). Sembrar en la carne, ciertamente, es sepultar el propósito de la mente en las delicias del cuerpo. Los cuales ciertamente siegan corrupción de la carne: porque en la resurrección de los elegidos de ninguna manera reciben la renovación de la incorrupción eterna. Con el nombre de viñas también se figuran rectamente las concupiscen-

cias de la mente: porque embriagan los corazones de los réprobos y los alejan del conocimiento de la verdad. Vituperando Moisés el fruto de esta viña, dice: De la viña de los sodomitas es la viña de ellos, y de los suburbios de Gomorra: su uva es uva de hiel, y su racimo amarguísimo (Deut. 32, 32). De la viña de los sodomitas, ciertamente, saca la vid, de Gomorra el sarmiento, quien llena la mente con nefandísimas concupiscencias. Pues hace como una viña quien olvida las cosas eternas por aquello de donde también se embriaga mediante las concupiscencias; y quien se refrigera como bajo la sombra de la viña y la amenidad de la depravada delicia, se prepara la retribución del incendio eterno. De donde, con demasiada propiedad exponiendo el fruto de la misma viña, dijo que era uva de hiel y racimo de amargura. Pues la uva está en la vista, la hiel en el sabor: deleitando la vista, amargando el gusto; porque sin duda agrada mucho a la mente réproba lo que codicia, pero en la pena eterna se amarga lo que ahora le es dulce. El rey, pues, nos quita los campos cuando el predicador elegido, al hablar, sustrae los movimientos de nuestra carne que estaban alegres en la delicia. Quita las viñas cuando corta de raíz de nuestro corazón las concupiscencias embriagadoras. También quita los olivares cuando reprende las obras de falsa misericordia, cuando, exhortando rectamente, sugiere que no hay mérito alguno en la obra si no procede del propósito de la buena intención.

10. Pero debe preguntarse mucho por qué se afirma que son dados a los siervos del rey. Pues

si estas cosas se nos quitan por derecho, ¿quiénes serán aquellos a quienes no se atribuyan indignamente? Pero si buscamos esto con sutileza, encontramos que nuestros santos predicadores son grandes en sus mandatos. ¿Quiénes son, pues, estos siervos sino aquellos de cuya cabeza dice el Señor al bienaventurado Job: ¿Acaso lo tomarás por siervo sempiterno (Job 40, 23)? Pues los espíritus malignos son siervos de los hombres santos; pero en esta vida siervos perpetuos, y en aquella, ciertamente, siervos sempiternos. Pues diariamente introducen aquello por lo cual los varones santos sean coronados. Pues como de la batalla de esta vida se nos ofrezca la victoria de la gloria eterna, quienes renuevan contra nosotros aquellas guerras por las cuales somos conducidos al descanso eterno, ciertamente nos prestan grandes servicios. También son siervos de los vencidos, según testifica la verdad: Por quien uno es vencido, de ese mismo se hace siervo (2 Pe. 2, 19). Pues mientras excitan batallas contra los que han de vencer, sirven a los que de ahí son coronados, de donde por un tiempo reciben potentemente sus batallas. Pero porque lo que aprovecha para la gloria de los santos crece para los espíritus malignos en aumento de condenación, los campos, viñas y olivares quitados son atribuidos a los siervos. De toda su malicia, ciertamente, los demonios serán castigados en la pena eterna. En el encuentro del combate oculto, cuando los elegidos vencen, los males que repelen los atribuyen a sus enemigos: porque aquellos, como oro en el horno (Sab. 3, 6), son probados, mientras que

estos son castigados por la sugerencia réproba. Los siervos, pues, reciben los campos, viñas y olivares: porque cuando los pecadores vuelven a la vida, por la predicación de los doctores, esto también aprovecha para el cúmulo de la condenación de los demonios, el hecho de que los penitentes en la culpa pasada fueron retenidos por su fraude durante tanto tiempo. También se dan estas cosas a los siervos cuando los pecadores convertidos al Señor por el oficio del predicador reconocen que en el amor de los crímenes pasados eran retenidos por el fraude de los demonios.

11. Pero, ¿qué es eso de que las mieses y los frutos de las viñas han de ser diezmados, y que se dice que han de ser dados a los eunucos y siervos del rey? Pero las mieses de los elegidos son diezmadas cuando recogemos sus obras más excelentes, para proponerlas como ejemplo de los fieles. Finalmente, hubo uno solo que tuvo en sí la plenitud de todas las virtudes, en quien se infundió corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col. 1, 19). Pero nosotros, porque todos hemos recibido de su plenitud, poseemos los dones de las gracias divididos por partes. De aquí dice Pablo: A uno, ciertamente, por el espíritu, le es dada palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia... a otro, géneros de lenguas; a otro, interpretación de sermones... a otro, fe en el mismo espíritu; a otro, operación de virtudes; a otro, profecía; a otro, discreción de espíritus (1 Cor. 12, 8). Pero por el número denario, porque es perfecto, diezmamos las virtudes cuando recogemos los dones de cada uno de los elegidos, para que los menores

los imiten. Pues de Moisés está escrito: Que era el más manso sobre todos los hombres de la tierra (Núm. 12, 3). De Abraham también se dice: Creyó Abraham a Dios, y le fue reputado a justicia (Gén. 15, 6). Cuando, pues, queremos imitar la mansedumbre con la fe, es necesario que del ejemplo de Moisés y de Abraham se diezmen alimentos para la refección de nuestra mente, como de mieses elegidas. Así, ciertamente, la castidad de José (Gén 39, 8), así la paciencia de Job (Job 1, 21), así el celo de Finés (Núm 25, 7) proponen los predicadores para nuestro ejemplo: porque mientras muestran las virtudes de los perfectos, congregan como los diezmos de las cosechas elegidas, para ponerlos ante los que progresan bien. De donde también rectamente se predice que esos mismos diezmos de los frutos serán dados a los eunucos y siervos. Pues son eunucos quienes, por la virtud del ánimo, han triturado en sí todos los fomentos de la liviandad. De los cuales sin duda dice el Señor en el Evangelio: Hay eunucos que se castraron a sí mismos por el reino de los cielos (Mt. 19, 12). Siervos son los que todavía sirven en los estudios de la vida activa bajo cuidado ajeno, y todavía no pueden salir libres hacia la altura de la caridad. Los cuales también se encuentran en Moisés que deben servir a sus señores por seis años (Éx. 21, 2), para que al séptimo salgan libres: porque sin duda primero deben ser perfectos en la obra, para que puedan salir ordenadamente a la suma contemplación. El doctor, pues, atribuye los diezmos de las mieses a los eunucos y siervos cuando estos, que le obedecen en la blancura de

la castidad, siguen las obras elegidas de los mayores. También atribuye los diezmos de las viñas cuando les muestra con qué admirable caridad nuestros Padres amaron a Dios y al prójimo; para que también ellos mismos procuren llenarse de la abundancia de la misma caridad, y como ebrios y olvidados de las cosas pasadas, amen solo las futuras y no omitan correr fervientemente hacia ellas.

12. Pero tras todas estas cosas se predice que han de ser tomados los siervos de los israelitas, y las criadas, y los jóvenes óptimos, y puestos en la obra del rey. ¿Quiénes son los siervos de los carnales sino quienes, por el ejemplo de los malos, han sido tan depravados por la larga costumbre que parecen haber sometido perpetuamente los cuellos de la mente bajo el yugo de la nequísima imitación? Los siervos de aquellos, pues, son tomados cuando por el estudio de los predicadores elegidos abandonan los pecados también aquellos que parecían estar vehementemente sometidos a la réproba imitación de los carnales. Los cuales también son llamados jóvenes óptimos. Son jóvenes, ciertamente, porque son fuertes en el mal; también son llamados óptimos porque son más inicuos que los demás pecadores. A los cuales sin duda se les dice por el profeta: ¡Ay de vosotros que sois poderosos para beber vino, y varones fuertes para mezclar la embriaguez! (Is. 5, 22). Beben vino, finalmente, quienes por deliberación de la mente reciben precipitadamente el fervor de la concupiscencia, y mezclan la embriaguez; porque mientras se inflaman con los

ardores de las concupiscencias, perdida la razón, no saben volver a los caminos de la rectitud. Pero son poderosos y fuertes tanto para beber como para mezclar la embriaguez, de modo que por el ferviente propósito del mal son enseñados a ser como los mejores siervos. A estos jóvenes óptimos los demuestra igualmente el sermón divino cuando expone la avidez del diablo, diciendo: Su comida es elegida (Hab. 1, 16). Pues el antiguo enemigo se recrea mucho en la iniquidad de aquellos que son más inicuos que los más inicuos.

13. Pero con el nombre de ancilas (criadas) se designa aquella nequísima condición de los pecadores que por la iniquidad son muy malos, y ofrecen a otros ejemplos de depravación. Pues como criadas paren siervos, mientras no solo son operarias de una gran iniquidad sino también madres. Pero porque por la predicación de los santos tales personas también se convierten, las cuales después prestan grandes servicios al Dios omnipotente, con propiedad se dice que los siervos y las criadas son arrebatados y puestos en la obra del rey. ¿Acaso no tomó entonces una criada el Rey de reyes cuando dijo de aquella gran pecadora: Muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho (Lc. 7, 47)? Y la puso en su obra cuando entró en un castillo y ella lo recibió en su casa (Lc. 10, 38). También la puso en su obra porque, resucitando de entre los muertos, le encomendó la predicación de su resurrección (Mc. 16, 7). También tomó a un siervo cuando llamó a Mateo del lucro del telonio para seguirle. En su obra también lo puso, porque le ofreció un

banquete en su casa, y lo hizo predicador de Etiopía, Evangelista del orbe convertido (Mt 9, 9; Mc 1, 14; Lc 5, 27). Porque, pues, por el ministerio de los predicadores estos también vuelven al Señor, de cuya salvación el pensamiento humano podía desesperar, con razón los siervos, las criadas y los jóvenes óptimos son descritos como destinados a ser puestos en la obra del rey.

14. Pueden entenderse por el nombre de siervos y criadas los movimientos del corazón y los afectos. Pues cuando nos sugieren cosas réprobas, son siervos; cuando los afectos de la mente desean someterse a las sugerencias de los movimientos depravados, son criadas. Entonces ciertamente es necesario que dominemos a ambos por el rigor del propósito. Los predicadores se llevan a nuestros siervos y criadas cuando instruyen los movimientos de nuestros corazones y los afectos sobre cómo han de ser dirigidos al servicio de Dios. Los ponen en la obra del rey cuando ya ejercemos el mismo servicio de Dios omnipotente que aprendimos por su magisterio. Por lo cual también, ¿qué se figura más propiamente en los asnos que los movimientos lascivos del alma? Pero son puestos en la obra del rey cuando aquella mente, que solía moverse a la lascivia por pensamientos depravados, progresa por la predicación del doctor y pone sus afectos en el deseo de imitar la castidad. Pueden ser designados por el nombre de siervos, criadas y asnos quienes prestan fuertemente servicios corporales a hombres seculares. Pero son puestos en la obra del rey porque, convertidos al servicio de

Dios omnipotente, toleran las cosas espirituales tanto más devotamente por la retribución eterna cuanto más claramente reconocer que toleraban grandes cosas sin fruto. También se dice que el rey diezma las greyes: porque quien desea agradar al Dios omnipotente debe ser limpio por la inocencia e intenso en el estudio de la buena obra. Por lo primero, ciertamente, el árbol es bueno; por lo segundo, también da fruto. Pero porque nos servimos de muchas cosas para poder guardar la inocencia y exhibir buenas obras, las mismas multitudes de pensamientos inocentes son nuestras greyes. ¿Qué es, pues, eso de que son diezmadas, sino porque la sutileza de los pensamientos no se ve fácilmente? Pues a menudo pensamos que pensamos cosas buenas que, discutidas sutilmente, no son buenas. Deben, pues, ser diezmadas las greyes, para que solo aquello sea de derecho real lo que se contiene en el número denario. Lo cual se hace bien en nosotros entonces, cuando por el magisterio de nuestros predicadores aprendemos a ser perfectos no solo en la exhibición de la obra sino también en la búsqueda del pensamiento. Pero al final se dice: (Vers. 17.) Y vosotros seréis sus siervos.

15. Para que, a saber, así se sepan sujetos a su derecho, que no se atrevan a pasar por alto sus mandatos. Esta dominación real quería ciertamente establecer el Señor cuando decía: Todo lo que atares sobre la tierra, será atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado en los cielos (Mt. 16, 19). Esta misma potestad exigía de los súbditos aquel que

decía: Si alguno os evangelizare algo distinto de lo que yo os he evangelizado, sea anatema (Gál. 1, 8). De aquí igualmente el Señor, enviando a los discípulos a la predicación, dice: Quien os oye a vosotros, a mí me oye; y quien os desprecia a vosotros, a mí me desprecia (Lc. 10, 16). De aquí, acerca de los predicadores de Judea, dice el Señor a los mismos discípulos: Todo lo que os dijeren, hacedlo (Mt. 23, 3). Somos, pues, siervos de nuestros reyes cuando de tal modo nos sometemos al imperio de nuestros prelados que no presumimos hacer nada fuera de su autoridad. Porque, pues, presiden a los que en la virtud de la obediencia robustecen sus virtudes, al final del derecho real se dice: Y vosotros seréis sus siervos: para que los súbditos fieles entonces también reconozcan que deben estar sujetos al precepto de los predicadores cuando, por el progreso de las virtudes, son conducidos a las cumbres de la perfección. Lo cual también, enseñando la misma Verdad a los discípulos con las mismas palabras, dice: Cuando hubiereis hecho todas estas cosas, decid: Siervos inútiles somos (Lc. 17, 10).

Sin embargo, porque hablaba estas cosas a los carnales, añadió diciendo: (Vers. 18.) Y clamaréis en aquel día ante la faz del rey, y no os oirá el Señor en aquel día, porque pedisteis para vosotros un rey.

16. Quienes habían pedido un rey claman ante la faz del rey cuando aquellos que habían prometido llevar una vida espiritual bajo un buen rector intentan abandonar las labores de la misma vida. Por la faz, ciertamente, todos son reconocidos.

La faz del rey es, pues, la conocida conducta y la erudición de un buen predicador. Los cuales, sin duda, porque llevan una vida dura y áspera por la vida eterna, y mandan cosas duras, los súbditos carnales no intentan imitar su vida y doctrina, sino huir de ella. Ven ciertamente la faz del rey entonces quienes habían pedido un rey, cuyo aspecto ignoraban; porque consideran en su prelado cuán laboriosa es la estrechez del camino celestial, la cual deseaban como una cosa fácil antes de conocerla. Entonces claman ante la faz del rey quienes pidieron un rey; porque mientras no quieren abandonar la costumbre de la vida carnal, se esfuerzan por escapar de la laudable imitación de su óptimo pastor, al que quisieron que les presidiera. Y porque con el corazón ciego no pueden ver la luz, claman al Señor, esto es, para que puedan evadir el yugo espiritual de Dios, suplican al Señor. Pero no los oye el Señor en aquel día. ¿Cuál es aquel día en que los súbditos réprobos suplican al Señor sino la intención de una vana prosperidad? No son oídos; porque ciertamente por la gracia divina nunca sucede que la sujeción una vez prometida a los buenos rectores pueda salir libre hacia las delicias del mundo. Por lo cual también añadió la causa, diciendo: (Vers. 18.) Porque pedisteis para vosotros un rey.

17. Como si dijera: La sujeción prometida a los pastores espirituales es indisoluble. Fácilmente pedís para vosotros un rey; pero porque la dignidad real es pesada, no podéis escapar fácilmente de su potestad. Porque decimos esto respecto a la historia, consideramos que debe notarse que

el Dios omnipotente, mientras predice el derecho del rey, otorga a los superiores religiosos una forma de institución. ¿Por qué? Para que quienes mandan la vía estrechísima de conducta no otorguen fácilmente el acceso a los que se acercan de nuevo. Por lo cual también el óptimo maestro de la misma vida estrechísima, el instruido discípulo de la suma verdad, manda diciendo: Probad los espíritus si son de Dios (1 Jn. 4, 1). And likewise: Let the hard and rough things be announced to him, through which one goes to God, so that he may know to what he enters. Predica, pues, el Señor el derecho del rey, diga, sepa todas las cosas, cómo han de ser los carnales en su observancia; y para que los débiles no accedan fácilmente a la vida de la virtud, los superiores fuertes de ninguna manera reciban fácilmente a los débiles. La celeridad de la conversión nace frecuentemente de la precipitación del consejo, no del incremento de la devoción. Pues cuando los enfermos prometen cosas fuertes, no es fuerza probada del ánimo, sino confusión de la discreción. A todos los cuales el sabio amonesta bajo una sola denotación, el cual dice: No levantes una carga sobre ti. Por tanto, quienes en el fuerte propósito de la vida regular presiden a otros, deben recibir tanto más discretamente a los conversos a la misma vida cuanto más útil es preconocer si la petición de los que acceden es por la virtud del ánimo o por la precipitación de la voluntad. Pues quienes son ligeros en sus actos, suelen desear instantes la aspereza de la vida espiritual, para que parezca que desean con gran virtud de ánimo lo que piden.

(Vers. 19, 20.) Pero el pueblo no quiso oír la voz de Samuel, y dijeron: De ninguna manera, sino que habrá un rey sobre nosotros, y seremos nosotros también como todas las gentes, y nos juzgará nuestro rey, y saldrá ante nosotros, y peleará nuestras batallas por nosotros. Porque esto ha sido expuesto extensamente arriba, nos detenemos ociosamente en su investigación. Sigue: (Vers. 21.) Y oyó Samuel todas las palabras del pueblo, y las habló a los oídos del Señor.

Oír la voz del pueblo es reconocer lo que dicen exteriormente quienes piden el hábito de la santa conducta. Pues oímos como si fuera solo la voz de los que acceden cuando sabemos lo que afirman exteriormente; pero cómo han de ser entre las afirmaciones de la promesa, no lo vemos. Debemos, pues, hablar esas cosas a los oídos del Señor, para que él mismo reciba las palabras de la promesa; el cual, mientras oye las palabras, discute los corazones, y del texto del progreso busca los intereses de una obra robusta. Oigan esto las mentes de nuestros novicios y se espanten: porque a saber, lo que nos dicen a nosotros, lo hablamos a los oídos del Señor. Pues lo que prometen ante nosotros, lo ofrecemos a Dios, para que él mismo tenga ya de nuestras manos lo que ha de buscar. Lo cual es ciertamente libertad del rector y obligación del súbdito; porque es sometido a una sentencia tanto más estrecha cuanto más claramente puede saber que, de aquello que responde, debe dar razón al Dios omnipotente. Cuando, pues, ofrecemos a Dios lo que los novicios prometen, le damos como un quirógrafo que

nos hacen a nosotros. Y porque esto se hace ocultamente, se dice que Samuel habló a los oídos del Señor lo que el pueblo había dicho. Hablamos, en efecto, a los oídos de los amigos cuando ocultamos a los extraños lo que decimos. Sigue: (Vers. 21.) Dijo, pues, el Señor a Samuel: Oye su voz, y constituye sobre ellos un rey.

19. Arriba el profeta, previendo las cosas futuras, dice: Clamaréis al Señor, y no os oirá, porque pedisteis para vosotros un rey. Pero ahora el Señor dice: Oye su voz, y constituye sobre ellos un rey (1 Rey. 8, 18, 22). ¿Qué se nos muestra por esto sino que a menudo se inspira divinamente a los buenos rectores de la santa Iglesia que sometan a los estudios de la vida celestial a quienes después no son devotos bajo la disciplina de la misma profesión? Los cuales ciertamente después han de clamar ante la faz del rey, y sin embargo por precepto divino reciben un rey: porque son inspirados divinamente a acceder devotamente al servicio de Dios aquellos a quienes la solicitud de los pastores, con gran trabajo, debe cohibir bajo el vínculo del mismo servicio para el aumento de la recompensa eterna. Se dice que claman al Señor ante la faz de su rey: pero oigan los mismos reyes lo que responde el profeta enviado por el Señor, para que sepan qué deben hacer entre esos mismos clamores. No, dice, os oirá. Por tanto, tampoco ellos mismos deben oír. Pues quienes en los santos monasterios son tibios, deben ser sanados como enfermos; no deben ser echados como muertos. Pues si son enviados por el Señor, revivirán entre los fomentos de los ungüentos es-

pirituales. Diga, pues, el Señor: Constituye sobre ellos un rey: porque ciertamente algunos vienen devotos al servicio de Dios que también se permiten enfriar, pero por el estudio de los pastores, a cuyo precepto se habían sometido por inspiración divina, vuelven a calentarse en el amor de la patria celestial.

Pero ya expone qué clase de pastor sea idóneo para esto, diciendo: (1 Rey. 9, 1, 2.) Había un varón de Benjamín, de nombre Quis, hijo de Abiel, hijo de Seror, hijo de Becorat, hijo de Afía, hijo de un varón de Jemini, fuerte en valor. Y tenía un hijo de nombre Saúl, elegido y bueno, y no había varón de Israel mejor que él; del hombro para arriba sobresalía sobre todo el pueblo.

20. ¿Qué significa que cuando se muestra al rey que ha de ser constituido, se proclaman los nombres de los padres? sino porque indignamente es asumido al principado de la santa Iglesia quien no mantiene la nobleza de los santos Padres en sus costumbres. Se asignan seis nombres de padres para que se designe la perfección de su santa conducta en la buena acción. Pues en seis días fue fundado el mundo, en seis edades es consumado. Son, pues, seis los padres que se nombran en el orden de la genealogía de los pastores elegidos de la santa Iglesia: porque sin duda son hijos por imitación de aquellos que obtienen la cumbre de la perfección en la forma de los que les siguen. El padre del rey, Quis, se dice que significa duro: porque ciertamente aquellos cuyos imitadores son los santos predicadores, no son remisos en la vida y el celo. Son duros, en efecto,

porque no hablan cosas blandas a los pecadores; son duros también porque, para corregir bien a otros, demuestran en su propia conducta las cosas duras que les mandan. Pues duro parecía aquel que reprendía a los judíos diciendo: Prole de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced frutos dignos de penitencia (Mt. 3, 7). Pero el que era duro con los otros, no era remiso consigo mismo. Pues para que el Evangelista mostrara que mantenía la dureza de la penitencia que predicaba, dijo: Tenía su vestido de pelos de camello, y una zona de piel ceñida a sus lomos; su comida eran langostas y miel silvestre (Mc. 1, 6). A Ezequiel también se le dice: He aquí que he dado tu frente más dura que las frentes de ellos, y como diamante y sílice he dado tu faz (Ez. 3, 8). Pero aquel que venía tan duro contra los duros en el mal, para mostrar hablando las cosas duras que habían de venir, lloraba durante siete días en medio de ellos antes de hablar. Pues así dice: Y me senté donde ellos se sentaban, y permanecí siete días llorando en medio de ellos. Porque, pues, los santos predicadores no son suaves y mansos con los pecadores obstinados, y obran lo áspero que predican, rectamente se afirma que Saúl es hijo de un hombre duro. Pues el predicador elegido debe imitar a aquellos que predican cosas agudas y observan lo que hablan. De donde también se añade sobre el mismo padre del rey: Fuerte en valor. Hay algunos dentro de la santa Iglesia que son fuertes por elocuencia y arrogancia. Pues hacen grandes cosas; pero cuando los hombres dejan de alabar lo que hacen, ellos mismos dejan de hacer esas mis-

mas cosas grandes. Es, pues, fuerte en valor quien la virtud que muestra en la buena obra la tiene del Espíritu Santo. De tal valor vaticinó arriba Ana en su cántico diciendo: Los débiles han sido ceñidos de fortaleza. De esto promete el Señor a los discípulos diciendo: Sentaos en la ciudad hasta que seáis investidos de virtud de lo alto (Lc. 24, 49). En esta fortaleza caminaba fuertemente aquel de quien está escrito: Jesús regresó en la virtud del espíritu a Galilea (Lc. 4, 14). El que, pues, es llamado duro, es afirmado como fuerte en valor: porque los varones elegidos, mientras predican lo sumo, demuestran cosas ingentes; y todo lo alto que mandan, y todo lo grande que hacen, lo obran en la virtud del Espíritu Santo. De lo cual dignamente se añade: Y tenía un hijo por nombre Saúl, elegido y bueno. Pues quien es imitador de tales personas, no solo es útil para la labor del ministerio, sino apto para el fruto de la herencia. Pues ciertamente incluso Judas fue elegido para el ministerio; pero porque no fue bueno, perdió el derecho de la sucesión. ¿Quiénes son, pues, significados en Saúl, todavía elegido y bueno, sino los imitadores elegidos de los santos Padres, que por la doctrina son útiles a otros, y por la conducta a sí mismos; que pueden regir a otros de tal modo que de ninguna manera dejen de proveer para sí mismos? Pues son elegidos y buenos porque de tal modo buscan las ganancias de otros que no sufren pérdidas propias. Pues están llenos en sí mismos, rebosando hacia otros, y de su abundancia de tal modo atribuyen a otros que no pierden nada de su propia plenitud. Tienen lo que ofrecer

a otros, pero teniendo lo que les puede bastar a sí mismos, no lo ofrecen a nadie. De tal modo se esfuerzan en ofrecer aceite a otros que no se quitan a sí mismos los fomentos de la luz: para que mientras iluminan a otros, no se extingan ellos mismos. Con razón, pues, es llamado elegido y bueno: porque ciertamente quien asume el régimen de la santa Iglesia debe ser rico, adornado de dones espirituales y de plenitud de méritos. Y porque del orden común han de ser elegidos los que sobresalen, sigue: Y no había entre los hijos de Israel nadie mejor que él. Cuya excelencia es ciertamente recomendada cuando se añade: Del hombro para arriba sobresalía sobre todo el pueblo. Por esta especie del cuerpo, en la persona del prelado que ha de ser ordenado, se presignan los actos de virtud. Pues ¿qué se designa en el hombro sino la fortaleza? Pero el que sobresalía sobre todo el pueblo del hombro para arriba, era de una estatura tan sublime que quien fuera más alto en el pueblo llegaría con su cabeza solo hasta el hombro del rey; pero el futuro rey superaría la altura de todos con el cuello y la cabeza. ¿Y qué son las cabezas sino las mentes del pueblo sujeto? Las cuales, cuando se extienden mucho, llegan hasta el hombro del rey que ha de ser ordenado: porque el que es buscado para la cumbre del gobierno de la santa Iglesia debe ser de tanta perfección que todo lo que el pueblo quiera proponerse de buena obra, él deba demostrarlo en su conducta. Pues las cabezas del pueblo tocan como el hombro del rey cuando sus corazones encuentran en su pastor cualquier virtud que buscan. Pero el rey

sobresale por el cuello, sobresale también por la cabeza. Pues ¿qué se designa en el cuello sino la locución? ¿qué en la cabeza sino la contemplación de la mente? Por la cabeza, pues, y el cuello excede las cabezas de todos los súbditos si es admirable por la altura de la contemplación y por la sublimidad de la doctrina. Pues es como sublime de cabeza cuando contempla aquellas cosas de los secretos celestiales que otros no pueden contemplar. También tiene el cuello sobre los otros quien, admirable por la altura de su locución, no puede ser igualado por los demás. Pues tenía como la cabeza levantada a lo alto aquel que decía: Vendré a las visiones y revelaciones del Señor. Sé de un hombre en Cristo... (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) (2 Cor. 12, 1, 2). Pero como rey elegido y bueno, para mostrar que también mantenía el cuello sobre todas las cabezas, dijo: Oyó palabras arcanas que no es lícito al hombre hablar (Ibíd., 4). ¿Pero por qué admiramos como su cuello eminente en aquellas cosas que calló? Igualémoslo, si podemos, en las cosas que dijo. Del cuello del apóstol Pablo procedieron sus epístolas, y aunque desde aquel tiempo los varones sabios comenzaron a exponerlas, todavía se esfuerzan por conocer mejor lo que dijo. Y mientras diariamente progresan en su erudición, apoyándose como en la cumbre del cuello, de ninguna manera pueden alcanzarla. Sobresalga, pues, el rey por el cuello, sobresalga por la cabeza, sea sublime por el hombro; para que sea perfecto en la conducta, admirable en la elocuencia, arduo sobre los demás en la fortaleza

de la contemplación. Pero el que es grande por la conducta, principal por la elocuencia, suspendido sobre todos por la contemplación, antes de llegar a la cumbre del gobierno, debe tener exteriormente signos de caridad fraterna: para que, a saber, tenga tal solicitud por los prójimos que busque las ganancias de las almas para la vida eterna. Con razón, pues, en el tipo de ellos se añade:

(Vers. 3, 4.) Se habían perdido las asnas de Quis, padre de Saúl; y dijo Quis a Saúl su hijo: Toma contigo a uno de los criados, y levantándote ve, y busca las asnas. Los cuales, habiendo pasado por el monte Efraín, y por la tierra de Salisa, y no habiéndolas hallado, pasaron también por la tierra de Salim, y no estaban allí; y por la tierra de Jemini, y de ninguna manera las encontraron.

21. Quis, que es llamado duro, no solo significa a sus elegidos, sino también al mismo Redentor. Pues nadie fue más duro para consigo mismo que él. Insinuando el profeta la aspereza de esta dureza, dijo: Verdaderamente él llevó nuestros sufrimientos y soportó nuestros dolores (Is. 53, 4). Pues morir para los mortales no es padecer, siendo pasibles de una naturaleza condenada. Él, pues, fue vehementemente duro consigo mismo, quien no tenía en sí de qué padecer; pero para liberarnos padeciendo, asumió dignamente aquello en lo que fuera duro para sí mismo y pudiera padecer. Las asnas de Quis son las almas pecadoras (1 Rey. 10). Porque también han sido regeneradas en la fe del Redentor, se dicen duras; pero asnas perdidas, porque por la inmundicia

han sido separadas de su servicio. De aquí es, en efecto, que tendiendo a la pasión, se sentó sobre una asna liberada y un pollino (Mt. 21, 7); para mostrar patentemente que había venido a padecer para esto, para socorrer a los pecadores. Pues confesaba que buscaba a las asnas que perecían cuando decía: El hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lc. 19, 10). Estas asnas las buscó tanto por sí mismo como todavía envía predicadores a buscarlas. Dice, pues, Quis a su hijo que busque las asnas cuando por inspiración espiritual el Redentor manda a los corazones de los elegidos que partan al ministerio de la predicación. Pero partiendo al oficio de la predicación, porque solo deben llevar consigo el sentido espiritual, se les manda tomar a uno de los criados. Pues toma a un criado quien, mientras parte para ofrecer a otros una forma de vivir, es espiritual en todo lo que hace. Pues tomó a uno de los criados de quien se predijo: Él mismo precederá ante él en el espíritu y la virtud de Elías (Lc. 1, 17). Había llevado consigo a un criado quien dijo: No tenemos el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios (1 Cor. 2, 12). De aquí de nuevo dice: Nosotros tenemos el sentido de Cristo (Ibíd., 16). De aquí se dice por Ezequiel sobre los animales santos: A donde era el ímpetu del espíritu, allá caminaban (Ez. 1, 12). Buscando, pues, las asnas, toma a uno de los criados: cuando aquel que comienza de nuevo a buscar las ganancias de las almas, dispone hacer espiritualmente todo lo que piensa hacer. Encontrar las asnas es mirar a los pecadores convertidos en la luz de

la santidad. Pues como asnas perdidas no son encontradas cuando en las tinieblas de los pecados los corazones réprobos se sepultan a sí mismos.

22. Y porque por los cinco sentidos del cuerpo caen en esas mismas tinieblas de los pecados, son buscadas sin ser halladas por cinco regiones, a saber, el monte Efraín, la tierra de Salisa, y Salim, y del hombre de Jemini, y Zuf. Pues cada uno es ocultado allí donde es arrojado por el pecado; y como perdido, no se sabe dónde está, cuando abandona la luz de la justicia en la que Dios lo puso. De aquí es que en el paraíso, después del pecado, busca al primer hombre, diciendo: Adán, ¿dónde estás? (Gén. 3, 9). Como si dijera: Porque no te encuentro en la luz en que te puse, demuestra dónde te pusiste. De aquí inquiere sobre Lázaro muerto, diciendo: ¿Dónde lo habéis puesto? (Jn. 11, 34). Pero a quien buscaba como perdido, para encontrarlo le mandaba avanzar, diciendo: Lázaro, ven fuera. Se pierde, pues, el hombre cuando peca; es encontrado cuando ya pronuncia el pecado contra sí mismo arrepintiéndose. Porque pues por los sagrados elocuentes se manda al pecador: Di tú primero tus iniquidades, para que seas justificado (Is. 43, 26, sec. LXX): mientras aquel que pecó comienza a ser justificado confesando, ya se discierne en la luz, donde ya colocado es encontrado.

Pero Saúl, que buscando las asnas no las encontró, designa la persona de un predicador ciertamente instruido, pero que comienza de nuevo. A quien ciertamente Dios todopoderoso no permite ofrecer el fruto de la predicación, para

que no estime como cosa vil la conversión de los pecadores, mientras puede convertirlos ligeramente al Señor. Se difiere, pues, la conversión para que los convertidos sean amados; y el predicador los ame tanto más cuanto más claramente ve que no prevalece para ganarlos pronto. Pero mientras los varones santos no pueden convertir a otros por su predicación, comienzan a temer vehementemente por sí mismos; no sea que por ello desagraden a Dios todopoderoso, por donde pensaban que le agradarían vehementemente; y frecuentemente se actúa de modo que así se aterren los corazones de los nuevos predicadores, que ya propongan desertar del oficio de esa misma predicación, y vacar para Dios por el silencio. Por lo cual también se añade:

(Vers. 5.) Cuando hubieron llegado a la tierra de Zuf, dijo Saúl a su criado: Ven, volvámonos, no sea que mi padre haya dejado a las asnas, y esté solícito por nosotros.

23. Delibera volver al padre quien, pospuesta la intención de la predicación, apetece vacar para Dios en el secreto del silencio. Se dice, en efecto, que vuelve quien se manifiesta haber sido enviado antes. Pues los hijos están como ante el padre cuando los varones elegidos moran en la secreta contemplación del Redentor. Vuelven, por tanto, cuando vienen de lo público de la santa predicación a escudriñar los gozos de la claridad eterna. Pero porque los varones santos nada hacen sin consultar, Saúl consultó al criado sobre la vuelta al padre. Pues entonces consultamos al criado cuando con mente intenta prevemos que lo que

intentamos disponer no deba diferir del sentido espiritual. Había dispuesto, en efecto, volver al padre aquel que decía: Dije: custodiaré mis caminos para no delinquir con mi lengua: Puse guardia a mi boca, cuando el pecador se alzaba contra mí (Sal. 38, 1, 2). Contra los predicadores el pecador se alza cuando, ante la predicación de ellos, no deserta del estado de su iniquidad. Y porque entonces el predicador propone callar para él y vacar para Dios, para que vuelva al padre, enmudece. Pero porque por el silencio aprendió mejor la voluntad de Dios, su corazón se calentó, y al inflamarse el fuego de la meditación interna, habló. Lo cual se muestra también en este lugar, porque el criado consultado impartió consejo al que le consultaba, diciendo: (Vers. 6.) He aquí que hay un hombre de Dios en esta ciudad, un hombre noble, todo lo que habla sucede sin ambigüedad: ahora, pues, vayamos allá, si por ventura nos indique sobre nuestro camino por el cual hemos venido.

24. Llama hombre de Dios a Samuel, en quien ya dijimos que se designan los predicadores de la santa Iglesia. El cual ciertamente se dice hombre, por la reverencia de la santa conversación, y se manifiesta que todo lo que habla sucede sin ambigüedad: porque todo lo que amenaza sobre los suplicios eternos, todo lo que promete sobre la alegría eterna a los justos, es así como lo denuncia, y los impíos irán a la pena, y los elegidos a la gloria. El cual también se manifiesta estar en la ciudad: porque el pastor elegido se reconoce estar siempre vigilante en la común custodia del

pueblo sujeto. En la ciudad está el pastor, porque cuando custodia a otros, en sí mismo está fortalecido. De donde también por el profeta, en las alabanzas de todos los varones de Dios, se dice bajo la descripción de uno: En lo excelso habita, las fortalezas de las rocas son su alteza (Is. 33, 16). Pues cuanto más altamente se suspende en la visión de los ciudadanos eternos, tanto más fuerte para sí y más útil para los prójimos se encuentra.

25. También se dice noble: porque es conspicuo por la conversación suprema, y de la rusticidad de la vida mundana nada tiene. Pues de donde se ve noble, de allí es ciudadano. De los hombres seculares, en efecto, porque ninguna es la composición de las costumbres, como criados en lugares exteriores, son rústicos. Pues por la acostumbrada deshonestidad del ánimo, profieren torpes movimientos del cuerpo; y como muy degenerados, desconocen el gesto de la costumbre urbana, mientras por todo lo que hacen, cubren la belleza de su vida con la vileza de la oscuridad terrena. Por el contrario, los varones de Dios son nobles, quienes mientras hacen fuertemente aquellas cosas que son divinas, en toda su obra resplandecen con la luz suprema: y nada tienen de degeneración, quienes en la gran luz de toda su conversación profieren los rayos del origen celestial.

A este, pues, es conducido Saúl por el criado para que sea instruido: porque los que han de ser puestos en la cumbre de la prelatura son amonestados a ser sometidos al sentido espiritual por el magisterio de los predicadores perfectos.

A ser conducidos por este criado nos amonesta quien dice: Si sois conducidos por el espíritu, no estáis bajo la ley (Gál. 5, 18). Ha de buscarse, en verdad, por qué se dice dubitativamente: Si por ventura nos indique sobre nuestro camino por el cual hemos venido. Pero porque apetece aprender cosas espirituales, porque ansía recibir ingentes dones: si es digno de los mismos dones, no puede saberlo. Comienza, pues, a dudar quien no presume merecer cosas tan grandes por sus propios méritos. Cuya duda ciertamente surge a los elegidos de la virtud de la humildad. Por lo cual también se dice a Saúl por la voz del criado acompañante: Si por ventura nos indique sobre nuestro camino. Porque ciertamente el sentido espiritual no nos sugiere saber cosas altas, no presumir audazmente sobre Dios todopoderoso, sino postular sus dones con la suma reverencia del santo temor. Merecidamente, pues, se dice criado (o niño), que se predica que siempre enseña cosas humildes. Mientras, pues, dice: Vayamos allá, y de repente subraya: Si por ventura indique sobre nuestro camino, indica abiertamente que el espíritu obra en el sentido de los elegidos de Dios, mientras los hace tanto acceder devotamente a pedir dones espirituales, como temer con gran reverencia sobre la omnipotencia del dador.

(Vers. 7.) Y dijo Saúl a su criado: He aquí que iremos: ¿qué llevaremos al hombre? El pan ha faltado en nuestras alforjas; y no tenemos presente para dar al hombre de Dios, ni ninguna otra cosa.

26. Las mentes de los humildes tienen esto como propio: que tengan dones espirituales, pero

en aquellas cosas que tienen, no se atiendan a sí mismos. Porque pues perciben los dones de las virtudes del Espíritu Santo, por eso el Espíritu Santo, que otorga los dones, se los quita de su estimación, para que tengan estos en la virtud de la conversación, pero no los tengan en el tumor de la elación. Bien, pues, se dice de Saúl: Desde el hombro y arriba sobresalía sobre todo el pueblo. Y dijo a su criado: El pan ha faltado en nuestras alforjas, y no tenemos presente: porque los varones elegidos, e idóneos para disponer la cumbre de la santa Iglesia, en aquello mismo se miran pequeños por la humildad, en lo que por la virtud son grandes.

Y el pan ciertamente para la refacción de las almas fieles lo tienen en la sabiduría de la palabra, pero la espuerta (sportula) en la memoria de la meditación interna. Pues cuando guardan en la memoria para instrucción de los fieles aquellas cosas que recogen en la secreta meditación, las reponen como pan en la espuerta. De estas espuertas, en efecto, se dice en el Evangelio: Llenaron siete espuertas de los fragmentos (Mt. 15, 37; Mc. 8, 8). Cuando en la mesa del Señor abundan los panes, se manda llenar las espuertas: porque cuando el alma del elegido se refresca en la suprema contemplación del Redentor, en la misma contemplación de la verdad es instruida, para que el alimento de la palabra, que se ve crecer en sí mismo, se reponga en la memoria para instrucción de los fieles. Tienen también otra cosa abundantemente además del pan y la espuerta quienes, con la virtud de la contemplación y la

doctrina de la palabra, abundan en la copia de la santa operación.

Para que, pues, la humildad de los santos resuene en la locución del rey que ha de ser ordenado, dice: El pan ha faltado en nuestras alforjas, y no tenemos presente para dar al hombre de Dios, ni ninguna otra cosa: porque el Espíritu Santo hace a los que se preparan para el régimen de la cumbre eclesiástica grandes en la virtud del don interno, pero totalmente pequeños en el respeto de la propia estimación. Diga, pues, el criado: Vayamos allá, si por ventura nos indique sobre nuestro camino. Pero Saúl mírese a sí mismo vacío: porque el Espíritu Santo, mientras instruye los sentidos de los que viven honestamente, los vuelve unas veces audaces, otras veces tímidos. Audaces ciertamente, para que presuman... (Vers. 8.) He aquí que se ha encontrado en mi mano la cuarta parte de un siclo de plata: démosla al hombre de Dios, y que nos indique sobre nuestro camino.

27. Como un criado (o niño) el sentido del hombre elegido habla cosas buenas cuando es impulsado a hablar por el signo del Espíritu Santo. ¿Qué es, pues, lo que dice: Se ha encontrado en mi mano la cuarta parte de un siclo de plata? ¿Qué es esa parte de un siclo de plata? Pero porque con el nombre de plata se designan los oráculos divinos, la plata en la mano del criado es la palabra divina en la virtud de saber. Una cosa es, en efecto, poder decir la palabra, otra es poder sentirla. Pues los oráculos divinos también los pronuncian los réprobos, pero sentirlos no pue-

den sino los elegidos. Se siente, en efecto, aquella cosa cuya virtud se reconoce. Pues también los peces enfermos comen, pero la fuerza de la enfermedad les quita la experiencia del sabor: de modo que lo que parecen comer, se les prohíbe también sentirlo. Así, así ciertamente todos los carnales, mientras hablan cosas celestiales que no aman, usan las cosas como enfermos, las cuales se les prohíbe sentir. En la mano del criado, por tanto, se encuentra la plata cuando, por el mérito de la humildad, los varones santos reciben con gran afecto de caridad las cosas celestiales que hablan: para que les sea muy dulce decir cosas supremas, por el hecho de que dulce, y mucho más dulcemente, se sacian por el amor. De donde también está escrito: Comerán los pobres y se saciarán (Sal. 21, 27). Porque pues el alimento del alma es la palabra de Dios: los pobres comen y se sacian, los ricos no pueden saciarse: porque ciertamente los varones elegidos, que aman las cosas supremas, cuantas veces oyen estas, se encienden más fervientemente hacia ellas; los réprobos hablan y oyen cosas supremas, las cuales no reciben en ninguna dulzura para refacción de su mente. Pero se dice la cuarta parte de un siclo de plata por la calidad del tiempo. Pues para que veamos las otras partes de este siclo, han de considerarse los profetas, apóstoles y mártires. Porque pues según la calidad del tiempo se distribuyó a cada orden la sonoridad de la predicación, como si cada uno tuviera la cuarta parte del siclo. La cuarta parte del siclo, pues, la exhibieron ellos cuando prometían a la Sinagoga el advenimiento del Redentor.

Los Apóstoles dieron su parte cuando predicaban a los judíos que aquel que había sido prometido ya había venido. Los Mártires también otorgaron su parte cuando conducían a los infieles a la fe del Redentor.

(Vers. 9.) Pues se llamaba Vidente.

28. Ser llamado, en efecto, es ser dicho por pública relación. Pero Vidente es quien también mira hacia las cosas internas, que la mente de los carnales no atiende. De donde también se dice de los animales santos: En el circuito y por dentro estaban llenos de ojos. Los cuales son circunspectos en las cosas exteriores, y próvidos en las intrínsecas. Por el contrario, arguyendo el Señor en el Evangelio la presunción de los doctores carnales, dice: Si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en la fosa (Mt. 15, 14). También se dice Vidente aquel para quien las cosas remotas y ausentes son presentes. Lo cual conviene bien a los santos predicadores, que por el conocimiento están tanto más presentes a las cosas espirituales cuanto desdeñan fijar su intención en las exteriores. Tal, en efecto, debe ser el pastor de la santa Iglesia: porque ha sido constituido en el camino de la patria celestial para ofrecer luz a los súbditos. Siempre, pues, esparza rayos de luz, para que los fieles súbditos, por la experiencia de su iluminación, atraigan a otros a la iluminación. Sigue, y dice:

(Vers. 9.) Antiguamente así hablaba en Israel cada uno que iba a consultar a Dios: Venid, vayamos al Vidente. Vamos a consultar al Señor cuando acudimos a predicadores instruidos, para

que encontremos el consejo de nuestra salvación. Pero porque ahora hay tal rareza de varones perfectos, mientras atendemos a la flor de la religión de los tiempos antiguos, deploremos su falta en el tiempo presente. Compungidos por la miseria y calamidad del tiempo presente, suspiremos porque la flor del tiempo transcurrido se haya marchitado con la belleza de la santidad. Mientras, pues, vemos a los pastores de las Iglesias adherirse a las cosas terrenas, buscar las caducas, no proferir ninguna insignia de vida espiritual, mientras no se nos infunde ninguna luz de nuestros prelados, recordando para el trabajo de la compunción aquellas cosas que precedieron, digamos: Antiguamente así hablaba en Israel cada uno que iba a consultar al Señor: Venid, vayamos al Vidente.

Israel se dice que ve a Dios, o en quien está Dios. Cuyo nombre ciertamente se adapta convenientemente a la santa Iglesia, de quien se dice pueblo. Pues también en el Evangelio se dice: He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mt. 28, 20). La cual ciertamente, porque en el tiempo anterior tuvo pastores floridos por la conversación espiritual, instruidos en gran ciencia, que con gran desprecio vilipendiaban las cosas terrenas y pensaban las celestiales: hacia la luz que el pueblo veía en ellos, podían exhortarse mutuamente, diciendo: Vayamos al Vidente. Si, pues, hay que ir a los videntes, igualmente hay que apartarse de los ciegos: porque no debemos imitar los ejemplos de los prelados réprobos, sino huir de ellos; y postular siempre

la instrucción de nuestra edificación de aquellos que por el mérito de la conversación conocen las cosas espirituales. Y porque esto no lo hacen sino los varones espirituales, sigue:

(Vers. 10.) Y dijo Saúl a su criado: Óptima es tu palabra; ven, vayamos. Óptima palabra es aquella que mejor no puede oírse de ninguna manera. Cuantas veces, pues, se nos sugieren espiritualmente los consejos de nuestra salvación, se produce en nuestro interior la palabra que mejor no podría encontrarse. Alabamos, pues, la palabra del criado cuantas veces nos complacemos en el propósito de nuestro sentido espiritual. Y con él prometemos ir cuando consentimos a los pensamientos espirituales. Pero porque entonces es fructuoso el buen pensamiento cuando se perfecciona en la operación, sigue: (Vers. 10, 11.) Y vinieron a la ciudad en que estaba el hombre de Dios: y cuando subían la cuesta de la ciudad, encontraron muchachas que salían a sacar agua, y les dijeron: ¿Está aquí el Vidente?

31. Los que buscan al hombre de Dios vienen a la ciudad: porque frecuentemente sucede que la vida y doctrina del prelado se busque en la conversación de los súbditos. Así ciertamente también se buscan a menudo los árboles, cuyas especies se encuentran no en las hojas, sino en el fruto. Pero frecuentemente arbustos surgidos se mezclan con los grandes árboles, y mienten que sus frutos son de aquellos árboles con los que están mezclados. El que, por tanto, quiere discernir el fruto, discierna primero también las ramas: para que reconozca de qué árbol procede el fruto.

Así, así ciertamente es en la conversación de los fieles: porque en el pueblo elegido de un buen predicador, mientras se mezclan muchos malos, surgen como espinas entre los árboles buenos. La conversación, por tanto, del predicador elegido no ha de ser explorada en todos los súbditos, sino en los solos elegidos. Entonces ciertamente separamos con discreción como ramas de un árbol bueno, cuando en el pueblo imitamos a aquellos rectores como manzanas elegidas, que aprovechan por el ejemplo de su maestro: y huimos de aquellos como de zarzas, que son reprobados por el fraude del antiguo enemigo. Bien, pues, se dice de Saúl y de su criado: que vinieron a la ciudad, y subieron la cuesta de la misma ciudad; porque ciertamente la perfección de los varones santos cuando se busca en los súbditos, no han de buscarse los miembros imperfectos, sino los elegidos y perfectos. Pues también los artífices primero comienzan sus obras, luego las adornan. Un pintor también, cuando apetece superponer hermosos colores u oro, primero extiende un color más vil. El que, por tanto, quiere juzgar sobre la pericia de los artífices, no mire sus obras iniciadas, sino las perfectas. Suba, pues, la cuesta de la ciudad para que, quien apetece encontrar al Vidente, lo halle. Pues la cuesta (clivus) es un lugar ínfimo y excavado. En cuya parte de la ciudad ciertamente se significan aquellos que todavía han aprovechado muy poco en una conversación más alta. Subimos, pues, la cuesta cuando evitamos proponernos como ejemplo la llanura de los oyentes enfermos.

32. Y entonces ciertamente encontramos a las muchachas que salían a sacar agua: porque miramos la belleza de las mentes santas en una conversación más perfecta. Las muchachas ciertamente son las mentes de los elegidos, íntegras por la inocencia, decorosas por la claridad de las virtudes. Y porque en la vida más secreta conservan su belleza, no pueden ser vistas sino cuando salen a sacar agua. Las muchachas sacan agua cuando las almas elegidas, por el profundo dolor del presente exilio, derraman torrentes de lágrimas. Se dice ciertamente que sacan agua: porque mientras se recuerdan arrojadas en este valle de lágrimas llorando, envían como al profundo la cuerda del pensamiento, de donde con trabajo extraen las aguas de las lágrimas. Entonces también se ven haber salido: porque las que son tales por dentro yacen ocultas, aparecen sin embargo en los ojos; e indican cuánto aman al Creador aquellas que en tanto dolor del presente siglo sostienen la vida. A estas, por tanto, hay que preguntarles: ¿Dónde está el Vidente? Porque el lugar de los perfectos entonces se conoce bien cuando nos es mostrado por aquellos que, por el provecho de la vida, son cercanos a su conversación. Pero los predicadores tienen diversos lugares. Tienen, en efecto, un lugar para sí, otro para los súbditos: porque ciertamente en sí mismos moran en la altísima contemplación, por los súbditos descienden al monte de la doctrina. Por la contemplación están como en el cielo; y porque son altas las cosas que enseñan, tanto descienden cuando enseñan, como hablando cosas sublimes

se retienen en lo alto. Los oyentes más perfectos, por tanto, son cercanos a su rector, no cuando está en la suma contemplación, sino en el monte inferior de la doctrina. Por lo cual también las muchachas respondiendo dicen:

(Vers. 12.) Aquí está, he aquí ante ti: porque hoy ha venido a la ciudad.

33. Como si dijeran: Por eso podemos indicar su lugar, porque vino allá donde solíamos verlo. Pues si residiera en la cumbre de su sublimidad, nadie te lo mostraría. En la ciudad, en efecto, está el doctor cuando por el ministerio de la predicación mora en la instrucción del pueblo súbdito. En la ciudad está el doctor cuando deja lo propio para disponer lo común. Porque pues los pueblos de un buen predicador por su exhortación están fortalecidos y fuertes, cuando mora en el ministerio de ellos, se reconoce estar en la ciudad. Asimismo, porque en la multitud del pueblo súbdito unos son simples, otros sabios, las muchachas añaden:

(Vers. 12, 13.) Dateos prisa ahora, hoy ha venido a la ciudad: porque hay sacrificio del pueblo en el lugar alto. Al entrar, pues, lo encontraréis inmediatamente, antes de que suba al lugar alto para comer. Pues el pueblo no ha de comer hasta que él venga: porque él bendecirá la víctima, y después comerán los que han sido invitados.

34. Cuando Samuel viene a la ciudad, sube al lugar alto: porque el predicador elegido en la instrucción de los súbditos, unas veces pronuncia palabras llanas, otras veces altas. Cuando, por tanto, preceptúa cosas llanas e inteligibles,

está en la ciudad; cuando cosas sublimes, y que apenas se entienden, en el lugar alto. Está en la ciudad cuando propone ejemplos a los simples; pero en el lugar alto cuando pronuncia las alturas de las palabras espirituales a los perfectos. Pues estaba como en la ciudad el que decía: Nada juzgué saber entre vosotros, sino a Cristo, y a este crucificado (1 Cor. 2, 2). Asimismo estaba en la ciudad cuando demostraba remedios a los enfermos, diciendo: Por causa de la fornicación tenga cada uno su mujer, y cada mujer tenga su marido (Ibíd., 2). Pero sube al lugar alto, porque no mucho después añade: De las vírgenes, empero, no tengo precepto, pero doy consejo. Quisiera que todos los hombres fueran como yo mismo (Ibíd., 25, 7). También confiesa que a menudo sube al lugar alto de las palabras, porque dice: Hablamos sabiduría entre los perfectos (Ibíd., 6).

35. ¿Qué es, pues, lo que dicen las muchachas: Dateos prisa ahora, hoy ha venido a la ciudad, sino porque raramente se veía en la ciudad, a saber, viniendo tarde y retirándose pronto? Por cuyo magisterio ciertamente se instruye al doctor de la santa Iglesia, a saber, para que raramente esté en público, y sea frecuente en el secreto: para que cuanto más tarde sea visto, más devotamente sea venerado. Entonces ciertamente es recibido como celestial: porque cuanto más se ha ocultado en el secreto de la contemplación, atrae tesoros más ricos de la palabra de Dios para los que lo esperan. Pues puede decir muchas cosas buenas en lo ínfimo aquel a quien se le concede ver las cosas sumas por la secreta intuición de la mente.

Y porque se ven más dulcemente aquellas cosas que se dicen, las muchachas dicen: Dateos prisa. Como si dijeran: si hubiera cumplido aquello por lo que vino a la ciudad, no podéis verlo repuesto en su secreto.

36. Cuya palabra ciertamente ya no es según la letra, sino que es ejemplo de los religiosos. Pues el varón santo era de tanta severidad (districtio) que tenía días y horas señaladas en las que podía ser visto por quien lo deseara. Dicen, pues: Dateos prisa. Como si dijeran: si hubiera pasado el tiempo señalado, en las horas de su quietud no atiende a palabras o acciones. Nosotros, por tanto, que hemos asumido el orden de la vida retirada, debemos observar esto más atentamente. Se nos han de señalar horas de ministerio, para que persistamos brevemente en la obra, y podamos volver de prisa a la cumbre de la contemplación. Las mismas demoras de nuestro secreto silencio han de ser custodiadas con tal ley de severidad, que ellos mismos también, los que suelen acercarse, sepan que no tienen acceso a nosotros contra nuestro propósito.

37. Como hemos comenzado a explicar estas cosas espiritualmente, se puede entender convenientemente que esto se dice contra los simples. Pues en la ciudad se piensa que aquel que parece ser un extraño puede hablar con Samuel, pero en el lugar alto no se piensa así: porque a los que creemos que son simples, consideramos que necesitan una instrucción llana y no elevada. Por tanto, deben oír a los santos predicadores entonces, cuando dicen cosas llanas a los simples

que ellos entienden: no cuando dicen cosas altas que de ninguna manera pueden entender. Dicen, pues: "Apresúrate ahora, hoy ha venido a la ciudad: porque hay sacrificio del pueblo en el lugar alto". Lo cual es tal como si dijera: "Porque hay muchos que desean oír las cosas más elevadas, ahora debes apresurarte, cuando él parece instruir a los simples semejantes a ti". El sacrificio del pueblo es, en efecto, la devoción de la plebe elegida. Esta devoción, porque se excita en los corazones de los elegidos por la palabra de la predicación, es como perfeccionada por Samuel. Pero el sacrificio del pueblo está en el lugar alto cuando los corazones de los fieles súbditos desean devotamente oír las altas palabras de la santa predicación. De donde también se dice aptamente: "Porque el pueblo no come, si antes Samuel no ha bendecido la víctima": porque los oyentes más perfectos, mientras desean llegar a la suma perfección de las virtudes, esperan con gran deseo la palabra de la ciencia, por la cual lleguen a las cosas deseadas. En cuyo lugar se ha de notar que el sacrificio ofrecido aún no existía, y sin embargo dice: "El sacrificio del pueblo está en el lugar alto". Pues si el sacrificio no existe antes de que comience a ofrecerse, ¿cómo existía el sacrificio que no existía? Pero porque nosotros seguimos las cosas espirituales, aún no existía el sacrificio, y existía: porque cuando los fieles elegidos apetecen ser instruidos más profundamente, ya tienen ciertamente una gran devoción de oír, la cual, después de oída la predicación, tienen mucho mayor. Por tanto, aún no se ha ofrecido el

sacrificio: porque aquella grandeza de devoción, que nace en el corazón del elegido por la palabra de la predicación, no está en el corazón antes de la palabra del predicador. Y ciertamente el sacrificio está en el lugar alto: porque por la expectación de la palabra, ya es grande en el corazón del que quiere oír la fuerza de la devoción. Por lo cual también se dice bien: "Porque el pueblo no come hasta que él bendiga la víctima". Porque, como aman ansiosamente las cosas más elevadas, hasta que perciben esas mismas cosas más elevadas, no descansan. Pues si la víctima de la mente es su devoción: se bendice la víctima cuando se santifica a la voz de la predicación, para que, cuanto más pura se hace, sea tenida por más aceptable para la recepción divina. Porque lo que se bendice en el sacrificio de Dios es ciertamente limpio cuando se ofrece, y material; pero lo ofrecido es tanto más limpio, cuanto no es sólo material, sino espiritual: cuanto no es sólo limpio, sino también purificador. Pues ¿quién dudará que los pecados se limpian con las ofrendas de las víctimas? Porque así, así es la devoción de la mente: pues cuando desea oír cosas buenas, es limpia; pero cuando ha sido recibida y bendecida por las manos de la santa predicación, se vuelve tanto más ardiente y sagrada, cuanto más claramente ha aprendido a quién puede serle más dulce amar tras haberlo conocido. Limpia ciertamente antes, como había sido la preparación del sacrificio, la cual deseaba conocer el bien, y sin embargo era un aparato material: porque aún no conocía lo que apetecía aprender, pero es muy limpia y espi-

ritual cuando, ya santificada por las voces de la doctrina, ya no apetece oír lo que sepa, sino que se deleita en experimentar tras lo oído las cosas que ama. Entonces también la víctima no sólo es limpia, sino purificadora: porque cuanto más ferviente amor de las cosas celestiales se enciende, más poderosamente se ahuyentan de ella las tinieblas de la negligencia carnal. Escrito está, en efecto: "Porque la caridad cubre la multitud de los pecados" (1 Pe 4, 8): porque ciertamente destruimos nuestras cosas carnales cuando con ardiente devoción somos elevados a las celestiales.

38. Y porque se añade: "Y entonces comerán los que han sido llamados". ¿Qué otra cosa designa, sino que el afecto de la devoción es el alimento de la mente? Pues entonces comemos cuando se bendice la víctima: porque cuando por la voz de los predicadores nuestra devoción es elevada al amor del Creador, el alma, que ha llegado a la dulzura del Creador, tiene ya su alimento. Entonces, por tanto, comen los que antes de la bendición de la víctima no quisieron comer. Porque los que se preparan con suma expectativa de intención para la percepción de la dulzura divina, mientras no reciben ningún mal deseo a través del apetito, son llenados más ávidamente, como en ayunas, con el refrigerio de la devoción. Pues como quien espera la bendición de la víctima para el refrigerio, así son los que huyen de todos los deseos ilícitos, para que por la devoción sean saciados de la visión de la gloria interna. Escrito está, en efecto: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Mt 5, 8). Pues el que no recibe

cosas ineptas en su corazón, mientras desea las cosas celestiales, es limpio de corazón; y mientras es conducido por el bien de la predicación a la dulzura de la contemplación divina, tiene como la bendición de la víctima en la saciedad del alma. Dice, pues: "Después comerán los que han sido llamados". Pues los que ayunan son llamados a la comida, mientras el predicador habla exteriormente, los cuales custodian su mente de los deseos depravados y son atraídos por la gracia del Espíritu Santo a la experiencia de la dulzura interna. Pues los que habían venido entonces eran invitados. Los llamados que ayunan comen entonces cuando estos son alimentados por la devoción de la gracia espiritual, los cuales se han preparado para recibirla con una gran custodia de su mente. ¿Qué es, pues, lo que dicen: (Vers. 13.) "Subid, porque hoy le hallaréis"?

39. Pero mientras los elegidos alaban las cosas buenas de los predicadores, los corazones de los oyentes son irradiados con una gran luz. Pues aquella conversación celestial del buen doctor que predican es el día. Digan, pues: "Hoy le hallaréis". Pues en ese día se halla al predicador cuando su vida no es menor que su fama: cuando es alabado por la voz de los elegidos, pero los que oyen las alabanzas hallan y conocen en su laudable conversación todo lo que oyen. Al contrario, el Señor, reprendiendo a los fariseos, dice: "Ay de vosotros, escribas y fariseos, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos" (Mt 23, 27). De

aquí otra vez compara a los vanagloriosos con los infieles, diciendo: "¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís gloria unos de otros?" (Jn 5, 44). En el día, ciertamente, son alabados los que son de tal clase, pero en ese día no se hallan: porque los que oyen sus alabanzas miran como la blancura del sepulcro desde fuera; pero cuando buscan las virtudes alabadas, hallan por dentro la noche de los pecados como huesos de muertos tristes y hediondos. Digan, pues, para significar la verdadera gloria del justo: "Hoy le hallaréis": porque cuando los justos son alabados, tienen en la verdad de su conversación cualquier cosa lúcida que emane de ellos por la voz de alabanza. Y porque hombres tan grandes han de ser buscados con apresurada devoción, se sigue: (Vers. 14.) "Y subieron a la ciudad. Y mientras ellos caminaban por medio de la ciudad, apareció Samuel, saliendo a su encuentro, para subir al lugar alto".

40. Cuando oímos los elogios de los varones santos, subimos a la ciudad: porque allí los buscamos, donde descienden, no donde están. Pero, como dije arriba, el lugar de los predicadores, que tienen para sí, es la secreta contemplación de la divinidad; pero el lugar para los súbditos es la predicación. A veces hablan cosas llanas, a veces cosas altas. Tienen, pues, un lugar común para todos, tienen uno sublime y especial para algunos, tienen uno secreto para sí. Estos tres lugares espirituales se señalan ciertamente: porque se dice que Samuel sale, y aparece en medio de la ciudad, y sube al lugar alto. Pues el que salió para aparecer, estaba donde se había escondido antes

de aparecer. Salen, pues, los sacerdotes cuando vienen del secreto de la meditación a predicar. Aparecen en la ciudad cuando dicen cosas más llanas, es decir, para obrar o para entender. Suben al lugar alto cuando prescriben a los sabios obras fuertes o revelan altas cosas de misterio. Nuestro ascenso ordenado se muestra, pues, por esto de que se dice que Saúl sube en la ciudad. Pues para nosotros los lugares de nuestros Pastores, en los cuales han solido orar o estar en secreto, han de ser venerados, no invadidos. Lo cual podemos conocer no sólo por el ejemplo, sino también por la exhortación divina. En el Cantar de los cantares, en efecto, el esposo anuncia diciendo: "Os adjuro, hijas de Jerusalén, que no despertéis a la amada hasta que ella quiera" (Cant 3, 5). Pues las mentes de los perfectos son esposas: porque mientras en el secreto del divino amor se colocan como en un tálamo, allí por la visión encuentran a aquel a quien se unen con inefable amor. Cuando, pues, la esposa duerme en el tálamo, se une al esposo: porque mientras el alma elegida del predicador se esconde en la secreta contemplación, se coloca como en el tálamo del esposo. El que, pues, despierta a esta, se la quita al esposo: porque ciertamente el descanso del alma elegida no es sólo delectación suya, sino también del esposo. De donde también se dice por el profeta: "Se gozará el esposo sobre la esposa" (Is 62, 5). Con razón, pues, el esposo adjura a las hijas de Jerusalén para que la esposa no sea despertada por ellas mientras quiera dormir: no sea que, mientras ella se levanta del reposo del tálamo, él mismo pierda

el disfrute del amor. Espérese, pues, la salida de Samuel, porque los varones santos han de ser venerados en el secreto de su silencio, no han de ser inquietados. En la ciudad, por tanto, se ha de subir; porque el doctor elegido es visto en el lugar común de la doctrina con tanto lucro para los suyos cuanto se conoce que sale para ser útil. En cuyo lugar se ha de notar que de Samuel no se dice: "Hoy subió en la ciudad", sino "hoy vino a la ciudad"; de Saúl, en cambio, y del criado, no se dice que vinieron, sino que "subieron". Aquel, en efecto, vino como por un plano; estos subieron como a lugares altos. ¿Qué otra cosa se nos muestra por esto, sino que las cosas llanas que hablan los predicadores no son llanas para nosotros? En la ciudad, por tanto, no venimos, sino que subimos, cuando o bien miramos con dificultad las cosas llanas de la predicación, o bien llevamos con trabajo las cosas pequeñas que se nos mandan. Pero porque estar en la ciudad es estar fortalecido, por eso subimos; porque cuando los varones sumos nos enseñan a obrar bienes pequeños, nos prohíben vehementemente asentir a los consejos de los espíritus malignos. Y porque es muy laborioso vencer todas las tentaciones, intentamos llegar a las palabras de los doctores que nos mandan esto, como por el trabajo del ascenso. Pero porque escrito está que "Cada uno recibirá su recompensa según su propio trabajo" (lo cual ciertamente se toma no sólo de la retribución eterna, sino también de la presente), el Dios omnipotente, por el mérito de la obra, otorga a sus elegidos aumentos de virtud

(1 Cor 3, 8). Pues incluso a Abraham, que no perdonó a su hijo, se le dice: "Por mí mismo he jurado: porque has hecho esto y no has perdonado a tu hijo por mí, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia" (Gén 22, 16). Pues la mayoría de las veces, los que trabajan fielmente en hacer aquellas cosas que saben, merecen por la gracia divina conocer cosas mayores que hagan. En cuyo tipo bien se dice que Saúl sube primero en la ciudad, y después se refiere que es llevado por Samuel al lugar alto. Pero salir al encuentro es concurrir con el que viene por el mismo camino. Cuando, pues, queremos aprender el camino de la salvación de los santos predicadores, nos salen ciertamente al encuentro cuando concurren con la palabra de salvación que buscamos. Pues vienen como por el mismo camino cuando se apresuran a enseñarnos aquello que nosotros nos hemos propuesto aprender. Esto es ciertamente el sentido moral de todo: pues si indagamos aquellas cosas que espiritualmente competen a algunos, sale al encuentro; porque preconoce que el rey que ha de ser ordenado viene a él. Pero de dónde lo conozca, se añade:

(Vers. 15, 16.) Pero el Señor había revelado la oreja de Samuel un día antes de que viniese Saúl, diciendo: "A esta misma hora que es ahora, mañana enviaré a ti a un varón de la tierra de Benjamín, y le ungirás por caudillo sobre mi pueblo Israel, y él salvará a mi pueblo de la mano de los filisteos". 41. Salió, pues, a su encuentro para llevarle al lugar alto: porque aquel que se busca para el régimen de la santa Iglesia ha de

ser tanto mostrado por don divino como llamado a una conversación sublime. La oreja de Samuel, porque se dice en diminutivo (auricula), ¿qué designa sino la humilde inteligencia del doctor espiritual? La oreja, pues, es revelada por el Señor cuando la humilde inteligencia del predicador es instruida por el Espíritu Santo; para que oiga las cosas que ha de hacer y disponga lo oído. Pero se ha de mirar sutilmente lo que se dice: "Un día antes". Pues un día es la vida del justo, como atestigua Pablo, que dice: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas, mas ahora luz en el Señor" (Ef 5, 8). Pero cuando se muestra la vida del elegido, se revela el día latente. Pues el hombre ve el pretexto de la buena obra, pero Dios la luz del corazón. Porque, pues, los elegidos y los réprobos están escondidos por la intención del corazón, el Señor insinúa al rey que viene un día antes; cuando por su gracia los santos predicadores reconocen en aquellos que han de ser promovidos que el testimonio de la buena obra precede a la pureza de la intención. Pues no hay luz de obra a la que no preceda la rectitud de la intención. Rectamente, pues, un día antes es reconocido el rey que ha de ser ordenado. Pero no miran el día subsiguiente a no ser que nazca del precedente: para que consideren el día antes del día, la intención antes de la operación, y vean como enviado de Dios en la luz de la santa operación a aquel a quien la gracia divina demuestra que brilla por el propósito del corazón. Y porque a la misma hora en que se promete es exhibido: ¿qué da a entender sino que debe ser perfecto el que es elegido, no sólo de

cuerpo, sino de mente? Pues cuando Dios habla a los varones santos, es la plena luz del día. Pues tiene su origen el día, tiene también su fin. Cerca del fin arguye a los pecadores diciendo: "Adán, ¿dónde estás?" (Gén 3, 2). Y porque ni los que comienzan las cosas buenas, ni los que se entorpecen de una buena obra han de ser promovidos, el predicador es enviado a la hora de la perfecta locución, cuando se exhibe tal que brille con la plena luz de la buena obra y resplandezca con el pleno fulgor de la verdad. El cual también se describe como un varón que viene de la tierra de Benjamín. Varón, ciertamente, se llama por la fortaleza de la obra; de la tierra de Benjamín por la recta confesión de la fe. Benjamín, en efecto, se llama hijo de la diestra. ¿Quién es, pues, llamado aquí hijo de la diestra sino aquel de quien está escrito: "Subió al cielo y está sentado a la diestra del Padre" (Mc 16, 19)? La tierra de Benjamín, por tanto, es la santa Iglesia. Porque, pues, los herejes han sido expulsados de esta tierra, de la tierra de Benjamín viene el rey cuando, no contaminado por alguna herejía sino católico en la fe, recibe el primado de la santa Iglesia. El cual disfruta del elogio de varón si es firme en la fe y fuerte en la operación. Aquí ciertamente se manda que sea ungido por caudillo sobre el pueblo del Señor: porque los sacramentos exteriores aprovechan a aquellos sacerdotes que no son indignos de los dones de los mismos sacramentos. O los sacerdotes son ungidos cuando por el ministerio de quienes los ordenan perciben incrementos de las gracias espirituales. De donde también

se sigue: "Él salvará a mi pueblo de la mano de los filisteos". Como ungidos pueden salvar a otros; porque percibieron más abundantemente las gracias espirituales. Pues los que salvan al pueblo son ungidos sobre el pueblo: porque los que son ordenados por el Señor para regir a otros reciben dones espirituales de carismas por los cuales pueden serles útiles; y a aquellos a quienes preceden en el orden, son también superiores en méritos. Y porque la mayoría de las veces el buen pastor es elegido por el mérito de la buena plebe, bien se añade: (Vers. 16.) "Porque he mirado a mi pueblo". Igualmente, porque con grandes ruegos se ha de buscar al buen pastor del Señor, se añade: (Vers. 16.) "Ha llegado su clamor hasta mí".

42. Pero tal vez algunos se muevan porque lo que aquí se dice parece contrario a lo que se decía arriba. Pues allí dice: "No te han desechado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos, conforme a todas las obras que han hecho desde el día en que los saqué de la tierra de Egipto hasta este día" (1 Sam 8, 7). Ahora, en cambio, dice: "Le ungirás por caudillo sobre mi pueblo Israel, y él salvará a mi pueblo de la mano de los filisteos; porque he mirado a mi pueblo: pues su clamor ha llegado hasta mí". Arriba se permite que el rey sea ordenado como por uno airado, ahora es ordenado como por uno piadoso y benigno. Además, ¿quién no ve cuánto disienten estas palabras de benignidad de aquella sentencia que le fue impuesta por Samuel? "Porque", dijo, "desechaste la palabra del Señor, también el Señor te ha desechado para que no seas rey" (1 Sam 15, 26). Lo cual resolvemos

ciertamente con rapidez si miramos sutilmente la fuerza de las palabras mismas. Pues todas estas palabras de la benignidad divina se atribuyen a los méritos del pueblo: "Salvará a mi pueblo"; y, "he mirado a mi pueblo"; y, "su clamor ha llegado hasta mí". Por ellos, pues, se decreta que el rey sea ordenado, cuyo clamor es escuchado. Pues aunque Saúl por su futura maldad había de ser repelido del reino, sin embargo tenía en sí, mientras reinaba, aquello por lo cual habría podido ser útil al pueblo a él sujeto. Había de ser ciertamente esforzado en la guerra, pero elevado en su mente. Había de tener aquello por lo cual caería para sí mismo, y aquello por lo cual se mantendría en pie para otros. Aquello, pues, por lo cual podía ser útil a los súbditos, lo dice el Señor previendo: "Él salvará a mi pueblo de la mano de los filisteos"; y, "su clamor ha llegado hasta mí". Con todo, todavía parece muy contrario que se crea que se escucha el clamor de aquel pueblo que es reprendido por haberle desechado. A lo cual se ha de responder: porque había en aquel pueblo tanto réprobos como elegidos. Allí, pues, se arguye a los réprobos por haber desechado al Señor; aquí los deseos de los elegidos llegan a los oídos del Dios omnipotente. Por lo cual, ¿qué se ha de colegir sino que a menudo es bueno para los elegidos que se ordenen rectores malos? No es, pues, de maravillar si Dios se aíra como por su desecho y ordena un rey: porque la misma dignidad del futuro rey era tanto mala como buena. Mala, en fin, porque era soberbia; buena, en cambio, porque era esforzada en la defensa de los súbditos. Todo lo cual

vemos que se hace ahora también en la santa Iglesia: porque la mayoría de las veces recibe su primado aquel que es útil de palabra para otros, pero hinchado en su mente para sí mismo. Predicando las virtudes, como estando en pie, destruye los vicios, pero sintiendo cosas altas de sí mismo, cae. Este, pues, predicando salva al pueblo de Dios, pero hinchándose se precipita a sí mismo. Como un rey poderoso, por la palabra del pueblo de Dios tritura a los adversarios ocultos, pero por la elación cae de la sublimidad del reino. No para sí mismo, pues, sino sólo para el pueblo es constituido el rey; cuando se permite que aquel presida en la santa Iglesia que pisotea los bienes que predica, ensoberbeciéndose o viviendo inicuamente.

En este lugar debe notarse que, cuando se elige un pastor en la santa Iglesia, a veces es ordenado para sí mismo y para el pueblo; a veces ni para el pueblo ni para sí mismo; a veces para sí mismo, no para el pueblo; y a veces, en cambio, para el pueblo, no para sí mismo. Para sí mismo y para el pueblo, cuando un predicador elegido es dado a súbditos elegidos: porque mientras la multitud de los súbditos es conducida a la patria eterna, se acumulan en el buen pastor los dones de los méritos. No se da el pastor ni para sí mismo ni para el pueblo cuando se permite que una plebe réproba tenga un pastor réprobo, pues él preside de tal modo, y ellos le obedecen de tal modo, que ni el que enseña ni los que son enseñados merecen llegar a los bienes eternos. Sobre los cuales dice el Señor por Oseas: *Les daré reyes en mi furor* (Oseas 13, 11). Pues el rey es dado en el

furor de Dios cuando se decreta que uno peor que los malos presida. Ciertamente, tal pastor es dado entonces, cuando se recibe para ser gobernado a un pueblo tal que sea igualmente condenado a la pena eterna. El pastor es dado para sí mismo, no para el pueblo, cuando un hombre bueno es antepuesto a los malos; como dice el Señor a Ezequiel: *Yo te envío a los hijos de Israel, a una nación apóstata que se ha apartado de mí* (Ezeq. 2, 3). Ciertamente, el pastor es dado entonces para sí mismo, no para el pueblo, cuando, aunque el predicador elegido no pueda convertir a sus oyentes a Dios, él mismo no pierde las ganancias eternas de su trabajo. Pero para el pueblo, no para sí mismo, cuando se concede a buenos súbditos un pastor que posee dones mediante los cuales les aprovecha a ellos, y no se aprovecha a sí mismo. Tales eran, en efecto, aquellos de quienes el Señor manda a los discípulos, diciendo: *Lo que dicen, hacedlo; pero lo que hacen, no lo hagáis* (Mat. 23, 3). Como si dijera: Tomad de ellos lo que recibieron útil para vosotros, como si fuera vuestro; y dejad en ellos, como si fuera suyo, lo que no tienen para vuestra ganancia, sino para su propia perdición. Saúl, por tanto, habiendo rechazado al Señor, es elegido, y sin embargo se afirma que librará al pueblo del Señor de la mano de los filisteos, porque Dios omnipotente a menudo aprovecha a sus buenos fieles por medio de aquellos prelados que no le agradan en el oficio de esa misma prelatura (*praelationis*). Sigue:

(Vers. 17) *Y cuando Samuel hubo mirado a Saúl, el Señor dijo: He aquí el hombre de quien te había hablado, este dominará a mi pueblo.*

44. Pues esto se hizo en el día siguiente, lo que el Señor había prometido en el anterior, diciendo: *Mañana a esta misma hora enviaré a ti un hombre de la tierra de Benjamín, y lo ungirás sobre mi pueblo Israel.* Se ve, pues, en el segundo día, al que se promete en el primero: porque los predicadores de la santa Iglesia escudriñan las virtudes de los elegidos en su vida secreta. Pues estos que han de ser promovidos, mientras presentan cosas buenas, prometen algo grande de sí mismos. En el primer día, por tanto, se promete un rey; porque los predicadores ven las grandes obras de los elegidos y, como si el Señor hablara por dentro, reconocen a quienes quieren ordenar como rectores de la santa Iglesia. Mira, pues, Samuel en el día siguiente, cuando el predicador ve a aquel que ha de ser promovido en la gran luz de su conducta. Y entonces, ciertamente, como por indicación del Señor, reconoce al rey que ha de ser ordenado: porque ve que es digno de anteponer a otros a aquel que sobresale en la alta torre de la santidad. Y porque quienes son grandes en méritos son pequeños por la humildad, sigue:

(Vers. 18) *Se acercó Saúl a Samuel en medio de la puerta. Indícame, te ruego, diciendo, dónde está la casa del Vidente.*

Si el predicador está entonces en la ciudad cuando habla cosas llanas y comunes que se entienden, ¿qué es la puerta de esta ciudad sino la humildad? Pues el conocimiento de la palabra

divina se esconde a los soberbios y se revela a los humildes. Por lo cual también habla al Padre en el Evangelio, diciendo: *Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeñitos* (Mat. 11, 25). Llamó "sabios" a los soberbios y a los que sienten cosas altas de sí mismos, pero llamó "pequeñitos" a los humildes. De los cuales ciertamente hace mención otra Escritura, diciendo: *Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes* (1 Pe. 5, 5). Pues resiste a los soberbios para que no entiendan los bienes eternos, pero da gracia a los pequeñitos para que conozcan esos mismos bienes eternos por su revelación. Los elegidos, por tanto, porque llegan al sentido espiritual por la humildad, van como por una puerta a oír a los predicadores. También el predicador elegido, porque dice humildemente las cosas espirituales, Samuel sale al encuentro de Saúl en esa misma puerta. Pues ambos están como en la puerta cuando aquellas cosas que el predicador elegido habla son oídas humildemente por otro elegido.

Pero el que había llegado recientemente había encontrado a quien buscaba, y lo ignoraba. Por lo cual también el mismo Saúl dice a Samuel: *Indícame, te ruego, dónde está la casa del Vidente.* Pues esto es propio de los grandes hombres, que sean difícilmente reconocidos por los mínimos. En la carne ciertamente son despreciados, pero en la mente son sublimes. Por fuera desean aparecer como despreciables, pero no desisten de obrar cosas venerables. Porque, por tanto, desean

aprovecharse grandemente de sus ejemplos, los admiran no solo en lo exterior, sino en lo íntimo. Ven en ellos exteriormente, pues, lo que puede ser despreciado por los carnales, pero igualmente observan lo que dentro de los hombres espirituales debe ser venerado con gran admiración. Mientras oyen por la fama que son sublimes, desean reconocerlos en la altura de su conducta (*conversatio*). Según la historia, pues, Saúl veía a Samuel y no lo conocía; para que lo que les sucedía a ellos en figura nos designara a nosotros cosas espirituales. Pues cuando somos pequeñitos, casi vemos a los hombres perfectos mientras oímos sus virtudes de quienes las relatan; pero a quienes vemos no los conocemos, porque no podemos saber por experiencia, porque tenemos en los ojos del corazón aquello que percibimos por el oído. Cuando, por tanto, buscamos de ellos los secretos de su conducta para imitarlos, sin duda los interrogamos casi sobre su propia casa. Pues la casa de ellos es su conducta (*conversatio*). El discípulo de Juan quería conocer esta casa cuando interrogó al Señor, diciendo: *Maestro, ¿dónde habitas?* (Juan 1, 38). El cual sin duda, porque debía ser conducido a su familiaridad como alguien de la casa, oyó: *Ven y ve.* Felipe no conocía esta casa vista, a quien dice: *¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también a mi Padre* (Juan 14, 9). Del Señor también está escrito que hablaba a Moisés como con su amigo; pero el mismo Moisés, viendo y no conociendo, interrogaba diciendo: *Si he hallado gracia en tu

presencia, muéstrame tu rostro* (Éx. 33, 13). Pero la conducta espiritual de los santos, porque no se abre sino a los devotos y suplicantes, Saúl suplica igualmente que se le indique la casa de Samuel.

(Vers. 19) *Y respondió Samuel a Saúl diciendo: Yo soy el Vidente. Pero sube delante de mí al lugar excelso hoy, para que comas conmigo, y te dejaré ir por la mañana.*

47. ¿Qué es decir: Yo soy el Vidente: sino demostrarse humilde, tal como era visto ante los ojos? Como si dijera: Tú tienes por grande en tu estimación a quien buscas, pero es pequeño el que ves. Pues en esta palabra, Vidente, no se predica el "yo". Como si dijera: Aquel vidente es yo: no lo que estimas, sino lo que disciernes. Pero quien sabe humillarse, sabe dar dones no como humilde, sino como sublime. Por lo cual también le ordena subir al lugar excelso antes que él, para que coma con él. Sube al lugar excelso quien eleva la mente para conocer las cosas más altas. Ciertamente, subir al lugar excelso es preparar el corazón para entender las cosas más altas. Por lo cual también Pedro es llevado al monte, para que merezca ver la gloria del Redentor transformado (Mat. 17, 1). En aquel ascenso del monte se expresa la sublime preparación de la mente: porque no podrá ver cosas altas quien no ponga su ánimo en lo sublime por la intención. Porque, por tanto, entendemos mejor las cosas sublimes cuando estamos preparados, se le ordena a Saúl subir al lugar excelso antes que Samuel. Pues como si subiéramos al lugar excelso antes que el predicador, cuando primero aplicamos el ánimo

a conocer las cosas altas, y esas mismas cosas a las que nos aplicamos nos son dichas después. Pero, ¿qué es lo que dice: Para que comas conmigo hoy? Pues cuando los santos predicadores hablan cosas celestiales, refrescan los corazones de sus oyentes elegidos: pues, según el testimonio de la verdad, porque el alimento del alma es la palabra de Dios, no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios (Mat. 4, 4). Pues el pan es el alimento del cuerpo, la palabra de la mente. Quienes refrescan el cuerpo sin la mente, están muertos en la mente, vivos en la carne. Por lo cual también dice Pablo de la viuda delicada: Viviendo está muerta (1 Tim. 5, 6). Pues la viuda no moriría por las delicias de los alimentos si saciara su alma con el alimento de la palabra de Dios, ya que el mismo Pablo dice: Nada es inmundo que se perciba con acción de gracias (1 Tim. 4, 4). Pero la viuda que vive muere cuando nutre el cuerpo con alimento, pero mata el alma de hambre (Mat. 4). Por lo tanto, no solo de pan vive el hombre: porque constando el hombre de alma y cuerpo, así como vive de otro modo por el cuerpo, así también es necesario que cada uno se nutra con alimentos diversos. Para que comamos, por tanto, ascendemos con el profeta cuando elevamos la mente a las cosas altas de la palabra divina, para que nos saciemos de su sabor celestial por la devoción.

48. Y porque los mismos predicadores aman grandemente las cosas celestiales que hablan, comemos como si fuera juntos cuando ellos profieren devotamente al hablar lo que nosotros,

oyendo devotamente, colocamos en el vientre del alma. Pues comemos juntos: porque escuchamos juntos la palabra de Dios. Pues a los predicadores les dice la Verdad: No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros (Mat. 10, 20). Lo cual también prueba Pablo cuando interroga a sus oyentes, diciendo: ¿Buscáis una prueba de aquel Cristo que habita en mí? (2 Cor. 13, 3). Porque, por tanto, en los santos predicadores hablan Cristo y su Espíritu, los mismos predicadores lo oyen hablar tanto más claramente cuanto más cercanos están a aquel cuya sede merecen ser. Tanto más plenamente, pues, podrán refrescarse con el alimento de la palabra cuanto más tengan ya dentro de sí la celda de la restauración (cella refectionis). Pues son amigos del esposo, y están en pie, y se gozan de alegría por la voz del esposo. Por lo tanto, cuando los santos predicadores hablan cosas divinas, oyen: pero porque conocen por cierta experiencia cuándo habla el Espíritu en ellos, se oyen a sí mismos, pero no en sí mismos, porque ellos también hablan, pero habiendo hablado en sí mismos, veneran a otro que habla. En aquello, pues, que oyen y hablan, refrescan y son refrescados. Refrescan ciertamente a los oyentes mientras profieren la palabra con su voz: son ellos mismos refrescados mientras la palabra que profieren les es proferida por revelación divina. Sin embargo, se saturan más devotamente quienes, en la locución del Espíritu, han experimentado las delicias de la mente. ¿No es experiencia del Espíritu que habla el verse inconsultos e impre-

meditados, y de pronto consultos y preparados? ¿Saber lo que no sabían, tener lo que no habían tenido, perder el torpor de la mente, arder de repente con admirable devoción, ser llenados maravillosamente al instante y en un momento con la plenitud del conocimiento, y proferir con admirable elocuencia de la palabra las cosas entendidas? Tienen, pues, los predicadores elegidos la experiencia del Espíritu que habla en ellos en la repentina revelación de la verdad; tienen súbitamente el ardor de la caridad; lo tienen en la plenitud del conocimiento; lo tienen en la elocuentísima predicación de la palabra. Pues son instruidos de pronto, y de repente se enardecen, y en un momento son llenados, y son enriquecidos con la admirable potestad del habla. De aquella repentina experiencia dice el Señor: Se os dará en aquella hora lo que habéis de hablar (Mat. 10, 19). De aquel súbito fervor de la caridad dice Cleofás: ¿No estaba nuestro corazón ardiendo en el camino, mientras nos hablaba y nos abría las Escrituras? (Luc. 24, 32). De la experiencia de plenitud y elocuencia también menciona Lucas, diciendo: Se produjo de repente un sonido del cielo como de un Espíritu vehemente que venía, y llenó toda la casa donde estaban sentados (Hech. 2, 2). En el mismo Espíritu fueron llenados y hablaron para designar esto que afirmamos: porque, a saber, hablando alimentan a otros, ellos que son alimentados al oír lo que dicen. Y porque conocen el ardor del sonido del Espíritu vehemente, o la locución, o la plenitud, tanto más dulcemente banquetean en los dones espirituales

cuanto más dignamente han sido asumidos a su recúbito. Dice, pues: Sube para que comas conmigo hoy; porque el buen doctor, mientras recibe dulcemente en la devoción de la mente lo que dice, se alimenta a sí mismo y a los que oyen al mismo tiempo.

Por el contrario, los doctores réprobos, porque no aman lo que dicen, ayunan mientras alimentan a otros con la palabra. Pues habiendo dicho el Señor que la restauración del alma es la palabra de Dios, y siendo la palabra de Dios en la mente plena erudición y plena devoción, no se alimentan de la palabra de Dios quienes no oyen devotamente lo que hablan. El Apóstol, en efecto, como ya lleno de aquella dulzura de la palabra, dice: *De su plenitud todos recibimos* (Juan 1, 16). Una es, ciertamente, la plenitud de la palabra, otra la del libro. De la plenitud de la palabra solo los elegidos pueden recibir, pero de la plenitud de la Escritura pueden recibir también los réprobos. Pues el libro del bienaventurado Juan apóstol y el libro del bienaventurado Pablo apóstol son ciertamente plenitudes que se tienen de ellos. Sin duda, Pablo o Juan escribieron sus palabras, pero la Palabra que hablaba en ellos inspiró lo que cada uno escribió. El que, por tanto, recibe la palabra de la Escritura no por amor, sino por ciencia, recibe de la plenitud no de la palabra, sino del libro. Y porque recibe una cosa muerta, él mismo no vive al recibirla. ¿Pero qué digo Escritura muerta? No solo está muerta, sino que mata. Pues está escrito: *La letra mata, pero el espíritu vivifica* (2 Cor. 3, 6). Esto lo hace, ciertamente,

toda letra divina. Pues la letra es el cuerpo, pero la vida de este cuerpo es el espíritu. Recibe, en efecto, un cuerpo vivificado y vivificante quien lee la letra y restaura su mente en el amor del entendimiento. Los réprobos, por tanto, que escudriñan las Escrituras que no aman, que hablan audazmente fuera lo que no entienden dentro en su sabor; mientras otros perciben con mente devota la restauración de las Escrituras que ellos exponen, otros se sacian casi de aquello que ellos mismos dan, pero no ellos mismos. Diga, pues, Samuel: *Sube, para que comas conmigo hoy*: porque de aquello que los doctores elegidos conceden a sus súbditos de la palabra, juntos oyen y juntos se sacian. Pues he aquí que en esta misma palabra que decimos se demuestra. ¿Pues quién duda que Samuel escribió esta Escritura que exponemos? Y sin embargo él mismo que la escribió dice estas cosas: *Respondió Samuel*; para mostrar claramente que lo que él mismo escribía, otro lo impartía.

(Vers. 19) *Te dejaré ir por la mañana.*

50. Por la mañana es dejado ir del lugar excelso quien, cuando progresa hacia la luz de una ciencia más alta, se propone permanecer en la gran luz de la buena obra. O por la mañana es dejado ir quien intenta predicar a otros la palabra de gran ciencia que aprendió de la boca del predicador. Pues cuando nos proponemos cosas buenas, estamos casi por la mañana al inicio del día; porque ya hemos comenzado a contemplar la claridad del bien que hemos de seguir. Pero esta mañana crece hacia el día pleno cuando aquel

que se propuso hacer grandes bienes, o predicar los altos gozos de la eternidad, exhibe en la gran luz de la virtud aquello que se propuso. Por la mañana, pues, Saúl es dejado ir del lugar excelso; porque los oyentes de los buenos predicadores no tardan en ejercitar sublimemente lo que oyen sublimemente de ellos. Pero los hombres elegidos saben tanto esconder como manifestar los bienes que tienen. Los esconden, ciertamente, para que no perezcan por la elación (*elationem*), pero los manifiestan para que no permanezcan infructuosos. Mientras los esconden, entonces los custodian; pero mientras los manifiestan, producen fruto. Pues sigue:

(Vers. 19, 20) *Y todo lo que está en tu corazón te lo indicaré; y de las asnas (*asinis*) que perdiste anteayer, no estés solícito, porque han sido halladas.*

Cómo los predicadores se esfuerzan por ocultarse se muestra arriba en la palabra de Samuel, donde se dice: *Yo soy el Vidente*. Pero ahora, porque dice: *Todo lo que está en tu corazón te lo indicaré*; ¿qué otra cosa sostenemos sino que a menudo los hombres santos tanto esconden como manifiestan las virtudes que tienen? Pero, como dije, las esconden para que no parezcan grandes en las grandes virtudes; las manifiestan para que los elegidos las imiten. Y así afirman que son fuertes en la palabra de sabiduría o en el espíritu de profecía, no para ser venerados, sino para ser oídos. Por lo cual también el Salmista, insinuando que tiene la gracia de la palabra, dice: *He entendido más que todos los que me ense-

ñan* (Salm. 118, 99). Cierto, pues, de la pericia del espíritu, nos invita confiadamente diciendo: *Venid, hijos, oídme: el temor del Señor os enseñaré* (Salm. 33, 11). Pues Miqueas se afirmaba profeta cuando decía: *Ojalá no fuera yo un hombre que tiene el espíritu; y que más bien hablara mentira* (Miq. 2, 11). De aquí dice Eliseo sobre Naamán el Sirio: *Venga a mí, y sepa que hay un profeta en Israel* (4 Rey. 5, 8). De aquí dice Pablo: *¿Son hebreos? Yo también. ¿Son descendencia de Abraham? Yo también. ¿Son ministros de Cristo? (como menos sabio lo digo) Yo más* (2 Cor. 11, 22. 23). Por el contrario, sin embargo, dice Amós: *No soy profeta, sino un vaquero que punza sicómoros* (Amós 7, 14). De aquí también Pablo, cuando quiere esconderse para su custodia, dice: *No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios* (1 Cor. 15, 9). De aquí Juan el Bautista, interrogado, dice: *No soy el profeta* (Juan 1, 21). No lo era ciertamente para la elación, pero era profeta y más que profeta para el ministerio. Samuel, por tanto, para custodiarse, dice: *Yo soy el Vidente*; y para mostrarse para la ganancia, dice: *Todo te indicaré*. Lo cual, si alguien quiere, puede entenderlo del mismo modo; porque cuando dice: *Yo soy el Vidente*, si se afirma vidente, lo dice para comunicar con los elegidos el bien que tiene. Para que, por tanto, pruebe lo que afirma, añade posteriormente: *Todo te indicaré*. Lo cual hacen los doctores de la santa Iglesia; porque mientras intuyen las virtudes de las mentes y los vicios, y [estudian] sanar los vicios y p...

52. Esto se expuso arriba en la persona de Saúl, según conviene a los predicadores rudimentarios. En efecto, perdió las asnas (*asinas*) quien de ningún modo atrajo a la penitencia (*poenitentiam*) a los pecadores a quienes ofreció la palabra de vida. Las encontraría, ciertamente, si aquellos que se habían escondido en la noche de la maldad regresaran a la luz de la justicia, en la cual los hombres habrían podido ser hallados. ¿Por qué, pues, dice: *Han sido halladas*, sino porque a menudo los hombres más eminentes consideran que el bien de la salvación puede encontrarse fácilmente en aquellos de cuya vida los ineruditos desesperan? Pues también los médicos expertos de los cuerpos a menudo presumen curar a aquellos de cuya salud los inexpertos no pueden presumir. De este modo, sin duda, los pecadores son a menudo atraídos a la penitencia y a la satisfacción por doctores eruditos, que no pudieron ser atraídos por los rudimentarios ineruditos. Porque, por tanto, tanto por la predicación como por el ejemplo de los perfectos regresan al Señor arrepintiéndose aquellos que no pudieron ser convertidos por el ministerio de otros, bien dice Samuel que las asnas han sido halladas, las cuales Saúl no pudo encontrar. También puede entenderse este dicho para el progreso del rector (*rectoris*) que ha de ser ordenado. Como si dijera: Mientras aprovechas en erudición y vida, podrás ganar para el Señor incluso a aquellos a quienes todavía no pudiste. Tan cierta es ciertamente la virtud del progreso, que sus frutos, que aún no constan en la realidad, constan en la

certidumbre de la esperanza. Y porque con estas palabras es invitado a soportar los trabajos de la santa predicación, expone qué ganancias de recompensa debe esperar, diciendo:

(Vers. 20) *¿Y para quién serán todas las mejores cosas de Israel? ¿No serán para ti y para toda la casa de tu padre?*

53. Israel, que se traduce como "viendo a Dios", ¿a quién significa más rectamente en este lugar sino a aquella bienaventurada sociedad de los ciudadanos eternos que, por el trabajo de esta vida, han llegado a la visión eterna de Dios omnipotente? ¿Qué son, pues, las mejores cosas de Israel, sino los dones de la retribución eterna? Pablo, en efecto, dice: *Cada uno recibirá su recompensa según su trabajo* (1 Cor. 3, 8). De aquí también dice: *Una es la gloria del sol, otra la de la luna, y otra la de las estrellas. Pues una estrella difiere de otra estrella en claridad* (1 Cor. 15, 41). Las retribuciones y premios de todos los fieles, por tanto, son los bienes de Israel. Pero porque la recompensa de los predicadores elegidos es suprema, de ellos son las mejores cosas de Israel. Sobre estas mejores cosas de Israel promete ciertamente el Señor a su siervo fiel, diciendo: *En verdad os digo que lo pondrá sobre todos sus bienes* (Mat. 24, 47). Pues el que es puesto no entre todas, sino sobre todas las cosas, se declara que tiene no solo los bienes de Israel, sino incluso los mejores. Diga, pues, Samuel: *¿Para quién serán todas las mejores cosas de Israel? ¿No serán para ti y para toda la casa de tu padre?* Como si dijera: Aunque sea grande el trabajo de la predica-

ción, tanto más devotamente debe ser soportado cuanto mayores ganancias de recompensa tiene. Con mente solícita, por tanto, el doctor de la santa Iglesia debe pensar que no solo los bienes de Israel, sino incluso los mejores son suyos, para que haga siempre cosas mayores y más excelentes quien espera cosas tan supremas y mejores. Pues esas mismas cosas supremas se deben no al orden supremo, sino al trabajo supremo. Pues incluso el egregio doctor no dijo: *Cada uno recibirá la recompensa según su dignidad*, sino *según su trabajo*. Cuando, por tanto, se refieren a los predicadores las mejores cosas de la vida eterna, se les impone en esta vida un gran trabajo: porque sin duda no prevalece a tener mejores cosas que los demás quien no se esfuerza por ser mejor. Y porque esto es común a todos los predicadores de la santa Iglesia, se refiere que las mejores cosas son no solo para Saúl, sino para toda la casa de su padre. Pues casi del padre nacen los hijos cuando en el orden de los predicadores son subrogados nuevamente unos a otros, espléndidos con la misma nobleza de santidad. La casa del predicador es también su conducta (*conversatio*) espiritual. Por tanto, para toda la casa del padre...

(Vers. 21) *Respondiendo Saúl, dijo: ¿Acaso no soy yo hijo de Jemini de la mínima tribu de Israel, y mi parentela la última entre todas las familias de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, pues, me has hablado con estas palabras?*

54. Como si dijera: ¿Por qué me atribuyes cosas tan grandes, siendo yo nada? Pues es hijo de

Jemini quien imita a los negligentes en el cuidado de sí mismos y en el ejemplo del prójimo. Es, en efecto, un "Gemelo" (Geminus), porque mientras descuida el cuidado de sí mismo, no otorga ejemplos de buena obra a los demás. Quien, por tanto, imita a tales personas, es llamado hijo de Jemini. Se dice que es de la mínima tribu de Israel porque el último orden de la santa Iglesia es el de los pecadores convertidos. Con razón, por tanto, quien se confiesa pecador, se dice que es de la mínima tribu de Israel. También se dice que su parentela es la última entre las otras porque, según la voz de la Verdad: Quien quebrante el mínimo mandamiento, será el mínimo en el reino de los cielos (Mat. 5, 19). Pues Benjamín se traduce como "hijo de la diestra". Con este nombre se designa ciertamente al pueblo de la santa Iglesia; pues mientras nace en la fe del Redentor, es preparado por medio de las buenas obras para los bienes de la patria celestial. La diestra de Dios es, en efecto, aquella fortaleza de la vida eterna. Las familias de la tribu de Benjamín son las diversas conductas (conversationes) de los elegidos. Pues así como de un solo principio de generación vienen diversas familias, así de un solo origen de fe ortodoxa surgen muchas conductas de los fieles. Los hombres santos, por tanto, cuando se abaten a sí mismos por la humildad porque se confiesan pecadores, y sin embargo creen rectamente en Dios, se afirman como si fuesen hijos de Jemini y de la última parentela de Israel. Pero porque cuanto más se humillan, según la voz de la Verdad, más son exaltados (Luc. 14, 10-11), sigue:

(Vers. 22) Tomando, pues, Samuel a Saúl y a su criado, los introdujo en el comedor, y les dio lugar a la cabecera de los que habían sido invitados.

55. Samuel toma a Saúl cuando el predicador de la santa Iglesia abre a su oyente elegido las alturas de la predicación. Pues el súbdito es tomado cuando, por medio de la palabra del doctor, es elevado al conocimiento de las cosas celestiales. Y porque no apetece conocer las cosas espirituales con una intención carnal, tomó no solo al mismo Saúl, sino también a su criado. Pues se había quedado como sin criado en lo más profundo quien decía: Mi corazón me ha desamparado (Sal. 37, 11). Nuestro corazón, en efecto, nos desampara cuando somos vencidos de tal modo por las concupiscencias carnales que ponemos la intención del corazón en las cosas terrenas, carnales y corpóreas, y no en las celestiales y espirituales. Había encontrado a este criado perdido quien decía: Tu siervo ha encontrado su corazón (2 Sam. 7, 27). Pues encontramos nuestro corazón cuando buscamos las cosas espirituales por medio de la intención del corazón; cuando arrancamos a este de las cosas terrenas para dirigirlo a las celestiales. El predicador elegido, por tanto, ni manda cosas fuertes ni manifiesta cosas espirituales a aquellos que aún son carnales. Pues también Pablo dice a los corintios: No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como a pequeñuelos en Cristo os di a beber leche, no manjar (1 Cor. 3, 1). Como si dijera con estas palabras: Por eso no os llevé a lo excelso, porque no teníais con vosotros el sentido espiritual, al igual que el criado de

Saúl. Por lo cual, insinuando también la causa, dice: Porque aún sois carnales. Bien, pues, se dice que Samuel tomó a Saúl y al criado: porque los doctores de la santa Iglesia mandan cosas fuertes a aquellos, y manifiestan cosas altas a aquellos, a quienes consideran espirituales. Los cuales también son introducidos en el comedor (triclinium): porque se les muestra la latitud de la caridad. Pues se pone como en un comedor quien, por aquello que aprendió en lo alto, mora en la latitud de la caridad. O ciertamente, nuestra entrada al comedor es el amor; el comedor es la hermosura de la vida espiritual. De donde Juan dice: Quien no ama, permanece en la muerte (1 Jn. 3, 14). Pues si quien no ama permanece en la muerte, aquel que ama permanece en la vida. Al comedor, por tanto, somos introducidos cuando nos elevamos al afecto de la conducta celestial por el afecto del amor. Pues es el lugar de la restauración, porque allí la mente es refrescada por la dulzura interna de su Redentor. Siguen las palabras:

(Vers. 22) Eran, pues, como treinta varones.

(Vers. 22) Eran, pues, como treinta varones.

56. Tres veces diez hacen treinta. El número tres insinúa la fe de la santa e indivisa Trinidad. El número diez, por los diez preceptos de la ley, designa la perfección de la buena obra. El número treinta, por tanto, designa a aquellos que mantienen esa fe que obra por el amor. En la cabecera de estos es puesto Saúl cuando, por la gracia divina, aquel que ha de ser el futuro pastor de la Iglesia se hace superior en mérito a aquellos sobre los cuales debe ser superior en dignidad. Samuel

atribuye este lugar sublime: porque quien merece tal celsitud de vida, progresa por la institución de los mayores. A quien ciertamente, ya que se le demuestran cosas grandes que debe hacer, y no mínimas, se añade:

(Vers. 23-24) Dijo Samuel al cocinero: Trae la porción que te di, y te mandé que apartaras a tu lado. Tomó, pues, el cocinero la espalda, y la puso delante de Saúl. Y dijo Samuel: He aquí lo que quedó, ponlo delante de ti y come: porque de industria se te ha guardado cuando llamé al pueblo: y comió Saúl con Samuel en aquel día.

57. ¿Qué se significa en la espalda del pecho sino la fortaleza de la acción? La cual es atribuida al cocinero cuando es demostrada a los menores por los sumos predicadores. Pues los cocineros son los sacerdotes: porque mientras hablan a los fieles elegidos en el fervor del espíritu, cocinan los alimentos de la mente, como por medio del fuego. Pero la porción que se da, se dice que ha sido puesta aparte: porque la fortaleza de la buena obra en el predicador debe ser singular. La cual pone delante de Saúl cuando manda al pastor que ha de ser ordenado en la santa Iglesia considerar de cuánta fortaleza debe ser. Pero también sobre aquello que el cocinero puso, Samuel dice a Saúl: He aquí lo que quedó, ponlo delante de ti. Quedó, ciertamente, porque Cristo no completó todas nuestras cosas; por su cruz redimió ciertamente a todos, pero quedó que quien se esfuerza por ser redimido y reinar con Él, sea crucificado. Ciertamente había visto este residuo quien decía: Si sufrimos, también reinaremos con él (2 Tim.

2, 12). Como si dijera: Lo que Cristo completó no tiene valor, sino para aquel que cumple lo que quedó. De aquí el bienaventurado apóstol Pedro dice: Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas (1 Pe. 2, 21). De aquí Pablo dice: Cumplo lo que falta a la pasión de Cristo en mi cuerpo (Col. 1, 24).

58. Pero hay que notar que el cocinero puso la espalda delante de Saúl, y sin embargo Samuel manda a Saúl que deba ponerla delante de sí. ¿Qué es esto? El maestresala suele poner en la mesa el plato delante de los comensales: el cual, mientras el que está sentado a la mesa lo atrae hacia sí, pone delante de sí más cerca lo que estaba un poco más lejos ante él. El cocinero, por tanto, pone la espalda delante de Saúl, y Samuel manda a Saúl que la ponga delante de sí: porque esto que se le manda al nuevo predicador sobre la fortaleza de la buena obra, debe atraerlo como más cerca de sí por medio del estudio de la consideración. Lo cual también, después de haberlo atraído hacia sí, lo come: porque dispone poner en obra lo largamente considerado. Pues comer la espalda es esconder en la mente, por medio del propósito, lo que exteriormente se manda sobre la acción fuerte. Casi como persuadiendo a cada elegido a poner la espalda ante sí y comerla, decía quien dijo: Si te sentares a comer con un príncipe, considera atentamente lo que se te pone delante: porque te conviene preparar cosas semejantes (Prov. 23, 1). En la mesa del príncipe designó ciertamente la virtud de la espalda. Y mientras dijo: Considera atentamente lo que se

te opone, enseñó a aquel a quien habló a poner la espalda delante de sí. Pero insinuó que debía comerla porque dijo: Te conviene preparar cosas semejantes. Pues preparando cosas semejantes comemos; porque mientras nos proponemos hacer las cosas fuertes que oímos, como comiendo, guardamos los alimentos de la vida en el vientre del corazón. Pero el vaso de elección manda a los mismos sumos doctores bajo la instrucción de un solo discípulo, diciendo: No impongas las manos a la ligera a nadie (1 Tim. 5, 22). Porque como han de ser elegidos con gran madurez de consejo quienes han de ser elevados a la cumbre, se añade aptamente: Porque de industria se te ha guardado cuando llamé al pueblo. Como si dijera: Pon delante de ti lo que yo puse delante de mí antes de que se te pusiera a ti; considera lo que yo he considerado. De industria, pues, se guarda la porción de la espalda; porque la muy fuerte acción del predicador se le encomienda bien a aquel que por los hombres sumos es juzgado digno de tanto ministerio con gran consideración. Esa porción fue guardada de industria entonces, cuando el pueblo es llamado; porque cuando los fieles súbditos vienen a recibir el ministerio de la predicación...

(Vers. 25) Y descendieron del excelso al pueblo, y habló Samuel con Saúl en el solario. Y preparó Saúl su lecho en el solario, y durmió.

59. Quienquiera que es asumido a la celsitud del cuidado pastoral, debe tener en esa misma sublimidad de su orden tanto la altura de la propia vida como la compasión por la enfermedad ajena. Ascienda, pues, Saúl con Samuel, y descienda al

pueblo. Sepa el rector qué cosas altas debe hacer; sepa qué cosas comunes debe disponer. Diga con Pablo: Nuestra conducta está en los cielos (Fil. 3, 20). Diga con nosotros: ¡Infeliz hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? Veo otra ley que contradice a la ley de mi mente, y que me lleva cautivo en la ley del pecado (Rom. 7, 24). En lo excelso está el rector cuando habla sabiduría entre los perfectos. Cuando dispone las cosas carnales, desciende al pueblo, diciendo: Por causa de la fornicación, tenga cada uno su mujer, y cada una su marido: el marido cumpla el débito con la mujer, e igualmente la mujer con el marido (1 Cor. 7, 2). En lo excelso está cuando dice: Ninguna criatura podrá separarnos de la caridad de Cristo (Rom. 8, 39). Pero al pueblo desciende porque, hablando, dice: Me hice débil con los débiles, para ganar a los débiles: me hice todo para todos, para salvar a todos (1 Cor. 9, 22). Samuel, por tanto, llevó a Saúl a lo excelso y lo depositó en el pueblo: porque los hombres sumos, cuando ordenan la cumbre de la santa Iglesia, enseñan a aquellos a quienes ponen en esa misma cumbre a vivir sublimemente, a predicar cosas llanas, a ser rígidos consigo mismos pero templados con los súbditos: a atender de tal modo a la propia salvación que puedan enfermar con los enfermos; enfermar, digo, por el afecto de la mente, no por la languidez de la enfermedad interna. Pues si por la languidez de la mente el doctor yace, no puede curar a los enfermos ni levantar a los que yacen. Bien, pues, se refiere que Saúl descendió con Samuel al pueblo y que hablaron en el solario. El pueblo está

ciertamente en lo llano, pero el solario en lo alto. Para lo excelso también el solario es llano; para el pueblo no es llano, sino alto. Así, sin duda, los predicadores elegidos, cuando se compadecen de los miembros menores, casi abandonan lo excelso: pero descendiendo al pueblo, están en el solario; porque vienen ciertamente de lo alto, pero compadeciendo y consultando la debilidad de los súbditos, y no obrando y [enfermando].

60. Y porque el nuevo predicador necesita mucha consideración para hacer estas cosas, se refiere que Saúl preparó su lecho y durmió. Dormir en el solario para el nuevo predicador es disponer en su sublime consideración de qué manera debe llevar las cargas de los súbditos. Pues si vigila para la intención del siglo, ciertamente hace esto para no buscar el bien de tan gran discreción en lo íntimo. Debe, por tanto, dormir para no pensar en nada secular: porque quien está oprimido por las cosas seculares nunca puede disponer las espirituales. Pero tampoco podrá dormir quien no prepara su lecho: porque sin duda, si no piensa en los ejemplos o dichos de los buenos, es imposible que descanse de las cosas exteriores. Nos ponemos cosas blandas debajo, por así decir, cuando pensamos en la doctrina o en la vida de los elegidos. En esos mismos lechos dormimos: porque entonces podemos descansar bien en la consideración cuando estamos ocupados en las cosas espirituales. Dígase, pues: Porque Saúl preparó su lecho y durmió, para insinuar a la mente elegida: que si se ocupa negligentemente en las cosas exteriores, no adquiera la gracia del

descanso íntimo. Pero quien quiere disponer bien las cosas espirituales considerando, hasta que las ordene perfectamente en su interior, no debe despertar a las cosas que están fuera. Aptamente, por tanto, se añade:

(Vers. 26) Y cuando se hubieron levantado por la mañana, y ya clareaba el día, llamó Samuel a Saúl en el solario, diciendo: Levántate, y te dejaré ir.

61. Se hace de mañana, en efecto, cuando el esplendor de la verdad se abre a la mente tranquila. Pues la mente humana se vuelve tenebrosa por la ignorancia, y lúcida por la ilustración de la verdad. Quien ignora, por tanto, está en la noche; cuando es ilustrado, está en el día. Pero por la mañana se levanta quien duerme de noche: cuando se yergue para hacer aquellas cosas que ordenó por medio de la consideración. Y porque se trataba el negocio del rey que debía ser ordenado, se refiere que ambos se levantaron. Se levanta, en efecto, el sumo predicador para ordenar a su oyente al ministerio de esa misma predicación. Se levanta quien ha de ser ordenado para no esperar recibir tan sublime orden sin el más íntimo afecto del corazón. Se levantan ciertamente por igual, porque se da un oficio sublime y se recibe uno sublime. En cuyo lugar debe notarse otra cosa: que ambos se levantaron primero, y luego Samuel llamó a Saúl, diciendo: Levántate, y te dejaré ir. Pero según la historia, si ambos se levantaron, Saúl es amonestado a prepararse para la obra porque se le manda levantarse del sueño. Pero porque tanto los sumos sacerdotes como aquel que es

asumido al orden de la predicación consideran atentamente la carga de tan gran ministerio, casi duermen juntos y se levantan juntos. Pero quien ha de ser ordenado de nuevo, levantándose del sueño, se le manda levantarse también para la obra: porque aunque estudió ponderar meditando la altura del orden, debe llegar a ella, sin embargo, por el mérito de la conducta. Levantándose, por tanto, se le manda levantarse para que se proponga igualar con los méritos el orden sublime que delibera asumir. Por lo cual también es llamado en el solario: porque se le manda aspirar a cosas altas. Quien también dice: Y te dejaré ir. Pues se levanta para ser dejado ir: porque podrá ser libre en el ministerio de la predicación aquel que ha crecido en la altura de una gran conducta. Se levantó ciertamente quien se había levantado: porque quien considerando aprendió la altura de la dignidad, cuidó de erigirse en esa misma altura de dignidad por la sublimidad de la vida.

Por lo cual también se añade:

(Vers. 26) Y se levantó Saúl.

Luego se añade:

(Vers. 26) Y salieron ambos; a saber, él y Samuel.

62. El pastor sale cuando del secreto de la meditación viene a lo público de la obra. Pues cuando dispone lo que quiere hacer, está dentro; pero cuando hace fuera aquellas cosas que pensó, casi sale. Salió también Saúl, porque en la dignidad exterior, aquel que es promovido recibe aquello que pensó largamente si debía ser recibido. Ambos se dicen, por tanto, que salieron,

porque ambos estuvieron dentro: mientras aquel con mente solícita previó qué o a quién daría; aquel otro también pensaba más atentamente qué clase de hombre era quien percibiría cosas tan grandes. Porque, por tanto, el ministerio de la santa predicación debe ser dado y recibido con la máxima discreción, mientras el rey de Israel es ungido, tanto el rey como el profeta que ha de ungirlo se dice que salieron. Pero muchísimos códices tienen: Y cuando se hubieron levantado por la mañana, antes de que clareara el día: lo cual ciertamente puede entenderse convenientemente. Es mañana, en efecto, antes de que claree, cuando en cierto modo el día comienza a aspirar, y sin embargo no hay luz plena del día. Los predicadores de la santa Iglesia, mientras consideran la buena conducta de aquellos a quienes disponen ordenar, es casi de mañana. Pero porque no pueden conocer el futuro de ellos, es mañana, pero antes de que claree. Lo cual se dice bien en la ordenación de aquel de quien se recuerda que después desagradó a Dios omnipotente. Pues casi de mañana, antes de que clareara, el profeta vio a este que se le apareció en la luz de la buena conducta. Pero la plena claridad del día no existía aún, porque no podía ver en él las futuras tinieblas por medio de la presente luz del conocimiento. Lo cual sin duda se hace en la santa Iglesia tantas veces cuantas son buenos los que son elegidos en el presente, pero no han de perseverar en ese mismo bien. Pues sale casi de mañana y antes de la luz quien muestra la luz presente de la

buena obra y oculta la calígine futura de la vida. Pero lo que se hizo de allí, sigue:

(Vers. 27 ss.) Y cuando descendían a la última parte de la ciudad, dijo Samuel a Saúl: Di al criado que se adelante a nosotros y pase; pero tú detente un poco, para que te indique la palabra del Señor. Tomó, pues, Samuel una alcuza de aceite, y la derramó sobre su cabeza, y lo besó.

63. ¿Qué es, en efecto, que el rey sea conducido y ungido en la parte extrema de la ciudad? Pero la parte extrema de la ciudad es la última parte del pueblo súbdito. Quienes, por tanto, ocupan el último lugar en la santa Iglesia, están como en la parte extrema de la ciudad. Pero en la última parte de la Iglesia misma parecen estar los pecadores convertidos. Pues todos los justos están en la parte superior o primera. O tal vez la virginidad ocupa el primer lugar, la continencia el segundo, la vida conyugal el tercero, la conversión de los pecadores el último. En la parte extrema de la ciudad, por tanto, el rey es ungido: porque el rector de la santa Iglesia es ordenado para los pecadores, no para los justos. De aquí, por esto mismo, la Verdad dice por sí misma: No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia (Mat. 9, 13). De aquí también dice: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los que están mal (Ibíd. 12).

64. Pero dijimos que el criado de Saúl designaba el sentido espiritual. ¿Qué es, por tanto, que Samuel le mande adelantarse y pasar de largo? Pero el criado se adelanta cuando se hace aquello que nos sugiere el sentido espiritual, no lo que

manda el movimiento carnal. Pero a algunos se les adelanta y pasa de largo, a otros se les adelanta y no pasa de largo. El criado que se adelanta no pasa de largo a los arrogantes, pero pasa de largo a los humildes: pues mientras los arrogantes hacen cosas grandes y espirituales, son grandes a sus propios ojos. Pues tienen casi consigo al criado al cual siguen, quienes se glorían de ser espirituales en las cosas espirituales que hacen. A los cuales ciertamente el profeta reprocha, diciendo: ¡Ay de vosotros, que sois sabios a vuestros propios ojos, y prudentes ante vosotros mismos! (Is. 5, 21). Los elegidos, por tanto, en todo lo que hacen, cuidan ciertamente de ser espirituales, y evitan considerarse espirituales. Son grandes ciertamente por el mérito, humildes por la estimación: porque siempre hacen cosas grandes, pero en esas mismas cosas grandes nunca se ven a sí mismos como grandes. Casi como si hicieran pasar de largo al criado, al cual envían delante, cuando tienen el sentido espiritual presente en la obra, pero lejos de la estimación. Pero ¿qué es que se le mande detenerse un poco, para que se le indique la palabra del Señor? Se detiene un poco, habiendo enviado delante al criado, quien por el momento se sustrae de su propio juicio y hace la voluntad ajena. Hace pasar de largo, por tanto, al criado, y se detiene un poco, quien ante el precepto del mayor abandona incluso aquellas cosas que piensa que son espirituales: las abandona para poder efectuar convenientemente aquellas cosas que se le mandan. Lo cual ciertamente conviene al predicador que ha de ser ordenado: pues

mientras considera el peso del cuidado pastoral y su propia debilidad, el espíritu que le precede le dice esto: que un hombre tan débil recibe indignamente tan gran carga. Deje pasar, por tanto, no solo, sino haga pasar de largo al criado: para que no siga su propio juicio, sino que reciba aquello que se le decreta por la provisión de uno mejor. Y sobre el que se detiene se añade inmediatamente.

4. Pues dice casi como a un humilde pastor, que tiembla ante tan gran ministerio: Tú por esto tiemblas, porque no sabes si esto que se ha hecho de ti es de Dios; pero porque esto puedes saberlo, no debes temblar. He aquí, por tanto, la señal para ti de que no un hombre, sino Dios te ha ungido como príncipe: a saber, aquellos dos varones te dirán: Se han hallado las asnas a las cuales habías ido a buscar. Como si dijera: Si hallaras a aquellos dos varones, y te dijeran esto, sabe que Dios, no yo, te constituyó príncipe. ¿Qué designan, pues, para nosotros estos dos varones, sino a todos los perfectos predicadores de la santa Iglesia? Son dos ciertamente, porque son perfectos en ambos preceptos de la caridad; varones, porque son robustos en la santa conversación. Se dice que son hallados junto al sepulcro de Raquel, porque por el estudio de la vida contemplativa están divididos de la intención del siglo; y mientras buscan los lucros de las almas, no están sepultados. Pues por Raquel la hermosura de la vida contemplativa ser significada es sentencia indubitada de los venerables padres. Junto al sepulcro de Raquel, por tanto, están los varones, porque así los doctores perfectos se dedican a la

contemplación suprema que llevan la solicitud de la santa Iglesia. Junto al sepulcro de Raquel están, porque dirigen el estado de la buena obra por la virtud de la contemplación: y porque nada realizan en la obra, sino lo que disponen contemplando. Y en la misma altura de la contemplación suprema se esfuerzan por mantener no su propia presunción, sino la razón de la santa Iglesia, el sepulcro de Raquel se describe como estando en los confines de Benjamín. Como ya dije, en Benjamín, que es llamado hijo de la diestra, se designa al Redentor del género humano. Los confines de Benjamín, por tanto, son las reglas de las Sagradas Escrituras: sobre cuyos confines ciertamente está escrito: No traspases los términos que pusieron tus padres (Prov. 22, 28). Porque, por tanto, los santos predicadores, cuando ven las cosas sumas contemplando, no discuerdan de la regla de la fe; el sepulcro, junto al cual están, se dice rectamente que está en los confines de Benjamín. Los cuales varones ciertamente al mediodía saltan grandes fosas, porque por el fervor de la perfecta caridad, en la cual han sido asumidos, desprecian todas las cosas del siglo que se ven altas. Pues cualquier cosa que en este siglo se distingue alta, no es verdadera altura, sino fosa, que a todos los que en su ambición recibe, los deposita en los infiernos. Las cosas altas del siglo, por tanto, deben ser evitadas por los varones espirituales, no apetecidas, porque desde lo oculto se abren, y a quienes reciben absorbiendo, los conducen a los infiernos. Los varones espirituales, por tanto, saltan las fosas; porque mientras se yerguen por

el deseo celestial, desprecian las cosas terrenas. Pues como si habiendo visto las fosas dieran un salto, cuando para despreciar las terrenas, se elevan para desear los bienes eternos. Al mediodía, por tanto, saltan las fosas; porque el siglo no pueden despreciarlo, sino quienes tienen la plena luz y el ardor de la caridad suprema. Entonces, pues, entienda Saúl que ha sido ungido por el Señor como príncipe, cuando estos le digan: Se han hallado las asnas que buscabas. Ciertamente dicen a Saúl que las asnas han sido halladas, cuando lo ven idóneo para recoger los lucros de las almas. Como si dijera de otro modo: Cree que has sido elegido por Dios para el ministerio de la predicación, no por los hombres, si aquellos indican esto de ti, quienes mientras están llenos del espíritu de Dios, lo que dicen no se siente que es humano, sino divino. Porque, por tanto, sobre nosotros no debemos creernos a nosotros mismos, sino a quienes son mejores que nosotros, aptamente Saúl reconoce, por los varones que saltan grandes fosas al mediodía, que ha sido ungido por el Señor como príncipe. Pero uno es por quien es ungido, otros los que atestiguan que la unción misma es del Señor; porque todo negocio de la santa Iglesia, así como se prueba más por la colación de los santos padres, así también es más robusto.

5. Pues como una señal de su unción el bienaventurado Pablo buscó entonces, cuando vino a Jerusalén para ver a Pedro, y con él y los demás apóstoles confirió el Evangelio. Pues no de hombre ni por hombre, sino del cielo, llamándole el Señor Jesús, había recibido el apostolado (Gál.

1); y, sin embargo, probaba el ministerio de su unción por la colación de sus coapóstoles. Pues de sí mismo dice: Conferí con ellos el Evangelio, para no correr, o haber corrido en vano (Gál. 2, 2). También el Precursor del Redentor había ungido discípulos, pero para que reconocieran las señales de su unción, los enviaba casi al que salta grandes fosas, diciendo: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro (Mat. 11, 3)? Pues sabía Juan a quién había predicado, a quién había bautizado; pero enviaba a los discípulos para que, vistas las señales, creyeran más firmemente y hubieran mantenido más seguramente los indicios de su elección. Aquellos, por tanto, que son previstos como idóneos para el orden de la predicación, reconocen como señal de su elección que las almas de los pecadores, que buscan, han sido halladas. Y porque Dios omnipotente se goza no solo en la predicación, sino también en la conversación del doctor elegido, añade y dice: Y habiendo dejado, tu padre, las asnas, está solícito por vosotros, y dice: ¿Qué haré de mi hijo? Hemos dicho que el padre de Saúl, Cis, que es llamado duro en nuestro hablar, designa a aquellos que por palabra y ejemplo enseñan a despreciar las cosas terrenas, y a apresurarse a la patria celestial por una dura y áspera conversación. Esta dureza de la vida celestial la reconocimos tanto en la palabra como en la vida de nuestro Redentor. Si, pues, miramos a la cumbre de nuestra erudición, somos hijos del Redentor. Nuestro padre, por tanto, habiendo despedido las asnas, está solícito por nosotros; porque nuestro Redentor así quiere

que busquemos la salvación ajena, que no descuidemos la nuestra. Quiere que sean llamados los pecadores a la penitencia, pero no quiere que perezcan aquellos mismos que llaman a los pecadores. Quiere que el pecador convertido tenga la justicia que no tuvo; pero no quiere que el justo pierda la palma de la justicia que tiene. Habiendo dejado, pues, las asnas, está solícito por su hijo, porque quiere que sus predicadores por un momento descansen de la intención solícita por los otros, para que por el descanso puedan proveer mejor para sí mismos. Y porque esa misma solicitud de la santa Iglesia ha de ser reasumida por un buen rector, se interrumpe nuestro descanso; porque una solicitud previa precede a esta, y una posterior la acompaña. El predicador elegido, por tanto, dedíquese a la utilidad de los súbditos, dedíquese a la suya; pero tenga cuidado de la suya de tal modo que inmediatamente recurra a la ajena que deja; porque entonces nuestro Creador nos ama casi como hijos, cuando amamos a nuestros súbditos como hermanos, y a Él le amamos casi como padre, mientras por el afecto de la solicitud nos unimos a aquellos, y hacia Él, por nuestro descanso que Él ama, nos apresuramos como hacia un padre. Pues este amor de nuestro descanso se expresa en esto que se dice: ¿Qué haré de mi hijo? Esto ciertamente dice el padre, que ama tiernamente a su hijo. Esto, por tanto, no se dice del hijo presente, sino del ausente. Pero porque busca las asnas perdidas del padre, le es muy amado; porque quien se esfuerza por convertir las almas de los pecadores predicando,

ya se une a nuestro Redentor en gran caridad. Quien ciertamente por la solicitud por los otros está casi lejos de él, pero por el descanso de la contemplación y el afecto de la oración está cerca. Porque, por tanto, desea que estemos cercanos a él tanto por la contemplación como por la oración, casi como un padre amante dice: ¿Qué haré de mi hijo? Como si dijera: ¿Cómo lo exhibiré presente para mí, a él que está ausente? Pero porque los grandes varones de la santa Iglesia alaban la solicitud de nuestra predicación, pero vituperan la demasía de la solicitud, aquellos que dicen que las asnas del padre han sido halladas, aseguran que el padre está solícito por su hijo. La señal de su unción, por tanto, pueden reconocerla los elegidos; porque sin duda son conducidos entonces por Dios a la cumbre de la santa Iglesia, cuando por palabras y ejemplos son idóneos para la salvación ajena, y por el descanso estudiosos para la propia; y cuando buscan pecadores para el cielo, no se abandonan a sí mismos para el mundo. Sigue:

(Vers. 3, 4.) Cuando de allí te hubieres ido, y hubieres pasado más allá, y hubieres llegado a la encina de Tabor, te encontrarán allí tres varones, que suben a Dios en Betel, uno llevando tres cabritos, y otro tres tortas de pan, y otro un frasco de vino. Y cuando te saludaren, te darán dos panes, y los recibirás de su mano.

6. Cuando queremos aprovechar bien en la santa conversación, nos es necesario que recojamos para nosotros los ejemplos de muchísimos de los elegidos; pues tampoco las abejas pueden

componer la miel, si de ningún modo la recogen en flores variadas. Bien, por tanto, Saúl llega de unos varones a otros; porque cuanto más copiosamente discernimos los ejemplos de los santos, mejor somos instruidos. Pues las flores de los frutos eternos son las obras de los santos, las cuales mientras son rociadas con el rocío del amor supremo, las tomamos de ellos, para que seamos llenados para nuestra doctrina y para la utilidad de los otros. Pues Saúl de allí se va y pasa más allá, cuando el predicador rudo aprovecha por los ejemplos de los elegidos, y va de la virtud observada de uno a explorar la conversación de otro. A quien a menudo le deleita admirar en otros el trabajo de la predicación, a menudo en otros la fortaleza de la buena obra; venera a aquellos que hablan, se esfuerza por imitar a estos que obran. Mira a aquellos, con qué hermosura brillan por fuera; el esplendor de estos lo escudriña no en la conversación exterior, sino en lo íntimo. Por lo cual también bien cuando pasa, se dice que llega a la encina de Tabor. Pues la encina es un árbol sombrío y fuerte. En cuyo árbol ciertamente se expresa la conversación más secreta de los santos. Pues los varones de esta conversación, mientras no salen a las obras exteriores de la vida activa, están casi en la sombra; porque no pueden sentir los incendios de las tentaciones. Pues porque descansan en el deseo celestial, cuanto más lejos están alejados del amor del mundo, tanto más quietos permanecen en la sombra del refrigerio. Pero esta sombra es de un árbol fuerte, porque la conversación de los santos des-

precia las cosas terrenas tanto más válidamente cuanto más puramente surge hacia el amor de las celestiales. Es fuerte también porque toleran potentemente las adversidades del siglo quienes aman solo las celestiales que ven. Y porque están en la gran luz del esplendor interno quienes desdeñan mirar atrás a las terrenas por amor, la encina misma se dice ser de Tabor. Pues Tabor se interpreta como luz que viene. Pues la luz viene cuando a la mente elegida se abre la claridad interna del Creador. La encina, por tanto, se dice de Tabor: porque la conversación secreta actúa despreciando las terrenas, para que vea más claramente la luz íntima del Creador. Pues somos secretos cuando custodiamos nuestros sentidos en el temor de Dios. Y entonces ciertamente vemos la luz que viene, porque cuando bien se rigen los miembros del cuerpo, se infunde en nuestra mente la gracia del Creador. Y es de notar que se dice que llega a la encina de Tabor quien sabía por los que saltan las fosas que el padre estaba solícito por él. Pues los predicadores de la santa Iglesia la mayoría de las veces alaban las virtudes a las cuales ellos mismos no pueden dedicarse. Predican ciertamente el secreto de la vida contemplativa; pero mientras están solícitos por la custodia de los súbditos, evitan adherirse a los secretos de aquella vida. Como si, pues, Samuel dijera: Aquellos varones te alaban el estudio de la contemplación; pero porque no pueden mantener lo que alaban, ha de ser buscado en otros. De allí, pues, pasamos a la encina de Tabor, cuando por los santos predicadores conocemos

el estudio laudable de la vida contemplativa; pero buscamos la perfección de ella en aquellos que espiritual mente tienden hacia ella. Los tres varones, por tanto, que encuentran al rey ungido en la encina de Tabor, designan a aquellos que son perfectos en el estudio de la vida contemplativa. Quienes bien no por el rey ser hallados, sino hallar allí al rey se dice. Pues no son hallados; porque están escondidos. Ellos mismos verdaderamente nos encuentran; porque nos abren la luz de su secreta conversación cuando se dignan. No son hallados; porque retiran su vida de todo testimonio de los hombres. Pero nos encuentran; porque por el afecto de la caridad nos muestran algo de su luz para imitar. Los cuales igualmente no presentan sus virtudes para ser imitadas sino a aquellos que con gran deseo desean obtenerlas y ejercitarlas. Primero, por tanto, nos conviene llegar a la encina de Tabor, para que podamos ser hallados por aquellos tres varones. Pues como si ya estuviéramos en la sombra de la luz que viene, cuando somos inflamados por grandes deseos de la suma contemplación.

7. Entonces, pues, se nos aparecen tres varones: porque quienes se dignan mostrarse a nosotros que los deseamos, son fuertes en la custodia de la locución, del pensamiento y de la obra. Pues no pueden ser de vida más secreta, si hubieran tenido abiertos los portales de los ojos, del corazón y de la boca. Porque, por tanto, custodian el corazón de un pensamiento inepto, la boca de un sermón ocioso, y todo el cuerpo de una operación depravada, son tres; y varones, porque observan

esa misma custodia fortísimamente. Tres varones, pues, se nos aparecen: porque cuando vemos a tales, intuimos en ellos el robustez de la virtud. Los cuales ciertamente están en la sombra de la luz que viene; porque pueden ver la luz interna del Creador tanto más claramente cuanto más estudiosamente custodian el corazón limpio de la inquinación del mundo. A tales ciertamente se apareció el Señor resucitando de entre los muertos, a tales llenó el Espíritu Santo. Pues de aquel secreto se dice: Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas donde estaban los discípulos por miedo a los judíos (Juan 20, 19). Y de nuevo: Ocho días después estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos; vino Jesús, estando cerradas las puertas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. De otro secreto asimismo está escrito: Al cumplirse los días de Pentecostés, estaban todos los discípulos juntos en el mismo lugar, y de repente se hizo del cielo un sonido como de un espíritu vehemente que venía, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, y se asentó sobre cada uno de ellos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo (Hech. 2, 1). Tienen ciertamente las puertas cerradas quienes contra la negligencia del lapso humano retienen estrictamente bajo fuerte custodia los oficios del cuerpo. Están también dentro; porque descansan en el amor interno de la vida suprema. A los cuales ciertamente se aparece el Señor resucitado, porque ven su gloria tanto más claramente cuanto más estrictamente

siguen por el desprecio del mundo el misterio de su pasión. Estos también pueden ser llenados del Espíritu Santo, casi como en una casa; porque aquellos perciben abundantemente los dones de sus gracias que se prepararon para percibirlos despreciando las cosas visibles.

8. Quienes bien se dice que suben al Señor en Betel. Pues Betel se llama casa de Dios. ¿Qué es la casa de Dios, sino aquella casa que habita la luz inaccesible? Luz inaccesible es también la revelación de su divinidad. Pues es luz; porque por los corazones limpios de cualquier modo puede ser vista. Plenísima ciertamente en sí misma lo llena todo, pero llenando abundantemente el universo, no es captada. Es captada ciertamente para que llene, pero llenando no es captada, la cual, llenados todos, no se agota. Por tanto, la revelación del Creador, porque es tanta la inmensidad de la luz que ilumina todo y en nada se angosta; mientras se ve y no se comprende, es luz inaccesible. Estos tres varones, pues, suben al Señor; porque quienes se custodian en vida más secreta, en la contemplación de la luz divina son sublimados. Pero porque a la misma visión de Dios omnipotente todavía no pueden llegar, se dice que suben a Betel. Pues cualquier cosa que sobre Dios omnipotente la mente humana puede pensar, no es Dios. Pero mientras pensando todo lo trasciende, mientras cualquier cosa que pueda de luz íntima, cualquier cosa de interna suavidad y dulzura, cualquier cosa de espiritual delectación imaginarse para sí, se cree que es menos que aquello, llega sin embargo a una cierta luz que no es Dios,

sino la que habita Dios. Y porque entonces el alma del elegido maravillosamente se inflama, maravillosamente se restaura, inefablemente goza de la delectación, se ve compelida a pensar cuán inefable luz, dulzura y delectación sea la que es Él mismo, si tan inmensa luz es aquella que habita, y no es Él mismo. Al Señor ciertamente en Betel había subido Moisés, cuando con Él en el monte hablaba. Pero quien había llegado a la luz que habita Dios, buscaba la luz que era Dios mismo, diciendo: Muéstrame tu faz (Éx. 33, 13). De quien también está escrito que hablaba el Señor a Moisés cara a cara (Ibíd.). ¿Qué es que cara a cara Moisés con el Señor habla, y sin embargo al Señor suplica que el Señor muestre su faz? Pero la faz de Dios es el conocimiento de Él. Se conoce, empero, a Dios por el espejo, se conoce por sí mismo. Por el espejo aquí, por sí mismo en el cielo. El espejo verdaderamente es aquella luz que habita Dios; pero Él es aquella luz que Él mismo es (1 Cor. 13, 12). Pero Moisés, que cara a cara se dice que ve a Dios, y su faz para verla postula (Éx. 33, 13), ¿qué más rectamente designa que la perfección de los elegidos, que ya intuyen el espejo de aquella suma luz, pero que sin embargo llegar a la misma verdad de la luz vehementemente desean? Ese conocimiento de la luz ciertamente no sabe saciar los deseos de los elegidos, sino excitarlos; pero aquel otro tanto saciar como excitar. Pues es cosa tan gozosa que inefablemente se codicia; y tan plena que quienes ya siempre han visto esta con gran deseo, siempre con inefable plenitud se sacian. Los varones, por tanto, que suben al

Señor, se dice que suben en Betel; porque cuando mucho aprovechamos en esta vida, podemos ver la misma luz del Creador por el espejo, pero en sí misma mínimamente podemos.

9. Y porque a esta sublime visión no se exaltan sino los humildes, bien se dice de esos mismos varones: Que uno llevaba tres cabritos, otro tres tortas de pan. Finalmente, lleva tres cabritos quien considera por el arrepentimiento que ha delinquido de boca, de corazón y de obra. Pues porque por los cabritos se significan los pecadores, aquellos que en el examen extremo han de ser puestos a la izquierda del juez eterno, se expresan con el nombre de cabritos. Tres cabritos, pues, lleva al Señor quien no cesa de considerar los pecados de obra, de palabra y de pensamiento arrepintiéndose. Y es varón ciertamente, y sin embargo lleva cabritos; porque se guarda fuertemente de pecar, pero como pecador no cesa de satisfacer. Pues era varón, y llevaba cabritos, quien decía: En muchas cosas ofendemos todos (Sant. 3, 2). Y porque se esfuerzan por borrar arrepintiéndose los pecados que confiesan: uno lleva tres cabritos, pero otro lleva tres tortas de pan. Las tortas de pan ciertamente las referimos arriba a la aflicción de la penitencia; porque si el pan alguna vez significa la delectación de la presente vida, el pan se tuerce (se tortura) cuando somos atormentados por la pasada delectación de la carne. Por lo cual también el rey Ezequías, cuando se compunge arrepintiéndose, promete que torturará sus delectaciones regias, diciendo: Recapacitaré todos mis días en la amargura de

mi alma (Is. 38, 15). Pues cuando la mente carnal se disuelve en las delectaciones de la culpa, casi tiene un día; porque esto que hace, lo ve alegremente. Los días, pues, de la mente réproba son las delectaciones malas. Todos sus días, por tanto, recapacita el pecador; porque cuando por la divina gracia recapacita, no cesa de satisfacer por todos los males. Pues primero se dice que uno lleva tres cabritos, luego otro tres tortas de pan; para que aparezca la virtud de cada uno de los elegidos, que es fuerte en la buena obra, humilde por la estimación, afligido por la contrición de la penitencia. Y porque de tanta perfección no pueden ser sino quienes por el amor de los bienes eternos, se han olvidado de los temporales, el tercero se dice que lleva un frasco de vino. Ciertamente lleva un frasco de vino quien llenó su mente con el calor del Espíritu Santo, por el cual tanto busque las cosas anteriores corriendo fuertemente, como abandone aquellas que están atrás, como en un gran olvido de ebriedad. Pues llevaba cabritos quien decía: Cristo vino a llamar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero (1 Tim. 1, 15). Y porque también llevaba una torta de pan, dice: Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre (1 Cor. 9, 27). Pero como ebrio por el vino de una ánfora, dice: Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, hacia el premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús (Fil. 3, 13). Tres varones, pues, suben al Señor, y llevan tres cabritos, y tres tortas de pan, y un frasco de vino: porque dedicados a los estudios de

una vida más remota, surgen a la contemplación de la verdadera luz por el mérito de la humildad. Pero cuáles son en sí, cuáles sean para los otros lo expone, diciendo: Y cuando te saludaren, te darán tres tortas de pan, y las recibirás de su mano. Nos saludan los varones santos cuando nos anuncian los bienes eternos de la salvación. Pero quienes nos saludan por el cuerpo, inclinan la cabeza para exhibir reverencia al saludado. Pero para los varones espirituales inclinar la cabeza es deponer la mente de la suma contemplación. Pues si no inclinan la cabeza, no pueden saludar: porque no nos instruyen con erudición saludable si no deponen la mente de la suma contemplación de las cosas celestiales. Entonces, pues, nos exhiben gran reverencia: porque no consideran pequeños a aquellos por quienes se dignan descender de su alta cumbre.

10. Pero mientras el futuro rey es saludado, se le entregan dos panes. Pues se dan dos panes al predicador que se ordena, cuando se le enseña a llorar los pecados no solo suyos, sino ajenos. Tiene, pues, un pan torta, cuando es afligido por sus propios pecados; tiene otro, cuando se esfuerza por llorar los pecados de sus súbditos. Pero insinuando el Salmista más claramente este pan, dice: Levantaos después de haber estado sentados, los que coméis el pan del dolor (Sal. 126, 2). De aquí confiesa al Señor, diciendo: Nos alimentarás con pan de lágrimas, y nos darás de beber en lágrimas con medida (Sal. 79, 6). La torta de pan, pues, es el pan del dolor y el pan de las lágrimas. Y tal vez por eso aquel único varón

llevaba tres tortas de pan: porque eran tres los que caminaban juntos, para que cuando los dividieran entre sí, cada uno tuviera un pan. Lo cual también puede entenderse convenientemente de los cabritos. En lo cual, ¿qué ha de notarse, sino que los varones de vida más remota, mientras mantienen una conducta singular, no tienen la solicitud de los otros? Tienen, pues, un cabrito y un pan, quienes se compungen solo por sus propios pecados, y no son gravados con los ajenos por el oficio pastoral. Y porque quienes son de la misma conducta perfecta emulan en sí mismos la aflicción de la carne; bien lleva uno tres panes, otro tres cabritos, y el tercero un frasco de vino. Pues como uno lleva lo que todos han de ofrecer o comer; y todos comen u ofrecen lo que lleva uno, cuando cada uno de ellos, encendido por su piadosa emulación, tiene en sí buenos ejemplos para los otros, y no descuida imitar los bienes que otros tienen. Y porque las tortas de pan se dicen en género femenino, esto ciertamente insinúa que a quien se compunge por costumbre, sin duda le brotan de unas lágrimas muchas otras. Pues como en el sexo femenino es fecunda la aflicción del penitente; porque cuanto más a menudo se compunge uno, tanto más abundantes flujos de lágrimas se le administran. A Saúl, pues, no se le da un pan, sino dos, porque al predicador no le basta llorar solo por sí mismo. Reciba, pues, de las manos de los varones dos panes; para que a saber aprenda a llorar por el ejemplo de los perfectos, pero...

11. Y ha de notarse que Samuel prescribe al rey ungido, diciendo: Y las recibirás de su mano. De cuya palabra, ¿qué mejor razón puede recogerse que la que se ve a las claras: que ciertamente no emulamos de buena gana la aflicción en los varones santos? Pues quienes ambicionan el honor de la prelatura y la dignidad son innumerables; pero quienes buscan el trabajo del ministerio y la aflicción de la carne de esa misma prelatura, pocos. Ciertamente queremos de buena gana ser sublimados sobre otros, pero evitamos llorar sus pecados. Pues entonces vemos los panes ofrecidos a nosotros, pero no queremos recibirlos de las manos de quienes los ofrecen: porque vemos en los varones elegidos la aflicción que no imitamos. Prescriba, pues, el profeta, diciendo: Recibirás de su mano. Para que quien ambiciona ser rector idóneo de la Iglesia, de ningún modo evite asumir lo que se ha dicho. Bien también Saúl es llevado primero a los varones que saltan grandes fosas, luego a aquellos que llevan panes, cabritos y vino: para que el predicador rudo aprenda en otros a despreciar las cosas altas del siglo, y en otros a ofrecer la aflicción de la carne y las hostias de lágrimas por sí y por sus súbditos al Dios omnipotente. Pero todavía insinuando la suma de su progreso, el profeta añade, diciendo:

(Vers. 5, 6.) Después de esto vendrás al collado de Dios, donde está la guarnición de los filisteos; y cuando entres en la ciudad, encontrarás una compañía de profetas que desciende del lugar alto, y delante de ellos salterio, y pandero, y flauta, y cítara; y ellos mismos profetizando. Y saltará

sobre ti el espíritu del Señor, y profetizarás con ellos, y serás mudado en otro varón.

12. El collado es la altura del monte. ¿Qué, pues, se acepta más rectamente en este collado que la santa intención de las Escrituras? Ciertamente es la altura del monte: porque no yace en el plano de la letra, sino que está muy erguida en la sublimidad de los sentidos espirituales. Por tanto, el predicador rudo se apoya en el recto camino de las virtudes si, después de haber visto a los predicadores públicos y a los anacoretas remotos, ve y reconoce la altura de la Escritura. En lo cual ha de notarse que dijimos que Saúl, en cuanto que sobresale desde el hombro y hacia arriba sobre todo el pueblo, significa a un varón erudito y de gran conducta. ¿Por qué, pues, asciende al collado del Señor, para venir a la altura de las Escrituras que conoce? Pero de modo semejante podría preguntarse de él por qué fue a ver a los varones que saltan grandes fosas, quien se decía que era de gran conducta. A lo cual ha de decirse: que se mostró que designaba a varones grandes en la conducta, pero rudos en el ministerio de la predicación. Quien, pues, puede aprovechar por los ejemplos de los mejores, y en la pureza de la contemplación y el oficio de la predicación, debe volver a la altura de las Escrituras: porque cuanto más progresa en una vida más alta, con mucha más sutileza atiende a la sublimidad del sacro elocuio. Diga, pues, el profeta: Después de esto vendrás al collado del Señor. Como si dijera: Cuando comprendas la perfección de los varones santos por una perfecta imitación, aprovecharás

en tan gran inteligencia de la sagrada Escritura; que ya veas que es llano lo que en ella pensabas ver sublimemente.

13. Allí está la guarnición de los filisteos: porque los que cayeron del cielo por el brebaje de la soberbia se burlan de los judíos y de los herejes a través de las Escrituras. Están, pues, en el collado: porque engañan los corazones que poseen en las Escrituras por la falsedad del entendimiento. Cuantas veces los judíos presumen subir al collado del Señor, son cautivados por los filisteos que allí están. Pues mientras estiman que entienden el sentido de la Escritura sublimemente, los demonios les salen al encuentro en su ascenso y, engañándolos, los matan. Merecidamente, pues, se le ordena a Saúl ir al collado del Señor no de inmediato, sino primero, habiendo visto a los que saltan las fosas y a los que llevan panes y vino: porque los varones fieles son protegidos por la gran tutela tanto de la doctrina de los mejores como de los ejemplos. Por lo cual también se le dice al mismo Saúl: Tendrás al encuentro un grupo de profetas que vienen de lo alto. Como si dijera: Tanto menos podrás temer la guarnición de los filisteos cuanto que tendrás al encuentro a los profetas para tu seguridad. Y porque se dice "grupo" (grex) de profetas, se significa la gran multitud de nuestros defensores. Tema, pues, el judío: porque mientras sube solo, perece. Pues, ¿qué dicen estos mismos profetas que nos salen al encuentro? ¡Ay del solo!, porque si cayere, no tiene quien lo levante (Ecl. 4, 10). Pues solo está quien es abandonado por Dios. A este, cier-

tamente, cuando cae, nadie lo levanta, porque alguno de los santos no asume a quien es abandonado por Dios. Todo elegido, por tanto, sube seguro: porque no está solo. Pues el que habla por nosotros está con nosotros. Pues él también lo promete de nuevo, diciendo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. 28, 20). Ciertamente no estaba solo el que decía: No estoy solo, sino que el que me envió está conmigo (Juan 8, 16). Asimismo no estaba solo el que buscaba, diciendo: ¿Buscáis una prueba de aquel Cristo que habla en mí? (2 Cor. 13, 3). Lo cual puede entenderse convenientemente no solo de la presencia espiritual del Señor, sino también de la doctrina material de los elegidos. Los santos predicadores, ciertamente, suben al collado del Señor donde está la guarnición de los filisteos: pero porque tienen al encuentro el grupo de los profetas, de ninguna manera temen a los mismos filisteos. ¿Quiénes son estos profetas sino los grandes predicadores de la santa Iglesia? Pues el ministerio del profeta es revelar lo oculto y predecir lo futuro. Pero los doctores de la santa Iglesia, mientras extraen los sentidos ocultos de las Escrituras para la ciencia común, abren los secretos que se ignoran: y mientras predican los gozos eternos, revelan lo futuro. Los profetas, pues, nos salen al encuentro: porque los doctores de la santa Iglesia nos muestran la verdad de la sagrada Escritura. Pues mientras nos dicen aquellas cosas que queremos saber del sagrado elocuio, les ocurren a los que van por el camino por el cual se dirige al collado del Señor.

Allí, por tanto, por el encuentro de los profetas estamos seguros donde están los filisteos: porque por la autoridad de los santos predicadores reconocemos el entendimiento de la Escritura, en la cual los judíos y los herejes son aniquilados por el cuchillo de sus errores por los demonios. Pues he aquí que si recurrimos a la Ley de Moisés, encontramos ciertamente el collado del Señor. Allí ciertamente leemos del tabernáculo, allí del gran pontífice, allí de la sangre de los machos cabríos y de los becerros a la vez, y del Cordero pascual. Los judíos entienden esto con su espíritu según la letra, en lo cual, porque no tienen a ninguno de los profetas consigo, mueren. Yo, si quiero subir a este monte, antes veo a los profetas que descienden y subo seguro. Y para dejar por ahora a los nuevos, Isaías sale primero al encuentro del que sube, diciendo: Como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante de su trasquilador, no abrirá su boca (Is. 53, 7). De aquí dice Pablo: Cristo, asistiendo como pontífice de los bienes futuros, por un tabernáculo más amplio y perfecto, no hecho por manos, es decir, no de esta creación, ni por sangre de machos cabríos o de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez en el santuario, hallada la eterna redención (Heb. 9, 11. 12). Pero si queremos tener a más en este collado, encontramos a todos los profetas buscándolos: porque lo que los antiguos doctores habían prometido, esto demuestran los nuevos predicadores cumplido en nuestro Redentor.

14. Por lo cual también el Redentor del género humano puede ser designado convenientemente

con el nombre de collado. De donde Isaías vaticinando, dice: En los últimos días estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes (Is. 2, 2). Ciertamente se dice collado por la sublimidad de la santidad: pero del Señor, porque es hijo del sumo Engendrador. En cuyo collado, sin duda, se dice que está la guarnición de los filisteos: porque también nació para señal que sea contradicha. La guarnición de los filisteos es ciertamente la contrariedad de los herejes. Pues como si estuvieran en el collado, acechan a los que ascienden al collado: y mientras pervierten las sagradas Escrituras exponiéndolas mal, matan a quienes negligentemente ascienden para conocer al Redentor. No trepide, pues, el elegido, pues al ascender tiene al encuentro una compañía de profetas: porque a él le anuncian al mismo Redentor todos los predicadores del Testamento viejo y nuevo. Quienes sin duda vienen del lugar alto: porque lo que predican en la tierra, lo ven en el cielo. Por lo cual también se dice a Juan desde el cielo, como si fuera ciertamente de la compañía elegida de los profetas: Sube acá, y te mostraré las cosas que deben suceder después de estas (Ap. 4, 1). El cual, cuando hubo subido, contempló y reconoció ya reinando al Cordero que Moisés había figurado que debía ser inmolado, y él mismo había visto ofrecido en la cruz: y aprendió cuántas gracias le daban aquellos por quienes había sido inmolado. Del lugar alto, por tanto, vienen los predicadores: porque lo que predican a los menores, lo aprendieron en la contemplación celestial.

15. Bien también se afirma que la compañía de los profetas sale al encuentro de Saúl en la entrada de la ciudad; porque a los sumos predicadores de la santa Iglesia podemos verlos allí donde descienden, no donde se subliman. Pues aquellas cosas que nos dicen a nosotros los pequeños, las oímos: pero aquellas cosas que ven en las cosas celestiales, cómo las ven, o dulcemente las aman, no las vemos. Pues Pablo el apóstol fue arrebatado al paraíso, y fue asumido hasta el tercer cielo, oyó también palabras arcanas que no es lícito al hombre hablar (2 Cor. 12, 4). ¿Quién, pues, podría encontrar a tan gran predicador arrebatado al paraíso, o asumido al tercer cielo? Pero estas cosas dijo de sí el bienaventurado Pablo forzado. Por lo cual también al final de la sublimidad expuesta humillándose, dice: Me he hecho necio, vosotros me forzasteis (2 Cor. 12, 11). ¿Cuán grandes, pues, fueron aquellas cosas que no quiso decir, si a manifestar estas vino forzado? Pues también quien oyó lo que no es lícito al hombre hablar, vio lo que no es lícito al hombre saber. Dirías tal vez: Si quisiera, ¿cómo podría decir, sin embargo, con locución humana la belleza de aquel tercer cielo, referir la luz de aquella íntima claridad, el fulgor inenarrable de los ángeles y la inaccesible claridad, cuán dulcemente reciben de la plenitud de Aquel todos aquellos elegidos y bienaventurados ciudadanos eternos, cuán deseosamente toman, cuán plenamente se rellenan, cuán suavemente gustan la dulzura de la divina bondad, con qué deleitable plenitud se sacian: qué esplendores hay para cada uno de aquella única inefable luz

del Creador, cuál sea la belleza de todos juntos de aquella única gloria: por qué excelencia de dignidad unos sobrepasan a otros, por qué están los buenos sujetos a los mejores con la inefable jocundidad de la justicia?

16. A este lugar excelso no podemos seguir a Pablo, sino que entramos en la ciudad en la que, como descendiendo de lo alto, nos sale al encuentro. Pues quienes no podemos distinguir las cosas altas que ven los predicadores, debemos escuchar venerablemente las cosas llanas que enseñan. Pero cuando descienden, llevan ante sí el salterio, el pandero (tympanum), la flauta (tibia) y la cítara. Tienen ciertamente el salterio porque anuncian el reino de los cielos; tienen el pandero porque predican la mortificación de la carne; tienen la flauta porque ordenan a los súbditos llorar para la adquisición de la alegría eterna; tienen también la cítara porque enseñan a los piadosos a gozarse por la certeza de los bienes eternos. El salterio, en verdad, que resuena desde la parte superior, designa también la predicación de los gozos eternos: porque mientras sugiere amar lo excelso, envía como desde la parte superior el sonido de su dulzura. El pandero, en cambio, porque se tensa de la piel de un animal muerto, en él se figura no inconvenientemente la mortificación de nuestra carne. Mas la flauta, porque suele tenerse en las exequias de los hombres muertos, lo hemos aprendido del Evangelio: porque queriendo el Señor resucitar a la hija del archisinagogo, echó de su casa a los flautistas y expulsó a la turba tumultuosa (Mat.

9, 25). ¿Qué hay, pues, en la flauta sino el luto de los santos que se expresa? Pues mientras se ven arrojados de aquella vida eterna que apetecen, se lloran a sí mismos como muertos. La cítara, por su parte, es un instrumento musical muy alegre. Con cuyo instrumento ciertamente se figura de modo apto la palabra de consuelo de los elegidos: porque como al sonido de la cítara nos alegramos cuando los elegidos predicadores nos consuelan entre las penalidades del presente exilio. El salterio, por tanto, se pone primero en la promesa de los predicadores: porque antes que nada debe predicarse la gloria del reino celestial; para que, mientras conocemos el bien que amamos, deseemos trabajar para alcanzar ese mismo bien. De aquí es que, cuando en el Evangelio Mateo afirmaba los principios de la Encarnación del Señor, dijo: Comenzó Juan a predicar y a decir: Haced penitencia, se acercará el reino de los cielos (Mat. 4, 17). Pero porque cuando conocemos lo celestial, si queremos llegar a ello, es necesario que mortifiquemos las pasiones de la carne, los predicadores de la santa Iglesia hacen, como después del salterio, el sonido del pandero. Esa misma mortificación del cuerpo, ¿qué otra cosa es sino la preparación de la bienaventuranza eterna? Amamos, pues, que se preparen las cosas celestiales y se nos ordena pedirlas con ardentísimos llantos. Como con la flauta lloramos a los muertos cuando nos dolemos vehementemente porque aún no vivimos en aquella vida eterna. Después del pandero, por tanto, nuestros predicadores tienen la flauta cuando nos enseñan tanto a mortificar

nuestros miembros como a gemir por el amor de la vida eterna. Llevan también la cítara después de la flauta: porque ordenan llorar de tal modo las penalidades del presente exilio que nos gocemos por la promesa de la herencia eterna. Pues el salterio resonaba el gran profeta cuando decía: Mis ovejas oyen mi voz y yo les doy la vida eterna (Juan 10, 27). Golpeando igualmente el salterio, dijo: Conviene que sea exaltado el hijo del hombre para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna (Juan 3, 14). El pandero sonaba el que decía: Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra: la fornicación, la inmundicia, la libido, la concupiscencia (Col. 3, 5). La flauta sonaba el que decía: Sed miserables, llorad, vuestra risa se convierta en llanto y el gozo en tristeza (Sant. 4, 9). El pandero sonaba el que decía: Por ti somos mortificados todo el día, hemos sido estimados como ovejas de matadero (Sal. 43, 22). Mas la flauta tiene ante sí el que igualmente habla a Dios diciendo: Nos alimentarás con pan de lágrimas y nos darás bebida en medida (Sal. 79, 6). La flauta tenía ante sí el Señor cuando decía: Amén os digo que lloraréis y plañiréis vosotros, mas el mundo se gozará, vosotros en cambio os contristaréis (Juan 16, 20). Pero subyugando como el sonido de la cítara, dice: Vuestra tristeza se convertirá en gozo (Ibíd.). Como el sonido de la cítara nos sonaba el que decía: Gozaos en el Señor siempre, otra vez digo: gozaos; vuestra modestia sea conocida por todos los hombres; el Señor está cerca (Fil. 4, 4). La cítara nos suena el que, anunciando los bienes de nuestra ciudad, dice: Gozo

y alegría se encontrará en ella, acción de gracias y voz de alabanza (Is. 51, 3). Porque, por tanto, los predicadores de la santa Iglesia anuncian el reino celestial y, para alcanzar ese mismo reino, ordenan mortificar la carne, llorar la cautividad, regocijarse en la esperanza de la futura bienaventuranza: se refiere que los profetas, descendiendo de lo alto, tenían ante sí el salterio, el pandero, la flauta y la cítara. Y se dice grupo de profetas porque son muchos los pastores de la santa Iglesia y tienen un solo pastor, el Señor Jesucristo.

17. Y ha de notarse que se refiere que los profetas tenían ante sí el salterio, el pandero (tympanum), la flauta (tibia) y la cítara, para que se vea la forma de los elegidos predicadores. Pues los réprobos tienen tras de sí lo que predican: porque dicen y no hacen, descuidan obrar los bienes que conocen. Por lo cual aún se le dice al rey Saúl, que ya despreciaba los mandatos del Señor: Porque desechaste la palabra del Señor, te ha desechado el Señor para que no seas rey (1 Sam. 15, 23). De aquí que por el profeta se queje el Señor de los judíos diciendo: Me arrojaron tras su cuerpo (1 Rey. 14, 9). Mas los santos doctores, porque guardan el camino de la vida celestial que predican con el continuo paso de la buena obra, se dice en su tipo que los profetas tenían ante sí el salterio, el pandero, la flauta y la cítara al descender. Pues estos instrumentos pueden referirse a la predicación del Redentor. Y porque no mucho antes dijimos que el collado del Señor es el mismo Redentor, miremos la conveniencia de los órganos. Quien lo nombra rey del reino eterno,

ciertamente nos suena el salterio. Y quien afirma en él la disciplina de nuestra mortificación, como que golpea el pandero. Suena la flauta quien anuncia al Redentor muerto por la salvación del mundo. Golpea la cítara quien diga que resucitó de entre los muertos y ascendió a los cielos. Mas ante la alegría de tantos órganos nos regocijamos si oímos al mismo grupo de profetas sonando. Pues David dice: Desde lo sumo del cielo es su salida, y su encuentro hasta lo sumo (Sal. 18, 7). De aquí mismo dice: Lo adorarán todos los reyes de la tierra, todas las gentes le servirán (Sal. 71, 11). Como el salterio en alabanza del Redentor tuvo el que obtuvo la parte superior de la alabanza y predicó el advenimiento del Redentor desde lo sumo del cielo. El pandero de su mortificación tocó Isaías diciendo: Y lo vimos, y no había aspecto, y lo deseamos, despreciado y el último de los varones, varón de dolores y que conoce la enfermedad; de donde también su rostro estaba escondido y despreciado, por lo cual ni lo estimamos (Is. 53, 3). Sonando igualmente la flauta de su muerte, dice: Como oveja al matadero será llevado, y como cordero enmudeció (Ibíd. 7). David, golpeando la cítara de la resurrección, dice: Conmuévase ante su faz toda la tierra, decid entre las gentes que el Señor reinó desde el madero; pues afirmó el orbe de la tierra, que no se conmoverá (Sal. 95, 10). Tocando también la cítara de la ascensión dijo: Reinos de la tierra, cantad a Dios que sube sobre los cielos de los cielos hacia el oriente (Sal. 67, 33. 34). Los profetas, pues, descienden de lo alto cuando los santos predicadores nos

anuncian aquellos sacramentos que aprendieron en la alta contemplación. Y dicen el salterio, la flauta y la cítara porque afirman que nuestro Redentor es el Señor del reino eterno, y que fue humillado por la condición humana, y que con su muerte redimió al mundo, y resurgiendo reparó lo celestial. Cuyos instrumentos de alabanza ciertamente tienen ante sí porque entienden lo que dicen. Por el contrario, Caifás es dicho profetizar (Juan 11) e ignorar lo que dijo, cuando tocó la flauta de la muerte del Señor y no como elegido profeta la tuvo ante sí, sino tras de sí. Bien, pues, se añade de los elegidos profetas: Y ellos mismos profetizando. Porque mientras ven lo que dicen, como que tienen ante sí los instrumentos que tocan; y mientras predican, profieren aquello que conocieron por la previsión. Saúl, pues, viene al collado del Señor cuando el elegido y rudo predicador progresa en la ciencia espiritual y conoce al Redentor del género humano no en el plano de la humanidad, sino en la alta majestad de su divinidad. Entonces ciertamente oye los coros de los profetas cantando a una, porque entiende perfectamente todas las Escrituras que son de él. Quien, pues, vio a los varones saltando las grandes fosas, quien miró a los que llevaban los cabritos y las tortas de pan y la vasija de vino, llega al collado del Señor cuando aquel que se reconoce haber progresado por los ejemplos de los elegidos es sublimado a la cumbre de la ciencia y, conociendo al Redentor sublimemente, lo ama inefablemente, de quien puede pedir lo que igualmente desea saber de él como amigo familiar.

18. Bien se añade: Y saltará sobre ti el espíritu del Señor, y profetizarás con ellos. Se dice que el espíritu del Señor salta, porque los corazones de los elegidos se llenan de repente con sus dones. Los cuales de inmediato comienzan a profetizar: porque quienes están llenos del espíritu divino, no pueden callar las maravillas de Dios. Or se afirma que ha de profetizar aquel a quien Samuel promete la gracia del divino verbo. Lo cual es tal como si dijera: Tú que ahora en aquella abundancia no puedes hablar por el espíritu que viene sobre ti, cuando aquella plenitud se te haya infundido, abundarás en la copia del hablar. Ciertamente prometiendo este espíritu saltador a los discípulos, dijo el Señor: Cuando venga aquel espíritu de verdad, os enseñará toda verdad, y os anunciará las cosas que han de venir (Jn. 16, 13). Ciertamente el espíritu que viene sobre ellos salta, cuyos corazones, viniendo de repente, iluminó (Hech. 2, 2). E iluminados profetizaron, porque predicaron al Redentor del género humano en toda lengua. Lo cual ciertamente vemos que se hace en la santa Iglesia también ahora: porque a menudo quienes desean hablar cosas divinas, son súbitamente enseñados por el mismo espíritu, y pueden hablar óptimamente incluso aquellas cosas que no aprendieron con premeditación alguna. Ciertamente por la custodia de los mandatos de Dios, perciben la gracia de la palabra en la sublime revelation del Redentor. Pues, ¿qué tiene de asombroso si pueden percibir de repente la luz de la ciencia, quienes por la pureza de vida son siempre sedes del Espíritu Santo? Pero, ¿qué

clase de don sería el del Espíritu Santo si diera la ciencia y no diera el afecto de la gran caridad? Pues quienes se rellenan de aquel espíritu, predican cosas celestiales, pero aman lo que hablan. Aptamente, pues, subraya: Y serás mudado en otro varón. El amor de la mente elegida, ¿qué otra cosa es sino la mudanza de la antigüedad? Pues nuestra naturaleza por la caída del primer hombre fue de tal modo condenada, que diariamente resbalando desfallece, y desfalleciendo envejece. Pero nosotros que desfallecemos en nosotros mismos, cuando aquel espíritu salta sobre nosotros, somos renovados: porque de inmediato somos hechos lo que no éramos. Alguien era tibio, pero de repente visitado por el espíritu, se hace ferviente. Comienza a arder por la devoción, a ejercitarse fuertemente en la buena obra. En otro varón, pues, es mudado: porque comenzó a ser lo que, antes del espíritu saltando en él, no pudo ser. Ya alguien es de buena conducta, ama las cosas celestiales, desprecia las terrenas, pero por aquellas cosas que ama arriba, y por aquellas que odia en lo más bajo, no prevalece para llorar. A menudo ciertamente desea llorar y no puede quien recuerda haber cometido muchas cosas que debe llorar: pero cuando de repente aquel espíritu salta, rompe en fuentes de lágrimas. En otro varón, pues, se muda quien recibe la gracia de la compunción por el espíritu que viene, la cual no tenía antes del advenimiento del mismo espíritu. Alguien desea obtener la pureza del corazón, pensar cosas celestiales, no ser impedido por ningunos encuentros de cuidados seculares;

pero a aquello que por la devoción desea, no puede ascender por el afecto de la pureza. Repentinamente, en cambio, arrebatado en la virtud del espíritu que sobreviene, deja de ser carnal, arroja potentemente los cuidados del siglo, y surge en la contemplación de las cosas eternas con maravillosa pureza. Se maravilla entonces de ser lo que no era: se maravilla de no haber sido entonces lo que es. Pues cuando en las cosas espirituales se ve tal, se maravilla quien es tal, de que no pudo haber sido tal. En otro varón, pues, se muda quien aquello que no fue, se ve ser, y aquello que había sido, no ser. Bien, pues, de Saúl: Serás mudado en otro varón. Porque los predicadores de la santa Iglesia cuando reciben la gracia de la divina predicación, no reciben sola la ciencia de la palabra, sino la virtud del amor: para que por la palabra puedan aprovechar a otros, y por el amor de la palabra ellos mismos se hagan mejores. Pues cuando hablan, se mudan en otro varón: porque cuando por ellos habla el espíritu, ellos mismos se unen al mismo espíritu con maravillosa caridad, y de su voluntad ya no disienten ni de palabra ni de obra. Pues alabando a tal varón, la sagrada Escritura dice: Quien se adhiere a Dios, un solo espíritu es (1 Cor. 6, 17). Pues a Dios nos adherimos cuando recibimos la gracia del Espíritu Santo abundantemente; y un solo espíritu con Él somos hechos, cuando concordamos con la divina voluntad con la mente, la boca y la obra. Bien, pues, el profeta Samuel subrayó, diciendo:

(Vers. 7.) Cuando, pues, te hayan venido todos estos signos, haz lo que encuentre tu mano: porque el Señor está contigo.

19. Estos son, en efecto, los signos por los cuales el predicador se reconoce a sí mismo, y entonces se atreva a todo lo que dispone hacer, cuando lo haya conocido por experiencia cierta; porque en la gran abundancia de la caridad recibe la virtud del Espíritu Santo. Pero el predicador debe enseñar lo que hace, como dice Lucas sobre el Señor: Que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que, dando instrucciones a los apóstoles por el Espíritu Santo, a quienes eligió, fue elevado (Hch. 1, 1, 2). De aquí que Pablo dice: No me atrevo a hablar de aquello que Dios no ha efectuado por medio de mí, en la obediencia de los gentiles por palabra y por hechos (Rom. 15, 18). Samuel, pues, manda al rey ungido, diciendo: Haz lo que encuentre tu mano. Como si dijera: Cuando te veas lleno de la gracia divina, enseña a otros lo que hagas, porque de la misma gracia divina que te preside tienes el vivir óptimamente y el predicar útilmente. Pero, no obstante, lo que debe observar antes de todas estas cosas, lo subraya, diciendo:

(Vers. 8.) Y descenderás ante mí a Gálgala. Pues yo descenderé a ti, para que ofrezcas una oblación, e inmoles víctimas pacíficas. Durante siete días me esperarás, hasta que yo venga y te muestre lo que debas hacer.

20. ¿Qué es lo que primero dice: Haz lo que encuentre tu mano, y después añade: Durante siete días me esperarás, hasta que yo venga, y te mues-

tre lo que debas hacer? Pero quien había recibido los signos por los cuales se sabía rey ungido por el Señor, debía ser probado en si reconocía esos mismos signos. Lo cual conviene ciertamente más a la explicación espiritual que a la histórica. Pues el venir a la colina del Señor, dijimos que pertenece al perfecto conocimiento y amor del Redentor: el ser llenado con el don de la profecía, a la virtud del Espíritu Santo. Dice pues: Cuando te hayan venido todos estos signos, haz lo que encuentre tu mano. Porque quienquiera que esté cierto de la íntima inspiración del Espíritu Santo, puede presumir tanto del propósito de la buena obra, como de la disposición de la predicación. Dijo asimismo: Durante siete días me esperarás, hasta que yo venga; y te mostraré lo que debas hacer. Porque los sumos pastores de la santa Iglesia, mientras dudan de la partida (profectio) de los menores, están muy solícitos de reconocer esto en ellos por indicios ciertos. Pero, ¿cuáles son los indicios del espíritu, sino los excelentes dones de la humildad? Pues el Espíritu Santo, con cuanta mayor luz de virtudes irradia los corazones de los elegidos, con tanto más abundante don de la humildad los enriquece. Pues cuanto más excelsos son por sus méritos, más llanos son por la virtud de la humildad. Quien, pues, es mandado descender a Gálgala ante el profeta y esperar, a él ciertamente se le impone la carga de la obediencia para conocer su humildad. El recto orden de una conversación elegida es que no imponga la obediencia a otros quien no cuidó de prestarla él mismo a otros. Se le manda, pues, esperar, para

que se reconozca si es verdaderamente humilde. Si, pues, el signo del perfecto predicador es la plenitud del Espíritu Santo, y la virtud de la humildad el signo de esa plenitud, ¿qué se dice en alabanza de la humildad, sino que sus dones son los signos de los signos?

21. Pero porque el rey, a punto de sacrificar, es mandado preceder por el profeta, discernimos mejor lo que se dice si se ve en orden. Gálgala ciertamente se interpreta como rueda (rota). ¿Qué significa verdaderamente la rueda en este lugar, sino la vida de los obedientes? La rueda ciertamente camina dando vueltas, y ahora busca lo alto, ahora lo inferior. Así es ciertamente la vida de los obedientes, porque realiza abajo lo que atrae hacia arriba, y ve arriba lo que muestra abajo, como si fuera elevada a lo alto y depuesta a lo ínfimo. Pues lo que los obedientes realizan abajo, lo elevan hacia arriba; porque cuando obedecen los mandatos de sus prelados, las cosas que operan son terrenas; pero de las cosas terrenas que hacen, esperan las recompensas supernas. Asimismo, lo que tienen arriba lo inclinan hacia la tierra, porque para realizar bien lo terreno, contemplan lo celestial, y operan solamente aquello que ven que conviene a aquella suma felicidad. El Señor ciertamente mandando a Moisés inclinar esta rueda, dice: Hazlo todo según lo que te ha sido mostrado en el monte (Exod. 25, 40). Pues quien vio en lo sumo lo que hizo en lo ínfimo, ciertamente inclinó hacia la tierra la parte superior de la rueda. También había elevado la parte inferior hacia lo superior aquel que decía: Vive el

Señor en cuya presencia estoy (3 Rey. 17, 1). En lo ínfimo ciertamente estaba por la humildad de la obediencia, mientras reprochaba a un rey pérfido; pero elevó la llanura de su obra en la sublimidad de la divina contemplación, para que como una rueda que corre la hiciera girar óptimamente, mientras en la obra terrena miraba qué mérito celestial alcanzaría. Esta es ciertamente la forma de la obediencia elegida; que en todo lo que hacemos exteriormente, miremos hacia la potencia del Creador (Conditoris) en todas partes presente. Así ciertamente en la sujeción de nuestra obediencia podemos tener tanto la rectitud de la obra como los incrementos de la devoción. Somos rectos ciertamente entonces por la obra, porque por Aquel a quien vemos, nos ejercitamos en el trabajo de la obediencia. También somos devotos, porque creemos que agradamos a Aquel a quien atendemos como inspector de nuestros trabajos y dador de la retribución eterna. Y porque los mandatos de los mayores deben ser observados con perfecta humildad, bien se dice a Saúl: Esperarás siete días. El número siete es ciertamente por los dones del Espíritu septiforme. Siete días esperamos a los doctores de la Iglesia cuando por la virtud del Espíritu septiforme recibimos tal claridad de íntima devoción que no descuidamos en modo alguno sus preceptos. En este lugar debe notarse que no dijo: Estarás siete días en Gálgala, sino: Esperarás siete días después de que hayas descendido ante mí. Descendemos ante el predicador cuando hacemos lo que se nos manda por su juicio. Entonces ciertamente se dice que des-

cendemos porque subyugamos nuestras mentes a su mandato. Esperar siete días es llenar el bien de la obediencia con toda la luz del corazón. Lo cual ciertamente hacemos cuando no pasamos por alto los mandatos de los mayores, ni los duros ni los leves. Ciertamente el Señor no quería que ninguno de los días estuviera vacante de esta luz cuando decía: El que soltare uno de estos mandatos mínimos y enseñare así a los hombres, mínimo será llamado en el reino de los cielos (Mat. 5, 19). Y porque la perfecta obediencia que mostramos a los hombres es un don del Creador, aquel que espera siete días se dice que ofrece una oblación e inmola víctimas pacíficas. La oblación ciertamente es del Señor porque se ofrece a los hombres por Dios, pero lo ofrecido a los hombres es recibido por Dios. Las víctimas son los servicios de los obedientes, porque cuando nos sometemos a los hombres por Dios, superamos a los espíritus soberbios. Ciertamente por las otras virtudes impugnamos a los demonios, pero por la obediencia los vencemos. Son pues vencedores los que obedecen, porque mientras subyugan perfectamente su propia voluntad a otros, ellos mismos dominan a los ángeles que cayeron por la desobediencia.

22. Pero debe notarse que Samuel manda a Saúl descender antes que él a Gálgala, pero no quiso que ofreciera la oblación y las víctimas sin él. Pues dijo: Yo ciertamente descenderé a ti para que ofrezcas una oblación, e inmoles víctimas pacíficas. Durante siete días me esperarás, hasta que yo venga a ti, y te muestre lo que debas hacer.

¿Qué es esto, sino que debemos tanto ignorar sabiamente nuestras cosas buenas, como saberlas a veces útilmente? Deben ser ignoradas para que no den elación (soberbia) a nosotros los débiles; pero deben ser sabidas por los más perfectos, para que crezcan por la devoción. De donde también bien se dice en el Evangelio sobre Isabel encinta: Y se ocultaba durante cinco meses (Luc. 1, 24). Pues los que todavía no pueden ser espirituales y fuertes, son designados por el número cinco. Pero la que ha concebido recientemente se oculta durante cinco meses: porque realiza cosas buenas a través de los sentidos del cuerpo; pero porque todavía no es espiritual y fuerte en esta buena obra, oculta sabiamente lo que realiza. Aquel, pues, ofrece víctimas a Dios, aquel ofrece una oblación, quien, esperando durante siete días al profeta que viene, lo recibe; porque entonces es digno de Dios lo que ofrece, cuando quien lo ofrece es justo por la virtud de la obediencia, y temeroso por la consideración de la divina inmensidad; cuando no cree ser otra cosa sino lo que reconoce por la aprobación de sus mayores. Pues ofrecemos como en presencia del profeta cuando creemos que solamente aquellas obras nuestras son dignas de la recepción divina que son comprobadas por el juicio de los santos predicadores. Y porque se dice que inmola ante el profeta, esto ciertamente significa que en nuestras obras [Quizás en nuestras obras] debemos creer a los hombres sabios y espirituales. Porque asimismo Saúl espera siete días, el predicador de la santa Iglesia debe disponer sabiamente la virtud del súbdito, para que

no alabe ante él sus cosas buenas sino cuando puede despreciar el favor de su propia alabanza. De donde también la misma oblación y víctimas se predicen para ser ofrecidas por Saúl a Dios, y no a sí mismo. A Dios ciertamente ofrece víctimas quien no se enaltece vanamente por la virtud que tiene, sino que atribuye todo lo que perfecciona a la gracia del Creador (conditoris). Esto también, porque lo aprendemos por el magisterio de los doctores, bien lo concluye Samuel en su discurso, diciendo: Y te mostraré lo que debas hacer. Al que espera qué debe hacer, se lo indica: cuando aquel que es conocido por obedecer perfectamente es enseñado sobre cómo debe mandar a otros. Pero esto todavía no se le concede a Saúl, sino que se le promete. Pues no es enviado a inmolar, sino a esperar. Y porque aprovechamos por la conversación de los santos, aptamente se añade:

(Vers. 9.) Por tanto, cuando hubo apartado su hombro para irse de Samuel, Dios le cambió otro corazón.

23. Pues el corazón es cambiado por otro cuando es dirigido a desear cosas mejores; también el corazón es cambiado cuando es abandonado al mal. Pero en Saúl, que primero fue bueno y después fue malo, no está muy claro cómo deba entenderse más bien según la letra. Pero si se dice por su progreso, tenía el corazón cambiado porque quien había buscado las asnas ya pensaba en la disposición del reino. Si verdaderamente se reconoce que recibió entonces un corazón malo, fue humilde ante el profeta, pero en cuanto empezó a apartarse, igualmente empezó también a

enorgullecerse. En su mente ya pensaba no ser un pequeño, sino un rey. Todavía no era sublime por el orden, pero era sublime por su estimación. Pero porque a través de esta historia sagrada todavía no se dice nada abiertamente sobre su soberbia, nosotros también actuamos más rectamente si entretanto callamos lo que de él pueda parecer siniestro. Lo que verdaderamente todavía puede favorecer su inocencia remanente se dice en lo siguiente: Porque Saúl era hijo de un año cuando había empezado a reinar, y reinó durante dos años sobre Israel (1 Sam. 13, 1). Pues si durante dos años fue un rey humilde, se afirma que tuvo el corazón cambiado por el vigor de su propósito, no por la novedad del tumor (soberbia). En aquello, pues, que se dice que Saúl tuvo el corazón cambiado, se asemeja a los nuevos predicadores de la santa Iglesia, que cuando reciben el orden de la predicación se vuelven mejores por la gracia divina. Samuel ciertamente ungió a Saúl como príncipe, pero Dios le cambió otro corazón, porque los sacramentos de los órdenes sagrados los recibimos exteriormente de los doctores de la Iglesia, pero por la virtud de los sacramentos somos robustecidos interiormente por Dios omnipotente. La virtud del sacramento es la gracia del Espíritu septiforme. Gracia que ciertamente quienes reciben, son cambiados como si hubieran recibido otro corazón, porque a quienes el Espíritu Santo robustece con su gracia, los hace ser al punto lo que no eran. Así ciertamente también los discípulos del Redentor temían antes; pero cuando por el advenimiento del Espíritu Santo se

les cambió otro corazón, predicaban la palabra de Dios con confianza (Hch. 4, 31). Otro corazón ciertamente Dios les cambió, a quienes otorgó la pericia en todas las lenguas (Hch. 2, 6). Otro corazón ciertamente les cambió a quienes vistió con admirable caridad e ilustró con los esplendores de todas las virtudes. Y debe notarse que entonces Dios le cambió otro corazón cuando, para irse del profeta, apartó el hombro. Pues aparta el hombro como para irse cuando aquel que recibe el orden de la predicación dispone realizar lo que se le manda sobre el oficio pastoral. Dispone ciertamente, pero no prevalece si Dios no le cambia otro corazón, porque el lugar supremo no se rige bien si la mente del rector no es llenada con la suma gracia del don divino. Esto, porque se le promete para el futuro, se añade:

(Vers. 10.) Y le vinieron todos estos signos en aquel día.

24. Pues la doctrina del predicador elegido, ¿qué otra cosa es sino el día del discípulo instruido? Pues el que camina en el día, ve tanto lo llano por donde camina como los precipicios que declina. Así ciertamente, mientras somos iluminados por las doctrinas de los santos predicadores, vemos patetemente lo que hay que hacer y lo que hay que evitar. En aquel día, pues, en que el profeta predica, el buen oyente de su elección percibe los signos, quien en sí mismo contempla aquellos dones de virtudes que su predicador mostró que antes le asistirían. Son ciertamente signos porque por estos se entienden elegidos por Dios quienes son promovidos al orden de la predicación. No se

considere, pues, ungido al primado de la Iglesia quien no haya visto los signos de aquel día estar presentes en la virtud de la perfección. El primer signo, pues, contémplelo primero atentamente, a saber, si por el ejemplo de los varones ya sabe saltar grandes fosas. El siguiente signo también conózcalo, si en la encina de Tabor (Thabor) tuvo al encuentro tres varones, a quienes vio llevar cabritos y tortas de pan a Betel (Bethel) a la casa del Señor, si recibió dos panes de sus manos. Vea no obstante el tercero, si vino a la colina del Señor, si contempló las escuadras de los que profetizan, si el espíritu del Señor saltó sobre él y ya puede profetizar en medio de ellos. Y ciertamente vio a los varones saltando fosas si por el ejemplo de los perfectos ya aprendió a refutar todas las cosas del siglo. Vino a la encina de Tabor si ya supo experimentar la fortaleza y la amenidad de la vida contemplativa. En la cual contempló tanto los cabritos como las tortas de pan y el vino que llevaban al Señor, porque de los amantes de la vida contemplativa ya aprendió tanto a reconocerse incesantemente como pecador como a afligir la carne por esos mismos pecados, y a ofrecer gratamente a Dios omnipotente el dolor de su aflicción. Vino a la colina del Señor si, progresando, ascendió a la revelada íntima gloria del Redentor o al sublime entendimiento de las Escrituras. Tuvo al encuentro la compañía de los profetas si entendió la concorde ciencia de los predicadores de la santa Iglesia. En medio de los cuales sintió al espíritu del Señor saltando sobre él, en aquella inefable suavidad de la interna experiencia

reconoció en sí el don de la divinidad que sobrevenía, y derramó hablando la abundancia de la conocida gracia. Estas cosas, cuantas veces los santos predicadores nos las muestran a nosotros los imperfectos, a través de la doctrina con la que nos iluminan, producen como un día clarísimo. Y todas estas cosas ciertamente los predicadores ya promovidos las saben por exposición de sus ordenadores.

25. Puesto que, pues, tienen el día de los signos, atiendan saludablemente si ya ven los signos prometidos. Pues el que todavía no aprendió a despreciar la gloria del mundo, pudo oír prometido el primer signo, pero no lo vio mostrado. Si ignora el vigor y la dulzura de la vida contemplativa, no mereció ver el bien del signo siguiente. Si no ascendió a la altura de las Escrituras por la noticia de la íntima erudición, todavía no vino a la colina del Señor. Si todavía no tiene la virtud del Espíritu Santo que sobreviene en él, no puede profetizar. Sin aquel espíritu, en efecto, el pastor es carnal, y lo que habla no puede referirse a la dignidad de la predicación, sino al atrevimiento de la temeridad. ¿Por qué temor, pues, podemos aterrarnos nosotros los miserables? Pues he aquí que recibimos el liderazgo de otros nosotros que no tenemos la virtud del régimen recibido. Oímos los signos de la prelatura espiritual que no vemos en nosotros por la luz de la experiencia. Deseamos cosas terrenas, estamos ocupados en cuidados exteriores, y tanto más lejos somos repelidos de la contemplación celestial cuanto más somos gravados por la solicitud

de los actos terrenos. Deprimidos también por esta mole de la vida terrena, ¿cuándo podemos alcanzar aquel esplendor de la íntima gloria del Redentor, cuándo podemos llegar a los altísimos sentidos de las sagradas Escrituras? Pero también lo celestial, que ignoramos, no podemos hablarlo como conocido. Y los que por el sosiego no queremos vacar al amor de la vida interna, no sentimos al espíritu del Señor saltando sobre nosotros. Los signos conocidos y no poseídos, pues, nos aterren: para que cuando por la inmensidad de nuestra negligencia somos compungidos (compungimur), busquemos la virtud del orden recibido por medio de llantos y lamentos. De aquí que el Salmista deplora en voz de los débiles diciendo: Nuestros signos no vimos, ya no hay profeta (Sal. 73, 9). Pues es profeta cuando ya se prevé que le asisten estos dichos signos de la profecía. Si, pues, es asumido a la cumbre de la prelatura, no se considere por lo que es por la altura del orden, sino por lo que es por la virtud de la perfección. Diga, pues: Nuestros signos no vimos, ya no hay profeta. Como si dijera: Diría que ahora hay un profeta si viera los dones del espíritu con los que debe brillar la persona del profeta. Quien, pues, oyó la perfección del orden pastoral recibido, la cual no mereció obtener en sí viviendo, no es doctor idóneo de la santa Iglesia. En el primer rey, por tanto, se muestra el progreso de todos los pastores de la santa Iglesia, mientras se dice: Le vinieron todos estos signos en aquel día. Y porque el mismo progreso de los predicadores elegidos es admirable, se sigue:

(Vers. 11.) Pero viéndole quienes le habían conocido ayer y anteayer, que estaba con los profetas y profetizaba, se dijeron unos a otros: ¿Qué cosa es esta que le ha sucedido al hijo de Cis? ¿Acaso Saúl entre los profetas?

26. ¿Qué es lo que dicen: Qué cosa es esta que le ha sucedido, sino maravillarse mucho de lo que no podía ser comprendido por ellos? Conocían al hombre, hijo de hombre; le veían asociado a los profetas: le conocían carnal, le veían espiritual: le conocían simple, le veían profeta. Dicen pues: ¿Qué cosa es esta que le ha sucedido al hijo de Cis? Quienes podían saber lo que había sido, ignoraban cómo pudiera ser lo que era. Este es, en fin, el progreso de un predicador espiritual: que quien es a veces conocido en la vida común, tenga en el orden superior lo que se ignore. Se muestran tres grados de perfección, porque dice: Ayer y anteayer. En efecto, en dos días el predicador es reconocido; en el tercero tiene lo que incluso quienes le conocían no reconozcan. Pues el primer día pertenece a los oyentes, el segundo a los compañeros, el tercero es de la predicación. Pues el pastor tuvo el primer día cuando obedeció a sus prelados como discípulo. Pues se ve como en gran luz quien es devoto por la virtud de la obediencia. Tuvo el segundo día cuando ya empezó a ser coadjutor de los mejores. Esa claridad de gran conversación, en el ejemplo de los elegidos, produce un día grandísimo. El Señor, insinuando este día, dice: Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos

(Mat. 5, 16). Pero el tercer día es del espíritu que salta y de la profecía. En el tercer día el pastor es contemplado cuando iguala la sublimidad de su dignidad con el esplendor de su conversación, cuando vestido con la virtud celestial brilla ante sus súbditos con tal vida y tal doctrina que puede ser visto por ellos, discutido y no puede ser juzgado. Tal era ciertamente Moisés cuando descendió del monte con el rostro clarísimo, cuyos súbditos veían el fulgor, pero no podían fijar la vista en la fulgurante claridad (Exod. 34, 35; 2 Cor. 3, 7). Tal era aquel que se gloriaba diciendo: Pero nosotros, contemplando con el rostro revelado la gloria de Dios, somos transformados en la misma imagen, como por el espíritu del Señor (2 Cor. 3, 18). Tales eran ciertamente quienes el Espíritu Santo había llenado. De donde también quienes se habían reunido en Jerusalén, admirados dicen: ¿No son estos que hablan galileos? (Hch. 2, 7). Pues preguntaban para saber lo que oían y no podían saber. Pero quienes conocían a Saúl preguntan admirados sobre la cosa que le sucedió; porque a veces vemos humildes y despreciados en el orden inferior de la santa Iglesia a aquellos a quienes, mientras el Espíritu Santo los asume al orden de la predicación, los viste con los esplendores de sus gracias y los muestra admirables en esos mismos esplendores. Pero bien admiramos las virtudes de los santos cuando las atribuimos a la bondad del Creador (conditoris). Por lo cual también Moisés, confesando al Señor, dice: ¿Quién como Tú entre los dioses, Señor? ¿Quién como Tú, glorioso en los santos, admirable en la majestad,

haciendo prodigios? (Exod. 15, 11). De aquí que el Salmista dice: Admirable Dios en sus santos, Él mismo dará virtud y fortaleza a su pueblo (Sal. 67, 36). Bien se añade:

(Vers. 12.) Respondió uno a otro, diciendo: ¿Y quién es el padre de ellos?

27. ¿Qué es lo que hasta aquí se decía solamente de Saúl: ¿Qué cosa es esta que le ha sucedido al hijo de Cis?, y ahora se responde como si de muchos: ¿Y quién es el padre de ellos? Pero si se entiende según la historia, no puede sostenerse de ninguna manera. Resta, pues, que el sentido que se quita de la letra se busque en la significación espiritual. Cuando, pues, se dice: ¿Quién es el padre de ellos?, no solamente se atiende a Saúl profetizando, sino a toda aquella escuadra (cuneus) de profetas. Los cuales profetas todos, porque eran muy espirituales, no eran juzgados por su progenie carnal, sino por su origen celestial. El padre de los profetas es aquel que a través de Malaquías (Malachiam) inquiere diciendo: Si soy el Señor, ¿dónde está mi temor? Y si soy padre, ¿dónde está mi amor? (Mal. 1, 6). Porque están unidos a Dios omnipotente en gran caridad, son llamados hijos de Aquel a quien aman como padre. Lo cual conviene tanto más decentemente a los predicadores de la nueva Iglesia cuanto más alto los elevó a la nobleza celestial aquel que les descubrió la claridad de tan gran estirpe en la forma de la oración. Así, dice, oraréis: Padre nuestro que estás en los cielos (Mat. 6, 9). Lo cual es tal como si dijera: Serían de admirar los santos predicadores si las maravillas que hacen

las realizaran por su propia virtud: ahora no es maravilla lo que se contempla, porque a través de ellos hace esto aquel a quien nada le parece difícil. Diga pues uno a otro: ¿Y quién es el padre de ellos? Como si dijera: ¿Qué maravilla es si enseñan maravillosamente cuando no son ellos mismos los que hablan, sino el espíritu de su padre el que habla en ellos? No se dice, pues: ¿Quién es su padre? (Juan 6, 42), para que lo que conviene a muchos hijos no se confiera a uno solo. Pues solamente aquel que es Hijo por naturaleza se atreve a decir: Mi Padre hasta ahora trabaja (Juan 5, 17). Y asimismo: El Señor me dijo: Mi Hijo eres tú, yo hoy te he engendrado (Sal. 2, 7). Pues para mostrar la diferencia de ambas dignidades habla a María Magdalena diciendo: Subo a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y a vuestro Dios (Juan 20, 17). Cuantas veces, pues, se contempla a un predicador claro por su vida admirable o por su predicación, se le ve no solo en la generación superna, sino con otros innumerables; porque Dios omnipotente, que se muestra admirable en uno, produce una admiración de los hombres mucho más admirable cuando se atiende a los innumerables que tuvieron aquello que admiran en uno. Lo cual, sin embargo, puede referirse convenientemente a la detracción de los carnales: pues cuando intentan disminuir la fama de los hombres espirituales, exploran sus cosas carnales para proferirlas para su derogación. Y frecuentemente en la santa Iglesia tienen una admirable fama de santidad quienes no tienen ninguna altura secular. Cuando, pues, los carna-

les reprenden en ellos o el origen de la carne o la pobreza, en quienes por generación divina ya son grandes y ricos, preguntan como burlándose sobre el padre de los profetas. Y porque consideran cosa muy nueva que hombres pequeños del siglo puedan parecer tan grandes, se añade: Por eso se convirtió en proverbio: ¿Acaso Saúl entre los profetas?

28. Lo cual ciertamente si lo miraran con los ojos del corazón, no lo considerarían cosa nueva. Pues el Espíritu Santo actúa según su costumbre cuando eleva a la cumbre de las virtudes a los pobres, humildes y simples. Pues de Él está escrito: Que pone a los humildes en lo alto, y a los que lloran eleva con salud (Job 5, 11). De aquí que el Padre omnipotente dice sobre su mismo Espíritu omnipotente a través del profeta: ¿Sobre quién descansa mi espíritu, sino sobre el humilde, y el tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras? (Isa. 66, 2). De aquí que Pablo dice: No muchos sabios según la carne, no muchos nobles, sino que lo necio del mundo eligió Dios para confundir a lo fuerte; y lo innoble del mundo eligió Dios para destruir lo que es, para que no se gloríe ninguna carne en su presencia (1 Cor. 1, 26, etc.). Proverbio que ciertamente también puede atribuirse a los elegidos. Pues no menor admiración se tuvo del bienaventurado apóstol Pablo cuando se oyó de la Iglesia que aquel evangelizaba, el que solía impugnar a la Iglesia amenazando y matando, y ahora la defendía predicando. Entonces ciertamente quienes oían podían decir: ¿Acaso Saulo (Saulus) entre los apóstoles? ¿Acaso predica a

Jesús el que solía perseguir a Jesús? Pero esto ya se ha convertido en proverbio de los elegidos. Pues hay proverbio cuando en lo que se dice se oculta otra cosa. La conversión del bienaventurado apóstol Pablo se convirtió en proverbio del pecador. Oiga, pues, cada pecador la conversión del bienaventurado Pablo, y no desespere por la multitud de sus crímenes. Pues Saulo, respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, afligía por todas partes a los elegidos, guardaba las vestiduras de los que apedreaban al protomártir Esteban, y como si apedreara con las manos de todos, el que hacía que todos estuvieran expeditos para apedrear (Hch. 9, 1 sig.). Pero el que existió tal como perseguidor de Cristo, convertido a Cristo, fue hecho cabeza de las naciones, porque obtuvo el primado de toda la Iglesia. Mientras contemplamos a tan gran pecador convertido, honrado con tan sublime dignidad por el Señor, presumamos que podemos encontrar la remisión de nuestros pecados. Nuestro proverbio es, pues, aquel de que el perseguidor es asumido para evangelizar, el cual contiene este misterio: que el pecador convertido no solo puede esperar el perdón del Señor, sino que luchando varonilmente puede llegar a la corona. Pero esto suele distar entre los predicadores carnales y los espirituales: porque los carnales, después de altas palabras de predicación, descienden a lo ínfimo de la obra malvada; pero los espirituales, después de las cosas sublimes que hablan, se elevan a deseos mucho más altos de la patria celestial.

(Vers. 13.) Y cesó de profetizar, y vino al lugar excelso (excelsum).

29. Al lugar excelso viene después del ministerio de la profecía quien eleva su mente a los goces celestiales que predica: y amando se subleva a aquellas cosas que hablando muestra. Los doctores ciertamente predican cosas llanas con los menores, con aquellos a quienes enseñan están como en lo llano. Y porque después de las palabras de la predicación se preparan con buenas obras para merecer aquellas cosas que predican, se dice que vienen al lugar excelso. Quienes ciertamente son sublimes de palabra y de obra, no lo son por el pensamiento de la elación (soberbia). Siempre realizan cosas grandes, ciertamente, pero nunca apetecen parecer grandes. Bien, pues, se añade:

(Vers. 14, 15 y 16.) Dijo pues el tío de Saúl a él y a su criado: ¿A dónde fuisteis? Ellos respondieron: A buscar las asnas, las cuales, como no hubiéramos encontrado, vinimos a Samuel. Y le dijo su tío: Indícame qué te ha dicho Samuel. Y dijo Saúl a su tío: Nos indicó que las asnas habían sido encontradas. Pero sobre el asunto del reino no le indicó lo que Samuel le había hablado.

30. El discurso (sermo) del reino es la honorable dignidad pastoral. Ella misma habla por su sola representación: porque no es un tío (patruus) quien es sublimado en tal orden. Por tanto, el rey no indica la palabra del reino: porque el pastor de la Iglesia habla con gran esplendor de divinidad, pero no habla con elación (soberbia). Quien verdaderamente no indica la palabra, ocul-

ta aquello que habla. Pues la palabra siempre la habla aquel para quien es palabra, de lo contrario no es palabra. Tiene, pues, la palabra del reino quien brilla con esa conversación que ofrece a otros ejemplos del itinerario celestial como si hablara. Por tanto, no indica la palabra quien no revela la magnitud de la santidad por la vana gloria. Tiene ciertamente qué indicar, pero no quiere indicar lo que se muestra por sí mismo. Pues quien irradia con gran dignidad y gran santidad, muestra viviendo muchas cosas que no dice hablando. Esta palabra del reino quiso el Señor que tuviera el predicador cuando mandó poner campanillas en la vestidura del pontífice (Exod. 28, 34). La vestidura del pontífice es ciertamente la manifestación de la buena conversación. La cual se inserta como con muchas campanillas cuando multiplica las buenas obras que claman para ejemplo de los menores. Pero el rey no se atreve a indicar la palabra del reino: porque se ha mandado a los sacerdotes que lleven el decoro de la vestidura ante el Señor. Ante el Señor ciertamente lleva el decoro de la vestidura tanto el que muestra cosas buenas, como el que por la manifestación de las buenas obras no apetece agradar a los hombres exteriormente por vanidad, sino a Dios interiormente por amor. Entonces ciertamente el sacerdote calla, pero mientras camina clama lo que lleva; porque el predicador elegido no se indica jactándose, pero viviendo bien no cesa en modo alguno de hablar. Dígase, pues, de Saúl que no indicó a su tío la palabra del reino: porque los varones elegidos, cuando perciben el

esplendor de la dignidad o los incrementos de la buena vida, se manifiestan por ejemplos, pero se ocultan por el silencio. Y porque se creen menores en méritos que otros elegidos, aquel a quien no indica la palabra se dice que es su tío (patruus). Pues tío se llama al hermano del padre. Pero el Redentor del género humano, a cuantos instituyó por los sacramentos de su fe y doctrina, los hace otros tantos hijos para la gloria inmarcesible de la herencia eterna. Pues los que son instituidos en la Iglesia son como hijos todavía pequeños. Pero quien por grandes méritos ya se encuentra con Él como varón perfecto, es hermano del Redentor. A tales ciertamente el bienaventurado apóstol Pablo alabando dice: Herederos de Dios, coherederos de Cristo (Rom. 8, 17). Porque, pues, los predicadores perfectos consideran a otros elegidos como perfectos y a sí mismos como imperfectos, se llama tío de Saúl aquel de quien se dice que le interrogó sobre el discurso del reino. Pero aquel mismo discurso del reino Samuel lo había dicho a Saúl: porque los varones elegidos han aprendido por la locución de sus mayores la conversación espiritual que tienen. Pero el rey que había sido iniciado por la unción, todavía no había sido elegido por el pueblo. De donde también se sigue:

(Vers. 17.) Convocó Samuel al pueblo ante el Señor en Masfath (Mizpah).

31. Masfath, como dije, se interpreta como especulación (contemplación). En la ordenación del rey, el pueblo es convocado en Masfath, porque quienes se reúnen para ordenar al pastor de la santa Iglesia son enseñados a atender a sus

cosas espirituales, no a las carnales. Especular (speculari) es ciertamente conocer por la forma de la sagrada Escritura al predicador que ha de ser ordenado. Pues el espejo de los elegidos es la sagrada Escritura. Pues como a través de un espejo se conoce al pastor, cuando se muestra tal en sus costumbres cual es predicado en el sagrado elocuio. Bien, por tanto, Samuel convoca al pueblo en Masfath, para que la elección del buen antístite no sea por juicio humano, sino divino: cuando no se elige a tal cual puede ser decretado por el arbitrio de los hombres, sino cual se declara en el sagrado elocuio. Lo cual, porque es de don divino, conviene que el pueblo que se reconoce que espera cosas tan grandes de Dios, sea purgado de su reato por la satisfacción de la penitencia. La misma noticia del pecado es la preparación del don divino, porque a menudo cuando nos creemos indignos del don divino, lo merecemos por la humildad. De donde también Samuel se esmera en convertir primero a la consideración de sus propios pecados a aquellos que se habían reunido para recibir al rey, porque se añade:

(Vers. 18, 19.) Y dijo Samuel a los hijos de Israel: Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo saqué a Israel de Egipto, y os libré de la mano de todos los reyes que os afligían. Pero vosotros hoy habéis rechazado al Señor vuestro Dios, que solo os salvó de todos vuestros males y tribulaciones, y dijisteis: De ninguna manera, sino que un rey estará sobre nosotros. 32. Atentamente les muestra tanto los bienes que el Señor les dispensó como los males que ellos mismos hicieron al Señor, para que

reconocieran haber delinquido tanto más gravemente cuanto se atrevieron a ofender pecando a aquel de quien tantos bienes habían percibido. Qué sea verdaderamente rechazar al Señor, y cómo deba entenderse según la letra y según el sentido espiritual, se expuso extensamente arriba (Arriba en la exposit. del vers. 7, cap. VIII), donde el Señor dice a Samuel: No te han rechazado a ti, sino a mí, según todas sus obras que han hecho desde el día en que los saqué de la tierra de Egipto. Pero porque los santos predicadores instruyen enseñando a aquellos a quienes compungen reprendiendo, añadió diciendo: (Vers. 19.) Ahora, pues, estad ante el Señor por vuestras tribus y familias.

33. Se nos manda ciertamente estar ante el Señor cuando, por precepto de los mayores, preparamos nuestros corazones para conocer sus mandatos. O están ante el Señor los elegidos cuando son considerados por los varones sumos en las virtudes espirituales: para que aquel que se vea mejor entre ellos, sea preferido a los demás por la cura pastoral. Y porque son muchos los órdenes de los fieles, se les manda estar ante el Señor por tribus y familias. Lo cual, ejecutándolo ciertamente con más amplitud, añade diciendo: (Vers. 20, 21.) Y aplicó Samuel a todas las tribus de Israel, y cayó la suerte sobre la tribu de Benjamín, y aplicó a la tribu de Benjamín y sus parentelas, y cayó la parentela de Metri, y llegó hasta el hijo de Cis.

34. Hizo estar a todos por tribus y familias; para considerarlos a todos y, considerados todos,

elegir al más útil. Pero porque él mismo ya, por revelación del Señor, había conocido al rey, y por mandato suyo lo había ungido como príncipe, ¿por qué todavía se busca al que ha de ser elegido [Tal vez, eligendus] por tribus y familias? Pero el rey había sido hallado solo por el profeta. Por tanto, se busca al hallado, para que el que no fue hallado por el pueblo, sea hallado. También se busca por suerte, para que el pueblo no pudiera dudar de que aquel a quien el profeta eligiera había sido provisto por disposición divina. ¿Qué se significa, pues, en este hecho, sino que los príncipes de la santa Iglesia han de ser elegidos con mucha consideración? Pues los sumos predicadores, por la gracia interna del Espíritu Santo que tienen, están llenos de una gran luz de providencia. Y porque son muy humildes, no presumen de la magnitud de su iluminación interna. Por lo cual también prueban ante otros aquellas cosas que ordenan bien en sí mismos. Pues solo el profeta conoce al futuro rey, cuando el sumo rector de la santa Iglesia observa la persona del rector que ha de ser ordenado y sus méritos. A quien también unge como príncipe cuando afirma que está lleno de dones espirituales. Sin embargo, todavía convoca al pueblo, lo divide por tribus y parentelas, pone suertes y encuentra como por arte a aquel que conocía. Las tribus y familias están como divididas cuando, en el estado de las virtudes, se atienden los diversos órdenes de la santa Iglesia. Pues cuando contemplamos las muchas perfecciones de los elegidos, cuando vemos el candor de las vírgenes, la fortaleza de

los continentes, los honestos ministerios de los clérigos, la solicitud de los monjes, los atendemos como a tribus que están en pie. Y porque en el servicio de Dios hay mucha variedad de estos, mientras contemplamos lo que hay en cada uno de los órdenes, y asimismo sus variedades, vemos como si estuvieran en pie no solo las tribus, sino también las parentelas. Y la suerte cae sobre una tribu: porque a menudo se encuentran mejores varones en un orden que en otro. Pues la tribu recibe como una suerte cuando aquellos que son más perfectos que otros parecen convenir al ministerio de la predicación. Pero la suerte no cae todavía sobre la persona, sino sobre la tribu, cuando son muchos en los que se esconde una persona digna. Por tanto, todavía queda a los varones sumos qué inquirir. Bien, pues, se dice que la suerte cayó sobre la tribu de Benjamín; y que Samuel aplicó a la misma tribu y a sus parentelas y llegó hasta el hijo de Cis, porque los elegidos y sumos varones de la santa Iglesia no cesan de considerar las virtudes de cada uno, hasta que llegan a aquel que sea hallado digno por la suerte del ministerio pastoral. Pero los que son dignos temen vehementemente asumir la carga de tan gran orden. De donde también se sigue:

(Vers. 21, 22.) Le buscaron, pues, y no le hallaron: y consultaron por él al Señor, si había de venir allí. Y respondió el Señor: He aquí que está escondido en casa.

35. Se esconden ciertamente para no ser hallados: porque rehúyen asumir una dignidad para cuya carga se juzgan impares. Pues la prelatura

espiritual tiene la gloria exterior de la dignidad, y tiene también la magnitud de la obra interior. Pues el rector es honrado por los súbditos, y porta a aquellos por quienes es honrado. Con el principio del honor, por tanto, nace la causa de la carga, porque de donde el rector recibe el honor, de allí recibe aquello por lo que es gravado. Aunque el mismo honor de la dignidad sea por sí mismo una gran carga de la mente, porque debe ser despreciado, y place. Debe ciertamente ser despreciado para que no eleve la mente por la soberbia; y debe ser recibido para que los súbditos veneren las cosas celestiales que dice el doctor. Por tanto, nace del honor una carga más pesada, porque el pastor elegido puede llevar con gran virtud de ánimo el despreciar en sí aquello que recibe en sí por Dios, a saber, para que sea tal por Dios, pero para sí no sea tal, y se niegue a sí mismo y no se niegue; para que sea lo que es por Dios, y no sea lo que es por sí mismo. Así pues, el honor ofrecido por el súbdito se recibe para que la predicación sea recomendada. El predicador también desprecia el honor ofrecido porque no se ensalza por ser honrado, sino que se alegra de que el ministerio de la palabra de Dios sea recomendado. Pero cuán difícilmente se haga esto, se comprende mejor pensando que hablando. Pues para las mentes débiles es imposible llevar con fortaleza la carga de otros y disponer con virtud de ánimo la reverencia del honor ofrecido; de modo que entre los obsequios del mismo honor, sepa alegrarse por el provecho de los súbditos, y no sepa hincharse por su propia reverencia. Porque, pues, los varones

elegidos no quieren desplacer a Dios, rehúyen cuando son llamados a asumir el oficio de la prelatura. Pero también tienen esta misma fuga del ministerio para la virtud de la humildad, no para la jactancia de la dignidad. Pues huyen cuanto pueden; pero si han sido provistos por el Señor, no pueden esconderse en modo alguno. Por lo cual también este mismo Saúl se esconde en casa, pero es mostrado por el Señor que lo manifiesta, porque los varones elegidos se sustraen a los ministerios exteriores de la santa Iglesia, pero sin embargo son producidos para disponer los ministerios exteriores por disposición del Señor. Porque verdaderamente ahora en la santa Iglesia son pocos los que se sustraen a tan grandes honores, y muchos los que se meten, deben notar los que se meten; porque aquel de quien el profeta dice que estuvo escondido en casa, no era buscado para la dignidad espiritual de la Iglesia, sino para la gloria secular del reino. Pues no buscaban a este para pontífice, sino que querían hacerlo rey. Vea, pues, el sacerdote con qué ánimo ha de ser huida la cumbre de la santa Iglesia, si los reyes huyeron tan cautamente de subir a la cumbre del siglo. Pero porque los varones santos, cuanto más instantáneamente rehúyen asumir el orden de la prelatura, tanto más devotamente son buscados por los pueblos devotos, se sigue:

(Vers. 23.) Concurrieron y lo trajeron de allí. Después de esto también se añade: (Ibíd.) Y estuvo en medio del pueblo.

36. En medio del pueblo está el prelado cuando por todos los súbditos es vista su fortaleza.

Pues estar en pie es de la virtud. Por tanto, el que obra cosas buenas instantáneamente, está en pie. Y porque las buenas obras ofrecen ejemplo a los menores, se le ve estar en medio del pueblo, no en la soledad. Lo cual también se acepta convenientemente que se ha dicho por la rectitud de la intención. Pues el que está en pie por la rectitud del cuerpo, levanta la cabeza a lo alto. Pero el que hace cosas buenas públicamente no está en pie por la fortaleza de la obra si no tiene la rectitud de la intención. En medio del pueblo, pues, se dice que está el rey para que se muestre la forma de los prelados de la santa Iglesia; porque deben mostrar las buenas obras para ejemplo de los súbditos, pero evitar recibir la gloria del mundo por la misma buena obra. Pero también añade cuán grande debe aparecer, y dice: (Ibíd.) Y era más alto que todo el pueblo desde el hombro hacia arriba.

37. Extensamente hemos mostrado arriba (Lib. IV, cap. 4, núm. 20), que la excelente magnitud del cuerpo en los santos predicadores designa el aumento de la perfección. En medio del pueblo, por tanto, es visto sublime quien, puesto en la cumbre de las virtudes, no es desconocido para sus súbditos. El recto orden del predicador elegido es ciertamente que, antes de la sublimidad de la cumbre eclesiástica, ascienda a la cumbre de la virtud, y por el honor de Dios obtenga la cumbre de la gloria, pero brille con mayor sublimidad por la revelada perfección de las virtudes. Tal Pastor ciertamente ha de ser muy predicado por los varones perfectos, y deseado y amado por los

menores. Bien, por tanto, se añade: Y dijo a todo el pueblo: Ciertamente veis a quién ha elegido el Señor, que no hay semejante a él en todo el pueblo.

(Vers. 23.) Y clamó todo el pueblo: Viva el rey.

Se sigue: (Vers. 24.) Habló Samuel al pueblo la ley del reino, y la escribió en un libro, y la puso ante el Señor.

38. Sobre el derecho real (jus regium), dado que hemos hablado extensamente arriba (Lib. IV, cap. 4, núm. 4, sig.), solo recordamos esto acerca de él: que no se prescribe para la historia, sino que se muestra qué han de hacer los reyes réprobos y qué han de evitar los buenos. Los súbditos, en efecto, han de ser defendidos por los reyes, no despojados de sus propios bienes. Deben prestar auxilio a los sujetos, no deben quitar campos, viñas y olivares. Pero si alguien quisiera contender que estas cosas escritas no han de ser evitadas, sino hechas, se escribe el derecho de los tiranos para aquel rey que es pedido habiendo rechazado al Señor. Por tanto, la cruel ley del reino es la venganza del pueblo que rechaza al Señor. Pues no era injusto que perdiera campos y viñas quien espontáneamente perdía al Señor que reinaba sobre él. Todas las cosas, pues, que se contienen en este derecho real contra la equidad, vemos que son equitativas, si consideramos lo que el pueblo había delinquido al pedir un rey. ¿Qué gran carga de la ley hay en el examen de la divina equidad, si pusieran contra su voluntad a hijos e hijas en la obra del rey, a quienes espontáneamente habían sustraído de la libertad de Dios? ¿Y qué se ve de

inconveniente si, lo que se pone al final, ellos mismos se hicieran siervos de los hombres quienes rechazaban a Dios que reinaba sobre ellos? Mientras, pues, se escribe la ley del reino, se entrega una pena de perpetua memoria con la que se castigue a los audaces; la cual, porque había sido dictada por la justicia del Señor, se dice que fue repuesta ante el Señor. Pero tal vez aquel derecho fue otro que esta ley que se escribe. Si esto es verdad, Samuel habla esta ante el rey al pueblo, para que el rey sepa qué ha de exigir al pueblo, y el pueblo sepa qué debe exhibir a sus reyes. La cual ley se escribe en un libro para que se reserve para memoria de las cosas futuras. Se pone ante el Señor para que sea tenida por venerable. Nosotros, empero, hemos dicho que los reyes de las Iglesias son los santos predicadores, a quienes hemos mostrado que claramente convienen todas las cosas que se contienen en el derecho real. Por tanto, Samuel habla esta ley al pueblo cuando el doctor elegido instruye a los fieles de la santa Iglesia con qué humildad deben estar subyugados a sus prepósitos. También se escribe en un libro cuando inserta firmemente estas cosas en la mente de ellos. Pues quien habla de modo que sus oyentes olviden lo oído, dice la ley al pueblo, pero no la escribe en un libro. Escribir, pues, en un libro las palabras que el doctor habla, es encomendarlas atentamente a las mentes de sus oyentes. Como si quisiera escribir el Señor lo que había dicho, cuando decía: Acordaos de mi palabra que yo os dije: No es el siervo mayor que su Señor (Juan 15, 20). De aquí Pablo, describiendo

en un libro la ley del reino hablada, dice: Acordaos de vuestros prepósitos, que os han hablado la palabra de Dios, de los cuales, intuyendo el fin de su conversación, imitad la fe (Heb. 13, 7). Si verdaderamente alguien quisiera aceptar que también aquí se ha predesignado otra ley, mire aquella que el bienaventurado Pablo muestra diciendo: El que anuncia el evangelio, viva del evangelio: y el que sirve al altar, viva del altar (1 Cor. 9, 14). Esta ley del reino, ciertamente, el Señor la hablaba al pueblo cuando decía: El que recibe al profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta; y el que recibe al justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo (Mat. 10, 41). Y para que describiera esta más estrechamente en un libro, robusteciendo la palabra desde lo menor, dijo: El que diere a uno de estos mis pequeñuelos solo un vaso de agua fría en nombre de discípulo, no perderá su recompensa (Mar. 9, 40).

Se sigue: (Vers. 25, 26, 27.) Despidió Samuel a todo el pueblo, cada uno a su casa. Pero Saúl se fue a su casa en Gabaa, y se fue con él una parte del ejército, cuyos corazones tocó Dios. Pero los hijos de Belial dijeron: ¿Acaso podrá salvarnos este? Y lo despreciaron.

39. Si se busca la historia simple, ¿qué pudo decirse jamás más claramente? Pero si atendemos a la fuerza de las palabras individuales, son grandes las cosas que se encierran en esta sencillez de palabras. Pues se afirma que el pueblo fue despedido a su casa, pero se sostiene que el rey no fue despedido a su casa, sino que se fue. También se habla por separado de las casas del pueblo y de

la casa del rey: porque se refiere que el pueblo fue despedido a su casa, y el rey se fue a la suya. Sin embargo, el pueblo fue despedido antes de que el rey se fuera. También sobre el pueblo que se retira se señala cautamente, y se refiere que se fueron a su casa no todos juntos, sino cada uno (singuli). Pero de aquellos que siguieron al rey no se dice: Se fue una parte del ejército, cada uno tras el rey, sino: Se fue con él una parte del ejército. Finalmente, de los que siguen al rey, se refiere que sus corazones fueron tocados por Dios; los que desprecian al rey son llamados hijos de Belial (Belial filii). Ciertamente este modo de hablar no es simple, sino que es muy sutil para aquel que sabe considerar, no lo que simplemente suena fuera, sino lo que sabiamente insinúa por dentro. ¿Qué es, pues, que se diga que el rey se va a su casa, pero que el pueblo es despedido? Ya hemos mostrado que el rey designa al pastor de la Iglesia, y los pueblos a los súbditos. Pero ir es propio del libre; ser despedido, de aquel que puede ser retenido. El rey, pues, se dice que se va para que en la persona del predicador se proclame la libertad del alma. Pues los doctores (doctores) pueden irse cuando quieren y volver, porque son fuertes en la buena obra, sabios en la disposición interna. Vienen, en efecto, cuando salen hacia los súbditos, ya sea por el ejemplo de la buena obra o por la palabra de la predicación. Pero se van cuando regresan al secreto de la mente, y disponen por dentro lo que han de hacer por fuera. En cuya consideración, por cierto, porque permanecen diariamente, están como escondidos dentro de casa. El rey, pues,

se dice que se va a su casa, porque el predicador de la vida eterna, probado por la obra, seguro por la doctrina de la sabiduría, es libre para salir a las obras y entrar en los consejos de la mente.

40. Pero el pueblo es despedido a su casa, porque los fieles súbditos no son libres para disponer lo que quieren, sino para aquello que se les manda. Son despedidos como si estuvieran retenidos, mientras se les ordena hacer lo mandado y evitar presumir lo no mandado. Y porque son enviados a diversas obras, cada uno de ellos es despedido a su propia casa. Pues para que realicemos bien aquello que se nos manda, antes de que aparezcamos en la obra, nos escondemos por dentro en la consideración interna. Nuestros reyes, pues, nos despiden a cada uno a nuestra casa, porque hacia aquello que nos imponen, nos mandan ir mediante una secreta disposición de la mente. Ciertamente ellos mandan bien, pero si descuidamos prever el modo de nuestra operación, disipamos con mente no consultada lo que bien se mandó. Por tanto, cada uno vuelve a su propia casa cuando cada fiel súbdito anticipa, disponiendo en el consejo de la mente, la obra de obediencia que se propone. Pero como, una vez elegido el rey, se afirma que el pueblo fue despedido a su casa antes de que el rey se fuera, puede designarse otra cosa en esto. Pues quienes reciben al rey van a su casa cuando cada súbdito se prepara considerando, para prestar fiel obediencia a aquel que pidió que estuviera sobre él. En este lugar, pues, no se trata de considerar lo mandado, sino de someterse con ínfima dispo-

sición a lo que se ha de mandar. También para el rey, irse a su casa es considerar con discreción lo que ha de mandar a los que están preparados. Una es, pues, la casa del rey, y otra la del pueblo súbdito; porque aquellos consideran con mente elevada los caminos de los súbditos que han de disponerse, y estos se preparan para ejecutar los mandatos de los prelados mediante la fortaleza de un propósito íntimo. De ahí que también se diga que la casa del rey está situada en Gabaa. Pues Gabaa significa sublime. Se muestra, pues, que la casa del rey está en Gabaa; porque el doctor elegido no se afana por habitar pensando cosas ínfimas y terrenas, sino por meditar cosas altas y celestiales. De ahí que también con razón se diga que una parte del ejército va con él a Gabaa, porque estos, que son fuertes contra el diablo, siguen a su pastor elegido hacia las alturas de las virtudes. Una parte del ejército, pues, se dice que va con el rey, porque en la santa iglesia hay muchísimos fieles que se afanan por obedecer humildemente a sus prelados e imitan su vida mediante las buenas obras.

41. Y porque esto no pueden hacerlo sino aquellos que han sido prevenidos por la gracia del Espíritu Santo, cuando se dice que una parte del ejército va con el rey, se añade: Cuyos corazones tocó Dios. Pues porque solemos tocar con el dedo, Dios toca los corazones de los Santos cuando les concede la gracia del Espíritu Santo. Y sienten su toque: porque, recibido el don de la virtud interna, son conmovidos desde la debilidad de su carnalidad. Estos inmediatamente se

convierten en soldados del ejército celestial, porque por la virtud del Espíritu Santo abandonan las cosas débiles y se preparan para realizar cosas fuertes en la guerra de Cristo. Pero como dentro de la santa Iglesia algunos no temen despreciar a sus prelados, oigan que los que desprecian al rey son llamados hijos de Belial. Por el vicio de la soberbia, en efecto, son engendrados a imitación de aquel de quien está escrito: Ve todo lo sublime, y él es el rey sobre todos los hijos de la soberbia (Job 41, 25). Estos insinúan aptamente las costumbres de los soberbios, porque dicen: ¿Acaso podrá salvarnos este? Los varones santos, en efecto, porque desprecian las cosas presentes y buscan las eternas, manifiestan incluso en su conversación exterior el desprecio del mundo que retienen en su mente; por dentro son venerables, por fuera parecen despreciables. Los soberbios, pues, porque miran solo aquello que en los Santos puede ser despreciado por fuera, pero aquello que es muy digno de veneración no merecen verlo, dicen: ¿Acaso podrá salvarnos este? Como si preguntaran despreciando: ¿De uno tan pequeño han de esperarse cosas tan grandes? ¿Ha de creerse que este tan pequeño, y nosotros tan grandes, él tan débil, y nosotros tan fuertes, puede salvarnos? Pues ¿qué otra cosa es lo que dicen: Este y nosotros, sino que los soberbios y arrogantes, al mirar a los demás, siempre creen que son pequeños y débiles, y ellos mismos grandes, fuertes y sabios? Con razón, pues, son llamados hijos de Belial, porque mientras al ensoberbecerse se ensalzan a sí mismos, se conforman a aquel de

quien se dice que cayó del cielo del mismo modo. De los cuales también, al despreciar al rey, se dice: (Ibídem). Y no le trajeron presentes.

42. Si discutimos estas cosas según la letra, ciertamente insinúan esto: que tanto los señores de las tierras como los prelados espirituales de la santa Iglesia han de ser honrados con oficios exteriores. De ahí que también el bienaventurado Apóstol Pablo se dirija a los romanos elatos diciendo: Pagad a todos lo que debéis; al que tributo, tributo; al que pecho, pecho (Rom. 13, 7). De aquí el príncipe de los Apóstoles, exhortando, dice: Someteos a toda humana criatura por Dios, ya sea al rey como preeminente, ya a los duques como enviados por él (1 Pe. 2, 13). Mas otorgamos dones espirituales a nuestros rectores cuando les ofrecemos la debida reverencia de honor y guardamos con gran devoción lo que mandan. Pues grandes dones son la reverencia del honor y la humildad de la sujeción; porque mientras nos sometemos a nuestros rectores por dentro mediante la humildad, y mediante obsequios exteriores manifestamos por fuera la reverencia del honor, les brindamos un don desde el cuerpo y otro desde el corazón. Para que el profeta insinúe, pues, el tipo de los soberbios, no dice: No le trajeron presente; sino, no le trajeron presentes; porque mientras desprecian a los predicadores elegidos, desdeñan ciertamente ofrecerles honor desde el cuerpo y humildad desde el corazón. Pero cuando los predicadores elegidos reconocen la culpa de los súbditos, a veces desean corregirla inmediatamente reprendiendo, y a veces disimu-

lan conocerla para buscar un tiempo congruo para borrarla. De donde también sobre el mismo rey despreciado se añade inmediatamente: (Ibídem). Pero él disimulaba oírlo.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Al querer afirmar la profundidad de esta sagrada historia en el prefacio de esta obra, afirmé que podía verse muy especialmente en esto: en que fue escrita por profetas. Ellos, en efecto, acostumbraban a decir cosas místicas, no solo con palabras, sino también con hechos; a proferir cosas llanas, pero a señalar cosas altas. Porque, puesto que el Espíritu Santo hablaba por ellos, era llano lo que ellos mismos decían como hombres, pero profundo y místico porque el Espíritu sumo e incircunscrito sugería la locución a los hombres. Como, pues, exponemos al profeta Samuel cuando habla, necesitamos tanto mayor estudio cuanto que él mismo, elevado sublimemente en la gracia del Espíritu Santo, dijo cosas exteriores, pero vio las interiores. Afirmó frecuentemente cosas carnales, pero señaló cosas íntimas y espirituales. Mas como por el estudio humano es imposible llegar a lo divino, no debemos confiar en nuestras propias fuerzas, sino en la dignación (dignatio) del Espíritu Santo que, enviado por el Redentor, llenó el orbe de las tierras, y esto, que lo contiene todo, tiene ya en todos el conocimiento de la voz (Sab. 1, 7). Oigamos, pues, lo que el mismo profeta prosigue sobre las

gestas comenzadas de los israelitas. (1 Sam. cap. 11, vers. 1, 2). Y sucedió (dice) que casi después de un mes, subió Naas el amonita y comenzó a combatir contra Jabés de Galaad. Y dijeron todos los varones de Jabés a Naas: Tenos por aliados y te serviremos. Y les respondió Naas el amonita: En esto haré pacto con vosotros: en que os saque a todos el ojo derecho y os ponga como oprobio en todo Israel.

2. Si se busca la historia, nada puede decirse más llanamente, nada puede entenderse más fácilmente. Pero si queremos seguir el espíritu, oigamos primero a Pablo que habla, el cual, mirando las cosas antiguas, dice: Todas estas cosas les sucedían en figura: pero están escritas para nosotros, en quienes los fines de los siglos han venido (1 Cor. 10, 11). También insinúa que hay guerras espirituales, diciendo: No es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y las potestades, contra las maldades espirituales en los cielos (Ef. 6, 12). Cuando, pues, se dice que Naas sube y combate contra Jabés de Galaad, se designan las batallas interiores de los vicios. Con cuyas palabras, por cierto, se muestra el proceso de la sagrada historia, para que se movieran nuevas guerras para el nuevo rey; las cuales, al terminarlas bien, demostraría la gloria de su esfuerzo. ¿Quién es, pues, este Naas el amonita? ¿Qué es Jabés de Galaad? Pero Naas se interpreta como 'serpiente', Jabés como 'desecada'. Sobre la serpiente, además, se dice en el Génesis: Porque era más astuta que todos los seres vivientes (Gén. 3, 1). De cuya serpiente, si se busca la semejanza

en los vicios, ¿qué encontramos más semejante que el movimiento violento de la gastrimargía, es decir, de la gula? El movimiento de la lujuria, el crimen del hurto, el apetito de lucro torpe, el ímpetu de la ira, la amargura de la tristeza secular, la desidia de la acedía, el apetito de vana gloria, el tumor de la soberbia son abiertamente detestables; pero el vicio de la gula es tanto más fraudulento cuanto más oculto, porque sugiere el alimento al cuerpo casi como necesario, pero mientras restaura abundantemente la carne, sumerge la espada de la lujuria en la mente. Persuade lo que no es pecado, pero de donde la comida es recibida casi como no pecado, de allí el alma es subyugada al pecado de la lujuria. Por lo cual también en el paraíso se muestra que la serpiente vino para engañar a la mujer por el vicio de la gula, la cual sugeriría una cosa y obtendría otra; para que, mientras mostraba cosas que debían comerse, propinara una muerte imprevista. Esta serpiente, pues, designa la avidez de la gula, porque tanto repta con respecto a la justa necesidad como esparce el virus del impío deleite. Bien también es llamado amonita, que se interpreta como 'pueblo de dolor', porque parece alegre lo que sugiere, pero será muy luctuoso en la condenación eterna. Y se llama 'pueblo' porque todos los glotones son oprimidos por la frecuencia de innumerables cuidados por la solicitud del vientre. El cual sube a Jabés de Galaad, porque desea precipitar los cuerpos de los justos, puestos en la alta virtud de la abstinencia, a la concupiscencia de los alimentos. Rectamente, en efecto, se

llama carne 'desecada' la que no es gravada por el humor de la gordura. A ellos ciertamente sube Naas, a quienes ve desecados: porque el espíritu de la gula ingiere guerras más graves a aquellos a quienes reconoce atenuados por los ayunos. Bien, además, se dice que Naas comenzó a combatir: porque los varones santos no tienen la sugerencia de la gula en pacto de amistad, sino en la contrariedad de la lucha. Pues los que se abstienen luchan como con una serpiente cuando reprimen el apetito de la gula con gran virtud, para que no sean infectados por el veneno de la lujuria. Combatir, por cierto, es propio de la gula: provocar los cuerpos hambrientos de los que se abstienen a 260 una inordinada repleción del vientre.

3. Pero el apetito de la gula puede tentar a los varones perfectos, no puede vencerlos. Bien, pues, se dice que comenzó a combatir contra la (ciudad) desecada, no que venció, porque los varones elegidos sienten el ímpetu de los deseos carnales, pero saben resistir a esos mismos deseos por la virtud de la mente, saben proveer lo necesario por medio de la discreción. Saben ciertamente reprimir el ímpetu de la gula que surge ferozmente, saben prestar los alimentos justos a la necesidad del cuerpo. Pues de aquí el excelente Doctor dice: Sé saciarme y tener hambre (Fil. 4, 12). Sabe ciertamente saciarse y tener hambre quien tanto restaura el cuerpo moderadamente, como no consiente al vicio de la gula que sugiere una inmoderada percepción de alimentos. Por lo cual también respondiendo a Naas, dicen: Tenos por aliados y te serviremos. Pues piden pacto a

la gula los que querrían restaurar la carne según su deseo, si en la carne no pudieran sentir ningunos incitamentos de lujuria. Como si dijeran: Te daremos lo que es justo para ti para que tú no nos infieras lo que no es justo. Es justo, por cierto, que se restaure el cuerpo, pero es muy inicuo que la carne restaurada sea excitada por el ardor de la libido a la contumelia del espíritu. Buscamos el pacto, pues, cuando de tal modo queremos favorecer a la carne para la percepción de los alimentos que de la carne no sintamos ningunos males de lujuria. Pero esto ciertamente podemos quererlo, no podemos obtenerlo, porque sin duda nosotros ofrecemos una justa restauración a la carne casi como un tributo, pero de la carne no se nos promete ningún bien de paz. Pues cuando dirigimos bien el oído de la mente a las respuestas de los vicios, reconocemos esto ciertamente en la voz de la gula: que si engordamos la carne por la creciente concupiscencia, somos heridos por la ceguera del corazón. Por lo cual también el mismo Naas dice: En esto haré pacto con vosotros: en que os saque a todos el ojo derecho. Nuestro ojo derecho es la intuición de la claridad eterna, pero el ojo izquierdo es la concupiscencia carnal. El ojo derecho, pues, es sacado cuando la mente es herida por esa ceguera, de modo que ya no se abra para ver las cosas celestiales. El ojo es ciertamente sacado cuando la luz es de tal modo arrancada de una mente réproba que no le queda ninguna raíz de la cual brote una luz revivida. Naas, pues, saca los ojos derechos de sus aliados cuando la gula de tal modo prevalece sobre los

que se abstienen vencidos que solo desean las cosas carnales, y ya no atienden a aquellas cosas que solían amar. Y porque quienquiera que es desechado en esta vida es condenado en la futura ante los ángeles y los hombres elegidos, se añade: Y os pondré como oprobio en todo Israel. Entonces, por cierto, los réprobos son puestos como oprobio en todo Israel cuando, en el examen extremo, se avergüenzan ante todos los elegidos por las iniquidades perpetradas. O son puestos en oprobio en esta vida porque, mientras ellos mismos perpetran audazmente cosas malas con el corazón cegado, los varones santos se avergüenzan por sus culpas. Pero los que, arrancados sus ojos derechos, se indignan de parecer torpes, atiendan a lo que sigue: (Vers. 3). Y dijeron los habitantes de Jabés a él: Concédenos siete días, para que enviemos mensajeros a los términos de Israel; y si no hubiere quien nos defienda, saldremos a ti.

4. ¿Quiénes son los habitantes de Jabés, es decir, de la (ciudad) desecada, sino los que tienen el castigo de la carne atenuada en largo uso de la virtud? Pues muchos comienzan a resistir a la gula, pero mientras comienzan a fatigarse por el trabajo de la abstinencia, se inclinan al uso de su acostumbrada glotonería. Pues como si desearan entrar en la ciudad de Jabés y ser hechos sus ciudadanos, pero mientras no soportan el tormento de la carne desecada y hambrienta, de ningún modo pueden llegar a ser sus habitantes. Habitan, pues, en Jabés los que tienen la atenuación del cuerpo 261 por el vigor de la mente en derecho

de posesión, y son rodeados como por los muros de la (ciudad) desecada, mientras que por aquello por lo cual atenúan el cuerpo son protegidos de los dardos encendidos de la lujuria. Estos, cuando son fatigados por los fuertísimos estímulos de la gula que surgen, piden tregua por siete días, en los cuales si faltan los auxilios, salgan hacia Naas. Pero exponemos mejor esta guerra de los amonitas si en ella miramos la debilidad de la carne atrapada y la sagacidad de la mente instruida. Esto también lo vemos más claramente si atendemos más sutilmente a lo que es contrario en los necios y débiles. Pues algunos dentro de la santa Iglesia son devotos por el deseo, pero remisos por la acostumbrada debilidad de los vicios. Pueden ciertamente proponer cosas buenas, pero porque no pueden ejecutar lo que proponen, tanto son vencidos por la concupiscencia presente como confían en que pueden recuperar en un tiempo cercano el bien que desertan en el presente. A menudo ciertamente disponen ayunar, pero cuando son vencidos por la acostumbrada gula, juzgan que ese día se debe comer y en los futuros ayunar. Y como la ferocidad de la gula siempre les está presente, y presente también el deseo de la futura bondad, esto se hace por el fraude de la serpiente: para que no se encuentre el bien que se propone. Pues el mañana, que siempre se promete, nunca se encuentra. Pero porque esto se hace por aquellos cuya mente es débil y la carne fuerte, veamos de qué modo se burlan de la serpiente aquellos cuya mente es fuerte pero la carne enferma. Pues sobre la misma serpiente dice el Salmista al

Señor: Este dragón, que formaste, para burlarte de él (Sal. 103, 27). Pues nunca es vencido más convenientemente que cuando su astucia es superada por el piadoso fraude. Por lo cual también el Redentor, reprochando al bienaventurado Job por la astucia de su sabiduría, dice: En sus ojos, como con un anzuelo, lo atraparás (Job 40, 19). En sus ojos, por cierto, como con un anzuelo atrapó a la serpiente aquel que le mostró la carne y le ocultó la divinidad; y mientras aquel atrapó lo que deseó, por ello fue retenido y muerto por lo que no vio.

5. Los varones santos, pues, para burlarse del enemigo, tienen el rigor de la conversación en la virtud presente; para burla de la debilidad de la carne, le prometen cierta comodidad en el futuro. Pues a menudo son ingentes las cosas que hacen, pero por la debilidad de la carne no presumen hacer siempre cosas duras, y prometer cosas ásperas. Soportan ciertamente esas mismas cosas duras tanto más fácilmente cuanto que no ven que sus cargas estén en ellos en una promesa perpetua. Pero mientras viven óptimamente, y se esfuerzan por progresar diariamente y no desfallecer, siempre prometen a la carne aquel lícito blandimiento de la carne, del cual no pueden desesperar, en una estimación futura; pero de ningún modo cesan de infligirle el dolor de la aflicción comenzada. Por aquello, pues, por lo cual se deja esperanza a la carne en su apetito, como para el bien futuro de la misma carne, el espíritu promete la presencia de su llegada. Pero porque no deserta el acostumbrado rigor de la

continencia desfalleciendo, la carne tiene la promesa de la voluptuosidad en el futuro, y la mente elegida el robusto vigor de la virtud en el presente. En cuyo lugar se debe notar que prometen salir hacia Naas bajo condición, pero son protegidos por los muros de la ciudad sin condición: porque los que se abstienen, incluso en aquello en lo que son débiles según la carne, confían en ser fortalecidos por la divina misericordia. Y porque desean suplantar el vicio de la gula engañándolo, dicen: Concédenos siete días. Pues como si se concediera tiempo por la gula cuando es reprimida en ese respecto para que se sirva a sus deseos alguna vez. En cuyo espacio de días, ciertamente, Naas espera la salida hacia sí de los ciudadanos sitiados, pero los ciudadanos de Jabés esperan los auxilios, porque sin duda el apetito de la gula desea ser restaurado de la carne enferma 262, pero la mente elegida ser fortalecida en la virtud de la abstinencia. En siete días, además, se buscan los auxilios cuando somos erigidos por toda la luz del corazón contra las tinieblas de las tentaciones, cuando contra los consejos depravados encontramos lo que podemos por nuestra razón; y somos protegidos por la erudición ajena sobre los rayos de luz que no discernimos en nosotros mismos. Pues mientras miramos las conversaciones de los perfectos para el robusto vigor de nuestra virtud, encontramos como por siete días los auxilios de la defensa. Pedimos ciertamente tregua; porque luchamos con Naas, es decir, la serpiente, cuyos venenos cuanto más latentes son, tanto más sutiles consejos debemos buscar nosotros. Por

lo cual también prometen enviar mensajeros a todos los términos de Israel: porque los varones elegidos son ayudados por los ejemplos de todos los que ven a Dios para el provecho de su edificación, pero aquello que se dice: Si no hubiere quien defienda, saldremos hacia vosotros: en la voz de los elegidos, no se muestra duda de los auxilios, sino certeza. Como si burlándose del adversario que persuade con palabras astutas, profieren palabras por las que den esperanza a aquel y de ningún modo se quiten a sí mismos la confianza. Pues los que dicen: Si no hubiere quien defienda, saldremos hacia vosotros; dan cierta esperanza de salir. Pero porque dicen esto los que están ciertos del auxilio, engañan a sus enemigos prometiendo. Pero dónde se encuentren ya esos mismos auxilios, lo expone diciendo: (Vers. 4 y 5). Vinieron, pues, mensajeros a Gabaa de Saúl, y hablaron estas palabras a oídos del pueblo, y alzó todo el pueblo su voz y lloró. Y he aquí que Saúl venía por la mañana siguiendo a los bueyes del campo, y vio al pueblo que lloraba, y dijo: ¿Qué tiene el pueblo, que llora?

6. Gabaa, como ya hemos dicho arriba, se interpreta como 'sublime'. Y porque la altura de los méritos no es igual para todos los elegidos, se refiere que los mensajeros vinieron a Gabaa de Saúl; para que seamos enseñados por una significación espiritual que, cuando somos impulsados por fuertes tentaciones, debemos recurrir a los consejos de nuestros predicadores. Pero también somos instruidos por la aflicción del pueblo que llora, para que seamos unidos a las necesidades

fraternas por una íntima compasión de la mente. Saúl, además, vio al pueblo que lloraba, e interrogó por qué causa lloraba, porque el maestro elegido hace suya la necesidad de los súbditos compadeciéndose, y desea aliviarla. Viene ciertamente del campo, porque sale del secreto de su corazón fértil. Y viene del campo por la mañana, porque en el esplendor del verdadero lucero que nace para él inquiere las causas de los súbditos. Y sigue a los bueyes, porque los fuertes afectos de la caridad le anteceden. Pues como si tuviera dos bueyes ante sí el que tanto se une a los prójimos por el amor, como se inflama por la divina caridad y de ahí ama al prójimo ordenadamente, porque el amor de Dios enciende fuertemente a este. Por lo cual también a través de Moisés dice el Señor: No ararás con buey y asno (Deut. 22, 10). El asno por cierto es el amor carnal, porque el que lleva a los que ama es como un animal fuerte; y porque inordenadamente no ama a ese mismo por Dios, es lascivo. En buey y asno, pues, no se puede arar, porque el alma no es cultivada por el fruto de la eterna recompensa si la pureza del amor por el que se une a Dios es polucionada por el inordenado amor del prójimo. Saúl, pues, viniendo del campo, sigue a los bueyes porque el maestro elegido retiene íntegros ambos afectos de la caridad en su corazón fructífero, por los cuales puede prepararse para sí los ubérrimos frutos de la eterna retribución. Y viene por la mañana porque, cuando sale hacia los súbditos, abre el día de su virtud. Pero ya conocidas las necesidades del pueblo, oigamos qué hizo. Pues sigue: (Ibid. y vers. 6, 7). Y

le habían contado las palabras de los varones de Jabés. Y saltó el espíritu del Señor sobre Saúl al oír estas palabras; y se airó su furor sobremanera. Y tomando ambos bueyes, los despedazó y los envió a todos los términos de Israel por manos de los mensajeros, diciendo: Quienquiera que no saliere y no siguiere a Saúl y a Samuel, así se hará con sus bueyes.

7. ¿Qué decimos en estas palabras, sino que las cosas débiles de los santos, y las que parecen carnales, no son débiles y carnales, sino espirituales y robustas? Pues solemos reprender la demasía de la ira en los varones religiosos, pero he aquí que Saúl, para que pudiera airarse sobremanera, primero saltó sobre él el espíritu del Señor. Cuán temible sea, pues, la ira de los santos lo discernimos si pensamos en el espíritu del Señor que salta sobre ellos, si mientras los vemos a ellos airándose fuera, atendemos paritariamente al espíritu que los conmueve dentro. Cuantas veces, pues, somos corregidos por el celo de los mayores, bajo su indignación podemos temer vehementemente, si creemos que su ímpetu es un movimiento del Espíritu Santo. Y porque Saúl despedazó ambos bueyes, los envió a todos los términos de Israel, profirió amenazas de que así se haría con los bueyes de todos los que no hubieran querido seguirlo a él y a Samuel, ¿qué otra cosa insinúa sino que todos los más perezosos para prestar auxilios a los prójimos no solo deben ser invitados, sino obligados? Por lo cual también inmediatamente se añade: (Vers. 7). Invadió, pues, el temor del Señor al pueblo, y salieron como un solo hombre.

8. Porque se nos manda amar a los prójimos como a nosotros mismos, les prestamos auxilios en recto orden cuando no somos obligados por el temor a exhibir estos, sino que somos provocados por el amor. Mas cuando nosotros perdemos el efecto de este debido amor, pertenece al celo de nuestros predicadores que surjamos en auxilio de los hermanos por el temor. Bien, pues, se dice: Invadió el temor del Señor al pueblo, y salieron como un solo hombre: porque frecuentemente somos tibios en el amor de los prójimos; pero por las amenazas de nuestros prelados somos erigidos al estado de la devoción, y por el temor acometemos la buena obra, pero desde el inicio del temor somos conducidos al vínculo de la gran caridad. Por lo cual también bien se dice que el temor invadió al pueblo, pero se refiere que todos salieron como un solo hombre. Pues como un solo hombre no pueden salir muchos, sino los que ascienden a una igual unidad de dilección. Pues de aquí también se dice de los perfectos discípulos del Redentor: Tenían un solo corazón y una sola alma (Hechos 4, 32). Sigue:

(Vers. 8). Y los recensó en Bezec; y fueron trescientos mil de los hijos de Israel, y treinta mil de los varones de Judá.

9. Primero se dice que salieron los hijos de Israel, luego que fueron recensados por Saúl, porque el predicador elegido, cuando intenta mover la milicia de sus súbditos contra los enemigos ocultos, primero mira el fuerte propósito de ellos, luego los pone en el número de los combatientes. Pues como si estuviéramos dentro, y no podemos

ser recensados, mientras la virtud de nuestra mente esté oculta a nuestros pastores. Y cuando salimos somos recensados, porque cuando les abrimos la fortaleza de nuestras mentes, confían en que ya tienen socios en la lucha espiritual. Pero cuando desean erigir las mentes débiles al propósito de la buena obra, no solo se esfuerzan por instruirnos con las doctrinas de los mayores, sino también por encendernos con los ejemplos de los menores elegidos. Bien, pues, se refiere que fueron recensados trescientos mil de los hijos de Israel, y treinta mil de los varones de Judá. Pues el número tricenario (treinta) pertenece a la rectitud de la fe y al estudio de la buena operación: porque no hay preceptos de la ley si no tienden a la contemplación de la suma Trinidad. Aptamente, pues, se dice que los varones de Judá están contenidos en treinta mil, porque tienen la confesión 264 de la recta fe y la fortaleza de la buena operación. Pero nuestros padres fueron de la misma fe y operación, mas en la contemplación de la divinidad, en la que habían progresado mucho más alto que nosotros, por eso también exhibían obras de fe más fuertes. Por lo cual también son recensados trescientos mil de los hijos de Israel. Treinta ciertamente viene de tres, y diez en treinta, pero en el número tricenario tanto el denario (diez) como el ternario (tres) es simple; pero para que numeremos hasta trescientos, multiplicamos tanto el denario treinta veces como el tricenario diez veces, porque aunque sea grande la contemplación, grandes las obras de la plebe súbdita, aquellas cosas sin embargo que

precedieron en nuestros padres fueron incomparables. Pues como si nuestro número denario se aglomerara diez veces en la perfección de ellos, mientras las nuestras son muy sometidas a la perfección de ellos. Treinta mil varones de Judá, pues, y trescientos de los hijos de Israel recensados con nosotros, conducen los predicadores a luchar contra Naas; si cuando quieren ayudar a los súbditos que se abstienen tentados, les proponen las insignes gestas de los fuertísimos padres y de los menores. Israel ciertamente se llama 'El que ve a Dios', o 'en quien está Dios'; cuyo nombre por cierto no conviene al que es todavía débil o inexperto. Cuantos varones perfectos presentemos en la aflicción de la carne y la contemplación de la mente, con tantos armados destruimos a la serpiente Naas. Pero oigamos ya con qué palabras conforta el ejército del rey a los sitiados. (Vers. 9). Y dijeron a los que habían venido: Así diréis a los varones que están en Jabés de Galaad: Mañana habrá para vosotros salvación, cuando caliente el sol.

10. Tal vez es aquello que se nos dice por el consejo de aquel sabio: Si el espíritu del que tiene potestad ascendiere sobre ti, no dejes pronto tu lugar (Ecl. 10, 4). El lugar de cada uno de los elegidos es el sitio de la buena conversación. Pero cuando se permite, el espíritu que impugna puede tener potestad, porque de ningún modo podría impugnar los corazones de los elegidos si la divina dispensación no permitiera esto. Manda, pues, que no desertemos nuestro lugar, porque si somos fuertes entre las breves tinieblas de

las tentaciones, pronto estará presente la divina luz, en cuyo advenimiento se desvanece la virtud de las tinieblas. Bien, pues, se dice: Mañana, pues, cuando caliente el sol, habrá para vosotros salvación. La exhortación de los santos predicadores es el día, porque mientras toca los corazones tentados de los menores, los erige a la esperanza de la victoria. Pero a esta le sigue la noche, porque aunque se separen los auxilios divinos, todavía sin embargo no se retiran las tinieblas irrumpentes de los deseos carnales. ¿Qué es, pues, el día de mañana sino el advenimiento de la divina visitación? Pues se llama 'día de mañana' porque el esplendor del auxilio divino está muy cercano a los elegidos tentados. Por lo cual también a través del profeta dice el Señor: Yo soy Dios de cerca, y no Dios de lejos (Jer. 23, 23). De aquí dice el Salmista: Cerca está el Señor de todos los que lo invocan en verdad (Sal. 144, 18). De aquí también el mismo Señor repromete diciendo: Antes de que me invoquéis, diré: He aquí, estoy presente (Is. 58, 9). El día primero, pues, es la luz de la predicación; el de mañana es el de la divina gracia. Pero se debe notar que dijo: Cuando caliente el sol; para que la claridad del día ilumine la obscuridad del sentido, y el calor del sol encienda el amor del corazón; para que la mente vea por la luz el bien que desea, y por el calor de la mente codicie lo que ve. Este doble remedio de la mente, por cierto, se exhibe contra la doble guerra del diablo. Pues el espíritu maligno, para que venza las mentes de los elegidos tentándolas, primero opone las tinieblas de los malos pensamientos,

luego enciende las llamas de las concupiscencias, porque si primero no hubiera cegado la mente, no la impulsaría a la depravación de la concupiscencia. La mente elegida 265, por cierto, mientras se permite que sea tentada, su estado es turbado en ambos, porque en tanto puede sentir las molestias de las concupiscencias en cuanto, permitiéndolo Dios, no puede arrojar de sí las tinieblas de los pensamientos. Pero porque por Dios se permite que sea tentada, en el advenimiento de su gracia, es aliviada de ambos males: mientras contra las tinieblas recibe la luz, y por el calor del espíritu que adviene, arroja el frío de la mente. Empieza, pues, a ver las cosas celestiales quien no era capaz de elevar la mente de las carnales, y codicia ardientemente lo que mira amantemente. Bien, pues, se dice: Mañana habrá para vosotros salvación, cuando caliente el sol; porque si soportamos varonilmente las fuertes impugnaciones del antiguo enemigo, por la celeridad de la divina gracia somos elevados a la luz del corazón y a la virtud de la gran caridad. Y porque los corazones elegidos de los súbditos reciben gratamente este consejo de los santos predicadores, sigue: (Vers. 9). Vinieron, pues, los mensajeros y lo anunciaron a los varones de Jabés. Los cuales se alegraron. Pero también, prometido para sí el auxilio, oigamos qué respondan a los amonitas. Pues sigue: (Vers. 10). Y dijeron: Mañana saldremos hacia vosotros, y haréis con nosotros todo lo que os pluguiere.

11. Esto por cierto, porque lo dicen los que ya están seguros del cercano auxilio, dan cierta esperanza a los enemigos a quienes burlan pro-

metiendo. Con la voz ciertamente simulan debilidad, pero guardan dentro la fortaleza del auxilio prometido. Otra cosa, pues, prometen, otra creen. Pues los que decían: Mañana saldremos hacia vosotros, y haréis con nosotros todo lo que os pluguiere, daban a creer a los enemigos esto: que de tal modo se entregarían en sus manos que podrían hacer de ellos todo lo que quisieran. Pero ellos, que sabían que el rey vendría en su auxilio al día siguiente, pensaban salir con él no hacia las manos de los enemigos, sino hacia la matanza de ellos. Según el sentido espiritual, por cierto, prometemos nuestra salida a la serpiente Naas, esto es, a la concupiscencia de la gula, en su día, pero nosotros derrotamos sus escuadrones en nuestro día. Su día ciertamente es el deleite de la saciedad corpórea. Pues el que propone llenar el vientre según su deseo, dedica como el primer día a la concupiscencia, y sin embargo todavía está dentro, porque propuso cierta luz de deleite que no vio operando. Mañana, pues, salió el que exhibió esto alegre que prometió a la carne, tanto operando como deleitándose. Pero los varones santos, como dije arriba, se burlan de la gula; porque cuando no pueden desesperar de su apetito a perpetuidad, aquello que prometen y no toman, lo reprometen como en la futura luz del deleite. Están obligados fuera por la excesiva fragilidad de la carne, y revestidos dentro por el robusto vigor de la gran caridad. Por aquello ciertamente de que no pueden renunciar a los apetitos, prometen como con voz exterior lo que no tienen en la intención. Por aquello mas bien de

que están seguros de lo divino, proponen actuar otra cosa de la que hablan con voz de debilidad. En su día, pues, salen hacia Naas, porque para oponerse a la concupiscencia de la gula, avanzan por la luz del auxilio superno, y visitados por la gracia superna, ya son fuertes contra todo ímpetu de la carne aquellos que, abandonados por un poco, temieron sus impugnaciones. Cuyo esplendor de la gracia divina, porque a través de las bocas de los predicadores se infunde a veces en los miembros menores de la santa Iglesia, sigue: (Vers. 11). Y sucedió que, cuando vino el día de mañana, Saúl dispuso al pueblo en tres partes, e entró en medio de los campamentos en la vigilia matutina, e hirió a Amón hasta que calentara el sol.

12. El pueblo ciertamente se divide en partes, para que no hiramos a la serpiente Naas 266 con un solo escuadrón. Y por cierto se divide en tres partes, para que se muestre el fruto y la dignidad de la sagrada abstinencia: porque a aquella contemplación de la santa Trinidad, que perdemos comiendo, somos revocados ayunando. Pues de aquí es que se recomiendan los ayunos de la Ley, y de la Profecía, y del Evangelio. Pues Moisés, para que mereciera recibir la ley, ayunó dos veces el número de cuarenta días (Ex. 34, 28). Elías, para que escapara de las manos de Jezabel, llegó en la fortaleza de una sola comida durante cuarenta días al Horeb, monte de Dios (3 Reyes 19, 8). Nuestro Señor y Redentor Jesucristo, ayunando por cuarenta días en el desierto, no tomó ningún alimento en absoluto (Mat. 4, 2). En tres partes,

pues, divide Saúl al pueblo: porque para ejemplo de los que se abstienen, se presentan los ayunos de la Ley y de los Profetas, y del Evangelio. Y viniendo el día de mañana, el maestro entra en medio de los campamentos: porque con la gracia divina, que ilumina los corazones de los predicadores para enseñar, también irradia las mentes de los oyentes, y las eleva potentemente a la esperanza de la victoria. En el día de mañana, pues, el maestro que ha de triunfar entra y abre los campamentos de los enemigos, y en ellos hiere potentemente los escuadrones de las concupiscencias. Y porque las mentes de los mismos súbditos progresan escuchando, se dice que el rey entra en los campamentos de los amonitas en la vigilia matutina, y se demora en las matanzas de ellos hasta que caliente el día. La vigilia matutina ciertamente en la aspiración de Dios es el fervor del sol en su plenitud. Pues como si la luz matutina nos naciera cuando, oprimidos por las tinieblas de las tentaciones, empezamos a ver la luz de la virtud por la boca de los predicadores, para seguirla. Y el sol calienta para nosotros cuando por las palabras de ellos nuestra mente se enciende y, como cocida por el calor del sol ferviente, se inflama de deseos. Entonces por cierto Amón es herido vehementemente: porque el pueblo de los vicios es ahuyentado de nuestros sentidos. El rector, pues, que en la vigilia matutina entra en los campamentos de los amonitas, hasta que caliente el día no debe esconder la espada de la matanza, porque tanto tiempo debe insistir en la instrucción de sus súbditos cuanto vea que ellos

se inflaman con los grandes calores de la luz interna. En cuyo lugar se debe notar que Naas, esto es, la serpiente, se dice ser el rey de los amonitas; mas el mismo Amón se interpreta como 'pueblo de dolor'. Y porque dijimos que en esta serpiente se designa el vicio de la gula, cuando Naas es herido, el pueblo de dolor es derrotado: porque de un solo vicio de la gula, innumerables escuadrones de vicios son presentados al conflicto del alma. Y cuando el mismo vicio de la gula es cercenado, nos subyugamos muchos otros vicios. Uno ciertamente es el vicio de la gula, pero innumerables son los aguijones de la libido que siguen a aquel precedente como a un rey. Los cuales sugieren cosas alegres, pero conducen a los lamentos del llanto eterno. Con Naas, pues, se lucha, pero el pueblo de dolor es herido: porque cuando domamos la gula, los incitamentos de las libidos son aniquilados. Por lo cual bien se asevera que no el mismo Naas, sino Amón sujeto a él, esto es, el pueblo, fue muerto: porque el apetito de comer debe ser restringido, no extinguido. Pero nunca es bien restringido si el subsiguiente pueblo de dolor, esto es, los torpes movimientos de las libidos, no son muertos. Contra Naas, pues, es nuestro principal certamen: porque cuando este es vencido, Amón es muerto: porque la libido entonces es bien herida si su principal inicio es subyugado. Pero hasta dónde proceda el progreso de la pudicia, se muestra latente por lo que sigue. (Vers. 11). Los restantes, pues, fueron dispersados, de modo que no quedaran dos juntos.

13. La prueba de la verdadera abstinencia no está en la atenuación del cuerpo, sino en la perfección de la castidad. Pues 267 bien es desgastada la serpiente si de tal modo se restringe la gula que se disminuya toda la violencia de los movimientos libidinosos del cuerpo. Pues el movimiento ilícito no puede ser quitado de la carne mientras ella sea carne, pero la violencia del mover puede ser quitada. No puede ciertamente quitarse a la carne que la ley de la carne no mueva los miembros; pero sin embargo puede quitarse a la carne la violencia de la moción, de modo que se le deje el movimiento; pero se le quite a ese mismo movimiento toda obscenidad de deleite, y sea aquel movimiento simple, en el cual no esté la restante torpeza de la libido. Bien, pues, se refiere que otros fueron puestos en fuga, porque cuando la divina gracia remunera perfectamente a todos los que se abstienen, quita de sus movimientos corporales los aguijones de todas las obscenidades; pero les deja esos mismos movimientos naturales, para que siempre puedan ser tentados, pero nunca puedan ser vencidos; mientras deja aquello que a ellos les desplace mucho, pero de tal modo debilita lo que deja que no permite que prevalezca sobre los vencedores. Había herido ciertamente a los amonitas el que decía: Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, para que no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea hecho réprobo (1 Cor. 9, 27). Muertos también los otros, no podía matar a los fugitivos, porque deplora diciendo: Veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi

mente (Rom. 7, 23). Asimismo porque veía debilitados a los que habían quedado, dice: Ninguna criatura podrá separarnos de la caridad de Cristo (Ibid. 8, 39). ¿Qué es, pues, lo que deplora, que una ley esté en los miembros rebelándose contra la ley de la mente, si extintos unos, otros han sido puestos en fuga; sino porque los varones perfectos se duelen vehementemente de esto mismo, de que soportan simples movimientos de la carne contra su voluntad? Pues querrían de tal modo permanecer en la carne que no soportaran nada de la carne contra la voluntad de la mente. Lo cual, por cierto, porque es imposible, premisó diciendo: El querer está en mí, mas no encuentro el realizarlo. Pues no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, ese hago (Ibid. 7, 18, 19). Como si dijera: Querría estar en la carne, no con aquella perfección por la que el perfecto en la carne es perfecto, sino como los ángeles de Dios en el cielo. Pero esto no encuentro cómo poderlo, porque mientras la muerte del pecado no haya sido absorbida en la futura resurrección, aquello que en mí habita, el pecado, me mueve contra mí. Pero lo que no puede extinguirse como pecado, puede ser ahuyentado. Pues el movimiento de la carne como que se pone en fuga mientras ella es bien castigada por el ayuno. Tanto más raramente y con más dificultad se erige contra el espíritu cuanto el espíritu que la preside se la somete a sí por la atenuación, cuando de tal modo la doma que tarde se ensoberbece y pronto se aquieta.

14. Pero debe considerarse sutilmente lo que se dice: Para que no quedaran dos juntos. Dos

ciertamente permanecen, pero no permanecen juntos. Hay dos ciertamente: el pensamiento impuro y el movimiento natural de la carne. Para el conflicto de los santos, a veces el pensamiento impuro se anticipa, a veces sienten que la ley de la carne se insurge en ellos contra la ley de la mente; pero los que ya son vencedores no temen a los enemigos puestos en fuga si vuelven de nuevo al combate, porque no pueden luchar con ellos juntos. Pues cuando sale al encuentro un pensamiento depravado, antes lo arrojan que la carne sea movida por su sugerencia. Y cuando la ley de la carne mueve los miembros, la ley de la mente de ningún modo fomenta el movimiento torpe pensando cosas torpes; y mientras arroja lo uno, de ningún modo siente el combate de lo otro. Bien, pues, se dice de la perfecta victoria de los elegidos, porque: Otros fueron dispersados, de modo que no quedaron de ellos dos juntos: porque por la maceración del cuerpo aprovechan en tan gran cumbre de perfección que, por ellos, cualquier cosa que sea ingerida por la carne, cualquier cosa por la mente, es superada fácilmente, mientras no se permite que coincidan en el combate. 268 Y esta victoria la perciben los elegidos sobre todos los sentidos del cuerpo, aquellos que pueden someter al Nahas que los asedia por la virtud de la abstinencia. Pues la carne reparada y engordada es fácil al desliz de la lengua, de los ojos, del oído, del olfato y del tacto. Por lo tanto, mientras los movimientos ilícitos de los sentidos corporales son conducidos desde el vicio de la gula al combate de la mente, el pueblo amonita

como que acompaña al rey Nahas al asedio de los israelitas. Pero mientras Nahas es perfectamente vencido, Amón es tanto extinguido en parte como en parte de tal modo puesto en fuga que no se encuentran de él dos juntos; porque mientras desgastamos el cuerpo por la abstinencia, enervamos los innumerables movimientos ilícitos de nuestros sentidos; y a los que no podemos erradicar del todo, los ahuyentamos como débiles. De los cuales dos no nos quedan juntos en el combate; porque en el deleite de algún sentido corpóreo, no unimos el sentido de la mente. Pues a menudo miramos con los ojos, a menudo oímos con los oídos, a menudo percibimos por el tacto, a menudo por el olfato, cosas que pueden atraer al alma carnal al amor ilícito.

Y el pueblo dijo a Samuel: ¿Quién es el que dijo: «¿Reinará Saúl sobre nosotros?» Entregad a los hombres y los mataremos. Y dijo Saúl: No se matará a nadie en este día, porque el Señor ha realizado la salvación en Israel.

15. A Samuel ciertamente el Señor le había dicho más arriba: No te han rechazado a ti, sino a mí, para que yo no reine sobre ellos (1 Sam. 8, 7). De Saúl, en cambio, se dijo poco antes: Porque lo despreciaron y no le trajeron presentes (Ibid., 10, 27). Pero aquel rechazado, este despreciado, habiendo sido ya muertos los enemigos y conseguida la victoria, oyó al pueblo que clamaba: Danos a los hombres y los mataremos. Ambos podrían ciertamente, no matando sino consintiendo, vengarse de sus enemigos; pero también porque habla el profeta rechazado, el rey despre-

ciado favorece al que dice: No se matará a nadie, porque nuestros santos predicadores son coronados con una victoria mayor cuando toleran las adversidades de los prójimos que cuando combaten a los enemigos exteriores. De donde también la verdadera sabiduría habla en Salomón, 269 diciendo: Mejor es el paciente que el varón fuerte (Prov. 16, 32). Pero debe notarse lo que se dice: En este día. Desea ciertamente matar en el día de su victoria el que inflama para dañar a otros a aquellos a quienes atrae al amor de Dios por la claridad de las virtudes. O mata en el día de la victoria porque, por esa luz de claridad por la que es conducido a la veneración del predicador, es excitado al odio de los que detractan del mismo doctor. Pues el que odia a su hermano es un homicida (1 Juan 3, 15). Porque por la doctrina del buen pastor de tal modo se debe ayudar a los buenos que se tolere a los malos; la causa por la que nadie debe ser muerto se añade bien: Porque, dice, hoy el Señor ha realizado la salvación en Israel.

Dijo, pues, Samuel al pueblo: Venid, vayamos a Gálgala e innovemos allí el reino. Y partió todo el pueblo a Gálgala e hicieron allí rey a Saúl ante el Señor.

16. Si, por tanto, todas las cosas se hacen de aquel modo que se dijo arriba al ordenar al rey, y lo aplicamos a la costumbre de la santa Iglesia, sus rectores son ordenados con gran sutileza. Pues primero fue mostrado al profeta el rey que debía ser elegido, después buscado como desconocido; luego también hallado por suerte, escondido en casa, revelado por el Señor, tomado por el

pueblo y recibido por todos en la dignidad regia. ¿Qué es, pues, que todavía se dirigen a Gálgala para que allí se innueve el reino? Pero con gran discreción se busca y se halla al rey, porque son altísimos los asuntos de las Iglesias, los cuales, si los asumen los débiles e inexpertos, son oprimidos por la magnitud misma de las cosas. Atentamente, pues, y con sutilísima investigación se busca a quien ha de ser antepuesto a tal cumbre. El cual ciertamente debe ser muy ensalzado, no cuando es constituido por el juicio de los que lo buscan, sino cuando en la misma disposición del sumo ministerio es hallado esforzado. Bien, pues, ya triunfando el rey constituido, se dice: Partieron a Gálgala y allí hicieron rey a Saúl ante el Señor: porque cuando se conoce la fortaleza del predicador, es honrado en las mentes de sus oyentes. Ciertamente vamos a Gálgala, esto es, a la rueda (rota), cuando a través del sagrado elocuio discutimos la operación de nuestro doctor y lo hacemos allí rey ante el Señor: porque a quien vemos probable, lo juzgamos digno de tal cumbre. Primero, pues, se dice que Saúl fue elegido por el pueblo, y al final constituido rey en Gálgala ante el Señor: porque aunque el pastor sea elegido en la santa Iglesia con mucha gravedad de consejo, si es por mérito lo que es por orden, no se conoce sino cuando se declara por la fortaleza de las obras. Dígase, pues, no de otro, sino de aquel [Quizás sobra alio] que brilló por su gran victoria: Partió todo el pueblo a Gálgala y allí hicieron rey a Saúl ante el Señor, para que la dignidad del sumo pontífice no consista en la ambición de la cumbre,

sino en la suma de la virtud. Y ciertamente se va a Gálgala para que no se atreva a juzgar del lugar supremo aquel para quien están ocultos los preceptos de la sagrada Escritura. Y se constituye rey ante el Señor: porque entonces el doctor es cultivado por la devoción de sus súbditos, cuando ellos mismos reconocen su vida como aceptada por el Señor omnipotente. Pero de esa misma noticia de la vida y doctrina de su pastor: porque a menudo no se cree a sí mismo sino a los mejores, bien se dice que el pueblo constituyó al rey ante el Señor en Gálgala; pero que ese mismo pueblo partió a Gálgala por advertencia de Samuel. Vayamos, dijo, a Gálgala e innovemos allí el reino. Ciertamente el reino se innova: porque mientras el elegido predicador es visto en gran virtud, los corazones de los oyentes se le someten con nueva y reciente devoción. Por lo cual, como mostrada la victoria del rey, el reino se innova cuando, conocida la gran vida del doctor, los mismos corazones de los súbditos reciben el esplendor de una nueva devoción y, por su ejemplo, son excitados al propósito de la gran virtud. Pero ya nosotros, que hemos visto los triunfos en una batalla de las cosas internas, veamos ya los tiempos de paz transcurridos con admirable equidad en la otra.

CAPÍTULO II.

(1 Sam. 12, 1-3.) Dijo, pues, Samuel a todo Israel: He aquí que he oído vuestra voz según todo lo que me habéis hablado, y he constituido sobre vosotros un rey; y ahora el rey camina ante vosotros. Yo, por mi parte, he envejecido y enca-

necido. Además, mis hijos están con vosotros. Así pues, habiendo conversado ante vosotros desde mi adolescencia hasta este día, he aquí que estoy presente. Hablad de mí ante el Señor y ante su Cristo, si he tomado el buey de alguien o el asno. Si he calumniado a alguien, si he oprimido a alguno, si de mano de cualquiera he aceptado un presente, lo despreciaré hoy y os lo restituiré.

1. Cuando los pastores réprobos presiden, su principal propósito es la rapiña de los súbditos. Porque no saben mirar la abundancia de los bienes eternos, cuanto más ardientemente concupiscen los presentes, tanto más ávidamente reciben lo ofrecido, y toman violentamente lo no ofrecido. Acechan a los inocentes, oprimen a los débiles, aceptan presentes y pervierten los derechos. De estos pastores el Señor reprocha a Judea por el profeta diciendo: Tus jefes son lobos por la tarde, que no dejan nada para la mañana (Sof. 3, 3). A los calumniadores de los inocentes igualmente y a los opresores de los débiles también los hiere diciendo: Si alguien no diera en la boca de ellos algo, santifican contra él la guerra. Por lo cual la noche les será por visión, y las tinieblas por adivinación (Miq. 3, 5, 6). Pues mientras conocen la iniquidad que hacen, por la audacia de la obra nequísima caen en la ceguera del corazón, de modo que por el amor ya no vean la luz de la verdad, por la cual se arrepientan de su depravación. Asimismo Isaías reprende la aceptación de dones diciendo: Todos aman los dones, siguen las retribuciones (Is. 1, 23). El varón santo, pues, mientras muestra la simplicidad de su inocencia,

apareció sublime por aquella altura de méritos. El cual elogio de virtud se muestra en esa sola cosa, para que se muestre a todos los doctores elegidos la misma conformidad de bondad.

2. Tenemos ciertamente la inocencia de vida para nosotros, pero ascendemos a la cumbre de la prelatura para otros, no para nosotros. Por el bien de la inocencia tendemos a la patria eterna, por la altura de la prelatura vigilamos en la custodia de otros. En aquella virtud estamos seguros, pero esta celsitud la poseemos con gran temor: porque nosotros, que tememos vehementemente dar razón de nuestras obras, debemos dar razón a Dios de aquello por lo que presidimos a otros. Si, pues, los varones elegidos, queriendo Dios, ascienden incluso a la cumbre de la prelatura contra su voluntad, queriendo Dios, desertan de la misma cumbre de devoción. El varón santo, pues, dice: He aquí que he oído vuestra voz y he constituido sobre vosotros un rey; y ahora el rey camina ante vosotros. Yo, por mi parte, he envejecido y encanecido. Además, mis hijos están con vosotros. Como si dijera con otras palabras: Porque no por mí, sino por vosotros presidí, la dignidad que tuve la di libremente a otro. En la misma dignidad ya envejecí, y sin embargo el largo uso de preeminencia que tuve no me mantuvo ligado en su ambición. ¿Qué es, pues, lo que dice: «Mis hijos están con vosotros», sino porque en los varones santos hay una gran fuerza de amor espiritual, por la cual, al nacer los hijos para la cumbre, quitan el derecho de sucesión? Pero quien deserta tan quieto de la suma del orden

muestra 271 qué clase de hombre permaneció en la misma cumbre. Porque ciertamente no ejerció la violencia de la rapiña, dice: Hablad de mí ante el Señor y ante su Cristo, si he tomado el buey de alguien o el asno. Asimismo porque no buscó ocasión de dañar a nadie, añadió diciendo: Si he calumniado a alguien. Asimismo porque no fue pesado para los débiles, dice: Si he oprimido a alguno. Asimismo porque de su prelatura no buscó cosas terrenas, sino celestiales, dice: Si de mano de cualquiera he aceptado un presente, y lo despreciaré hoy y os lo restituiré.

(Vers. 4-6.) Y dijeron: No nos has calumniado, ni nos has oprimido, ni has tomado de mano de nadie cosa alguna. Y les dijo: Testigo me es el Señor contra vosotros, y testigo su Cristo en este día, de que no encontraréis en mi mano cosa alguna. Y dijeron: Testigo. Él mismo todavía añade diciendo: El Señor, que hizo a Moisés y a Aarón, y sacó a nuestros padres de la tierra de Egipto, él mismo es testigo.

3. En cuyo lugar debe notarse que el varón santo no dijo las cosas buenas que hizo, sino que expuso las malas que no hizo; para que callando guardara los bienes para los lucros eternos, y hablando no perdiera el olor de la buena opinión. Pues Pablo habla diciendo: Buen olor de Cristo somos en todo lugar (2 Cor. 2, 15). Él mismo también redarguyendo a algunos dice: El nombre de Dios es blasfemado por causa vuestra entre las gentes (Rom. 2, 24). De aquí asimismo amonesta al discípulo diciendo: Conviene que el obispo tenga también buen testimonio de los

que están fuera (1 Tim. 3, 7). Así pues, mientras afirmó haber evitado tan cautamente los males, y calló los ingentes bienes que hizo, el varón bienaventurado mostró abiertamente en qué cumbre de virtudes estuvo, mientras que reprobando los males, guardó el olor de la buena opinión para ejemplo de los elegidos; y ocultando las obras de las virtudes, custodió los premios de la retribución eterna. Pero debe notarse que, al asegurar que el Señor era testigo de su inocencia, dijo que el mismo Señor había hecho a Moisés y a Aarón. ¿Qué es esto sino que también mostró la cumbre de su propia virtud, pero no quiso aparecer solo en tal cumbre? Como si con sentidos latentes dijera: En tan gran virtud de ánimo no soy de admirar, porque en ella no estoy solo. Tengo el desprecio de las cosas como un don de la virtud, pero no lo tengo con la intención de la vana alabanza, en lo cual veo a otros muy mejores y más sublimes. Y porque aseguró que el Señor mismo había hecho a Moisés y a Aarón, es como si dijera: Que pude evitar tan fuertemente los males debe adscribirse a la gracia de aquel que hizo tales a Moisés y a Aarón. Pero para qué el varón santo premisó estas cosas, lo muestra porque añadió diciendo: (Vers. 7.) Ahora, pues, estad presentes, y contenderé con vosotros en juicio ante el Señor de todas las misericordias que ha hecho con vosotros y con vuestros padres.

4. Orden de la suma razón es que quien no cuida de hacer el bien, de ningún modo reprenda el mal en otros. El varón santo, pues, primero afirmó cautamente haber evitado los males, lue-

go saltó a la reprensión de los otros; para que insinúe las costumbres del predicador elegido, el cual no prevalece para dar bien el fruto de la predicación sino cuando demuestra también con una espléndida conversación aquello que predica como lúcido de la eternidad. Dice pues: Ahora estad presentes y contenderé con vosotros en juicio sobre todas las misericordias del Señor. Estar presentes para los oyentes es erigir la intención de la mente hacia la palabra del predicador. Con mérito, pues, se les manda estar presentes porque el doctor nada aprovecha exhortando si el oyente no intenta la mente hacia aquello que habla. Enumerando esas mismas misericordias dice: 272 (Vers. 8-11.) Como Jacob entró en Egipto, y clamaron nuestros padres al Señor, y envió el Señor a Moisés y a Aarón: y sacó a nuestros padres de Egipto, y los colocó en este lugar. Y porque se olvidaron del Señor su Dios, los entregó en mano de Sísara, general del ejército de Hasor, y en manos de los filisteos y del rey de Moab: y lucharon contra vosotros. Después clamaron al Señor y dijeron: Pecamos porque abandonamos al Señor y servimos a los Baales y a Astaroth: ahora pues líbranos de mano de nuestros enemigos y te serviremos. Y envió el Señor a Jerobaal, y a Barac, y a Jefté, y a Samuel; y os libró de mano de vuestros enemigos por el circuito, y habitasteis confiadamente.

5. Estas misericordias realizadas según la historia las conmemora ciertamente por esto: para que, en aquello de haber pedido un rey, el pueblo se reconozca reo ante el Señor. Pues quien tenía al

Señor presente para alejar todos los peligros, no tenía necesidad de un hombre como rey sobre sí. Pero mostró la misma presencia del Señor por las misericordias otorgadas, mientras aseguró que habían sido librados de la mano de los egipcios por Moisés y Aarón, y de la mano de Sísara y de los filisteos, y de la mano del rey de Moab por Jerobaal, Barac y Jefté, y por Samuel. En cuyo lugar debe preguntarse mucho por qué la petición por la que se pide un rey es tan estrictamente reprendida, y se enseña que los mismos auxilios de la divina misericordia fueron otorgados al pueblo de Dios por medio de hombres prelados. En lo cual, ¿qué se ha de responder sino que es muy diversa la prelatura de los reyes de la prelatura de los jueces? Aquellos ciertamente presidían como iguales, pero estos exhiben la arrogancia de la dominación en el poder de la preeminencia. Aquellos encomendaban el testimonio de su inocencia ante el Señor y todo el pueblo, porque ni oprimían a nadie ni tomaban nada ajeno para sus propios usos; pero estos no solo quitan lo propio a los súbditos, sino que incluso oprimen a las mismas personas de los súbditos con la carga de la servidumbre. Añadiendo pues dice:

(Vers. 12.) Pero viendo que Nahas, rey de los hijos de Amón, venía contra vosotros, dijisteis: «De ningún modo, sino que un rey habrá sobre nosotros», cuando el Señor vuestro Dios reinaba en vosotros.

6. Como si dijera: Para esto os elegisteis a un hombre, para lo cual solíais tener a Dios. El cual lugar, sin duda, si queremos discutirlo espiritual-

mente, de él se colige esto: que los que desean que un hombre carnal les presida, rechazan de sí la divina gracia. Pues mientras viven por el ejemplo de los doctores humildes, son como librados de Egipto, porque huyen de la oscuridad del amor mundano con todo deseo. Porque también escapan de la tiranía de todos los vicios por la doctrina de ellos, son como librados de la mano de Sísara, de los filisteos y del rey de Moab, habiendo sido enviados caudillos. En los cuales ya reina solo Dios omnipotente, porque mientras imitan exteriormente a los pastores humildes, reciben con agrado el amor de la divinidad que reina entre ellos. Diga pues el profeta: Me dijisteis: «De ningún modo, sino que un rey habrá sobre nosotros», cuando el Señor reinaba en vosotros; para mostrar que los que se someten a los carnales imitándolos, pierden la dignidad de la divina gracia. Debe notarse también que el profeta Samuel, por la virtud de la humildad, en todas partes se muestra a los elegidos en la norma de la rectitud. Pues cuando aseguraba la liberación de la plebe israelita, no dijo: «Envió el Señor a Jefté y a mí», sino: a Jefté y a Samuel, y os libró de mano de vuestros enemigos. Se nombró ciertamente como a otro, para que la virtud de la liberación no se adscribiera a la persona del enviado, sino a la gracia del Dios que envía. Envió, dice, el Señor a Samuel y os libró. Como si dijera: A quien quiso, envió; y por quien 273 quiso, lo hizo. Y tal vez habla de sí como de otro porque no es él mismo quien habla por sí mismo, sino el Espíritu Santo. Y porque por permisión de Dios, estando ya cons-

tituido el rey, el varón del Señor hablaba estas cosas, hablaba ciertamente para esto: para que dirigiera al rey y al pueblo al culto de Dios, no para que evacuara la misma dignidad regia. De donde también añadiendo dice:

(Vers. 13-15.) Ahora pues, aquí está vuestro rey, a quien habéis elegido y pedido. He aquí que vuestro Dios os ha dado un rey. Si temiereis a Dios y le sirviereis, y oyereis su voz y no exasperareis la boca del Señor, estaréis tanto vosotros como vuestro rey que manda sobre vosotros, siguiendo al Señor vuestro Dios. Pero si no oyereis la voz del Señor, sino que exasperareis sus palabras, estará la mano del Señor sobre vosotros y sobre vuestros padres.

7. Estas cosas no son ciertamente místicas, sino históricas en todos. Pues donde los prelados y los súbditos llevan una vida réproba, sufren igualmente la pena de la venganza divina. Pero porque se dicen separadamente las cosas buenas y separadamente las malas; aquellas por las cuales se predice que la mano del Señor estará sobre ellos en el futuro, deben considerarse más sutilmente. ¿Qué es, pues, lo que dice: «Si temiereis al Señor y le sirviereis», sino porque muchísimos temen los juicios de la severidad divina y, sin embargo, no desisten de obrar cosas depravadas? Con corazón tembloroso piensan ciertamente en los juicios futuros pero, vencidos por el placer presente, de ningún modo evitan cometer males. Bien, pues, después del temor del Señor se mencionan sus servicios, porque solo aquel temor es probable que, mientras sacude la mente, la atrae

al estudio de la buena obra. Asimismo, porque hay algunos que por el temor del Señor rechazan ciertos males y hacen algunos bienes, y sin embargo ni dejan plenamente los males ni obran suficientemente los bienes, se añade: «Y oyereis su voz». Quien oye la voz del Señor, tanto hace plenamente los bienes como deja íntimamente los males. Esas mismas buenas obras, ciertamente, han de tenerse en el deleite de la suavidad, no en la estimación de la aspereza. Pues aquellos para quienes siempre parecen duras y ásperas las cosas que son mandadas por el Señor, poco a poco decaen y desfallecen. De aquí, pues, la Verdad dice por sí misma: «Pues mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt. 11, 30). De aquí dice Juan: «Sus mandamientos no son pesados» (1 Juan 5, 3). No son pesados ciertamente para los elegidos porque, mientras desean con gran deseo la gloria de la vida eterna, sobrellevan con agrado los preceptos evangélicos. Puede también entenderse por boca del Señor la predicación de la perfecta caridad. Como queriendo mostrar los halagos de su boca cuando decía: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Juan 15, 12). Este es ciertamente el mandamiento del Señor, este es el yugo de la divina suavidad. Pues, ¿qué cosa se lleva más ligera o alguna vez más grata que el amor? ¿Qué cosa pesada, además, no tolera ligeramente el que ama? Pues cualquier cosa que se ama, se lleva con gran devoción. Porque, por tanto, el vínculo de la perfección es la caridad de Dios y del prójimo, bien...

8. Pero porque hablaba a los débiles y carnales, denunciando subsecuentemente dice: «Pero si no oyereis la voz del Señor, sino que exasperareis su palabra, estará la mano del Señor sobre vosotros y sobre vuestros padres». 274 La mano del Señor es la severidad de la venganza divina. La cual mano ciertamente se extiende sobre los hijos y los padres cuando, por el mérito del desprecio divino, son castigados tanto los prelados réprobos como los súbditos. Esa misma mano también se extiende para la venganza cuando no se oye la voz del Señor, cuando se exasperan sus palabras: porque aquellos que rechazan los mandatos divinos como duros e insoportables, son deprimidos por la intolerable carga de la pena en el futuro. Necia ciertamente la audacia del hombre que, de donde rehúye someterse por un poco a las cosas que le parecen ásperas, de allí se somete a otras más ásperas por la eternidad. Pues si sabiamente supiera, se persuadiría a sí mismo esto que le desplace: para que por las cosas duras y ásperas de este brevísimo tiempo, evitara las duras y ásperas de la futura condenación. Estas cosas ciertamente los corazones duros de los carnales las oyen velozmente, pero no pueden ser ablandados fácilmente por el saludable consejo. Bien pues se añade:

(Vers. 16, 17.) Pero también ahora estad presentes y ved esta cosa grande que el Señor va a hacer ante vuestros ojos. ¿Acaso no es hoy la siega del trigo? Invocaré al Señor y dará voces y lluvias; y sabréis y veréis que habéis hecho un gran mal ante el Señor al pedir un rey sobre vosotros.

9. Porque esta petición de un rey es reprendida tan atentamente y tantas veces, insinúa esto a los elegidos: que quienes promueven a los carnales a la cumbre de la santa Iglesia, quedan retenidos por una gravísima obligación de pecado. Pues los demás pecados obtienen el mérito de una pena singular, pero quien constituye a un prelado carnal, incurre en tantos méritos de penas cuantos ejemplos de depravación ofrezca aquel a los fieles súbditos. Pero el grave peso del crimen no puede deponerse, sino por la austeridad de una gran compunción. Además, la gracia de la compunción no se infunde en la mente, a no ser que primero se le muestre la magnitud del pecado mismo. El Profeta del Señor, por tanto, para provocar al pueblo pecador al fruto de una congruente penitencia, le insinúa, por medio de un admirable movimiento del aire, el gran pecado de la transgresión. Pues en la siega del trigo, no se producen lluvias ni truenos en aquella región. Bien, sin embargo, se añade a continuación:

(Vers. 18, 19.) Clamó Samuel al Señor, y dio el Señor voces y lluvias en aquel día: y temió todo el pueblo mucho al Señor y a Samuel. Y dijo todo el pueblo a Samuel: Ruega por tus siervos al Señor tu Dios, para que no muramos; pues hemos añadido a todos nuestros males el pedirnos un rey.

10. Lo cual ciertamente, si lo trasladamos a nuestros tiempos, para que el pueblo llegue al conocimiento de sus pecados, los predicadores claman por ellos a Dios, porque exigen la salvación de los fieles con grandes deseos. Clamar, para los predicadores, es pedir la salvación de

los elegidos con gran devoción. A cuyo clamor el Señor da su voz: porque excita los corazones de los pecadores para que reconozcan la maldad de su depravación. Da lluvias: porque ayuda a los corazones excitados mediante la infusión de la gracia soberana, para que cada uno no solo abandone los males que hizo, sino que también obre con fortaleza los bienes que desea. Pero se dice que esto sucede en el día de la siega del trigo, para que se designe la virtud del milagro. Ciertamente no es menor milagro la mudanza del corazón que la perturbación del aire. No es menor milagro que los corazones áridos revivan, que el que las lluvias inunden de modo inusitado en los ardores estivales. Pues es mayor milagro sacudir la mente insensible con un sonido íntimo, que el que suene el trueno por las nubes colisionadas por el viento. Pero el recto orden de la conversión se muestra en la ordenada posición de las palabras. Pues dice: Dio el Señor voces y lluvias, y temió todo el pueblo mucho al Señor y a Samuel. Pues en una conversión ordenadísima, cuando se abandona el mal, el bien se propaga en la mente; cuando la mente del converso nutre la buena semilla como por la lluvia, y se somete a Dios y a los hombres por la virtud de la obediencia. Bien, pues, se dice: Temió todo el pueblo al Señor y a Samuel, porque quien recibe la venida del Espíritu Sumo, tanto abandona los males como aprehende los bienes, y de tal modo se somete a Dios, que por Dios se postra incluso ante los hombres. Y porque no tienen presunción en la misma virtud de la obediencia, dicen: Ruega por tus siervos al Señor,

para que no muramos. Cuando el espíritu de vida se infunde en la mente, al punto la eleva al temor de la muerte: porque es magisterio del mismo espíritu que la mente obre temiendo, para que no encuentre lo que teme; pero los varones santos, rogando por ellos, pueden ser escuchados, ellos que también revelan los pecados ocultos del corazón por la humildad de la confesión. Por lo cual también se añade: Pues hemos añadido a todos nuestros males el pedirnos un rey. Porque ciertamente estas cosas...

(Vers. 20.) Y dijo Samuel: No temáis. Vosotros habéis hecho todo este mal. Pero no os alejéis de ir en pos del Señor.

11. La mente del penitente se dirige entonces bien si teme los juicios divinos y confía en la misericordia de Dios omnipotente. El temor, ciertamente, sin esperanza precipita en la desesperación, pero cuando se une a la esperanza, obra la salvación de la mente. Por lo cual el óptimo doctor debe vigilar con sumo estudio para aterrar al pecador, y al aterrado reducirlo a la esperanza del perdón: a fin de que por el miedo deje de pecar, y por la esperanza de alcanzar la indulgencia, busque el puerto de la divina misericordia. Elevando, pues, Samuel a los súbditos aterrados a la virtud de la esperanza, dice: Vosotros habéis hecho todo este mal, pero no os alejéis de ir en pos del Señor. Como si dijera: Si dejáis de pecar, podéis llegar más pronto a alcanzar el perdón de lo cometido. No os alejéis, pues, de ir en pos del Señor. Por la alabanza del justo se promete: Pues irás ante la faz del Señor a preparar sus caminos

(Luc. 1, 76). De aquí dice Elías: Vive el Señor, en cuya presencia estoy (III Reg. 17, 1). De aquí dice el Salmista: Exulten los justos en la presencia de Dios (Sal. 67, 4). Estar en la presencia del Señor, o ante el Señor, es presumir del amor del Creador por el testimonio de la buena conciencia. Estén ciertamente en su presencia quienes, por el mérito de una gran acción, están seguros de la gracia soberana de su Creador. Pero los pecadores, cuando cometen males, huyen de la faz del Señor, pero cuando deliberan volver arrepintiéndose, están como tras las espaldas del Señor: porque ni quieren alejarse más, ni sin embargo pueden presumir de Dios como amigos. De aquí es que se dice que la mujer pecadora estuvo detrás, para que mereciera besar los pies del Señor (Luc. 7, 38). Detrás estuvo también aquella que tocó la orla de su vestido, y mereció ser curada del flujo de su sangre (Mt. 9, 20). Detrás, ciertamente, está por la vergüenza del pecado, pero toca por la virtud de la esperanza. Porque, por tanto, siempre debemos avergonzarnos de las iniquidades cometidas, y evitar aquello en lo que nos confundimos, Samuel manda a los pecadores que no se alejen de ir en pos del Señor. Pero porque no basta al pecador la conversión para que no haga pecados, añadió subsecuentemente:

(Vers. 20.) Y servid al Señor de todo vuestro corazón.

12. Pues entonces podemos merecer el perdón si dejamos de pecar y nos adherimos a las buenas obras. Pues servir al Señor con todo el corazón es no retener en el corazón ninguna intención

de pecar. Todo corazón se inclina, ciertamente, al servicio del Creador cuando de tal modo hacemos los bienes que no retenemos ningún mal por propósito. Lo cual también el profeta del Señor, Samuel, insinúa abiertamente cuando añade:

(Vers. 21.) Y no os desviéis tras las cosas vanas, las cuales no os aprovecharán ni os librarán, porque son vanas.

13. Según la letra llama «cosas vanas» a los simulacros de los demonios. Pero para nosotros han de aceptarse aquí aquellas cosas vanas que el Predicador muestra diciendo: Vanidad de vanidades y todo vanidad (Ecl. 1, 2). Pues en comparación de los bienes eternos, son vanas todas las cosas, incluso los bienes temporales. Pues cualquier cosa que en este siglo se ve alegre, deleitable, sublime o próspera, es ciertamente vana: porque difícilmente se posee y pronto se pierde. De repente, ciertamente, caen las cosas altas del siglo, pasan las hermosas, se desvanecen las alegres y prósperas. Pues cuando se ve al mundo halagüeño permaneciendo en estas sus flores, la repentina fortuna se turba, o por la muerte festina y que todo lo trastorna, se concluye. Vanos son, por tanto, los gozos del siglo, que halagan como si permanecieran, pero que engañan a sus amantes pasando rápidamente. Diga, pues, el profeta Samuel: No os desviéis tras las cosas vanas, las cuales no os aprovecharán. Como si dijera: Neciamente se desean los bienes del siglo, que no podrán ser retenidos por más tiempo por quienes los desean. Y ha de notarse que se dice del futuro: No os aprovecharán, porque ciertamente ahora

parecen aprovechar; pero cuando en el futuro comiencen a ser castigados por ellos, de ningún modo aprovechan. Por lo cual también se añade aptamente: Ni os librarán, porque son vanas. Como si dijera: Por eso no os ayudan entonces, porque desfallecen con el mundo y tras el siglo no se poseen. Mucho duran, ciertamente, los bienes del siglo si llegan con el amante hasta el extremo de la vida. Tras el siglo, por tanto, no aprovechan las cosas que no pueden pasar el fin de la vida. En esta vida ciertamente obligan a sus amantes con pecados; pero entonces no librarán donde ciertamente están por el mérito, pero no están por el auxilio. En lo cual ha de notarse cautamente que los bienes temporales no aprovecharán a aquellos que se dice que se desvían tras ellos. Pues desviarse tras los bienes del tiempo es afluir a su apetito, anteponer el amor de ellos al amor divino. Merecidamente, por tanto, a estos no les aprovecharán las cosas vanas, porque no quisieron tenerlas en aquel orden en que fueron creadas. Pero con qué fruto se desprecien las cosas vanas se insinúa cuando se añade:

(Vers. 22.) Pues no desamparará el Señor a su pueblo por su gran nombre, porque juró el Señor hacerse un pueblo para sí.

14. Un gran mal infieren estas cosas vanas a quienes se desvían tras ellas, porque mientras desean desordenadamente las cosas terrenas, son desamparados por el sumo y omnipotente Dios para sostener los futuros tormentos. A estos, por tanto, a quienes se les prohíbe desviarse tras las cosas vanas, merecidamente el profeta les repro-

mete diciendo: No desamparará el Señor a su pueblo por su gran nombre. Porque quienes por su amor desprecian las cosas vanas, son librados de los verdaderos males y por la fe de la promesa reciben la recompensa de la herencia eterna. Pues el Señor hace su pueblo a quien eleva a los gozos de la bienaventuranza eterna. Allí, ciertamente, la gloria revelada de su majestad preside a aquel a quien en el mundo mantiene asumido del amor de la vanidad por la gracia oculta. Jurar ciertamente para el Señor es reprometer; y que Él hace su pueblo, el Señor lo jura a quien no se desvía tras las cosas vanas: porque las cosas terrenas han de despreciarse para que merezcamos alcanzar los bienes de la herencia eterna. Ni piense, sin embargo, alguien que por estos méritos puede ser conducido a ellos, porque aquí se expresó estrictamente: Por su gran nombre. Pues no por nuestra bondad, sino por la de Dios sucede que el hombre terreno disfrute de los bienes celestiales. Pues es don de Dios, no de nosotros. Sigue:

(Vers. 23.) Lejos de mí este pecado ante el Señor, que cese yo de rogar por vosotros.

15. Aquel habla estas cosas a quien el Señor dijo arriba sobre aquellos a quienes habla: «No te han desechado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos». He aquí que el profeta es desechado, y habla a quienes le desechan diciendo: «Lejos de mí este pecado ante el Señor, que cese yo de rogar por vosotros». Ciertamente, si esto se discute según el precepto de la Ley, no sería pecado si no rogara por quienes le desechaban. Pues la Ley de Moisés manda diciendo: «Amarás

a tu prójimo y odiarás a tu enemigo» (Lev. 19, 18). Pero incluso quienes desechaban al profeta se habían mostrado no como amigos, sino como enemigos. ¿Qué es, pues, lo que dice: «Lejos de mí este pecado», sino porque el varón santo, sublimado a la cumbre de la caridad, no solo amaba a los amigos, sino que incluso abrazaba a los mismos enemigos? Instruido ciertamente por el mandato de la antigua Ley, pero ilustrado por los fulgores de la nueva gracia, reprende la licencia de la antigüedad con la perfección evangélica. En cuyo hecho, ciertamente, nos vemos obligados a hacer cuentas con nosotros mismos. Pues de aquí se manda por el Evangelio: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian» (Mt. 5, 44). ¿Cuánto, pues, han de ser amados ahora los enemigos cuando se nos manda (Prefac. núm. 6), si pudieron ser amados entonces cuando se mandaba tenerlos en odio? Y porque no solo intentaba rogar por ellos, sino instruirlos, añade diciendo:

(Vers. 23.) Y os enseñaré el camino bueno y recto.

¿Por qué, pues, llama al camino del servicio divino bueno y recto, siendo que no sería bueno si no fuera recto, ni recto si no fuera bueno? Pero bueno fue el camino por el cual el pueblo ascendió de Egipto a la tierra de la promesa, y sin embargo, mientras dio vueltas por el desierto, no fue recto. Por tanto, camino bueno es por el que se tiende a la patria soberana; recto, por el que se llega fácilmente. El camino, pues, es bueno y recto cuando nos convertimos a la vida religiosa, ejercemos los servicios divinos con el instante

fervor de la gran devoción. Por lo cual también Samuel expone bien ese mismo camino diciendo:

(Vers. 24.) Por tanto, temed al Señor y servidle en verdad y de todo vuestro corazón.

17. Este camino ciertamente es bueno y recto: porque tiende a la vida eterna y llega a ella velozmente. Por el temor del Señor, ciertamente, se evitan los males; sirviéndole a Él, se cumplen sus mandatos. Al cual servimos ciertamente en verdad cuando realizamos sus preceptos por la sola retribución soberana. Pues quien espera del buen obrar una recompensa temporal, no sirve a Dios en verdad, a quien no ama con falso propósito en su operación. Pero quienes desean servir a Dios en verdad, son mandados poner todo el corazón en los servicios divinos, para que de tal modo hagan lo que es de Dios que no retengan en la mente nada que sea contra Dios. Este camino ciertamente no solo es bueno, sino recto: porque tiende a la salvación y conduce velozmente a su vencedor a la perfección. Como si se mostrara otro camino de la tierra de la promesa bueno, que conduzca; recto, que evite el desvío. Por este, ciertamente, cada uno llega tanto mejor a la cumbre de las virtudes cuanto menos se desvía por los rodeos de las negligencias. Este camino recto se expresa ciertamente en aquel por el cual se refiere que el Señor quiso conducir a los hijos de Israel a la tierra de la promesa. Quiso ciertamente encomendarles los trabajos del desierto para aligerarnos a nosotros, que caminamos tras las huellas de su Unigénito, el curso de tan gran viaje. Pues todavía no podían oír: «Si quieres ser

perfecto, vende lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; y sígueme» (Mt. 19, 21). Pues mientras el antiguo pueblo discurría por diversas cosas por la licencia de las cosas temporales, no pudo ser conducido pronto como por un rodeo de trabajo a la tierra de la promesa. Para que el profeta nos insinúe el camino de la nueva vida, dice que el camino es bueno y recto, y que es temer a Dios y servirle en verdad y de todo corazón: porque llegan pronto a la sublimidad de la gracia divina quienes no desisten de buscar a Dios omnipotente tanto por la buena obra como por los fervientes deseos. Y porque había hecho al mismo pueblo atento para oír las palabras de la predicación por medio del milagro, añade:

(Vers. 24.) Pues habéis visto las cosas magníficas que el Señor ha hecho con vosotros.

18. Como si dijera: De estas cosas que habéis visto, coligid cuán terriblemente debéis temer a Dios omnipotente y cuán devotamente debéis servirle siempre. Cuyas palabras, ciertamente, si las queremos aplicar a nosotros, tanto más venerablemente debemos temer y más devotamente servir a Dios, cuanto cosas más admirables hemos visto en nuestro Redentor. Pero porque lo que los buenos oyen, los malos lo desprecian audazmente, añadió diciendo: «Pero si perseverareis en la malicia, tanto vosotros como vuestro rey pereceréis igualmente».

CAPÍTULO III.

(I Reg. 13, 1.) Saúl era hijo de un año cuando comenzó a reinar; y reinó dos años sobre Israel.

1. Arriba, cuando se trataba el asunto de ordenar un rey, se dijo de aquel que debía ser preferido a los demás por juicio divino: «Porque era elegido y bueno». Asimismo, de él ya elegido para el reino y puesto en medio del pueblo, dice Samuel: «Ciertamente veis a quien eligió el Señor, que no hay semejante a él en todo el pueblo» (I Reg. 10, 24). Del mismo rey se dice ahora: «Saúl era hijo de un año»; para que, mientras se le alaba atentamente, se sienta que fue elegido bueno por el Señor. ¿Por qué, pues, se dice que es de un año cuando comenzó a reinar, sino para que se predique su inocencia? Pues según la letra, ¿cómo pudo ser hijo de un año quien sobresalía desde el hombro hacia arriba a todo el pueblo? Lo que, por tanto, no puede entenderse según la letra, debe entenderse por la razón de la inteligencia interna. Se describe, pues, como rey de un año para que el don de la niñez en la persona del rey signifique el bien de la inocencia. Por lo cual también se manda a los hijos del reino eterno: «No os hagáis niños en el sentido, sino sed párvulos en la malicia» (I Cor. 14, 20). Lo cual ciertamente la misma Verdad conmina incluso a los pastores de las Iglesias diciendo: «Si no os convirtiereis y os hiciereis como párvulos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt. 18, 3). Del rey, pues, que primero fue bueno y después resultó malo, se dice que fue de un año cuando comenzó a reinar, y que reinó dos años. Pues aunque reinó muchos años, se dice que reinó en aquellos solos en los que se refiere que fue inocente y humilde. Pues después, soberbio e inobediente, oyó: «Porque desechaste la

palabra del Señor, te desechó el Señor para que no seas rey» (I Reg. 15, 26). Él ciertamente se conoció desechado del reino y, sin embargo, desechado no temió reinar. ¿Cuántas cosas obró después con fortaleza? Pero he aquí que todos aquellos tiempos no le son computados para el reino. Gocémonos, pues, de haber vivido en aquel tiempo solo en el que vivimos inocente y humildemente. Pues aquellos tiempos que consumimos en la vanidad del siglo y en la fluida vida de la carne, mínimamente se recuerdan, como perdidos. Hay todavía también quienes se introducen para arrebatar la cumbre de la santa Iglesia, de los cuales se queja el Señor por el profeta diciendo: ...

(Vers. 2.) Y eligió Saúl para sí tres mil hombres de Israel; y estaban con Saúl dos mil en Magmas y en el monte Betel; y mil con Jonatán en Gabaa de Benjamín.

2. El número mil, que se completa reuniendo diez veces cien, insinúa la suma de la perfección. Cuando este se repite tres veces, se designan en él diversas perfecciones de los elegidos. Saúl, pues, eligió tres mil varones de Israel: porque el predicador de la verdad no conduce a la defensa de la santa Iglesia a los enfermos y débiles, sino a guerreros robustos y valientes. Se dice que son tres mil: porque en la suma de la perfección, presentan a las vírgenes: junto a las cuales ponen tanto a los continentes como a los defensores de la verdad. Pues mientras con el ejemplo de las vírgenes encienden a otros hacia la suma incorrupción, mientras con la vida de los continentes apartan a otros de las corrupciones del siglo, mientras

defienden la debilidad de los humildes mediante el auxilio de los poderosos, los buenos doctores vienen contra los enemigos de la santa Iglesia como con tres mil varones elegidos.

Se llaman varones por su fortaleza, y se dice que son de Israel por la contemplación divina. Pues no puede estar contenido en el sumo número de la perfección quien carece o de la virtud de la gran obra, o de la noticia de la visión interna. ¿Por qué se dice que unos están con Saúl y otros con Jonatán de entre los varones elegidos? Pero incluso los nombres mismos de los lugares en los que se dice que están, no deben creerse vacíos de misterios. Jonatán, que es descrito como hijo del rey y tiene una parte de los guerreros, insinúa ciertamente a aquellos que, en el ministerio de la predicación, son ayudantes de los doctores. Son ciertamente hijos de ellos: porque los aman vehementemente, por cuyo ministerio son engendrados para Dios. Pero presiden una parte de los guerreros: porque cuidan de la santa Iglesia, y con el ejemplo a unos, y con exhortaciones a otros, los promueven al amor de las virtudes. Como si el gran rey hubiera enviado a su hijo al ejército, quien hablaba a los corintios diciendo: Por eso os envié a Timoteo, que es mi hijo carísimo y fiel en el Señor, para que os recuerde mis caminos que son en Cristo Jesús, como enseño en todas las Iglesias de los santos (1 Cor. 4, 17). De aquí dice también: Cuando venga Timoteo, ved que esté sin temor entre vosotros; porque realiza la obra del Señor, como yo (1 Cor. 16, 10).

3. Se dice que Jonatán estaba con mil varones en Gabaa de Benjamín, pero Saúl con dos mil en Magmas y en el monte Betel. Gabaa, como ya hemos dicho a menudo, se interpreta como "sublime"; Magmas, "humildad"; Betel, "casa de Dios"; Saúl es llamado "petición"; Jonatán, "don de la paloma". Hemos referido los tres mil varones elegidos de Israel a las vírgenes, a los continentes y a los defensores de la verdad. Así pues, mientras Jonatán es llamado don de la paloma, y se dice que mil varones están con él en Gabaa, es decir, lo sublime: ¿qué otra cosa insinúa sino a aquellos que, con el clarísimo ejemplo de la virginidad, ofrecen a otros la norma del mismo pudor? Bien es llamado don de la paloma el institutor de las vírgenes: porque se logra por la incomparable gracia del Espíritu Santo que la corrupción de la carne sea desconocida por quienes permanecen en la carne. Bien se dice también que las vírgenes están en lo sublime: porque lo que sobrepasa la naturaleza humana está situado en la altísima cumbre de las virtudes. De donde también aquel virgen amado de Jesús, insinuando el lugar de las vírgenes, dice: Vi sobre el monte Sion un cordero de pie, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían su nombre y el nombre de su padre escrito en sus frentes (Apoc. 14, 1). A los cuales también insinúa por la luz de su propia conversación, diciendo: Estos son los que no se mancharon con mujeres, pues son vírgenes, y siguen al cordero a dondequiera que vaya (ibíd., 4). Se dice ciertamente que están con el cordero en el monte; porque por el mérito de la incorrupción, por el cual

se separan de los deleites terrenos y carnales, son sublimados en la superna gloria del Redentor.

Pero se dice que dos mil están con Saúl en Magmas y en el monte Betel. Magmas, que se interpreta como humildad, ¿qué otra cosa significa sino el rubor de los continentes? Pues mientras recuerdan los pasados deleites de la carne, se avergüenzan. Pero porque son varones fuertes, se dice que están con Saúl; y mientras desprecian los experimentados halagos del siglo, con el ejemplo de su virtud atraen a otros innumerables al desprecio del mismo siglo. Pero, sin embargo, habitan en Magmas: porque mientras recuerdan cómo eran en el siglo, no pueden enorgullecerse de aquello en lo que se ven a sí mismos grandes en Dios. Quienes bien se dice que están con Saúl, que se llama "petición". Pues el predicador de la verdad debe ser de tan gran caridad que, por el deseo instantáneo, se sienta que no es un peticionario, sino una petición misma. Pues debe desear la salvación de los fieles tan instantáneamente que, por el hábito del gusto interno, conduzca todo movimiento del corazón al afecto de la súplica. Con el cual hay mil varones: porque los oyentes más perfectos coinciden en caridad con los doctores elegidos, y ruegan comúnmente al Señor omnipotente por la salvación de los fieles. Están, pues, en Magmas con el rey: porque habitan la humildad para sí mismos, a fin de que merezcan ser escuchados por los demás. Pero mientras el doctor elegido preside provechosamente a todos los súbditos, promueve las virtudes de todos hacia las coronas de la victoria. Pues suplica con

los humildes, lucha con los fuertes, insiste en las oraciones con los varones retirados, y protege a los débiles y enfermos con los defensores expuestos de la Iglesia. Bien, por tanto, se dice que están con Saúl entre los miles de guerreros no solo en Magmas, sino en el monte Betel: porque el predicador de la Iglesia, así como sobresale ante los diversos órdenes de los elegidos, así debe ser su cooperador. Pues custodian Betel, es decir, la casa de Dios, quienes defienden la santa Iglesia con la autoridad de la palabra. Cuando se oponen a cualesquiera tiranos con la voz de libre autoridad, cuando se levantan contra los poderosos de este siglo, cuando para la defensa de los humildes contradicen a las potestades de este siglo, custodian Betel, la casa de Dios, como guerreros del rey. Estos ciertamente se dice que están con Saúl: porque son los coayudantes de los grandes doctores en la defensa de la Iglesia.

Pero de los demás bien se dice: (Vers. 2.) Por lo demás, remitió al resto del pueblo, cada uno a sus tiendas.

4. Habla del resto del pueblo, al cual el número de mil no incluye. Cada uno es remitido a sus tiendas, porque los débiles e imperfectos no deben ser llevados a las obras más altas y fuertes. Pues ni los continentes, ni las vírgenes, ni los mártires pueden hacerse de los débiles. Para aquellos ciertamente, para que no vuelvan a ellos los pasados deleites de la carne; para estos, para que desprecien los halagos no experimentados de la carne; para aquellos, para que no teman las adversidades del mundo, es necesaria la máxima

fortaleza. Por lo tanto, el resto de la plebe es remitida a sus tiendas, para que no sea condenada por la temeridad de una vida más alta, y perezca en la guerra como débil e infirma, mientras promete la fe de una alta conversación que no tiene el vigor de la alta virtud. Como si el bienaventurado apóstol Pablo remitiera a cada uno a sus tiendas cuando decía: Por causa de la fornicación tenga cada uno su propia mujer, y cada una su propio marido (1 Cor. 7, 2). Pues como un perito maestro de la milicia interna, considerando tanto las coronas de la victoria como la gravedad de la lucha, pesaba las fuerzas de los soldados en el peso de la guerra, juzgando que lo mejor para los débiles era que vivieran en las ciudades, para que no perecieran en el amargo Marte. Por lo cual, segregándolos también de los campamentos de los fuertes, dice: Volved a lo mismo, para que no os tiente Satanás por vuestra incontinencia (ibíd., 5). Pero, una vez retirados los débiles, se expone lo que sucede en la fortísima formación de las vírgenes, cuando se añade: (Vers. 3.) Y Jonatán hirió la guarnición de los filisteos que estaba en Gabaa.

5. Así como la formación del esposo sobresale en orden, así también recibió primero los títulos de la victoria. Jonatán, pues, hiere la guarnición de los filisteos: porque la virginidad elegida de la carne, sublimada desde la fortaleza de la continencia, extingue los movimientos torpes. Bien, además, se llama guarnición de los filisteos: porque en el cuerpo virginal, los movimientos carnales no tienen el reposo del deleite, sino el estado

del combate. Están de pie ciertamente: porque impugnan, pero no pueden descansar: porque no deleitan mínimamente la mente santa. La guarnición, pues, de los filisteos en Gabaa es herida cuando por las vírgenes elegidas los deseos de la carne son totalmente debilitados, y obtienen la paz del triunfo, mientras no tienen las guerras habituales. Hacia cuya victoria ciertamente, porque a menudo progresan por la exhortación de los mayores, mil varones están en Gabaa con Jonatán: pero se dice que Jonatán hiere los campamentos de los filisteos. Y porque con el ejemplo de unos, a menudo otros se excitan a la emulación de la virtud, sigue: (Vers. 3, 4.) Y Jonatán hirió la guarnición de los filisteos que estaba en Gabaa. Lo cual, cuando lo oyeron los filisteos, Saúl tocó la trompeta en toda la tierra, diciendo: Oigan los hebreos. Y todo Israel oyó tal fama. Saúl hirió la guarnición de los filisteos, e Israel se levantó contra los filisteos. Clamó, pues, el pueblo tras Saúl en Gálgala.

7. Arriba se describe que el rey Saúl eligió para sí tres mil varones. Si, por tanto, queremos comparar las partes de cada ejército, se asignan contra cada varón de Saúl diez carros de los filisteos y dos jinetes. Pues diez veces tres mil son treinta mil. En el número seis también se duplica el número tres. En cuya guerra ciertamente se designa tanto la multitud como la ferocidad de los enemigos ocultos. Vienen contra nosotros en carros y caballos: porque ora se esfuerzan en ofrecer malos pensamientos a los corazones de los elegidos, ora halagos nocivos de las cosas visibles

a sus sentidos corporales. Pues los caballos son veloces para la carrera y fuertes para el ímpetu. A los cuales ciertamente se comparan aptamente los malos pensamientos, que vienen velozmente al corazón y pinchan fuertemente. Los jinetes vienen a la batalla contra nosotros cuando los espíritus malignos tanto nos excitan velozmente malos pensamientos como nos impugnan fuertemente a través de ellos. Pero dos jinetes vienen contra cada uno de los fieles: porque si reunimos las ocultas insidias de los espíritus réprobos en la suma de la consideración, aquel propósito especial de ellos es: a saber, herir en nosotros la virtud principal y extinguir totalmente la caridad de Dios y del prójimo. Pues se ve rabiar a un caballo cuando por un pensamiento réprobo el espíritu maligno nos sugiere que el prójimo sea odiado. Pero el caballo que se ve solo no está solo: porque nadie ama a Dios si odia a su hermano (1 Juan 4, 20). Porque igualmente la caridad divina no conviene con ningún vicio principal en la mente, cada vez que un vicio espiritual se nos sugiere por el fraude de los demonios, debemos precavernos de la excesiva velocidad y de la ferocidad violenta de los jinetes rabiosos.

En comparación con un jinete ciertamente, el golpe de un arquero o de un infante es de todos modos débil. Pero el ímpetu del jinete es violento por las fuerzas del caballo: porque ciertamente la virtud del espíritu maligno no es nada en el certamen de los elegidos si a él mismo no se le permite residir en el mal pensamiento. Porque, por tanto, nuestros enemigos son muy fuertes

en la guerra cuando se les permite asentarse en los pensamientos internos, en el ejército de los filisteos se cuenta una turba de jinetes. Pero se asignan diez carros a cada elegido en la batalla. Pues tenemos cinco sentidos del cuerpo por los cuales recibimos la experiencia del deleite. Pero los espíritus malignos, cuando desean engañar la mente por los halagos de la carne, muestran a los sentidos corporales las especies de las cosas que la carne apetece, y por las especies de las mismas cosas sugieren que la mente codicie lo ofrecido. Como si el adversario levantara un carro sobre sus ruedas, mientras por un lado ofrece los halagos de las cosas, por otro retiene los pensamientos; ofrece estos, introduce aquellos, y como rodando se transporta sublime hacia el alma, mientras el espíritu maligno se levanta contra los elegidos tanto por los halagos de las cosas como por el arte de las sugerencias. Hay, pues, diez carros: porque contra cada uno de los sentidos de nuestro cuerpo tienen especies de halagos visibles, y tienen contra otros tantos sentidos del alma artes engañosas de persuasiones.

8. Pero ¿qué es que se mencione que el resto del pueblo es muchisimo, como la arena que está en la orilla del mar, sino porque, bajo el liderazgo de los malos espíritus, rabea contra nosotros una innumerable turba de vicios? Pues como el pueblo llano sometido sigue a los carros y a los jinetes cuando las insidias de los demonios se anticipan impugnando la mente: para que sea devastada por los vicios subsiguientes, como por una multitud de pueblo irracional. Bien se descri-

ben primero los carros y los jinetes, y luego la numerosidad del vulgo en la lucha espiritual de los santos: porque ciertamente no hay numerosidad ni fortaleza de vicios si no precede, excitando e introduciendo, esta turba de espíritus malignos. Con cuyas palabras también se insinúa cuán cauta y circunspecta debe ser siempre la vida de los santos. Pues si el resto del vulgo se compara con la abundante arena del mar, la multitud de los dardos es innumerable y casi inevitable. Pues aunque para los fieles expertos todos los vicios sean conocidos, con cuántos movimientos golpean el corazón, de qué modos o por qué causas vienen siempre al corazón, no pueden saberlo del todo. Ciertamente rechazan con poder las tinieblas abiertas de las tentaciones; pero a menudo no escapan a la calígine de la ignorancia en las cosas más leves, como a las minucias de la arena. Siempre muestran la fortaleza de la buena obra, pero quienes superan grandes ejércitos de jinetes con gran virtud, no refrenan totalmente la lengua de toda locución superflua. Con continuo uso dirigen el cuerpo al servicio de Dios omnipotente; pero su mente, que ordena perfectamente los miembros exteriormente, a veces de ningún modo evita los pensamientos superfluos. Pues ¿qué otra cosa sienten entonces sino la inoportuna multitud del vulgo, quienes han postrado los carros y los jinetes con gran virtud?

9. Pero el excelente doctor dice: Para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para el bien (Rom. 8, 28). Dios permite ciertamente que sus elegidos sean atacados por grandes tenta-

ciones, para que deban ser coronados magníficamente en el reino celestial: pero permite grandes batallas, que venzan; excita las leves, en las que caigan: para que la victoria de los fuertes sea grande, y la caída inocua; para que al caer se levanten fácilmente, y no los ensalcen aquellas cosas fuertes en las que habían permanecido como vencedores. Pues si vencemos a los carros y a los jinetes, no debemos ensalzarnos por la victoria: porque son innumerables las cosas que cometemos pensando, hablando, viviendo, gustando, oyendo y obrando. Pues los dardos de este vulgo innumerable no podía evitarlos ni siquiera aquel que decía: En muchas cosas ofendemos todos (Sant. 3, 2). De aquí también habla el amado de Jesús diciendo: Si dijéramos que no tenemos pecado, nos seducimos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1, 8). ¿Quién pues se atrevería ya a ensalzarse como vencedor, si hombres tan grandes manifiestan que no pueden escapar del todo a los dardos de los pecados?

Pero porque estas cosas se describen en la guerra espiritual, no debemos estimar ahora qué padecemos, sino de qué manera podamos debilitar el ímpetu de nuestros enemigos. El vulgo de los filisteos se compara con la arena, que es muchísima en la orilla del mar: porque toda la fuerza y el número de los vicios se aumenta por las perturbaciones del siglo. El mar ciertamente designa a este siglo: porque mientras es impulsado por una gran variedad de cosas y tiempos, se perturba como por vientos furiosos. En la orilla, en cambio, cuando el agua impulsada del mar

se retira, se amontonan innumerables minucias de arena. ¿Qué es, pues, la orilla del mar, sino el corazón de cada uno que es negligente en la conversación espiritual? Ciertamente por el orden de la religión, se ve que está como en suelo firme; pero mientras no reprime los pensamientos seculares, recibe en sí como las olas rompientes del mar y los cúmulos de arenas: y de ahí ciertamente puede ser impulsado por las olas y abrumado por la arena, de donde no teme aproximarse al mar: porque si reprimiera los pensamientos del siglo con la contemplación de las cosas espirituales, no sentiría los vicios de la mente y del cuerpo, que la ocupación del siglo introduce como arenas y olas. ¿Por qué pues se dice que la turba de los enemigos es semejante a la arena, sino porque los espíritus malignos impugnan a los atletas elegidos de Cristo con los mismos vicios con los que superan a los negligentes? Vienen con una turba de estrépito secular contra aquellos que han aprendido a despreciar el siglo en sus deleites con toda la mente. Forman pompas de cosas visibles, renuevan el amor ya despreciado del siglo fingiendo: para atraer a los deleites nocivos los corazones inflamados de amor superno. Pero los hombres santos, porque consideran que esta innumerable turba de malos pensamientos brota del mar del siglo, huyendo del siglo con toda la mente, evitan convertirse en orillas del mar, y ya no temen a tan gran vulgo de enemigos: porque mientras se mantienen en la íntima contemplación, la turba de los vicios no puede tener acceso a ellos.

Sigue: (Vers. 5.) Y subiendo, acamparon en Magmas, al oriente de Bet-avén.

10. Para los espíritus malignos, ascender es intentar cosas altas mediante el deseo celestial con el fin de engañar los corazones de los santos. Pero bien se dice: Acamparon en Magmas: porque residen en aquellos corazones que no ven sublimados en el alto amor de las cosas celestiales. Pues Magmas se interpreta como humildad. Pero ser humillado en la sagrada elocuencia se toma a menudo por un defecto de la virtud. De donde también en esta misma historia de los reyes, Tamar, la hija del rey David, a quien se lee que su hermano Amón violó, se dice que fue humillada. Corrompida, fue ciertamente humillada: porque había permanecido como virgen sublime, y cuando perdió la alta cumbre del honor virginal, vino como de un lugar sublime a uno llano y humilde (2 Sam. 13). Sobre la futura depresión de los soberbios también se dice: Todo el que se ensalza será humillado (Luc. 14, 11): porque caen en el examen del juez superno quienes se glorían vanamente de la sublimidad de este siglo.

Bien pues se dice que los filisteos ponen sus campamentos en Magmas: porque por consejos inicuos habitan en ellos los demonios, quienes no cuidan de mantener las altas cumbres de las virtudes. Pues mientras buscan lo terreno, habitan como lugares llanos y humildes, donde los enemigos invisibles pueden poner sus campamentos fácilmente. De los cuales enemigos ciertamente se dice por el profeta: Los que dicen a tu alma: Incurvate, para que pasemos (Is. 51,

23). Erguida ciertamente es el alma sublime, encorvada la humilde: porque por la excelsitud de las virtudes y por el deseo celestial es elevada a las cosas altas: pero cuando fluye hacia los vicios o hacia el amor del siglo, cae ciertamente allí donde el enemigo que irrumpe la aplasta fácilmente. Dicen pues a tu alma: incúrvate, para que pasemos: porque si no la humillan para obrar o pensar cosas terrenas, ni la penetran con malignas persuasiones, ni la perturban con la guerra de los vicios.

11. De aquí pues podemos colegir cuánto debemos alejarnos del siglo en acto, palabra y pensamiento. Pues nuestras palabras, pensamientos y obras son llanos y humildes cuando son seculares. Por estos ciertamente estamos allí donde los campamentos de los enemigos ocultos se ponen libremente, donde tanto más fácilmente podemos ser capturados cuanto menos somos elevados por ninguna fortaleza de munición. Pues ¿qué fiel no sabe ya que ellos recogen las culpas de nuestras palabras, pensamientos y obras, y las guardan para nuestra acusación en el advenimiento del futuro Juez? De donde también el Señor, insinuando que este lugar humilde y despreciado de Magmas debe ser huido por nosotros, dice: Toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio (Mt. 12, 36). El lugar pues de los enemigos se llama humilde, para que ciertamente nos insinúe que siempre debemos ser sublimes en palabra, pensamiento y obra.

Y porque mientras en el lugar humilde de su vida más remisa los réprobos son capturados, muestran ejemplos de perversidad que se propongan a otros para ser imitados: se dice que Magmas está al oriente de Bet-avén. Por el oriente ciertamente vemos surgir la luz del sol. Pero la vida de los réprobos, aunque tenga la verdad de la obscuridad, quienes sin embargo siempre la apetecen por el vano deleite del siglo, ciertamente son engañados como por el esplendor de una falsa luz. De donde también por el bienaventurado Job se dice: Se quitará a los impíos su luz (Job 38, 15). Ahora ciertamente les place como lúcido el halago del siglo; pero cuando salen del siglo, sufrirán tinieblas perpetuas, que creyeron que eran luz. Entonces verán que no fue luz, cuando la prosperidad se cambie en adversidad, la luz en tinieblas, la risa en duelo, la dulzura en gusano, el decoro en deformidad, el honor en deshonor, los halagos en penas y tormentos eternos.

Estas cosas ciertamente, porque ahora los corazones de los impíos no las sienten, rehúyen imitar las costumbres de los buenos; y por el ejemplo de los perdidos, de ningún modo temen tomar lo que les plazca del siglo: porque imitan a aquellos que por la vida réproba se han convertido en habitáculos de demonios. De donde también con mérito son llamados casa inútil: porque a menudo reciben la predicación de los santos, pero la palabra que oyen de su boca, de ningún modo permiten que habite en ellos por el amor. Son pues casa inútil: porque no hacen en sí una habitación apta para Dios. La Verdad misma

designa esta casa inútil en el Evangelio diciendo: Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza (Mt. 8, 20). De aquí otra vez está escrito: El Espíritu Santo de la disciplina huye del fingido, y no habita en el cuerpo sometido a los pecados (Sab. 1, 5). Bien pues se dice que la casa inútil tiene a Magmas en la parte del oriente: porque quienes desprecian la predicación de los santos, en el ejemplo de los réprobos que buscan lo ínfimo y terreno, se alegran como en el surgimiento de una gran luz. Pero mientras, hablando los misterios de la historia sagrada, se demuestra la conversación de los malos, cuán cauta sea la vida de los santos se muestra subsiguientemente.

Pues sigue: (Vers. 6.) Lo cual, cuando vieron los varones de Israel, que estaban en aprietos, se afligió el pueblo, y se escondieron en cuevas y en lugares ocultos, también en peñascos, y en grutas y cisternas.

12. Ciertamente estamos en aprietos cuando somos tentados interiormente por espíritus inmundos y vemos exteriormente los ejemplos de los hombres malos. Por tanto, contra la tentación interna de los espíritus malignos, bien se ha dicho: 'Se afligió el pueblo', y contra los ejemplos exteriores de los hombres impíos: 'Se escondieron'. Pues el astuto adversario nos sugiere cosas halagüeñas y alegres para que las deseemos, el cual nunca es mejor vencido que si, siendo tentados, corremos a los lamentos de la oración devota. Y podemos evitar más rápidamente los ejemplos de los perversos si juzgamos que ni

siquiera deben ser mirados. Por tanto, el esconderse de los santos es dignarse no ver las cosas réprobas. Y porque guardan los cinco sentidos del cuerpo de la imitación de los réprobos, también se describen cinco géneros de escondrijos: a saber, cuevas, lugares ocultos, peñascos, grutas y cisternas. Pues las cuevas de los montes son cosas ocultas: porque los corazones de los santos son altos en el deseo celestial, y están cerrados e inaccesibles para los espíritus malignos. Por tanto, entramos en las cuevas cuando recurrimos a los secretos de las mentes, para no ver con ojos errantes las cosas codiciables en el exterior. Nos escondemos en lugares ocultos cuando guardamos los silencios ocultos de la boca cerrada. Subimos a los peñascos cuando colocamos el acto del cuerpo en una operación robusta. De donde también se dice de estos lugares ocultos por el profeta bajo la designación de uno: 'El que cierra sus ojos para no ver el mal, y tapa sus oídos para no oír de sangre, y sacude sus manos de todo soborno: en las alturas habitará, las fortalezas de las rocas serán su alteza' (Is. 33, 15). Entramos en grutas y cisternas cuando guardamos tanto el olfato de las obscenidades del mundo como los oídos de oír vaniloquios. Pues las cisternas de las aguas son las palabras de las Sagradas Escrituras. Por tanto, nos escondemos en las cisternas cuando entramos en las aguas de la sagrada elocuencia, para que por el oficio de los oídos reguemos las praderas de las mentes. Pero bien se mencionan los escondrijos de Israel en tipo de los elegidos: porque quien no protege los senti-

dos del cuerpo del manchamiento de los deleites carnales, no escapa a la espada de los enemigos ocultos. Diga pues la victoria de aquel encuentro oculto, diga: 'Se afligió el pueblo'. Diga abiertamente los triunfos del certamen puesto delante: 'Se escondieron'. Pues la aflicción de la mente electa es el filo perentorio de toda tentación diabólica. Pues mientras se compunge profundamente, es elevada al amor del gozo superno; y tanto más fuertemente rechaza ya los ofrecidos deleites del mundo cuanto más fervientemente ama ya las cosas celestiales, a las que asciende llorando. Pues el egregio doctor dice: 'Por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios' (Hch. 14, 21). El cual ingreso del reino celestial ciertamente de tal modo se espera al fin de los tiempos que se sienta en la vida cotidiana de los santos. Por tanto, nuestra tribulación es el ingreso del gozo superno. Con mérito, pues, cuantas veces la mente electa se compunge en el lamento de su aflicción, atribulándose a sí misma obtiene esto: que entre en la contemplación de aquel reino superno, en el cual se alegre inefablemente. Y mientras los varones santos rehúyen ver a los amantes del mundo en la flor de la alegría pasajera, mientras esconden sus sentidos corporales de su imitación, no es huida de lo que se ve, sino una victoria gloriosa. Ciertamente huyen de los actos terrenos, pero alcanzan los celestiales; parecen ocultarse al mundo, pero se revelan a la gloria celestial. Huyendo, pues, de lo nocivo, persiguen a sus enemigos más válidamente, y triunfan con mucha más nobleza, cuando de tal modo se apre-

suran a lo celestial que la contaminada ferocidad de sus adversarios no los toque. Sigue:

(Vers. 7) Pero los hebreos pasaron el Jordán a la tierra de Gad y de Galaad.

13. Ciertamente si queremos saber esto primero según la letra, se siente que aquellos hebreos estaban tanto aterrorizados por el miedo como que habían huido hacia sus enemigos. Pues no mucho después, en la victoria abierta de Jonatán, se escribe: 'Los hebreos que habían estado con los filisteos ayer y anteayer, y subieron con ellos al campamento, regresaron para estar con Israel, que estaban con Saúl y Jonatán' (I Rey. XIV, 21). Pero ¿qué se significa en este hecho, sino lo que vemos suceder diariamente en la santa Iglesia, que la vida de los buenos es segura y cautísima, y la impaciencia precipitada de los negligentes? Ciertamente los enfermos y audaces son curiosos por las acciones del siglo; débiles para tolerar la guerra de la tentación. Y si discutimos nuestras cosas en estas, muchísimos tales se encuentran en los monasterios. Dentro de los puertos ciertamente habitan cosas tranquilas, pero de ningún modo sopesan las tormentas del mar abierto y los torbellinos de las tempestades. Y cuando piensan que actúan como fuertes en el exterior, salen fácilmente a las gravísimas batallas de las tentaciones; contra adversarios fuertes, son impotentes. Imprudentes ciertamente en la razón, débiles en la fuerza, así como no entienden los fraudes de la astuta tentación, así tampoco escapan a las trampas abiertas de los halagos. Pasan pues el Jordán, porque se inclinan a perpetrar las

torpezas de la carne. Pues el Jordán se interpreta como el descenso de ellos. Por tanto, quienes desertan la justicia, caen del alto monte de las virtudes. Porque, pues, todos los débiles apetecen de buen grado los halagos del mundo que ven, en su tipo se relata que los hebreos no fueron llevados a través del Jordán, sino que pasan el Jordán. Pues el pasar es propio de quien quiere. Así pues pasan el Jordán quienes se inclinan a los deleites carnales por una deliberación voluntaria y apresurada. Pero pueden entenderse que pasan el Jordán quienes comienzan a pecar recientemente, pero trascienden las maldades de otros hombres pecadores pecando. Pues llegarían a su descenso cesando, no pasando, si hicieran males iguales a otros y no los superaran atreviéndose a ellos. Y porque encuentran a sus iguales incluso en una vida más malvada, bien se menciona que llegan a la tierra de Gad y de Galaad, al otro lado del Jordán. Pues habitan como al otro lado del Jordán quienes por el uso de pecar se hacen peores que los malos. Para levantar a los pecadores de este descenso de la culpa había venido aquel de quien está escrito: 'Vino a toda la región del Jordán, predicando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados' (Lc. 3, 3). Aquel que había venido a predicar la penitencia de todas las culpas, se predica que ha venido a todas las regiones del descenso. Sigue:

(Vers. 7-9) Y como Saúl estuviera todavía en Gálgala, todo el pueblo que le seguía estaba aterrorizado. Esperó pues siete días según el concierto de Samuel, y no vino Samuel a Gálgala, y el

pueblo se deslizó de él. Dijo pues Saúl: Traedme el holocausto y las víctimas pacíficas; y ofreció el holocausto.

14. Hasta aquí, como se ha dicho arriba, la palabra divina ha hablado de Saúl como elegido y bueno; pareció razonable que lo que de él se decía, tanto por la historia como por la moralidad, lo tomáramos en buena parte. Pero ahora, porque hemos llegado al lugar de su transgresión, ciertamente es necesario que veamos en él también las cosas que deben ser evitadas. Pero ¿qué debió parecer que debe ser evitado con más estudio por todos los elegidos que el mal de la soberbia y la inobediencia? Esta ciertamente depuso la sublimidad del primer ángel, esta abatió la gloria de los espíritus perdidos. Esta quitó la felicidad al primer hombre; esta trajo las perpetuas miserias del cautiverio humano. Y he aquí que al primer ángel y al primer hombre, se añade por la inobediencia el primer rey del pueblo elegido, para que mientras los grandes caen, los pequeños sean levantados. Pues bien somos levantados si tanto miramos sus caídas como las evitamos. Por tanto, debe considerarse atentamente dónde cayó Saúl. Pues arriba le había dicho Samuel: 'Bajarás delante de mí a Gálgala.' Yo ciertamente bajaré a ti, para que ofrezcas holocausto, y oblación, e inmoles víctimas pacíficas. Siete días me esperarás, hasta que yo venga a ti: y te mostraré lo que hagas (I Rey. X, 20). Por eso pues cayó por la inobediencia, porque no esperó los siete días íntegros, como se le había mandado. Pues en el mismo lugar de repente se añade:

(Vers. 10) Y como hubiera acabado de ofrecer el holocausto, he aquí que venía Samuel. 15. En el cual lugar debe considerarse con corazón tembloroso cómo, despreciada la espera de un tiempo brevísimo, fue rechazado. 'Cuando hubo acabado', dice, 'de ofrecer el holocausto, he aquí que venía Samuel'. Si, pues, lo esperara solo por el brevísimo intervalo de tiempo en el que ofreció el holocausto, ya seguro habría podido obtener la fortaleza de su reino. Así pues, si hay tanta pena cuando se desprecia a un profeta: ¿qué pensamos que se incurre de aquel mar de la animadversión divina cuando se disipan los mismos preceptos divinos? Y porque en un momento pasa el deleite de la carne y toda comisión de pecados, y es ciertamente breve la hora de la transgresión, no es sin embargo breve la pena de la torpeza; porque mientras erigimos en nosotros por un momento el reino del pecado, perdemos aquellos reinos de todos los siglos. Pues inmediatamente después del pecado viene la palabra profética para reprender; la cual estaría presente si no pecáramos, para fortalecernos en el bien. Ciertamente la conciencia manchada tiene ya el elocuencia divina contra sí; la cual si evitara mancharse, ayudada y aliviada por ella, subsistiría en su propio vigor. Pues ¿qué otra cosa nos designa espiritualmente lo que se dice: 'Y como hubiera acabado de ofrecer el holocausto, he aquí que venía Samuel'? Y si no hubiera ofrecido el holocausto, de igual modo habría venido Samuel. Así ciertamente también cuando somos tentados, la gracia divina está cerca para ayudar a los que resisten: cerca también

la justicia divina para condenar a los que desfallecen. De donde la Sagrada Escritura, exhortándonos a esperar, dice: 'Si el espíritu del que tiene poder subiere sobre ti, no dejes pronto tu lugar' (Ecl. X, 4). De aquí el profeta testificando dice: 'El Señor es mi ayudador, y por eso no soy confundido' (Is. L, 7). De aquí el Salmista, mirando aquellas mismas ayudas cercanas, dice: 'Preveía al Señor siempre en mi presencia, porque está a mi diestra para que no sea conmovido' (Sal. XV, 8). Pero oigamos ya lo que el profeta dice al que no espera; lo que responde aquel que no quiso esperar:

(Vers. 11) Y le habló Samuel: ¿Qué has hecho?

16. Sabía ciertamente el profeta qué había hecho, pero interrogando, reprobaba el hecho de la inobediencia. De donde también se dice por el Señor al Adán pecador en el paraíso: 'Adán, ¿dónde estás?' (Gén. III, 9). También puede intimarse por esta interrogación la magnitud del reato. Como si dijera abiertamente: Te parece poco que hayas delinquido desobedeciendo, sino que delinquiendo has caído del sublime culmen de tu gloria. Ahora pues muchísimos dentro de la santa Iglesia se abruman de torpezas, y están seguros como quienes pierden nada o cosas mínimas. Dígase pues al caído, dígase: '¿Qué has hecho?' Te parece poco que te hayas manchado con la suciedad del pecado, porque no atiendes qué gloria de la eternidad has perdido, qué pena de la gehena has merecido. Ciertamente se interroga al pecador qué ha hecho, para que sea conducido al corazón por los lamentos, para que

sepa que ha incurrido en grandes cosas y no se duela poco. Pero porque de la raíz de la soberbia nace la misma culpa de la inobediencia, suelen los inobedientes oír la magnitud de su reato de los doctores que los reprenden, pero no satisfacer confesando humildemente. Pues cuando apetecen parecer sublimes, se dignan no mostrar sus caídas; y por eso presentan excusas, pretenden justicia; porque se avergüenzan de aparecer pecadores. Bien pues se añade:

(Vers. 11, 12) Respondió Saúl: Porque vi que el pueblo se deslizaba de mí, y tú no había venido según los días concertados. Además los filisteos se habían congregado en Magmas. Y dije: Ahora bajarán los filisteos a mí en Gálgala, y no he aplacado la faz del Señor. Compelido por la necesidad, ofreció el holocausto.

17. He aquí que quien es reprendido por la temeridad de una gran transgresión, no teme asertar grandes causas de justicia. 'Vi', dice, 'que el pueblo se deslizaba de mí'. He aquí que aquí se afirma destituido del pueblo: 'Además, tú no habías venido según los días concertados'. Aquí se muestra defraudado por la promesa del profeta. Además, los filisteos se habían congregado en Magmas. Aquí igualmente objeta el inminente peligro del encuentro. Por lo cual, infiriendo una palabra de su acción, dice: 'Compelido por la necesidad, ofreció el holocausto'. Como si dijera: Tú me reprendes por un gran reato, cuando el reato es tanto más leve cuanto que no consta de temeridad, sino de necesidad. Pero sepamos qué

lo conoce el profeta, que no quiso conocerse a sí mismo, añadiendo:

(Vers. 13) Estúpidamente has obrado, ni has guardado los mandatos del Señor tu Dios.

18. Todos los soberbios, porque por el tumor se juzgan estar por encima de los hombres, son competentemente reprendidos cuando se les objeta la divina voluntad que ofenden. Saúl, pues, es reprendido al modo de los soberbios, quien se dice que despreció los mandatos del Señor su Dios. Lo cual es tal, como si aterrara al soberbio y despreciador diciendo: Aunque desprecies a los hombres, ahora no has disipado el consejo de los hombres, sino los mandatos del Señor tu Dios. Rectamente pues sopesas tu reato, si consideras con corazón tembloroso a aquel a quien desprecias. Y debe notarse que no dice: No has guardado los mandatos de tu Dios, o, los mandatos de tu Señor, sino: 'No has guardado los mandatos del Señor tu Dios'. Como si dijera abiertamente: Sería una osadía de gran transgresión si aquel cuyos mandatos desprecias fuera solamente tu Señor, y no existiera también como Dios. ¿Cuán grande es pues lo que se comete cuando se descuidan los mandatos de Dios y Señor? Porque asimismo no dijo: del Señor mi Dios, o del Señor nuestro Dios, le redarguye de haber ofendido la gracia de la familiaridad divina. Como si dijera: Despreciaste los preceptos de aquel que, mientras te elevó desde lo ínfimo, mientras te constituyó sobre otros, mientras te hizo rey, por la imposición de tantos dones, fue como si fuera especialmente tuyo. Todavía también se añade aquello por lo

que se enseña que la audacia de su transgresión es mayor:

(Vers. 13) Los cuales, dice, te mandó a ti.

19. Finalmente, algunos preceptos de Dios son comunes de todos, no especiales de algunos. Para convencer pues al audaz reo de su temeridad con una patente objeción, demuestra que él ha despreciado no los preceptos comunes, sino los propios y singulares. 'Los cuales', dice, 'te mandó a ti'. Como si dijera: Despreciaste aquellos mandatos de tu Dios y Señor, que debiste observar no como comunes a todos, sino como propios, y singularmente confiados a ti solo. Pero qué merezca, lo expone diciendo:

(Vers. 13, 14) Lo cual si no hubieras hecho, ya habría preparado el Señor tu reino sobre Israel para siempre, pero de ningún modo surgirá más allá.

20. He aquí cuán grandes cosas perdió quien, como pensaba, nada despreció. He aquí que durante siete días soportó al profeta; pero cuando dejó de esperarlo al fin del día, perdió la gloria de tan gran dignidad. De donde también se dice por el profeta: '¡Ay de los que perdieron la paciencia!' (Ecli. II, 16). Pierden ciertamente la paciencia quienes no consuman las cosas buenas que comienzan. De los cuales ciertamente se dice que hay un 'ay': porque no solo pierden la merced del trabajo comenzado, sino que también son heridos por la pena de su apostasía. La pena pues del rey soberbio e inobediente se declara cuando se dice: 'Lo cual si no hubieras hecho, ya habría preparado el Señor tu reino sobre Israel

desde ahora y para siempre; pero no surgirá'. Desde ahora y para siempre se prepara un reino elegido: porque quienes ordenan bien las cosas temporales, se preparan para sí la sublimidad de la gloria eterna. Ahora ciertamente se prepara el reino de los elegidos, cuando por la gracia divina se dispensan rectamente sus ministerios. Lo cual aprovecha desde ahora y para siempre: porque de la acción sublime de este tiempo, merecen aquella gloria más sublime de la eternidad en los cielos. Así pues, al fin se dice al rey réprobo: 'Tu reino de ningún modo surgirá más allá'. Como si dijera: Mientras desfallece de la rectitud temporal, no alcanza la celsitud de la eternidad. O por eso se dice que no surge según la letra: porque se derrumbó con él, y no permaneció en sus hijos después de él. Pero, para que sea herido por la pena de la envidia, es compelido a oír no solo su propia repulsa, sino también la elección ajena. Pues añadiendo el profeta dice:

(Vers. 14) Se ha buscado el Señor un varón según su corazón, y le ha mandado que sea jefe sobre su pueblo Israel.

21. Por todas estas palabras el soberbio es abatido: 'Se ha buscado', dice, 'un varón según su corazón'. Como si dijera: Por eso lo buscó, porque tú no quisiste ser según su corazón. Como si dijera: Tal varón constituyó por jefe de su pueblo, que ejecute el precepto del consejo divino por la virtud de la devoción. Porque pues solemos deliberar en el corazón las cosas que queremos hacer: mientras por el uso de nuestra locución se pone el corazón de Dios en el sagrado elocuencia,

por él se designa su voluntad íntima, la cual es reconocida por nosotros entonces en el exterior, cuando se revelan los preceptos de la inobediencia. Ciertamente estamos cerca de ella cuando tanto reconocemos ésta por el intelecto, como la guardamos por el amor. Bien pues del Señor dice el profeta Samuel: 'Se ha buscado un varón según su corazón, y le ha mandado que sea jefe sobre su pueblo'. Porque aquel manda a otros útilmente, que ya sabe obedecer a Dios perfectamente; quien solo manda esto que procede del consejo de la verdad íntima.

22. ¿Pero qué es lo que se dice casi de pasado: 'Se ha buscado el Señor un varón, y le ha mandado que sea jefe', cuando no había sido buscado, ni se le había mandado que presidiera sobre su pueblo? Porque después de que Saúl hirió a Amalec, el Señor dijo al mismo profeta: 'Llena tu cuerno de aceite, y ven, que te enviaré a Isaí de Belén' (I Rey. 16, 1). Pero esta cuestión se resuelve fácilmente si se considera la presciencia y la predestinación de Dios omnipotente. Para Él, ciertamente, predestinar es hacer, y ante Él ya están hechas las cosas que han sido preordinadas por Él para ser hechas. De donde también se ha escrito de Él: 'Hizo las cosas que han de venir' (Isa. 45, 11, según LXX).

Pero se dice que Dios buscó a un varón para que se ofrezca a los hombres el modelo de los prelados que han de ser elegidos. Pues solemos buscar las cosas que, o bien presentes no conocemos, o ausentes no vemos. Mas Dios, para quien nada está ausente, nada oculto, no se dice que haya buscado a un varón como a alguien ausente

o escondido; sino que se dice que buscó para que todo aquel que es elegido a la cumbre de la santa Iglesia sea enseñado a ser examinado por los hombres. Pero debe buscarse según el corazón de Dios; para que, a saber, no solo entienda la voluntad divina, sino que la muestre con buenas obras. Porque asimismo los varones elegidos no llegan al honor del primado por ambición, sino que son conducidos forzados, bien se ha dicho: 'Y le mandó que sea jefe': Como si dijera: No entró en el honor de la prelatura por ambición, sino que ascendió forzado.

También puede entenderse 'varón' por la fortaleza; 'según el corazón de Dios', por la caridad interna. Cuando, por tanto, la necesidad lo exija, búsquese un varón para el cuidado de la santa Iglesia, que sea fuerte en su conducta; búsquese según el corazón de Dios, para que por el efecto de un gran amor, esté como unido a la voluntad divina: mándesele que sea jefe; a fin de que no pretenda ambiciosamente ascender al orden de la sublimidad por codicia, sino que lo tema grandemente por humildad: y así tema para sí como humilde, que reconozca con más devoción estar sometido al precepto de Dios. Pero porque con estas palabras el profeta había reprendido la vida del rey caído, sigue:

(Vers. 15.) Se levantó, pues, Samuel, y subió de Gálgala a Gabaa de Benjamín.

23. Como desde lo alto al llano viene el doctor de la santa Iglesia, cuando redarguye las culpas de los pecadores, y encorva la sublimidad de su estado, cuando para discutir los crímenes de los

malos se humilla por el afecto de la caridad. Bien, pues, de aquel que había reprendido al pecador, se dice: 'Se levantó, y subió'. Pues surge el predicador elegido cuando se yergue por la intención hacia la altura de su conducta espiritual: pero sube cuando llega a la ardua celsitud de esa misma vida suya por la obra acostumbrada. Los deseos celestiales, ciertamente, las virtudes espirituales, las buenas obras están en lo sublime: los afectos terrenos, las concupiscencias seculares, los vicios y los pecados en lo más ínfimo. Mas el doctor, para corregir bien a los caídos, primero encuentra las culpas discutiéndolas, y luego hiere las encontradas. Por tanto, para que vea clara y abiertamente lo que ha de herir, encorva los ojos de la mente para ver las heridas más ínfimas de los pecadores. Pero no hiere las cosas percibidas si no desciende a tocarlas en lo más ínfimo.

Se dice, pues, que el profeta surge y sube, porque los doctores elegidos suelen venir así a ver y emendar nuestras cosas más ínfimas, de modo que nunca se olviden de volver inmediatamente a las alturas de su conducta. Con cuyas palabras también se aserta la libertad del ánimo sacerdotal. Pues muchísimos increpan a otros, perturbándose a sí mismos con una fortísima guerra de ira. Pero después de increpadas las culpas no pueden surgir y subir: porque, turbios en sí mismos, de ningún modo se les permite progresar hacia las alturas de la quietud íntima. Algunos, ciertamente, oyen las torpezas de otros para que sean coercidas; pero cuando han descendido a pensar en lo más ínfimo, se manchan

con su nociva delectación. Los débiles, por cierto, y desiguales a tan gran ministerio, mientras ansían desatar más abajo los nudos de otros, no los liberan a ellos, sino que se ligan a sí mismos. ¿Qué significa, pues, lo que se dice de Samuel: 'Se levantó, y subió', sino lo que vemos en los varones más perfectos, que de tal modo miran nuestras inmundicias que de ningún modo se manchan con ellas: de tal modo se airan con nosotros, que pueden subir velozmente a las alturas de su quietud secreta interior? Pues son fuertes y potentes, y quienes llevan sus cosas grandes y fuertes con ligereza, no son gravados por nuestras debilidades. Y porque en nuestra corrección presentan los testimonios de la Sagrada Escritura, se afirma que surgen de Gálgala y suben. Gálgala, ciertamente, como ya he dicho muchísimas veces, se denomina rueda. Pero los testimonios de las Escrituras, porque se revuelven en nuestra erudición por diversos sentidos, son como ruedas. Y porque cuando los santos predicadores desamparan la solicitud por los súbditos, son sublimados en la contemplación de la vida eterna, se dice que Samuel sube a Gabaa de Benjamín. Finalmente, Gabaa de Benjamín se interpreta como el collado del hijo de la diestra. ¿Quién es, pues, el hijo de la diestra, sino aquel a quien los santos Evangelios confiesan que sube a los cielos, y que se sienta a la diestra de Dios Padre? El collado del hijo de la diestra, por tanto, es la celsitud eterna del Redentor. Pues cuando los santos predicadores desamparan nuestras cosas más ínfimas, surgen

por la intención hacia aquellas cosas divinas altas del Redentor, y suben por la visión.

24. También puede entenderse más simplemente según el sentido histórico esto que se dice: 'Se levantó, y subió': porque, a saber, reconoció muy poca humildad de penitencia en el rey a quien había reprendido, por la cual se viera compelido a permanecer. Sin embargo, el mismo rey es dejado en su ministerio, para que sea corregido por esa misma separación del profeta; porque muchísimos a quienes las palabras del predicador no corrigen, temen grandemente ser divididos de la familiaridad de los predicadores, o de la unidad de la santa Iglesia. Junto a los predicadores son duros, pero separados recapacitan; y quienes pecaron inobedeciendo, ya se preparan humildemente para obedecer a Dios. De donde también al rey Saúl, no mucho después, se le manda demoler a los amalecitas: para que, si cumpliera el mandato del Señor con la matanza de la misma nación, desatara los nudos de su anterior inobediencia (I Rey. 15). Separado, por cierto, del profeta, pareció hacer aquellas cosas, de modo que se le mandara hacer otras. Por lo cual también se añade:

(Vers. 15.) Y el resto del pueblo subió tras Saúl al encuentro del pueblo que los combatía: viniendo de Gálgala a Gabaa de Benjamín.

25. Algunos caen de tal modo en el pecado que no se mantienen en ninguna buena obra; otros, en cambio, mientras recuerdan que han perpetrado males, se esfuerzan más instantáneamente por obrar bienes. Al obrar bienes, ciertamente,

cubren los males que dejan atrás, para que no sean juzgados como descubiertos por el juez eterno. Esto, sin duda, si llevamos el hecho de Saúl a la buena parte, esto encontramos: porque quien antes en el sacrificio, temiendo, despreció los mandatos del profeta, después en verdad se apresuró a triturar a aquellos a quienes había temido, los adversarios del pueblo de Dios. En este lugar también debe notarse esto: que aquel a quien el profeta desamparó, subió de Gálgala para experimentar las guerras de los enemigos. Pues la justa severidad de los predicadores expulsa a muchísimos pecadores, a quienes sin embargo la memoria divina no abandona. Pierden los consuelos y exhortaciones de los rectores a causa de sus culpas, pero consultan las sagradas Escrituras, reasumen su propósito; y quienes por el mal de la inobediencia habían yacido como caídos, erguidos por el fervor de la obediencia proceden a las guerras de los enemigos ocultos.

Bien, pues, se menciona que vienen de Gálgala, esto es de las ruedas: porque reciben de las sagradas Escrituras aquello con lo que puedan reprimir fuertemente la milicia de la parte adversa. Pero porque se ocupan en recuperar venciendo la altura de su conducta perdida, se dice que suben a Gabaa de Benjamín. Porque asimismo otros se habían cerrado en escondrijos, otros habían huido a los enemigos, se llaman 'el resto del pueblo' quienes por ningún temor fueron aterrados, sino que con su rey se apresuran al lugar del encuentro. Lo cual vemos también ahora en la Iglesia: porque, a saber, muchos como pequeñuelos se

proponen aprovechar por el estudio de la vida privada, muchos fuertes son audaces también en los certámenes expuestos del enemigo maligno; de modo que vean abiertamente los halagos del mundo que pudieran apetecer, pero desprecian lo que se ve que apetecen. Estos, ciertamente, no consisten en escondrijos, sino en el campo de certamen abierto, expuestos para la batalla, fuertes para el triunfo, que pueden luchar y no pueden ser superados. Por lo cual también son designados por un número perfecto, cuando se añade:

(Vers. 15.) Y contó Saúl el pueblo que había sido hallado con él, como seiscientos varones.

26. Por siete días se completa la semana, pero uno de ellos está prohibido para trabajar, y seis ciertamente se conceden en el estudio de la buena obra. Pero el número centenario contiene la suma de los números. En los seiscientos varones, ¿quiénes otros son designados sino quienes son robustos en la obra y en la deliberación del corazón? Pues algunos proponen cosas fuertes, pero porque no hacen lo que proponen, no alcanzan el número de seiscientos varones. En los seiscientos varones, por tanto, son designados los fuertes operarios de la santa Iglesia, porque proponen cosas grandes, y cumplen el rigor de su propósito con la fortaleza de la buena operación. Quienes bien se afirma que fueron hallados con el rey, porque convienen con los pastores de la santa Iglesia en la buena voluntad y la acción piadosa. Pues están con ellos aquellos de quienes ni discrepan en la voluntad, ni descuerdan en la operación. Quienes se dice que convienen de tal modo que

se sienta que sobresale la dignidad de los predicadores; porque aunque los súbditos hagan el mismo bien que los predicadores quieren, sin embargo aquellos son excelentes en ese mismo bien cuya virtud del ánimo es tanto más ardiente, y el esfuerzo de la operación más robusto, cuanto su orden es más excelso. Por lo cual también se dice separadamente del rey y de su hijo:

(Vers. 16.) Y Saúl, y Jonatán. ¿Pues para qué se nombra separadamente al rey y a su hijo, sino porque la acción del buen prelado se aclara que es singular? Y porque no es uniforme la igualdad de todos los fieles súbditos, sigue:

(Vers. 16.) Y el pueblo que fue hallado en Gabaa de Benjamín.

27. Se ha repetido suficientemente que Gabaa se interpreta como collado. Ahora bien, el collado no es la cima, sino que es la altitud de los montes cercana a la cima. ¿Qué se entiende en ese collado sino la alta y perfecta vida de los fieles súbditos? Ésta, sin duda, aunque no sea igual a la celsitud de los predicadores, sin embargo se percibe claramente que es sublime muy por encima de los méritos de los demás. De donde también de ciertos principales elegidos se lee en el Apocalipsis: 'Nadie podía decir el cántico, sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil' (Apoc. 14, 3). Mostrándolos más claramente, dice: 'Éstos son los que con mujeres no se mancharon, pues son vírgenes, y siguen al Cordero por dondequiera que vaya'. Mientras, pues, se describen las batallas espirituales, el pueblo hallado en Gabaa de Benjamín se cuenta especialmente, porque el

coro de las vírgenes es tanto más violento contra la ferocidad de los espíritus inmundos, cuanto por ninguna herida de ellos ha sido llagado, por ninguna suciedad de su sugestión ha sido polucionado. Libre, pues, e íntegro, está expedito para el encuentro, fuerte para el golpe. ¿Acaso no están en el collado del hijo de la diestra aquellos a quienes el amado Jesús mira por el mérito de su integridad, diciendo: 'Vi sobre el monte Sión al Cordero en pie, y con él ciento cuarenta y cuatro mil'? (Apoc. 14, 1.) Pero también, si no fuesen muy fuertes, fatigados de ningún modo podrían ascender a tan gran celsitud. Asimismo, si no fuesen libres de todos los pensamientos, no valdrían para correr por todas partes tras el Cordero. Porque, por tanto, en el triunfo del certamen oculto cada virgen es admirable, mientras se describe el orden del encuentro, bajo el tipo del pueblo de Gabaa, se menciona la especial dignidad de la virginidad. Sigue:

(Vers. 16-18.) Por lo demás, los filisteos habían subido a Magmas. Y salieron a pelear del campamento de los filisteos tres escuadrones: un escuadrón iba por el camino que lleva a Efraín, hacia la tierra de Saúl; por lo demás, otro entraba por el camino de Bet-horón; el tercero, en cambio, se volvió al camino del término en la tierra de Sabá, que amenaza el valle de Seboím, contra el desierto.

28. ¿Por qué los filisteos forman tres escuadrones, sino porque los espíritus malignos se esfuerzan por insertar cosas perversas en nuestro corazón, lengua y obra? Porque pues todo pecado

se comete pensando, o hablando, o haciendo, tres son los escuadrones de los filisteos: porque los espíritus malignos se ocupan en empujar a las almas a pecar por negligencia del corazón, desenfreno de la boca y audacia de la obra perversa. De donde también el primer escuadrón se dice que va contra el camino de Efraín, porque comienzan a atacar la inocencia desde el corazón. El camino de Efraín, a saber, del corazón fructífero, es el buen pensamiento. Contra el camino de Efraín, por tanto, va el primer escuadrón de los filisteos: porque los adversarios ocultos, si antes no quitan de la mente el uso del buen pensamiento, no pueden llegar a erradicar los frutos de sus virtudes. Por tanto, vienen contra el camino de Efraín cuando acechan al buen pensamiento, por el cual se dice que el camino tiende hacia la tierra de Saúl. Pues ¿qué otra cosa es la mente del discípulo elegido sino la tierra muy fructífera del doctor? De donde también el Señor en el Evangelio, exponiendo la parábola de las semillas, dice: 'Lo que cayó en tierra buena son éstos que en un corazón bueno y óptimo reciben la palabra, y dan fruto en paciencia' (Luc. 8, 15). Se dice, pues, del primer escuadrón de los filisteos: 'Iban contra el camino de Efraín': para que mientras percibimos el sentido espiritual de la letra, obstruyamos a los espíritus malignos la entrada del pensamiento.

Pero mientras fortalecemos el corazón, nos vemos obligados asimismo a refrenar la lengua de las locuciones superfluas. De donde también el segundo escuadrón se dice que entra por el camino de Bet-horón; Bet-horón, ciertamente, se

interpreta como casa de la ira. Ahora bien, la casa de la ira es la mente que sirve al uso de la lengua litigiosa. La cual casa ciertamente sugiere aquel sabio que dice: 'La ira descansa en el seno del necio' (Ecl. 7, 11). Por ella, ciertamente, los enemigos entran al corazón del necio, porque los espíritus malignos, mientras sueltan la lengua a las palabras desenfrenadas, encienden las iras y hieren la mutua caridad de los fieles. Aquel, pues, que aprendió a guardarse de los pensamientos nocivos, si no sabe tener la custodia de la boca, venció el ímpetu de un escuadrón, pero no escapó del otro. Pero el tercer escuadrón se vuelve al camino del término. ¿Cuál es el término del pensamiento y de la palabra, sino la consumación de la buena obra? Pues por eso pensamos y hablamos cosas buenas, para que las llevemos al fin de la buena obra. Pero cuando el antiguo enemigo no prevalece para dañar con palabras y pensamientos, tiende lazos al final, y apetece evacuar o impedir la buena obra de los fieles. ¿Y qué es el camino del término, sino el estudio de la buena operación? Porque, por tanto, con muchos lazos los espíritus malignos se esfuerzan para que se desampare el estudio de la buena obra, se dice que el tercer escuadrón se vuelve al camino del término. También en este término puede entenderse el fin de nuestra vida. Pues el escuadrón se vuelve al camino del término porque el enemigo se esfuerza por interrumpir la obra buena, para que no sea llevada hasta el fin de la vida. De donde también el Salmista, expresando en sí el llanto de los caídos, dice: 'Extendieron cuerdas para lazo a

mis pies, junto al camino me pusieron escándalo' (Salm. 139, 6). Junto al camino, ciertamente, se pone el escándalo, para que las buenas obras de los elegidos sean desamparadas antes de la consumación de esta vida.

29. ¿Pero qué es lo que dice: 'En la tierra de Sabá, que amenaza el valle de Seboím, contra el desierto'? Pero estos nombres de lugares han sido puestos para designar la situación del término que había dicho. Pues Sabá en nuestra lengua se llama 'cautiva'; Seboím se denominan las 'corzas'. ¿Y quién es esa cautiva sino la naturaleza humana, que fue puesta en el paraíso, y ahora está ligada a este siglo para sobrellevar las miserias de esta mortalidad? ¿Y qué es la tierra de esta cautiva sino la peregrinación de la vida temporal? Bien pues, mientras se dice que el escuadrón se vuelve, se menciona la tierra de la cautiva: porque los espíritus malignos pueden mover batallas contra nosotros en esta tierra de nuestra peregrinación; pero en aquella otra vida nuestra no pueden. Pero la presente conducta de los elegidos, aunque esté puesta en este exilio de cautividad, si guarda perfectamente el camino del término, tras las angosturas de este término, llega a la altura de la inmortalidad. De donde también se afirma que los términos de esta tierra amenazan el valle de Seboím, esto es, de las corzas. Pues el valle de las corzas es la muerte preciosa de los santos: porque de donde son depuestos al morir, de allí son elevados a los gozos eternos. ¿Quién ignore que las corzas son animales veloces y que dan grandes saltos? Rectamente, pues, las corzas

designan la dignidad de las almas santas, que en la muerte desamparan los cuerpos, pero como dando grandes saltos, ascienden por ingentes méritos a los reinos celestiales. Diga, pues, que el término de la tierra de la cautiva amenaza al valle de Seboím: porque aunque la condición humana está condenada, de tal modo ha sido sin embargo exaltada en el Hijo de Dios, que cuando es llevada al término de la vida temporal, es entregada en la muerte para que sea elevada a la celsitud de la vida eterna. Diga, pues: 'Porque el tercer escuadrón se volvió al camino del término en la tierra de la cautiva, que amenaza al valle de las corzas': para que aserte que los espíritus malignos se esfuerzan por pervertir los bienes extremos de los elegidos para esto, para que no asciendan a los gozos celestiales. El cual valle también se dice situado 'contra el desierto'. ¿Qué se acepta por el nombre de 'desierto' en este lugar sino el infierno? El desierto ciertamente se entiende rectamente donde no se encuentra ninguno de los elegidos. También se llama desierto aquel en el que no se sienten ningunos consuelos de las miserias. El valle de las corzas, por tanto, se afirma situado contra el desierto: porque la muerte de los santos tiene todo diverso de los méritos del infierno, y no tiene nada conveniente o digno de las penas del infierno. Sigue:

(Vers. 20, 21.) Por lo demás, no se encontraba herrero en toda la tierra de Israel. Pues los filisteos se habían precavido, no fuera que los hebreos hicieran espada o lanza. Bajaba, pues, todo Israel

a los filisteos para que cada uno aguzara su reja, o el azadón, y el hacha, y el rastro.

30. Todas estas cosas ciertamente se describen para que se sugiera el modo de la victoria subsiguiente. Pues los armados fueron vencidos por los inermes, para que todo lo que es vencido se atribuya a las alabanzas de Dios omnipotente. Mas nosotros, si seguimos estas cosas espiritualmente según nuestra costumbre, no las encontraremos vacías de misterios. ¿Qué es, pues, lo que se dice: 'No se encontraba herrero en Israel', sino porque para las batallas espirituales somos instruidos no por las letras seculares, sino por las divinas? Pues el herrero no se encuentra en Israel porque los fieles que ven al Señor de ningún modo pelean contra los espíritus malignos por el arte de la ciencia secular. Pues ayudados por el arte del herrero vencerían si por los dardos de la elocuencia secular prevalecieran contra los enemigos ocultos. La cual erudición de los libros seculares, aunque por sí misma no aproveche para el conflicto espiritual de los santos, si se une a la divina Escritura, se aprende más sutilmente la ciencia de esa misma Escritura. Para esto solo se deben aprender las artes liberales: para que por la instrucción de ellas se entiendan más sutilmente los oráculos divinos. De los corazones de algunos los espíritus malignos quitan el deseo de aprender: para que ni sepan las cosas seculares, ni alcancen la sublimidad de las espirituales.

Bien, pues, se dice: 'Los filisteos se habían precavido, no fuera que los hebreos hicieran espada o lanza'. Claramente saben los demonios que

mientras somos instruidos en las letras seculares, somos ayudados en las espirituales. Cuando, por tanto, nos disuaden de aprenderlas, ¿qué otra cosa hacen sino precaverse de que hagamos lanza o espada? Digan, pues, las cosas históricas, y sugiera el profeta y exponga el estudio de los elegidos: 'Bajaba Israel a los filisteos para que cada uno aguzara su reja o su azadón'. A los filisteos bajamos cuando inclinamos el ánimo a aprender los libros seculares. Y se llama descenso porque la simplicidad cristiana está en lo alto. ¿Pero qué es eso de que las letras seculares se dicen estar en el llano, mas el modo de enseñar es sublime? Porque como no narran ningunas cosas celestiales, explican con un admirable orden de decir las cosas que se proponen, y son sublimadas al narrar, y son depuestas al decir cosas carnales. El cual modo de decir o de entender, quien apetece saber, baje a los filisteos, aguze la reja y el azadón, para que sea depuesto incluso a oír las cosas carnales de los seculares aquel que se esfuerza por ser instruido íntimamente por su elocuencia. Esta ciencia secular ciertamente Dios omnipotente la antepuso en el llano para hacernos un peldaño de ascensión, que debiera levantarnos a la altitud de la divina Escritura. Por eso quiso enviarla delante, para instruirnos en ella a pasar a las cosas espirituales. De donde también Moisés, que nos publicó los principios de los oráculos divinos, no aprendió primero las cosas divinas, sino que para poder captar o expresar las cosas divinas, informó su ánimo rudo en toda la ciencia de los egipcios. Isaías también fue más elocuente que

los otros profetas: porque no fue como Jeremías de Anatot, ni como Amós el vaquero, sino que fue noblemente instruido y urbano. Pablo también, vaso de elección, es instruido antes a los pies de Gamaliel que sea arrebatado al paraíso o elevado a la altitud del tercer cielo (Hech. 22). Y por eso tal vez descuella sobre los otros apóstoles por la doctrina: porque habiendo de estar en las cosas celestiales, aprendió primero estudiosamente las terrenas.

Pero ya, según pienso, se han de investigar espiritualmente las propiedades de los instrumentos rurales. ¿Qué se insinúa, pues, en el arado (vomer), que es arrastrado por los bueyes que van delante, sino el afecto de la doble caridad? ¿Qué se muestra en el azadón (ligo), en el cual cada uno se ejercita solo en el cultivo del campo, sino el estudio de la vida privada? Pues algunos labradores ricos y fuertes aran con bueyes: porque aman fuertemente al Señor, y por el amor fraterno atienden más diligentemente a las ganancias de las almas. Aguzan, por tanto, el arado ante los herreros de los filisteos: porque componen el estudio de la santa predicación a partir de la erudición secular. Pero algunos, como pobres, usan el azadón: porque quienes consideran que no pueden ser suficientes para ganar las almas de otros, no dejan de preparar para sí solos lo que pueden respecto a la eternidad. Cada uno de ellos usa como un azadón: porque no dejan de preparar el campo de su mente para el cultivo divino. Y porque también en este estudio de la vida privada les aprovecha mucho la erudición

secular, aguza el azadón mientras es enseñado: porque el instruido en el estudio de la propia vida atiende más sutilmente a cada cosa. Pero con el hacha (securis) no cavamos la tierra, sino que truncamos las ramas de los árboles. ¿Qué otra cosa significa, pues, el hacha, sino el celo de la buena emulación (aemulatio)? Pues cuando nos encendemos para imitar los ejemplos de los mejores, nos cortamos como ramas, con las cuales nutramos el fuego para alejar los fríos de nuestra negligencia. El apóstol Pablo nos manda tener esta hacha, diciendo: Tened celo por lo bueno en lo bueno todos (Gál. 4, 18). La cual hacha ciertamente se aguza: porque los fieles instruidos, así como reconocen mejor los ejemplos de los fieles, así también desean imitarlos más fervientemente. El escardillo (sarculum) o tridente (tridens) cava la tierra más sutilmente; de modo que se reconoce no tanto por cavar, sino por raspar y quebrantar los terrones. ¿Qué se expresa por este escardillo tridente sino la virtud de la discreción? Por la cual ciertamente, mientras discutimos con sutil consideración lo hecho o lo que se ha de hacer, aplanamos como en fino polvo los terrones de nuestra tierra que ha de ser sembrada. El cual escardillo se afirma tridente, porque la fuerza de la discreción dispone no solo lo que se ha de hacer, sino también lo que se ha de pensar y hablar.

(Vers. 21.) Estaban, pues, embotados los filos de los arados, y de los azadones, y de las hachas, y de los tridentes, hasta corregir el aguijón.

No se dice filos doblados o desgastados, sino embotados. Pues si estuvieran doblados o des-

gastados, no cortarían nada en absoluto. Pero el filo embotado, aunque no corta todo rápidamente, corta algunos objetos con la demora del trabajo. Así son ciertamente los corazones de los simples, que si no entienden sutilmente las cosas espirituales, aunque entienden algunas cosas lentamente, tienen una agudeza de ingenio no aguda, sino embotada. Pues a menudo quieren discutir cosas oscuras; pero mientras apenas llegan a aquellas que son manifiestas, incluso pensando por largo tiempo, cortan como con un filo embotado por la demora. Lo cual ciertamente se muestra no solo en los sacramentos ocultos de las Escrituras, sino también en las sugerencias latentes de los demonios. Pues no pueden alejar de sí al enemigo al que no pueden reconocer pronto. Mientras, pues, con gran demora del pensamiento expulsan las insidias de la mala sugerencia, cortan como con un filo embotado lo que podrían haber cortado más velozmente por la agudeza del ingenio. ¿Pero qué es lo que se dice: Hasta corregir el aguijón? El aguijón (stimulus) se llama la increpación de los prelados. Por lo cual también está escrito: Las palabras de los sabios son como aguijones (Ecl. 12, 11). Ciertamente la increpación se llama aguijón porque, mientras arguye las culpas, punza la mente. Pero el aguijón está embotado cuando el intelecto del prelado languidece, de modo que no descubre por el reconocimiento las culpas de los súbditos, ni las reprende al encontrarlas. Bien, pues, se afirma que la increpación del rector es un aguijón, porque no prevalece para punzar los tumores de los

vicios si su mente, instruida por la ciencia, no ve lo que ha de ser punzado. Por lo cual también, en el tipo de los prelados instruidos, bien se añade:

(Vers. 22.) Y cuando llegó el día de la batalla, no se halló espada ni lanza en mano de todo el pueblo que estaba con Saúl y Jonatán, excepto Saúl y Jonatán su hijo.

33. ¿Qué se entiende por la lanza sino la aguda providencia de los santos predicadores? ¿Y qué se demuestra por la espada sino la sutileza de su entendimiento? Ciertamente, por la lanza atravesamos lo que se nos opone lejos delante de nosotros. Mas por la espada son degollados los enemigos cercanos y casi unidos a nosotros. Bien, pues, en la lanza se muestra la providencia de los elegidos, por la cual hieren a los enemigos ocultos antes de sufrir su ataque cercano. Pues mientras previenen con cautela las futuras celadas de los demonios, hieren como desde lejos con la lanza a aquellos cuyos golpes cercanos no quieren recibir. Por lo cual también el bienaventurado apóstol Pablo, mientras divisaba desde lejos a los espíritus armados de la fornicación, mantuvo la castidad conyugal como una lanza y no les permitió acercarse más, diciendo: A causa de la fornicación, tenga cada uno su propia mujer, y cada una su propio marido. El marido rinda la deuda a la mujer, e igualmente también la mujer al marido (1 Cor. 7, 2). Y de nuevo: Volved a lo mismo, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia (Ibíd. 5). De aquí también dice de sí mismo: Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que predicando a otros,

yo mismo sea hecho réprobo (1 Cor. 9, 27). Pues quien, para no ser réprobo, había castigado su cuerpo, ciertamente atravesaba con la lanza a sus enemigos puestos un poco lejos ante sí. Por tanto, la providencia de la abstinencia para domar la libido de la carne se toma como una lanza, por la cual son heridos los enemigos que han de venir. Bien también por la espada se expresa el entendimiento: porque quien reconoce y desecha las perversas sugestiones del espíritu maligno en el tiempo presente, hiere como a un enemigo cercano y puesto junto a sí. El cual también corta como con espada aguda por ambas partes: porque reprende tanto los falsos bienes como los verdaderos males. ¿Pero qué es que se refiere que la espada está en la mano de Saúl y de Jonatán? Pero no están en la mano de aquellos que entienden agudamente lo cercano y presente, y prevén lo futuro, y no ejercen obras fuertes para extinguirlos. Saben abiertamente que el antiguo enemigo precipita a la mayor parte del género humano en la fornicación por la fortaleza de la carne, los cuales, sin embargo, no cuidan de castigar la carne por la abstinencia. Así también algunos ven abiertamente los males presentes, pero mínimamente procuran evitarlos. Estos ciertamente tienen la espada y la lanza, pero no las tienen en la mano. Bien, pues, en el día de la batalla se encuentra la espada y la lanza en la mano de Saúl y de Jonatán: porque solo los elegidos son varones que entienden tanto los males presentes como los futuros, y desean más ardientemente vencerlos con la intención del corazón. Lo cual, sin embar-

go, se dice en este lugar por esta razón: para que se enseñe que el pueblo nada tuvo en la mano, el cual se muestra que tiene arados, azadones, hachas y escardillos. Pues por estas palabras no se distinguen los elegidos de los réprobos, sino los embotados de los peritos. Pero porque ya hemos mostrado a los varones armados, expliquemos el modo del certamen. Sigue.

CAPÍTULO IV.

(1 Sam. 14:1.) Salió la guarnición de los filisteos para subir a Micmas (Magmas), y aconteció un día que Jonatán, hijo de Saúl, dijo al joven su escudero (armiger): "Ven, y pasemos a la guarnición de los filisteos, que está al otro lado de aquel lugar."

1. La guarnición de los filisteos sale cuando la turba de los espíritus malignos se muestra a las mentes elegidas por medio de sugestiones nocivas. La cual ciertamente se llama guarnición (statio) porque se describen las batallas de los elegidos. Pues estar de pie (stare) para los espíritus malignos es ejercer grandes fuerzas en la lucha de los elegidos. Porque estando de pie uno puede esforzarse más valientemente para hacer algo que estando sentado. Se dice, pues, que la guarnición de los filisteos ha salido para que se comprenda claramente el esfuerzo de los demonios en nuestra guerra. Y porque piensan oprimir a los fieles como si fueran inferiores y menores, se preparan para subir a Micmas al salir. O desean subir a Micmas cuando se esfuerzan por engañar los corazones de los pequeños tentándolos. Pero

los predicadores elegidos, cuando entienden los corazones tentados de sus súbditos, no tardan en llevar auxilios. Ponen a estos como en lugar seguro, y llevan a aquellos consigo para sostener los peligros de las guerras. ¿Por qué es que el escudero es llevado a la guerra, sino porque los súbditos instruidos por la ciencia deben ser promovidos a la victoria de los combates internos? Pues algunos conocen el arte físico que no conocen la experiencia de curar: así ciertamente en la santa Iglesia hay algunos que han aprendido el arte de la lucha interior, pero aún no han sido conducidos a las estrictas necesidades de los combates. Oyen de grandes varones que luchan, pero las batallas que los grandes toleran magníficamente, las conocen por el oído, pero no por la virtud. Tales ciertamente son los que son invitados a imitar las huellas del Redentor. "El que quiera", dice, "venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mt. 16:24). Las armas ciertamente de Jonatán son las exhortaciones del doctor. El escudero ciertamente porta las armas, con las cuales no él mismo, sino otro lucha. Así ciertamente son los que son instruidos nuevamente en la santa Iglesia. Pues mientras oyen de los doctores las virtudes con las cuales los mismos doctores luchan contra la astucia de los espíritus malignos, tienen ciertamente aquello en la boca que aún no tienen en la exhibición de la virtud. Dijo, pues, Jonatán a su escudero: "Ven, pasemos a la guarnición de los filisteos": porque los doctores elegidos enseñan a sus súbditos no

solo el arte con el cual luchen, sino que también los atraen a la guerra para que triunfen.

2. Y porque los pastores remisos de ningún modo se cuidan de emprender las batallas que insinúan, no dice: "Ve, y pasa a la guarnición de los filisteos": sino: "Ven, pasemos." Ciertamente provocan a otros al certamen, pero ellos mismos son los primeros en intentar los mismos certamenes. ¿Qué es, pues, lo que dice: "Que está al otro lado de aquel lugar"? Pues hay un cierto lugar en la santa Iglesia que, cerrado a las grandes batallas, no está expuesto. Poseer ciertamente los bienes del siglo, tomar esposa, procrear hijos, exhibir los blandimientos de todas las cosas lícitas a los cuerpos, es permanecer fortificado del enemigo en aquel lugar en el que nada impuesto es oneroso a los puestos en aquel orden. Pero si alguien, encendido por el deseo de una vida mejor, se esfuerza por pasar aquel lugar, es necesario que se prepare para gravísimas batallas. Pues los que desprecian las riquezas, abrazando la pobreza de Cristo, despreciando los matrimonios, deben siempre abrazar el amor de la pudicia. Aquellos tienen continuamente insurgentes gravísimas batallas de la carne, estos la impugnación del corazón: porque ni la pobreza se lleva ligeramente, ni los cuerpos se subyugan a la pudicia sin grandes agonías. De donde bien se dice por un cierto sabio: "Hijo, accediendo a la servidumbre de Dios, está en el temor, y prepara tu alma para la tentación" (Ecli. 2:1). Como si dijera: Porque quisiste salir del lugar de protección, es necesario que ya seas fortificado en guerra abierta contra

los fortísimos campamentos de los enemigos. Por tanto, cuando dice "al otro lado de aquel lugar", y no de "este", Jonatán insinúa la virtud de los doctores, quienes por el propósito singular de la religión, están siempre en el campo abierto del certamen. Y porque de todo lo que luchan denodadamente, de todo lo que triunfan noblemente, huyen del vicio de la jactancia y de la elación, se sigue:

(Vers. 1.) Pero a su padre no le indicó esto mismo.

2. Y porque los pastores remisos no cuidan en absoluto de emprender las batallas que sugieren, no dice: Ve, y pasa a la guarnición de los filisteos: sino: Ven, pasemos. Ciertamente provocan a otros al certamen, pero ellos mismos intentan primero los mismos certámenes. ¿Pero qué es lo que dice: Que está al otro lado de aquel lugar? Ciertamente hay un lugar en la santa Iglesia que está cerrado a las grandes batallas, no expuesto. Poseer ciertamente los bienes del mundo, tomar esposa, procrear hijos, exhibir a los cuerpos comodidades de todas las cosas lícitas, es permanecer fortificado ante el enemigo en aquello en que nada de lo impuesto es oneroso para los situados en ese orden. Pero si alguno, encendido por el deseo de una vida mejor, se esfuerza por pasar este lugar, es necesario que se prepare para gravísimas batallas. Pues quienes desprecian las riquezas, abrazan la pobreza de Cristo y rechazan los matrimonios, deben abrazar siempre el amor de la pudicia (pudicitia). Continuamente tienen estos las gravísimas batallas de la carne que se

alzan, y aquellos la impugnación del corazón: porque ni la pobreza se lleva ligeramente, ni los cuerpos se subyugan sin grandes agonías de pudicia. Por lo cual bien se dice por cierto sabio: Hijo, al acceder a la servidumbre de Dios, está en el temor y prepara tu alma para la tentación (Ecli. 2, 1). Como si dijera: Porque quisiste salir del lugar de la fortificación, es necesario que ya te fortifiques en guerra abierta contra los fortísimos campamentos de los enemigos. Mientras, pues, dice al otro lado de aquel lugar, no de este, insinúa la virtud de los doctores, como Jonatán, quienes por el singular propósito de la religión, están siempre en el campo abierto del certamen. Y porque de todo lo que luchan denodadamente, de todo lo que triunfan noblemente, huyen del vicio de la jactancia y de la elación (elatio), se sigue:

(Vers. 1.) Pero a su padre no le indicó esto mismo.

3. Ciertamente las virtudes de los elegidos han de ser calladas, no sea que se digan por jactancia, pero a veces no es culpa manifestarlas para la gloria de Dios. Pero porque nosotros hemos expresado en Saúl a los grandes predicadores, esto ciertamente, que Jonatán oculte a su padre el inicio de la batalla, insinúa esto: que las grandes cosas que hacemos, a veces las ocultamos laudablemente por causa de la humildad. Ciertamente ya somos hechos tales por la corrupción, que nunca podemos valer para parecer buenos incluso ante aquellos que nos presiden, sin elación (elatio). Cuando, pues, de lo manifiesto nace un

mal latente, sabiamente se esconde el bien, no sea que se manche por el mal sobreviniente. Pero entre estas cosas se ha de saber, que aquellos pueden ocultar sus virtudes a sus prelados por esa necesidad, que saben reconocer bien el bien que hacen. Pues si son demasiado simples, a menudo no es bueno lo que juzgan ser bueno; y mientras no indican el vicio como si fuera una virtud, portan en sí un enemigo escondido. Por lo cual también Jonatán, que encubrió a su padre el propósito de la guerra, es afirmado tan grande: que bajo su mando se refiere haber sido conducida una parte del ejército. Había, dice, dos mil hombres con Saúl en Micmás y en el monte Betel, pero mil con Jonatán en Gabaa de Benjamín (1 Sam. 13, 2). Dígase, pues, de Jonatán: Pero a su padre no le indicó esto mismo: porque los varones instruidos, mientras temen incurrir en el vicio de la elación por sus grandes obras, ciertamente las ocultan a aquellos mismos por quienes podrían haber sido ayudados. Cuales auxilios del predicador aprendemos mejor, si los vemos en el lugar de su perfección. Pues se sigue:

(Vers. 2.) Por lo demás, Saúl permanecía en la parte extrema de Gabaa bajo un granado (malum granatum), que estaba en Migrón (Magron).

4. Gabaa, como hemos dicho, se interpreta collado; Magrón (Magron), se dice de la garganta. Pero los santos predicadores son muy sublimes, no solo por la obra, sino también por la contemplación. Por tanto, esta parte extrema es la sublimidad de la obra, pero aquella íntima, de la contemplación. Por esta parte extrema de su

alteza ciertamente son vistos por nosotros para ejemplo; pero por aquella íntima, están unidos al Creador en gran amor. A estos nos los muestra el profeta admirables por la parte extrema de su sublimidad, cuando dice: ¿Quiénes son estos, que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas? (Isa. 60, 8). Vuelan ciertamente como nubes: porque son leves por la pesadez de la culpa, y por la gracia del Espíritu Santo veloces en la buena obra. Son como palomas ante las ventanas porque, para ejemplo, se nos extienden por las buenas obras, como por aberturas, pero de ningún modo son capturados por el apetito de alabanza por la limpieza de vida mostrada. Pero también el rey reside bajo el granado (malo granato); porque en la sombra del Redentor el predicador tiene descanso. Ciertamente es fatigado por el gran trabajo, pero es refrescado por el consuelo de las palabras del Señor. Por lo cual también el mismo manzano se afirma permanecer en aquel lugar que se dice de la garganta. ¿Pues qué se designa más aptamente en este lugar como de la garganta que la dulzura del santo Evangelio? Pues así ahora podemos permanecer en la sombra del Redentor, si a saber tomamos sus palabras para consuelo de la meditación de los Evangelios. Pero en esto pueden residir más quietamente los predicadores, quienes cuanto más alta y próximamente reciben aquella palabra de la garganta divina, más dulcemente son saciados. Esta es también la causa por la que se dice que el rey Saúl no está de pie, ni sentado, sino que permanece bajo el granado en Magrón; porque

el perfecto doctor es dócil de Dios: y mientras se esfuerza por alimentar a otros con el alimento, él mismo es saciado por la dulzura de multiformes delicias espirituales. Pues mientras mira singularmente las cosas amenas del Redentor, surge a una admirable contemplación de las virtudes: y como de una sola corteza recoge muchísimos granos, mientras por todas aquellas cosas que recuerda en el Redentor, conduce gratamente su deliciosa mente. En esta amenidad del Redentor la esposa se gloría de haber descansado...

(Vers. 2.) Estaba el pueblo con él como de seiscientos varones.

5. Hemos dicho arriba que en este número se designan los varones fuertes en la buena obra, que se refieren estar con el rey: porque por el estudio de la buena obra, son concordes con la vida de su doctor. Pero los predicadores de la Iglesia tienen bajo sí no solo a quienes hagan cosas grandes, sino también cominístros de la palabra que enseñen las cosas supremas. Tienen jefes que robustezcan a los fervientes para las batallas, tienen a quienes corran audazmente, tienen a quienes protejan poderosamente. Bien, pues, se subyunge:

(Vers. 3.) Y Aquías (Achias), hijo de Aquitob (Achitob), hermano de Icabod (Ichabot), hijo de Finés (Phinees), que había nacido de Helí (Heli), sacerdote del Señor en Silo (Silo). El cual portaba el Efod (Ephod).

302 (Vers. 3.) Pero el pueblo ignoraba a dónde se había ido Jonatán.

7. ¿Por qué es que el pueblo no sabe a dónde va Jonatán, sino porque el doctor elegido se esfuerza por ocultar a través de la humildad aquellas cosas que intenta hacer? De donde también en el Evangelio el Señor dice: "No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha" (Mt. 6:3). Pues si por la izquierda se figura la vida presente, pero por la derecha la vida eterna: tenemos a los hombres a la izquierda, pero a los ángeles a la derecha. Además, cuando a través de las buenas obras tendemos al consorcio de los ciudadanos supernos, se dice que nuestra mano derecha trabaja. Pero nuestra mano izquierda no conoce las obras de la derecha, si tenemos a nuestros cooperadores, a saber, los fieles de la santa Iglesia, como ayudantes en la obra, y no queremos tenerlos como alabadores para la elación. Bien, pues, se dice: "El pueblo ignoraba a dónde se había ido Jonatán", porque solo entonces nos esforzamos por obrar bien en las cosas grandes, cuando evitamos manifestar aquellas cosas que hacemos para la ostentación. Pero porque traemos estas cosas para ejemplo de los elegidos, debemos explorar más atentamente no solo a dónde va, sino también por dónde va. Se sigue:

(Vers. 4.) Había entre los pasos por los que Jonatán se esforzaba por pasar a la guarnición de los filisteos, peñascos eminentes de ambas partes, y como en forma de dientes, rocas escarpadas por todas partes: el nombre de una Bozez (Bores), el nombre de la otra Seneh (Sene).

8. Siendo la vida de los elegidos alta en méritos, pero la condición de los espíritus malignos

ínfima, ¿por qué es que se dice que hay ascensos, desde donde Jonatán se esfuerza por tender a la guarnición de los filisteos? Pues acerca de los mismos filisteos en el tipo de los demonios no mucho antes se dijo: "Los filisteos subieron y acamparon en Micmas (Magmas)" (1 Sam. 13:5). Pero se dicen estar sobre nosotros, en cuanto parecemos menores en fortaleza. También se reconoce estar sobre nosotros lo que no podemos penetrar por la inteligencia. Por tanto, cada vez que nos proponemos luchar con los espíritus réprobos, debemos preparar fuerza para el ascenso, porque los hombres contendemos por luchar con los ángeles. De donde también aquel atleta denodado, confortando vehementemente a sus compañeros de armas, dice: "No es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra las espiritualidades de maldad en los lugares celestiales" (Ef. 6:12). Pues porque había conocido de antemano que lucharía contra las espirituales maldades de los principados y potestades, ciertamente preparaba la fuerza de la mente para el ascenso de la altura. Mientras los espíritus inicuos se sujetan los corazones de los pecadores, ciertamente los dominan a través de multiformes vicios. Por tanto, si contendemos por expulsarlos también de allí, nos conviene mucho ascender, para que podamos herir sus aguilones potentemente. De una manera han de ser salvados los resbaladizos, de otra los acediosos (acediosi): de una manera los vanagloriosos, de otra los soberbios. Para que el doctor elegido pueda ser suficiente para todas estas cosas, por-

que eleva la mente a través de los agudos consejos de la asidua meditación, se fortalece como para el ascenso de los filisteos.

7. ¿Por qué es que el pueblo no sabe a dónde va Jonatán, sino porque el elegido doctor se esfuerza por ocultar por la humildad aquellas cosas que intenta hacer? Por lo cual también en el Evangelio dice el Señor: No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha (Mat. 6, 3). Pues si por la derecha se figura la vida eterna, pero por la izquierda la vida presente: tenemos a los hombres a la izquierda, y a los ángeles a la derecha. Pero cuando por las buenas obras tendemos al consorcio de los ciudadanos supernos, se afirma que nuestra mano derecha trabaja. Pero nuestra mano izquierda no sabe las obras de la derecha, si tenemos a nuestros cooperadores, a saber los fieles de la santa Iglesia, como ayudantes en la obra, y no queremos tenerlos como alabadores para la elación (elatio). Bien, pues, se dice: El pueblo ignoraba a dónde había ido Jonatán, porque solo entonces nos esforzamos por hacer bien las cosas grandes, cuando evitamos manifestar para ostentación las cosas que hacemos. Pero porque proferimos estas cosas para ejemplo de los elegidos, debemos explorar más atentamente no solo a dónde va, sino también por dónde va. Se sigue:

(Vers. 4.) Había entre los ascensos por los que Jonatán se esforzaba por pasar a la guarnición de los filisteos, peñascos eminentes de una y otra parte, casi a modo de dientes, riscos escarpados de aquí y de allá: el nombre de uno era Bozez (Bores), el nombre del otro Seneh (Sene).

8. Siendo la vida de los elegidos alta por los méritos, pero la condición de los espíritus malignos ínfima, ¿por qué se dice que hay ascensos (ascensus), desde donde Jonatán se esfuerza por tender a la guarnición de los filisteos? Pues de los mismos filisteos, en el tipo de los demonios, se dijo no hace mucho arriba: Subiendo acamparon en Micmás (1 Sam. 13, 5). Pero se dice que están sobre nosotros en aquello en que parecemos menores en fortaleza. También se reconoce estar sobre nosotros lo que no podemos penetrar por la inteligencia. Por tanto, cuantas veces nos proponemos luchar con los espíritus réprobos, debemos preparar fuerzas para el ascenso, porque los hombres contendemos por luchar con los ángeles. Por lo cual también aquel atleta denodado, confortando vehementemente a sus compañeros de milicia, dice: No es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra las maldades espirituales en los cielos (Ef. 6, 12). Pues porque había previsto que habría de luchar contra las maldades espirituales de los principados y potestades, ciertamente preparaba la fortaleza de su mente para el ascenso de la altura. Mientras los espíritus inicuos se someten los corazones de los pecadores, ciertamente dominan sobre ellos por multiformes vicios. Si, pues, también allí pretendemos expulsarlos, nos conviene mucho ascender, para que podamos herir poderosamente sus filas. Pues de una manera han de ser salvados los lúbricos, de otra los acidiosos (acediosi): de una manera los vanagloriosos, de otra los soberbios. Pero para

que el elegido doctor pueda bastar para todas estas cosas, porque eleva su mente por los agudos consejos de la asidua meditación, se fortalece como para el ascenso de los filisteos.

9. Bien, por lo demás, no se afirma uno solo, sino que se dicen muchos ascensos (ascensus): porque a innumerables enemigos se ha de salir al encuentro por muchos caminos. Lo cual entonces se hace bien, cuando a cada vicio se aplican curaciones congruentes y propias. Pues, para tocar brevemente algunas de ellas, el espíritu de fornicación se repele por la virtud de la continencia: pero sin embargo se supera más levemente si la carne disminuye su ímpetu por la abstinencia, no sea que vencida se someta a la concupiscencia mundana. La gula se quebranta por la abstinencia: pero no puede tener abstinencia de los alimentos corporales quien no llena su mente con alimentos espirituales. Pues poderosamente atenúa el cuerpo quien inflama su corazón con el amor de las cosas celestiales: porque mientras ama fuertemente las espirituales, reprime valientemente los deseos de la carne. También al vicio de la avaricia es contrario el bien de la pobreza voluntaria, pero no podrá ser pobre de espíritu quien aún no sabe amar los tesoros eternos. Así ciertamente se vence la ira, si por el amor de las cosas celestiales se desprecian perfectamente todas las terrenas: porque ya no tiene de qué airarse quien no teme el daño temporal. Así también el vicio de la acedía (acedia), esto es, el tedio del corazón (taedium cordis), se repele si siempre se piensan los bienes celestiales. Ciertamente de

ningún modo puede sentir tedio la mente que ve alegremente bienes tan gratos. También el angustioso mal de la tristeza (tristitia) es devorado por el campo de la alegría espiritual (laetitia): pero sin embargo la misma alegría espiritual no se infunde en la mente que no ha sabido trascender las angustias de la vida temporal mediante la contemplación. Bien ciertamente se vence la tristeza si se ven los premios de los trabajos temporales, porque de donde la mente elegida considera afligirse temporalmente, de allí espera gozar eternalmente en la patria celestial. Porque, por tanto, el predicador usa una gran diversidad de consejo para curar las diversas enfermedades de las almas, y porque ese mismo consejo se comprende por una alta consideración de la mente, bien se afirma que son ascensos desde donde Jonatán desea pasar a la guarnición de los filisteos. Y porque para expulsar a los espíritus malignos de los corazones de los pecadores se oponen muchas dificultades, se recuerda que hay peñascos (petrae) entre los ascensos. ¿Pues qué se designa por estos dos peñascos, a saber, Bores (Bores) y Sene (Sene), sino la concupiscencia y el pecado? Bores ciertamente se dice en primacía, Sene sol, u oición. Bien por lo demás el nombre de primacía conviene a la concupiscencia, porque ella ocupa primero la mente antes de que la mente se someta al pecado. También con el nombre del sol se figura rectamente el deleite del pecado: porque cierra los ojos de la mente a la intuición de la verdad, y los abre a la vanidad. Por lo cual también se dice a los primeros hombres por el espíritu

seductor mediante la serpiente: En cualquier día que comiereis del árbol que está en medio del paraíso, se abrirán vuestros ojos (Gén. 3, 5). En aquella comida ciertamente, pecando se abrieron los ojos de los transgresores, para que percibieran los rayos de la luz falsa en la experiencia del delito, y se cegaran ante la alta contemplación de la claridad superna. Refugiándose de abrir los ojos a esta luz, el Salmista suplica al Señor, diciendo: Aparta mis ojos, para que no vean la vanidad (Sal. 118, 37). Despreciando esto con alta mente, el bienaventurado Job, deseando ser insertado en los méritos de los perfectos, dice: Pues ahora durmiendo callaría, y en mi sueño descansaría: o, como un abortivo oculto no subsistiría: o los que concebidos no vieron la luz (Job 3, 13). ¿Quiénes son estos, sino los que se guardaron fuertemente de pecar? Un peñasco, pues, se llama Bores, el otro Sene, porque si la concupiscencia se atribuye un lugar en la mente, levanta los ojos de la misma mente al plácido halago del pecado, como para ver la luz del sol. Bien igualmente se llaman peñascos, porque estas dos cosas convienen a las mentes de los inicuos, de modo que ya no admiten fácilmente que los predicadores vuelvan a ellos. Pero también se llaman riscos (scopuli): porque de una y otra parte, a saber, tanto en la mente como en el cuerpo, retienen un uso precipitado de la depravación. Pues mientras no se consolidan por ninguna integridad de costumbres, ninguna integridad de obras, a modo de risco, son precipitados de una y otra parte. Y porque se dice a modo de dientes, ¿qué se da a en-

tender, sino lo que a menudo vemos, que quienes desprecian las exhortaciones de los predicadores, se esfuerzan por morder su vida con detracciones? Pero sobre los mismos riscos se añade:

(Vers. 5.) Uno que sobresale hacia el Norte, frente a Micmas, y el otro hacia el Mediodía, contra Gabaa.

10. El primer risco sobresale hacia el Norte, el otro hacia el Mediodía, porque por la concupiscencia se extingue el fervor de la caridad, y por el pecado se aumenta el ardor de la concupiscencia. Pues la mente réproba, mientras se somete a la concupiscencia, es despojada de la caridad, y mientras no teme pecar, enciende en sí deseos de pecar mucho más agudos. Pues como puesta en la suma altura y calor de su día, en el flujo del pecado, se alegra inmoderadamente y se disuelve ardientemente. Mal, por tanto, se afana en curar la enfermedad de la concupiscencia quien piensa en saciarla pecando más concupiscentemente para descansar. Ciertamente, tanto mayor será la concupiscencia después del pecado, cuanto el mismo deleite del pecado empiece a serle más grato. Pero el primer risco se dice situado frente a Micmas (Magmas), el otro sobresaliendo contra Gabaa (Gabaa). Micmas, como ya hemos dicho bastante, se interpreta como humildad, Gabaa como collado. Frente a sí ciertamente la concupiscencia tiene la humildad, pero el halago del pecado la conversación celestial. Pues todo el que desea cosas prohibidas, mientras desprecia al preceptor, se ensoberbece. Frente a sí, por tanto, tiene la humildad, la cual no retiene en la devo-

ción de la obediencia. Pero también quien en el fervor del pecado, como en la claridad meridiana, se disuelve, sobresale contra Gabaa, esto es, el collado, porque mientras es adverso a las cosas celestiales, se prepara para las penas tartáreas. Pero porque tales hombres también son conducidos a la vida eterna por la predicación de los Santos, veamos el celo de los mismos predicadores en el hecho de Jonatán. Pues sigue:

(Vers. 6.) Ven, pasemos a la guarnición de estos incircuncisos, si acaso haga el Señor por nosotros, porque no es difícil para el Señor salvar, ya sea en la multitud, ya sea en pocos.

11. ¿Qué es la guarnición de los filisteos, sino la fuerza de los espíritus malignos? Pues los varones santos, cuando se preparan para la corrección de los pecadores, saben abiertamente que luchan con los ángeles caídos del cielo. Esta lucha, por tanto, porque es de ángeles y de hombres, se lucha por los fuertes con los débiles, con los simples por los astutos. Pues de estos fuertes había recibido el insulto quien decía: Irrumpieron en mí los fuertes, sin ser mi iniquidad ni mi pecado, Señor (Sal. 58, 4). Pablo también, contemplando las astucias del ángel caído, dice: No ignoramos sus astucias (2 Cor. 2, 11). Contra los astutos, por tanto, se ha de buscar el camino de la razón cauta, pero contra los fuertes se han de pedir los auxilios divinos. Para que, por tanto, se sienta que la predicación debe exhibirse con gran cautela, se dice que Jonatán invitó a su escudero a pasar con él. Y para que en la expulsión de los enemigos se presuma de la misericordia de Dios, habla diciendo:

Porque no es difícil para Dios salvar, ya sea en la multitud, ya sea en pocos; y porque la conversión de los facinerosos no es fácil, dice: Si acaso haga Dios por nosotros. Dice si acaso, porque no presume aún plenamente de la plena salvación de los criminales. Pero muestra la forma del súbdito elegido en la virtud de la humildad, porque añade:

(Vers. 7.) Y dijo su escudero: Haz todas las cosas que agradan a tu ánimo. Ve a donde deseas, y estaré contigo a dondequiera que quieras.

12. Algunos súbditos, mientras descuidan la medida de su orden, confunden esa misma medida de tal modo que participan en la disposición de sus prelados, pero rehúsan obedecer a los mandatos. Se atreven ciertamente a enmendar con facilidad los dichos de los mayores, pero no se esfuerzan en cumplir con facilidad lo que ellos prescriben. ¿Qué, por tanto, se nos muestra en la voz de este escudero, sino que se ha de dejar a los prepuestos la libre disposición, y los súbditos han de mantener la virtud de la obediencia no relajada? Pues para que asignen a los predicadores la libre autoridad de disponer, dice: Haz todas las cosas que agradan a tu ánimo. Y para mostrar la pronta voluntad de los súbditos hacia todos los servicios, añade: Ve a donde deseas, y estaré contigo a dondequiera que quieras. Ni allí dijo ciertamente: Haz algunas cosas que están en tu ánimo, otras no las hagas, o hazlas de otro modo; ni aquí, ve allá, y estaré contigo, y allá no estaré contigo. Todas las cosas, dijo, haz, porque por la disposición de los prelados han de disponerse todas

las cosas: Estaré también, dijo, contigo a dondequiera que quieras; porque a ningún precepto de obediencia debe faltar el súbdito óptimo. Sigue:

(Vers. 8-10.) Y dijo Jonatán: He aquí nosotros pasaremos a esos varones, y cuando nos hayamos aparecido a ellos, si de tal modo nos hablaren: Esperad hasta que vengamos a vosotros; estemos en nuestro lugar, y no subamos a ellos. Pero si dijeren: Subid a nosotros; subamos, porque el Señor los ha entregado en nuestras manos.

13. Es sentencia cierta e indudable de la santa Iglesia, que los predicadores elegidos no sólo deben considerar qué, cuánto y cuándo hablen, sino también a quiénes hablen. Por lo cual también el Señor, ocultando la palabra del conocimiento de algunos, prohíbe a los discípulos, diciendo: No echéis vuestras margaritas delante de los puercos (Mat. 7, 6). De aquí también la Escritura prohíbe que se derrame inútilmente la palabra, y dice: Donde no hay quien oiga, no derrames el sermón (Eclo. 32, 6). ¿Qué es, pues, lo que dice Jonatán: Si dijeren: Esperad hasta que vengamos a vosotros, estemos en nuestro lugar; pero si: Subid a nosotros, subamos, porque el Señor los ha entregado en nuestras manos, sino que el predicador elegido debe recoger atentamente a quiénes debe proferir la palabra de vida? Pero porque esto parece mostrarse ahora en el sentido de la letra, expresémoslo nosotros más sutilmente. Los predicadores pasan a los pecadores cuando agradan no sólo por la palabra, sino también por la vida, a aquellos a quienes exhiben las palabras. ¿Quiénes son, pues, los que dicen: Subid a nosotros, sino

aquellos que proferen signos de devoción, porque escuchan la palabra de salvación con veneración y desean fuertemente retenerla? A estos, por tanto, se ha de subir, en los cuales, aunque haya gran trabajo en la obra del ministerio, hay también grandes ganancias de salvación. Por el contrario, ciertamente, los pecadores ansían pasar a los doctores cuando están sumergidos en tan profunda ceguedad que se esfuerzan por convertir incluso a los mismos predicadores al ejemplo de imitación de su propia depravación. Pues son propensos al mal, impenitentes de corazón, y no temen manchar a otros con la lepra del pecado con que se visten. De los cuales habla aquel sabio, diciendo: Se alegran cuando han hecho el mal, y saltan de gozo en las cosas pésimas (Prov. 2, 14). Y asimismo el Profeta, vaticinando sobre ellos, dice: Pregonaron su pecado como Sodoma (Is. 3, 9). ¿Qué es, pues, lo que dice: Estemos en nuestro lugar? Pues es tal como si dijera: Si no podemos ganarlos a ellos, conservémonos nosotros mismos en la buena conversación. Pues nuestro lugar es la buena conversación, de cuyo lugar ciertamente se escribió en otra parte: Si el espíritu que tiene potestad subiere sobre ti, no dejes tu lugar (Eclo. 10, 4).

(Vers. 11, 12.) Se apareció, pues, a la guarnición de los filisteos, y dijeron los filisteos: He aquí los hebreos salen de las cavernas en que se habían escondido. Y hablaron los varones de la guarnición de los filisteos a Jonatán y a su escudero: Subid a nosotros, y os mostraremos una cosa.

14. ¿Qué es lo que los filisteos dicen que los hebreos salen de las cavernas, sino que a veces los pecadores, considerando la vida de los predicadores, llaman cavernas a su soledad, o ciertamente a los profundos secretos de su mente? En cuyas cavernas ciertamente se dice que se esconden los hebreos cuando los predicadores elegidos no salen a buscar las ganancias de otros, sino que custodian solamente o sus lugares secretos, o los secretos deseos de su mente. Pero entonces los hebreos parecen salir de las cavernas cuando de esa misma vida secreta saltan a la gracia pública de la predicación. ¿Pero qué es: Subid a nosotros, y os mostraremos una cosa, sino que los pecadores provocan a los doctores a venir a ellos, mientras desean mostrarles como algo nuevo y desconocido el ejemplo de su propia depravación? Una cosa (res) la llaman, ciertamente, porque a los puestos en el deleite del pecado, les parece que es una gran cosa lo que hacen. Pero Jonatán dice a esto:

(Vers. 12.) Subamos, sígueme: pues el Señor los ha entregado en manos de Israel.

15. El cual no dijo: Te seguiré, sino: Sígueme. Esto ciertamente debe ser propio de los prelados, que caminen con los primeros pasos hacia la gracia de la predicación, los cuales pasos ciertamente deben seguir los súbditos. Siga, pues, el escudero a Jonatán, cuando los súbditos imitan las buenas obras de los prelados. Pero porque para convertir a los pecadores se ha de confiar no en la propia virtud, sino en la gracia divina, Jonatán dice al escudero: Pues el Señor los ha en-

tregado en manos de Israel. Israel ciertamente se interpreta como varón que ve a Dios. En su mano, por tanto, son entregados los pecadores cuando aquellos que los ganan son elevados a su visión por la gracia de la contemplación. Sigue:

(Vers. 13.) Subió, pues, Jonatán trepando con manos y pies, y su escudero tras él.

16. Jonatán trepa con manos y pies porque el predicador, para subir a la altura de la virtud para convertir a los oyentes, no cesa tanto de hacer el bien como de ejercitar buenos deseos. Pues en los pies se figuran los deseos, en las manos las obras. Trepa, por tanto, con manos y pies quien, para llegar a la celsitud de la predicación, camina estudiosamente tanto en los deseos como en las obras. El escudero sigue a Jonatán porque el súbdito medita la vida del prelado con toda intención. Sigue:

(Vers. 13, 14.) Y cuando hubieron subido, unos caían ante Jonatán, a otros los mataba su escudero tras él. Y se hizo la primera matanza, en que hirió Jonatán y su escudero a unos veinte hombres, en la mitad de una yugada de tierra, la cual una pareja de bueyes suele arar en un día.

17. Veinte hombres son heridos en la primera matanza, porque por este número se figura la perfección de la Ley y del Evangelio. Pues el binario llevado al denario devuelve veinte. En el denario se significa la Ley, pero en el binario el Evangelio, por el doble precepto de la caridad. ¿Qué es, por tanto, que veinte hombres sean matados por Jonatán y su escudero, sino que aquellos que mantienen las palabras de la Ley y

del Evangelio en la superficie, son mudados a la virtud de la inteligencia espiritual por la voz del predicador? Pues quien había vivido mal, y mantenía la Ley y el Evangelio solamente en la voz, es como si entonces fuera matado, cuando por las exhortaciones del predicador se transforma para entender espiritualmente esa misma Ley y Evangelio, y para obedecer sus preceptos. Es matado, por tanto, el que era, para que empiece a ser el que no era. Y bien son matados en la mitad de una yugada: porque entonces los pecadores llegan a la inteligencia espiritual cuando, tras el amor del mundo, se dividen en parte hacia el amor de las cosas celestiales. Pues por yugada de tierra se toma este mundo. En la mitad de cuya tierra los que se convierten son como si entonces fueran matados, cuando ya no sirven a todo este mundo, sino en parte, y en parte se elevan a los deseos celestiales por la contemplación. Bien también se dice: La cual una pareja de bueyes suele arar en un día. ¿Quiénes son en este lugar la pareja de bueyes, sino los predicadores enviados de dos en dos a predicar por el Señor? Los cuales aran en el día, porque constituidos en la luz de la verdad, surcan las mentes de los oyentes por el arado de la exhortación. Los cuales entonces se dice bien que aran en el día cuando las mentes de los oyentes no se oscurecen por ninguna noche de depravación mundana. En el día, por tanto, ara la pareja de bueyes, cuando los doctores infunden las palabras de la predicación en las mentes ya ilustradas del error. Sigue:

(Vers. 15.) Y se hizo un milagro en el campamento, y por los campos, pero también todo el pueblo de su guarnición, que había ido a rapiñar, se pasmó.

18. Se llama milagro donde ocurren cosas nuevas e inesperadas. ¿Qué son, pues, los campamentos de los filisteos, sino las mentes de los impíos, las cuales entonces poseen los espíritus malignos como por derecho propio, cuando las encienden para toda obra de depravación? ¿Pero qué se significa por los campos, sino la latitud del mismo mundo? Se hace, pues, un milagro en el campamento y por los campos, cuando las mentes de los impíos por la conversión de aquellos a quienes hace poco veían semejantes a sí, y cualesquiera mentes de los seculares, sacudidas por la mudanza de esos mismos hombres, y como pasmadas, se ven conmovidas para admirar la gracia divina. Por lo cual también se añade: *Pero también todo el pueblo de su guarnición, que había ido a rapiñar, se pasmó.* Todo el pueblo de su guarnición son todos aquellos que están preparados para imitar la depravación de los espíritus malignos. Los cuales van a rapiñar, porque ansían pervertir las mentes de otros del estado de rectitud a su propia infidelidad. Estos, por tanto, se dice que se pasman, cuando por la súbita conversión de muchos, son arrebatados, atónitos por cierto estupor de la mente, a admirar los beneficios de Dios. Por lo cual también se añade pronto:

(Vers. 15.) Y se conturbó la tierra.

19. La tierra se conturba cuando la mente carnal, atónita por los beneficios divinos, tiembla

por los crímenes admitidos, y pronto sirve para la expiación de ellos con llantos y lamentos de penitencia.

(Vers. 16.) Y los vigías de Saúl, que estaban en Gabaa de Benjamín, miraron, y he aquí una multitud postrada, y huyendo de aquí para allá.

20. Los vigías puestos en Gabaa de Benjamín son varones constituidos en la cumbre espiritual, y en la parte derecha de las virtudes. Pues son vigías quienes por la gracia superna son elevados para intuir las cosas celestiales. Se afirma que estos están puestos en Benjamín, esto es, hijo de la derecha, porque quien está suspendido en la contemplación, no se afirma por la virtud carnal, sino por la virtud de la derecha espiritual. Gabaa, además, como hemos dicho, se interpreta como collado. En el collado, pues, se recuerda que están estos vigías, porque desde la alta cumbre de la virtud vigilan estas cosas que se gestionan en el mundo. Estos, pues, ven a la multitud de los pecadores postrada y huyendo de aquí para allá, porque mientras perseveran en su propia rectitud, consideran desde la cumbre de la virtud los crímenes que deben ser castigados de otros, y los varios errores del corazón. Si alguien quisiere entender por estos vigías a los Ángeles, puede hacerlo: porque ellos también desde la celsitud de su alta beatitud ven postradas las mentes mundanas, y las ven difundidas a lo largo y a lo ancho del estado de rectitud. Se ve a la multitud postrada y huyendo, cuando la multitud de los depravados se discierne postrada llorando sus pecados por la humildad, y se conoce que huye de

aquí para allá de la sociedad de su mala delectación. Los que están postrados para la penitencia, huyen hacia la inocencia. Sigue:

(Vers. 17.) Y dijo Saúl al pueblo que estaba con él: Requerid, y ved quién se haya ido de nosotros. Y cuando hubieron requerido, se halló que no estaban Jonatán ni su escudero.

21. ¿Qué es que Saúl conoce que falta Jonatán, sino que el rector carnal descubre que Jonatán, esto es, el predicador elegido, es ajeno a él y a su sociedad? Pues los rectores carnales pueden advertir entonces que los predicadores elegidos no están presentes para ellos, y que están alejados de su sociedad, cuando por sus obras admirables comprenden que no trabajan por el deleite de la vanagloria, sino por la sola gracia del amor divino. Entonces se descubre que Jonatán y su escudero no están presentes para Saúl, cuando se ve que el prelado y su súbdito se han ido a la obra del certamen por la salvación de otros. Pero porque el rector carnal intenta entonces volver a Dios, cuando es aterrado por el espíritu maligno por los crímenes admitidos, sigue:

(Vers. 18.) Y dijo Saúl a Aquías: Aplica el arca de Dios. Pues estaba allí el arca de Dios en aquel día con los hijos de Israel.

22. Aquías (Achias) se interpreta como hermano mío. Por este doctor, por tanto, debemos entender al que abraza a las almas elegidas con amor fraterno. El arca de Dios es la encarnación humana del Redentor, en la cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Esta arca, por tanto, se manda aplicar por

el rector carnal, cuando él ha de requerir los auxilios divinos por el temor del enemigo invasor.

22. Pues cuando la mente del hombre es deprimida por el deleite carnal, su vista se embota, de modo que merece ignorar los bienes espirituales. Pero cuando comienza a debilitarse en sus cosas carnales, poco a poco se fortalece en las espirituales, para que progresando vea las cosas celestiales y olvidando abandone las débiles; ciertamente se muestra el progreso de la mente convertida, porque primero se dice que la tierra se turbó, y luego se recuerda que ocurrió un milagro como de Dios. Pero un milagro de Dios es lo que Dios hace sin el hombre. Pues el hecho de que el Señor lloviera maná en el desierto para los hijos de Israel (Éxod. 16), que proveyera aves a los que las deseaban (Éxod. 14), Dios hizo ciertamente un milagro sin el hombre; pero cuando quiso dividir el mar, mandó a Moisés tocarlo con la vara, para mostrar un milagro que demostraría al pueblo por medio de un hombre. Así, ciertamente, la roca es golpeada con la vara para que se produzcan flujos de agua (Núm. 20), porque ciertamente el milagro que quiso mostrar, lo hizo por medio de un hombre, no por sí mismo, para que al hacer al hombre venerable, el pueblo israelita debiera someterse humildemente a él y obedecerle devotamente. ¿Qué es, por tanto, lo que se afirma que ocurrió un milagro como de Dios, después de que la tierra es turbada, sino que mientras el Espíritu Santo mueve la mente a la conversión, insinúa a la mente conmovida los ejemplos de los elegidos,

para que los vea con veneración y desee imitarlos con devoción?

Este milagro, según la historia, se entiende así, porque muchos eran matados. Pero ahora en la santa Iglesia, los pecadores se convierten a la vida religiosa, a quienes otros siguen como ejemplos de virtud. El Espíritu Santo ciertamente los atrae, y porque son atraídos, lo muestra a los demás, para atraer a los atraídos e injertar a los videntes en los atraídos, a fin de comprender a ambos por la largueza de su gracia. Pues cuando Él obra esto sin el hombre, por sí mismo en los corazones de los fieles, ciertamente el milagro no se hace como de Dios, sino por Dios. Pero cuando lo hace por medio de los doctores de la vida eterna que predican, el milagro es como de Dios, porque muestra a sus ministros admirables, para que quienes los miran puedan imitarlos devotamente.

Pero como dijimos antes que Saúl significa a los sumos sacerdotes, y Jonatán su hijo a las personas súbditas de los predicadores, si atendemos a lo que sigue, encontramos la solicitud apostólica en los sumos pontífices, la cual conservan. De la cual ciertamente habla el bienaventurado Pablo, diciendo: «¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? Además de las cosas que están afuera, mi preocupación diaria, la solicitud por todas las Iglesias» (2 Cor 11, 29). El que ciertamente llevaba la solicitud de todas las Iglesias, vigilaba no solo sobre los pequeños, sino también para discutir los hechos de los mayores. Por lo cual se añade aquí:

(Vers. 16, 17.) Y los vigías de Saúl, que estaban en Gabaa de Benjamín, miraron; y he aquí la multitud postrada huyendo de aquí para allá. Y dijo Saúl al pueblo que estaba con él: Buscad, y ved quién se ha ido de nosotros. Y se halló que no estaban Jonatán ni su escudero.

23. Los vigías de Saúl contemplan el combate de Jonatán, porque los sumos pontífices no solo discuten los hechos de los súbditos, sino también la doctrina de los prelados. Exploran a aquellos, si actúan bien; y a estos, si enseñan rectamente. A menudo oyen la conversación de otros, pero temen que no estén bien instruidos. Pues, ¿qué otra cosa es lo que se pregunta, quién se ha ido, sino que el que es enviado a predicar debe ser tal que la carga del ministerio se le imponga con seguridad; para que la mente del que envía no fluctúe con duda alguna de que enseña rectamente y muestra las palabras de la doctrina con las obras? Y porque son innumerables los gobernantes de las Iglesias, Jonatán es contemplado por los vigías, porque la suprema cumbre de la Iglesia universal ordena de tal modo a los predicadores por el mundo que tiene ministros en torno a sí por los cuales discute la doctrina de aquellos e inquiere diligentemente sus obras. Pero los que desempeñan el ministerio y la legación de la suprema cumbre son sublimados en una alta sede de vida y de ciencia. Por lo cual también se recuerda bien que esos mismos vigías están en Gabaa de Benjamín. Pues Gabaa de Benjamín se llama el collado del hijo de la derecha. En el collado del hijo de la derecha están quienes, por una vida sublime y por una alta

ciencia, ya parecen alcanzar la conformación del Redentor. Estos, ciertamente, contemplan desde lo alto los hechos de los vencedores, porque por la altura de la vida y la perfecta erudición de la suprema ciencia merecen aprobar la vida de los buenos y discutir a los malos. Los cuales hallan que Jonatán no está presente, porque consideran que las ganancias de la predicación son entonces óptimas, cuando aprueban la persona loable del predicador. Sigue:

(Vers. 18.) «Y dijo Saúl a Aquías: Aplica el arca de Dios».

24. ¿Por qué manda Saúl al sacerdote Aquías aplicar el arca, sino porque oyen de los vigías el modo del certamen? Lo cual ciertamente es bien hecho espiritualmente por los sumos sacerdotes, cuando no juzgan antes las cosas que oyen de los relatores, hasta que buscan la razón de ellas en el consejo de la meditación interna. Y, porque a menudo siguen también los consejos de la mente ajena, se manda a Aquías aplicar el arca. Pues tiene el arca el sacerdote que no tiene la mente vacía de ciencia espiritual. Saúl, por tanto, manda a Aquías aplicar el arca cuando el sumo doctor busca el consejo de sus menores y eruditos. Pues allí se han de pedir los consejos, donde resplandece la gracia de la ciencia espiritual. Por lo cual también se añade:

(Vers. 18.) «Pues el arca de Dios estaba en aquel día con los hijos de Israel».

25. Como si dijera: mandó aplicar esto, que conoció que estaba presente. Pues pedir el consejo de la religión a los irreligiosos, o la sabiduría

a los necios, no es recibir consejo, sino precipitarse. Bien se dice, por tanto: «Pues el arca de Dios estaba allí», porque en las cosas dudosas debemos consultar a aquellos en quienes sabemos claramente que no faltan los dones espirituales. Pero hay algunas cosas que se mejoran por el consejo, y otras por el auxilio. Pues donde hay una necesidad abierta e indudable, allí no es adecuada la demora del consejo, sino la celeridad de la subvención. Las cosas ambiguas y oscuras las realizamos mejor consultando, pero las abiertas y conocidas las aliviamos subviniendo y apresurándonos. Por lo cual también se añade:

(Vers. 19, 20.) «Y mientras hablaba Saúl al sacerdote, se originó un gran tumulto en el campamento de los filisteos, y crecía poco a poco, y resonaba más claramente. Y dijo Saúl al sacerdote: Retrae tu mano. Clamó Saúl, y todo el pueblo que estaba con él, y vinieron hasta el lugar del combate».

26. Pues, ¿qué otra cosa significa que Saúl primero pidiera aplicar el arca, y luego mandara al sacerdote retraer su mano, sino que debemos tanto disponer las cosas oscuras mediante el consejo, como completar con apresuramiento aquellas que se dan a conocer más claramente? Pero para un predicador oír un tumulto que crece poco a poco, es conocer la devoción de los pecadores convertidos. Lo cual se dice que crece poco a poco, porque mientras el Espíritu dirige nuestra mente a las buenas obras, la conduce suavemente a cosas mejores a través de los progresos diarios. Pero ¿qué es lo que claman Saúl y todo el pueblo

que está con él, sino que se asocian a los combatientes? Pero también vienen hasta el lugar del combate. El lugar del combate es el corazón del que oye la palabra de Dios. Se llama lugar del combate porque la palabra que se recibe lucha con la conversación pasada. Pues ya le agradan las cosas celestiales que oye, pero la vieja costumbre se levanta y sugiere que desprecie lo oído. El combate se vuelve también más grave porque lo que el predicador alaba, los espíritus malignos lo vituperan disuadiendo, y como combatiendo se levantan contra los santos, mientras destruyen luchando lo que se predica por la voz de aquellos. ¿Qué es, por tanto, venir hasta el lugar del combate, sino llegar a los secretos del corazón del oyente a través del acceso de la indagación, donde encuentre rápidamente a los enemigos y los hiera poderosamente? Pues los que no saben discutir las cosas internas no pueden llegar al lugar del combate. O bien el lugar del combate es donde hay una frecuente fama de gran religión. Pues como se corre allá desde innumerables lugares, deseando tanto dejar la vida vieja como vestir la nueva, rectamente se llama lugar del combate, porque diariamente lucha allí el ejército de las virtudes espirituales con la multitud de los vicios. Allí, ciertamente, cuanto más graves son los combates, tanto más gloriosas las victorias. Allí, cuanto más frecuente es el acceso de los enemigos, tanto más loable es el número de los triunfos: donde no solo se ensalza la alta virtud de los grandes, sino que se muestra la común

destreza de todos con una admirable ostentación de fortaleza. Por lo cual también sigue:

(Vers. 20.) «Y he aquí que la espada de cada uno se había vuelto contra su prójimo, y hubo una matanza muy grande».

27. ¿Qué es esta espada, sino la espada del espíritu, que es la palabra de Dios? Pues los que en innumerables lugares se han convertido al servicio de Dios omnipotente, porque se adhieren inseparablemente a la palabra de Dios, es como si cada uno tuviera una espada junto a sí. Por tanto, la espada de cada uno se vuelve hacia su prójimo cuando los que se han convertido en los monasterios tanto se atraviesan mutuamente con la palabra de Dios, como matan profundamente en sí la carnalidad. Pues son muertos como por una herida mutua, mientras uno hiere al otro con la palabra de Dios y extingue lo que en sí vive carnalmente. Los cuales, porque recién convertidos habían caído de la vida secular, son significados por el tipo de los filisteos. O bien la espada de uno se vuelve hacia su prójimo cuando, por la exhortación de los convertidos, los pecadores aún no convertidos se convierten al Señor; cuando no solo los que presiden la palabra de la predicación ganan a otros, sino la multitud de los súbditos, cuantos pueden instruir con palabras y ejemplos, e intentan retirar a los que desean la vida presente como si estuvieran muertos, y presentarlos vivos para la vida eterna. Ciertamente, contemplamos estas ganancias de los muertos ya difundidas por toda la Iglesia en el orbe entero, porque quienes por la gracia divina ya viven para Dios, parecen

muertos para este mundo por la punta de la caridad mutua. Pues la espada de cada uno se vuelve hacia su prójimo porque todos los elegidos se fortalecen mutuamente en la santa Iglesia e inflaman hacia la patria celestial por el estudio de la predicación mutua. Y porque un pueblo innumerable es adquirido diariamente para Dios, bien se añade allí: «Y hubo una matanza muy grande». Ciertamente es muy grande lo que en magnitud puede conocerse de cualquier modo, pero en excelencia no puede comprenderse. Hacia esta matanza ciertamente muy grande había levantado sus ojos quien decía: «Para mí, en cambio, tus amigos, oh Dios, son sumamente honrados, su principado se ha fortalecido en extremo; los contaré, y se multiplicarán sobre la arena» (Sal 138, 17). También puede entenderse una matanza muy grande, no solo porque se vean muchos, sino también porque se vean bien muertos. Lo cual ciertamente se ve que ocurre en la conversión de los pecadores, cuando abandonan de tal modo las cosas pasadas que nunca reviven para los mismos deleites. Morir para los pecadores es separarse por un tiempo de la vida torpe. Por tanto, morir vehementemente, o en extremo, es abandonar perfectamente los halagos de la vida temporal y suspirar por los gozos de la futura. Pero porque hay mucha diversidad de los mismos que se convierten, sigue:

(Vers. 21.) Pero también los hebreos, que habían estado con los filisteos ayer y anteayer, y habían subido con ellos al campamento, regresa-

ron para estar con Israel y con los que estaban con Saúl y Jonatán.

28. ¿Quiénes son los hebreos, que habían estado con los filisteos, sino los pecadores caídos de una conversación religiosa? De los cuales se dijo no mucho más arriba: «Los hebreos cruzaron el Jordán». Ciertamente son hebreos por el orden de la religión, pero están con los filisteos, y suben con ellos, mientras son burlados por sugestiones nocivas y progresan en la mala obra. Ciertamente están con los espíritus malignos por el propósito y la voluntad del pecado, pero suben con ellos porque, impulsados por ellos mismos, se elevan a la audacia de la obra inicua. O bien están con ellos cuando completan sus pecados obrando; pero suben con ellos cuando no temen proponer ejemplos de su propia depravación para que otros los imiten. ¿Qué es, por tanto, que se diga que regresan y están con Israel, sino que tales personas también la mayoría de las veces se arrepienten? Pues regresar es reasumir el amor de la vida religiosa. Y estar con Israel es persistir en la unidad de la caridad dentro de la santa Iglesia. Ciertamente se ha de regresar a esto, para que se proponga estar con Israel, porque no hay conversión alguna del pecador si el convertido carece de la perseverancia en la buena obra y de la unidad de la caridad. Sigue:

(Vers. 22.) Todos los israelitas también, que se habían escondido en el monte Efraín, oyendo que los filisteos habían huido, se unieron con los suyos en el combate.

29. Esto ciertamente ocurre tantas veces cuantas los dedicados a una vida más retirada se dignan dirigir su estudio a buscar la ganancia de las almas. Pues se asocian con los suyos en el combate cuando predican los verdaderos gozos de la vida eterna con los doctores de la santa Iglesia, e igualmente ahuyentan a los espíritus malignos de los corazones de los pecadores. Pero se ha de preguntar mucho cómo se dice: «Oyendo que los filisteos habían huido». Ciertamente no es una victoria preclara perseguir a los que huyen, sino ahuyentar a los que resisten. ¿Qué es, por tanto, lo que se dice: «Oyendo que los filisteos habían huido, se unieron con los suyos en el combate», sino que con estas palabras se significan las ganancias convenientes a esa misma vida retirada? Pues suele ser costumbre de aquellos varones proponer la palabra más a quienes les consultan que a quienes les oponen resistencia, porque a menos que reconozcan un corazón devoto en el oyente, se desdeñan de emitir su predicación como si fuera a perecer en el vacío. Antes, por tanto, de que se asocien con los suyos en el combate, oyen que los filisteos han huido: porque no vigilan tanto para convertir a los malvados como para elevar a los convertidos a las cumbres de una vida más perfecta. Pero porque la misma sublimidad de la vida más perfecta suele persuadirse por los trabajos de una gran exhortación, se dice con razón que combaten quienes oyen que los filisteos han huido. Así pues, los enemigos huyen, pero los recién escondidos combaten, porque los varones de vida retirada no se dignan hablar sino a oyentes

devotos, pero hablando apenas pueden persuadir la altura de la vida que ellos mismos llevan con un gran combate de palabras y de ejemplos. Y porque los débiles e imperfectos no pueden recoger las grandes ganancias de la predicación, sigue:

(Vers. 22.) «Había con Saúl como diez mil hombres».

No dice diez mil, sino como diez mil. Al fin y al cabo, la perfección perfecta de este número no se halla en la tierra, sino en el cielo. Pues porque son nueve los órdenes de los ángeles, y a la sociedad de ellos es elevada aquella multitud de hombres elegidos, esos diez mil hombres son los que, en los santos ángeles y los hombres elegidos, se regocijan en aquella sede de la gloria eterna. Por tanto, como diez mil hombres son aquellos que, puestos todavía en el exilio de este siglo, han recibido en sus costumbres la forma de aquella sociedad bienaventurada. Porque igualmente por el amor de aquella vida superna se abandonan las tinieblas de los pecados, sigue:

(Vers. 23.) «Y salvó el Señor en aquel día a Israel».

Ciertamente, la contemplación de la luz interna es un día muy espléndido y clarísimo, en el cual el Señor salva a Israel, porque a aquellos cuyos corazones irradia con la luz del esplendor íntimo, los eleva a la altura de la salvación perpetua. Ciertamente se dice que el Señor salva en aquel día, porque nadie se enciende en el amor de la vida eterna si se le oculta el esplendor de la luz íntima. A esta gracia de la salvación llegan no solo las cosas elegidas, sino también las que parecen

despreciadas del mundo. Por lo cual también se añade:

(Vers. 23.) «Pero el combate llegó hasta Bet--aven».

34. ¿A quiénes insinúa Jonatán en este lugar, sino a aquellos que son grandes de palabra y de obra, pero que, sin embargo, no son grandes en el estudio de la circunspección? En efecto, predican cosas elevadas, practican cosas fuertes, pero no se mantienen varonilmente en la circunspección de la humildad. Pues, ¿qué es que sostenga la vara en la mano, sino porque la disciplina con la que prohíbe pecar a otros, no la ejerce sobre sí mismo? Ciertamente, la vara con la que suelen ser corregidos los párvulos, puede designar adecuadamente la palabra de corrección. Por tanto, la predicación y la obra buena son la vara y la mano. ¿Qué es, pues, extender la vara y volver la mano a la boca con miel, sino recibir el gusto del vano favor tanto de la palabra de la predicación como del estudio de la buena obra? Pero porque peca al modo de los elegidos, se dice que levanta la miel no con la vara, sino con la extremidad de la vara. Pues vuelven la vara y la mano llena de miel a la boca quienes, según la voz de la Verdad: "Hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres" (Mt 23, 5). Pues mientras se sacian de sus propias alabanzas, tienen la miel no para un ligero gusto en la punta de la vara, sino en toda la vara, o bien en la mano para una plena restauración. Tales eran, sin duda, aquellos a quienes el Señor increpa en el Evangelio, diciendo: "¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís gloria unos de

otros?" (Jn 5, 44). ¿Qué es, pues, esta extremidad de la vara, sino que frecuentemente tanto quieren glorificar al Señor en su obra, como no rehúyen parecer ellos mismos loables? Con razón, pues, se dice que Jonatán no oyó la voz de su padre con la que conjuró al pueblo, porque no oye las palabras de Dios, o de su predicador, quien descuida cumplirlas. ¿Pero qué es que por el gusto de la miel se iluminaron los ojos de Jonatán, sino porque quienes reciben el aura del vano favor se robustecen por lo mismo para realizar acciones fuertes? Ciertamente en este lugar no se dice que se abrieron los ojos como si se sintiera que hubieran estado cerrados, sino para que, reparado el vigor del cuerpo, se entiendan reparados para ver y para extinguir a los enemigos. Lo cual, sin duda, conviene enteramente a los elatos, que realizan acciones mayores y fuertes por el hecho de que ven ensalzar sus obras loables.

(Vers. 28.) Y respondiendo uno del pueblo, dijo: Con juramento constriñó tu padre al pueblo, diciendo: Maldito el varón que comiere pan hoy.

35. Refirió que el padre había ciertamente conjurado al pueblo y proferido la maldición, porque cuando el menor quiere dirigir al prelado que yerra, no debe reprenderle con aspereza, sino reducirle dulce y humildemente al recuerdo de los estatutos de los mayores. Por lo cual dice: "Con juramento constriñó tu padre al pueblo". Pues para amonestar dulcemente a aquel que constriñó al pueblo con juramento, afirmó que era su padre. Como si dijera con otras palabras: Tanto más delicadamente debes conservar las instituciones

de los mayores cuanto más alta ves que retienes la posición de ellos por la dignidad de la sucesión. También se afirma que el pueblo fue constreñido por el juramento del padre, para que no se atienda a la humildad de la persona que habla, sino a la autoridad de la que se muestra: para que si se desprecia el orden del que sugiere, se tema la celsitud de aquel que se muestra. Al cual, sin embargo, afirma que es padre, para que los preceptos de los mayores deban ser tanto objeto de temor como de amor. Diga, pues: "Con juramento constriñó tu padre al pueblo, diciendo: Maldito el que comiere pan hoy". Lo cual es tal como si dijera: Quiero que seas memoria de aquellas cosas que son tuyas, no mías, porque mientras obtienes la cumbre de los mayores, debes guardar sus leyes como por derecho hereditario. Verdaderamente, con el nombre de pan se expresa rectamente el favor de los aduladores, porque tanto sacia como conforta la mente atenta a la vanidad, mientras la vuelve más valiente para realizar lo que debe ser alabado. Lo cual ciertamente se ve que conviene mucho a los arrogantes, que se animan a hablar por las alabanzas proferidas. Y porque el predicador arrogante tiene súbditos semejantes a sí, codiciosos de alabanza, sigue:

(Vers. 28.) Y el pueblo desfalleció.

36. ¿Qué es desfallecer, según la letra, sino cansarse? Pues aquellos que buscan alabanzas transitorias por la predicación de la palabra, desfallecen cuando son alabados, porque no profieren con ningún vigor las palabras que no ven que son alabadas. Pues como si se cansaran, desfalle-

cen mientras, despreciados, callan. Pero también mientras no comen, parecen desfallecer, porque si tuvieran el alimento lícito del favor, como si estuvieran restaurados y fuertes, perseguirían los vicios con la predicación de la palabra. Por lo cual también se muestra la forma del predicador arrogante, por lo que se añade:

(Vers. 29, 30.) Y dijo Jonatán: Mi padre ha turbado la tierra. Pues vosotros mismos habéis visto que mis ojos se han iluminado porque gusté un poco de esta miel; ¡cuánto más si el pueblo hubiera comido de la presa de sus enemigos que halló, no se habría hecho una plaga mayor en los filisteos?

37. Pues, ¿qué es que reprenda al padre por haber turbado la tierra, sino porque redarguye que los mayores han confundido sus estatutos por impericia? Ciertamente, con el nombre de tierra se designa la humildad de los súbditos, la cual sin duda se ve que se turba cuando, por el juicio errante de los pastores, parece desertar del orden de la tranquila verdad. Y porque mientras los arrogantes ambicionan ávidamente los favores de los hombres e intentan afirmar que esto es lícito, aducen sus propios progresos como testimonio. "Pues habéis visto", dice, "que mis ojos se han iluminado porque gusté un poco de esta miel". Como si dijera: He crecido por la alabanza de los súbditos, mientras me esforcé por no ser menor que las alabanzas. Pues también suele ser costumbre de los predicadores elegidos que, mientras consideran que se les alaba, se esfuercen con sus fuerzas por ser lo que oyen de sí mis-

mos fuera. Y por eso Jonatán refirió que había comido un poco de miel: porque la lengua arrogante piensa que puede recibir lícitamente favores para el progreso de la vida, no para la intención de la vanidad. Pero es una cosa totalmente distinta esforzarse por igualar con las costumbres los pregones de la alabanza, y otra desear alabanzas para poder encontrar en esas mismas alabanzas el progreso de la vida. Ciertamente, se esfuerzan por igualar sus alabanzas con las costumbres quienes desprecian las alabanzas mismas, quienes nunca quieren ser alabados por los hombres. En cuanto está en ellos, huyen vehementemente de ser alabados, pero porque no pueden escapar totalmente de ser alabados, se esfuerzan por ser lo que oyen. Pero algunos, habiendo mostrado buenas obras, desean por eso ser alabados, para que, siendo alabados, asciendan más alto en la obra de la virtud. Por lo cual, ciertamente, se engañan en la estimación de su presunción, porque quien desea alabanzas en lo mínimo, cuando haya hecho obras mayores, busca alabanzas con más ardor y con mucha más avidez. Y tal vez por eso Jonatán no pudo reinar después de su padre, porque significaba a aquellos que, mientras se ensalzan vanamente, verdaderamente desfallecen. Añadió también razonando, y dice: "¿Cuánto más si el pueblo hubiera comido la presa de sus enemigos, no se habría hecho una plaga mayor en los filisteos?". Gustar un poco de miel en la punta de la vara es gloriarse de cualquier modo de la facundia de la doctrina. Pero comer la presa de los

enemigos es [percibir] las obras de la virtud por la memoria...

(Vers. 31.) Hirieron, pues, a los filisteos en aquel día desde Micmas hasta Ayalón.

38. El día de la mente es el esplendor de la erudición. Pero aquellos a quienes los arrogantes instruyen, porque se encienden con la ambición de la gloria temporal, reciben una simulación de luz, no la verdad. Por tanto, cuando se habla de aquel día, ¿qué otra cosa se significa, sino que a menudo por el propósito de la gloria temporal se vería que se realizan acciones fuertes? Pues en aquel día, es decir, por la doctrina o el ejemplo de los soberbios, hieren, porque sirven al ministerio de la predicación para este fin: para alcanzar el esplendor de la gloria temporal. Y porque desean hacerse conocidos de todos, dice: "Desde Micmas hasta Ayalón". Micmas, como ya se ha dicho suficientemente, se interpreta como humildad, pero Ayalón como "mi hermano que llora". Mas los humildes en este lugar se designan como los pequeños y sencillos en la santa Iglesia. Al hermano que llora, ¿a quiénes otros insinúa sino a aquellos a quienes el Señor elogia en el Evangelio, diciendo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados"? (Mt 5, 5). Pues el que ya sabe despreciar todas las cosas temporales y anhelar las eternas con grandes deseos, mientras aborrece ser retenido en el cuerpo y gime por no estar todavía en aquella alegría de la vida eterna, rectamente es llamado "mi hermano que llora". Hermano, ciertamente, porque ya ha comenzado a ser coheredero de Cristo, por

cuya herencia beatísima y alegrísima suspira con todos sus deseos. Y se dice "que llora" para que se designe el duelo inefable de los perfectos. Mas llorar no es llorar de cualquier modo, sino gemir afectuosísimamente. Pues porque están llenos de la gracia del Espíritu Santo, han llegado a aquella abundancia de llantos que el egregio doctor afirma, diciendo: "Pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rom 8, 26). También se le llama hermano que llora porque todos los perfectos están unidos al Redentor en gran familiaridad. Pues a quien el Redentor ama singularmente, a quien nutre con singular dignidad para la posesión de la herencia perpetua, cuando se afirma que es su hermano, se declara en número singular. Por lo cual también dice a Moisés como a un amigo singular: "Te conozco por tu nombre" (Ex 33, 12). De aquí es que se dice de Juan en el Evangelio: "Este es aquel discípulo a quien Jesús amaba" (Jn...

(Vers. 31.) Pero el pueblo estaba muy desfallecido.

También suele ser costumbre de los elatos que, cuando la lengua ajena calla de sus alabanzas, su propia estimación no calle. Ciertamente, mientras otros callan, ellos claman, porque llevan en su corazón los pregones de su propia estimación. Bien, pues, se añade sobre el mismo pueblo:

(Vers. 32.) Y vuelto el pueblo a la presa, tomó ovejas y bueyes y vitelos, y degollaron en tierra, y comió el pueblo con sangre.

39. Toma ovejas, ciertamente, quien recuerda las múltiples causas de su propia inocencia para

la elación. Toma bueyes en la presa cuando piensa en los trabajos de su propia predicación y amontona, recordando, todo lo que aprovechó a otros hablando, como cultivando la tierra. Toma vitelos cuando se ensalza porque se traen a la mente los movimientos reprimidos de la lascivia. Pues porque se han mandado dos cosas en la gran alabanza de los justos—a saber, el esplendor de la caridad con la luz de la buena obra—, mientras cada arrogante se ensalza por su propia estimación, se dice que toma tanto ovejas como vitelos. Ovejas, ciertamente, en la inocencia de las buenas obras; vitelos, en cambio, en la mortificación de las pasiones corporales. A los cuales, sin duda, insertó los bueyes, porque no se ensalza perfectamente quien se contempla a sí mismo enfermo e impotente en alguna parte. Grande es ya ante sí mismo por la estimación de la pudicia y de la buena obra, pero se eleva en el fasto de una elación más amplia mientras se recuerda perfecto en el trabajo de la predicación.

Pero a qué fin se conducen todas estas cosas, se expuso subsiguientemente: «Y degollaron en tierra». Degollar ovejas y bueyes y vitelos en tierra es regocijarse de la conciencia de las virtudes con una alegría baja y carnal. Por lo cual también se dice por Oseas sobre los elatos y arrogantes: «Sumergían las víctimas en lo profundo» (Os 5, 2). En lo profundo, ciertamente, sumergen las víctimas quienes no elevan al cielo las hostias celestiales de las virtudes por la acción de gracias, sino que las inclinan a la tierra por el apetito de la vana alabanza. Por lo cual también bien se añade:

«Y comió el pueblo con sangre». El alimento de la mente es su alegría interna. ¿Qué es, pues, comer con sangre, sino no quitar de ningún modo del apetito interno la intención del vano favor de la mente? Pues como si se desechara la sangre cuando la mente quita de la alegría de la buena obra la intención de la vanidad. Una mente de este tipo sabe alegrarse en la buena obra, porque se goza de aproximarse a las cosas celestiales por las obras buenas, las cuales rehúye que se vean por un tiempo en esas mismas obras. Por tanto, comer con sangre es tomar la alegría de la buena obra mezclada con la intención de la vanidad. Lo cual, sin duda, cuando es ofrecido por otros, es alimento simple para los elatos; pero cuando, sin que nadie alabe, la conciencia de los soberbios se hincha, toman como por presa violentamente lo que alguien no concedió espontáneamente. Sigue:

(Vers. 33, 34.) Y anunciaron a Saúl, diciendo que el pueblo pecaba contra el Señor, comiendo con sangre. El cual dijo: Habéis prevaricado. Volvedme ya una piedra grande. Y dijo Saúl: Dispersaos por el vulgo y decidles que traiga cada uno su buey y su carnero, y degollad sobre esta piedra, y comed, y no pecaréis contra el Señor comiendo con sangre.

40. Es propio de los predicadores de la santa Iglesia tanto reprender las culpas perpetradas como mostrar de qué modo deben evitarse las reprendidas. Ciertamente, las reprendidas se dan a conocer, pero si se ignora cómo evitarlas, una vez mostradas se repiten. ¿Qué se muestra en esta

ingestión de sangre, sino el virus latente de la elación? Mas los vicios latentes no se curan si no se exponen. Para insinuar, pues, las costumbres de los predicadores, Saúl afirma primero que el pueblo había prevaricado, luego manda que se degüellen sobre la piedra los animales que han de comer. Pero conocemos la peña, o piedra, porque Pablo la muestra diciendo: "Y la piedra era Cristo" (1 Co 10, 4). Ciertamente, la piedra se vuelve hacia el predicador cuando se recuerdan ante él los ejemplos del Redentor. También se dice que se hace rodar para que se vea por todas partes. Pero fue llamada grande porque por Daniel se afirma que crece y llena toda la faz de la tierra (Dn 2). Por tanto, se mira rodada no de cualquier modo, sino por ambos lados, para que Dios sea contemplado por los arrogantes y su arrogancia sea abatida. Vea, pues, el arrogante cuán poderoso en la virtud, cuán sublime en la majestad, cuán humilde en la virtud apareció nuestro Redentor. Pues iluminando a los ciegos, sanando a los enfermos (Mt 9), mandaba que no se dijera a nadie lo que había hecho poderosamente. Resplandeció en el monte, presentó al Padre como testimonio de su divinidad, y sin embargo dijo a los discípulos: "No digáis a nadie esta visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos" (Mt 17, 9). Y tal vez por eso, resucitando ya el Señor, apareció en el monumento el ángel que removió la piedra de su puerta. Entonces, ciertamente, debía ser removida la piedra, porque Cristo, verdadero hombre y poderoso Dios, debía ser reconocido después de la gloria de la resurrección. Si, pues,

el elato ha mirado una parte de la piedra, vuelva la piedra y vea la otra. No vea la piedra de cualquier modo, porque Cristo no está muerto, sino removida por el ángel, porque resucitó de entre los muertos. Contemple, pues, la facundia de la predicación por un lado, y vuelva y admire por el otro el esplendor de la humildad. Vea el poder de los signos por un lado, y por el otro vea que quien brilló por el poder de la virtud, [rehusó ser alabado por ello]...

(Vers. 34.) Trajo, pues, todo el pueblo cada uno su buey en su mano hasta la noche, y los degollaron allí.

41. Traer el buey en la mano es destruir el pecado de la elación mediante la aflicción de la penitencia. Pues mientras destruye obrando lo que delinquió ensoberbeciéndose, conduce por su mano el buey que ha de ser sacrificado sobre la piedra. Pero ¿qué significa lo que dice: Hasta la noche, sino que no es lícito pecar, pero sí es lícito destruir los pecados hasta la muerte? Hasta la noche, por tanto, han de ser sacrificados los bueyes, no en la noche, porque mientras vivimos podemos destruir los pecados arrepintiéndonos; después de la muerte no podemos realizar una penitencia fructuosa. Bien, pues, se añade en el mismo lugar:

(Vers. 35.) Edificó, pues, Saúl un altar al Señor.

41. Porque mientras los pecadores se convierten, se fabrica como a partir de piedras un edificio celestial. Y porque la mayoría de los códices tienen: Y entonces comenzó Saúl por primera vez a edificar, puede entenderse por el nombre de altar

la compunción del corazón. Pues cuando por la palabra del doctor se erige la compunción del corazón, sin duda se edifica un altar al Señor. Y se dice edificado "primero" porque es la compunción del amor. De donde también en el tabernáculo de la alianza el Señor mandó hacer dos altares, a saber, uno para quemar inciensos y otro para quemar la carne (Éx. 27, 37). El primer altar estaba fuera, el segundo dentro del santo de los santos. Por tanto, el primer altar es la compunción del temor, el segundo altar la compunción del amor. Aquel ciertamente es de los que lloran sus pecados, mas este de los que anhelan con todos sus deseos los goces eternos; las piedras de aquel, los recuerdos de los pecados, las piedras de este, las meditaciones de los goces perennes. El doctor, pues, edifica el primer altar cuando expone las culpas que, mientras el pecador las mira en sí mismo, gime. Con razón también la compunción se llama altar porque inciensa. Pero cuando cada uno se compunge durante mucho tiempo por sus pecados, progresa por la penitencia hacia el hábito de la seguridad. Pues tras los tiempos de aflicción comienza a arder por la vida eterna, y quien antes lloraba por el pavor del suplicio, comienza ya a llorar más copiosamente por la dilación de la recompensa. Porque, por tanto, la primera compunción de los elegidos nace del temor, mientras que por el tipo del rey y del pueblo se designan los predicadores y los súbditos recién convertidos, se dice que Saúl edificó entonces por primera vez un altar. Pero por el provecho de unos, a menudo el doctor se enciende para conse-

guir las ganancias de otros. De donde también se añade:

(Vers. 36.) Y dijo Saúl: Caigamos sobre los filisteos de noche, y devastémoslos hasta que amanezca, y no dejemos de ellos varón alguno.

42. Esto ha sido suficientemente expuesto arriba, pero porque desea herir a los filisteos en la noche, hasta que amanezca el día, esto ciertamente insinúa: que para que los demonios no puedan dañar en el futuro, han de ser expulsados y aniquilados ahora de los corazones de los pecadores. Ciertamente se llama noche a esta vida cuando se compara con la eterna. Pues quien haya podido contemplar dignamente aquella vida, en comparación con ella, lo que aquí se discierne como lúcido se juzga que es oscuridad de noche. Amanece, pues, aquel día cuando al final de esta vida se abre a las almas elegidas. En su salida ciertamente del cuerpo, el alma elegida ve la eternidad amanecer para ella, porque no miró la luz del presente siglo sino como tinieblas.

43. ¿Qué es, en verdad, lo que se dice: Y no dejemos de ellos varón alguno? Pero todo "varón" filisteo debe ser devastado; un niño de ningún modo puede ser devastado. Pues nadie está sin pecado, sino solo Dios. Los varones, por tanto, son los crímenes capitales y los vicios principales. Pero entonces se designan con el nombre de varones, esto es, de fuertes, cuando se someten a sí mismos los corazones de los pecadores. Bien, pues, se dice: No dejemos de ellos varón alguno, porque los pecadores convertidos, por el consejo de los santos predicadores, abandonan todos los

pecados y vicios fuertes, pero no pueden no tener ningún pecado o vicio. Pueden evitar los crímenes, pero no pueden evitar todos los pecados. Pueden extinguir los vicios, pero no logran que no sean golpeados de algún modo por alguno de ellos. Dice, pues: No dejemos de ellos varón alguno, porque los predicadores de la santa Iglesia nos mandan erradicar incluso los vicios; pero mientras matan en nosotros los fuertes y principales, no pueden conseguir que algunos de ellos no vivan de ningún modo mediante un leve movimiento. Y añadiendo sobre la obediencia del pueblo, dice:

(Vers. 36.) Dijo el pueblo: Haz todo lo que sea bueno a tus ojos.

44. Los ojos de los predicadores son los intuitos de la razón. El que, por tanto, se encomienda al arbitrio del doctor, se dice rectamente que le dice: Haz todo lo que sea bueno a tus ojos. Como si dijera: Nosotros, que desconfiamos de nosotros mismos respecto a la iluminación de nuestra propia razón, nos encomendamos a la luz de tu razón, de la cual juzgamos que carecemos. Pero esto que dijo Saúl: Caigamos sobre los filisteos, puede entenderse porque no profirió palabras deliberadas, sino que al decir esto consultó si se debía caer sobre los filisteos. En cuanto a que el pueblo prestó pronto su asentimiento, insinúa esto que vemos: que algunos dentro de la santa Iglesia aprueban las palabras de los mayores antes de entenderlas. Pues inmediatamente se añade:

(Vers. 36, 37.) Y dijo el Sacerdote: Acerquémonos aquí al Señor. Y consultó Saúl al Señor, diciendo: ¿Perseguiré a los filisteos? Y no le respondió el Señor en aquel día.

45. ¿Qué significa que el sacerdote anuncie que las palabras del rey consultante, que el pueblo alaba, han de ser llevadas al Señor, sino que los asuntos oscuros y grandes, que están ocultos para los simples, nunca se disponen bien si no buscamos su desenlace en el sagrario de la mente con sutil meditación? Ciertamente, acercarse al Señor es conocer su voluntad mediante la secreta contemplación. And bien se llama "acceso", porque tendemos de las cosas exteriores a las internas cuando intentamos conocer el desenlace de nuestra obra en la voluntad divina. Pues quien busca las cosas ocultas e íntimas, y no abandona las exteriores, no encuentra cómo acceder a las que desconoce. Por tanto, cuando se nos pide consejo sobre cosas ocultas, acerquémonos al Señor, para que entonces por fin se proponga lo que se debe hacer, cuando se conozca en la voluntad divina. Pues muchas cosas parecen ser buenas y no lo son. Muchas también deben hacerse, pero se hacen más útilmente si se reservan para un tiempo congruo. Ciertas cosas también deben hacerlas unos, pero otros no deben hacerlas. Las cuales, sin duda, si cualquier elegido descuida verlas en el secreto de la meditación, de ningún modo las dispone en el orden recto. Por el contrario, quien se ha acostumbrado a discutirlas, o a actuar meditando, conoce no solo lo que debe

hacerse, sino también lo que debe evitarse. De donde también bien se dice:

(Vers. 37.) Consultó Saúl al Señor, y no le respondió el Señor en aquel día.

46. "Día" es el pensamiento de la mente, que se cree bueno y no se conoce. Pues mientras simula ser bueno, porta como una luz. En aquel día, por tanto, el Señor no respondió al que le consultaba, porque la palabra de Dios no puede convenir con la mala deliberación. Por la respuesta de la palabra, ciertamente, solemos manifestar el sentido de la voluntad íntima. En aquel día, por tanto, el Señor no responde: porque el Dios omnipotente no se discierne en la luz simulada del pensamiento, Él que siempre se encuentra en la claridad de la verdad. Y debe notarse que quien dio el consejo de acercarse al Señor fue un sacerdote. ¿Qué hay, pues, más santo que el consejo de acercarse a Dios? Somos sacerdotes, por tanto, tantas veces cuantas suministramos buenos consejos a los hermanos. Pues nada más sagrado puede darse que aquello por lo que cada uno debe ir al Creador. Nosotros, empero, porque describimos el orden de la lucha espiritual, debemos continuar lo anterior con lo siguiente.

47. Ciertamente la palabra de Saúl fue que devastaría de tal modo a los filisteos que no dejaría de ellos varón alguno. Lo cual también puede entenderse de este modo: que quería aniquilar de tal modo a los filisteos que ninguno de ellos pudiera mover guerras en adelante. Grande ciertamente es este "día" de la mente, en el que de tal modo se buscan las cosas eternas que ningún enemigo

temporal queda fuera de la matanza. Pero porque a nadie se le concede vencer temporalmente de tal modo que no deba luchar en todo tiempo, con razón se dice: No le respondió el Señor en aquel día. La respuesta de Dios no es solo de su palabra íntima, sino de la gracia y del don. Pues cuando concede benignamente lo que se pide piadosamente, se dice que responde. No responde, pues, el Señor en aquel día, porque permite ciertamente a los elegidos que venzan, pero deja a los enemigos como vivos, para que encuentren con quiénes luchar siempre. Si, no obstante, esto se dice por esta razón, porque se oculta la culpa de Jonatán, se infunde un gran temor a los prelados. El hijo ciertamente peca, y Él niega la respuesta a su padre. También se conoce que uno ha delinquido, pero por la culpa de uno todos temen perseguir a sus enemigos. ¿Qué se significa en este hecho, sino que los pecados de los súbditos dañan no solo a ellos mismos, sino también a los prelados y a los que viven con ellos en común? Pero porque esta culpa latente es discutida por el rey, veamos ya con qué sublimidad se investigan las cosas latentes. Pues sigue:

(Vers. 38, 39.) Traed aquí todos los ángulos del pueblo, y sabed y ved por quién ha sucedido hoy este pecado. Vive el Señor, salvador de Israel, que si ha sido por Jonatán, morirá sin retractación.

48. Con cuyas palabras, sin duda, demostró un orden de juicio muy ordenado, porque primero se ha de hallar la culpa, luego se ha de imponer la pena. Pues el orden del juicio se confunde si se profiere antes de la discusión de la culpa

hallada. Para no herir antes de la discusión, dice: Traed aquí todos los ángulos del pueblo, y ved y sabed por quién ha sucedido hoy este pecado. Y porque la culpa conocida ha de ser castigada con más austeridad, jura diciendo: Vive el Señor, porque si ha sido por Jonatán mi hijo, morirá sin retractación. Ciertamente debe tratarse por más tiempo para que se halle la culpa, pero después de que ha sido hallada, no debe dejarse en ella a nadie vivo. Se mata sin retractación el que se prohíbe vivir en el pecado tan pronto como se da a conocer. Pero esto de matar sin retractación no es sin retractación, porque el pastor emplea mucha consideración para que la culpa, que halló retractando, pueda ser herida sin retractación y extinguida velozmente.

49. Si atendemos al peso de este juramento paterno según la historia, contemplamos igualmente el fervor de aquel tiempo y la tibieza de este tiempo. Pues los antiguos padres, para agradar a Dios, no perdonaban la muerte ni siquiera a sus hijos. Nosotros, en cambio, no nos atrevemos a perseguir ni con una leve aspereza de palabras a aquellos a quienes amamos según la carne. He aquí que quien criaba a su hijo para el reino dice: Porque si por él se ha cometido el pecado, morirá sin retractación. Nosotros vemos a los que pecan, y o no queremos o tememos reprender a los pecadores. ¿Por qué, pues, hacemos esto, sino porque de ningún modo amamos a Dios como ellos? Pues Moisés, para vengar bien el pecado de la idolatría, mandó a los levitas matar a veintitrés mil varones. En cuyo ejercicio de matanza, sin duda, dijo:

Si alguno es del Señor, únase a mí. Ponga cada varón la espada sobre su muslo. Id y volved de puerta en puerta, y mate cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su prójimo (Éx. 32, 26, 27). Como si dijera: En esto mostrará cada uno que es del Señor, si por su amor no perdona al hermano, al prójimo o al amigo. Dice, pues, Saúl de su hijo: Porque morirá sin retractación, porque para nosotros, que ya vivimos bajo la gracia del Redentor, aunque no se decrete la muerte del cuerpo, no debe prolongarse la vida del pecado. Ciertamente, el rector mata sin retractación cuando no mira los afectos de la carne, sino que, cuando halla el crimen, hiere velozmente. Se retracta, en efecto, quien, para no herir acerbamente al malvado, piensa en los servicios que este le ha prestado, o en el afecto de la consanguinidad. En lo cual debe notarse que no todas las culpas han de ser castigadas acerbamente. Pues las leves manchas de polvo se limpian mejor sacudiéndolas que lavándolas o aplicando fuego. Tampoco las culpas graves han de ser perseguidas en todos con igual aspereza, porque las heridas de los cuerpos exigen el vigor de la medicina según la naturaleza y el robustez de los mismos cuerpos. Sin embargo, muy a menudo los prelados de la Iglesia, cuando oyen las culpas, se encienden más de lo justo; y mientras miden la venganza, no respetan ni la calidad de las heridas ni el vigor de las personas delincuentes. Los cuales sin duda han de ser tolerados cuando amenazan, pero de la venganza...

(Vers. 39.) A lo cual nadie de todo el pueblo le contradijo.

Porque, ciertamente, las amenazas de los mayores han de ser llevadas con humildad, se dice: Nadie le contradijo. Y porque su exceso ha de ser refrenado por el saludable consejo de los piadosos, no mucho más abajo, cuando el rey intenta infligir esa misma muerte a su hijo, todo el pueblo clama: ¿Morirá, pues, Jonatán, que ha obrado esta gran salvación en Israel? Libró, pues, el pueblo a Jonatán para que no muriera. Pero porque él todavía se afana no por herir la culpa aún no hallada, sino por hallar la que está latente, sigue:

(Vers. 40.) Y dijo a todo Israel: Separaos vosotros a un lado, y yo con Jonatán mi hijo estaremos al otro lado.

50. ¿Qué significa que por mandato del rey el pueblo sea separado del rey y de su hijo, sino que mientras se busca una culpa latente y sospechosa, deben ser discutidas tanto las personas superiores como las inferiores? Muy a menudo, en efecto, el pueblo, muy a menudo su rector delinque: y a veces la misma culpa de los súbditos se atribuye al prelado, por cuya negligencia se dice que se cumple. Cuando, por tanto, por los indicios mostrados arriba, se conoce que se oculta en el pueblo una culpa, y no se sabe en quién está escondida, mézclese el rey, para que el pastor sepa si es su propia culpa o la del pueblo. Por cierto, el rey Saúl no era consciente de la culpa que él mismo no había perpetrado ni por consentimiento ni por obra, y sin embargo se mezcla para la discusión, para que, si también se esconde en él, sea hallada. Pues se buscaba a sí mismo como inconsciente del pecado aquel que decía:

Nada me remuerde la conciencia, pero no por eso quedo justificado: quien me juzga es el Señor (1 Co 4, 4). Como si dijera: No ceso de buscarme y de hallarme, porque si me oculto a mí mismo, no me ocultaré a aquel para quien todas las cosas están desnudas. Diga, pues, el rey, no siendo consciente de aquel pecado que se discutía: Yo y mi hijo Jonatán estaremos al otro lado; porque los doctores elegidos, mientras se ensañan contra otros por el celo de la rectitud, de ningún modo se perdonan a sí mismos ni a sus familiares. Pues como si en una parte separan al pueblo, y no se separan a sí mismos, quienes discuten las culpas de los súbditos, y no se cuidan de investigar para hallarse a sí mismos. Grande ciertamente es el piélago de la ignorancia humana. Pues si apenas o nunca podemos buscarnos a nosotros mismos y hallar qué clase de personas somos, ¿cuándo podremos a otros? Pues ¿qué es lo que deplora el Profeta, diciendo: Mi corazón me ha abandonado (Sal 39, 13)? ¿Qué es lo que la sagrada Escritura anuncia: El hombre ignora si es digno de odio o de amor (Ecl 9, 2)? Asimismo, el Profeta anuncia el fruto de su pregunta, diciendo: Tu siervo ha hallado su corazón (2 Re 7, 27). Si apenas pueden los santos hallar su corazón, ¿con qué temeridad cesamos nosotros de inquirirnos? Pero tal vez ni siquiera el Profeta pudo, porque añadió: Para que te tema. Hallaría sin duda su corazón si hubiera conocido plenamente si era digno de odio o de amor...

(Vers. 40.) Respondió el pueblo a Saúl: Haz lo que es bueno a tus ojos.

51. ¿Pero qué significa que Saúl mande al pueblo que se separe a un lado, y el pueblo ruegue al rey que haga lo que manda, sino que los simples no saben inquirirse a sí mismos, ni siquiera cuando se les manda? Dice, pues: Haz lo que es bueno a tus ojos. Como si dijera: Tú podrás gestionar mejor nuestras cosas, tú que has recibido la luz del corazón no solo para ti, sino también para prever nuestros caminos. Pero el rector es alabado por la iluminación interna que tiene por gracia, no por estimación. Es alabado ciertamente porque puede conocer los secretos de otros, pero él mismo desconfía de poder conocerse a sí mismo. Porque, por tanto, no se atribuye a sí mismo la luz de tan gran gracia, no omite postular esto a Dios con preces. De donde también sigue:

(Vers. 41.) Y dijo al Señor Dios de Israel: Da un indicio. ¿Qué es lo que no has respondido hoy a tu siervo? Si en mí o en mi hijo Jonatán está esta iniquidad, da una muestra: o si está en tu pueblo esta iniquidad, da santidad.

Por tanto, pedimos que se dé un indicio cuando exigimos que se nos revelen las cosas ocultas. Pero debe preguntarse qué pretende para sí tanta diversidad de palabras. Pues en sí mismo y en su hijo pide que se dé una muestra, si en el pueblo está la iniquidad, santidad. Lo cual, no obstante, puede decirse brevemente, porque los doctores elegidos conocen su propia fortaleza, conocen la debilidad del pueblo súbdito. Para sí mismos, pues, piden solo la muestra de la culpa, porque saben que suelen perseguirla con la austeridad de la penitencia. Para el pueblo, empero, buscan la

santidad, porque solo desean conocer las culpas de los súbditos; pero a los que hallan que obran mal, piden que lleguen al perdón mediante los lamentos. ¿Qué es decir: Da santidad, sino: Santifica a los que muestras? A mí me revelas sus cosas ocultas, pero revelándolas nada se consigue si no infundes la gracia obrando en aquellos a quienes muestras. Porque ciertamente los súbditos a menudo están en pie y los prelados caen, sigue:

(Vers. 41.) Y fueron descubiertos Jonatán y Saúl.

Y porque la misma culpa no se conoce fácilmente por quién ha sido perpetrada, sigue:

(Vers. 42.) Y dijo Saúl: Echad suertes entre mí y mi hijo Jonatán. Y fue tomado Jonatán.

53. Los que echan suertes a menudo descubren cosas ocultas mediante conjeturas de cosas visibles. Así sin duda es conocido Jonás que huía (Jon 1); así Matías el Apóstol es hallado digno de la altura apostólica (Hch 1). Por tanto, ponemos suertes espirituales cuando a través de signos exteriores de las obras llegamos al conocimiento de las cosas ocultas. Pues la "suerte" de cada uno es su propia conducta. De donde en la Sabiduría dicen los réprobos: Coronémonos de rosas antes de que se marchiten; no haya prado que no atraviese nuestra lujuria; en todas partes dejemos signos de alegría, porque esta es nuestra parte y esta es nuestra suerte (Sab 2, 8). Por el contrario, el Salmista ruega diciendo: Mi porción, Señor, esté en la tierra de los vivientes (Sal 141, 6). Lo cual también Pablo anunciando dice: Nuestra conducta está en los cielos (Flp 3, 20). El doctor, pues, como

si tuviera las suertes de cada uno, mientras ve la conducta de cada uno. Y mientras se conoce la culpa y se ignora la persona del culpable, es como si echara suertes mientras compara el modo del delito con la persona del negligente. Pero también tal vez descubre la culpa cuando por algún signo de conjetura llega a la evidente verdad del crimen. Ciertamente, preemina negligentemente quien ignora tanto la fortaleza como la debilidad de los fieles que le han sido encomendados. Pues debe conocer a los súbditos fuertes, para qué virtudes son aptos, y en qué vicios son débiles por la negligencia del prójimo. Debe conocer qué devoción de virtudes excita a estos, qué calidad de vicios turba la negligencia de aquellos. Como si, por tanto, en las cosas exteriores tuviera las suertes de cada uno, mientras prevé por qué vicios pueden ser abrumados aquellos, por qué virtudes pueden ser exaltados estos. Conocida la causa, pues, como si imprimiera signos en las suertes, mientras atribuimos la nota de la culpa patente a la conducta de aquel que por negligencia parecía haber sido propenso y cercano a perpetrar aquel hecho antes. Pero téngase esta conjetura para indagar la verdad, no para la certeza de la cosa hallada, porque allí inmediatamente se añadió:

(Vers. 43.) Dijo Saúl a Jonatán: Indícame qué has hecho.

54. ¿Pues qué significa que capturado sea interrogado, sino que las culpas que parecen descubiertas por signos o conjeturas no han de ser heridas todavía? Pues como si ya se tuviera la herida, pero todavía está cubierta. Descúbrase,

pues, para que pueda ser sanada y curada. Debe ciertamente ser forzado o amonestado para que confiese la culpa que ya se discierne como de manifiesto. Dice, pues: Indícame qué has hecho, porque un crimen que se conoce por ciertos signos manifiestos no ha de ser juzgado antes de que se demuestre muy abiertamente. Y porque es propio de los elegidos pecar y volver en sí, perpetrar culpas y detectar las perpetradas confesándolas, sigue:

(Vers. 43.) E indicóselo Jonatán, y dijo: Probando probé con la punta de la vara que estaba en mi mano un poco de miel, y he aquí que muero.

55. ¿Qué significa que diga: Probando probé? ¿Por qué no dijo arriba: Probando probé un poco de esta miel, cuando dijo: Habéis visto que mis ojos se han iluminado porque probé un poco de esta miel? Pero algunos, mientras confiesan sus pecados, sin duda los disminuyen con ciertas palabras, al mostrar que no los cometieron con toda el alma. Por el contrario, los varones elegidos, cuando se acusan de las cosas más pequeñas, las pronuncian sin duda no como pequeñas, sino como grandes. ¿Qué es decir: Probando probé, sino que ejercí exteriormente el pecado, lo cumplí con un gran ardor de concupiscencia? ¿Y qué es decir tras la confesión del pecado: Muero, sino expulsar de sí la muerte arrepintiéndose y confesando, y temerla una vez expulsada? Lo cual es propiamente de los elegidos, que abandonan sus pecados: y sin embargo los temen como si no los hubieran abandonado. And ciertamente los borran con puras confesiones y austeros tormentos

de penitencia, pero los temen vehementemente como si no estuvieran borrados. ¿Pero qué significa lo que dice: En la punta de la vara? sino que mientras nos perseguimos confesando, no debemos proferir mentira contra nosotros mismos. Ciertamente el pecado debe manifestarse en la confesión, pero no debe aumentarse con la mentira. Tal debe ser en la confesión cual fue en la obra. Para que se manifieste bien el ardor de la concupiscencia, dice: Probando probé; y para que aparezca la calidad del mismo, se añade: En la punta de la vara, como si dijera: Inflamado lo hice audazmente, pero hice esto. Y porque el hijo del rey confiesa, dice: Que estaba en mi mano. La vara de Jonatán significa la doctrina y la disciplina del predicador. La cual se tiene en la mano cuando no solo enseña, sino que ejerce lo que enseña obrando. ¿Qué significa, por tanto, que diga: Que estaba, no: Que está en mi mano? sino que insinúa la estimación de los elegidos, que incluso cuando cometen cosas malas, se juzgan indignos del ministerio de la predicación. Dice, pues: En la punta de la vara que estaba en mi mano. Como si dijera: Ensoberbeciéndome pequé por aquello por lo que pecando me hice indigno. Estaba, pues, en mi mano, y no está, porque aunque alguna vez hice lo que enseñé, aquello que mantuve obrando lo perdí ensoberbeciéndome.

(Vers. 44.) Y dijo Saúl: Así me haga Dios, y así me añada; porque morirás, Jonatán. Sigue:

(Vers. 45.) Y dijo el pueblo a Saúl: ¿Morirá, pues, Jonatán, que ha obrado esta gran salvación en Israel? Esto es un crimen. Vive el Señor, que no

caerá ni un cabello de su cabeza a tierra; porque con Dios ha obrado hoy. Libró, pues, el pueblo a Jonatán para que no muriera.

56. ¿Qué significa, pues, lo que dice: ¿Morirá, pues, Jonatán?, sino que otro habría de morir por la misma culpa? En estas palabras del pueblo se nos muestra ciertamente la virtud de la gran discreción, porque en el examen de los elegidos no solo deben pesarse las causas de las culpas, sino también los méritos de las personas. Esto se muestra abiertamente con estas palabras, pues no se afirma que Jonatán no habría de morir por ser hijo del rey, sino porque realizó una gran salvación en Israel. Por tanto, cuando los grandes hombres caen, no deben ser entregados al juicio común, porque sus obras anteriores merecen que se aligere la gravedad de las posteriores. Sin embargo, este alivio de la culpa no debe decidirse por acepción de personas, sino con respecto a la vida anterior, porque para su absolución deben pesarse las ganancias de la santa Iglesia, y no debe admitirse el afecto carnal. Pero, ¿qué tiene de extraño que los propios méritos ayuden a la absolución del pecador, cuando aprendemos en la autoridad de la sagrada elocuencia que algunos han sido liberados por causa de otros? Ciertamente, unos son ayudados por la buena obra de otros, como el Señor dice al pecador rey Salomón: Porque no has guardado mis preceptos, romperé y rasgaré tu reino, y lo daré a tu siervo. No obstante, en tus días no lo haré por amor a David tu padre, sino que lo rasgaré de mano de tu hijo (III Rey. 11, 11). De aquí se sigue que

no solo las obras de los padres aprovechan a los hijos, sino que también hemos reconocido que los ciudadanos deben ser liberados por otros ciudadanos. El Señor prometió perdonar a Sodoma de su destrucción si en ella encontraba tan solo diez justos (Gén. 18). También se dice que Jerusalén fue mirada con misericordia porque en ella se hallaron algunas buenas obras. De aquí se sigue que Helí, justo en su propia vida pero remiso en su autoridad pastoral, oyó del hombre de Dios: Una gran parte de tu casa morirá cuando llegue a la edad varonil; pero no quitaré del todo de ti al varón de mi altar (I Rey. 2, 33); para que la sagrada Escritura mostrara aquí abiertamente tanto al herido por su disolución como al respetado por su pasada conducta. Pero tal vez pudo ser herido en parte porque tuvo algún tipo de inmundicia en su vida. Por tanto, bien se dice de Jonatán: ¿Morirá, pues, Jonatán, que ha obrado esta gran salvación en Israel? Esto es un crimen; vive el Señor, que no caerá ni un cabello de su cabeza a tierra, porque con Dios ha obrado hoy. Como si dijera: Quien realizó grandes obras mereció dignamente ser absuelto del todo. Por tanto, ya que en la censura eclesiástica, aunque no hay acepción de personas, hay sin embargo discreción de méritos, concluyó aptamente la sentencia diciendo: Libró, pues, el pueblo a Jonatán para que no muriera.

57. En este lugar debe notarse que el rey profirió anteriormente dos veces el juramento de muerte contra Jonatán, a quien sin embargo no mató, vencido por la insistencia del pueblo. ¿Por qué juró y de ninguna manera mantuvo la

afirmación de su juramento? De este hecho nos surgen dos enseñanzas: que debemos ser cautos y discretos. Cautos, por cierto, para no jurar; discretos, si juramos realizar cosas perversas. Pues quien evita jurar no puede de ninguna manera cometer perjurio. Pero cuando se jura mal, es más justo abandonar el juramento que completar los crímenes que se juran. Sea, pues, cada uno cauto antes de jurar, para que o bien no jure en absoluto, o bien no jure que hará cosas malas. El Señor nos insinúa que seamos cautos, diciendo: Sea vuestra palabra: Sí, sí; no, no. No juréis ni por el cielo, ni por la tierra (Mat. 5, 37). Por el contrario, los réprobos son ciertamente incautos y no son discretos. Pues a menudo prometen que harán cosas malas, y no se esfuerzan por revocar sus promesas, como si fueran a incurrir en perjurio. De aquí se sigue que Herodes juró incautamente y cumplió el nefasto juramento que había proferido con la muerte del precursor del Señor (Mc. 6). Por tanto, debemos ser cautos en nuestras disposiciones, pero si descuidamos ser cautos, los propósitos deben ser pasados por alto, no cumplidos. De este modo, desistir de un propósito no es un vicio de liviandad, sino una virtud de discreción. Sin embargo, debe evitarse por completo y temerse vehementemente el jurar cosas que han de ser revocadas y detestadas, porque cuando tal juramento no se cumple, no se evita del todo la culpa, sino que se elige la menor. Sigue:

(Vers. 46.) Y Saúl se retiró, y no persiguió a los filisteos.

58. Cuando se descubre la culpa de Jonatán, y cuando se reconoce que el rey no cumplió su juramento, se dice que cesó de perseguir a los filisteos, porque mientras los pastores están deprimidos por su propia enfermedad, no pueden buscar con fuerza las ganancias de otros. Pues cesar de perseguir a los filisteos es desistir por un tiempo de perseguir los vicios de los demás mediante la predicación. Pues juzgan que primero debe atenderse a su propia purificación, y luego, una vez purificados, velar por la salvación ajena, porque mientras callan se preparan a sí mismos para surgir con fuerza, como a través de su propia penitencia, hacia las ganancias de los demás. Y porque a menudo, mientras el doctor calla consciente de sí mismo, los espíritus malignos no callan al sugerir cosas impías a algunos de sus súbditos. Sigue:

(Vers. 46.) Y los filisteos se fueron a sus lugares.

59. Ciertamente, al callar los doctores, los demonios se van a sus lugares; porque mediante el silencio de los pastores no perecen, sino porque no están predestinados a la vida eterna. Pues son lugares de los demonios, porque en la divina presciencia no han sido preordenados como morada de Dios. De aquí que se diga a los primeros doctores mientras predicaban: Creyeron todos cuantos estaban predestinados para la vida eterna (Hch. 13, 48). De aquí que Pablo diga: A los que conoció de antemano, también los predestinó; y a los que predestinó, a estos también llamó (Rom. 8, 30). De aquí que, queriendo los apóstoles pasar

a Asia, les fue prohibido por el Espíritu Santo (Hch. 16). Por tanto, los que no están predestinados, ya sea que oigan las palabras de los doctores o no las oigan, no pueden ser llamados a la morada de Dios, porque mediante la maldad en la que fueron preconocidos antes de la constitución del mundo, prepararon en sí mismos un lugar para los espíritus malignos. Bien, pues, mientras se dice que cesó de perseguir a los filisteos, se refiere que los demonios se fueron a sus lugares, porque a veces, por disposición de Dios, los doctores callan, para que, callando ellos, los que no son del Señor sean recibidos por los malos espíritus. Pero, como dije, cuando tras la culpa los pastores callan, se humillan a sí mismos para surgir poderosamente, ya purificados, al ministerio de la predicación. Mientras callan, sopesan su propia debilidad, pero al considerarse a sí mismos, se fortalecen con más validez contra los enemigos ocultos. Por lo cual se añade bien:

(Vers. 47.) Y Saúl, confirmado el reino sobre Israel, combatía por todo el contorno contra todos sus enemigos.

60. El reino se debilita ciertamente cuando los pastores caen en algunas culpas. Pero el débil se confirma cuando son levantados hacia una obra de gran virtud mediante la satisfacción de la penitencia. Y se dice que se confirma sobre Israel porque, mientras progresa hacia la altura de la vida, vence con su conducta a aquellos sobre quienes preside en el orden. Es puesto sobre los que ven a Dios, pero es ensalzado sobre los que ven a Dios cuando es asumido en la divina

contemplación por encima de los demás. Con razón, pues, se dice: Combatía contra todos sus enemigos por todo el contorno, y a dondequiera que se volvía, vencía: porque quien contempla las cosas eternas más profundamente, quebranta fácilmente cualquier cosa que le venga de lo ínfimo para el combate. Pues ya que no le place ninguna cosa terrenal a quien, por la gran caridad, reina sobre Israel, esto es, en lo celestial, a dondequiera que se vuelve, vence. Pues, ¿qué podría sugerirle el espíritu maligno a quien no considera nada terrenal, a quien ya no ama ninguna alegría del mundo? El doctor combate mientras predica, pero vence, porque aquello que prohíbe mediante la predicación acerca del deleite del mundo, lo persuade por la virtud de su conducta. Y se dice que combate en el contorno contra sus enemigos, se demuestra que su victoria es de gran alabanza. Enseña que el doctor es perfecto en todas sus partes, aquel que tiene enemigos fortísimos en todas sus partes. Cuando, por tanto, se dice que se vuelve a todas partes y vence, ¿cuánta de su gloria es predicada? ¿Qué significa, pues, tener enemigos en el contorno, sino que los espíritus malignos acechan todos nuestros sentidos? Pues engañan a unos hablando, a otros viendo. A unos engañan por el oído, a otros por el gusto o el olfato. A otros también se esfuerzan por arrastrarlos a las inmundicias mediante las asechanzas del deleite o el pensamiento seductor. A otros les ofrecen fuera cosas obscenas, para que las sigan por la deliberación de la mente. Pero para que mostremos más rectamente este contorno: mien-

tras arrastran a este hacia lo alegre, le ponen asechanzas como a la derecha. Mientras derriban a aquel por las adversidades, lo constriñen como desde la parte izquierda. Mientras nos invitan a los deleites pasados, nos precipitan como desde atrás. A aquellos les salen al encuentro como por la parte anterior, porque a menudo muestran a las mentes de los débiles la longitud de una conducta y vida severa como si estuvieran aconsejando. Vienen de frente porque no permiten que las almas avancen hacia el cielo. En el contorno, pues, tenemos enemigos, porque sufrimos el combate de los espíritus malignos por delante, por detrás, por la derecha y por la izquierda. Por lo cual también el bienaventurado apóstol Pedro nos exhorta, diciendo: Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, da vueltas buscando a quien devorar; al cual resistid fuertes en la fe (1 Pe. 5, 8).

61. Pero ya conocemos el contorno de la guerra; veamos cómo los reyes vencen en el contorno. Vencen ciertamente en el contorno quienes custodian la lengua, y la boca, y los ojos, y todos los miembros del cuerpo de toda acción ilícita. Pues mientras protegen perfectamente la lengua mediante el silencio, son vencedores como en una parte, y mientras ven con los ojos cosas que se dignan no codiciar, se hacen vencedores por otra parte. A menudo también oyen cosas malas y las repelen, y porque reprueban lo nocivo, triunfan al reprobarlo. Vencedores son, pues, en todos los sentidos, quienes no quieren ser sometidos a los espíritus malignos a través de ninguno de ellos.

Pero también mientras se ofrece al corazón un pensamiento inepto, el enemigo que es reprobado es derribado. Pues quien arroja de sí toda cosa nociva, oprime poderosamente al enemigo. Y por lo mismo desprecia lo alegre y no teme lo adverso, no repite las cosas perversas que alguna vez dejó, y corre fervientemente hacia lo celestial, se declara que vence a los enemigos que sufre en el contorno. En estos adversarios, ciertamente, porque se designan las asechanzas opuestas a los cinco sentidos corporales, se expresan aptamente por el número cinco. (Vers. 47.) Contra Moab, dice, y los hijos de Amón, y Edom, y el rey de Soba, y los filisteos.

62. Pues quien puso los nombres de cinco naciones, designó los fraudes de los demonios opuestos a los cinco sentidos del cuerpo. Pero porque el doctor combate no solo viviendo, sino también enseñando, cuando disputa contra todos los vicios, cuando los mata con la espada de la palabra en las mentes de sus oyentes, ciertamente se le ve tanto combatir en el contorno como vencer a dondequiera que se vuelve. Pero se nombran algunos especialmente, que se le oponen principalmente: Contra Moab, dice, y los hijos de Amón, Edom, y el rey de Soba, y los filisteos. Moab se interpreta 'del padre', Amón 'pueblo de tristeza', Edom 'rojo', Soba 'incendiada' o 'que vuelve', filisteo 'que cae por la copa'. Pues, ¿qué se expresa con estos nombres sino los grados de una vida pésima? En Moab, que se dice 'del padre', se designa la concupiscencia. Ciertamente, en la mente réproba, porque es puesta por el diablo, se genera

como de un padre. ¿Pero qué se muestra a través de Amón, que se interpreta 'pueblo de tristeza', sino la frecuencia de las malas obras? Pues porque son muchas, se llama pueblo, y porque conducen a cada réprobo a la amargura del luto eterno, rectamente se nombra pueblo de tristeza. Edom, que se dice 'rojo', ¿qué insinúa sino el excesivo fervor del pecado? Pues primero cada uno suele pecar, luego por el uso de pecar progresa en el aumento del fervor, de modo que se atreve a pecar más a menudo, y esto que duplica atreviéndose, siempre desea más ardientemente reiterarlo. Por este ardor de pecar se hace, ciertamente, que en la mente réproba se queme cualquier cosa que estuviera verde de virtud o de buena obra. 'Incendiada' (Soba), pues, después de Edom se describe en la guerra espiritual, porque tal es la caída de la mente perdida que, cuando se esfuerza fervientemente por congregar los males, es despojada de todos los bienes, perdidos como por combustión y reducidos a la nada. Soba también se dice 'que vuelve', porque el pecado ferviente quita la forma de Dios de la mente réproba y la reduce a la forma del ángel apóstata. De la cual ya se dice por divina sentencia: Cuando viene el impío a lo profundo de los males, desprecia (Prov. 18, 3). La mente soberbia ciertamente ya desprecia los mandatos divinos y se somete a sí misma a los deseos carnales. ¿Quién es, pues, el rey de Soba, sino aquel de quien el Señor dice al bienaventurado Job: Él es rey sobre todos los hijos de la soberbia (Job 41, 25). Los filisteos, que 'caen por la copa', ¿quiénes son sino los que están ebrios de todos los males

antedichos? Que de tal modo olvidan lo celestial que apenas o nunca parecen despertar a ello. Por Moab, pues, se expresa la concupiscencia de la carne; por Amón, el uso frecuente de la mala operación; por Edom, el ardiente deseo de pecar; por Soba, la vastación y combustión de las virtudes; por los filisteos, el olvido de lo celestial. Cuando, por tanto, el doctor elegido desea sacar a alguien de en medio de tantos lazos, ¿qué combate de virtud asume? Y porque de todo este grado de perdición vuelven a la penitencia por el trabajo de los doctores, se refiere que vence a dondequiera que se vuelve. Pues predicando a veces mata la concupiscencia en el corazón de alguien, a veces el uso de la depravada operación. Ora atrae a aquellos que habían pasado al uso de pecar, ora a aquellos que, habiendo quemado y reducido a la nada sus virtudes, servían a su rey el diablo como incendiados. Y porque predicando recuerda lo supremo, a los que caen por la copa y a los olvidados de lo celestial los excita al estudio de la vida espiritual y los inflama ardientemente por el amor. Bien, pues, se dice:

(Vers. 47.) A dondequiera que se volvía, vencía.

63. Porque mientras atrae a la vida a pecadores de todo género, se reconoce que triunfa en todas partes. El Señor mandaba a sus soldados, a sus príncipes, realizar estos triunfos cuando decía: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura (Mc. 16, 15). Mandó predicar el Evangelio a toda criatura aquel que quiso que todo género de hombres fuera conducido a la fe, para que, mientras mostraba los nobles triunfos

de sus reyes, los mostrara vencer en todas partes. Por lo cual está escrito: Que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim. 2, 4). Ciertamente quiere que todos los hombres se salven, porque de todo género de hombres elige a los que atrae al gozo de la salvación eterna. Pero qué haga con especial fortaleza, lo expone porque dice:

(Vers. 48.) Y congregando un ejército, hirió a Amalec, y libró a Israel de mano de sus devastadores.

64. Amalec se interpreta 'pueblo que lame'. ¿Qué se designa, pues, por Amalec, sino los espíritus de fornicación? Pues propio de ellos es lamer, acariciar la mente con el halago de la carne para pecar. Pues como con el toque de la lengua pretenden lamer cuando tocan la mente con leves sugerencias. ¿Por qué se dice que contra Moab y Amón, contra Edom y el rey de Soba combatió y venció, pero no congregó un ejército, sino que para vencer a Amalec congregó un ejército? ¿Por qué congregó un ejército, sino porque para extinguir el espíritu de fornicación no basta una sola virtud? La abstinencia de alimentos es ciertamente fortísima contra este vicio, pero sola no prevalece; pues es como un soldado: puede combatir, pero no puede vencer, porque Amalec no es vencido si no se congrega un ejército. Quien desee, pues, herir la fornicación, añada a la abstinencia del cuerpo la virtud de la humildad. Pues si la mente desprecia someterse humildemente a Dios, no oprime los deseos de su carne dominándolos y presidiéndolos. Pero

aún es necesario que congregue, porque tiene un ejército pequeño. Añádase, pues, a la virtud de la humildad y la abstinencia del cuerpo el número frecuente de la oración. Ciertamente, los afectos de un corazón atento a lo celestial son fuertes soldados contra la guerra de la carne. Ya tiene, pues, una línea de combate en la frecuente asiduidad de las preces, pero un ejército no tiene solo una línea, sino varias. Así pues, aún no tiene un ejército perfecto, y de ninguna manera puede herir a Amalec. ¿De qué le sirve desgastarse ayunando, o compungirse por un tiempo orando, si su mente divaga en sus pensamientos y lleva en sí misma fantasmas de lascivia? Pero no prevalece en evitar los pensamientos torpes quien no tiene en sí pensamientos honestos. Pues ya que siempre pensamos, debemos buscarnos cosas buenas para no pensar cosas malas. ¿Qué son, en verdad, todas las turbas de buenos pensamientos sino innumerables líneas de combate de la mente? Pues mientras rodean y ocupan la mente, no permiten que se acerquen a ella los enemigos más torpes. Y porque pensando nos encendemos en el deseo de una gran pureza, nuestros soldados están vestidos con armas potentes, con las cuales ponen en fuga el ímpetu de la fornicación rechazándolo y lo aniquilan reduciéndolo a la nada. Pues no tienen por dónde los pensamientos puedan entrar al alma, la cual está adornada por todas partes con la honestidad de los buenos pensamientos, como con un soldado fortísimo. Ahora, pues, congregue un ejército el alma que quiera aniquilar a Amalec y librar al espíritu vidente de mano de sus

devastadores. Resida en medio de ellos, para que rodeada por las doctrinas de las Escrituras según los ejemplos de los elegidos fuertes, no tenga ninguna parte de sí vacía por donde irrumpa el enemigo. Porque, por tanto, los ejemplos de los fieles son innumerables, porque los documentos de las Escrituras son muchos, el ejército es grande y fuerte, pero no es difícil de congregar. Bien, pues, se dice del rey de Israel: Congregando un ejército, hirió a Amalec, porque el espíritu de fornicación no es vencido antes de que el cuerpo sea desgastado por la abstinencia y toda la torpeza del pensamiento obsceno sea ahuyentada por los bienes que llenan la mente. Entonces, ciertamente, el 'pueblo que lame' no puede lamerlo, esto es, acariciarlo deleitándolo, porque domada la carne por los ayunos, dotada la mente con la fortaleza de la humildad, ceñida con las armas de la oración, atenta a las doctrinas celestiales, protegida por los ejemplos, no prevalece para dar entrada a la impía sugerencia mediante el consentimiento. Ciertamente, esta congregación del ejército conviene bien a los reyes, esto es, a los doctores de la Iglesia, porque quienquiera que se esfuerce por instruir a los elegidos súbditos para extinguir la rabia de la fornicación, estas numerosas columnas de auxilios deben ser congregadas por él mediante la palabra.

65. Bien se afirma también que Israel fue librado de mano de sus devastadores. Librar (erui) ciertamente se dice que es arrancar (evelli). Y lo que es arrancado se siente que ha hundido profundas raíces en lo más hondo. La mano de

los devastadores es el poder de los espíritus malignos. Por lo cual también está escrito: Pues cada uno es esclavo de aquel que lo ha vencido (2 Pe. 2, 19). ¿Qué se concluye, pues, sino que mientras los fornicarios asienten a los deseos de la carne, son sometidos al poder de los espíritus malignos? Porque asimismo es profundo el halago de la fornicación, mientras el alma se sumerge en esto por el deseo, es retenida como por raíces en lo profundo. Librar de mano de los devastadores es, pues, ser liberado del abismo de la fornicación, aquel que está bajo el poder de los demonios. También se llaman bien devastadores a los ímpetus de la fornicación: porque sobre el vicio de la lujuria se dice a través del bienaventurado Job: Es un fuego que devora hasta la perdición, y que arranca de raíz toda semilla (Job 31, 12). Ciertamente se llama devastador al espíritu de fornicación porque a quien ha invadido, ciertamente no le deja ningún don de las virtudes. Para el trabajo del ministerio puede, por cierto, tener algunos bienes, pero para el mérito de la salvación no puede tenerlos. Se dice que es devastado, pues, aquel a quien, perdida la castidad, ningún otro bien le aprovecha para la vida. También se dice que son devastadas las cosas tiernas de los huertos. ¿Pues quiénes son los huertos del esposo celestial sino los corazones de los santos protegidos por la custodia y florecientes por el olor de la castidad? Pues mientras no reciben ningún movimiento torpe, son decorados con la blanca flor del pudor. Por lo cual se dice a la esposa en el Cantar de los Cantares por las alabanzas del esposo: Tú que habitas en los huer-

tos, hazme oír tu voz (Cant. 8, 13). Y de nuevo: Huerto cerrado es mi hermana, mi esposa (Cant. 4, 12). Huerto, ciertamente, porque florece por la virtud de la castidad eminente; y cerrado, porque está protegido por la continencia. De aquí que la esposa explique qué deleita al esposo diciendo: Mi amado es para mí y yo para él, que se apacienta entre los lirios hasta que sople el día y se inclinen las sombras (Cant. 2, 16). Por tanto, los espíritus inmundos son devastadores, porque si engañan a los corazones púdicos, una vez engañados pierden las tiernas flores de tan gran virtud. Aquellos, por tanto, cuando vuelven de las inmundicias a la castidad, porque escapan de los terribles poderes de los demonios y ascienden del profundo de la perdición, se recuerda aptamente que son librados de mano de los devastadores. Pero veamos qué clase de ayudantes tiene el rey, de quien se dice que libra al pueblo. Pues sigue:

(Vers. 49.) Y los hijos de Saúl fueron Jonatán, y Jesui, y Melquisúa; y los nombres de sus dos hijas, el nombre de la mayor, Merob, y el nombre de la menor, Micol.

66. Los hijos de Saúl, que nacen no para cualquier herencia, sino para el reino, insinúan a aquellos de quienes se dice a la santa Iglesia a través del Salmista: En lugar de tus padres te han nacido hijos; los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Sal. 44, 17). Hemos reconocido que estos son tres, porque defienden la fe de la santa Trinidad predicando. Pero porque los hijos del rey son nombrados tras haber herido a Amalec, refiramos su número a los méritos de las virtudes. Cierta-

mente, la maceración del cuerpo, la circunspección de la mente y la simplicidad de la intención son tres. Por tanto, porque los doctores de la santa Iglesia son fuertes para reprimir la libido de la carne, sabios para la custodia del corazón y sublimes al elevar la intención del corazón al cielo, se dice que los hijos de Saúl son tres. También son tres: la fortaleza de la obra, la virtud de la caridad y la abundantísima gracia de la predicación. Pues los doctores de la santa Iglesia, porque son sublimes por su gran conducta, fervientes por su gran caridad y elocuentes por su gran sabiduría de la palabra, están aptamente señalados por el número ternario. Ciertamente, los nombres convienen a sus virtudes, porque Jonatán se llama 'don de la paloma'; Jesui, 'llanura' o 'mi deseo'; Melquisúa, 'mi rey salvación'. Pues porque los doctores tienen los excelentes dones del Espíritu Santo, rectamente son nombrados 'don de la paloma'. Porque asimismo son humildes entre los dones sublimes, son llamados 'llanura'. Porque piden ardientemente bienes eternos para los fieles a ellos sometidos, se refiere que son 'mi deseo'. Esta voz ciertamente se reconoce como la de los súbditos pequeños, pero la virtud es de los prelados de tan gran nombre. Pues nosotros, que yacemos aún pequeños y fríos en nuestras negligencias, no ardemos con deseos fervientes por la patria celestial. Pero lo que nosotros no podemos pedir ardientemente, lo pide por nosotros aquel que anhela con grandes deseos esa patria que desea que nosotros alcancemos. Por la excelencia de la caridad, por tanto, no el que desea sino 'deseo'

es llamado el hijo del rey, para que se demuestre especialmente que en la mente del doctor arde el fuego del amor. Por lo cual también se dice del Señor a través del Salmista: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente (Sal. 103, 4). De aquí es también que Daniel sea llamado 'varón de deseos' (Dan. 9), porque se refiere que pidió la prosperidad de su pueblo con grandes oraciones. Melquisúa, en verdad, se llama 'mi rey salvación'. Pues el predicador es llamado 'rey' porque posee la celsitud del orden y la dignidad de la gran conducta. Asimismo es llamado 'rey' porque posee la cumbre de la celsitud y el vigor de la autoridad. También es llamado 'salvación' para que por su integridad se sienta que la enfermedad del pueblo puede ser ahuyentada. Pues por el mérito de la vida y la oración devota el doctor debe actuar diariamente para que cada uno de sus súbditos pueda alcanzar la salvación.

Pero el doctor debe notar de nuevo que cuando es nombrado por los súbditos, no se le llama 'nuestro rey', sino 'mi rey'. ¿Qué significa, pues, que se le llame 'mi rey', sino que debe ser tan familiar para todos que por el amor se sienta que pertenece a cada uno? Pero el que es llamado 'mío' es nombrado 'rey', porque el predicador humilde y afable no parece poseer esta preeminencia de modo singular como propia, sino como especial de cada uno, pues se esfuerza por ser tan común por la gracia que su celsitud parece ser propia de cada individuo. Se dice que es la 'carga de la palabra' porque se dice 'mi salvación', por

lo cual ciertamente se encomienda el diligente estudio y solicitud del predicador, pues debe atender a todos a la vez de tal modo que busque y realice lo propio de cada uno. Pues es llamado 'mi salvación' por cada individuo si asume el cuidado de cada enfermo y lo conduce a los bienes de la salvación eterna.

67. ¿Qué son en verdad las hijas de Saúl, sino las cualidades de los elegidos que están sometidos al predicador? Pues algunos sirven en los estudios de la vida activa, mientras que otros están ocultos en los retiros de la vida contemplativa. Se llaman hijas por su fecundidad. Una en verdad engendra una multitud de buenas obras, la otra en cambio una plenitud de gozos internos. Con razón, por tanto, son llamadas hijas del rey, porque mientras conciben de la palabra de Dios, dan a luz frutos celestiales. Por lo cual Merob es bien llamada a partir de la 'multitud'. Pues la vida activa, porque se perfecciona a partir de muchas buenas obras, rectamente es nombrada por la multitud. O se dice de la multitud porque son muchos los que agradan a Dios a través de la vida activa. Porque, en efecto, son menores en número los que anhelan los gozos celestiales a través de la contemplativa, en comparación con ellos llama 'muchos' a los que sirven en la vida activa. Estos son ciertamente muchos en número, divididos en el ministerio, porque aunque buscan una sola patria celestial con buenas obras, sin embargo sirven en variadas obras de piedad. Algunos de ellos ciertamente progresan tanto en el amor al Creador que incluso abandonan las mismas

obras buenas y desean pasar a la dulzura de la vida contemplativa y vacar en ella para Dios. Por lo cual también Micol es bien llamada en nuestra lengua 'de todos'. Se hace en verdad 'de todos' porque nadie es perfecto en la contemplación si no llega a la cumbre de esa misma contemplación a partir del trabajo de la buena obra. Por lo cual también en el Evangelio dice el Señor: Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os refrescaré (Mt 11, 28). Entonces es llamado el que trabaja, cuando se infunde el deseo de la eternidad para obrar bien. Y se acercan al que los llama cuando llegan al descanso de la vida contemplativa. En el cual, sin duda, los que trabajan son refrescados, porque toman abundantemente los gozos del amor de la contemplación divina. Él mismo en verdad refresca a los que se acercan, mostrándose a sí mismo a las mentes puras. En cuya revelación, porque encuentran muchos gozos de contemplación, son saciados como por una dulzura de deleite omnímodo, no por otro, sino por él mismo. Micol, por tanto, se dice de todos porque nadie busca el secreto de la vida contemplativa si no estuvo antes en alguna buena operación. Por eso se dice que es la hermana menor, no porque sea inferior en dignidad, sino porque es posterior en el tiempo. Si alguien, sin embargo, quisiera tomar la vida contemplativa por la hija primogénita y la activa por la menor, puede hacerlo. Y entonces ciertamente Merob se dice de la multitud porque abandona las turbas de la multitud y llega al número más raro de los perfectos en la contemplación. No se dice, pues,

la multitud, sino que se dice que es 'de la multitud', para que se reconozca no quiénes están con ella, sino de dónde había venido. Micol en cambio se dice de todos, para que en la vida activa se designe la vida universal de la santa Iglesia. Pues en la vida activa están también primero aquellos que después pasan al secreto de la contemplativa, pero en el retiro de la contemplativa no están gravados por la solicitud de la vida exterior. Aquélla, por tanto, puede decirse de la multitud, ésta en verdad de todos, porque la vida activa contiene a todos, la contemplativa declina la vista de todos para unirse a las cosas celestiales con la vista de la mente. ¿De qué modo, pues, son llamadas hijas de Saúl, sino porque cada vida se muestra por el estudio del buen rector? Pues los que nos enseñan a obrar bien, a vacar en los estudios de la vida eterna, son engendrados para nosotros por aquel por cuyo magisterio se aprenden en nuestro corazón. Lo cual ciertamente, porque consta de las obras de la vida activa, parece maravilloso respecto a la contemplativa, que se describe a través de María, la hermana de Marta, que se sentaba a los pies del Señor y escuchaba su palabra (Lc 10). Pero se responde fácilmente que mientras María se sienta, señala a los perfectos en la contemplación. Sin embargo, Merob es llamada rectamente hija de Saúl porque, aunque sentada a los pies del Señor escucha y aprende de él lo que quiere, debe sin embargo aprender primero cómo puede sentarse. Esto sin duda, porque se conoce por la instrucción de un maestro sabio y erudito, Merob es rectamente recordada como hija de Saúl (1 Sam

18). A la cual ciertamente prometió dar en matrimonio a David, pero le dio la menor, porque algunos aman la hermosura de la vida contemplativa, a cuyos abrazos de ningún modo se les permite acceder. Porque, en efecto, son necesarios fuera para regir a los rebaños de los fieles, el sumo rey ordena de tal modo que reciban a Micol la menor y nunca comprendan a Merob la mayor. Muchos, sin embargo, reciben a la mayor después de la menor, porque tras las devotas obras de caridad son recibidos en el amor del secreto íntimo; lo cual insinúa bien Jacob, quien amó a Raquel, pero primero recibió a Lía, y así después tomó a Raquel en matrimonio (Gén 29). ¿Qué es esto, que a Jacob le fue lícito tener a ambas hermanas, pero David no llegó a la alcoba de la mayor, sino porque David fue rey, mientras que Jacob no fue rey? A aquel, por tanto, que asume el régimen de las almas, la censura eclesiástica no le permite, una vez asumido el rebaño, abandonarlo y vacar en los ocios de una vida retirada. Pero Merob es prometida a David y nunca le es dada; sólo Micol es dada, porque algunos, cuando asumen el cuidado de las almas, piensan que de tal modo gestionan la solicitud de los demás que pueden vacar para sí mismos a través de la solicitud; y sin embargo nunca encuentran el descanso que buscan en la prelatura; y sucede que, mientras no pueden impetrar del Señor la gracia de tan gran pureza, temen como si hubieran incurrido en la ira del Señor. Como si, por tanto, por estar el rey airado, perdieran a la primogénita prometida, porque no pueden abrazar aquel amor del descanso íntimo

que pensaban que tendrían en la prelatura. Estas cosas hemos dicho brevemente de paso; ahora, pues, volvamos a lo dejado.

68. Se habla pues de ambas hijas de Saúl, pero obtienen nombres diversos porque tanto difieren como convienen. Convienen en verdad porque tienden a través del amor hacia la vida eterna que aman. Asimismo convienen porque las buenas obras, por las cuales la una se extiende sin cesar, la otra las realiza de cualquier modo. Puesto que por tanto ambas aman las cosas eternas que ven, ambas desean llegar a ellas a través de la buena operación, de cualquier modo en que convengan; pero difieren porque una actúa más, la otra ve más. Pues de Lía tampoco se dice que haya sido ciega, sino corta de vista. Y Raquel, si no engendró a tantos, sin embargo no permaneció del todo estéril. Pues si una vida supera a la otra contemplando o trabajando, a ninguna de ellas se le quita la claridad de la visión, a ninguna se le niega la gloria de la fecundidad. Sin embargo, difieren en el ver y en el actuar, porque la vida activa tiene la visión de paso, pero la obra en la intención; la contemplativa en cambio tiene la obra en el camino, pero la intención en el descanso. Por lo cual bien el evangelista Marcos, cuando mostraba el amor de la vida contemplativa bajo la especie de aquellas tres mujeres, dijo: Compraron aromas para que viniendo ungieran a Jesús (Mc 16, 1). Como si dijera: Se detuvieron en la obra, para que pudieran correr a la contemplación. Ciertamente comprar aromas es dilatar por doquier el olor de la buena reputación a través del trabajo de

la buena obra. Y ungir a Jesús en el sepulcro es llegar a la gordura de la íntima devoción a través de la mortificación de la carne. Pues es ungido como en el sepulcro cuando es alcanzado devotísimamente por los sepultados con él para el gozo de su íntima claridad. Por tanto tienen la operación de paso, porque aunque a veces trabajan, abandonan esto como corriendo, ellos que son impulsados hacia el lugar de la amada soledad por un gran ímpetu del espíritu. Pues porque con todos sus deseos descansan en el amor de las cosas eternas, buscan ver más que ministrar. Raros son por tanto en lo público de la obra, asiduos en el secreto de la contemplación; permanecen poco fuera, bastante dentro. Pues incluso suelen juzgar como fornicación el apartarse aunque sea por un momento de la contemplación de Cristo.

69. Por el contrario, en cambio, la vida activa, que frecuentemente se afana en el ministerio, es rara en el secreto de la contemplación. Pues lo que se propuso preparar para sí las cosas eternas no sentándose y escuchando, sino afanándose y ministrando, no lo considera un daño, sino un gasto (dispendium), si vacando para sí, y buscando sus propias cosas y no las de los otros, descansara de la acostumbrada oblación de servicios. Por tanto, trabaja más operando y suplica menos. Por lo cual también Marta, que se afanaba en el frecuente ministerio, se detuvo y habló (Lc 10, 40). Pues ciertamente a la que estaba de pie no le fue lícito sentarse, porque si se sentara a escuchar, tal vez habría prestado un ministerio no preparado e insuficiente. Y debe notarse que de paso vio Marta

al Señor, sin embargo no habla de paso, sino estando de pie. Pues el evangelista lo expresó cautamente diciendo: La cual se detuvo y dijo (Ibíd.). Por cuyo ejemplo en verdad somos instruidos, de modo que nosotros, que prestamos ministerios a los hermanos, si por la demora no podemos sentarnos a los pies del Redentor, debamos asistir al Redentor por alguna pequeña demora. Pero bien le asistimos si de paso y sirviendo le vemos. ¿Qué es en verdad ver al Señor de paso, sino dirigir a él la intención del corazón en toda nuestra buena obra? Pues pasamos cuando, discurriendo de aquí para allá, servimos al Señor en sus miembros. Pero vemos al Señor de paso si, a través de todo lo que hacemos, le contemplamos presente ante nosotros, a quien deseamos agradar. En cuyo lugar debe notarse que Marta habla confiadamente diciendo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? (Lc 10, 40). Lo cual ciertamente conviene a ciertos trabajadores perfectos de la santa Iglesia, que ofrecen preces al Dios omnipotente tanto más confiadamente cuanto más laboriosamente recuerdan haberle servido en sus miembros. Pero porque en aquellas mismas que sirven a la vida activa debe ser contenida la demasía de la solicitud, Marta es reprendida, de quien se afirma que es tan solícita que se turba por muchísimas cosas. El fervor de la acción se dispone rectamente entonces cuando de tal modo insistimos en la obra que con corazón tranquilo veamos a aquel a quien nos esforzamos por consagrar nuestras obras. ¿Qué es en verdad la demasía de la solicitud sino la confusión de

la intención suprema? Porque mientras se divide entre muchísimas cosas, ya dividida no se eleva a la intuición de las cosas supremas. Pues aquel bien eterno y simple de la eterna visión, ya que el alma apenas lo comprende cuando está unida, sin duda no se eleva hacia él cuando está dividida. Dice por tanto el ordenador y receptor de nuestras obras: Una sola cosa es necesaria, para que la mente no se divida hacia muchas cosas, de modo que, unida por la tranquilidad, se eleve poderosamente a la intuición del sumo bien. Por tanto, las dos hijas de Saúl, aunque por igual son hijas del rey, difieren en los nombres, porque la vida activa y la contemplativa son generosas por la nobleza de la religión, pero no son pares por la diversidad del oficio. Pero ya que hemos mostrado al padre de ellas, demostremos igualmente a la madre. Sigue:

(Vers. 50.) Y el nombre de la mujer de Saúl, Ahinoam, hija de Ahimaas.

70. Pues ¿quién es la mujer del predicador sino la buena voluntad? Pues el que por el amor se une a la buena voluntad, a él ciertamente le nacen hijos como de una noble esposa. Pues cuando queremos producir frutos de buenas obras, es necesario que primero los sembremos en la buena voluntad. Por lo cual bien Ahinoam se interpreta como 'el descanso del hermano'. Pues nuestro hermano es aquel que, resucitando de entre los muertos, habló a María Magdalena diciendo: Ve y di a mis hermanos: Subo a mi Padre y vuestro Padre (Jn 20, 17). De aquí Pablo, afirmando la nobleza de los elegidos, dice: Herederos de Dios,

coherederos con Cristo (Rom 8, 17). ¿Qué significa que se diga 'el descanso del hermano', sino porque el Redentor del género humano descansa en la buena voluntad de sus coherederos? Y porque por aquel por quien es habitada nos es otorgada la buena voluntad, se refiere que es hija de Ahimaas. Pues Ahimaas se interpreta como 'la hermosura del hermano' o 'el hermano es la hermosura'. Pues nuestro Redentor es llamado hermano y hermosura porque la naturaleza humana perdió por el pecado del primer hombre el vigor de su dignidad, pero en la persona del Redentor, irradió con un esplendor acrecentado. Es ciertamente nuestra hermosura, porque cuantos en la santa Iglesia brillan por la claridad de las virtudes, todos reciben de la plenitud de aquella luz. De aquí dice Pablo: En él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col 2, 9). Por tanto, mientras el profeta Samuel respeta la buena voluntad de nuestros predicadores, expresa por tipos las cosas vistas, diciendo: Ahinoam hija de Ahimaas, porque sin duda grande es la belleza de la buena voluntad, pero nace de la infusión del Redentor. Pues debe ser amada como esposa, pero si se mira al padre, es amada más por la nobleza.

(Vers. 50.) Y el nombre del príncipe de su milicia era Abner, hijo de Ner, tío de Saúl (patruelis).

71. Abner se llama 'mi padre es una lámpara', y Ner también se llama 'lámpara'. ¿Qué se toma por Ner, por tanto, sino la palabra de las Escrituras? La letra de la sagrada Escritura es ciertamente como la cáscara (testa) de esta lámpara, el enten-

dimiento espiritual la claridad de la luz, pero su aceite es la devoción del amor. Hijo de la lámpara es, por tanto, el que escucha de buena gana las palabras de las Escrituras, y las entiende sabiamente, y lo que recoge por el entendimiento, lo aprehende por el afecto de la caridad. ¿Por qué pues se llama hijo de la lámpara, sino porque lo que nace de la luz es luz? Pues ¿qué es el pecado sino las tinieblas? ¿Qué es asimismo la buena obra sino la luz? Pues los varones santos, mientras dirigen los pasos de sus obras a la guía de las Escrituras, reciben como luz de la luz de la erudición espiritual. Esto ciertamente expresándolo Juan dice: Todo el que ha nacido de Dios no peca, porque la generación celestial lo guarda (1 Jn 5, 18). ¿Qué es nacer de Dios sino amar su voluntad conocida en las sagradas Escrituras? ¿Y qué es no pecar sino consistir siempre en la luz de la justicia? Como si de la luz quisiera hacernos luz el bienaventurado apóstol Pedro, cuando decía: Tenéis la palabra profética más firme, a la cual hacéis bien en atender, como a una lámpara que brilla en un lugar tenebroso, hasta que el día amanezca y el lucero de la mañana nazca en vuestros corazones (2 Pe 1, 19). Con razón por tanto Abner se llama 'mi padre es una lámpara', y su mismo padre es nombrado 'lámpara', porque aquellos pueden brillar a través de ejemplos para otros en la santa Iglesia que por la erudición de las Escrituras recibieron tanto la claridad de la luz como el aceite de la perfecta caridad. Pero por Juan se dice que no peca, para que insinúe la fortaleza de los predicadores, que de tal modo alargan la mano

a los pecadores que ellos mismos sin embargo no se manchan con las tinieblas de los pecados. Pero ¿qué significa que se llame primo hermano (patruelis) de Saúl? Primo hermano se llama el que nace del hermano del padre. Por lo cual aquí también se añade:

(Vers. 51.) Cis había sido padre de Saúl, y Ner padre de Abner, hijo de Abiel.

72. Y cuando se pidió elegir un rey, se dijo: Había un varón de nombre Cis, hijo de Abiel (1 Sam 9, 1). Pero porque ya hemos explicado más plenamente qué significan esos nombres de la estirpe real, expresemos solamente esto: cómo se refiere que Abner era primo hermano (patruelis) de Saúl. Pero se reconoce que Saúl es hijo de Cis, esto es, de 'el duro'; también se refiere que Abner es hijo de la 'lámpara'. Hemos mostrado que este 'duro' designa a varones de una conducta excesivamente austera, y que Ner se interpreta como 'lámpara'. ¿Qué es, por tanto, que la lámpara y el duro sean llamados hijos de un mismo padre, sino porque de Dios es tanto lo que la sagrada Escritura prescribe como austero, como la virtud exterior de la conducta dura? El hermano de la lámpara es ciertamente el duro, porque tiene la gracia de cumplir la ley de aquel de quien la ley misma tiene su origen. Por lo cual también el Salmista promete confiadamente de vuelta, diciendo: Pues dará la bendición el que dio la ley (Sal 83, 8). Pues dar la ley es proferir los preceptos de vida para los elegidos; dar la bendición es también otorgar la gracia de cumplir la ley. Puesto que, por tanto, de uno solo son tanto la luz de la Escritura como la

aspereza de nuestra vida, se refiere que Cis y Ner son hijos de un solo padre. Abner, por tanto, hijo de Ner, es llamado rectamente primo hermano del rey Saúl, porque el que es elegido para el cuidado de las almas, se juzga que debe ser de vida dura y áspera. Pero los que desean ser ayudantes de los predicadores, nunca realizan lo que desean si no perfeccionan la luz de la sagrada Escritura, en la cual fueron concebidos por el conocimiento, en la buena operación y la santa predicación, como naciendo. Pero como el conocimiento de las sagradas Escrituras se adscribe más a los sumos doctores que a sus ayudantes súbditos, y seguir los ejemplos de conducta parece convenir más a los menores que a los mayores; ¿qué significa que el hijo del 'duro' sea llamado rey, pero el hijo de la 'lámpara' sea llamado príncipe del rey? Pero por estas palabras no significa lo que los sumos doctores y sus ayudantes tienen, sino que, suprimiendo lo que tienen, expone lo que debe ser hecho por cada uno. Pues el rey, a saber, el sumo y elegido predicador, porque ya por la ciencia de la altísima erudición tiene la luz de la Escritura, no confíe de tal modo en la ciencia que mínimamente siga los ejemplos de otros. El príncipe también, esto es, el ayudante del gran doctor, porque está sometido a los ejemplos de su mismo prepósito, apóyese en la luz, para que el que sigue los ejemplos nazca en la erudición de una doctrina más alta, como en la gran luz de una lámpara. Aquel, por tanto, que siendo erudito es reducido a los ejemplos de los mayores por la humildad, e instruido por los ejemplos es elevado

al esplendor de las Escrituras por el aprendizaje, es bien referido como rey hijo del duro, y príncipe hijo de la lámpara. Tales varones, porque provechosamente presiden a los fieles elegidos, porque promueven fuertemente a los súbditos a las victorias de las virtudes; sigue:

(Vers. 52.) Y hubo una guerra fuerte contra los filisteos todos los días de Saúl.

73. Débil y totalmente enferma es la guerra de aquellos doctores que no tienen ni la luz del conocimiento divino ni la fortaleza de la buena obra. Por tanto, la guerra se llama fuerte cuando los hijos del duro dominan sobre los pueblos elegidos, porque aquel puede decir provechosamente cosas buenas a otros, que acostumbró a preceder las palabras con una gran obra. Pero también debe observarse sutilmente lo que se dice más intrincadamente: Todos los días de Saúl. ¿Qué son los días de Saúl, sino las obras de la luz? ¿Qué otra cosa es la guerra del doctor sino la que se realiza por la lengua? Así pues, lucha todos sus días el que enseña muchas cosas a otros, pero no profiere nada al enseñar sino lo que antes brilla por su propia obra. Pues lucha en su propio día el que extrae las palabras de la predicación de la propia luz de la virtud. En cambio, quiere luchar en día ajeno el que se afana en oponerse a los espíritus réprobos, no hablando lo que hace, sino predicando lo que conoce. Pero lucha todos sus días: porque muestra todos los preceptos de Dios en la luz de la obra, los cuales, al seguirlos, quiere manifestar por el cuidado de la predicación. Con razón, por tanto, la guerra se llama fuerte, en la

cual se lucha con toda clase de luz de virtudes o de obras. También puede designarse por esto que se dice que lucha todos los días, la instancia del combate espiritual. Pues el que lleva una vida llena de virtudes, vive en los días. Por tanto, en todos los días se reconoce la guerra fuerte del doctor elegido, porque se ve que siempre vence a los malos espíritus aquel que nunca se separa de la luz de las virtudes. Pero los varones elegidos tienen la virtud de luchar, tienen también la humildad del temor. Por la virtud triunfan, pero por el temor no cesan de congregar auxilios. Por lo cual luchan tanto más fuertemente, cuanto que no cesan de congregar las fuerzas para el conflicto. Bien, por tanto, se añade la causa de la guerra fuerte:

(Vers. 52.) Pues a quienquiera que Saúl veía varón fuerte y apto para el combate, lo unía a sí.

74. Como si dijera: Por eso podía guerrear poderosamente, porque no cesaba de congregar un ejército. Pero porque se dice que unió a sí no solo a los fuertes, sino también a los aptos para el combate, se demuestra un doctor cauto en la elección de los soldados de Cristo. Pues algunos son fuertes para llevar cargas, no para ejercitar combates, porque mientras no saben cómo combatir desde su propia fortaleza, de ningún modo pueden. Por tanto, varones fuertes y aptos para el combate son los que saben luchar y quieren. Pues por la voluntad son fuertes, y por el conocimiento aptos para combatir. Por tanto, la temeridad de algunos es repelida de la guerra de Cristo, cuando se mencionan como elegidos los aptos y fuertes. Pues algunos saben luchar con el diablo,

y no quieren. Sabios son ciertamente para hacer el mal, pero para hacer el bien no saben (Jer 4, 22). Estos quieren servir al antiguo enemigo, no quieren resistir. Pues ¿qué haría el doctor si une a sí para el combate a estos aptos? Tales como estos pueden destruir a otros por los ejemplos más de lo que él mismo puede edificar por la palabra. Pues a menudo tales se atreven a enseñar, y no mantienen la virtud de enseñar obrando. Cuando hablan con nosotros, arremeten contra los enemigos, pero por las obras súbitamente se retuercen en nuestras propias entrañas. Como ciertos traidores del ejército, se visten con las armas de la doctrina cristiana, y por los ejemplos hieren de repente a los pequeños de Cristo, a quienes pensábamos que querían proteger hablando. Por tanto, los varones fuertes que no son aptos deben ser repelidos, no unidos a nosotros, porque por los sabios réprobos nuestra robustez se destruye, no aumenta. ¿Quiénes son, pues, los fuertes y no aptos, sino aquellos a quienes vemos llevar fuertemente las cargas del siglo, y no saben transferir su fortaleza al servicio del Creador? Pues llevan fuertemente el yugo de los hombres y las grandes labores del siglo, pero temen acercarse al servicio de Dios como si fueran débiles. ¿Qué son estos, pues, sino fuertes y no aptos, que hacen las cosas grandes del siglo, y no pueden realizar las ligeras y suaves de Cristo? A menudo incluso se convierten en los monasterios, y los que habían llevado fuertemente las cargas del siglo sudan en las pequeñas cosas que hacen, como si fuera entre grandes labores. ¿Qué se muestra, pues,

con estas palabras, sino que debemos unir a los varones a la milicia de Cristo con gran discreción, y no ofrecer la entrada a los que se acercan antes de que sepamos que son tanto aptos por el conocimiento, como fuertes por la buena voluntad? Además, pueden ser llamados varones fuertes y aptos para el combate aquellos que siguen las guerras de Amalec, esto es, de las pasiones. Pues no son varones fuertes los que no pueden extinguir las concupiscencias carnales. Y no parecen aptos para el combate los que no son aptos para luchar por la pudicia. Elija, por tanto, el doctor a los soldados de Cristo, elija a los fuertes, para que mientras doman fuertemente la carne, venzan poderosamente a los espíritus inmundos. Elija, por tanto, a los aptos para el combate; para que mientras no se ensoberbecen entre los dones de la fortaleza, sean elevados en los cielos con la gloria del triunfo.

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

(1 Sam 15, 1-3.) Y dijo Samuel a Saúl: El Señor me envió a ungirte como rey sobre su pueblo Israel. Ahora, pues, oye la voz del Señor. Esto dice el Señor de los ejércitos: He recordado todo lo que Amalec hizo a Israel, cómo se le opuso en el camino, cuando subía de Egipto. Ahora, pues, ve y hiere a Amalec, y destruye todas sus cosas.

1. Arriba dijimos que Amalec designa el vicio de la lujuria, la cual es como si lamiera, mientras sugiere el placer halagando. Se muestra, por tan-

to, el provecho de la conducta en que arriba se afirma que fue herido por Saúl, y ahora no se manda simplemente herirlo, sino destruir todas sus cosas. Ciertamente, el doctor lo hiere primero cuando por su palabra se logra que la pudicia se mantenga en los corazones y cuerpos de los conversos. Pues la libido es como herida cuando la carne es sometida de cualquier modo por las armas de la pudicia, y sin embargo no está perfectamente sometida. Pues el que ya abandona los inquinamientos de la lujuria, pero todavía siente movimientos torpes que surgen de sí contra sí mismo, ya no realiza la obra nefasta, pero sin embargo no puede arrojar esto del pensamiento. A menudo, de mala gana e incautamente, es arrastrado a pensamientos inmundos, pero aquellas cosas que piensa interiormente por descuido excitan la carne exteriormente, para que surja a torpes movimientos de placer. ¿Qué es, pues, que habiendo sido herido Amalec, de nuevo se mande herirlo y destruirlo, sino porque el predicador debe promover a aquellos a quienes instruye para una vida púdica hasta la perfección de la virtud? Por tanto, de nuevo se manda herir a Amalec, porque, no habiendo sido aún bien matado, vive. De nuevo Amalec es herido cuando por las palabras del doctor se eliminan también aquellos movimientos que golpean la carne, cuando el doctor enseña a los súbditos a ser coronados por esto, para que deban domar el cuerpo de tal modo que de ningún modo surja a movimientos seductores. Pero porque nunca se restringe así la carne si la mente se desliza pensando cosas inmundas,

después de la herida se manda destruir a Amalec. Por tanto, es herido en el cuerpo, es destruido en el corazón, mientras la carne es desgastada dignamente por la abstinencia, y la mente es refrenada de todos los pensamientos inmundos. En este lugar también deben considerarse las cosas anteriores que Samuel dice en nombre del Señor, diciendo: He recordado todo lo que hizo Amalec a Israel, cómo se le opuso en el camino cuando subía de Egipto.

2. ¿Por qué se recuerdan las obras de los amalecitas, sino porque los inquinamientos de la lujuria son sumamente odiosos para Dios? Por lo cual el bienaventurado apóstol Pablo dice: Todo pecado está fuera del cuerpo, pero el que fornica peca contra su propio cuerpo (1 Cor 6, 18). Igualmente dice: A los fornicarios y adúlteros los juzgará Dios (Heb 13, 4). De aquí también reprendiendo más agudamente, y segregándolos del reino de Dios, dice: Ni los inmundos poseerán el reino de Dios (Ef 5, 5). ¿Por qué se recuerda la lujuria, sino porque el pecador es arrojado por la justicia de Dios cuando se inclina a perpetrar sus inquinamientos? Aquel, por tanto, que es recordado para que caiga, a veces es recordado para que perezca, a veces es recordado para que surja. Y porque después de tan largos espacios de tiempo recordados se mencionan los hechos de Amalec, de algún modo se nos insinúa que tales personas a veces se arrepienten después de largo tiempo. Pero sus mismas obras se expresan cuando se dice: Cómo se le opuso en el camino cuando subía de Egipto. Israel se dice que significa 'el que

ve a Dios'. El cual, porque se refiere que sube de Egipto, insinúa a los recién conversos, que abandonan las tinieblas y las bajezas de los pecados, y se acercan a la luz de la verdad, y suben al monte de la buena obra.

3. Pero Amalec se opuso a Israel en el camino, porque la libido presenta las armas del placer a los que tienden a la cumbre de la perfección, y hiere los corazones que puede con la espada de la sugerencia inmunda. Y porque el combate de la fornicación es sumamente fuerte y violento, se refiere que no se cruzó con Israel de cualquier modo, sino que se le opuso. Oponerse es ciertamente insistir con un fuerte ataque. Sin duda aquel israelita que subía veía a estos amalecitas que se oponían, cuando decía: Veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente (Rom 7, 23). Por lo cual, mirando también hacia el auxiliador, dice: ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de nuestro Señor Jesucristo (Rom 7, 24-25). Se dice, pues, que Amalec se opone, porque mientras estamos en la carne, sostenemos las fuertes guerras de la libido. Pero ¿por qué se dice que se opone a los que suben de Egipto? He aquí que quien se había elevado a los secretos del tercer cielo, tenía movimientos de la carne que se oponían. Con razón, por tanto, Israel subiendo de Egipto insinúa no solo a los novicios, sino también a los dotados de gran virtud. Ciertamente, con el nombre de Egipto se designan las tinieblas de este mundo. Pero Israel sube de Egipto porque todos los elegidos, mientras progresan viviendo santamente,

se esfuerzan por alcanzar la patria suprema. Y porque mientras están en la carne, tienen la ley de la carne contraria a la ley de la mente, ven ciertamente a Amalec oponiéndose a ellos por medio de poderosos movimientos. Pues la violencia de esta pasión se muestra cuando se describen esas mismas guerras de Amalec que se recuerdan. Pues luchando Israel, cuando Moisés elevaba las manos, Amalec era vencido; y este vencía cuando aquel bajaba las manos (Ex 17). Pero ¿por qué Moisés luchaba contra otros solo con las armas, pero contra Amalec no solo con las armas, sino también con la virtud de la oración? ¿Qué virtud e instancia de súplica era entonces necesaria, donde si bajaba las manos, daba a Amalec el honor de la victoria? Pero ciertamente se muestra el gran certamen de la fornicación, que se supera con tanta virtud y tanta dificultad. Por tanto, es necesaria la oración intensísima como arma del ejército. Las armas son ciertamente necesarias, porque los que quieren luchar contra la fornicación no pueden vencer si no están protegidos por las demás virtudes. El ejército, como mostramos arriba, son los ejemplos de los Padres y los preceptos de las Escrituras, que cualquiera debe también considerar, y ocupar con ellos la mente de tal modo que no mire los inquinamientos de la lascivia. Pero instruido por los ejemplos y doctrinas, de ningún modo puede confiar en sí mismo. Levante, pues, sus manos, levante la mente, para que resplandezca por la buena obra y la devoción aquel que intenta cortar perfectamente de sí la guerra de la libido.

4. Igualmente, ¿qué significa que se venza al bajar las manos, sino que a menudo, por la audacia de la obra malvada, se quita incluso la misma hermosura de la castidad? A menudo no se quita del todo, pero se debilita con las obras que se debilitan. Ciertamente, entre las obras y los trabajos espirituales, somos fuertes contra los estímulos de la carne, pero si, como cansados, nos entorpecemos por el rigor de la conducta habitual, o nos ablandamos mientras descuidamos poco a poco, surgen los aguijones de la carne, que vencen a Israel como si fueran las manos de Moisés bajadas (Ex 17). Para que, pues, las manos no se cansen, Aarón y Hur pongan una piedra debajo, y de ningún modo permitan que las pesadas manos de Moisés bajen. Aarón ciertamente se llama 'monte de la fortaleza', y Hur 'fuego'. Pues cuando nos cansamos, nos fortalecemos al considerar las cosas celestiales. ¿Qué es, pues, el monte de la fortaleza sino la altura de la contemplación suprema? La cual ciertamente, porque no existe en el corazón elegido sin una gran caridad, se refiere rectamente que asiste al monte de la fortaleza de Moisés. Los cuales sin duda ponen la piedra debajo y sostienen las manos, porque el que mira ardientemente los supremos premios de los cielos, asume una gran fortaleza, y no cesa de obrar bien y de suplicar al Creador. Porque, por tanto, son poderosas y totalmente violentas las guerras de la carne, se refiere aptamente que Amalec se opuso al Israel que subía. Por tanto, el Profeta manda al rey diciendo: Oye la voz del

Señor. He recordado todo lo que Amalec hizo a Israel.

5. ¿Qué significa que diga: 'Oye la voz del Señor', sino que para los que quieren vivir castamente, se debe vigilar sutilmente contra los fraudes del espíritu de fornicación? Como si dijera: No dejes de considerar con cuántas insidias se prepara para someter a los elegidos a sí mismo. Y por eso no dijo: 'He recordado que se opuso a Israel', sino: 'Oye la voz del Señor'. He recordado cómo se opuso a Israel. Como si dijera: Si conoces el modo de las insidias, podrás superar al enemigo más fácilmente. Con razón, por tanto, añadió diciendo: 'Ahora, pues, ve y hiere a Amalec, y destruye todas sus cosas.' Como si dijera: Puesto que sabes cómo debes ir: 'Ve y destruye todas sus cosas', y de tal modo lo borres que nada de él viva más. Pero ¿quién pudo someter así la carne a sí mismo, quién pudo alguna vez restringir así la mente para sí, quién pudo permanecer así en la carne de tal modo que no sostuviera ningún movimiento torpe de la carne? ¿Quién pudo refrenar de tal modo el pensamiento que ninguna oscuridad de inmundicias llegara a él por el pensamiento? Pero si no se quita de la carne la torpeza del movimiento, sin embargo la fuerza de la torpeza se debilita, cuando ciertamente hay un movimiento simple en la carne, pero en el movimiento no hay ningún prurito de la libido. Este movimiento ciertamente no es amalecita, porque no lame a la mente a la que no podrá deleitar. No puede quitarse de la mente que vea de algún modo cosas inmundas, pero es conducida a un uso

admirable de la pureza, de tal modo que viendo cosas inmundas, no sea manchada por ninguna mancha de deleite. Quienquiera, por tanto, que así preside a la carne, quienquiera que así rige la mente, por eso preside, por eso rige, porque pudo destruir fuertemente todas las cosas de Amalec. Pero ya expone posteriormente cuáles son todas sus cosas, diciendo:

(Vers. 3.) No le perdones, y no codicies nada de lo suyo; sino mata desde el hombre hasta la mujer, y al niño, y al lactante, y al buey, y al asno, y a la oveja, y al camello.

6. ¿Quién es este que perdona a Amalec, sino el que retiene algo de lascivia, ya sea en el pensamiento, o en la boca, o en la carne? Pues muchos no realizan obras de torpeza, pero no refrenan la lengua de la locución torpe. Muchos evitan la lujuria por la obra, pero no la evitan por el pensamiento. Algunos no hacen nada torpe, pero lo que rehúyen por el acto lo codician con el corazón. Perdona, por tanto, a Amalec el que mantiene los halagos de la lascivia, ya sea en la locución, o por la intención, o por el pensamiento. Dice, pues: 'No le perdones', porque de tan malvado vicio nada debe encenderse en la mente, nada permitirse arder en la obra. Diga, pues: 'No le perdones', para que todos los movimientos libidinosos, todas las locuciones obscenas sean del todo destruidas en el cuerpo. Dice, pues: 'Y no codicies nada de lo suyo'; para que sea profundamente erradicado del pensamiento. Pues ¿qué es la libido sino fuego? ¿Y qué son las virtudes surgidas de la carne y de la mente sino flores? Igualmente, ¿qué son

los pensamientos torpes sino pajas? ¿Quién no sabría también que si el fuego se extingue descuidadamente en las pajas, por una pequeña chispa que queda, todas las pajas se encienden? Aquel, por tanto, que no quiere quemar las flores de las virtudes en la mente, debe extinguir de tal modo el fuego de la libido que nunca pueda arder por una tenue chispa. Quite también los rastrojos de los pensamientos carnales, no sea que mientras se enciende aquel calor natural que no puede extinguirse, los verdores de las virtudes, que no pueden encenderse por sí mismos, se quemen como por pajas mezcladas.

7. ¿Qué significa, pues: 'No le perdones, y no codicies nada de lo suyo', sino que toda lujuria en la carne debe ser perfectamente domada, y de la mente radicalmente extirpada? También puede entenderse: 'No le perdones, y no codicies de él nada', porque se manda matar tanto a hombres como a mujeres, niños y lactantes. Pues las mujeres podían ser codiciadas, y los niños y lactantes provocar a la misericordia. Quiénes son, pues, los hombres que deben ser matados, qué mujeres, qué niños, qué bueyes, qué ovejas, qué camellos, qué asnos, debe considerarse sutilmente. Pues ¿quiénes son los hombres amalecitas, sino los movimientos persuasivos de la torpeza? Pues son hombres porque sugieren violentamente, e infunden las semillas de la depravación en las mentes corrompidas. Las mujeres son las concupiscencias de la mente, que se someten a los predichos movimientos para fetos impíos. Pero ¿quiénes son también los niños y los lactantes,

sino los que se engendran de la mezcla de los hombres y mujeres amalecitas? Pues si el movimiento de la mala sugerencia es recibido en la mente como un adúltero, la concupiscencia es impregnada como una meretriz. Por lo tanto, si se permite a la misma concupiscencia derramar un parto nefasto, los movimientos de las libidines se engendran ya no solo en la mente, sino también en la carne. Los cuales, mientras nacen, son niños, porque todavía no infieren violencia a la carne al moverse. Son lactantes, ciertamente, cuando se nutren de un pensamiento tenue y descuidado. Pues el que ya refresca los movimientos torpes en la carne con un pensamiento libre, ya no otorga leche a los niños, sino alimento a los adultos. Por lo tanto, la leche de los niños amalecitas es el tenue pensamiento de la inmundicia, porque si el movimiento torpe no es alimentado por el pensamiento, como si se les negara la leche, los niños mueren. La cual leche ciertamente la madre meretriz ofrece, porque mientras el ardor de la concupiscencia previene a la mente, es agitada como por una pésima abundancia del corazón, para que peores proles de movimientos se nutran en la carne. Pero ¿qué se recibe en el buey, sino un consejo fraudulento, que sugiere el placer de la carne por el ejemplo de los antiguos, que agradaron a Dios omnipotente entre las obras de la carne? Pues se ve como si hendiera la tierra con la reja de la discreción; pero si se asume por deliberación, enreda los cuellos de la miserable mente con el yugo de la torpeza, el cual lleva por medio de la simulación.

8. Pero con el nombre de la oveja se significa la vida de los inocentes. Por lo cual todos los elegidos son llamados ovejas por la voz de nuestro Redentor, cuando dice: 'Mis ovejas oyen mi voz' (Jn 10, 27). ¿Qué es, pues, la oveja de Amalec, sino la simulación de la inocencia? Pues algunos, mientras consideran tanto la misma forma del cuerpo humano como las propiedades de cada sexo, y la libido ínsita en los miembros, piensan que pueden usar esto lícitamente como un bien natural. Por tanto, es como una oveja amalecita cuando se sugiere a los continentes aquello como un bien, lo cual se comprueba claramente que no es verdaderamente bueno. ¿Qué se significa también en el camello? Pero el camello rumia, y de ningún modo divide la pezuña. ¿Qué se significa, pues, en el camello, sino un cierto pensamiento de lujuria, que empieza como por la razón, pero no se termina por la discreción? Pues mientras piensa, el camello como que rumia interiormente, pero mientras lo que piensa no se dispone por la verdad, no se ve que su pezuña se divida. Pues algunos que han profesado la continencia, mientras son vencidos por la concupiscencia de la carne, confían en que pueden salvarse en la vida conyugal. Algunos también, mientras oyen la licencia del apóstol: 'Cada uno tenga su mujer y cada una tenga su marido' (1 Cor 7, 2), confiesan que todos, sin discreción de personas, están incluidos en este precepto, y que los varones de las sagradas órdenes pueden usar de la cópula conyugal. Pues un sentido de esta clase es un camello amalecita, porque empieza como por la razón,

pero arrastra a una vida irracional. ¿Qué es, pues, el asno, sino que se entiende la abierta maldad de la fornicación? Pues el diablo lleva a algunos al caos abierto de la fornicación, y a algunos los engaña por medio de fraudes. El asno también acostumbró a llevar cargas ajenas. Pero el doctor de las gentes, mientras enseñó que el varón no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer, e igualmente: 'Ni la mujer tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el varón' (1 Cor 7, 4), ¿qué otra cosa les mandó sino llevar las cargas ajenas? Por el nombre del asno, pues, se designa la fortaleza de la cópula conyugal, porque los cónyuges elegidos llevan fuertemente sus cargas mutuamente, para que por la enfermedad de la carne no caigan más fácilmente en el báratro de la fornicación. El asno, por tanto, debe ser matado, pero el amalecita, porque la cópula conyugal debe fortalecerse en la honestidad del tálamo, pero debe ser matada de la torpeza. Deben ciertamente los cónyuges pagarse la deuda mutuamente, pero no deben convenir torpemente. El asno de Amalec se mata, pues, cuando en los buenos cónyuges se mantiene la caridad de la cópula honesta, pero se evita toda obscenidad en la conjunción torpe. Por tanto, se manda destruir todas las cosas de Amalec, porque los que se proponen vivir castamente no deben retener en sí nada del halago de la carne. Deben ciertamente estar en la carne para que hagan el bien por medio de la carne, pero deben apartarse de tal modo del placer de la carne por la sublimidad de la mente, que no toleren las injurias de la carne. Tales ciertamente

quería que fueran aquellos a quienes hablaba el Apóstol diciendo: 'Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu' (Rom 8, 9). Pero atendamos con qué ayudantes basta para estas cosas aquel a quien se le manda borrar a Amalec. Pues sigue: (Vers. 4.) Mandó Saúl al pueblo, y los contó como corderos.

9. Con el nombre de corderos suelen designarse los varones de gran prudencia. Por lo cual se dice por medio de Juan: 'Vi sobre el monte Sión a un Cordero que estaba en pie, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes' (Apoc 14, 1). Pues los que habían asumido el nombre del Cordero, eran llamados corderos. Explicándolos también a ellos, dice: 'Estos son los que no se mancharon con mujeres, pues son vírgenes' (Apoc 14, 4). ¿Qué significa, pues, que cuando se manda borrar a Amalec, se cuenten los soldados del rey como corderos, sino que cuando queremos borrar el espíritu de fornicación por medio de la predicación, debemos presentar los ejemplos de los perfectos? Pues a cuantos mostramos insignes por la gloria de la pudicia a los seglares que deben convertirse, los llevamos a las guerras de Amalec como otros tantos soldados contados como corderos. Pero por el nombre de estos contados pueden entenderse los mismos ministros de la divina predicación. Son, pues, como corderos, porque por la gloria de la perfecta pudicia, ya se asemejan a aquellas vírgenes que gozan con Cristo en el reino. Con cuyas palabras ciertamente se muestra que los que asumen el

ministerio de la predicación deben ser decorados antes con el fulgor principal de la castidad, porque si se desvían por la incontinencia, de ningún modo pueden hacer a otros continentes, y no prevalecen para provocar al bien de tan gran luz quienes no tienen sus rayos en el fulgor de su propia conducta. Con razón, pues, se dice: 'Los contó como corderos', porque conviene que sean muy púdicos aquellos que deben ahuyentar el espíritu de fornicación por la potestad del orden recibido. Por lo cual en el Evangelio les dice el Señor: 'Estén vuestros lomos ceñidos, y las lámparas encendidas en vuestras manos' (Lc 12, 35), para que los súbditos oigan la palabra de la predicación, pero los ejemplos de una conducta clarísima los atraigan al bien de la castidad que oyen. Por lo cual son bien designados con un número perfecto, cuando se añade: (Vers. 4.) Doscientos mil peones, y diez mil varones de Judá.

10. Con el nombre de peones se figuran los elegidos, no cuando predican cosas elevadas, sino cuando por medio de buenos ejemplos demuestran a otros la rectitud del camino celestial. Los peones ciertamente corren con sus pasos hacia donde quieren llevar las armas. ¿Qué son los ejemplos de castidad sino las huellas de los soldados celestiales impresas en la tierra? Para herir los vicios de las libidines en los lugares resbaladizos, se apresuran hacia las tinieblas de sus corazones con la luz de los buenos ejemplos, y llegando como por el paso, matan a los enemigos, los cuales, después de ser conocidos por las obras, atraen los corazones de los pecadores al bien de la pudicia.

Cuando, por tanto, por medio de ejemplos de castidad destruyen en los corazones de los pecadores las tinieblas de las inmundicias, son rectamente llamados peones. Y porque no solo son espléndidos por el pretexto de la limpieza corporal, sino también por la luz del corazón, se refiere que son doscientos mil. Ciertamente, en el número centenario y milenario se concluye toda la suma del decálogo. Por tanto, los varones perfectos están contenidos en los doscientos mil, porque por la gracia divina han llegado a la suprema ciudadela de la pudicia tanto por la continencia del cuerpo como por la integridad de la mente. Pues tienen la perfección de la intención tanto en el cuerpo como en la mente. O porque no sirven a Dios remisa o descuidadamente por medio de la pudicia, tienen el centenario de la obra, y porque no cesan de servirle, tienen el milenario de la multiplicación. Pero son fuertes y asiduos para la continencia del cuerpo, perfectos e instantes para la circunspección del corazón por la perfección de la virtud. Mandando el Apóstol que tal sea también la viuda, dice: 'Para que sea santa en cuerpo y en espíritu' (1 Cor 7, 34). Santa ciertamente en cuerpo y espíritu es, si por la perfección de la castidad con que brilla en el cuerpo, brilla también en la mente. Que si las viudas son tales, ¿cuáles deben ser las vírgenes mandadas ser? Pues de aquellas muchas, se dijo bajo la descripción de una: 'Estuvo la reina a tu derecha con vestidura dorada' (Sal 44, 10). En el mismo salmo también se alaba a la misma reina, cuando se dice: 'Toda la gloria de esa hija del rey está en el interior, en

orlas de oro rodeada de variedades' (Sal 44, 14). Pues ¿qué es la vestidura dorada sino el decoro y honor del cuerpo virginal? Se llama ciertamente vestidura porque brilla fuera en el cuerpo, y dorada porque sobresale en dignidad. Pues toda clase de metal es inferior al oro. Así, sin duda, toda otra pudicia no puede compararse con el decoro virginal. ¿Qué significa, pues, que se diga: 'Toda la gloria de la hija de los reyes está en el interior', si se predica que la gloria de la vestidura dorada está fuera? Pues si fuera hay alguna gran gloria de la vestidura dorada, dentro no puede verse toda la gloria. ¿Qué significa, pues, que se refiera que toda la gloria está en el interior, sino porque también aquella gloria que está fuera se conoce que está dentro con otras innumerables? Pues la virginidad no es dorada si está fuera y no está dentro. Porque, por tanto, está dentro y fuera, porque la misma resplandece en el cuerpo, la misma brilla en la mente, convenientemente puede sentirse que toda la gloria de la hija de los reyes está en el interior. Toda la gloria está dentro, porque no está sola fuera, ni sola dentro. Pues porque son muchas las claridades de las virtudes en la mente de la virgen, así se afirma el esplendor virginal, para que se predique que toda la gloria está dentro. Esto es sin duda lo que sigue: 'En orlas de oro rodeada de variedades'. Pues las orlas de oro son las claridades que nunca faltan de la mente. Las orlas ciertamente son las partes finales de la vestidura. Las cuales por eso se alaban en el decoro de la esposa de Cristo, porque ninguna es la gloria de las virtudes si deja de lucir antes de la consu-

mación de la vida. Se llama reina por el amor, en la vestidura dorada se predica la virginidad. Pero toda la gloria en el interior, y en las orlas de oro, y se afirma que está rodeada de variedad, para que la integridad unida a innumerables virtudes se sienta que se lleva hasta el fin. Bien, por tanto, se cuentan contra Amalec doscientos mil peones, porque aquellos son idóneos para derrotar a los espíritus inmundos por medio de ejemplos de castidad, quienes aprendieron a mantenerla tanto en la luz de la obra como en el esplendor de la circunspección.

11. Porque igualmente son instruidos y perfectos en la palabra de Dios, se demuestran por el número de diez mil varones de Judá. Pues son varones por la fortaleza, pero de Judá por la predicación. Pues Judá se interpreta como 'confesante'. Pero se designa con el número decimal porque han alcanzado la perfección de la doctrina por la gracia del Espíritu Santo. Por lo cual también se atribuyen a Moisés los diez preceptos de la ley, que fueron escritos por el dedo de Dios (Ex 31, 18). ¿Qué es el dedo de Dios sino el Espíritu Santo? El cual, cuando escribió la ley, ciertamente la publicó en diez preceptos, porque aunque en ella presentó algo carnal exteriormente, en el interior señaló esta perfección de la inteligencia espiritual. Por tanto, diez mil varones de Judá deben presentarse contra Amalec, para que el espíritu de fornicación sea superado por fuerzas aptas. Ciertamente, lame por la sugerencia, porque aconseja cosas ligeras y suaves, pero las cosas que aconseja lamiendo las muestra a través

de las fantasías de los pensamientos. Por tanto, para que la mente no vea las cosas obscenas que le muestran los demonios, deben revelarse los ejemplos de los elegidos. Y para que el espíritu inmundo no pueda acariciarla con sugerencias torpes, la lengua de los predicadores debe ser tocada por la alabanza de la pudicia. Lama esta el predicador, para que el espíritu maligno de ningún modo pueda lamerla. Y deléitela con palabras, no sea que el diablo la despedace a través de los deleites de las sugerencias a quien le faltan las cosas celestiales. Contra la doble guerra del corazón, por tanto, porque es necesario un doble bien de ayuda, se refiere que bien se preparan contra Amalec tanto los peones como los varones de Judá. Pero si alguien quiere que por los peones se entiendan unos, y por los varones de Judá otros, el sentido de la verdad está claramente abierto, porque los sumos doctores tienen a quienes no saben enseñar por la predicación, pero pueden ser de provecho por la obra. Pero oigamos ya con qué arte luchan posteriormente los contados para tan grandes combates. Sigue: (Vers. 5.) Y cuando Saúl hubo llegado hasta la ciudad de Amalec, puso celadas en el torrente.

12. ¿Qué es este torrente sino aquel de quien se dice por el Salmista: 'Del torrente bebió en el camino' (Sal 109, 7)? Ciertamente, el torrente designa el decurso de nuestra mortalidad. Saúl, pues, pone celadas en el torrente cuando el predicador de la Iglesia inserta la consideración de nuestra mortalidad en los premios eternos. Pues para captar las almas resbaladizas como por me-

dio de un fraude, ahora empieza a hablar cosas celestiales, pero de repente se vuelve a exponer la amargura de las penas eternas, para que las mentes seguras en el deleite de la carne se aterroricen. Pues saca como por fraude, hiere por celadas, mientras hablando cosas alegres provoca a oír, e inserta las tristezas de la muerte, para que los resbaladizos oigan lo que les haga estremecer. Saúl, pues, llega a la ciudad de Amalec cuando el doctor atrae los corazones de los pecadores, protegidos por el amor ilícito, con la dulzura de la jovialidad eterna. Pero le oculta celadas en el torrente porque introduce la consideración de la muerte, para que el pecador vea a un soldado que brota contra él como de una celada, y mientras considera que ha de morir pronto, tema extender más la demora del pecado. Sigue: (Vers. 6.) Dijo Saúl al cineo: 'Apártate de Amalec, no sea que te envuelva con él.' Pues tú hiciste misericordia con todos los hijos de Israel, cuando subían de Egipto.

¿Quién es el cineo (Cyneus), de quien se sabe que habita con Amalec, y que también es obligado a apartarse, para no ser envuelto igualmente con él? Pero tal vez este sea aquel de quien dice el Apóstol: "Que el marido cumpla su deuda con la mujer, e igualmente la mujer con el marido" (1 Cor. 7, 3). A quien también conviene el nombre, porque cineo significa "poseedor". Ciertamente los casados, porque están obligados por el matrimonio, no son forzados a dejar todas las cosas. ¿Qué es, pues, lo que se le dice al cineo: "Apártate de Amalec", sino porque con estas palabras se condena en los cónyuges toda la torpeza de la

obscenidad? Con Amalec están unidos, en efecto, los que se unen al modo meretricio. A los cuales el doctor manda apartarse de Amalec, cuando se esfuerza por revocarlos a la honestidad conyugal. Como si dijera: Si no podéis guardar continencia el uno del otro, sea para vosotros honorable el matrimonio y el lecho inmaculado. Apartarse de Amalec, por tanto, es que los cónyuges usen de sí mismos, no para la torpeza de la obscenidad meretricia, sino para la templanza de la honestidad y para el fruto de la procreación. Por lo cual también el mismo excelente doctor dice sobre la viuda que, según su consejo, no puede permanecer así: "Pero si no se contiene, que se case solo en el Señor" (ibid., 9). No en Amalec, sino en el Señor; para que la que no prevalece en abstenerse de las nupcias, evite los gestos obscenos en la alianza del matrimonio. A quien también amenaza diciendo: "No sea que te envuelva con él". Ser envuelto con los pecadores es ser condenado a la pena eterna. Por lo cual también el Señor dice en el Evangelio sobre el siervo malvado: "Atados sus pies y manos, arrojadlo a las tinieblas exteriores" (Mt. 22, 13). Ahora, pues, los predicadores no envuelven a los oyentes réprobos, porque aunque desprecien la palabra, pueden sin embargo volver a la penitencia mientras vivan, cuando quieran. Instantáneamente, por tanto, debe mandarse a los cónyuges la honestidad conyugal, porque se dice con una fuerte conminación: "Idos, retiraos sin daño." Apártate de Amalec, no sea que te envuelva con él. Sin daño ciertamente se retiran ahora, no entonces; porque los que en todo se ase-

mejan a los torpes, no estarán exentos del daño de ellos. También se dice que hizo misericordia con los hijos de Israel que subían de Egipto, porque los hijos débiles de la santa Iglesia, mientras no pueden guardar el bien de la continencia perpetua, son acogidos por la misericordia del matrimonio. Suben de Egipto, ciertamente, porque abandonan las tinieblas de la lujuria y de la fornicación. Y reciben misericordia del cineo porque merecen la indulgencia del matrimonio. Por lo cual también el doctor de las gentes dice: "Esto lo digo según la indulgencia, no según el mandato" (1 Cor. 7, 6). Y porque la santa Iglesia persuade a los súbditos elegidos de los bienes que manifiesta hablando, sigue:

(Vers. 6.) Y el cineo (Cyneus) se retiró de en medio de Amalec. 14. De en medio de Amalec se aparta el cónyuge, pero de una parte no puede, porque aunque evita los gestos de la torpeza, no puede evitar el afecto del placer. Los cónyuges pueden, ciertamente, templar el fuego mediante la honestidad. Salen de en medio de Amalec, por tanto, porque aunque no pueden carecer totalmente de los deseos carnales, moderan sin embargo el mismo imperio de la carne bajo el vínculo del precepto de la honestidad. Sigue: (Vers. 7.) Y Saúl hirió a Amalec desde Evilat (Havilah), hasta llegar a Sur (Shur), que está frente a Egipto (Aegypti).

15. Evilat se interpreta como "parturienta" (parturiens), Sur como "angustia", Egipto como "tinieblas". La concupiscencia, en efecto, pare el pecado. Con razón, pues, la concupiscencia es

designada con el nombre de "parturienta". También el Profeta, temiendo incurrir en las angustias de un corazón impenitente, suplica diciendo: "No me absorba el profundo, ni el pozo cierre sobre mí su boca" (Sal. 68, 16). El doctor, por tanto, hiere a Amalec desde Evilat hasta Sur, cuando reprime en los corazones de sus oyentes los vicios de la delectación concebida, y la fe de la deliberación. También hiere a Sur cuando se ve que atrae al amor de la pudicia a aquellas mentes que habían propuesto terminar su vida en el hedor de la lujuria. Pues en angustia están los que, ya capturados, son constreñidos por el lazo de la mala costumbre. Y debe notarse que Sur se muestra estar frente a Egipto, porque quien delibera terminar su vida en la lujuria, ya está encerrado en las tinieblas interiores, desde las cuales puede ser llevado a las exteriores. Pero que también este libro se cierre, para que vengamos a través del silencio a la consideración de lo que sigue.

CAPÍTULO II.

1. El rey Saúl, que tuvo buenos principios, pero de ningún modo perseveró en los bienes que había comenzado, se muestra a través del texto de la sagrada Historia, para que veamos en él lo que debe ser imitado y lo que debe ser evitado. Así, ciertamente, también recogemos mieses mal cultivadas, que para la siega surgen mezcladas con espinas. Bien sabe recogerlas, en efecto, quien así cuida de arrancar las espigas que se esfuerza por evitar las espinas. Así, mientras se descuida el cuidado del huerto, nace con la horta-

liza que refresca la maleza que punza. Pues como mandando a los discípulos entrar con cautela en campos mal cultivados, decía el Señor: "Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Todo lo que os digan, hacedlo; pero no queráis hacer lo que ellos hacen" (Mt. 23, 2-3). Como si dijera: Porque están mezclados los actos y las palabras de los réprobos, de tal modo han de ser usados que se tome de ellos lo que vivifica y se evite lo que mata. De aquí que, vaticinando de nuevo, diga: "Vendrán a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces" (Mt. 7, 15). Hasta aquí, por tanto, hemos atendido con gusto al rey Saúl gestionando con energía el cuidado del reino; veamos ahora sutilmente en él al despreciador del mandato divino, en quien debe verse lo que ha de ser evitado y desechado. Pues sigue: (Vers. 8, 9.) Y capturó vivo a Agag, rey de Amalec, pero a todo el vulgo lo mató a filo de espada. Y perdonaron Saúl y el pueblo a Agag, y a lo mejor de las greyes de ovejas y de los rebaños; y a los vestidos, y a los carneros, y a todo lo que era hermoso, ni quisieron dispersarlo. Pero todo lo que fue vil y réprobo, eso lo demolieron.

2. La palabra del Señor había sido: "Ahora ve e hiere a Amalec, y demuele todo lo suyo." No le perdones, y no codiciarás nada de ellos". Abiertamente, por tanto, resultó ser un transgresor por la inobediencia, porque por soberbia rehusó cumplir el precepto del Señor. El Señor ciertamente mandó al profeta diciendo: "No le perdones, y no codiciarás nada de sus cosas". Aquí, sin embargo, se muestra que tanto perdonó como codició todas

sus cosas elegidas: para que, mientras se muestra el modo de la transgresión, se manifieste cuán detestable es la culpa de la inobediencia.

3. Pero si describimos las guerras de la carne, encontramos que hay grandes caídas reales. Por lo cual también el Señor dice en el Evangelio: "¿Si la sal se desvanece, con qué se salará?" (Mt. 5, 13). Pues los reyes de la Iglesia son sus predicadores, como ya se ha mostrado arriba. ¿Quién es, pues, Agag, rey de Amalec, sino el sentido carnal? Pues como del alma tenemos tanto la racionalidad como la sensualidad, la racionalidad se adscribe a la mente, la sensualidad a la carne; y por aquella concordamos con los ángeles, por esta con los animales brutos. En aquella, cuanto más alto somos ensalzados, más nos aproximamos a los ciudadanos celestiales. Por esta, en cambio, cuanto más nos deslizamos hacia los halagos de la carne, más carnales, por así decirlo, somos hallados. Por lo cual, habiendo sido ya vistas y codiciadas las hijas de los hombres, y ya cumplidos los placeres en la lujuria, el Señor amenaza en el Génesis sobre aquellos que por el mérito de la pureza eran llamados hijos de Dios, diciendo: "No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es carne" (Gén. 6, 3). Pues el hombre se hace carne cuando la razón es subyugada al sentido de la carne. El rey de Amalec, por tanto, es el vigor del sentido carnal, que impera movimientos torpes para arrastrar la razón cautiva hacia los atractivos de la obscenidad. Además, el nombre conviene bien al sentido carnal del rey amalequita. Pues Agag se interpreta como "meditando"

o "hablando". Meditar, ciertamente, es para él recoger los fantasmas de la lascivia mediante la meditación interna. Y hablar es para él excitar la carne a la libido mediante movimientos torpes. Pues tiene como un gran clamor de locución, porque conmueve la carne más ardientemente golpeándola. Pues meditando también recoge lo que ha de exponer hablando: porque cada uno que está sometido al sentido carnal, cuanto más libremente contempla dentro los simulacros de la lascivia, tanto más fuertes movimientos de torpeza siente fuera. Medita, por tanto, a través de la visión interna de la torpeza, pero habla a través del movimiento exterior de la delectación. El rey Amalec, por tanto, es llamado "hablando" y "meditando", porque puede excitar aquellos halagos resbaladizos de la carne en aquellos a quienes ilusiona mediante pensamientos torpes, y a quienes instruye mediante la experiencia de la blanda moción. Pero debe notarse que cuanto más libremente medita, tanto más libremente también habla: porque conmueve la carne tanto más fuertemente cuanto más retiene mediante el pensamiento las causas de su conmoción impresas dentro. Pues al modo del fuego, cuanto más atentamente se sopla, tanto más se enciende: porque si falta el soplo del pensamiento inmundo, no puede estar presente el ardor de la conmoción libidinosa. El rey de Israel, por tanto, lucha contra el rey de Amalec cuando el doctor de la Iglesia disputa contra la fornicación. Al cual captura vencido, cuando recibe al perdón a los pecadores convertidos, no solo penitentes, sino

también confesantes. Como si, por tanto, tuviera ya atado al rey de Amalec, quien ve el sentido carnal en los pecadores convertidos ya sujeto a la razón a través del amor de la pudicia. Pero, ¿qué es que vive atado, sino porque hay algunos que no se conmueven por sus propias pasiones, sino que se conmueven al oír las obscenidades ajenas? Los que luchan son fuertes, pero los vencedores caen. Pues quien conservó vivo al rey expugnado, es evidente que en el triunfo de la misma guerra le agradó la persona del rey capturado.

4. Pues ¿qué otra cosa hacen los que reciben la confesión de los pecados de otros? Pues mientras piensan en lo que han hecho los confesantes, se inflaman hacia los crímenes que oyen; pues a menudo, mientras oyen con qué halagos otros se habían abrumado, ellos mismos comienzan a amar aquellas cosas que aquellos otros, ya muriendo por la exhortación de estos, confiesan. Ya, por tanto, en su ciudad Agag está vencido y capturado, pero es conservado por el vencedor, cuando lo que es detestado por los súbditos es amado por los prelados: porque el sentido carnal comienza a tener vigor en ellos, el cual perdió en aquellos otros el vigor de su inicua dominación. Y porque mientras los pastores corren al precipicio, los súbditos les acompañan; se dice que el rey capturó vivo a Agag, pero se recuerda que el mismo rey y el pueblo perdonaron al mismo rey y a lo mejor de Amalec. Pues perdonar es propio de una mente afectada, por el amor de aquello a lo que perdona. Lo cual ciertamente conviene al vicio de la libido: porque en cuanto comienza a

gustar, arrastra la mente hacia el amor de sí misma. Porque también es vehemente su fuerza, no sabe tener estabilidad: porque ciertamente llega pronto a su término si el ánimo, despertando pronto, no la expulsa de sí. Pues mientras invade la mente, se esparce a través de innumerables pensamientos de torpezas. Por lo cual también se recuerda que tanto Saúl como el pueblo perdonaron bien a las mejores greyes y rebaños. Los pensamientos de las libidines se llaman, en efecto, greyes y rebaños: porque son innumerables y se alimentan de la contemplación de la inmundicia en el corazón réprobo. También son "mejores", no por prueba de bondad, sino por el apetito del que elige. Pues en el corazón réprobo, porque nada se ama más caramente, se llaman mejores greyes aquellas con las que no se comparan otras ningunas. Pero se llaman mejores por la ceguera del corazón, y rebaños por el reato de la transgresión. Para las mentes réprobas, ciertamente, no es gran cosa pensar cosas inmundas; pero ante Dios no es poca cosa depositar cosas inmundas en el templo de Dios, esto es, en el espíritu regenerado. Perdona, por tanto, no solo a las ovejas, sino a los rebaños: porque quien por el amor de la libido mira las culpas de la inmundicia como si fueran pequeñas, las perdona ahora como si fueran pequeñas, pero no encuentra pequeños los méritos de las penas. Pueden, además, entenderse por el nombre de ovejas los pensamientos más leves de la lujuria, y por rebaños los más fuertes y molestos. A los cuales ciertamente el rey y el pueblo perdonan, cuando el doctor réprobo y los súbdi-

tos se someten tanto a las leves como a las fuertes vejaciones del pensamiento inmundo. ¿Qué es, pues, perdonar los vestidos, sino deliberar cosas inmundas para una mente ya condenada? Pues si el vestido áureo es la gloria de la esposa virginal, ¿qué son los vestidos de Amalec sino los feos inquinamientos de la lujuria? Pero se llaman vestimentas porque con su velo se infectan tanto el alma como el cuerpo. Porque la perpetración de la lujuria mancha el alma y el cuerpo, no se nombra "vestido", sino "vestidos". Pero, como dije, perdonar es deliberar, amar las cosas inmundas por el afecto de la mente. El alma infeliz, así capturada, así enredada, porque es compelida por extraños impulsos a perpetrar la depravación deliberada, bien se recuerda que después de las ovejas, rebaños y vestidos, perdonó a los carneros. Pues como si los cuernos de los carneros le gustaran en los leves golpes de las libidines, el que se esfuerza por retener esto solo en sí, por lo cual sea perforado hasta la muerte de la inmundicia. Perdona, por tanto, a los carneros el que recibe con agrado los golpes de su propia precipitación. Es punzado, ciertamente, para servir a los deseos de su carne; pero lo que le punza fuertemente, le deleita levemente. Porque asimismo la libido atrae la mente a través de innumerables modos de obscenidad, se recuerda que perdonaron no solo estas cosas nombradas, sino todo lo que era hermoso. Todo lo que el alma inmunda se ve que finge con agrado para sí sobre el placer de la lujuria, es llamado "hermoso" de Amalec. Pues de ningún modo

podría desear estas cosas si su apariencia no le gustara vehementemente.

7. Él creyó que no oía las palabras del profeta, pero el Señor se queja de haber sido abandonado, mientras muestra que sus palabras no se han cumplido con la obra. Ahora el Señor habla a la Iglesia, diciendo: El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia (Lc 10, 16). Por tanto, los que por la inobediencia se apartan de la palabra de los predicadores, abandonan al Señor: porque se alejan de aquellos por cuyo ministerio se hacen presentes a la voluntad divina. Entonces no cumplen las palabras del Señor con la obra: porque los hombres hablan por fuera, pero Dios habla por dentro en los hombres. No sois, pues, vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo (Mt 10, 20). En los predicadores, por tanto, no debe despreciarse por fuera la vileza de la carne, cuyas mentes habita tan dignamente la sublimidad de la deidad. ¿Qué es, pues, que se diga que el Señor se arrepiente, si no se cree que Él cambie por los afectos? Pero porque la suma inmutabilidad habla con las cosas mudables, según la manera de aquellos con quienes habla, cuando se dice que se arrepiente, se designa que le desagrada la temeridad de los soberbios. Pues solemos arrepentirnos cuando nos devuelven males aquellos a quienes recordamos haber otorgado honores o dones. Porque, por tanto, según nuestra manera, Dios omnipotente se queja de la ingratitud del rey soberbio, se dice que se arrepiente de haberle conferido la dignidad regia. Lo cual ciertamente se dice para

el colmo de la gran condenación sobre los soberbios: porque lo que son, ya no es para mérito, sino para castigo, porque no están en la voluntad de Dios. Arrepentirse de Dios, por tanto, es no tener su voluntad en los réprobos, cuando recuerda los honores otorgados por Él, sino que reconoce que aquellos a quienes confirió bienes, usan mal los bienes que les confirió. Ciertamente Dios insinúa esta penitencia suya a los judíos con otras palabras a través del profeta Malaquías, diciendo: No tengo voluntad en vosotros, y no recibiré sacrificio de vuestra mano (Mal 1, 10). Vemos, por tanto, cuánto debe evitarse la culpa de la inobediencia, si atendemos a cuán severamente es golpeada por estas palabras del Señor.

8. Nosotros, en cambio, en la guerra de Amalec hemos descrito la lucha de la fornicación, que se nos manda borrar por completo mediante las sagradas elocuencias. Merecidamente, por tanto, puede entenderse de los doctores caídos en la lucha de la carne esto de lo que el Señor se queja, diciendo: Me arrepiento de haber constituido a Saúl como rey: porque me ha abandonado, y no ha cumplido mis palabras con la obra. Ciertamente, su palabra es un precepto para los predicadores: Estén vuestros lomos ceñidos, y las lámparas encendidas en vuestras manos (Lc 12, 35). Por tanto, el que tiene la palabra en la predicación, y no la tiene en el ceñidor de la castidad: al hablar, se ve que es de Dios, pero al obrar, se prueba que abandona a Dios. Por fuera ejecuta las cosas divinas, pero ocultamente, mientras se disuelve en el placer de la carne, se declara que no cumple

las palabras del Señor con la obra. En efecto, abandonó al Señor proponiendo cosas malas; no cumple sus palabras presumiendo cosas prohibidas. Bien, por tanto, se dice: Me arrepiento de haber constituido a Saúl como rey. Como si dijera: A quien entonces quise que presidiera a otros, ahora no quiero: porque a quien preferí humilde, ahora lo veo como un transgresor soberbio y elado. Lo cual ciertamente no se dice de cualesquiera caídos; sino de aquellos cuya caída se muestra, y de ningún modo se preve la penitencia. Pues sobre la caída de los justos está escrito: Siete veces al día cae el justo, y se levanta (Prov 24, 16). Su caída es ciertamente, de algún modo, su estado: porque a veces se les permite caer para que siempre puedan estar más fuertemente de pie. Se les permite que se derrumben en los males para que no pierdan los dones supremos de las virtudes por la elación. Estos ciertamente, aunque a veces no cumplen las palabras del Señor, no se apartan del Señor: porque son dejados por un tiempo para ser retenidos eternamente; y por un poco desatinan, pero después de un poco vuelven en sí. Mientras, por tanto, Saúl es reprendido no solo por no haber cumplido las palabras del Señor con la obra, sino por haber dejado al Señor mismo, ¿a quiénes significa mejor que a los caídos e impenitentes? De los cuales ciertamente se dice por el profeta: Hicieron pacto con la muerte y con el infierno (Is 28, 15). Hacer pacto con la muerte es, ciertamente, perpetrar males audazmente, y prometer que esas cosas se han de hacer siempre.

(Vers. 11.) Y se contristó Samuel, y clamó al Señor toda la noche.

9. Samuel ciertamente se contrista, porque el sumo predicador se aflige por la perdición del súbdito. Y clama al Señor toda la noche, porque suplica la misericordia divina con devotas oraciones por la restitución del caído. Clamar para el doctor es pedir con grandes deseos la misericordia de Dios omnipotente por los pecados de los súbditos. El que clama toda la noche, cuando por el afecto recibe toda la oscuridad de aquel pecado, y por ella, como por su propio crimen, satisface a Dios arrepentido. Por tanto, clamar toda la noche para el predicador es asumir toda la causa del súbdito, y esforzarse por destruir toda la oscuridad de aquel pecado con el afecto de la devota compunción. Pero ¿qué es que se diga que clamó, y el Señor no respondió, sino porque aquella oscuridad del corazón impenitente que dije se significa en aquella culpa de Saúl por la que clama? Respondería ciertamente el Señor, si oyera la voz del que clama. Sigue: (Vers. 12.) Y habiéndose levantado Samuel de noche, para ir a Saúl por la mañana, se le anunció a Samuel que Saúl había venido al Carmelo, y se había erigido un arco triunfal.

10. ¿Qué es la vida del pecador sino noche? ¿Y qué otra cosa es la luz del justo que el día? De donde también se dice a los pecadores convertidos por Pablo: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora luz en el Señor (Ef 5, 8). Pero levantarse de noche para el predicador es elevar el afecto de la mente de la asunción de la culpa ajena. Pues

el doctor yace como en la noche cuando llora las tinieblas del pecado ajeno, porque es depuesto de la alta seguridad de su propia inocencia, para que en lo profundo de la consideración de los pecados ajenos se destruya la oscuridad. Por tanto, se levanta de noche cuando se eleva de la aflicción; y se dispone a venir al reo por la mañana, porque llora ocultamente por la compasión, y hiere con abierta reprensión por el celo. También llora de noche el doctor, pero viene por la mañana a argüir; porque interiormente ama al súbdito que peca, pero no se avergüenza en absoluto de argüir públicamente al que yerra. Pues es como si amaneciera por la mañana, cuando el doctor comienza a abrir el crimen que está oculto. ¿Qué es, pues, que se afirme que vino al Carmelo, y que se erigió para sí un arco triunfal aquel a quien viene, sino porque el progreso del mal se predica claramente? En efecto, después de la culpa de la inobediencia, erigir un arco triunfal, o fábrica, es hacer cosas malas, y enorgullecerse de la perpetración de esos mismos males. Pues erigen como signos triunfales cuando con cierta ostentación profieren aquellas cosas por las que piensan que sobresalen a otros. Lo cual ciertamente conviene tanto a los doctores arrogantes como a los lúbricos. Estos ciertamente, mientras dicen grandes cosas, se elevan en la altura de la estimación; y tales como se ven por dentro, se dan a conocer por fuera mediante la jactancia y la ostentación. Y cuando también aquello que otros aprovechan por ellos lo arrastran al favor de la propia alabanza, ¿qué otra cosa parecen hacer sino demostrar

un alto signo de victoria con un título insigne? Algunos ciertamente, incluso cuando viven torpemente y hablan muy honestamente, consideran la honestidad de las palabras, pero no reputan sin embargo la torpeza de la propia vida. Puesto que, por tanto, ansían aparecer no por la realidad de las obras, sino por el esplendor de las palabras; sin duda fabrican un arco triunfal, en el cual se ensalzan como vencedores. Y porque por la palabra de los torpes, muchos otros torpes vuelven en sí.

11. Pues estos buscan el fulgor de la victoria no en las palabras, sino en las obras; porque no juzgan los árboles por el decoro de las hojas, sino que los prueban por el sabor de los frutos. De donde también el Señor enseñando, dice: Por sus frutos los conoceréis (Mt 7, 20). Porque, por tanto, ansían ser alabados vanamente, porque huyen de los juicios de los hombres más probados, y mienten a los rudos y débiles ser ellos otra cosa de lo que son, se dice que Saúl vino al Carmelo y se erigió para sí un arco triunfal. ¿Qué es que pase a Gálgala, sino porque de aquel modo en que se muestra a los sencillos y religiosos, ansía darse a conocer entre los religiosos y doctos? Pues Gálgala, como ya he dicho muchas veces, se nombra rueda. Ciertamente, algunos dentro de la santa Iglesia son tanto doctos en la sagrada Escritura como no son religiosos, porque no tienen la virtud de la Escritura, a saber, la caridad. Quienes mientras oyen a varones facundos y carnales hablando, admiran las palabras que conocen. Pero no pueden discutir sus cosas

ocultas, que desconocen. Bien, por tanto, se dice que Saúl pasa a Gálgala; porque los que buscan el favor por la facunda elocución encuentran lo que desean, no ante los doctos religiosos, sino ante los sencillos y rudos, o ante los sabios irreligiosos. Pero los varones supremos, cuando los réprobos enseñan cosas buenas, temen más por los súbditos elegidos: no sea que a quienes edifican con la lengua, los perviertan con la mano, esto es, por la operación. Porque, por tanto, durante mucho tiempo en el ministerio de la predicación no se ha de despedir a los doctores lúbricos, aptamente se añade: (Vers. 12.) Vino, pues, Samuel a Saúl, y Saúl ofrecía holocausto al Señor, las primicias de las presas que había traído de Amalec.

12. Vino ciertamente a Saúl para deponer al soberbio, a quien como humilde había ensalzado a la cumbre del reino. A quien encontró tal cual era, no tal como se había mostrado por los signos de la soberbia. ¿Qué es, pues, que ofrezca al Señor las primicias de las presas de Amalec como holocausto, sino porque algunos tanto viven perversamente como piensan que agradan a Dios por el provecho de otros? Y porque creen que no poco agrada a Dios lo que ofrecen, se dice que ofrecen no un sacrificio o víctima, sino un holocausto. Pero se dicen primicias de las presas para que en Samuel se designe el vigilante estudio del sumo y elegido antístite, por quien los principios de los males son velozmente comprimidos. Como si dijera: Ocurrió muy apresurado, en cuya ausencia no pudo tener libre ni el principio de los holocaustos. Pueden entenderse las primicias de

las presas como algunas cosas elegidas de entre las presas. Las cuales ofrecen los lúbricos con boca abierta, pero heridos con oculta ceguedad, cuando creen por esto que agradan a Dios, porque extinguen en sus oyentes aquellas cosas que permiten vivir en sí mismos. Como si reprendiendo más abiertamente al que ofrece indiscretamente dijera: Ofrecía aquello vivo que mejor ofrecería extinguido. Pues si según las palabras del Señor extinguiera toda presa en Amalec, habría ofrecido un holocausto totalmente aceptable a Dios omnipotente. Así ciertamente también el doctor lúbrico, si todos los blandimientos de la carne que reprueba hablando, los reprobara queriendo, quemaría un holocausto que no podría ser reprobado. ¿Qué es, pues, lo que se dice, porque ofrecía las primicias de las presas que había traído de Amalec, sino porque se condena la oscuridad del corazón ciego, porque así reputa sobre aquello que aprovecha a otros, que descuida ver lo que le daña a sí mismo? Como si dijera: De aquello se alegraba como vencedor siendo vencedor en otros, lo que llevaba vivo e invicto en sí mismo. Y porque frecuentemente deliran tan locamente que incluso a los mismos elegidos y sumos predicadores intentan ofrecerles un pretexto de virtud. Sigue: (Vers. 13.) Y habiendo venido Samuel a Saúl, dijo Saúl: Bendito seas tú del Señor, he cumplido la palabra del Señor.

13. La palabra del Señor fue que debía haber destruido a Amalec. Pero ¿qué es que diga: He cumplido la palabra del Señor, sino porque la culpa de la fornicación, cuanto más torpe se ve,

tanto más estudiosamente es ocultada por los réprobos? Porque, por tanto, aquellos que están sujetos al mismo vicio de la fornicación siempre desean estar ocultos, en su tipo tanto Saúl despreció demoler a Amalec, como dijo a Samuel: He cumplido la palabra del Señor. Como si dijera: Tanto en otros he domado la libido, como en mí mismo he destruido sus blandimientos. Y porque por blanda adulación intenta doblar la mente del varón sumo, premisó diciendo: Bendito seas tú del Señor. Como si dijera: Esto ciertamente yo lo hice, pero pude hacerlo no por mis fuerzas, sino por tus méritos e intercesiones. Pero los varones perfectos pueden oír sus propias alabanzas, pero no pueden ser doblados del rigor de la justicia. Por lo cual también se añade: (Vers. 14.) Y dijo Samuel: ¿Y qué es esta voz de las greyes que resuena en mis oídos, y de los rebaños que yo oigo?

14. La voz de las greyes y de los rebaños de Amalec es la fama de las torpezas. Cuando alguien es difamado por culpas menores de lujuria, se dice que resuena la voz de las greyes. Cuando asimismo es acusado de cosas más criminales y más obscenas, la voz de los rebaños. Como si bajo la simulación de su falsa virtud desnudara lo recóndito, diciendo: Tú te justificas por tu propia boca; pero las turbas de tus inmundicias claman por boca de todos. Pero veamos ya al que comenzó a pretender excusas, con qué defensas escape del crimen de la infamia que se le objeta. Sigue: (Vers. 15.) De Amalec las trajeron. Perdonó el pueblo a las mejores ovejas y rebaños, para

que las inmolaran al Señor Dios tuó: lo demás lo matamos.

15. ¿Qué es lo que dice: De Amalec las trajeron, y no dijo: Las trajimos? Pero cuando los réprobos son argüidos, las culpas a veces las cubren negando, a veces las transfieren a otros. Las cubren ciertamente negando cuando pueden estar ocultos; pero, mientras son tenidos como capturados en lo abierto, lo que no pueden negar, lo ascriben a otros. Insinuando Saúl las costumbres de estos, dice: De Amalec las trajeron. Perdonó el pueblo a las mejores ovejas y rebaños. Como si dijera: El mal que se oye ha de ser pesado por la fragilidad del pueblo, no por la virtud del pastor. Ciertamente los pecados de los súbditos en comparación con los prelados han de ser despreciados. Dice pues: De Amalec las trajeron. Como si dijera: Esto que resuena sobre una vida torpe es verdad, pero sin embargo la misma torpeza floreció en los pequeños, no en los grandes. Todavía asimismo suavizando la misma culpa, dice: Perdonó el pueblo a las mejores ovejas y rebaños, para que fueran inmoladas al Señor Dios tuyo. Como si dijera: Verdaderamente pecó el pueblo, pero no para muerte; porque los pecados de obra ya, por mi exhortación, intenta destruirlos por la humildad de la confesión. Pues las greyes de Amalec y los rebaños se inmolan al Señor cuando los lúbricos e incontinentes vienen a la confesión, y lo que hicieron inicuamente, se afanan por destruirlo arrepintiéndose. Dice pues: Perdonó el pueblo; esto es, indulgió al pecado. Pero las trajeron para que fueran inmoladas; porque en las cosas en que

el pueblo recuerda haber caído, ya se compunge confesando y arrepintiéndose. Pero las mejores greyes y rebaños, como arriba, se designan los pecados más elegidos de la lujuria. Como si dijera: Y si gravemente faltó el pueblo, no hemos de ser argüidos; porque por la magnitud del crimen tiene los lamentos de la compunción. ¿Qué es lo que dice: Para que fueran inmoladas al Señor Dios tuyo? Pero por esto se muestra la costumbre de los falaces, que mientras ansían estar ocultos ante los varones sumos, adulan. Pues ¿qué es que afirme que Él es su Dios singularmente, sino porque lo muestra como un familiar amigo de Dios? Al Señor, dijo, Dios tuyo. No mío, sino tuyo; porque yo soy pecador, tú eres singularmente santo. Pero por un maravilloso uso del fraude los falaces de tal modo se cubren que profieran, y se justifican que acusen. Dijo pues Samuel a Saúl: Déjame, te indicaré lo que el Señor me ha hablado esta noche.

16. ¿Qué es lo que dice: Déjame, y te indicaré; sino porque mientras los falaces insisten en la verbosidad, no conceden lugar para hablar a los prelados que los examinan? Como si dijera: Mientras no cesas de la verbosidad, no me permites hablar aquellas cosas que debes oír. También puede ser burlada con esta palabra la intención del adulador; quien mientras cree que agrada con el blandimiento de la alabanza, piensa que a aquellos a quienes alaba, los tiene como sujetos por las mismas alabanzas. Es tal, por tanto, como si el prelado elegido se burlara con honesta gravedad de su alabador, diciendo: Tú que me alabas,

no puedo hablarte cosas duras. Déjame, esto es, permíteme hablar, y entiende aquellas cosas que voy a decir. Y porque, como dije, los aduladores creen que agradan alabando, de ningún modo piensan oír cosas duras de aquellos a quienes alaban. Como si, por tanto, ya fuera a oír cosas alegres y prósperas, Saúl sigue diciendo: Habla. Pero los varones elegidos, cuando oyen sus propias alabanzas, no se ablandan del rigor de la justicia entre los fomentos de la alabanza. Pues quienes desprecian los actos de los réprobos, de ningún modo pueden acoger sus palabras. Porque, por tanto, no pueden ser doblados por las alabanzas, discuten a los alabadores improbos con sutil razón y los persiguen con sentencias severas. De donde sigue: (Vers. 17-19.) Y dijo Samuel: ¿Acaso cuando eras un pequeño en tus propios ojos, no fuiste hecho cabeza en las tribus de Israel? Y te ungió el Señor por rey sobre Israel; y te envió el Señor al camino, y dijo: Ve, mata a los pecadores de Amalec, y lucharás contra ellos hasta su exterminio. ¿Por qué, pues, no oíste la voz del Señor, sino que te volviste a la presa, e hiciste el mal en los ojos del Señor?

17. Ciertamente por estas palabras es examinada sutilmente la inobediencia del rey soberbio: porque primero objeta los dones otorgados; luego hiere la audacia de la transgresión mediante la inquisición de la misma culpa. Pues es examen sutil cuando cada pecador astuto es de tal modo discutido que no se le deja excusa alguna para la culpa, de modo que la sentencia de Dios lo tenga como atado para la muerte de su crimen, a quien no le

resta refugio alguno para el pecado. Para que, por tanto, se obstruya toda vía de escape a los falaces soberbios, se le recuerdan tanto la sublimidad de la dignidad como el modo del ministerio, cuando dice: ¿Acaso cuando eras un pequeño en tus propios ojos, no fuiste hecho cabeza en las tribus de Israel: y te dijo el Señor: Mata a los pecadores de Amalec? Y para que lo capture ya rodeado y asediado por los razonamientos, pone la mano sobre la culpa, diciendo: ¿Por qué, pues, no oíste la voz del Señor, sino que te volviste a la presa, e hiciste el mal ante los ojos del Señor? Como si dijera: He aquí lo que eras, quién has sido hecho, qué debiste hacer, he aquí lo que hiciste; he aquí cuánto te has alejado de aquello que debiste ejercitar. Por tanto, cuando infirió diciendo: ¿Por qué hiciste el mal en los ojos del Señor?, capturó al reo falaz como rodeándolo.

18. Pero en este lugar se ha de notar que, mientras el rey soberbio es reprendido, se recuerdan los tiempos de su elección, para que se sienta que el tumor del corazón no estuvo presente al elegirlo, sino que creció en el prelado desde su cumbre. Ciertamente fue elegido bueno por el Señor, pero mientras creció desde su cumbre, decreció por la elación. Dice pues: Cuando eras un pequeño en tus propios ojos, ¿acaso no fuiste hecho cabeza en las tribus de Israel; pero ahora vuelto a la presa, hiciste el mal en los ojos del Señor? Como si dijera: Por la verdad de la humildad mereciste el reino, pero ahora bajo pretexto de humilde, pierdes el reino por la verdad de estar hinchado. Pues ¿qué son los ojos del corazón, sino el aspecto

de la razón? Pues quien tiene la visión íntegra de la razón está perfectamente iluminado. Es pues humilde en sus propios ojos quien perfectamente se mira a sí mismo, y conoce al humilde por perfecta visión. Por estas palabras, por tanto, no solo se encomienda la pasada humildad del rey caído, sino también la agudeza de su razón: porque ciertamente era tan grande en razón que se conocía a sí mismo perfectamente; y tan grande en virtud que, mirándose sutilmente, se veía verdaderamente humilde. Puesto que, por tanto, cuando es reprendido se recuerdan sus cosas pasadas, ¿qué otra cosa se describe sino que carece de aquellas cosas que tenía? Pues no pueden ser soberbios sino los que primero pierden los ojos del corazón. Sobre los libidinosos ciertamente consta mucho más claramente: porque nunca se sepultarían en el baratro de la fornicación si no se cegaran antes de la luz de la gloria íntima. Quienes, porque desprecian los altos preceptos de la pudicia, también son argüidos de tumor. El que pues había venido a deponer al rey prepósito dice: Cuando eras un pequeño en tus propios ojos, ¿acaso no fuiste hecho cabeza en las tribus de Israel; ahora hiciste el mal en los ojos del Señor? Como si dijera: Soberbio ahora y ciego, justamente eres depuesto, tú que antes viendo y humilde mereciste obtener el reino. Pues también los soberbios fariseos son llamados ciegos por la Verdad misma, que dice a los discípulos: Dejadlos; son ciegos y guías de ciegos (Mat. XV, 14). Cuya ceguera ciertamente se ascribe especialmente a los libidinosos, porque no hay vicios que introduzcan tinieblas más

espesas en la mente que la libido. Pero ahora puedes ver a muchos que estuvieron como clérigos, haber caído como sacerdotes. A los cuales ciertamente se dice por el imperio de Samuel: Cuando eras un pequeño en tus propios ojos, ¿acaso no fuiste hecho cabeza en las tribus de Israel? Como si dijera: Cuando en un orden menor servaste con corazón iluminado los preceptos de la pudicia: ahora, perdidos los ojos, has caído en el baratro de la fornicación. A la presa te has vuelto, porque rompiste los preceptos divinos con violenta presunción. Pues porque, prohibiéndolo y estando Dios como armado de amenazas y oponiéndose, irrumpen para violar el santuario de la castidad: como por rapiña de presa, llevan a los elegidos de Amalec a la tierra del Señor. Y porque, cuanto pueden, los lúbricos se esconden de los predicadores, Saúl es reprendido por haber hecho el mal en el conspecto del Señor. Como si el predicador que amenaza y aterra dijera al caído en la voluptuosidad de la carne: El crimen de inmundicia se esconde ciertamente a los hombres, pero no se oculta al que ve todas las cosas. Ciertamente, cuando los impenitentes oyen estas cosas y cosas semejantes a estas, de ningún modo pueden ser aterrados. De donde, aunque ya han sido capturados por el razonamiento, como serpientes se afanan por deslizarse por lo lúbrico de las manos de quien los sostiene. Proclaman la cola, esconden la cabeza: porque ya se ven los extremos de las obras, pero se cubre la cualidad de las mismas acciones. De donde también sigue: (Vers. 20.) Y dijo Saúl a Samuel: Sí, oí la voz del Señor, y caminé

por la vía por la cual me envió el Señor, y traje a Agag rey de Amalec, y a Amalec maté.

19. Pues como cubriendo las cosas ocultas, y profiriendo las descubiertas de otros, el doctor lúbrico se encomienda por el provecho de su predicación, diciendo: Por la culpa de los súbditos no debo ser reprendido, sino alabado, la cual borré en los delincuentes predicando. Herí a Amalec: porque el espíritu de fornicación cayó en los corazones de mis oyentes por la espada de mi lengua. El rey aunque vive, ha sido traído: porque aunque el sentido de la carne, mientras estamos en la carne, no puede perderse del todo, ha sido capturado como pudo ser capturado, porque no puede prevalecer ante la razón. Queriendo mostrar a los mismos súbditos corregidos y confesando sus pecados, añadió diciendo: (Vers. 21.) Pero el pueblo tomó de la presa ovejas y bueyes, primicias de aquellas cosas que fueron matadas, para que las inmolaran al Señor su Dios en Gálgala.

20. Cuando por la violencia de hombres armados se toma algo propio de alguien, se llama presa. Pero los vicios de la carne y del alma, porque se propagan por sugestión del diablo, son como suyos propios. Quienquiera que, últimamente remiso en sí mismo, ahora sin embargo violento destruye sus vicios, hace una presa; porque arrebata potentemente aquellas cosas que son ajenas. Y se ha de notar que se dice matar y presa, para que se enseñe que unas cosas se dejan muertas, otras se traen vivas. Ciertamente se matan los oblectamentos de la libido cuando por la virtud de la intención superna son repelidos

del corazón, y por la contrición del espíritu son cortados del cuerpo. Pero los vivos son llevados a inmolar; porque aunque por la conversión del pecador se desierte el oblectamento de la carne o de la mente, la pena del oblectamento pasado no se borra por completo. Mátense pues los vicios, las primicias vivas de ningún modo se reserven para inmolar: para que quien potentemente quita la fuerza del pecado en desprecio de los oblectamentos, tema vivir para sí para inmolar la pena del oblectamento. ¿Qué son pues las primicias de los matados sino los oblectamentos de los pecados? Ciertamente se dice que ofrece estas quien confiesa ante Dios a los sacerdotes. Y lo ofrecido se inmola cuando su pena se destruye arrepintiéndose. Pues como si en las primicias se ofrecieran los matados, y viven por las cosas posteriores: cuando alguien confiesa sus pecados y no se afana por inmolar, esto es, por matar ante Dios, arrepintiéndose. Mientras pues se dice que las primicias de los matados se reservan para inmolar, se confunde el error de algunos que desertan sus pecados, pero sin embargo no los lloran. Porque, por tanto, no solo se han de confesar los pecados, sino también han de ser borrados por la austeridad de la penitencia, mientras Saúl simula el tipo del buen doctor, asegura que sus sujetos trajeron las primicias de los matados para ser inmoladas. Porque también por la razón de las Escrituras se ha de discernir el modo de la penitencia, en Gálgala las primicias son llevadas para inmolar. Pero no solo bueyes, sino también ovejas se reservan para inmolar: para que quienes están

solícitos sobre su salud de tal modo estudien borrar las cosas grandes arrepintiéndose, que no omitan llorar las menores. Pero sobre los soberbios es manifiesto: porque, como siempre ansían parecer grandes, se avergüenzan de ser notados como pecadores. Capturados también resisten, y desean aparecer justos incluso en aquellas cosas que hacen. ¿Qué es pues lo que dice: Sí, oí la voz del Señor? Pero Samuel dice: Déjame, y te indicaré qué me ha hablado el Señor por la noche. Y después de pocas palabras: ¿Por qué te volviste a la presa, e hiciste el mal ante los ojos del Señor? Patente es pues cuán maravillosamente se hincha el que entonces desea justificarse cuando reconoce que el Señor lo reprende por el pecado.

21. Si ciertamente se cree que respondió así porque creyó que las palabras eran del profeta, y no del Señor, vemos todavía a los imitadores de Saúl, quienes mientras confían en su propia erudición, desprecian por el tumor los mandatos de los mayores que oyen, y creen mejorarlos permutándolos. ¿Qué es pues lo que dice: Sí, oí la voz del Señor, y traje a Agag rey de Amalec? Pero es tal como si dijera: Tanto lo que fue mandado estudié cumplirlo, como lo que faltaba lo suplí. Debió hacerse que Amalec fuera herido: pero porque, con la ayuda de Dios, es vencido, debió suplirse que aquellas cosas que fueran a ser inmoladas en su sacrificio fueran reservadas. Lo cual aparece abiertamente en los soberbios: porque cuando no pueden ocultar una culpa abierta, intentan permutarla o disminuirla. Como si dijera: Y si juzgas las culpas abiertas de obra, se ha de atender a

la oculta simplicidad de la intención. Sería ciertamente culpa traer algo de Amalec, a no ser que lo traído debiera ser inmolado a Dios. Esto ciertamente sucede a menudo en los monasterios, cuando cada súbdito demasiado religioso presume añadir a los imperios de los prelados espirituales; cuando desprecia la vida común regular y sigue el arbitrio de su propia voluntad. Pues mientras se afana por mejorar su vida eligiendo más que obedeciendo, ¿qué otra cosa se muestra sino colorear una abierta inobediencia con la intención de virtud? Lugar que ciertamente no solo los súbditos, sino también los prelados deben mirar sutilmente. Los sujetos ciertamente deben notar sutilmente: porque por esto Saúl desagradó a Dios, porque intentó inmolar a Dios fuera del precepto del profeta. Noten sutilmente los prelados, porque el profeta dio al rey el mandato de demoler a Amalec. Pues así debe el doctor alabar las cosas comunes, de modo que no desprecie las propias de cada uno. Aquella vida común ciertamente es alabada que se une por la caridad, y no se oscurece por los vicios mediadores. Ciertamente es sentencia del Apóstol: Porque cada uno tiene su propio don de Dios, uno ciertamente así, otro de aquel modo (I Cor. VII, 7). Por tanto, aquellos cuyos alimentos y mesa son comunes, deben atender no solo al bien común de la restauración, sino a la propiedad de la pasión: para que coman a la par, pero no contiendan por luchar a la par contra los estímulos de la fornicación mediante la abstinencia. Pues su carne ha de ser más domada, a quien más infesta el estímulo de la carne. Ya

pues no es vida común en no excitar, donde se atiende a la comunidad de la restauración, sino que se muestra luchar singularmente contra el combate singular. Ni el doctor manda bien si no manda por donde Amalec sea herido, sino por donde viva. Mande pues el doctor, pero de modo que el espíritu de fornicación sea superado. No rehúsen los súbditos obedecer, sino donde se incurre en el crimen de soberbia, no por donde se evita el baratro de la muerte. Pero los inobedientes, mientras con corazón hinchado no hacen los mandatos de los mayores, cuando se afanan por mejorar lo que se les impone, mientras desean ofrecer sus propias obras a Dios, se quitan a sí mismos. Pues por las otras virtudes le dedicamos nuestras cosas, por la obediencia nos ofrecemos a nosotros mismos. Samuel, por tanto, añadiendo dijo: (Vers. 22.) ¿Acaso quiere Dios holocaustos y víctimas, y no antes que se obedezca a la voz del Señor?

22. Pues ¿qué son las buenas obras de los hombres elegidos sino víctimas y holocaustos? Cuando pues el Señor había mandado por la ley que se ofrecieran holocaustos y víctimas, ¿qué es que se diga que el Señor no quiere holocaustos y víctimas, pero promete querer que se le obedezca, sino porque aquellas cosas que se hacen fuera de la obediencia no son holocaustos ni víctimas? Como si dijera: Entonces son buenas las buenas obras cuando no discuerdan de la conciencia de los prepósitos. Si ciertamente esto se dice por esto, para que se encomiende la virtud de la obediencia, licua cuán sublime bien es el que

sobresale a las víctimas y sacrificios. ¿Qué es pues lo que se dice, quiere que se obedezca a la voz del Señor, sino porque todas las buenas obras han de ser pospuestas a estos bienes que se mandan? Pues cuando los prelados mandan bien, las cosas buenas que los súbditos eligen por su arbitrio son pospuestas a los imperios de los prelados. Pero las mismas obras pospuestas a aquellas son llamadas holocaustos y víctimas, para que no solo se sienta que no se han de comparar las cosas pequeñas de los menores a los imperios de los mayores, sino que los máximos holocaustos ciertamente son de aquellos que quieren sustraerse del todo de la obra pública, para ofrecerse todos a Dios por el amor combustos en el secreto de la contemplación. Víctimas son de aquellos que de ningún modo se separan de lo público común, sino que actúan con singular virtud, para que trasciendan las virtudes de los otros viviendo más austeramente. Estas cosas ciertamente, y de este modo, cuando se hacen con permiso de los buenos rectores, son víctimas y holocaustos que Dios aprueba: pero cuando de tal modo se hacen que por ellas se descuiden los preceptos de los mayores, oigan los que ofrecen lo que el profeta enviado por el Señor habla al rey inobediente: ¿Acaso quiere Dios holocaustos y víctimas, y no antes que se obedezca a la voz del Señor? Como si aterrara a los que desprecian los mandatos de los padres como menores, y exhiben los suyos como mayores, diciendo: Porque esto creen que es hacer algo grande, desprecian lo pequeño y abyecto; pero si ven claramente, por esto no agra-

dan al Señor. Pero bien, mientras se discute la obra de los soberbios, el profeta inquiere agudamente, diciendo: ¿Acaso quiere Dios holocaustos y víctimas, y no antes que se obedezca a la voz del Señor? Inquiere ciertamente para que el tumor de la soberbia sea herido por la autoridad pastoral. Dice: ¿Acaso quiere Dios holocaustos y víctimas? Porque quienes eligen seguir su propia voluntad creen que agradan a Dios; pero Dios sus obras, aunque sean grandes e ingentes, de ningún modo las aprueba. Pero ya añadió con qué alabanzas se ha de predicar la obediencia, y dijo: (Vers. 22.) Pues mejor es la obediencia que las víctimas, y escuchar más que ofrecer el sebo de los carneros.

23. Porque como arriba dice: ¿Acaso quiere Dios holocaustos y víctimas? ¿Acaso sometiendo ambos a las alabanzas de la obediencia, al poner las víctimas y el sebo de los carneros, en el sebo entendió el holocausto? Cualquier cosa que es mejor, lo es ciertamente con respecto a lo bueno. Sin embargo, aquellos holocaustos y víctimas que Dios no quiere, de ningún modo son buenos. ¿Qué es, pues, lo que se dice en las alabanzas de la obediencia, Mejor es la obediencia que las víctimas, y escuchar que ofrecer el sebo de los carneros, sino porque entonces la obediencia es mejor, cuando el holocausto y la víctima no son malos? Como si, por tanto, redujera a los soberbios e inobedientes a la consideración de tan gran bien, diciendo: E incluso si nada fuera hecho por vosotros por presunción, la virtud de la obediencia sería mejor que las obras que elegís. Queda claro, pues, en qué cumbre está situada, la cual

el profeta vio más alta que las oblaciones divinas. Pero si, como arriba, seguimos el sentido espiritual, las víctimas han de referirse a la austeridad de una gran conducta, los holocaustos a la compunción de una vida más secreta. Pues mejor es la obediencia que las víctimas, y escuchar más que ofrecer el sebo de los carneros. Porque es de un mérito mucho más alto someter siempre la propia voluntad a la voluntad ajena que desgastar el cuerpo con grandes ayunos, o sacrificarse en un sacrificio más secreto por la compunción. Pues ¿qué es el sebo de los carneros sino la pingüe e interna devoción del elector? Ofrece, pues, el sebo de los carneros quien en el estudio de la conducta secreta tiene el afecto de la oración devota. Sin embargo, mejor es la obediencia que las víctimas, y que ofrecer el sebo de los carneros. Porque quien aprendió a cumplir perfectamente la voluntad de su preceptor, en el reino celestial, aventaja tanto a los que se abstienen como a los que lloran. Esto ciertamente, porque lo dice contra el soberbio y contra el que desprecia abiertamente los mandatos del Señor, no compara el bien que hizo con el bien que despreció; sino que destruye la simulación del bien, mostrada la verdad de un bien mejor. Como si dijera: E incluso si buscabas un bien excelente para la más excelente gloria de las virtudes, debiste elegir más bien el bien de la obediencia, que aventaja incluso a las cosas excelentes. Así pues, hablando de este modo, destruye la simulación del bien argumentando; pero al añadir a continuación, confunde abiertamente el mal del padre de la inobediencia, diciendo:

(Vers. 23.) Porque como pecado de adivinación es resistir; y como crimen de idolatría, no querer aquiescer.

24. ¿Qué es, pues, que los que se resisten y no quieren aquiescer son comparados por el profeta con los adivinos y los idólatras, sino porque los adivinos se esforzaban por conocer las cosas divinas y por adivinar las ocultas; mientras que los idólatras se sometían venerando ficciones? Pero los que se resisten a los mandatos de los prelados, ciertamente se resisten por esta razón, porque estiman que conocen mejor la voluntad divina. Como pecado de adivinación es, pues, resistir: porque, como si el altar divino fuera despreciado, perciben respuestas en los altares de los demonios, mientras creen en las prestigiosas y soberbias invenciones de su propio corazón, y se oponen sintiendo cosas contrarias a los saludables consejos de los prelados. Pero no querer aquiescer, se dice que es semejante al crimen de idolatría; porque sin duda nadie persistiría en la obstinación de su propia inobediencia si no llevara la ficción de su propio propósito en el corazón, como si fuera un ídolo. Pues mientras concibe en el corazón las cosas que se han de hacer, hace como si fuera un ídolo, y mientras delibera que actuará el propósito concebido de su mente, se inclina como para adorar un simulacro. Como el crimen de idolatría es, pues, no querer aquiescer: porque quien es obstinado en su propia deliberación, por eso mismo se erige por fuera en desprecio de los mayores, porque por dentro se encorva ante los simulacros de su propio propósito que

estableció fingiendo. Pero ha de preguntarse mucho por qué resistir se compara con el pecado de adivinación, y no querer aquiescer con el crimen de idolatría. Ciertamente, un crimen no se dice sino del pecado grande, pero pecado se nombra incluso al que es leve; pero si de la ara se llamaban adivinos (arioli), por el hecho de que habían acostumbrado a percibir respuestas consultando, el pecado de la idolatría era un crimen en comparación con él, porque era más demente adorar piedras que percibir falsas respuestas de vivir bien bajo la apariencia de cosas divinas. ¿Por qué, pues, se dice que resistir es un pecado por similitud, pero no querer aquiescer es un crimen? Pero resistir es disentir de la voluntad del que manda. Muchos, sin embargo, parecen resistir por el momento, mientras no reciben inmediatamente los mandatos de sus superiores, quienes sin embargo aquiescen a esos mismos mandatos después de un poco. Pero no querer aquiescer, ¿qué es sino resistir a la obediencia mandada y persistir en la obstinación de esa misma resistencia? Pues no aquiescen los que son invencibles en el propósito de su propio corazón, y no omiten nada de lo que decretan hacer por la autoridad de nadie. Con razón, pues, en comparación con resistir, se llama crimen no querer aquiescer, porque parece ser un pecado mucho mayor y más horrible para el pecador. Puesto que, por tanto, los que son de esta clase no son vencidos por razones, con qué pena han de ser refrenados, lo introdujo el profeta, diciendo:

(Vers. 23.) Por cuanto has desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado a ti, para que no seas rey.

25. ¿Qué es, pues, que Saúl es desechado, sino porque es juzgado incorregible? Como si dijera: Porque desprecias todos los consejos de salvación, por la culpa de la pervicacia no debes ser corregido más por palabras, sino condenado por la pena del desecho. Por tanto, cuánto deba ser temida la culpa de la inobediencia se muestra, si se considera esto atentamente, que por esto incluso los reyes son depuestos. ¿Qué es lo que dice: Porque proyectaste (arrojaste) la palabra del Señor, el Señor te ha proyectado (arrojado)? Pero la palabra se proyecta cuando no se conserva venerablemente en su propia sublimidad; pues proyectar es a veces dejar resbalar de la mano a la tierra, o bien permitirlo negligentemente, o bien arrojarlo violentamente. Pero la palabra del Señor, porque habla cosas saludables, es celestial o sublime; la cual se proyecta negligentemente en la tierra cuando no se cumple por desidia. Pero por desprecio se proyecta cuando los soberbios e inobedientes la rechazan con corazón hinchado, y se dignan observarla con la mano de la operación. Pero como no proyectar (projicere), sino desechar (abjicere) la palabra es reprendido, esto señala; que mientras los soberbios siguen su propio arbitrio, se hacen lejanos del Señor. Pues desechar es rechazar algo lejos. Pues quienes reciben dignamente el mando de otros, no solo por la obediencia están cercanos a Dios, sino que también hacen cercanos a Él a aquellos que

por los vicios y los crímenes están lejos de Él. Es tal, por tanto, como si dijera: Eres expulsado lejos del orden de la dignidad, porque no quisiste estar presente por el mérito de esa misma dignidad. Ciertamente, el mérito de la dignidad es la observación del verbo divino. Cuando esto se desecha, porque se pierde el mérito de la dignidad, la dignidad misma es también removida. Gusta pues intuir cuántas cosas pierden los soberbios por la inobediencia, cuántas lucran los humildes. Aquellos, mientras se gozan de cumplir el arbitrio de su propia voluntad, exhiben a Dios grandes labores de obras, y no tienen ningún premio de sus labores; estos, mientras se desiertan a sí mismos, mientras siguen el arbitrio de la voluntad ajena, merecen la gloria de la eterna sublimidad; de donde también por la beatísima María, madre de nuestro Señor Redentor, se dice: Depuso a los potentes de su sede, y exaltó a los humildes (Lc 1, 52). Ciertamente a los potentes de la sede el Señor los depone cuando a los inobedientes soberbios los desecha, y a los humildes los exalta; porque a los obedientes con la eterna gloria los glorifica, pero a los soberbios las palabras no los corrigen, sino que solamente, mientras trepidan por perder los honores, simulan la humildad, que no tienen, para no perder la cumbre de la gloria; de donde también se añade:

(Vers. 24.) Y dijo Saúl a Samuel: Pequé, porque prevariqué los sermones del Señor y tus palabras.

26. ¿Qué es, pues, que Saúl es reprendido por el profeta por no haber oído la voz del Señor, y por haber hecho el mal en Sus ojos, y de ningún modo

confiesa que haya pecado; sino que, cuando se ve desechado del reino, confiesa que ha pecado y prevaricado el mandato del Señor y sus palabras? sino porque los soberbios son audaces para despreciar las palabras de los humildes, pero no pueden, a la manera de los elegidos, despreciar los honores que ambicionan. Son ciertamente audaces para despreciar los mandatos de sus mayores, pero no están preparados para dejar las cosas altas. Por el contrario, sin embargo, los humildes son prontos para los mandatos de sus mayores, y seguros para perder las cosas altas. Porque no buscan las cosas terrenas, sino las celestiales, desprecian las alturas de la sublimidad terrenal, y se esfuerzan por trabajar por las cosas celestiales; quieren estar sometidos voluntariamente, rehúsan ser preferidos. Saúl, pues, rehusando obedecer a Dios, temiendo perder el reino, ¿qué otra cosa nos insinúa sino las costumbres de los soberbios, quienes cuando prevalecen, evitan ser vistos como pequeños o como pecadores; cuando son obligados, simulan la virtud de la humildad? Pero, cuando compelidos confiesan, disminuyen el pecado que acusan hablando. Porque incluso si dijo que había pecado prevaricando el mandato del Señor, mencionó que había incurrido en esa misma prevaricación más bien por dispensación que por voluntad, diciendo: Temiendo al pueblo, y obedeciendo a su voz. Como si dijera: El pecado que se me reprende por haber hecho debe ser golpeado con una pena tanto más ligera, cuanto que consta que fue cometido no por malicia, sino por infinidad. Pero pecar por estudio y voluntad

es una gran prevaricación; pero pecar por infinidad es tanto más tolerable, cuanto que el que está sujeto al pecado es desigual a las fuerzas del mismo pecado. Y porque por esa misma astucia de su propio corazón estiman que prevalecen sobre la humildad de los doctores simples, se añadió como ya suasivo, diciendo:

(Vers. 25.) Pero ahora porta, te ruego, mi pecado, y vuelve conmigo, para que adore al Señor.

27. Los pecados corregibles ciertamente son portados, porque después de que se apartan de la voluntad del delincuente, pueden ser purgados saludablemente por la satisfacción. Pero los pecados de aquellos no son portados en cuyas mentes están inviscerados por la impenitencia. De donde también Juan dice: Hay un pecado para la muerte, no pida nadie por él (1 Jn 5, 16). Ciertamente el pecado para la muerte es el que es cometido por aquel que nunca puede arrepentirse. El cual pecado ciertamente no es portado por los que están al frente, porque no es borrado por las oraciones o las oblaciones de los sacerdotes. Pero Saúl, designando en todas las cosas a los soberbios y obstinados, no cesa de hincharse, y suplica que su pecado sea portado; amontona una carga importable, y pide que sea portada como si fuera ligera. Esto ciertamente se hace tantas veces en la Iglesia, cuantas veces estos, que cometen grandes crímenes voluntariamente, no atienden a su magnitud. Congregan cosas importables, y piensan que estas son ligeras y de ningún peso. Esconden sus pecados a sus superiores, y para que apenas puedan ser encon-

trados y argüidos, cuanto pueden, aligeran esos mismos pecados, para que los que les presiden no atiendan a su grandeza. Son incluso fuertes para el pecado, débiles para llorar los pecados; quieren ciertamente resolverse por las delectaciones del pecado, pero no quieren ser purgados por la acritud de la penitencia. ¿Qué es pues lo que dice, Porta mi pecado, sino porque reciben la dulzura de los pecados en sí mismos, pero quieren cargar a los prelados con la carga de los mismos pecados? Algunos también vienen espontáneamente a confesar, pero por aquello por lo que se acusan, no lloran ellos mismos, sino que suplican a otros que se arrepientan; estiman que se salvan solo por la fe, no cuidan de volver por la penitencia cuando son desechados. De donde también Saúl añade, diciendo: Y vuelve conmigo para que adore al Señor. Pues como si fuera un que retrocede es el predicador, cuando desecha a los impudentes; dice pues: Vuelve conmigo para que adore al Señor. Piensa que por esto solo no es dividido de la comunión de los elegidos, que conserva la fe común; o ciertamente adorar al Señor es estar sometido a la religión de la fe, y a la custodia de la buena operación. Puesto que ciertamente Saúl insinúa a los hipócritas fingidos, sigue:

(Vers. 26.) Dijo Samuel a Saúl: No volveré contigo, porque proyectaste (arrojaste) la palabra del Señor, y el Señor te ha proyectado (arrojado) a ti, para que no seas rey.

28. ¿Qué es pues por lo que el profeta rehúsa portar el pecado del rey que se arrepiente, sino porque vio que este no se arrepentía verdadera-

mente? Al cual le respondió aquellas palabras de desecho que antes había dicho, porque lo conoció como no debiendo ser mudado. Por cuya constancia del profeta, ciertos sacerdotes de este tiempo demasiado clementes son argüidos, quienes por su conducta son débiles, por la temeridad fuertes. Apenas se sostienen a sí mismos, y se atreven a recibir para portar las cargas de otros; no llevan las suyas ligeras, y se someten a las importables. He aquí que el fuerte profeta rehúye recibir la carga del pecado real, para que el sacerdote de la Iglesia tema, y tema mucho experimentar los pesos de los pecados importables. Mayormente, sin embargo, reciba así los pecados ajenos, que sin embargo permita llorar a aquel por quien han sido cometidos aquellas cosas que recibe para expiar. De donde también Samuel de ningún modo prometió portar el pecado del rey, y sin embargo lloró a aquel que refirió como desechado. Pues de él poco después está escrito: Lloraba Samuel a Saúl, porque al Señor le pesaba que lo hubiera constituido rey sobre Israel. Ciertamente no le prometió portar el pecado del rey, para que el rey estudiara llorarlo. Pero sin embargo lloraba a aquel que había referido, para hacer al Señor propicio a él. Ciertamente según la letra, mientras el profeta repite la sentencia, muestra la sentencia irrevocable de la equidad divina por la cual así es proyectado (arrojado) el pecador, que nunca se le permite volver a la mano de la divina misericordia. Puede también entenderse de otro modo, que ruega al profeta volver consigo para adorar al Señor. Pues los varones santos, que no

desiertan al Señor pecando, no tienen necesidad de que vuelvan a Él por la penitencia. Pues volver es de aquel que se va. Lo cual ciertamente conviene a los pecadores que por el pecado retroceden del Señor, pero no conviene a los justos que permanecen. ¿Qué es pues lo que el justo Samuel es pedido que vuelva con el pecador Saúl, sino porque los elegidos predicadores por los súbditos caídos se afligen como si hicieran penitencia y vienen como si retrocedieran, mientras acompañan con paterna aflicción a los súbditos caídos? Vuelven con ellos, pues, cuando los pecados de los súbditos y los mismos súbditos que pecaron, y los prelados que estuvieron de pie, lloran paritariamente. Es tal pues como si dijera: Ya por la increpación de la predicación me he conocido adherir a ti con paternas vísceras, a quien no dejaste pecar más. Puesto que pues, por tu objurgación, resipiscente (recobré el sentido), te ruego volver conmigo, porque por mis propias fuerzas de ningún modo sufijo para borrar la magnitud de tan gran depravación. Pero las preces de tan gran afecto habrían de ser recibidas si procedieran de la verdad del corazón; aptamente pues se respondió al hipócrita: No volveré contigo. Como si dijera: Por ti no sé sacrificar a Dios, a quien no atiendo sometido a Dios por la verdad de la humildad; y, repitiendo lo anterior, dice: Porque proyectaste (arrojaste) la palabra del Señor, el Señor te ha proyectado (arrojado) a ti para que no seas rey; y, porque tales son los versutos y los que han de ser desechados y desertados, sigue:

(Vers. 27.) Y se volvió Samuel para irse.

En cuya decesión de los mayores, los hipócritas temen más la pérdida del honor temporal que la de la herencia eterna. De donde también incluso desertados no pueden descansar, sino que aquellas cosas que no se atreven a actuar por sí mismos, estudian impetrar interviniendo otros. Bien pues se añade:

(Vers. 27.) Mas él aprehendió la cumbre de su palio, la cual se rasgó (scindere).

29. ¿Qué son las vestimentas de un doctor, sino el enseñar las cualidades de los súbditos que se le adhieren? De cuyas vestiduras por cierto se le promete de nuevo al gran Pastor por el profeta: "Vive el Señor, porque con todas estas cosas te vestirás como con una vestidura" (Isa. 49, 18). Y por el Salmista se canta: "El Señor reinó, se vistió de decoro, el Señor se vistió de fortaleza" (Sal. 93, 1). Pues se vistió de decoro quien unió a sí mismo las mentes espléndidas de los fieles, como si fueran vestiduras. Saúl, pues, aprehendió el palio de Samuel, cuando cada cual soberbio y desechado busca que se le defiera el honor de la cumbre por los varones sumos a través de los amados y familiares que se le adhieren; y porque por el réprobo ninguno de los perfectos oyentes suplica, se dice que aprehendió no el palio, sino la cumbre del palio, esto es, la extremidad; mas esa extremidad se rasga (scindere), porque quien sugiere cosas inútiles es reprobado. Pues cuando el menor que ruega cosas indiscretas es repelido, se dice que se rasga como la cumbre de la vestimenta. Pues como una parte del palio del sumo profeta se rasgó cuando respondió a Pedro que

sugería mal, diciendo: "Vete atrás de mí, Satanás, pues no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres" (Mat. 16, 23). De aquí igualmente preceptúa diciendo: "Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtalo (abscindere) y arrójalo de ti; igualmente, si tu ojo te escandaliza, arráncalo y arrójalo de ti" (Mat. 5, 30). Con cuyas palabras por cierto no solo la cumbre del palio, sino también las partes medias se designan como debiendo ser cortadas: porque cuando sugieren mal, incluso los perfectos oyentes han de ser despreciados. Pues de aquí es que los hijos de Zebedeo, junto con su madre, piden sentarse uno a la derecha y el otro a la izquierda del Redentor; mas como ignorantes de una buena petición, son repelidos (Mat. 20). Pues como una parte de la clámide rasgó el Señor cuando confutó reprendiendo aquellos miembros que movían escándalo. Y hay que notar que no todo el palio, sino una parte del palio se rasga: porque mientras el bueno sugiere cosas malas, debe ser repelido en aquello que sugiere malamente, y en aquello en que de otro modo es bueno, debe ser retenido por amor.

30. Por la vestimenta también se designa la conducta (conversatio) del rector, atestiguándolo el Salmista, que dice: "Tus sacerdotes se vistan de justicia" (Sal. 132, 9). La cumbre del palio pues se aprehende cuando el doctor es loado por su gran santidad, cuando aquello se dice en su loa que muestra decoro exteriormente. Pero porque de los justos son más numerosos los bienes que laten (están ocultos), solo la cumbre del palio

puede ser aprehendida: porque es poco lo que se discierne de la justicia del doctor elegido, mas mucho lo que se oculta. Aquello mismo poco que se sabe, cuando se aprehende, se rasga (scindere): porque los justos no se retienen por sus propias loas. Pues porque las desprecian en un momento, no pueden ser retenidos como por la rotura de un palio. Se retiene por cierto la parte rasgada de la vestimenta, el profeta no se retiene: porque es verdad lo que se dice de la loa del justo, y sin embargo los justos, mientras desprecian lo que oyen, dejan como una rasgadura en las manos del que los retiene. Pues de los mayores, porque algunas cosas pueden saberse, se aprehende como una parte. Mas cuando todo lo que se hará es sabido por los párvulos, si se loa, no obstante ha de ser desechado; porque algo de las buenas obras no ha de ser retenido por vanidad. Pues de aquí es que mientras Juan, siendo aún adolescente, sigue al Señor ya aprehendido, y es retenido por el palio, se describe que huyó desnudo habiendo dejado el palio (Mar. 14). Pues por la vestimenta es capturado el adolescente cuando es colaudado por el inicio de su buena conducta; pero dejada la sábana (sindone) huye desnudo quien vilipendia las loas que oye. Pues huir desnudo es tener una vida laudable, pero despreciar la loa de la vida elegida. Pues huye como desnudo quien nada se adscribe a sí mismo por vanagloria del ornato de las virtudes. Puede también por eso entenderse que huyó desnudo, porque quien se aserta haber sido capturado por las partes de la sábana, se refiere que dejó la sábana; porque mayormente

se actúa en la conciencia de los elegidos que, por esto que son loados en parte, sospechen haber perdido no una parte de los méritos, sino todo el mérito de la buena vida. El palio de Samuel pues se rasga (scindere), porque los doctores elegidos vilipendian sus propias loas. Y porque no se doblan por las loas, replica la severidad de la sentencia anterior, diciendo:

(Vers. 28.) Rasga el Señor el reino de Israel de tu mano hoy.

31. Los varones perfectos pues, porque por ninguna loa se ablandan del rigor de la justicia, tales son después como eran antes del testimonio de su propia loa, y las cosas que antes habían dicho, las mismas confirman repitiéndolas después. Pero hay que preguntar qué significa esto que se dice: "Hoy". Pues si la vida de los réprobos es noche, ¿qué es que en el día el reino de Saúl se rasga? Pero si es noche la vida del pastor réprobo, cuando su reino se rasga, hace un día. Pues el día no se hace sino cuando la noche retrocede. Dice pues, "Hoy", porque la caligo (tinieblas) del inobediente se refiere ser condenada. De donde también al salir Judas dice el Señor: "Ahora es clarificado el Hijo del hombre" (Juan 13, 31); porque vio la noche de aquella vida apartarse, y la pura luz de la justicia permanecer en los otros discípulos. Se dice también: "Hoy", porque amovido el soberbio, el reino se entregaba al rey humilde. De donde también se añade:

(Vers. 28.) Y lo ha entregado a tu prójimo mejor que tú.

Cuando pues se dice día, no se discierne nada lúcido del rey desechado, sino que se predica la gloria del sustituto, quien desde la cumbre del reino debía radiar con el esplendor de una gran virtud. Y asertando la inmutabilidad de la divina sentencia añade diciendo:

(Vers. 29.) Por lo demás, el triunfador en Israel no perdonará, y por el arrepentimiento (poenitudo) no se doblará.

32. ¿A quién pues por el nombre de este triunfador, sino al Creador del género humano, se ha de entender? Pues a los adversarios ocultos quienquiera que los supera, los vence por la virtud de Aquel que le imparte la gracia de superar la tentación. ¿Qué es que el triunfador se dice no perdonar, cuando Samuel es rogado? Porque cuando los predicadores se airan contra los súbditos pecadores, cuando hieren a los soberbios o lúbricos con la divina sentencia, no ejecutan el juicio por el ímpetu de su propio furor, sino de la voluntad divina. Como si ciertamente dijera: Yo por cierto no la mía, sino la sentencia de Aquel proferí, la cual, lo que profiere decidiendo, no puede ser revocado. No perdona pues, y no se dobla por el arrepentimiento; sino para aquellos que ni pueden desistir de sus pecados, ni pueden arrepentirse de los pecados que aman; y añadiendo la causa dice:

(Vers. 29.) Pues no es hombre para que haga penitencia (poenitentia).

Como si dijera: Y de nuevo el ser es para Él para quien no hay mutabilidad alguna. Puede también por el nombre del triunfador designarse

la perfección del rey sustituto, quien había de tener la gloria de muchos triunfos, y no se atrevería a perdonar a nadie contra la voluntad del Creador. De donde también en este mismo libro, de él está escrito: "Y hería David toda la tierra, y no dejaba hombre viviente ni mujer" (1 Sam. 27, 9). De él también se dice: "Pues no es hombre para que haga penitencia". ¿Qué es pues en este lugar el hombre, sino el designado como súbdito de las pasiones carnales? Como si todavía mordiera al soberbio, diciendo: A ti ahora te pesa (arrepientes) de los pecados, cuando percibes la sentencia de tu audacia; pero aquel no hará penitencia, quien, como hombre, no está sujeto ni a la inobediencia ni al tumor (soberbia). Y aquel todavía confiesa en su propia boca, diciendo:

(Vers. 30.) Pequé.

Mas muestra la cualidad de la misma confesión, porque añadió diciendo:

(Vers. 30.) Pero ahora hónrame ante los ancianos (seniores) de mi pueblo, y ante Israel.

33. Está claro qué clase de penitencia lleva el que todavía desea ser honrado. Pues si se arrepintiera verdaderamente de su pecado, habría deseado ser deshonrado más que ser honrado. Conviene, pues, admirar la dureza de un corazón abatido. Mientras el hombre de Dios, ejecutando el mandato del Creador, dice: "El Señor te ha desechado, para que no seas rey": por el contrario, el que recibe la sentencia de rechazo, por el apetito de elación, busca honores. ¿Qué es, pues, lo que dice: "Pequé"? Ciertamente a la confesión del pecado no debe seguirle el honor o la gloria, sino

la utilidad y el desprecio. Pues ¿qué aprovecha confesar los crímenes, si a la voz de la confesión no sigue la aflicción de la penitencia? Tres cosas, ciertamente, deben ser consideradas en todo el que se arrepiente verdaderamente, a saber: la conversión de la mente, la confesión de la boca y la vindicta del pecado. Pues, el que no se convierte de corazón, ¿qué le aprovecha si confiesa sus pecados? El pecado que se ama de ningún modo se borra al confesarlo. Hay ciertamente algunos que abren sus pecados confesándolos, pero al no convertirse, de ningún modo los detestan. Estos ciertamente no hacen nada confesándolos, porque lo que expulsan al hablar, lo introducen al amar. De donde también la Escritura insinúa a los que quieren confesar saludablemente, diciendo: "Con el corazón se cree para la justicia, pero con la boca se hace la confesión para la salvación" (Rom. 10:10). ¿Qué es creer con el corazón para la justicia, sino dirigir la voluntad hacia la fe, que obra por el amor? Por tanto, cuando alguien dirige la intención del corazón hacia la justicia por el amor, por el comienzo de una buena voluntad, tiene el fruto de una buena conversión. Este ciertamente ya confiesa para la salvación, porque expulsa más al hablar de la herida de lo que punzó la conversión. La tercera especie, por tanto, es decir, la vindicta, es necesaria como medicina; para que el apostema del reato, que es punzado por la conversión, sea purgado al confesar, y sanado por la medicina de la aflicción. Por tanto, el que no cree con el corazón para la justicia, de ningún modo hace confesión para la salvación,

porque muestra como las hojas de un árbol malo, cuyas profundas raíces fija en el corazón. Por tanto, el signo de la verdadera confesión no está en la confesión de la boca, sino en la aflicción de la penitencia. Pues entonces vemos al pecador bien convertido, cuando se esfuerza por borrar con digna austeridad de aflicción lo que confiesa al hablar. De donde Juan el Bautista, reprendiendo a los judíos mal convertidos que acudían a él, dice: "Raza de víboras, ¿quién os mostró huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de penitencia" (Mt. 3:7). En el fruto, pues, no en las hojas o en las ramas, debe reconocerse la penitencia. Como un árbol ciertamente es la buena voluntad. Las palabras de confesión, por tanto, ¿qué son sino hojas? Por tanto, no debemos buscar las hojas por sí mismas, sino por el fruto; porque por esta razón se recibe toda confesión de pecados, para que siga el fruto de la penitencia. De donde también el Señor maldijo al árbol decorado con hojas, pero estéril en fruto (Mc. 11); porque no recibe el ornato de la confesión sin el fruto de la aflicción. Saúl, por tanto, que confiesa y quiere ser honrado, no afligido y humillado, ¿qué designa sino a los que tienen una confesión estéril, y no tienen fruto; los cuales anteponen el decoro de la confesión con palabras humildes, pero siguen el verdor (virorem) de las palabras, no con la humildad de la penitencia?

34. Pero ¿por qué atendemos a los antiguos, cuando ahora vemos tanta multitud de reyes caídos? Pues ahora en catervas (montones) caen en los flagelos, no solo los súbditos débiles, sino

también los prelados y sacerdotes negligentes. Actúan lúbricamente pecando, quienes por el orden del ministerio han sido diputados a los sacramentos celestiales. Pero la mayoría de ellos, mientras de algún modo vuelven al corazón, confiesan haber errado. Quienes sin embargo así quieren proferir los pecados contra sí mismos, que quieren todavía ser honrados por el oficio del sagrado orden; torpes en secreto se proferen, pero fuera, tras la celsitud del orden, se avergüenzan de ser vistos humildes. ¿Qué son pues estos, sino que se ven desechados, y sin embargo se atreven a querer ser honrados? A menudo por cierto no vienen de sí mismos, sino que son capturados involuntariamente; perciben los mandatos de su desecho, y sin embargo ruegan que sean honrados. Pues quieren actuar cosas inmundas, pero se atreven a inherir a los sagrados altares. He aquí a cuántos Saúles atendemos, a cuántos reyes caídos de la cumbre de la santa Iglesia contemplamos. A cada uno de los cuales por cierto hay que decir: "Porque proyectaste (arrojaste) la palabra del Señor, el Señor te ha proyectado a ti, para que no seas rey": para que no ejerzan el ministerio celestial quienes los flagelos terrenales no cesan de inquinar. Pero esto por cierto lo podemos decir, mas a los ministros lúbricos no lo podemos persuadir. Pues Saúl tanto oyó que era desechado como reinó; porque los sacerdotes inmundos se conocen deyectados (derribados) de la cumbre sacerdotal por los inquinamientos de la lujuria; y sin embargo contra la voluntad de Dios no cesan de tratar los sagrados misterios. Pero el rey que

reina contra la voluntad del Señor, no era rey, sino que fue tirano (tyrannus); porque el sacerdote indigno, que por el mérito de su inquinamiento es desechado, cuando presume ministrar, asciende para ser condenado a la cumbre de tan gran gloria. De donde también queriendo aterrar a los tiranos aquel gran senador del cielo: "Quien manduca el pan", dice, "y bebe la sangre del Señor indignamente, juicio para sí manduca y bebe" (1 Cor. 11, 27). Mayormente por cierto se actúa por la confesión instante, para que a los que confiesan se les crea incluso de la conversión del corazón. A veces los elegidos predicadores reciben la falsa humildad de los réprobos, para que por el ejemplo de ellos otros sean conducidos a la salud. Por tanto...

(Vers. 31.) Vuelto pues Samuel siguió a Saúl, y adoró Saúl al Señor.

35. Por el mal por cierto que interiormente latía (estaba oculto), mereció oír: "Te ha proyectado el Señor, para que no seas rey". Pero para que bajo el pretexto del bien atrajera a otros a la verdad del mismo bien, Samuel quiso seguir a Saúl, y lo vio adorar al Señor. A veces también los males de los reyes, y de los grandes de la tierra, han de ser tolerados, para que exasperados no se deslicen a cosas peores. Pues los hijos de Israel a menudo colieron (adoraron) a los dioses de las gentes. De donde también de los convertidos por Samuel arriba se ha dicho: "Quitaron los hijos de Israel de en medio de sí a Baalim y Astaroth" (1 Sam. 7, 4). Y tal vez si el rey desechado no viera al profeta volviendo con él para adorar al Señor,

adoraría los simulacros de los demonios. Y lo proyecta pues a él, y con él vuelve; porque en los potentes de este siglo así ha de ser condenada la iniquidad, que el bien que tienen, exasperados, no lo pierdan. Pues a menudo son malos en lo oculto, y el bien que se discierne otros más devotamente lo imitan. Los males ciertamente de los potentes del siglo, grandes males son para ellos; pero los bienes que profieren, para ejemplo de los fieles, más que los bienes de otros aprovechan. Bien pues Samuel con el rey desechado vuelve; porque los elegidos predicadores, a los potentes del siglo tanto por la iniquidad los hieren, como por el ejemplo permiten que actúen ciertas cosas buenas. De donde también sigue:

(Vers. 32.) Y dijo Samuel: Traedme a Agag rey de Amalec. Y fue ofrecido a él Agag pingüísimo (pinguissimus) temblando.

36. Los reyes adoran al Señor cuando los soberbios y despreciadores se humillan para cumplir los mandatos del Señor. Adoran los lúbricos cuando se sujetan a Dios por la obediencia de la castidad (castitas). A veces, sin embargo, simulan adorar; porque algunos tienen pretexto de humildad o castidad, pero mientras se cree que tienen el bien en verdad, otros por el bien que creen pierden el uso de la mala obra. A Agag, pues, el rey entregan a Samuel, porque el vigor de su sensualidad (sensualitas) profieren al confesar. Pues cuando confiesan los pecados de lujuria que por el vigor de la carne cometieron, ¿qué otra cosa que al rey de Amalec ofrecen a los profetas para ser muerto? Pero ¿qué es que Agag es llamado

pingüísimo (pinguissimus), sino que el vigor de la sensualidad en unos es pingüe, en otros magro (macer)? ¿Qué es, pues, que se ofrece pingüe, sino porque era conducido por los súbditos del rey réprobo? Pues a menudo los súbditos son negligentes; pero mientras contemplan los ejemplos de su pastor elegido, entre los males que hacen gimen. Por la fragilidad de la carne caen en las inmundicias; pero heridos por los ejemplos de los mayores, de ningún modo pueden gozar entre los deleites de la inmundicia. ¿En quiénes, pues, es Agag pingüísimo, sino en aquellos de quienes se dice: "Se alegran cuando han hecho el mal, y se regocijan en las cosas pésimas"? (Prov. 2, 14). Pues los súbditos de un doctor lascivo (lascivus doctor) tanto más audazmente pecan cuanto de sus mayores ningún ejemplo tienen puesto delante que vean. Mucho más dementemente se precipitan cuando en sus pastores no ven el bien que sigan, y ven el mal por cuyo ejemplo perezcan. En estos por cierto Agag engorda: porque gozosa, segura y libremente el vigor de la carne se distiende en la delectación de la lujuria (luxuria), el cual es privado del uso del halago (illecebra), sin que nada se le oponga. El pingüísimo, pues, es ofrecido para ser muerto cuando aquellos se convierten que en la delectación de la lujuria mucho se han alegrado: pues es como si se entregara al rey cuando aquel que imperaba a la mente, el sentido carnal, es revelado a los sacerdotes de Cristo por la confesión. También la pingüedo (grasa) suele nutrir el fuego. Bien pues se le adscribe al rey amalequita: porque mientras el espíritu de

fornicación ocupa la mente, cuanto más dulce y fre...

(Vers. 32.) Y dijo: ¿Así separa la amarga muerte?

37. Decir esto por cierto al sentido carnal es pulsar la mente, por la pérdida de la voluntad (placer) solita, con la conversión de la tristeza. Pues porque los recién convertidos sufren grandes dardos de amargura, como que el rey al que habían servido se queja de la muerte: porque en ellos la carnalidad sin gran tribulación de ningún modo es matada. Interrogar pues sobre la separación de la muerte, para el sentido carnal, es pulsar la mente todavía triste del convertido por la pérdida de la delectación pasada. Pero también se inquiere el modo de la separación cuando dice: "¿así?". Pues como vistas las austeridades a las que ha de ser sometida, dice su sensualidad a la mente: ¿Desprecias las cosas alegres por tan tristes? Esta voz ciertamente Samuel la oye: porque el corazón tentado del súbdito, por ciertos indicios el elegido predicador lo reconoce. Pero ¿qué aprovecha reconocer, si contra aquello que dentro en el corazón del súbdito brama, él mismo no dice algo? Sigue pues:

(Vers. 33.) Y dijo Samuel: Como hizo a las mujeres sin hijos (absque liberis) tu espada, así sin hijos será entre las mujeres tu madre.

38. ¿Quién es la madre del sentido carnal, sino la culpa original? Pues antes del pecado del primer hombre, ninguna lujuria residía en los miembros, y el rey amalequita no existía. Había ciertamente un sentido de la carne, pero no era

torpe ni libidinoso; pero tan pronto como cayó en la culpa, sintió el prurito de los miembros: porque no pudo tener un movimiento obediente de la carne cuando él mismo fue inobediente a Dios. Por tanto, se entiende rectamente que la culpa original es la madre del contumaz sentido carnal, porque de ella sale al nacer quien de ella comenzó a ser. De donde también el Apóstol, como horrorizándose de la ley del sentido carnal como de un tirano severísimo, muestra no solo al rey mismo, sino también a la madre, diciendo: Así que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí (Rom 7, 17). Pues por el pecado que afirmó no obrar, entendió el movimiento de la carne; pero por el pecado que habita en él, la culpa original. Así pues, dado que de la culpa original nace el pecado del movimiento de la carne, mientras consideramos al sentido carnal como el rey, nombramos rectamente a la primera culpa como su madre. Los hijos de esta madre son todas las concupiscencias, pecados y vicios. Ciertamente la madre se queda sin hijos cuando toda culpa, tanto de la carne como de la mente, parece no quedar ya. Pues entonces está sin hijos porque, aunque ya no haya ninguna torpeza de la carne, y si ya no reina ninguna concupiscencia en la mente, esa culpa que permanece en nosotros no puede ser destruida ahora por la virtud del doctor. Pues, ¿qué es lo que dice el Apóstol: Ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí? De aquella culpa, en efecto, que contraemos de la raíz viciosa de nuestra naturaleza, tenemos la capacidad de ser corrompidos por las pasiones

de los vicios. Por tanto, cuando la ley desordenada de los miembros mueve los miembros contra nuestra voluntad, no obramos nosotros esto, sino el pecado que habita en nosotros. El querer ciertamente nos asiste entonces, pero todavía no hallamos el poder; pues querríamos que, contra nuestra voluntad, nada pudiera moverse en nosotros. Y tal vez estos conceptos de la peor madre, de los que esa culpa está preñada, si se permite que se derramen en actos torpes y obscenos, se dice que son alimentados. Los hijos, por tanto, son los movimientos que no solo están naturalmente en el interior, sino que se manifiestan en obras torpes y obscenas. La madre de Agag, por tanto, se queda sin hijos cuando la culpa original se restringe de tal modo que no se le permite producir ningunos actos o movimientos. O tal vez se queda sin hijos porque los tuvo. Cuando, pues, los pecadores convertidos dejan de ser torpes tanto en el acto como en los gestos de la lujuria, la culpa que habita en ellos queda, por así decirlo, como una madre privada de sus hijos.

39. Y debe notarse que se dice que la madre se queda sin hijos por comparación. Como, dijo, tu espada dejó a las mujeres sin hijos, así quedará sin hijos tu madre. Las virtudes de la mente, de las cuales proceden las buenas obras, son madres; pero la espada de Agag es llamada el arma de la lujuria, la cual ciertamente deja a las mujeres sin hijos, porque la libido mata todas las buenas obras. O ciertamente por mujeres se entienden las mentes de los fieles, y por hijos de las mentes santas los buenos pensamientos, las virtudes y

las buenas obras. Pero la espada de Agag dejó a las madres sin hijos; porque el deleite de la lujuria, si se permite que se desenvaine como una espada, ciertamente mata en ellas todos los buenos pensamientos, todas las virtudes y las buenas obras. Pues si la mente recibe la aguda peste de este deleite, mientras le place mirar lo inmundo con más atención, nada puede pensar limpio y santo; y mientras arrastra ardientemente hacia la ejecución de una obra nefaria, no permite obrar nada de virtud. Y porque por su combustión todas las cosas perecen, no solo los hijos de Agag, sino todos los hijos de las mujeres son degollados. Por tanto, deja a las madres sin hijos, porque el deleite de la lujuria, a semejanza de una espada, mientras hiere los frutos de las mentes, de ningún modo permite vivir a los pensamientos de virtud o al bien de la obra. Así como, pues, dejó a las madres sin hijos, así también su madre se queda sin hijos cuando el pecador se convierte de tal modo que, además de la culpa natural injertada en nosotros, nada de las obras o movimientos obscenos parece quedar en los convertidos. De donde se añade aptamente:

(Vers. 33.) Y Samuel despedazó a Agag delante del Señor en Gálgala.

40. El que sea despedazado en trozos significa que el muerto es cortado en pequeñas partículas. Pues Agag es muerto cuando el vigor de la carne es de tal modo quebrantado por las abstinencias, vigilias y meditaciones espirituales, que no se siente mover nada lascivo, nada libidinoso. Pues ser muerto es no poder mover la carne torpe-

mente. Pero el cadáver del muerto está íntegro cuando permanece su movimiento. La lujuria no permanece cuando grava la mente por el solo peso; cuando, a saber, reside en los miembros un movimiento de la carne simple y natural, pero no tiene nada de ardor libidinoso.

La lujuria no permanece cuando grava la mente por el solo peso; cuando, a saber, reside en los miembros un movimiento de la carne simple y natural, pero no tiene nada de ardor libidinoso. Pero como las mentes de los elegidos toleran esto con dificultad, llevan, por así decirlo, el cadáver íntegro del rey muerto. Pero, ¿qué significa que sea despedazado, sino que no quieren dejar vigor ni siquiera al mismo movimiento natural? Es despedazado, pues, porque cuantas veces late, es muerto. Mientras, pues, no se permite que las veces de los movimientos se junten, el cadáver de Agag es, por así decirlo, despedazado. O tal vez este Agag es tal que no puede morir si no es despedazado. Pues como dije arriba, la lujuria se enciende a semejanza del fuego; y, si se extingue negligentemente, la paja adyacente se inflama velozmente. También un gran fuego disperso a menudo puede extinguirse mejor. Pues cuando muchos carbones se juntan en uno solo, forman una ingente masa de brasas. Para que el que extingue no se queme, la masa de brasas se dispersa antes sabiamente, para que se extinga velozmente por los trozos de cada uno de los carbones. Pues, ¿qué son los pensamientos de la lujuria, qué son los movimientos libidinosos del cuerpo, sino carbones de fuego? Los cuales ciertamente si se

juntan en el corazón o en la carne, pronto pueden quemar, y nunca pueden extinguirse fácilmente. Dispérsese, pues, el fuego, despedácese a Agag, y custódiese la mente para que disperse los pensamientos inmundos, para que no permita que uno se adhiera a otro. Pues porque no puede obrar de modo que nunca piense cosas inocuas (innoxia), obre lo que puede, para que expulse inmediatamente el pensamiento que entra negligentemente en la mente. Así, en efecto, divide un fuego máximo como en carbones individuales y velozmente, y lo extingue con celeridad, si separa de tal modo todas las llamas de los pensamientos que no permite que se unan en la mente ni por negligencia ni por deseo. Así, ciertamente, también reprime el vigor del movimiento del cuerpo para la mente, cuando de ningún modo permite que se junten entre sí. Pues el movimiento halagador de la carne, si no se alimenta por el pensamiento, no parece juntarse con otro. Pues el pensamiento inmundo es el pegamento de los movimientos halagadores: porque quien ve de buena gana cosas inmundas, inmediatamente mueve la carne violentamente hacia lo amado por la concupiscencia; cuanto más de buena gana y morosamente piensa, une como carbones a carbones los movimientos torpes a otros más torpes. Mantenga, pues, una fuerte custodia del ánimo quien quiere dispersar poderosamente los movimientos de la carne. Pues dentro es dividido Agag primero, para que fuera sea igualmente dividido en trozos; porque quien no permite que los malos pensamientos se junten, ciertamente tiene los

torpes movimientos de la carne como divididos en trozos.

(Vers. 34, 35.) Y Samuel se fue a Ramatha; pero Saúl subió a su casa en Gabaa; y Samuel no lo vio más hasta el día de su muerte.

41. ¿Qué es la casa del transgresor, sino la costumbre de la mala obra? Pues quienquiera que se encierra en una costumbre perversa, habita como en una casa. A su casa, pues, subió Saúl, cuando cualquier réprobo, tras la reprensión de los doctores, vuelve al uso de la mala obra. Pues desciende como a lo llano cuando simula humildad para conocer los mandatos de los prelados. ¿Por qué se dice que Samuel se fue primero, antes de que Saúl subiera a su casa? Pero, como dije, cuando no hay necesidad de otros, el predicador elegido no puede permanecer con el astuto; y porque en ausencia del doctor el simulador progresa, Saúl no se fue, sino que subió a su casa. Pues subir para los réprobos es progresar de mal en peor. Así también cuando se dice que el soberbio desciende, se afirma que sube. Pues subir a su casa para el soberbio es ensalzarse soberbiamente hasta la medida por la cual ha de ser condenado. Pues la casa del soberbio es la medida de su iniquidad. Pues mientras por la prosperidad del mundo se les permite ejercer la tiranía, turbar la tierra, oprimir a los buenos, afligir a los inocentes, ¿qué otra cosa parecen sino subir soberbios? Pero porque está prefinido por Dios cuánto dañen, cuánto se ensañen, cuánto se ensalcen por la tiranía, se les permite subir hasta su casa. Pues su casa es la medida de la iniquidad, en la cual siempre esta-

rán: porque cuando lleguen a la plenitud de sus crímenes, son arrebatados por la muerte y castigados con tormentos eternos. Pues permanece como en una casa quien nunca puede salir de las penas de su conducta. Lo cual puede entenderse convenientemente no solo de los soberbios, sino también de los lujuriosos y de todos los réprobos. Pues todavía estaban en el ascenso, y no en la casa, aquellos de quienes se dice: Aún no se han colmado los pecados de los amorreos (Gén 15, 16). De aquí también dice el bienaventurado apóstol Pablo: Para que colmen sus pecados (1 Tes 2, 16). Por tanto, suben a la casa cuando, por el progreso del mal, avanzan hacia obras más inicuas, por las cuales sufrirán tormentos eternos.

42. Pero se dice que Samuel se fue a Ramatha.

42. Pero se dice que Samuel se fue a Ramatha. Pues los doctores divididos de los réprobos no van, sino que se van. Pues van cuando dejan a los que han de ser corregidos, porque a aquellos a quienes despiden como airados, vuelven después a ellos invitados por una buena enmienda. Irse, pues, el doctor es desamparar a los impíos impenitentes con perpetua censura. Pues de tal modo desamparan a los que obran pecados para muerte por la impenitencia, que no se vean obligados a volver a ellos más. Bien, pues, dijo: Samuel no vio más a Saúl hasta el día de su muerte. Y porque perciben que esto ha de hacerse en la contemplación de la suma verdad, se menciona que se fue a Ramatha. Pues la visión consumada es la razón perfecta de la verdad íntima. Para que no se juzgue por los carnales que la severidad de

los predicadores es excesiva cuando separan para siempre a los réprobos de la comunión de la Iglesia, oigan: porque después de que Samuel llegó a Ramatha, no vio más a Saúl; porque el doctor divide eternamente a aquel de quien no reconoce que pertenece al número de los elegidos. Pero esto se cree fielmente si, en la forma de Samuel, se ve más estrictamente el afecto de caridad de los predicadores de la santa Iglesia. Pues se muestra el celo de la severidad, porque se menciona que no vio a Saúl hasta el día de su muerte. Pero sobre el afecto de caridad se añade:

(Vers. 35.) Sin embargo, Samuel lloraba a Saúl, porque el Señor se arrepentía de haber puesto a Saúl como rey sobre Israel.

43. Pues, ¿qué es lo que llora aquel a quien se digna no mirar, sino porque los santos doctores tienen, junto con el celo de la rectitud, un afecto de gran caridad, y se muestra la magnitud misma de la caridad porque se afirma que llora al rey desechado? ¿Con qué afecto, pues, llorarán los pecados de los súbditos elegidos quienes aprendieron a llorar tan afectuosamente por los réprobos desechados? Pues se muestra la instancia del llanto, porque se añade:

CAPÍTULO III.

(I Reg. 16, 1.) Y dijo el Señor a Samuel: ¿Hasta cuándo llorarás tú a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel?

1. Pues a aquel a quien se dice: ¿Hasta cuándo llorarás?, se declara que llora instantemente. Grande es, pues, el afecto de los santos, incluso

cuando muestran exteriormente la austeridad de la venganza. Pues fuera se ensañan, pero dentro se derriten por el amor. A semejanza de las madres azotan a los niños, pero con afecto gimen con los niños a quienes castigan. Pero, ¿qué es lo que dice el Señor: ¿Hasta cuándo llorarás a Saúl? ¿Acaso puede una madre mirar a un hijo que muere y de ningún modo llorar por el desgarro de sus entrañas? Soporta al muerto sin llanto la que muere, pero se debilita. ¿Qué es lo que dice: ¿Hasta cuándo llorarás a Saúl?, sino porque los perdidos no han de ser llorados en exceso? Pues a menudo el doctor se aflige vehementemente por la perdición del súbdito, pero se consuela respecto a la suma justicia. ¿Qué es, pues, este decir de Dios al profeta, sino aliviar la mente del predicador de la aflicción por el consuelo interno? Y porque para los prelados caídos se sustituyen los elegidos por la divina misericordia, el Señor, añadiendo, dice:

(Vers. 1.) Llena tu cuerno de aceite, y ven: te enviaré a Isaí el betlehemita, porque me he provisto de un rey entre sus hijos.

2. Pues como consolando al que llora, dice: ¿Por qué se llora por la persona del desechado, cuando se sustituye por uno mejor?

4. Pero el profeta es enviado a Isaí el betlehemita, y se provee un rey entre sus hijos, porque es elegido como pastor aquel que ha sido instruido en la religión eclesiástica. Belén, pues, que se llama casa del pan, ¿qué otra cosa designa sino a cada una de las casas de la religión? Pues bajo el nombre de pan se muestra la doctrina de la per-

fección, como atestigua Pablo, quien, incitando a los débiles a la conversión, dice: Os di a beber leche, no comida. Pues aún no podíais, pero ni siquiera ahora podéis (1 Cor. 3, 2). Pues si la leche es de los niños, el pan no es sino de los perfectos. De donde también se dijo sobre la fortaleza del varón perfecto: Habitará en las alturas, su sublimidad serán los baluartes de las rocas, el pan le es dado (Is. 33, 16). En la casa del pan, pues, se busca al rey para ungirlo, porque son promovidos útilmente los que se nutren en el orden de la conversación perfecta. Pues aquel puede hacer fuertes a otros que no se ha nutrido en una conversación relajada y negligente. En la casa, pues, se busca el pan, porque al promover a un prelado, debe buscarse la solidez de la conversación. De una congregación débil casi nunca se toma a una persona de virtud. Por lo cual, es bien buscado entre los hijos de Isaí, que se nombra salvación del Señor, o ciertamente salvación en sentido absoluto. El prelado es, en efecto, llamado rectamente salvación. ¿Pues qué son los pecados y los vicios, sino enfermedades de las almas? Pero el predicador elegido, por la integridad de la sana doctrina, por la solidez de la inocencia, por el esplendor de una vida selecta, es llamado rectamente salvación del Señor. Hay ciertamente otros doctores cuyo sermón se extiende como el cáncer. De la familia de estos no se toma al rey, porque no conduce las mentes enfermas a la salvación, sino que las mata. Y hay que notar que Isaí es llamado por otro nombre, Jesé. Tiene un nombre doble, porque el buen doctor no siempre está en paz. En tiempo

de paz se llama salvación del Señor, para que se le enseñe a sanar los dones de las guerras, como dentro de los vestíbulos seguros de la casa. Pero en la guerra tiene el nombre de Jesé, porque tanto se fortifica a sí mismo con fuerza como protege a los otros valientemente. Pues Jesé se dice alivio de la isla. ¿Pero qué se entiende por el nombre de isla, sino las mentes cercadas por los flujos de las tentaciones? Son islas, en efecto, porque aunque sostienen grandes conflictos, no se mueven. De donde también el Salmista, predicando la victoria de los elegidos, dice: El Señor reinó, exulte la tierra, alégrense las muchas islas (Sal. 96, 1). El Señor reina, en efecto, cuando ningún torbellino de enemigos inquieta su sede, a saber, las mentes elegidas; pero la tierra se alegra porque los corazones sólidos de los doctores se felicitan. Se alegran las islas porque cuando su gracia vence las tentaciones, los oyentes de los mayores se regocijan. La tierra, en efecto, es la mente fuerte y la lengua firme del doctor. Pero se llama isla el corazón fuerte del súbdito, que todavía es atacado por tentaciones, y sin embargo no se mueve. ¿Qué es, pues, que Jesé se llame alivio de la isla, sino que a través de la fortaleza de los mayores los corazones de los menores son elevados? Pues entre tantos flujos de tentaciones caerían, si sus corazones no fueran elevados al deseo de una vida alta por la fortaleza de los mayores. En los hijos de Isaí y Jesé, pues, se describe al rey como oculto, porque aquellos llegan útilmente a la cumbre de la Iglesia que aprendieron por el magisterio de los elegidos tanto a custodiar y disponer la paz,

como a entablar las guerras espirituales. Bien se dice, pues: Porque me he provisto de un rey entre sus hijos. Pues en estos, y no en otros, se provee el rey, porque por la gracia divina ninguno llega a la cumbre de la Iglesia si no sigue el magisterio de los elegidos por todos los órdenes de los tiempos. Sigue:

(Vers. 2, 3.) Y dijo Samuel: ¿Cómo iré? Pues Saúl lo oirá y me matará. Y dijo el Señor: Toma contigo un becerro de la vacada y dirás: He venido para inmolar al Señor. Y llamarás a Isaí a la víctima, y yo te mostraré qué has de hacer.

5. ¿Qué se muestra con estas palabras, sino que la astucia y la saña de los tiranos a veces debe ser eludida por un piadoso fraude? Pues por mandato del Señor se toma un becerro de la vacada, se simula una inmolación y se llega a la unción regia, porque mientras los tiranos desean dañar, se les han de presentar ciertas cosas que crean, para que no encuentren entrada para dañar. Así los tiranos han de ser deludidos, para que se evite la culpa de la mentira. Lo cual se cumple bien cuando se hace aquello que se afirma, pero lo que se hace se dice de tal modo que se oculte, porque se dice en parte y en parte se calla. Pues al profeta Samuel se le manda que vaya a ungir al rey, y que afirme que va a inmolar al Señor, no que va a ungir al rey; para que inmolando diga la verdad y, ocultando la unción, eluda la saña del tirano mientras dice cosas verdaderas. Pues que fue a inmolar lo expone claramente un poco después, donde dice: Santificó, pues, a Isaí y a sus hijos, y los llamó a la víctima.

6. Pero mejor es que veamos ahora qué designan espiritualmente estas cosas. ¿Qué es, pues, que el profeta toma el becerro en su mano y así llega a ungir al rey? Pero, ¿qué es el becerro, sino el esplendor de la imagen del Redentor? Porque como se esfuerza en hacer a aquel a quien elige conforme al Redentor, cuando predica esa misma forma del Redentor, lleva, por así decirlo, un becerro en su mano. Y porque muestra en la virtud de su obra el esplendor de la conversación del Señor que predica, conduce por la mano al becerro que recibe de la vacada. Tornar el becerro en la mano es guardar la predicación de la conversación del Señor en la virtud de la obra. Así, ciertamente, yendo no es muerto; de otro modo sería muerto, porque el que dice y no hace es condenado por la espada de su propia boca. ¿Qué es lo que se le manda decir: He venido para inmolar al Señor? ¿Qué es, asimismo, que hace lo que dice mientras viene e inmola, sino porque de tanta eficacia debe ser el que promueve a otros que no sólo diga cosas buenas, sino que las persuada? La víctima de la inmolación que se ve en la mano del profeta se reconoce en el altar. Pues, ¿qué es el corazón del oyente elegido sino el altar de Dios? Pues cuando el doctor habla cosas buenas con la boca y las muestra con la obra, el becerro está en la mano. Pero cuando persuade a los oyentes tanto de lo que dice como de lo que hace, la víctima está en el altar. Entonces, pues, inmola, cuando los corazones elegidos reciben por el amor aquello que radica en la imitación del Redentor en la palabra y el ejemplo del doctor. Sigue: Y llamarás

a Isaí a la víctima: Quizás este lugar insinúa que no se deben promover a los súbditos sin el conocimiento de los prelados. Isaí es llamado primero a la víctima para que el bien que se ve que el súbdito asume se funde en la mente de su maestro. Bien se añade: Y yo te mostraré qué has de hacer. Expresando lo mismo, dice:

(Vers. 3.) Y ungirás a quien yo te mostrare.

7. Pues si no se llama primero a Isaí, no se descubrirán las cosas que se han de hacer, porque sin la voluntad del maestro no se ha de hacer nada sobre la persona del súbdito. Una vez llamado aquel, se muestra lo que se ha de hacer, porque con la voluntad del doctor religioso se eleva la humildad del súbdito a la cima de la prelatura. Pero, ¿qué es lo que se dice: Ungirás a quien yo te mostrare, sino que no todos los discípulos de un pastor elegido son iguales? Pues hay entre ellos unos útiles para obedecer, otros que tanto obedecen humildemente como han aprendido a mandar con discreción. Dice, pues: Ungirás a quien yo te mostrare: para que cuando se busque una persona para la cima del sacerdocio, se la busque con gran sutileza. Con cuyas palabras, ciertamente, nada propio se deja a los que ordenan las Iglesias en la elección de los otros. A quien, dice, yo te mostrare, a ese ungirás. ¿Quiénes son los que ungen a los que Dios no muestra, sino aquellos que por afecto carnal llevan a los que han de ser ordenados a la cima de las Iglesias, quienes no disciernen los méritos sino que aceptan las personas? Estos ciertamente ungen reyes, pero no a los que son mostrados

por Dios. Hacen lo que es suyo; quitan lo que es de Dios. Mostrar la persona es de Dios, proveer la unción es del que ordena. Mientras, pues, ellos mismos se muestran a quiénes han de ungir, no quieren tener a Dios como cooperador. De donde también a través del profeta Oseas el Señor se queja de tales elegidos diciendo: Ellos reinaron, pero no por mí; fueron príncipes, y yo no lo supe (Os. 8, 4). Se dice, pues, a los elegidos lo que no pueden oír los réprobos: Ungirás a quien yo te mostrare: para que ninguno sea promovido sino aquel que sea discernido por la alabanza de las sagradas Escrituras como digno de tal orden. En ellas, en efecto, habla el Señor; allí se menciona cómo y de qué clase debe ser el maestro de la Iglesia. Aquel, pues, es elegido como mostrado por el Señor, quien es encomendado a través de la sagrada elocuencia. Estas cosas, ciertamente, los malos rectores las desprecian, los buenos las hacen. Sobre la obediencia de los buenos rectamente se añade:

(Vers. 4.) Hizo, pues, Samuel lo que le había hablado el Señor. Vino a Belén, y se admiraron los ancianos de la ciudad, saliéndole al encuentro.

8. Según la historia, los ancianos se admiran porque el profeta no solía venir allí. En cuyo lugar quizás se señala que los doctores elegidos casi nunca deben ser vistos en público, ser frecuentes en el secreto, estar vacíos de negocios civiles, llenos de espirituales. Se produce, pues, un milagro del pueblo cuando se ve en público la persona del pastor. Se admiran de que salga aquel a quien conocían como cultivador del secreto. Quien, por

estar elevado en gran veneración del pueblo, se refiere que los ancianos de la ciudad tanto se admiraron como le salieron al encuentro. Pero porque no el pueblo, sino los ancianos se admiran, se muestra la perfecta virtud de los doctores, la cual no es predicada por los pequeños y sencillos, sino por los grandes y eruditos. Quienes también preguntan sobre el pacífico ingreso del profeta. Pues como si amenazara un ingreso no pacífico aquel que decía: ¿Qué queréis, que vaya a vosotros con vara, o en espíritu de mansedumbre? (1 Cor. 4, 21.) ¿Qué es, pues, lo que se dice:

(Vers. 4.) ¿Es pacífico tu ingreso?

9. Sino porque los fieles elegidos, mientras consideran bien los actos de los doctores espirituales, ciertamente sopesan en ellos la voluntad divina. Pues como sabían que Samuel era profeta, sabían por tanto que había conocido los secretos de la dispensación divina. Mientras, pues, preguntan sobre el ingreso pacífico, ¿qué otra cosa hacen al preguntar, sino querer conocer el secreto del consejo divino? Ojalá también nosotros, cada vez que vemos a varones santos, nos esforzáramos en inquirir sobre la seguridad de nuestra paz, y conocer diligentemente de ellos cómo somos vistos por Dios, nosotros que no tenemos ojos para nuestro propio conocimiento. El ingreso de los doctores es pacífico, pues, cuando vienen a aquellos que no han de ser heridos por la culpa, sino predicados por la justicia. Aquel, pues, que había venido por el justo promovido, respondió diciendo:

(Vers. 5.) Pacífico, he venido para inmolar al Señor. Santificaos y venid conmigo para que inmolemos.

10. Van con los doctores para inmolar los que dirigen su intención a lo celestial. Y el profeta inmola ante los que van, cuando el doctor liga en los corazones de los asistentes, por el amor, aquello que pronuncia con la palabra. Pero para que atendamos un poco a la historia, se ha de discutir con vigilancia lo que se dice: Santificaos y venid conmigo. Pues si no se atreven a estar presentes ante los que sacrifican sino santificados, ¿qué se ha de juzgar de los que sacrifican? Pues santificar es purgar. ¡Cuánto, pues, conviene que sean puros los pontífices, donde las gentes invitadas al sacrificio no han de ser admitidas sino santificadas! La santificación del cuerpo es la pudicia, la santificación de la mente la caridad y la humildad. Santifíquese, pues, el invitado al sacrificio, pero más se ve obligado aquel por quien es invitado. Noten los sacerdotes lo que dicen a los invitados: Venid conmigo. Pues los santificados vienen con ellos, si con pueblos limpios acceden los sacerdotes limpios a los servicios de Dios. Ir consigo, en efecto, es acceder limpios con limpios. Pues si los pueblos están limpios y no los sacerdotes, no van consigo, porque no acceden en igual orden de pureza. Oigan tales personas lo que otro profeta amonesta diciendo: Limpiaos, los que lleváis los vasos del Señor (Is. 52, 11). Oigan asimismo lo que dice: Lavaos, sed limpios (Is. 1, 16). Porque, pues, los pueblos han de ser limpiados, dice: Santificaos. Porque, asimismo, los varones supremos

deben permanecer siempre en el estado continuo de su limpieza y atraer a otros a la forma de su pureza, añade: Y venid conmigo. Pero porque los ancianos son invitados a la víctima, ¿qué demuestran por el tipo, sino que para elegir un prelado, o para ungirlo y consagrarlo, han de ser llamados muchos varones sabios y religiosos? Quienes ciertamente se santifican y vienen si se proponen no seguir nada carnal en aquella elección. Santificarse para ellos es, en efecto, aportar una intención espiritual y santa para ofrecer los dones del Espíritu Santo. Bien se dice, pues, en el tipo de los elegidos tanto sobre Isaí como sobre sus hijos:

(Vers. 5.) Santificó, pues, a Isaí y a sus hijos, y los llamó al sacrificio.

11. Y porque hemos enseñado a través de la sagrada elocuencia que el Señor muestra a los prelados que han de ser elegidos, veamos ya a cuáles muestra y a cuáles reprueba posteriormente, según hablan los misterios de esta sagrada historia. Sigue:

(Vers. 6, 7.) Y cuando hubieron entrado, vio a Eliab y dijo: ¿Acaso está ante el Señor su Cristo? Y dijo el Señor a Samuel: No mires su semblante, ni la altura de su estatura, porque yo lo he desechado, ni juzgo según la mirada del hombre. Pues el hombre ve lo que aparece, pero el Señor mira el corazón.

¿Qué es para los sabios entrar, sino entrar en el sutil santuario de la discreción? Pero vio a Eliab habiendo entrado: porque el pastor reconoce que es digno de la prelatura de la santa Iglesia aquel

que tiene tanto la fortaleza de la buena obra como la ciencia de la verdad. Pero, ¿qué es que el Señor le mande no mirar ni su estatura ni su semblante, sino porque en la santa Iglesia ni la obra ni la ciencia se predican sin humildad? Pues, ¿qué es el semblante de alguien sino la conversación exterior por la cual es conocido? ¿Y qué es su estatura sino la altura de la ciencia por la cual es elevado a cosas superiores? ¿A quiénes, pues, significa Eliab más rectamente que a los que obran bien y son eruditos, pero arrogantes? De donde también Eliab se interpreta: Dios mío es padre. Este es ciertamente su nombre, el cual se atreven a presumir. Pues, ¿qué es que se llame Dios mío es padre, sino porque mientras obran con fortaleza cosas buenas, y entienden con sabiduría las espirituales, se glorían de haber pasado al número de los hijos de Dios por un mérito singular? Pues dirían Padre nuestro, no Padre mío, al Señor omnipotente, si por la humildad se vieran en común con los demás elegidos en el orden de la generación celestial. Merecidamente, pues, es repelido, porque en la cima espiritual no son preferidos sino los humildes. Sutilmente, pues, el profeta inquiere sobre la persona que ha de ser ungida diciendo: ¿Acaso está ante el Señor su Cristo? Esto sucede ahora cuando el sumo doctor conoce tanto la vida como la inteligencia del que ha de ser elegido, pero todavía inquiere sobre la virtud de la humildad. Pero ve su semblante y su estatura desechados cuando reconoce que aquello que tiene de hermoso en la obra, aquello que tiene de elevado en la erudición, está en él sin

la virtud de la humildad. Merecidamente, pues, dice el Señor: Lo he desechado, ni juzgo según la mirada del hombre: porque el hombre ve en la cara, pero Dios mira el corazón. Como si dijera: Los hombres suelen alabar las grandes obras y las palabras de la ciencia; pero yo no alabo ni las palabras ni las obras que no veo fundadas en la verdadera humildad. Ciertamente temerían el rechazo de su indignidad quienes son de tal clase, si quisieran oír atentamente lo que el Señor dice al profeta: No mires su semblante ni la altura de su estatura, porque lo he desechado. Pues tienen por grande lo que hacen los arrogantes; pero he aquí que el Señor dice que es tan vil que juzga que ni siquiera debe ser mirado. Pero una vez apartado este, se muestra lo que sigue:

(Vers. 8.) Y llamó Isaí a Aminadab, y lo trajo ante Samuel. El cual dijo: Ni a este eligió el Señor.

12. Aminadab se interpreta: urbano. Merecidamente, pues, consultado el Señor, es repelido: porque la santa Iglesia no elige para el régimen de las almas al que es diligente en los negocios seculares, sino al que es decoroso por su conversación espiritual. Urbanos son, en efecto, los que pospuesta la intención de lo celestial, se esfuerzan en mostrarse diligentes en los estudios exteriores. Ni a este, pues, eligió el Señor, porque por el estudio del piadoso pastor se deben proveer a las greyes de los fieles las cosas celestiales, no las terrenas; no las débiles y caducas, sino las sublimes y eternas.

(Vers. 9.) Trajo también a Sama, de quien también dijo: Tampoco a este eligió el Señor.

13. Sama se interpreta: oyente. ¿Qué designa, pues, Sama sino a los obedientes y sencillos? Oír para ellos es, en efecto, cumplir obedeciendo las cosas que son mandadas por los mayores. De donde también se dice sobre la obediencia del pueblo gentil a través del Salmista: El pueblo que no conocí me sirvió, al oír del oído me obedeció (Sal. 17, 45). Pero, ¿qué es que se diga que no son elegidos por el Señor, sino porque en la cima de la Iglesia no se ponen los humildes inexpertos, sino los humildes sabios, que tanto sepan hacer lo mandado como manden con sabiduría lo que se ha de hacer? Le conviene, en efecto, hacer y enseñar. Haga, pues, humildemente; enseñe sabiamente. Porque, pues, los que saben hacer por la humildad y no saben mandar por la erudición no han de ser asumidos para la dignidad regia, se afirma que Sama no es elegido por el Señor para el reino. De aquí, pues, de aquí colijan los sencillos e inobedientes cuán penalmente se introducen para preeminar, si el Dios omnipotente ni siquiera recibe para el régimen a aquel que por la humildad de la obediencia es llamado oyente. Y porque la santa Iglesia tiene a muchos de esta clase, tanto sencillos y que viven bien, como humildes sabios, sigue:

(Vers. 10.) E Isaí trajo a sus siete hijos ante Samuel. Y dijo Samuel a Isaí: El Señor no ha elegido a estos.

14. Que en el número septenario suela designarse la perfección, lo atestigua el profeta Isaías, quien, afirmando los dones del Espíritu Santo que permanecen en nuestro Redentor, dice: Re-

posará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y lo llenará el espíritu del temor del Señor (Is. 11, 2). ¿Qué es, pues, que estos, por ser repelidos del oficio de la predicación, sean designados por el número septenario, cuando el mismo número designa la perfección que ninguno tiene sino por la infusión del Espíritu Santo? Pero esto se afirma convenientemente: porque a muchos se les da la gracia del Espíritu Santo para vivir bien, pero no se les da para enseñar. Quienes, porque son muchos y perfectos en la buena operación, son aptamente contenidos por el número septenario. Asimismo, porque hacen cosas robustas, pero no entienden las sutiles, son repelidos del gobierno del reino. Y son, pues, siete los hijos, y alguno de ellos no es asumido para el régimen de las almas: porque aunque por vivir bien sepan regirse con fortaleza a sí mismos, no pueden de ningún modo proteger a otros con fortaleza a través de la doctrina. Nunca se precipite tanto al ordenar el que ordena la Iglesia, porque aunque tenga a muchos que no son idóneos para recibir el cuidado de las almas, sin embargo no pueden faltarle los que puedan presidir. Busque, pues, el doctor insistentemente; no deje de buscar hasta que pueda encontrar a los que están ocultos. Las grandes virtudes de los elegidos están casi siempre en lo oculto, como tesoros del Dios omnipotente. Pues el Dios omnipotente actúa al modo de los ricos temerosos: porque para no perder los tesoros de las virtudes, tanto los coloca

en las mentes elegidas como oculta esas mismas mentes a través del secreto. Busque, pues, el que desea ordenar, o más bien adornar, la cabeza de la Iglesia, los tesoros ocultos. Anhela adornar a la esposa de Cristo, pero no puede si no produce para su adorno los tesoros ocultos del esposo, y no desista hasta que encuentre a los que están ocultos. Pero, ¿por qué exhorto a los pastores a buscar, cuando si Dios no saca a los ocultos, no pueden ser encontrados? ¿Qué otra cosa es: Ungirás a quien yo te mostrare? Sin embargo, han de ser buscados, porque si no son buscados por largo tiempo, de ningún modo son mostrados. Pues también el Señor promete que él ha de mostrar, y sin embargo el profeta se esfuerza en buscar para merecer encontrar. De donde también el Señor manda la instancia de buscar diciendo: Buscad y hallaréis, pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá (Mt. 7, 7). El profeta que busca, pues, y persevera en buscar habiendo sido ya rechazados tantos, ¿qué nos insinúa sino que por ninguna dispensación se permita a los indignos llegar a la cima de la religión? Pues aunque en muchísimos negocios de la santa Iglesia sea saludable la dispensación, es ciertamente letal y mortífera allí donde o los ciegos por la ignorancia, o los sabios irreligiosos, o los entregados a los negocios seculares son permitidos llegar al primado de los otros. Pues estos por ignorar, aquellos por saber y no hacer, destruyen las almas de los súbditos: aquellos asimismo por descuidar lo espiritual y seguir lo carnal y terreno. Aquellos ciertamente trabajan con todas sus fuerzas para que sean alabadas las

cosas que dicen; estos no saben qué dicen; aquellos con toda intención se esfuerzan para esto: para ser honrados más abundantemente entre los más altos del siglo. Los cuales ciertamente son tanto peores que los primeros cuanto aquellos quieren parecer sublimes en lo espiritual, y estos en lo carnal y secular. El fin de estos es el deseo de apoyarse en las riquezas, de ser ensalzados con honores, de ser sublimados con las familiaridades de los poderosos de este siglo. De todos los cuales afectos de una mente réproba puede nacer la negligencia de las almas de los súbditos, el desprecio de Cristo y la dilapidación de las facultades de la Iglesia. Busque, pues, el doctor para que por ninguna dispensación prefiera a los indignos: porque lo que es letífero nunca debe permitirse. De donde también se añade:

Y dijo Samuel a Isaí: ¿Acaso están completos los hijos?

¿Qué es que busca a otro, sino porque no debe el que busca descansar antes de merecer encontrar? Y porque a menudo las cosas desechadas por fuera y viles son excelsas por dentro, sigue:

(Vers. 11.) El cual respondió: Todavía queda uno pequeño, y apacienta las ovejas.

15. ¿Qué es que queda, sino desechado? Digo desechado por sí mismo, no por Dios: porque por Dios es desechado alguien a través de la soberbia; por sí mismo es desechado quien es estimado vil y humilde. O se dice que queda quien en comparación con los otros no parece ser nada. El humilde se dice, pues, desechado; porque ve que se le desprecia, y lo tolera, y no cuida de ningún modo

de ser mostrado, sino que apacienta las ovejas; porque nutre pensamientos sencillos en la contemplación de la herencia eterna. De estos pastos de los elegidos ciertamente se dice por el Señor: Entrarán y saldrán, y hallarán pastos (Jn. 10, 9). Pues dentro tienen pastos de contemplación, fuera pastos de buena obra. Dentro engordan la mente con devociones, fuera se sacian con obras piadosas. Merecidamente se dice que este pequeño apacienta las ovejas, porque cada elegido es humilde, y no es estéril quien diariamente hace cosas grandes, pero no siente cosas grandes de sí mismo. Merecidamente, pues, se afirma que es no sólo pequeño, sino pastor: porque los que son verdaderamente humildes se abaten fuera, pero por la sociedad interna permanecen en los pastos sumos y eternos. Pues está escrito: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (1 Pe. 5, 5). ¿Pero qué gracia? Sino que vean y conozcan las cosas sumas, las conozcan y las amen, y corran hacia esas mismas cosas amadas como gordos y fuertes. Este, por tanto, porque es muy idóneo, es mandado presentar insistentemente. Pues sigue:

(Vers. 11.) Y dijo Samuel a Isaí: Enviad y traedlo. Pues no nos sentaremos a la mesa antes de que él venga.

16. ¿Qué es, pues, No nos sentaremos antes de que él venga? ¿A quién requiere, sino porque en la observancia del ayuno se han de celebrar los sacramentos de la unción? Pero para nosotros no sólo se ha de atender a los sacramentos mismos, sino a la fuerza de los sacramentos. Pues hay ciertos alimentos que, si no se evitan, no permi-

ten de ningún modo ungir bien a los reyes. Los negocios exteriores de la Iglesia son ciertamente ciertos alimentos del alma, que son administrados devotamente por los elegidos. Pero si el alma se sacia con la multitud de los negocios, no se le permite entrar perfectamente a recibir las cosas espirituales. Cuando, pues, instan las cosas espirituales, difiéranse las exteriores: porque se han de disponer con gran quietud de la mente. Sigue:

(Vers. 12.) Envió, pues, y lo trajo.

El futuro rey es traído cuando los humildes son sacados de los escondrijos de su ocultamiento. Están ocultos, ciertamente, pero en los pastos; porque, aunque se cubren para los hombres dentro de las cosas viles y débiles de la carne, es grande la latitud de la contemplación celestial en la que moran. Pero veamos de qué clase aparece ya el prelado. Pues sigue y dice:

(Vers. 12.) Era, pues, rubio y de hermoso aspecto y de cara decorosa.

17. ¿Qué es que se afirme tanta hermosura del rey, sino porque la persona del doctor debe adornarse con grandes fulgores de virtudes? Pues del Redentor se dijo: Su espíritu adornó los cielos (Job 26, 13). Los cielos son, en efecto, los sublimes predicadores. Los cuales cielos ciertamente son adornados por el espíritu, porque perciben del Espíritu Santo las virtudes con las que brillan. ¿Qué es, pues, que se afirme que es rubio, sino porque en la materia roja a menudo se designa el fervor de la caridad? De donde también en la vestidura del pontífice se pone el carmesí dos veces teñido, para que se vista de una doble caridad. Se

dice, pues, rubio por el ardor de la caridad, porque mientras muestra los ardientes preceptos de la caridad, es como si enrojeciera por el calor. ¿Qué es, asimismo, hermoso de aspecto, sino conspicuo por la contemplación interna? Pues tiene, por así decirlo, un hermoso aspecto aquel que radia con el decoro de la visión en la contemplación interna. ¿Qué designa, pues, la cara, sino la gloria exterior de la honestidad? Pues porque por la cara es conocido cada uno, el decoro de la cara es la preclara honestidad de la conversación. Pues como por el decoro de la cara es visto aquel que en todo gesto del cuerpo es hallado espléndido. Es, pues, rubio por el amor, hermoso de aspecto por la ciencia, de cara decorosa, espléndido por la honestidad. Porque ciertamente el fervor de la caridad se demuestra a través de las obras santas, puede designarse por el rubor el mismo trabajo de la obra. Pues el que trabaja mucho representa un rubor de la cara: porque mientras se calienta por dentro, atrae por fuera en el semblante el rubor. Pues así es todo trabajo espiritual. Porque cada uno, cuanto más intenta trabajar por la vida eterna, tanto más fervientemente es encendido por el ardor del Espíritu Santo para trabajar, y como si en el hervir excita un rubor que lleva fuera. Es, pues, rubio el doctor por el trabajo de la obra piadosa, hermoso de aspecto en el fulgor de la contemplación. Pero el decoro de la cara es la hermosura misma de la caridad. Por otras virtudes ciertamente recibimos la forma de la santidad; por la caridad misma, vestimos esa misma forma para nosotros como con un decoro admi-

rable. Aquellas otras virtudes son el cuerpo de la justicia, pero la caridad es rectamente entendida como la cara de este cuerpo. Por la cara, en efecto, no por el cuerpo, es conocido cada uno. Pues si ves el cuerpo y no ves la cara, no reconoces a aquel cuyo cuerpo solamente miras. ¿Qué otra cosa es, ciertamente, lo que se responde a las vírgenes necias por el esposo: No os conozco (Mt. 25, 12)? He aquí que por grandes trabajos se conserva la virginidad, y la virginidad misma es reconocida como una virtud grande e incomparable. ¿Qué es, pues, que las vírgenes necias no son conocidas por el esposo, sino porque tienen un cuerpo por el cual subsistan, pero no tienen el decoro de la cara que el esposo reconozca? Tienen ciertamente trabajo en conservar el cuerpo, no tienen el decoro del semblante en la caridad perfecta. Estas tres cosas, en efecto, en el orden en que se ponen, aprovechan en la conversación del elegido. Pues no puede tener hermosos aspectos de contemplación sino aquel que primero se ejercita con vehemencia en el trabajo de la obra piadosa. Pues los gozos de la luz eterna, la inmensidad de aquella luz suprema, aquel vigor eterno de esplendor inefable, cuanto más laboriosamente es buscado, más ampliamente se abre a los que lo buscan. El que, pues, ya es tal, es visto ciertamente como idóneo para enseñar; pero si no brilla con una cara decorosa, si no lleva una mente ilustrada por los rayos de la caridad perfecta, no es probado como digno de tanta celsitud. Sea, pues, rubio el pastor, y no sea remiso en la obra; sea hermoso de aspecto, a saber, sublime en él la contemplación;

sea de cara decorosa, para que toda la robustez de la obra y la altura de la contemplación, conocida a los ojos de la majestad celestial, sea a través de la inefable hermosura de la caridad. Estas tres insignias de inmenso decoro, porque el doctor de la santa Iglesia debe tenerlas, por todos es asumido Pedro, y se le pregunta tres veces si ama al Redentor. Primero, en efecto, se le dice: Pedro, ¿me amas? (Jn. 21, 16) para que por el amor se esfuerce en hacer cosas fuertes; segundo, para que contemplando conozca las cosas altas; tercero, para que por el afecto de la caridad perfecta tanto arda hacia el prójimo como se encienda más fervientemente hacia la belleza del Creador. Tal y tan grande niño, tan hermoso, tan decoroso, oigamos por qué testimonio es presentado. Pues sigue:

(Vers. 12.) Levántate y úngelo, porque este es.

18. ¿Qué es Levántate y úngelo? ¿Acaso era tan grande el niño que no podía ser ungido estando sentado? Sentados, ciertamente, no podemos tocar las cosas altas. Grande es, pues, la virtud, grande la celsitud de los humildes, si ni siquiera los profetas alcanzan a sus cosas sumas. Se levanta, pues, el profeta cuando el pontífice se yergue en una admirable veneración del predicador elegido. Pues por fuera contempla al humilde como si lo viera; pero su mérito por dentro no lo reconoce si no se yergue en la contemplación interna. Se manda, pues, levantarse al doctor: porque a quien quiere otorgar tan grandes sacramentos, debe conocer primero la sublimidad de sus méritos. ¿Qué es, pues, lo que se dice: Levántate y

úngelo, porque este es, sino: otorga los sublimes sacramentos de modo sublime al sublime? Pues a menudo pastores indiscretos conocen la vida negligente y réproba de los que acceden, y no temen promoverlos. Estos ciertamente ungen y no se levantan; porque no ven situados en un alto lugar de méritos a aquellos a quienes otorgan los sacramentos de la unción. Cuando, pues, se muestra un doctor sublime, su ordenador es amonestado a levantarse; porque por el ministerio entonces se otorgan dignamente los sacramentos de la unción, cuando el que ha de ser ungido es contemplado en una alta sublimidad de virtud. De quien, ciertamente, se dice: Porque este es: si es él, por tanto, no es otro; porque si no brilla con estas virtudes, es necesario que no alcance el orden de tanta celsitud. A quien, pues, el Señor prometió que había de mostrar, lo mostró rubio y de hermoso aspecto, y de cara decorosa, diciendo: Porque este es. Porque ninguno debe asumir la cima del régimen si no tiene la robustez de la gran obra, a saber, la ciencia de la contemplación y el fervor de la caridad. Bien, pues, se añade:

(Vers. 13.) Tomó, pues, Samuel el cuerno del aceite y lo ungió en medio de sus hermanos.

19. Se toma el cuerno del aceite para que se enseñe que toda la vida del pontífice ha de ser espiritual. Se toma el cuerno del aceite para que en el excelente licor el maestro de la Iglesia se esfuerce por ser varón de gran misericordia. Se unge con aceite la cabeza del rey porque debe lucir sobre el candelero a través de la llama de la palabra. El cuerno recibe el aceite para que

increpando purgue y compadeciendo atraiga por el halago. El cuerno recibe también en la sublimidad del orden aceite para los fomentos de la virtud. Pero se unge con el cuerno lleno para que se enseñe que la virtud del pontífice es plena. Tiene, en efecto, el cuerno lleno en su unción si es perfecto tanto en la virtud de la misericordia como de la caridad y de la palabra. Se conoce también que tiene el cuerno lleno en su unción aquel cuya potestad entera es dispensada a través de la misericordia. Pues la autoridad misma de la santa Iglesia, cuando no tiene misericordia, es nada; porque entonces es espiritual el rigor de la disciplina cuando no vacila el linimento de la misericordia. El cuerno, pues, y el aceite se muestran juntos para que la disciplina siempre se mantenga con misericordia. Pues el cuerno se dice lleno de aceite para que dondequiera que el cuerno muestre su agudeza, muestre la unción de la gracia infundida. Pero mientras se conduce la unción para ungir al rey, el cuerno se ve por fuera, la plenitud del aceite se oculta por dentro. Lleve, pues, el profeta el cuerno por fuera, llénelo de aceite por dentro; insinúe por fuera el texto, declare por dentro los sacramentos. Sepa, pues, el profeta qué otorga; sepa el rey ungido, al recibir las cosas presentadas, qué hace.

¿Qué es, pues, que por fuera está el cuerno y por dentro el aceite, sino porque la mayoría de las veces la dureza de los súbditos merece que sientan la increpación del pastor, pero no atiendan a nada de su misericordia? Se mira, pues, como cruel al rector que increpa de tal modo

como quien no ama; como quien odia vehementemente, así regaña. ¿Qué es lo que ven entonces los compungidos, sino la agudeza del cuerno, por la cual son heridos más acremente? Pero porque el pastor ama muy intensamente por dentro a aquel a quien hiere por fuera arguyendo; ¿qué otra cosa muestra sino el cuerno increpando, mientras oculta el aceite amando? Se afirma, pues, el cuerno lleno en la unción del rey para que se enseñe que en el predicador elegido ambos son perfectos. Pues debe ser agudo para argüir, blando para compadecer. Hiera perfectamente para que atraviese perfectamente toda la fuerza de la enfermedad; unja perfectamente a través de la misericordia para que devuelva a la sanidad las llagas que punza. Pues si hiere menos violentamente de lo que debe, no expulsa lo más que yace oculto. Y si hiere violentamente y no unge abundantemente, mata al herido a través de la austeridad y no lo devuelve a la sanidad. Haya, pues, un cuerno íntegro, una integridad de la plenitud del aceite, para que austeramente sean heridas las llagas a través del cuerno y sean fomentadas a través del aceite. Haya, pues, un cuerno íntegro, una integridad de la plenitud del aceite, para que austeramente sean heridas las llagas a través del cuerno y sean fomentadas a través del aceite.

¿Pero qué es esto de que es ungido en medio de sus hermanos, sino porque se le ordena esparcir por todas partes ejemplos de virtud? Es ungido en medio de sus hermanos para que todos puedan hacerse partícipes de tan gran unción. Pues el que es puesto en medio es visto desde todas partes.

Ciertamente es ungido con aceite en medio de otros: porque quien ha sido puesto como ejemplo para los demás no debe tener ninguna parte de sí oscura, para que todos lo miren y tomen de él un ejemplo de luz. De ahí que también se describa a los animales sagrados como teniendo ojos alrededor (Ez. 1): porque mientras el doctor elegido recibe el ardor de la caridad, la virtud de la misericordia y el celo de la rectitud por el don del Espíritu Santo, habita como en un globo de luz, que lo vuelve resplandeciente por todas partes para quienes lo rodean. O bien es ungido en medio de sus hermanos para que siempre se juzgue a sí mismo como ungido y en medio. Reconozca, pues, su dignidad y ejerza la fuerza de su dignidad, porque ha sido ungido. Véase a sí mismo en medio, y como hombre de condición común, para que reconozca como iguales a sí a aquellos sobre los cuales sobresale. Es ungido, pues, en medio de sus hermanos para que sea humilde y sublime. Sublime por el orden, humilde por la estimación. Asimismo es ungido en medio para que no se ame a sí mismo con un amor privado, sino que busque el provecho de los demás en todo aquello en lo que sobresale. De ahí que también se afirme que Saúl fue ungido solo en la parte extrema de la ciudad (1 Sam. 9). ¡Pues qué es esto de que es ungido a solas por uno solo, sino porque debía hincharse de soberbia por el poder de la cumbre a causa de un amor privado! Pues mientras quiso amarse a sí mismo singularmente por la dignidad recibida, llevó él solo, por así decirlo, el fomento de la luz. De ahí que también el muchacho que

lo acompañaba sea enviado por delante: porque ninguno de los elegidos sigue los ejemplos de aquel que es reprobado por la autoridad divina. David, pues, es ungido en medio de sus hermanos: porque el doctor elegido de ninguna manera se gloría con un amor singular en aquello por lo que es ensalzado con una sublimidad singular. Y porque a través del ministerio de los hombres se acumulan los dones espirituales en los rectores elegidos, se añade:

(Vers. 13) Y el espíritu del Señor se dirigió a David desde aquel día y en lo sucesivo.

21. Ciertamente el Espíritu del Señor se dirige después de la unción: porque recibimos los sacramentos por fuera para que seamos llenados por dentro con la gracia del Espíritu Santo. Pues por fuera opera el hombre, pero por dentro opera Dios y no el hombre. Pues por fuera se levanta el hombre, pero por dentro se dirige el espíritu: porque el hombre ofrece el orden de la religión al hombre, pero el espíritu se dirige hacia aquel a quien se le da el orden, para que por fuera reciba la sublimidad del orden y por dentro la fortaleza del Espíritu Santo. Por fuera se encomienda el orden para que deba hacer lo que es de Dios; por dentro se dirige el espíritu para que haga con poder lo que se le ordena. Ciertamente grande es la carga del orden, grande la fragilidad de la carne. Por tanto, porque se encomienda tan gran carga al débil, se dirige el espíritu: para que el débil sea fortalecido y lleve tan gran carga tanto más gratamente cuanto más fuertemente el espíritu omnipotente lo ayuda a llevarla. Pero se dice

que el espíritu es dirigido para que se sienta como vuelto de espaldas al rey soberbio. El espíritu, pues, se dirige hacia otro cuando la gracia del mismo espíritu huye de los soberbios y fingidos. De ahí que también esté escrito: El Espíritu del Señor de la disciplina huirá del fingido (Sab. 1, 5). De ahí que también diga por sí mismo en el Evangelio: El espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, y no sabes de dónde viene ni a dónde va (Jn. 3, 8). El espíritu ciertamente viene y va, porque desampara a los réprobos y asume a los elegidos. Y porque el juicio de Dios omnipotente es inescrutable, el hombre no sabe de dónde viene ni a dónde va: porque no se puede saber si alguien debe perseverar para siempre en la gracia que recibe. Por tanto, se dice que el espíritu viene de aquel que falló e ir hacia aquel que ha de perseverar: porque desampara a unos en el tiempo y asume a otros, y sin embargo no desampara. De ahí que también se diga de David en figura de los elegidos: El espíritu del Señor se dirigió hacia David desde aquel día en lo sucesivo. Ciertamente se dirige en el día de la unción cuando percibimos de tal modo los sacramentos de Cristo por fuera que seamos llenados por dentro con la gracia del Espíritu Santo. Y en lo sucesivo se dirige el espíritu que nunca se aparta de la gracia que percibe. Ciertamente atribuimos esta gracia del espíritu dirigido de tal modo a los predicadores que la concedemos a todos los órdenes de la santa Iglesia. Pues cualquiera que recibe la fe de nuestro Redentor, renace a través del bautismo de nuestra redención, y es redimido de todo pe-

cado por la gracia del Espíritu Santo. De ahí que también el apóstol Pablo, insinuando el don del mismo Espíritu Santo a los elegidos redimidos, diga: En el cual fuisteis sellados para el día de la redención (Ef. 4, 30). Si pues consideramos que el pueblo antaño soberbio en la circuncisión pierde el Espíritu Santo, vemos igualmente la dirección del mismo espíritu hacia los bautizados. En el cual ciertamente nosotros somos dirigidos, porque ellos perdieron la gracia del Espíritu Santo por la soberbia. ¿Qué es, pues, lo que se dice: 'Desde aquel día y en lo sucesivo', sino porque la gracia del Espíritu Santo es recibida de tal modo que se enseñe a los elegidos a perseverar en ella hasta el fin? Ciertamente muchos, después de la remisión de los pecados, cometen pecados de muerte, en los cuales sin duda el espíritu no parece ser dirigido en lo sucesivo. El espíritu, pues, es dirigido en los elegidos solamente desde aquel día en lo sucesivo, porque a los réprobos se les perdonan los pecados en el surgimiento de la fe por el Espíritu Santo, pero después pierden la gracia del Espíritu Santo por la iniquidad. Pues es dirigido en lo sucesivo, pero hacia David, porque se interpreta como fuerte de mano. Ciertamente es fuerte de mano el que prevalece sobre el diablo, y mantiene el bien que recibe por la perseverancia hasta el fin. Acerca de los cuales ciertamente dice el Señor: El que persevere hasta el fin, éste será salvo (Mt. 10, 22). Pero si se contempla el estado de la Iglesia universal, vemos el espíritu del Señor dirigido hacia David en lo sucesivo: porque comenzó a llenar a los elegidos de la santa

Iglesia desde los comienzos de la misma Iglesia con la gracia del Espíritu Santo, a quienes no cesa de custodiar hasta el fin del mundo.

22. Ya ciertamente, según nuestro propósito, el libro debe cerrarse al final; pero vuelve a la memoria que referimos los principios del volumen a la conversación del Redentor. Y porque a través de Juan se afirma que nuestro mismo Redentor es el principio y el fin, el libro se cierra con el mejor final si se consuma en la narración de nuestro Redentor (Apoc. 1, 8). David, pues, fuerte de mano, insinúa al mismo Redentor del género humano, quien prevaleció sobre el antiguo enemigo y tomó a los elegidos de su poder. Quien es llamado hijo de Isaí el betlehemita, porque quiso nacer de aquel pueblo al cual la ciencia de las Sagradas Escrituras saturó como con pan. Pues Judea fue la casa del pan, la cual tuvo el sólido alimento de las Escrituras en la inteligencia espiritual, como proveniente del pan. ¿Pero qué significa Samuel, sino, como ya hemos dicho a menudo, el orden de los nuevos predicadores? ¿Pero qué insinúa David, sino al Redentor? Samuel es, pues, enviado para ungirlo. Ciertamente ungirlo es predicar su incomparable santificación a quienes la ignoran. Pues es como si fuera ungido cuando se abre a quienes lo ignoran el olor de su fama. Pues lo ungía aquel que decía: Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col. 2, 9). ¿Pero por qué recibimos solo a los nuevos predicadores para su unción, cuando vemos que incluso los antiguos lo ungieron tan venerablemte? ¿Pues qué huele mejor y más suave que aquello

que el profeta Isaías derramó sobre él, diciendo: Reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad; y lo llenará el espíritu del temor del Señor (Is. 11, 2)? De ahí mismo, el que es tenido en las manos, David hablándole, dice: Eres el más hermoso de los hijos de los hombres, la gracia se ha derramado en tus labios (Sal. 44, 3). Y poco después: Te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros. A este lo ungió Daniel, y ofreció a los judíos el sacramento de toda unción, diciendo: Cuando venga el Santo de los santos, cesará vuestra unción (Dan. 9). Por tanto, el profeta es enviado a ungir; porque su olor nunca es captado por los párvulos, a no ser que sea abierto a través de la boca de los predicadores. De ahí que también aquellas tres mujeres preparen aromas y unjan al Redentor en el sepulcro (Mc. 16). Ciertamente Jesús es ungido en el sepulcro cuando se predica la gloria de su resurrección. De ahí que también, cuando vienen, no se encuentre a Jesús; porque mientras disputan rectamente sobre la muerte del Señor, muestran al muerto como ya resucitado, y como viniendo no lo encuentran; porque donde bien conocen la causa de la muerte, encuentran que la vida ha sido devuelta a través de su muerte.

23. ¿Pero qué es esto de que se ordena llenar el cuerno con aceite? ¿Pues qué fue la austeridad de la ley sino la agudeza del cuerno? Pues golpeó como con un cuerno mientras no indultó los pecados por misericordia, sino que los vengó

infligiendo la pena. El cuerno, pues, se llena de aceite; porque se unge a tal Rey que perdone misericordiosamente los pecados de los hombres y no los castigue a través de la austeridad de la ley. Pues preferían el cuerno de Moisés quienes decían al Señor sobre aquella que había sido sorprendida en adulterio: Moisés manda apedrear a tales mujeres; ¿tú qué dices de ella? (Jn. 8, 5). Pero aquel que había sido ungido con el cuerno lleno dice: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. Como si hubiera asumido un cuerno para herir aquel que decía: Éste, si fuera profeta, conocería quién y qué tal es esta mujer que le toca, que es pecadora (Lc. 7, 39). Pero Jesús, que había sido ungido de la plenitud del cuerno, lo perdonaba todo, diciendo: Muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho. De ahí que diga a los que murmuran por la acogida de los pecadores: No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt. 9, 13). Por tanto, el profeta es enviado a ungir a David con el cuerno lleno porque ahora los doctores predican a aquel que disolvió la dureza de la ley y reparó todo aquello que se presentaba rígido a través de los fomentos de su gracia. ¿Acaso no lo ungía aquel que fue enviado para ungirlo, de quien se dice: Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan; éste vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz? (Jn. 1, 6). Pero ya hemos oído cómo había sido enviado, oigamos cómo unge: He aquí, dice, el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (ibíd., 29).

24. Por medio del cuerno, a saber, de su reino, puede designarse la sublimidad de la santa Iglesia, la cual es grande, pero no es austera ni soberbia. Acerca de cuyo cuerno, sin duda, se dice más arriba a través de Ana, la madre de Samuel: Ensalzará el cuerno de su Cristo (1 Sam. 2, 10). Pues de ahí se dice a través de Zacarías: Nos levantó un cuerno de salvación en la casa de David, su siervo (Lc. 1, 69). ¿Qué es, en verdad, el cuerno de salvación sino la sublimidad de la potestad eclesiástica? Pues aquello que en ninguna parte se dice a los antiguos, se dice ahora a la Iglesia universal: Todo lo que atares en la tierra, será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos (Mt. 16, 19). Cuyo cuerno, ciertamente, se dice que es erguido y lleno de aceite porque la santa Iglesia, con la sublimidad de su potestad, extiende las entrañas de la conmiseración. Y porque por el vicio de la humanidad condenada podemos ser ensalzados más fácilmente a la autoridad del poder que ser inclinados a la suavidad de la piedad; rectamente se le ordena no preparar el cuerno, sino el aceite. Pues quien dice: 'llena tu cuerno de aceite', significó que el cuerno estaba sin aceite. ¿Qué es esto sino porque incluso podemos airarnos y argüir sin consejo, pero no podemos ser inclinados a la misericordia sino a partir de una gran meditación? Como si dijera: Llena el celo que tienes naturalmente con el aceite, el cual, si no lo tienes de ti mismo, puedes tenerlo por la virtud. Lo cual ciertamente se le dice a aquel que es enviado a ungir al Redentor; para que quien es puesto en el

oficio de la predicación, se esfuerce siempre por ser rico en misericordia.

25. Este cuerno puede mostrarse como el afecto de la mente. Cuyo cuerno, ciertamente, se manda llenar porque la unción de nuestro Redentor, esto es, su santificación, debe ser conocida perfectamente antes de que pueda valer suficientemente para ser predicada. El cuerno, pues, se llena cuando se reconoce bien la santidad del Redentor. Y es ungido con el cuerno lleno cuando es predicado óptimamente. Pues Juan, porque había venido a ungir predicando, llenó por así decirlo el cuerno con el conocimiento; para que hubiera podido ungirlo hablando bien. Pero si queremos conocer bien lo que es llenarlo, oigamos lo que se dice en el Evangelio: Vino la palabra sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto (Lc. 3, 2). Por tanto, lo ungió con el cuerno lleno aquel que fue enseñado perfectamente por el Verbo antes de que pudiera haber hablado de la divinidad del Verbo y de la naturaleza asumida del hombre. Pero al venir, tenía un ternero en su mano; porque, para hacerse digno heraldo del Redentor, sacrificó su carne a Dios a través de la abstinencia. El mismo Señor también puede ser designado por la apelación del ternero. ¿Qué es, pues, esto de que el profeta llevó un ternero en su mano, sino porque quien quiere mostrar a Jesús predicando debe, a través de la mortificación de la carne, imitar las pasiones de aquel a quien predica? Ciertamente, tener el ternero en la mano es mostrar la semejanza de la pasión de Cristo en la virtud de la obra. Pues de otro modo, el que viene a ungir al

rey es muerto; porque ciertamente el predicador de la verdad se convierte en peligro para su propia salvación, aquel que pisotea con una obra depravada la palabra que predica con la boca. Así pues Samuel, al venir a ungir al rey, llevó un ternero en su mano; porque el precursor del Señor se ofreció primero como admirable a través del fulgor de la conversación celestial, y así indicó el bien de tan gran gracia a quienes la ignoraban.

26. ¿Pero qué es esto de que se ordena buscarlo entre los hijos de Isaí, sino porque debía nacer del antiguo pueblo y no debía tener ningún igual? Se ordena, pues, buscarlo para que creamos en él razonablemente. Y porque él mismo dice: Nadie viene a mí si el Padre, que me envió, no lo atrajere (Jn. 6, 44), rectamente se le dice a Samuel por parte del padre: Ungirás al que yo te mostrare. Pues como si hubiera ungido antes a uno ya mostrado, el que oía de aquel a quien había ungido: Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mt. 16, 17). Es enviado, pues, a Belén, porque cuando se busca a Cristo según la carne, se le encuentra nacido del pueblo de los judíos. Vino también a Belén porque el orden de los predicadores se esmeró en convertir primero a Judea, y después predicó la fe del Redentor a los gentiles. ¿Pero qué es esto de que los ancianos de la ciudad se maravillen, sino porque aquellos que habían llegado al sentido de la madurez se pasmaban ante la predicación de tan gran novedad? Pero maravillados salen a su encuentro porque escuchan de buen grado la

predicación de la verdad. Ciertamente, salir al encuentro de los predicadores es escuchar con deseo la palabra de fe que predican. ¿Por qué preguntan sobre su entrada pacífica? ¿Qué es una entrada pacífica sino cuando ha venido la presencia de la paz? Asimismo muestra esta paz aquel que dice: Él es nuestra paz, que de ambos hizo uno (Ef. 2, 14). ¿Qué es, pues, esto de que pregunten sobre la entrada pacífica, sino porque los corazones de los judíos elegidos esperaban con deseo la promesa de los padres? Como vacilando, los que esperaban dirían: ¿Acaso ha venido la paz que predijo que vendría, habiendo transcurrido tanto espacio de tiempo? Y porque los nuevos doctores narran como cumplido lo que los antiguos padres habían prometido, dicen: Es pacífica. Como si dijera: Nosotros no prometemos cosas futuras, sino que mostramos los dones presentes de la paz. En nuestra entrada está presente, en nuestra palabra no es futura. Ya el justo Simeón lo vio, ya lo sostuvo y adoró, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo, conforme a tu palabra, en paz (Lc. 2, 29). Ya se apareció a los pastores, ya enviada desde los cielos la paz largamente esperada, la multitud de los ángeles cantó: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc. 2, 14). Y porque había venido no solo a predicar la paz, sino también a persuadirla, añade diciendo: He venido a inmolar.

27. ¿Qué es para el sacerdote inmolar, sino unir los corazones de los elegidos a nuestro Redentor a través del amor? Como si dijera: Vosotros queréis saber si ha venido, pero no aprovecha que

sea conocido si no aprovecha que sea amado. He venido, pues, para inmolar al Señor. De ahí es que Pablo expulsa a aquellos en quienes no podía inmolar, diciendo: El que no ama al Señor Jesús, sea anatema (1 Cor. 16, 22). Pero se dice a los invitados a la víctima: Santificaos y venid. Los judíos por eso no pueden venir con nosotros al sacrificio de la fe, porque no quieren juzgar al Señor Jesús a partir de las Escrituras, sino que por puro odio rehúyen escuchar su predicación. De ahí que por sí mismo el Señor se queje, diciendo: Si yo no hubiese hecho entre ellos obras cuales ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa, porque han visto y han odiado a mí y a mi Padre (Jn. 15, 24). ¿Qué es, pues, lo que se dice: 'Santificaos y venid'? Pero santificarse, para los oyentes, es preparar el secreto de una mente pura para oír. Ciertamente santificarse para ellos es arrojar el odio del corazón, y preparar la pureza de la intención para escuchar la palabra de la predicación. Se ordena, pues, venir a los santificados, porque de nada aprovecha venir a quienes no tienen la intención de pureza al escuchar. Y porque a través de los doctores santos habla el Espíritu Santo, dice: Venid conmigo: como si dijera: Atendedme de tal modo al hablar, que creáis que yo oigo con vosotros, porque hablo de tal modo que oiga, siendo yo mismo quien hablo y administro la locución. Y porque en el inicio de la Iglesia naciente muchos de los judíos tanto escucharon devotamente como creyeron fielmente, rectamente se dice que Isaí y sus hijos fueron santificados por Samuel e invitados a la víctima.

28. Pero entre los siete hijos de Isaí no se encuentra al rey. ¿Pues qué son los siete hijos de Isaí sino todos los perfectos de la Sinagoga? Los cuales vienen al profeta, pero ninguno de ellos es elegido: porque el predicador elegido contempla a los hijos perfectos de la Sinagoga, y no cree que ninguno de ellos sea el Redentor del género humano. Presenta, pues, a todos los hijos anteriores para que, cuando contemplemos a todos los perfectos, pensemos en la excelencia del Redentor. Entre los cuales, ciertamente, si no se presenta al pequeño, el Señor no muestra que sea rey: porque sin duda, cuando comparamos a grandes hombres con nuestro Redentor, se ve cuánto sobresale su dignidad. No se le encuentra, pues, en los otros, porque son puros hombres. Se busca, pues, en los pastos al muchacho que apacienta las ovejas, porque se somete al Padre obedeciendo hasta la muerte: sin embargo, ¿quién contará su generación? (Is. 53, 8). Ciertamente es llamado pequeño porque se recomienda la gracia de su humildad. Se le llama, pues, pequeño a aquel que por el Salmista se afirma que fue hecho menor que los ángeles (Sal. 8, 6). Pero el pequeño apacienta las ovejas, porque por la humildad es humilde, y por la majestad es sublime. Aquí trabaja y tiene hambre, pero allí apacienta a los ángeles con la gloria de su majestad. Pues mientras todos reciben de la plenitud de su gloria, son como saturados por el muchacho en aquellos pastos beatísimos. También se afirma que es un pequeño pastor: porque por la asunción de su carne, los ciudadanos celestiales se alegran

inefablemente. Ciertamente aquel gozo ineffable de los ciudadanos bienaventurados es como el alimento de las ovejas. Se ordena, pues, que éste sea traído instantemente, y aquí, hasta que él venga, es necesario que se difiera el sentarse a la mesa. Ciertamente el pueblo se habría sentado a la mesa antes de que él viniera, si hubiera creído en otro. Debía, pues, ser esperado aquel que fue el singular y único alimento de las almas bienaventuradas. De ahí que por sí mismo diga: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Jn. 6, 51). Pero porque el que subió es el mismo que descendió (Ef. 4, 10), allí es enviado para que sea traído. Pues enviar a los pastos es extender la mente por encima de los ángeles hasta la igualdad del Padre eterno. Y encontrarlo es creer que él es en todo igual al sumo Padre. Pero lo presenta aquel que ya afirma que él ha venido para la redención del género humano a través de la humanidad asumida. Pues lo había enviado y lo había traído aquel ante quien es enviado en su figura, cuando decía: El que viene del cielo, está sobre todos (Jn. 3, 31). Presentaba Isaías al pequeño que apacentaba las ovejas cuando decía: Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz (Is. 9, 6). Pero porque la fe del doctor aprovecha para la salvación solo para sí mismo, y no también para los oyentes, se ordena que sea enviado y traído, para que cada uno tenga fe en él, por la cual merezca ser salvo. Pues cada uno debe ir y traerlo, porque deben creer firmemente que él es igual al Padre eterno

por su divinidad, y partícipe de nuestra naturaleza por su humanidad.

29. Pero debe verse qué tal es el que es traído para ser ungido. Pues era rubio y hermoso de aspecto y de decorosa cara. Pues era rubio el que llevaba la figura de nuestro Redentor: porque él tuvo en sí el fervor de la caridad, el cual enrojeció por la sangre derramada por nuestros pecados. Rubio, pues, resultó ser: porque amó fervientemente a aquellos por quienes puso su alma. Fue hermoso de aspecto: porque conoció todas las cosas. De decorosa cara: porque hizo todas las cosas buenas. ¿Pero qué es aquella hermosura de aspecto? Nadie conoce al Padre sino el Hijo (Mt. 11, 27). Este aspecto inefable, pues, que nuestro Redentor tuvo en su divinidad, lo hizo también admirable para los hombres en la unidad de su persona. ¿Pero qué es su cara sino la manifestación de la misma divinidad a través de la carne asumida? Pues así como por nuestra cara nos damos a conocer a los hombres, así por la carne asumida en la unidad de la persona, el Verbo de Dios se dio a conocer a los hombres, de quien dice Juan: Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn. 1, 14). Decorosa, pues, fue su cara, porque tanto a través de nuestro Redentor apareció la plena claridad de la divinidad, como dispuso todas las cosas que hizo rectísima y justísimamente. Estas cosas, pues, que han de verse en David, deben estar también en su figura, aquel que es enviado a su oficio. Pues debe ser rubio el que predica la

unción de la santificación: porque debe tener en sí el fuego de la caridad para que pueda demostrar la luz a los otros. También debe ser hermoso de aspecto, esto es, instruido en el conocimiento de las Escrituras: para que no solo haga cosas buenas, sino que también enseñe a otros qué cosas son buenas. Asimismo debe ser de decorosa cara, esto es, dotado del esplendor de todas las virtudes: para que lo que dice con palabras, lo compruebe con obras. Pues es rubio por el ardor de la caridad, hermoso de aspecto por la ciencia de la verdad, de decorosa cara por el esplendor de la buena obra. Éste, pues, es presentado, y después de ser presentado es ungido: porque entonces el predicador viene dignamente al oficio, cuando es presentado de tal modo que no falte en él el esplendor de las virtudes.

30. El apóstol Pedro también, no solo profeta sino sumo patriarca, vio la luz inefable derramada desde lo alto, la nube que lo cubría con su sombra, al Padre que clamaba: Éste es mi Hijo amado, en quien me he complacido (Mt 17, 5; Mc 1, 11; Lc 3, 22; 2 Pe 1, 17). Allí se dice: Pues Él es. Aquí se dice: Éste es mi Hijo amado. Allí, porque se mostraba en figuras, se discierne como más ausente, mientras se dice: Él es. Aquí, en cambio, porque ya su claridad había sido revelada, se discierne como más presente, porque dice: Éste es mi Hijo amado, en quien me he complacido. Éste, pues, debe ser ungido aquí, aquí debe ser alabado y acariciado con perpetuos favores. ¿Pero quién bastará para alabar dignamente, cuando no basta para ver la gloria que alaba? ¿Por qué es

que Pedro cae cuando oye la voz que suena las palabras de tan gran pregón? Pero era un niño, todavía veía lo que no bastaba para ver. Veía, y porque al ver caía, significa que no podía alcanzar aquello que merecía ver. Nadie puede decir: 'Jesús es el Señor', sino en el Espíritu Santo (1 Cor. 12, 3). Porque, pues, Pedro todavía no había recibido aquella plenitud del espíritu, no podía predicar a Jesús, como si fuera un niño. por tanto, se le ordena primero levantarse y no decir la visión a nadie hasta que él hubiera resucitado de entre los muertos. Ciertamente, después de la resurrección había de recibir al Espíritu Santo. De ahí que esté escrito: Aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado (Jn. 7, 39). Por tanto, no debía Pedro decir la visión antes de la resurrección, puesto que ciertamente vio bien, pero antes de tener el Espíritu no entendió.

31. ¿Qué es, pues, esto que el Señor dice a Samuel: 'Levántate y úngelo'? ¿Qué es esto de que se le ordene levantarse para ungir, sino porque conviene que se eleve mucho a las cosas celestiales aquel que desea predicar la sublimidad del Señor? ¿Pero cuán erguido estaba Pedro, que era ensalzado para ver tan grandes cosas? Pero si aquél todavía espera un estado más alto de perfección, ¿quién no temerá asumir el oficio de tan gran predicación? Si el Señor amonesta al profeta para que se levante, ¿se atreve a predicar al Señor quien yace por el desliz de la maldad? De ahí es que se le ordena a cada predicador a través de Isaías: Súbete sobre un monte alto, tú que evangelizas a Sión (Is. 40, 9). El monte

alto es la perfección de la doctrina y de la obra. Levántese, pues, quien recibe la orden de ungir al rey, extiéndase hacia lo sublime. Levántese en la alta obra, levántese en la alta contemplación, levántese en la sabiduría de la palabra, levántese en la virtud de la caridad. Aquel, ciertamente, que es ungido por la predicación, es tan grande que apenas se llega a él desde lo sublime. Y tal vez Pablo podía ungirlo por eso, porque dice: Nuestra conversación está en los cielos (Flp. 3, 20). Por eso podía ungirlo, porque se había elevado hasta los secretos del tercer cielo y oía palabras arcanas en el paraíso. Porque, pues, el Señor Jesús debe ser predicado sublimemente por los sublimes, se le ordena al profeta levantarse: porque se le manda ungir a aquel por quien él mismo es representado. Ciertamente ésta es la virtud alta, incluso altísima, de la conversación perfecta, pero es perfeccionada perfectamente por muchos. Ciertamente es grande esta sublimidad, pero sin embargo la santa Iglesia tiene a muchos sublimes. Pues desde que rechazó a la Sinagoga, ensalzó a la santa Iglesia a una celsitud innumerables de virtud. Rectamente, pues, se dice: Y el espíritu del Señor se dirigió hacia David desde aquel día en lo sucesivo. El día, ciertamente, es la fe del Redentor: en la cual, sin duda, tanto la santa Iglesia es iluminada, como la Sinagoga rechazada es abatida en una admirable ceguera. En aquel día, pues, el Espíritu Santo es dirigido hacia David: porque su gracia es quitada a la Sinagoga y dada a los elegidos de la santa Iglesia. Pues es dirigido porque a aquellos desampara y a éstos asume. Pero es diri-

gido en el día porque quien no está iluminado en la fe del Redentor, no puede tener en sí al espíritu que se dirige. El Espíritu, pues, es dirigido en el día porque se da a quienes tienen la luz de la fe. Y es dirigido hacia David porque a éste solo lo recibe la santa Iglesia, la cual es el cuerpo del Redentor. Pero porque, por la autoridad de Dios, hemos completado lo que nos propusimos tratar sobre el libro de los Reyes, debe rogarse al sumo y omnipotente Espíritu para que él, que profirió las palabras por quien quiso, conceda tanto al que escribe como al que lee el afecto de la virtud. Amén.